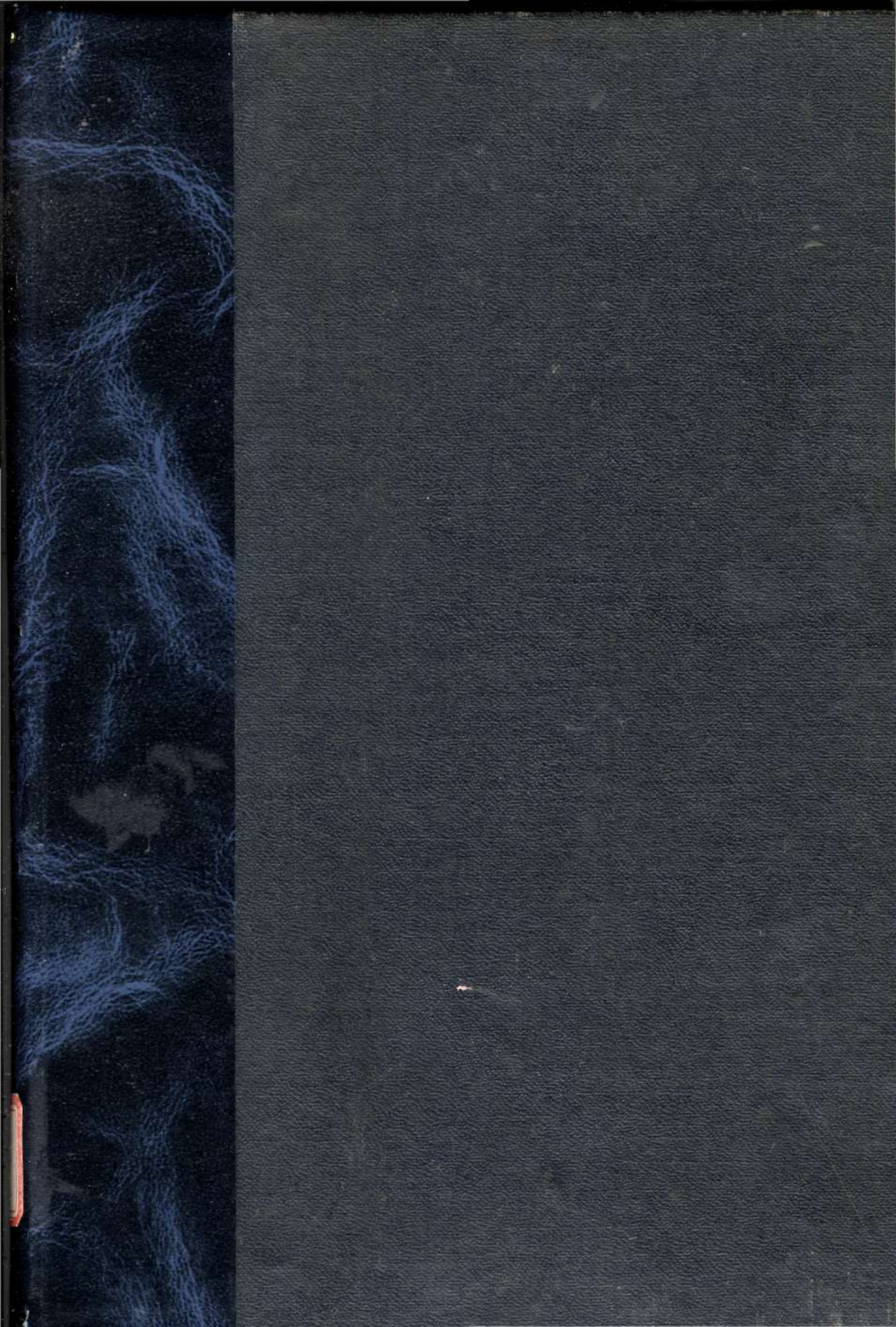
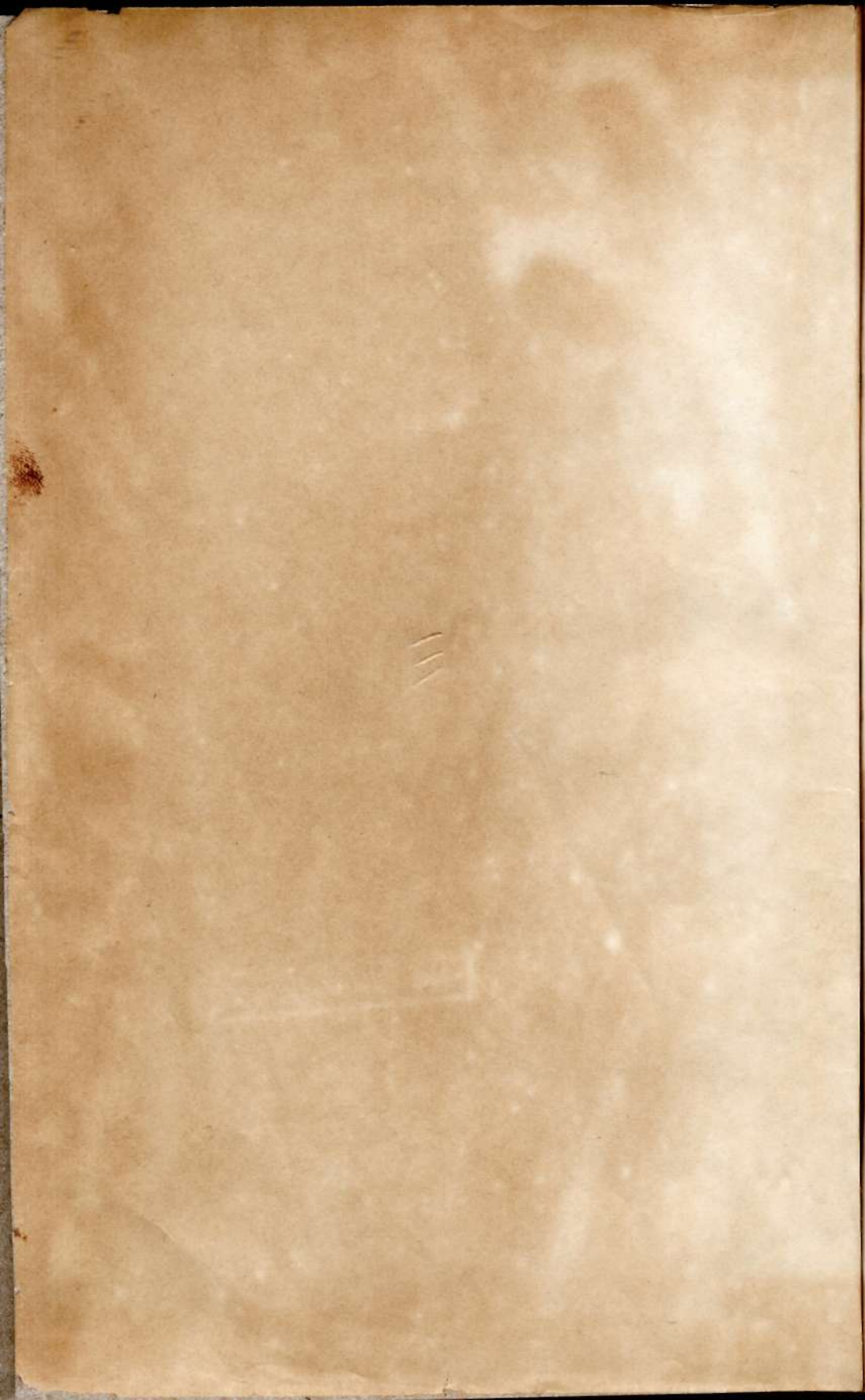






III



HISTORIA
DE LA
NACION CUBANA

TOMO III

NO CIRCULANTE

Comprado a: "Liliana Martí"

Precio: 70.2470 - 77-80 X 17

Fecha: junio 16/60

O.K.

HISTORIA

DE LA

NACION CUBANA

PUBLICADA BAJO LA DIRECCION

DE

RAMIRO GUERRA Y SANCHEZ

JOSE M. PEREZ CABRERA

JUAN J. REMOS

EMETERIO S. SANTOVENIA

TOMO III

ILUSTRACION

LIBERTAD DE COMERCIO

(DESDE 1790 HASTA 1837)



1952

EDITORIAL HISTORIA DE LA NACION CUBANA, S. A.

LA HABANA

NO CIRCULANTE

07

PROCE	Fondo Antiguo
H51652	94 \$6500 (100)-00
FECHA	90-10-14

ES PROPIEDAD
 Copyright, 1952, by
 Editorial Historia de la
 Nación Cubana, S. A.

9-
 H116
 H
 t.3



LIBRO PRIMERO

CUBA, CENTRO DE RIVALIDAD INTERNACIONAL EN EL CARIBE

RAMIRO GUERRA Y SÁNCHEZ

LIBRO SEGUNDO

DESAVENENCIAS ENTRE COLONIA Y METROPOLI

EMETERIO S. SANTOVENIA

Y

JOSÉ RIVERO MUÑIZ

LIBRO TERCERO

HISTORIA ECONOMICA

JULIO J. LE RIVEREND BRUSONE

LIBRO CUARTO

PROCESO SOCIAL

JOSÉ M. PÉREZ CABRERA

(CAPÍTULOS I y III)

RAMIRO GUERRA Y SÁNCHEZ

Y

JOSÉ M. PÉREZ CABRERA

(CAPÍTULO II)

LIBRO QUINTO

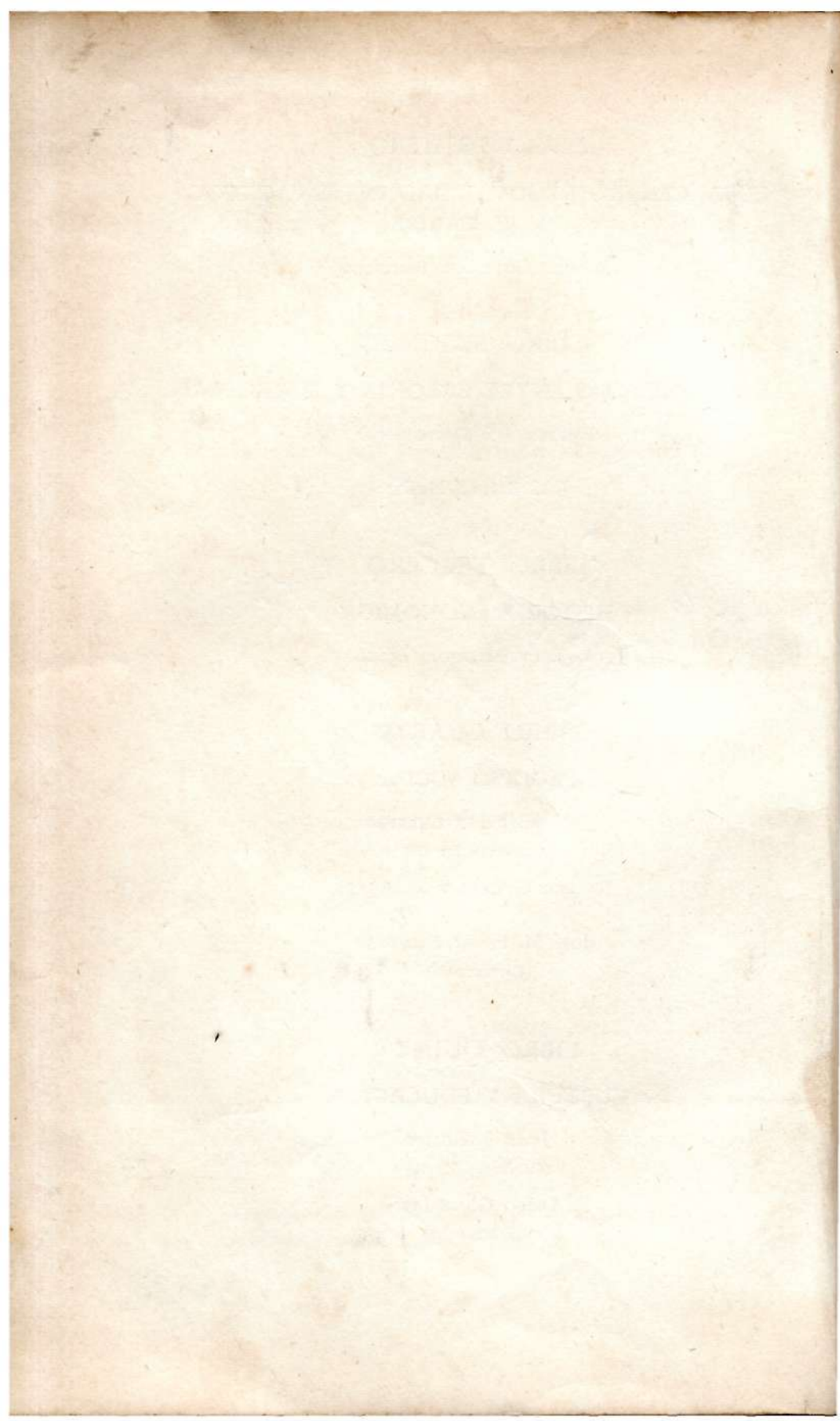
CULTURA Y EDUCACION

JUAN J. REMOS

(CAPÍTULOS I y II)

DIEGO GONZÁLEZ

(CAPÍTULO III)



INDICE

LIBRO PRIMERO

Cuba, centro de rivalidad internacional en el Caribe

	<u>PÁG.</u>
CAP. I	Obstáculos y facilidades para la libertad de producción y de comercio exterior 3
CAP. II	Fuerte aspiración a alguna forma de gobierno propio en la Isla 18
CAP. III	Incompatibilidad del régimen colonial con las aspiraciones cubanas 38
CAP. IV	Restablecimiento de la Constitución de 1812. Restauración del absolutismo 57
CAP. V	Creciente actividad en la oposición al régimen 77
Fuentes	105

LIBRO SEGUNDO

Desavenencias entre Colonia y Metrópoli

CAP. I	Discordias entre españoles y criollos 109
CAP. II	La independencia hispanoamericana 123
CAP. III	Exclusión de los Diputados a Cortes 137
Fuentes	152

LIBRO TERCERO

Historia económica

CAP. I	La transformación de la estructura agraria 157
CAP. II	El nuevo impulso demográfico 180
CAP. III	La expansión industrial 198
CAP. IV	El comercio 214
CAP. V	La nueva era de las comunicaciones 233
CAP. VI	Aspectos financieros de la transformación 248
CAP. VII	Las instituciones económicas 264
CAP. VIII	Ideas económicas y grupos sociales 278
Fuentes	293

LIBRO CUARTO

Proceso social

	<u>Pág.</u>
CAP. I La esclavitud de los negros	299
CAP. II Formación de la clase terrateniente y del agro cubanos. La vida en La Habana y otras poblaciones	316
CAP. III Movimiento de población	334
Apéndices estadísticos	343
Fuentes	349

LIBRO QUINTO

Cultura y Educación

CAP. I Desarrollo literario	353
CAP. II Desarrollo cultural y artístico	372
CAP. III Desarrollo educativo	381
Notas	391
Fuentes	392

LIBRO PRIMERO

CUBA, CENTRO DE RIVALIDAD INTERNACIONAL
EN EL CARIBE



CAPÍTULO I

OBSTACULOS Y FACILIDADES PARA LA LIBERTAD DE PRODUCCION Y DE COMERCIO EXTERIOR

DURANTE el período de prosperidad correspondiente al mando del marqués de la Torre, y el que posteriormente promovió la guerra con la Gran Bretaña, de 1779 a 1783, en la Isla se acumularon algunos capitales y se especuló mucho en el comercio, la venta de tierras, el fomento de ingenios, la compra y venta de esclavos y diversos negocios de otro orden. Los hacendados y demás cultivadores palparon la posibilidad de hacer fortuna con la producción y venta de artículos de la agricultura, mientras que los mercaderes conocieron, por propia experiencia, las considerables ganancias que podrían obtener con la importación de esclavos, de artefactos para los ingenios, de artículos para abastecer las dotaciones y con la exportación de azúcar, mieles, aguardiente, café y algunos otros géneros de la Isla. Un vivo deseo de gozar de un bienestar mayor y de acumular riquezas se difundía en una comunidad que había visto entrar los millones por sus puertas de 1779 a 1783, para volver, después de haber disfrutado de los años de abundancia, al estancamiento antiguo, tan pronto como se terminaron las hostilidades.

Entre los comerciantes y los agricultores acomodados se había arraigado la convicción, con la experiencia de los años anteriores, de que si se brindaban facilidades para la introducción de negros y para la exportación de azúcar, mieles, aguardiente y demás productos, la Isla podía convertirse en un emporio de riqueza. Los medios de hacer fortuna estaban al alcance de la mano; sólo se necesitaba la libertad para producir y traficar. La concesión de ambas libertades tropezaba, no obstante, con enormes obstáculos. Contábanse entre éstos el monopolio secularmente establecido por España sobre el comercio de las Indias; los gravosos impuestos y las trabas que pesaban sobre el tráfico hasta con la misma España; el sistema de "asientos" para introducir negros; el estanco del tabaco; los tributos que agobiaban a la ganadería; el espíritu rutinario y estrecho del Fisco; la tradicional lentitud de

la administración española y, finalmente, la invencible sospecha que despertaba el trato y comunicación con los extranjeros, muy acentuada después de la independencia de los Estados Unidos, del incidente de Nootka Sound y del estallido de la Revolución Francesa.

En 1790 existían, sin embargo, ciertas condiciones favorables a las aspiraciones de libertad comercial de los productores de Cuba. Un nuevo monarca, Carlos IV, ocupaba el trono de España; un nuevo gobernador, Luis de las Casas, tomaba el mando en 8 de julio del citado año; un nuevo intendente de Hacienda, Pablo Valiente, estudiaba con ahinco los problemas económicos y fiscales de la Isla con el propósito de tratar de resolverlos; y un nuevo apoderado del Ayuntamiento de la Habana, corporación que representaba las altas clases de la colonia interesadas en la libertad mercantil, Francisco de Arango y Parreño, acababa de asumir el citado cargo en Madrid, para dedicar su actividad, su talento y su saber, muy superiores a los de la mayoría de sus contemporáneos, a promover la adopción de las medidas indispensables para el fomento de las grandes riquezas de Cuba. El deseo de hacer, que acompaña casi siempre a los nuevos gobiernos y a los altos funcionarios públicos al asumir nuevos cargos, era también un factor favorable para ayudar a vencer la tradicional parsimonia de la administración colonial.

A estos factores se agregaban otros de orden exterior y general, de influencia quizás más poderosa. La independencia de los Estados Unidos había creado un estado de cosas enteramente nuevo en las Antillas. Antes de la misma, las antiguas colonias de la América del Norte se abastecían de productos tropicales en las Antillas Inglesas a cambio de artículos norteamericanos. Rotos los vínculos políticos con la Gran Bretaña y en situación de hostilidad y rivalidad mercantil norteamericanos e ingleses, el intercambio quedó totalmente interrumpido. El hecho creó en los Estados Unidos un vivo interés por sustituir con el comercio de Cuba el que acababan de perder; Cuba, por su parte, vió abrirse a sus puertas un rico mercado para los productos de su agricultura, en el cual podría proveerse muy ventajosamente. En realidad, el centro de gravedad económico de Cuba acababa de ser desplazado: de la lejana España pasaba a la vecina república. El mercantilismo español se aferraría a sus seculares privilegios, pero la fuerza incontrastable de los factores geográficos y económicos no podría ser contrarrestada totalmente por el mismo. Dos influencias más, ambas poderosas, se hacían sentir también con creciente intensidad. La revolución francesa, con sus sacudidas y sus guerras, amenazaba ocasionar grandes trastornos en el comercio ultramarino, a la par que la revolución industrial



LUIS DE LAS CASAS Y ARAGORRI

NO CIRCULANTE

LUIS DE LAS CASAS Y ARAGORRI. Capitán general de la isla de Cuba y de las provincias de la Luisiana y de las dos Floridas (1790-1796), bajo cuya notable y progresista regencia se inicia, ha escrito Aurelio Mitjans, "la nueva era de Cuba, era en que, despertando nuestras latentes energías, desarrollándose los dormidos gérmenes de nuestra cultura, dan el consolador espectáculo de un pueblo que ansía entrar en la vida de la inteligencia". Las Casas, que había jurado consagrar a la defensa y prosperidad de nuestro pueblo toda la sangre de sus venas y todos los instantes que permaneciera en nuestro país, ganó con justos títulos el honrosísimo dictado de haber sido el gobernador "de más grata recordación entre nosotros"; "de Marte alumno y de Minerva a un tiempo", como le llamó, en ocasión memorable, el poeta Manuel de Zequeira.

Retrato al óleo que figura en el salón de actos de la Sociedad Económica de Amigos del País, establecida bajo sus auspicios, en esta ciudad, el año 1793.

inglesa provocaba cambios profundos en el desarrollo de las industrias y del capitalismo, los cuales se extendían a sus colonias antillanas y comenzaban a afectar a Cuba.

En el mundo se abría una nueva época. Situada en el cruce de los mares, Cuba no podría mantenerse en el aislamiento que le habían impuesto las anticuadas leyes de Indias. Las condiciones en que el gobernador Las Casas comenzó a ejercer sus funciones, propicias para atender a las cuestiones económicas por todas las razones antedichas, resultaban más favorables aun por el hecho de hallarse España en paz con las demás naciones. Los hacendados, por otra parte, deseosos de contar con el gobernador en sus filas, como contaban ya entre ellas a Valiente, el intendente de Hacienda, lograron interesarlo en los negocios azucareros. Pronto Las Casas fomentó un ingenio en la zona de Güines, tuvo un interés personal en la producción, y fué un hacendado más. Desde entonces, la compenetración de Las Casas con los productores fué completa y se tradujo en importantes medidas de gobierno.

La libre introducción de esclavos negros era, como se ha dicho ya, la primera y más importante aspiración de los hacendados y cafetaleros en 1790. En febrero de 1789 habíase autorizado por dos años el comercio libre de africanos bajo todas las banderas. Al amparo de tal disposición se habían importado más de 20,000 negros, pero el plazo estaba próximo a vencerse, por lo cual el deseo de que se ampliase era muy vivo. Arango y Parreño se hallaba en Madrid, en activas gestiones encaminadas a lograr la prórroga de la concesión, cuando recibió, en 19 de noviembre de 1791, la noticia de la sublevación de los esclavos de la colonia francesa de Haití, que era, en la época, el primer centro productor y abastecedor de géneros tropicales del mundo. La rebelión, previó Arango, habría de tener repercusiones inmediatas en los mercados de tales productos. Sobrevendría una repentina escasez de dichos géneros y el precio de los mismos se elevaría considerablemente. A Cuba se le presentaba una gran oportunidad con la desgracia del país vecino; los productores cubanos podrían ver satisfechas sus ambiciones de bienestar y de riqueza con el alto precio de los frutos. Y si se adelantaban con rapidez a desarrollar la producción, podrían sustituir de manera permanente a Haití, antes de que lograra reponerse y reparar los estragos causados por la rebelión. El diligente apoderado del Ayuntamiento de la Habana, sin perder momento, dirigió un escrito al rey. Explicaba en el mismo los incalculables beneficios que podrían derivarse para Cuba y para España de lo ocurrido en Haití, y ofrecía exponer detalladamente, si el rey lo tenía a bien, las medidas que debían ponerse en práctica para alcanzarlos dentro del más breve plazo. Acogida

la petición favorablemente, Arango preparó su *Discurso sobre la agricultura en la Habana y los medios de fomentarla*, presentado al monarca dos meses más tarde, junto con la súplica de que se sometiera directamente a la Suprema Junta del Estado, para evitar trámites dilatorios. Arango trazó un cuadro completo del estado de la economía cubana en la época, hizo un sumario de las aspiraciones de los productores de la colonia y presentó un plan detallado de las disposiciones que debían dictarse.

A pesar de sus méritos, el informe de Arango no hubiera bastado, para vencer los intereses creados opuestos a las franquicias comerciales, si no se hubiera confirmado inmediatamente la más importante de sus previsiones: el alza repentina y enorme del precio de los géneros tropicales. El azúcar, principalmente, saltó de cuatro reales la arroba, a que había caído durante la depresión de 1785, a veintiocho y a treinta reales, a la vez que los compradores se disputaban las cajas de azúcar de largo tiempo almacenadas en Cádiz y la Habana. A nadie quedó duda de que en Cuba podrían hacerse millones. Aún los más reacios a la libertad comercial, comprendieron que la colonia, con el fomento de la producción de azúcar, café y tabaco, podría llegar a rendir tanto como México o Perú. La visión de una gran riqueza al alcance de la mano, estimuló con tal fuerza los deseos y la voluntad de los que confiaban en obtenerla, que la presión de los que en Cuba y en España esperaban participar de ella se hizo irresistible. Más que a la magistral exposición de Arango, a este hecho cabe atribuir las reformas y las concesiones que entonces se obtuvieron.

La primera y más importante que hubo de alcanzarse fué la autorización del libre comercio de esclavos, prorrogada por seis años, en 24 de noviembre de 1791, e indefinidamente después, junto con la reducción de los derechos de introducción, y la exención, en la primera venta, del pago de los derechos de alcabala. Posteriormente, de acuerdo con lo solicitado por Arango, otorgáronse las siguientes franquicias: introducción, con exención de derechos, de toda clase de herramientas, artefactos, útiles y máquinas para cultivo de la caña y fabricación de azúcar, aun cuando procediesen de mercados extranjeros, siempre que la importación se hiciese bajo la bandera española; exención del pago de impuestos a la exportación de café; autorización para proveerse de harinas norteamericanas cuando las nacionales no alcanzasen; exención, durante diez años, de derechos de alcabala y diezmos a los nuevos ingenios y a los plantíos de algodón, añil y café, contada a partir de la primera cosecha que se recogiese de cada fruto; autorización para establecer refinerías en la Isla y conducir el refino a España y sus demás

colonias; y exención del pago de derechos reales al aguardiente y al ron que se extrajeran para las colonias extranjeras de Europa, así como a las partidas de ambos artículos extraídos por los extranjeros que introdujeran negros, y varias concesiones menores. Otra mejora importante gestionada por Arango fué la creación de un Real Consulado de Agricultura, Industria y Comercio, tribunal mercantil llamado a facilitar las transacciones de los mercaderes. Inauguróse en abril de 1795, y Arango fué nombrado síndico del mismo. Para el tabaco, sometido todavía al estanco, y para la ganadería, abrumada bajo pesadas cargas, Arango no pudo obtener ventaja alguna. Las que se otorgaron a otros artículos no tenían fuertes intereses creados en su contra; pero el Fisco no se decidió a abandonar el monopolio del tabaco, ni la Administración quiso variar las disposiciones que aseguraban a las tropas de guarnición en la Isla un abasto de carne a bajo precio, obtenido a expensas de los ganaderos.

En lo que toca al comercio exterior, principal aspiración de los productores, la pugna entre prohibicionistas y partidarios del libre tráfico fué muy viva, tanto en la Suprema Junta del Estado como en el ministerio de Indias y en los virreynatos y demás gobiernos de las colonias, varias de las cuales estimaron que recibirían perjuicios, a virtud del monopolio que ejercían, si se les concedía la libertad comercial a Cuba. A principios de 1793, todavía no se había resuelto nada. Por fortuna para los productores cubanos, en marzo estalló la guerra entre España y Francia. Las comunicaciones con la Península quedaron interrumpidas a causa de la superioridad de la marina francesa, y Las Casas y Valiente, que sólo necesitaban una justificación para proceder, asumieron la responsabilidad de abrir los puertos cubanos a los barcos de los países extranjeros amigos, y a los de los neutrales. El Rey, por su parte, desde el mes de febrero del mismo año, en previsión de las hostilidades próximas a estallar, había autorizado la entrada en la Habana y Santiago de Cuba, bajo bandera norteamericana, de toda clase de telas, vestuario y artículos de subsistencia, como se había hecho en 1779, al comenzar la guerra con la Gran Bretaña. Con ambas medidas, Cuba, prácticamente, empezó a disfrutar de la anhelada libertad de comercio con el extranjero.

La guerra, por sí misma, contribuyó a dar mayor auge a los negocios. En 1794, los buques norteamericanos afluían a La Habana, en concurrencia con no pocos barcos ingleses, para introducir todo género de mercancías y retornar cargados de azúcar. La exportación en pocos meses se elevó a más de 103,000 cajas, con un valor de más de cinco

millones de pesos, mientras que el Fisco, de acuerdo con las previsiones de Arango, vió elevarse sus rentas a más de \$1,136,000 al año.

La Habana, en el citado año de 1794, se convirtió en un inmenso taller, en el cual se preparaban vestuarios, armas, municiones y medicinas para las tropas de Santo Domingo, destinadas a la defensa de dicha isla, y se acondicionaban útiles de todas clases para los ingenios ya en marcha y para los que se fomentaban. Mil hombres que trabajaban en el Arsenal casi no se echaban de ver, en medio de la febril actividad que por todas partes prevalecía.

La abundancia de dinero y la prosperidad general permitieron al gobernador Las Casas desarrollar sus iniciativas. Las obras públicas comenzadas en tiempos del marqués de la Torre fueron proseguidas y terminadas; construyóse la Casa de Beneficencia y se realizaron otros adelantos. El gobernador fundó el *Papel Periódico* y promovió la fundación de la Sociedad Patriótica o Económica de la Habana, autorizada en 27 de abril de 1792 e inaugurada en 2 de enero de 1793. En la corporación tuvieron cabida las personalidades más distinguidas y los representantes más activos de los intereses económicos de la comunidad. La voz de la Sociedad Patriótica se unió desde entonces a la del Ayuntamiento en la promoción de los adelantos materiales de la Isla.

El gobierno de Luis de las Casas se considera generalmente como uno de los más notables que tuvo Cuba. Debe reconocerse, sin disminuir los méritos de Las Casas, que el alto precio del azúcar y el comercio extranjero, autorizado a virtud de la guerra, fueron los dos factores más importantes del buen éxito del gobernador.

No todos fueron progresos, sin embargo, durante el mando de éste. El valor alcanzado por el azúcar y el café, junto con las concesiones obtenidas para ambos ramos, enriqueció rápidamente a los comerciantes y a los hacendados y cafetaleros, y aumentó el número de los grandes propietarios agrícolas, la clase semi-aristocrática y semi-feudal de la colonia, pero contribuyó a reducir la ya decadente clase del pequeño agricultor, dedicado, por su falta de capital, al cultivo del tabaco. La Factoría de Tabacos fué reorganizada en 1793, pero no sólo no se varió en nada la dura condición del estanco, sino que los nuevos funcionarios de la misma extremaron el monopolio, al asumir el derecho de compraventa del tabaco para el consumo local, comercio que, aunque nominalmente prohibido, había sido libre, y ordenar la destrucción de las fábricas de picadura y rapé. Además, persiguieron con gran rigor la venta local clandestina y el contrabando exterior.

A pesar de los grandes obstáculos del estanco, el cultivo del tabaco había tomado algún vuelo, porque la crisis azucarera y mercantil, pro-

vocada al cese de la guerra en 1783, dejó inactivos a los hacendados y a otros productores. Los vegueros sufrieron como los demás, pero como la Factoría compraba una cantidad considerable de tabaco a un precio que se mantenía fijo desde hacía largos años, muchos de los capitales y de los brazos esclavos o libres que la paz dejó sin aplicación, se dedicaron a un cultivo que por el momento ofrecía ciertas ventajas. De 1783 a 1791, el número de vegueros creció sin cesar. En 1788, el año de mayor auge de la Factoría, la cifra de los cultivadores cabezas de familia se calculaban en diez mil, y la cosecha vendida al Fisco se elevó a 340,000 arrobas.

Al producirse la violenta alza del precio del azúcar y del café en 1793, sin que el tabaco recibiera beneficio alguno, el veguero se encontró en situación desfavorable. La Factoría, además, extremó, según queda dicho, sus abusivas prácticas. No sólo continuó la vigilancia y fiscalización de las vegas en los momentos en que se daban pasos hacia la libertad de producción y venta en los demás ramos, sino que persistió en fijar los precios con total independencia del veguero, obligado a aceptar sin protesta el que se le asignaba a su tabaco y aun a veces a no recibir pago alguno. El tabaco no resultaba, en su totalidad, de la calidad adecuada para las fábricas del rey. No obstante, como el Fisco tenía monopolizado el artículo, se había establecido la práctica de pagar también el tabaco de baja calidad, aun cuando fuese a una cotización muy corta. Pero llegó un momento en que la Factoría, con el deseo de que el Fisco obtuviera mayores ganancias, se negó a pagar dicho tabaco a ningún precio. A fin de evitar, además, que los cultivadores lo vendieran por trasmano, dispuso que todo el tabaco calificado de inferior quedara condenado al fuego. La irritación que las quemazones de sus cosechas producían entre los expoliados vegueros era vivísima. Los agricultores de algunos medios abandonaron un cultivo que los exponía a tantos abusos. Hubo algunos que llegaron hasta a destruir sus vegas por medio del incendio. Un rico veguero de Güines, José de Coca, en 1792, puso fuego por su propia mano a las casas de once vegas de su propiedad, las mejores de la jurisdicción, como protesta contra los empleados de la Factoría que le quemaron cincuenta y ocho cargas de tabaco, la cosecha total del año, a pesar de que Coca contaba con compradores para la misma.

Los nuevos ingenios y cafetales no sólo atrajeron a los cultivadores de más iniciativa y capacidad; proporcionaron empleo también como administradores, mayoresales, encargados de las fincas, etc., a no pocos vegueros de los más resueltos a ganarse la vida por otro medio que no fuese la siembra del tabaco. En muchos casos, asimismo, las tierras

destinadas a tabaco fueron dedicadas a ingenios y cafetales. Los que hasta entonces las habían cultivado en arrendamiento, aparcería o a censo, se vieron obligados a abandonarlas, a dedicarse a otras labores o a trasladarse a zonas más lejanas. Como resultado de todas estas causas adversas, el número de vegueros se redujo a una tercera parte, constituida por los más miserables, a los cuales la extremada pobreza y otros motivos obligaban a persistir en una labor abandonada por todo el que encontraba manera de hacerlo.

Los años de prosperidad del gobierno de Las Casas, por consiguiente, trajeron, como resultado inmediato, a virtud de las causas ya expuestas, una reducción considerable en el número de los pequeños agricultores blancos, a la vez que aumentó, rapidísimamente, la cifra de los esclavos. Bien puede decirse que hubo mayor riqueza por un lado, a la par que mayor pobreza y esclavitud por el otro.

Una consecuencia importante del súbito crecimiento de la industria azucarera y cafetalera estuvo representada por las cuestiones agrarias que se plantearon en la época. La primera y más importante de todas fué la de la división de las antiguas, grandes haciendas ganaderas. La demanda de tierras para ingenios y cafetales tropezó con la existencia de los grandes fundos mercedados para criar ganado en épocas anteriores. No pocos propietarios de hatos y corrales pretendieron precios demasiado altos por sus tierras o se negaron a cederlas, excepto a censo. Los ataques contra el latifundismo fueron frecuentes por tal motivo, pero, en general, a causa de la escasa densidad de población y de la abundancia de tierras incultas, el latifundismo ganadero no ofreció gran obstáculo al desarrollo agrícola. En los lugares donde había más demanda de tierras, comenzó a producirse la partición de algunos de los antiguos hatos y corrales. Hubo, pues, una multiplicación de la propiedad agraria; pero, en rigor, no de la pequeña propiedad, sino de la grande, porque pertenecientes a tal clase pueden considerarse el ingenio y el cafetal, de crecido valor en la época. El hato era, propiamente hablando, un fundo casi improductivo, representante anticuado de la economía pastoral de los dos primeros siglos de la colonia. Al parcelarlos y venderlos a los hacendados y cafetaleros, sus propietarios se enriquecieron, lo mismo que al distribuirlos a censo en los puntos de mayor densidad de población. En las regiones menos habitadas a causa de las dificultades de la comunicación, la gran hacienda ganadera continuó subsistiendo porque, en realidad, no podía destinarse a otro objeto. Los contemporáneos calcularon que en las zonas azucareras y cafetaleras las tierras quintuplicaron el valor que habían poseído a mediados del siglo XVIII.

El gobierno de don Luis de las Casas señaló otro hecho importantísimo: el comienzo del rápido desarrollo de la esclavitud en Cuba, con el consiguiente cambio en la composición étnica de la población. El porcentaje de los pobladores blancos se redujo a una minoría; la Isla se asemejó a una "colonia de plantaciones". El temor a la repetición de un caso como el de Haití indujo, no obstante, a realizar esfuerzos a favor de la colonización blanca. Alcanzaron algún éxito y contribuyeron a la fundación de varios pueblos. En general, tuvieron el carácter de concesiones de tierras, en lugares próximos a las costas con facilidades para la comunicación marítima. Arango recomendó que se diese preferencia a la región oriental, la más expuesta a una infiltración haitiana. Se otorgaron dichas concesiones a capitalistas que se obligaban a poblar las tierras con colonos blancos y a ponerlas en producción dentro de cierto tiempo. La más importante de estas mercedes la obtuvo el conde de Mopox y Jaruco en Guantánamo, donde no tardó en comenzarse a producir azúcar y café. Otros empeños de colonizadores de la misma clase, condujeron a la fundación o al crecimiento de Nuevitas, Manzanillo, Mayarí, Banes y Mariel. Influyó también en estos planes el propósito de las autoridades de evitar el contrabando que se efectuaba por los puertos deshabitados de las costas.

Mientras se descuajaban bosques para sembrar caña en las tierras vírgenes, se construían ingenios, se plantaban cafetales y se introducía un torrente de esclavos por los puertos, frecuentados por buques norteamericanos, ingleses y de otras naciones, en Europa y América los conflictos motivados por las ambiciones de las potencias seguían su curso, con repercusiones siempre importantes en Cuba. La guerra comenzada con Francia en 1783 terminó por la paz de Basilea, en 22 de junio de 1795, pero dicha paz no sirvió sino para abrir el camino a una nueva lucha con Inglaterra, nación de la cual España recelaba más cada día. Con la cesión a Francia de la parte española de la isla de Santo Domingo, inicióse, por el mismo lugar donde había comenzado la colonización del Nuevo Mundo, la larga serie de evacuaciones con que terminaría el imperio español en América. Cuba recibió de la isla vecina las cenizas de Colón, trasladadas a la Habana en 1796; la Audiencia, que se trasladó a Puerto Príncipe en 1800, y algunos soldados y pobladores blancos.

La suspensión de las hostilidades con los franceses no aportó beneficios sino daños a Cuba. Las autoridades de la Isla habían contribuido durante la guerra a un intento de conquista de Haití y a la defensa de la Luisiana, pero la más importante consecuencia de la lucha con Fran-

cia consistió en que España se vió obligada a autorizar a Cuba para comerciar con el extranjero. Al firmarse la paz, dicha autorización cesó automáticamente. La casi total paralización que se produjo, unida a la baja del precio del azúcar, fué causa de que en el último año del gobierno de Las Casas empezara a sentirse una penosa depresión económica. En lugar de la autorización general para importar y exportar mercaderías, de 1795 a 1797 sólo se concedieron permisos especiales a personas influyentes en la Corte, quienes obtuvieron enormes ganancias con el privilegio que se les otorgaba, no sin la protesta y la acerba crítica de los no favorecidos.

La paz disfrutada por Cuba fué muy breve. En 18 de agosto de 1796, España, de acuerdo con su nueva política, declaró la guerra a la Gran Bretaña, pocos meses antes de ser sustituido Las Casas en 6 de diciembre del citado año por el conde de Santa Clara. Las hostilidades ofrecieron a los productores una oportunidad para tratar de obtener nuevamente autorización para el comercio con los neutrales. La junta de autoridades, a la cual se dirigieron por mediación del Ayuntamiento y el Consulado, se adelantó a concederla, a reserva de la aprobación real. Otorgóla Carlos IV en noviembre del siguiente año, pero el nuevo enemigo poseía una superioridad marítima incontestable. Esta le permitió bloquear la Isla, paralizar el comercio de cabotaje, atacar los puertos, efectuar desembarcos en las costas, y apoderarse de cargamentos de azúcar, mieles, aguardiente, café y otros efectos, así como de ganados y maderas. Una Real Orden de 20 de abril de 1799, derogatoria del permiso de comerciar con los neutrales, agravó la penosa situación que atravesaba la Isla. En ésta se desarrollaba entonces una crisis azucarera, reflejo de otra más vasta de carácter mundial, a causa de que los altos precios habían estimulado la producción y acumulado sobrantes que, con la guerra casi general del citado año, no podían venderse. Las corporaciones, el comercio y los hacendados se apresuraron a reclamar contra la supresión del tráfico. El Ayuntamiento y el Consulado, de acuerdo con los reclamantes, resolvieron pedir al capitán general Someruelos, sustituto de Santa Clara, en 13 de mayo de 1799, que aplazara el cumplimiento de la Real Cédula de supresión, mientras durasen las hostilidades. Someruelos había sido portador de órdenes secretas de mantener la prohibición a todo trance, pero en vista de la intolerable situación que amenazaba a la Isla, decidió prescindir de las mismas. La crisis dió lugar a que muchos ingenios fuesen mal vendidos o se demolieran.

El convencimiento de que el bajo precio del producto cubano se debía, en parte, a la abundante y menos costosa producción de otros

países, obligó a los hacendados a seguir los consejos que Arango y Parreño les había dirigido varios años antes, respecto a la necesidad de tratar de mejorar las fábricas y los cultivos. Se introdujo una nueva variedad de caña más productiva, se mejoró la planta de muchos ingenios y se realizaron algunos adelantos en la fabricación. Hubo hacendado que llegó a elaborar hasta veinte mil arrobas de azúcar en seis meses, cifra considerada como extraordinariamente alta en la época. Aunque Cuba sufría otra vez las alternativas típicas de la economía capitalista, las fortunas amasadas habían sido considerables. Comenzaban a conocerse las grandes casas ricas. En 1798, al arribar a la Habana, donde permanecieron algunos meses, los príncipes franceses duque de Orleans, duque de Montpensier y conde de Beaujolais, el capitán general no contaba con medios de alojarlos debidamente. Leonor de Contreras, condesa de Jibacoa, se hizo cargo de sostener tanto a los príncipes como al séquito de los mismos. Cedió, al efecto, su casa amueblada con toda la servidumbre, corrió con todos los gastos durante los cuatro meses que permanecieron en la ciudad, y según refiere la tradición, facilitó mil onzas de oro a cada uno, al emprender la partida.

La causa principal de la sustitución del conde de Santa Clara por el marqués de Someruelos, militar de reputación que se suponía capaz de defender la Isla contra cualquier enemigo, había sido el temor de una guerra con los Estados Unidos. El intendente de Hacienda de la Luisiana había cerrado a los norteamericanos la navegación por el Misisipí, concedida a éstos por un tratado celebrado con España en 1795. Los Estados Unidos, que ambicionaban la citada provincia y necesitaban libre salida por el río, clamaron por la guerra. Miranda, conocedor de la tirantez de relaciones entre españoles y norteamericanos, se había apresurado a presentar nuevamente al gobierno inglés, a fines de 1797, un nuevo plan para revolucionar la América, esta vez con la activa cooperación de los Estados Unidos. El proyecto, sometido a Rufus King, ministro de la república en Londres, y a Alejandro Hamilton, uno de los hombres de mayor influencia política con el presidente John Adams, fué acogido con simpatía por ambos. Llegóse a pensar en una expedición mixta de británicos y norteamericanos. Estos proporcionarían los soldados, a cuyo frente iría el mismo Hamilton, e Inglaterra los barcos necesarios. España, que temió la coalición de fuerzas tan poderosas en contra suya, se allanó a abrir nuevamente el río a los norteamericanos. Poco después, obligada por la presión de Bonaparte y de Talleyrand, y con la esperanza de que fuese un valladar contra la expansión norteamericana y un escudo para los dominios españoles, devolvió La Luisiana a Francia, de la cual la había recibido en 1763.

La pronta desaparición del peligro de una guerra con los Estados Unidos, cuyos buques, en el aislamiento en que la marina inglesa mantenía a Cuba, eran los únicos que, por una parte, proveían la Isla de negros y demás efectos, y conducían, por otra, azúcar y café al exterior, alivió parcialmente la depresión mercantil. Esta había sido agravada por el desorden y la corrupción en el gobierno. Los funcionarios de las aduanas, de la Factoría y de otros centros administrativos, no se substraían al deseo de lucrar escandalosamente en el ejercicio de sus cargos respectivos. El foro no se conformaba tampoco con no alcanzar cierta parte de la corriente de oro que el trabajo de los negros, las especulaciones de todo género y las concesiones del rey—tierras, permisos especiales de comercio, contratas, etc.—derramaban sobre la Isla, tanto más cuanto que la guerra y la disminución de los precios comenzaban a amenguar los negocios.

La firma de la paz de Amiens con los ingleses, conocida en Cuba en diciembre de 1801, acabó de despejar el horizonte económico, aunque en el primer momento se temió que contribuyese a obscurecerlo más. El Ministerio de Indias y el rey habían aprobado la resolución de Someruelos de autorizar el comercio con los neutrales, pero sólo como una necesidad impuesta por la guerra. El mismo navío que trajo de España el aviso oficial de la paz, condujo también la orden de suspender el tráfico extranjero. No obstante, Someruelos y el intendente de Hacienda, ante el clamor general que veía en la suspensión del citado comercio la ruina de la Isla, decidieron que el mandato del rey no se cumpliese sino cuando hubiese suficiente abasto de mercaderías españolas, y que se autorizase el comercio norteamericano siempre que faltasen éstas. Gracias a dicha resolución, el tráfico exterior se conservó casi totalmente, porque España carecía de medios para abastecer la Isla.

Mientras tanto, en Santo Domingo se desarrollaban sucesos llamados a repercutir en Cuba. España había cedido la parte que ocupaba en la isla de Francia, al firmarse la paz de Basilea, pero el traspaso aun no había sido hecho. En febrero de 1801, Toussaint Louverture, que había asumido el mando superior en Haití, exigió, invocando los derechos de Francia, la entrega formal de Santo Domingo, demanda a la cual se vieron obligadas a acceder las autoridades españolas. La retirada definitiva de éstas produjo la emigración de gran número de familias blancas de Santo Domingo, y de familias blancas de origen francés, de Haití. Arango y Parreño abogó a favor de esa emigración como medio de contrarrestar el aumento de la población negra, acrecentada enormemente con la introducción ilimitada de esclavos. La inmigración de Santo Domingo se produjo en 1801; la francesa, de Haití, en los dos

años siguientes, después de culminar el intento de Napoleón de restablecer la autoridad de los franceses sobre sus antiguos esclavos sublevados, en un terrible fracaso.

Calcúlase que más de 30,000 personas en total pasaron a Cuba. La mayor parte de los emigrantes se estableció en la región oriental, de acuerdo con lo recomendado por Arango, pero no pocos se radicaron en otras parte de Cuba, Pinar del Río inclusive. Los emigrados franceses no sólo dieron gran impulso a la industria cafetalera. Con sus superiores conocimientos industriales y agrícolas, y su mayor cultura, contribuyeron también a otros adelantos.

La paz firmada en Amiens entre franceses y británicos, en la cual entró también España, según se ha dicho ya, fué de corta duración. Napoleón la había suscrito con el propósito, idea de Talleyrand, de reconstruir el imperio colonial francés, plan con el cual se relacionaba la cesión de Santo Domingo y de la Luisiana, que los franceses habían obtenido de España; pero el desastre sufrido por Leclerc, en Haití, decidió a Bonaparte, dueño absoluto ya de Francia, a renunciar a las empresas coloniales e imponer su hegemonía en Europa. Con el fin de evitar que el presidente Jefferson, irritado por la retrocesión de la Luisiana a Francia, se aliase con la Gran Bretaña, vendió en doce millones de pesos la provincia a los Estados Unidos. Infringió el tratado de San Ildefonso con Carlos IV, pero aseguró la neutralidad de los americanos y contó con dinero para la guerra contra los ingleses. Godoy protestó contra una cesión que lesionaba los derechos de España y abría las puertas de sus dominios a la expansión de los Estados Unidos, pero sus quejas fueron inútiles. Dominada España por Napoleón y amenazada con la guerra por el presidente Jefferson si no entregaba la Luisiana, tuvo que plegarse a la voluntad de ambos. Jefferson, por su parte, entendió que la compra de la Luisiana hacía indispensable la adquisición de las dos Floridas, Occidental y Oriental, y de Cuba. Los Estados Unidos, con la incorporación de las Floridas, completarían sus límites naturales por el sur. En cuanto a Cuba, aseguraría las comunicaciones marítimas de la cuenca del Misisipí y los puertos del golfo con los puertos del Atlántico, y facilitaría la defensa de la costa meridional norteamericana.

De acuerdo con Madison, Monroe y John Q. Adams, Jefferson pensó que los Estados Unidos podrían lograr inmediatamente ambas adquisiciones si convenían con Napoleón en mantener una neutralidad benevola a favor de Francia en la inminente guerra con los ingleses, y en dejarle manos libres en todo el resto del imperio español. Los planes expansionistas de Jefferson se hallaban en radical oposición con los intereses y la política de la Gran Bretaña. Napoleón era ya casi prácti-

camente dueño de España. Si afirmaba más su mando sobre ésta, y si llegaba a disponer de los recursos de las demás colonias españolas, entraría en posesión de un poder inmenso, difícil de contrarrestar por los británicos. El equilibrio de Europa, mantenido hasta entonces a su favor por la Gran Bretaña, quedaría roto. La situación sería semejante a la que los ingleses evitaron con la guerra de Sucesión, de 1702 a 1713, al ocupar Felipe V, nieto de Luis XIV, el trono español. Decididamente, en tal virtud, los ministros británicos no estaban dispuestos a aceptar, sin agotar todos sus recursos en la guerra, la transacción en que, a costa de España, pensaba Jefferson. Tampoco se sentían inclinados, en ninguna forma, a dar su conformidad por lo que a los Estados Unidos concernía. Los norteamericanos desarrollaban una activa rivalidad mercantil con la Gran Bretaña. Las guerras y las dificultades en que los ingleses se veían envueltos en Europa, eran aprovechadas por los Estados Unidos para ensanchar su marina mercante y minar la supremacía inglesa en el mar, tanto naval como mercantil. Napoleón, al vender la Luisiana a Jefferson, había pronosticado que con la cesión aseguraría el crecimiento de una rival que, en el transcurso del tiempo, quebrantaría a Inglaterra y acabaría por arruinarla. De acuerdo o no con la predicción, los ingleses no estaban dispuestos a que los Estados Unidos adquiriesen las ventajosas posiciones de las Floridas y de Cuba; la decisión a oponerse al plan expansionista de Jefferson era muy firme en Londres. Napoleón, por su lado, tampoco estaba de acuerdo con el proyecto jeffersoniano. Aunque se guardaba de decirlo, se proponía entretener a Jefferson con falsas esperanzas mientras lo creyese necesario, pero consideraba a las Floridas y sobre todo a Cuba, demasiado valiosas para cedérselas a los norteamericanos. En sus planes entraba, a la inversa, conservar íntegro en poder de Francia el imperio colonial español. Cuba, ajena a todas estas encontradas ambiciones, quedó convertida, desde 1803, en un motivo de aguda rivalidad internacional. Rotas las hostilidades entre los ingleses y Napoleón, Carlos IV, obligado por las agresiones británicas, provocadas por la sumisión de España a Francia, declaró la guerra a la Gran Bretaña en 12 de diciembre de 1804. Jefferson, firme en sus planes, aprovechó la oportunidad de la conflagración europea para hacer presión sobre España y obligarla a cederle la Florida Occidental. Amenazó a Madrid con la guerra, persistió en el plan de obtener la aquiescencia de Napoleón, e hizo saber a los ingleses que, si la lucha estallaba, los Estados Unidos ocuparían a Cuba.

En la Isla, la situación económica no tardó en volver a ser desfavorable. La de los vegueros, particularmente, había llegado a ser desas-

trosa, aun antes de la guerra. Con tal motivo, Arango y Parreño preparó un notable informe en 1805, en el que exponía los infinitos abusos de que habían sido y eran víctimas los vegueros. Como remedio proponía la solución radical de suprimir la Factoría y el estanco. La tendencia a establecer diferencias entre peninsulares y criollos, y a desconfiar de éstos, se acentuaba en la época. Arango previó, aunque sus palabras estaban, como siempre, llenas de respeto y sumisión al rey, que la acerba crítica de los procedimientos de la Factoría le acarrearía ataques y censuras, por su condición de "hacendado y habanero", de parte de los funcionarios de la Superintendencia de Tabacos. Así ocurrió, en efecto. Gómez Rumbau, el intendente de Hacienda, remitió a la Corte el escrito de Arango, con una comunicación muy acre en contra de éste, en la cual declaraba que "los hijos del país eran sospechosos". Siempre estaban inclinados a preferir su utilidad personal a la del Estado, a juicio del intendente.

La nueva guerra colocó muy pronto a Cuba en un aislamiento que determinó otra grave crisis en los negocios y la agricultura. La paralización de las exportaciones fué casi completa. Los buques norteamericanos aliviaban algo la situación pero no la remediaban totalmente porque las medidas tomadas por los ingleses y franceses contra el comercio neutral eran muy severas. Irritado e indignado por las vejaciones inglesas, Jefferson hizo aprobar por el Congreso y puso en vigor, a fines de 1807, una "ley de embargo", por la cual se paralizó el comercio exterior y ordenó el amarre de los buques en puerto. Cuba quedó colocada, prácticamente, en las condiciones de un riguroso bloqueo. Los artículos de importación triplicaron su valor a principios de 1808, y dos tercios de las cosechas del año anterior se encontraron sin compradores. El precio del azúcar bajó a 7 y a 3 reales la arroba; el del café, que había llegado a subir a 30 pesos el quintal, se redujo a tres pesos. Cerca de cincuenta ingenios quedaron arruinados y fueron demolidos en breve tiempo. La necesidad de poder comerciar libremente con los países neutrales quedó, como nunca, de manifiesto.

CAPÍTULO II

FUERTE ASPIRACION A ALGUNA FORMA DE GOBIERNO PROPIO EN LA ISLA

LA sublevación del pueblo español contra Napoleón, el 2 de mayo de 1808, produjo de improviso un cambio radical en la política exterior española y en el alineamiento de las potencias. Los ingleses, de implacables enemigos, pasaron a ser aliados de España; los franceses, aliados el día antes, se convirtieron en enemigos mortales. La noticia del motín de Aranjuez contra Godoy, de la abdicación de Carlos IV, la proclamación de Fernando VII, la prisión de ambos en Francia, la sublevación del pueblo de Madrid contra los franceses, la organización de la Junta Central y la creación de las juntas locales en las provincias, se recibió en Cuba el 14 de julio. Someruelos proclamó inmediatamente a Fernando VII, dictó al siguiente día bandos y disposiciones para conservar el orden y consideró que Cuba, como las demás provincias españolas, estaba en estado de guerra con Francia. La conmoción pública producida en la Habana por los sucesos de España fué enorme. La monarquía, de hecho, había quedado sin gobierno. El capitán general de Cuba, aunque acatado y reconocido por todos, disminuía su autoridad de un rey que prácticamente había dejado de reinar. Conocedor de los peligros exteriores que amenazaban la Isla, en el ánimo de Someruelos existía una gran inquietud y una seria preocupación, temeroso de los trastornos interiores que pudieran producirse.

Una fuerte y franca tendencia a la autonomía era ya evidente en Cuba. Toda la obra de Arango y Parreño desde 1790, secundada por la gran mayoría de los productores, el Ayuntamiento habanero, el Consulado de Agricultura, Industria y Comercio, la Sociedad Patriótica y la opinión en general, no significaba otra cosa. La serie de brillantes informes en los cuales había estudiado de mano maestra los más importantes problemas económicos y sociales de la Isla, aunque redactados con mucha suavidad y mesura en la forma, fervorosas expresiones de devoción y lealtad al rey, y acendrado amor a España, constituían, en el fondo, una acerba y destructiva crítica del régimen colonial. De-

mostraban la disparidad existente entre dicho régimen y las necesidades de Cuba, y eran, además, una prueba plena de la superior capacidad de "los hijos del país" para estudiar los problemas de éste y buscar las soluciones adecuadas a los mismos. Nadie, hasta entonces, había hablado del gobierno provincial o autonómico, pero existía, de hecho, y se había manifestado reiteradamente entre la clase acomodada de los productores, una decidida inclinación a tomar parte activa, en la forma hasta entonces autorizada por las leyes, en la resolución de las cuestiones de interés insular. Someruelos era conocedor de esa disposición general de los ánimos, inquietante, dadas las propagandas separatistas de Miranda, las ambiciones de franceses, ingleses y norteamericanos y la desastrosa situación económica. Para robustecer su autoridad y mantener unidos a sus gobernados, Someruelos pensó acudir al expediente, en imitación de lo que se había hecho en las provincias peninsulares, de constituir una junta provincial de Cuba, formada por las personas de mayor prestigio, influencia y representación social. En realidad, el espíritu de autonomía regional y local, verdadera tendencia política castiza del pueblo español, al hallarse libre de trabas, se inclinaba irresistiblemente a producirse en esa forma. Por lo que a Arango y a muchos hombres de su época concierne, tal vez sin percibirlo claramente ellos mismos, se habían dejado influir, aparte de la tradición española, por el principio de la soberanía popular, proclamado e impuesto por la revolución norteamericana y la francesa. Caía la idea de Someruelos, también, en terreno abonado entre los criollos, a causa de la pugna de intereses entre los productores, el comercio monopolista y la burocracia colonial. Arango era, no obstante, hombre muy prudente. Había tropezado, en sus intentos de renovación, con la fuerte resistencia de los intereses creados; sabía, asimismo, que se había tratado de hacerlo aparecer como sospechoso en Cuba y en Madrid. En asunto de tanta importancia como la creación de la junta, deseaba obrar sobre seguro y contar con el firme respaldo de una fuerte mayoría de personas de autoridad y arraigo. A ese efecto, se convino en que el brigadier don Agustín de Ibarra redactase una breve exposición, en la que se explicaba la conveniencia de constituir la Junta y se pedía la aprobación, por escrito, de la idea de organizarla. Al segundo día de haberse iniciado la labor de recoger las firmas por el síndico del Ayuntamiento (julio 27 de 1808) se hizo evidente que el plan encontraba recia oposición. Setenta y tres personas dieron su voto favorable al proyecto, pero Arango estimó que se necesitaban no menos de doscientas firmas. Su parecer fué que al no haberse podido obtener, debía abandonarse el propósito sin más discusión. La resistencia a la idea de constituir

la Junta Superior de Gobierno partió de tres centros burocráticos coloniales: la Intendencia de la Real Hacienda, la Superintendencia de Tabacos y la Comandancia de la Marina. Estos tres departamentos, dentro de la división de funciones administrativas establecidas por los reyes desde los primeros tiempos de la colonización, funcionaban independientemente de la autoridad del capitán general, bajo la supervisión directa del Ministerio de Indias y del rey. Libre, en realidad, de toda fiscalización a causa de la distancia a que se hallaban de la Corte, los jefes de dichos departamentos los manejaban a su arbitrio. Arrogábanse frecuentemente facultades de que carecían; incurrían en crecidos gastos innecesarios; mantenían una empleomanía costosa e inútil y hacían prevalecer, en el ejercicio de sus funciones, un espíritu de rutina, arbitrariedad y desorden fuertemente censurados por la opinión.

El Ayuntamiento, desde 1806, había tenido fuertes rozamientos con la Comandancia de Marina, la cual le había despojado arbitrariamente de la renta de bahía. Los hacendados habían tenido también serias diferencias con la citada Comandancia, a causa de disposiciones dictadas sobre montes muy perjudiciales para los ingenios. En lo que a la Factoría toca, Arango no sólo había hecho una crítica severa de los procedimientos de la misma, sino que juzgándola imposible de reforma, había propuesto que fuese suprimida. La constitución de una Junta Superior, llamada a ejercer autoridad sobre todos los centros administrativos y a fiscalizar las operaciones de los mismos, produjo vivo disgusto a los jefes omnímodos de los tres departamentos mencionados, aumentado por el convencimiento de que Arango habría de tener influencia grande en la corporación. Arango, por otra parte, era hacendado, no comerciante. Como asesor del Tribunal de Alzadas y como Síndico del Consulado, cuyas funciones eran las de un tribunal mercantil, se había enajenado la voluntad de muchos comerciantes peninsulares, cuyas malas artes había tenido que desaprobare y castigar. Otro funcionario de respetabilidad y prestigio, partidario de la idea de la Junta, José de Ilincheta, asesor general del gobierno, se hallaba en la misma situación respecto del comercio. El rencor de muchos comerciantes y el temor que inspiraba a éstos la creación de una autoridad local superior, dominada por los hacendados criollos, particularmente Ilincheta y Arango, fué explotado hábilmente por los jefes de la Hacienda, la Factoría y la Marina para producir entre el comercio un movimiento de protesta contra la idea de constituir la Junta. La razón alegada fué política y española. La junta se proponía, dijeron burocratas y mercaderes, independizar y tiranizar la Isla. En multitud de pasquines agresivos, los adversarios de Ilincheta y Arango lanzaron



FRANCISCO DE ARANGO Y PARREÑO

FRANCISCO DE ARANGO Y PARREÑO. Oidor honorario de las reales audiencias de Santo Domingo y México, Alférez real del Ayuntamiento de La Habana, Primer Síndico, Asesor y Juez de Alzadas del Real Consulado, Diputado a Cortes, Consejero de Indias, Prócer del Reino, Vocal de la Junta de Censura, Superintendente interino de la Factoría de Tabacos y de la Real Hacienda... el sesudo Arango, como le llama Pezuela, sirvió siempre a su patria con raro y ejemplar desinterés, renunciando a menudo los sueldos y emolumentos que le correspondían, y entregado en cuerpo y alma a la ardua e ingente tarea de promover, por todos los medios a su alcance, el progreso y la prosperidad del país. El sabio viajero alemán Alejandro de Humboldt dijo de él que era "uno de los hombres de estado más ilustrados y más profundamente instruidos de la situación de su patria". El período histórico que se abre en 1790 y que corre hasta la injustificada exclusión de los diputados cubanos de las Cortes españolas, en 1837, puede y debe llamarse, con justicia, la época de Arango y Parreño.

Grabado en acero que aparece publicado en la *Crónica de las Antillas*, por don Jacobo de la Pezuela (Madrid, 1871).

fuertes acusaciones contra éstos. En dichos escritos se pretendió imprimir el carácter de defensa patriótica de "la integridad nacional", a una oposición que se fundaba en razones de naturaleza muy distinta.

Las armas empleadas por los opositores de la junta para realizar sus fines, demuestran el largo camino que se había andado ya en el sentido de establecer antagonismos entre peninsulares y criollos, particularmente entre las clases populares. La independencia de los Estados Unidos, las ideas de libertad e igualdad propagadas por la revolución francesa, la propaganda separatista de Miranda y otros precursores, y hasta el mismo esfuerzo de los negros de Haití por hacerse libres, habían producido su efecto entre los criollos, cuyas diferencias físicas y de carácter con los peninsulares se acentuaban cada día, paralelamente con la diversidad de sus intereses económicos. La idea de una América separada y distinta de Europa, con caracteres propios, se abría paso poco a poco en los espíritus; el concepto de la patria, circunscrito a la tierra nativa, ganaba terreno igualmente. La clase rica o simplemente acomodada, sector privilegiado de la sociedad colonial, participaba en mayor o menor grado de estas ideas y de los sentimientos con ellas vinculados. No obstante, se hallaba fuertemente inclinada a tratar de satisfacer sus reivindicaciones sin romper los vínculos con la metrópoli, dominada por la idea que para la seguridad interior y exterior de la Isla, era absolutamente indispensable la protección de un poder fuerte, extremo del cual dependían la vida y la fortuna de los pobladores. Esta clase temía, sobre todas las cosas, dada la alta proporción de los africanos en la población, el peligro que podría acarrear una rebelión de los esclavos similar a la de Haití. Por otra parte, el sistema de gobierno español se hallaba, en el fondo, de acuerdo con los más profundos instintos de los hacendados, cafetaleros y terratenientes ricos, a quienes la riqueza y la práctica de la esclavitud habían fortificado la voluntad de autoridad y de poder. En marcado contraste, otros elementos, pocos aun, de la sociedad criolla, comenzaban a pensar de distinta manera. La aspiración a la igualdad democrática, practicada en los Estados Unidos y proclamada en Francia, era fuerte entre ciertos profesionales y personas de modesta posición económica y social. Un ideal de independencia, borroso y mal definido todavía, comenzaba a agitar los espíritus, en la convicción de que sólo dentro de un régimen liberal e igualitario podrían encontrar satisfacción los derechos del hombre y del ciudadano. Los criollos de la clase popular más ignorante, bien fuesen de las poblaciones o de los campos, no tenían, quizás, ideas políticas de ningún género. Advertían, sin embargo, las diferencias existentes entre ellos y los peninsulares de su propio nivel, y la apreciación

de esa diversidad se traducía, por lo común, en un sentimiento de hostilidad recíproca. En 1808, el terreno estaba preparado, por todas estas razones, para que se iniciaran las agitaciones políticas y sociales propias de una colonia de población muy heterogénea, regida por leyes arcaicas, en la cual imperaban el absolutismo político y la esclavitud civil. La tremenda crisis en que se hallaba envuelta España ofrecía una oportunidad para las conmociones políticas; la aguda depresión económica creaba un malestar propicio a imprimirles mayores vuelos; la oposición al proyecto de junta de Someruelos fué un motivo más para avivar el antagonismo entre peninsulares y criollos.

A las causas internas de agitación enumeradas iban a agregarse pronto, para hacerlas más intensas, los estímulos y las incitaciones de orden exterior. Inglaterra, desde que en 1790 Pitt aceptó el primer plan revolucionario de Miranda, proyectó llevarlo adelante en diversas ocasiones, según queda dicho. En 1808, el estadista inglés tenía ya planeado con el agitador caraqueño el envío de una expedición armada a la América, el mando de la cual habría de confiarse a Arturo Wellesley, el después famoso lord Wellington. Francia, durante el período revolucionario y la guerra de 1793 al 1795 con España, había acariciado también la idea de revolucionar las colonias españolas, asunto que Brissot y otros hombres de la Gironda discutieron largamente con Miranda en París. Napoleón pretendía dominar a España y conservar las posesiones coloniales españolas. Era, por tal razón, opuesto a las revoluciones, pero un tercer poder en discordia, los Estados Unidos, se hallaba en una disposición muy distinta.

La resistencia de España a ceder la Florida había irritado a Jefferson, a un extremo tal que sólo el temor a Napoleón le había impedido tomarla por la fuerza de las armas. En 1805, a punto los Estados Unidos de un rompimiento con Madrid, Miranda había sido acogido muy favorablemente en Nueva York, Filadelfia y Wáshington. Recibido por Madison, Secretario de Estado, y por el presidente Jefferson, pudo organizar, sin dificultad, la expedición del *Leander*. La Unión norteamericana tenía un interés en desmembrar el imperio español; la indefensión y el caos en que se hallaba España brindaban la oportunidad. Existía de por medio la oposición de Napoleón, todavía en la cumbre de su poder; pero Jefferson abrigaba el convencimiento de que Bonaparte, a cambio de que los Estados Unidos se abstuviesen de alentar la revolución en las restantes colonias españolas y se retrajeran de ayudar a los ingleses, se allanaría a cederles las Floridas y Cuba. A juicio de Jefferson, tratábase de un trueque recíprocamente ventajoso.

23.
Dispuesto a obrar sin demora dada la situación de España, Jefferson comenzó, sin embargo, por tratar de inducir a Folch y a Someruelos, gobernadores de Florida y de Cuba respectivamente, a desligarse de España. La prisión de los reyes españoles en Francia y la ocupación de la península por las tropas francesas, podían servir de justificación a ambos gobernadores. Si éstos accedían a dar este primer paso, se les arrastraría a otros, encaminados todos, en último término, al propósito de incorporar la Florida y Cuba a los Estados Unidos. James Wilkinson, general que ya había andado en ocultos manejos con las autoridades españolas de Luisiana años antes, recibido dinero y disfrutado de una pensión de España, fué encargado por Jefferson, que mantenía un agente en la Habana, de realizar las primeras gestiones cerca de Folch y Someruelos. El 23 de marzo de 1809, con el pretexto de cumplir una misión de cortesía oficial en nombre de su gobierno, arribó Wilkinson a la Habana. Recibido por Someruelos, entregó a éste una nota el 26, contestada por el gobernador el 30; tres días después, el 2 de abril, se hizo a la vela para Nueva Orleáns. En la nota a Someruelos, Wilkinson sugería, veladamente, la idea de la separación mencionada; amenazaba al propio tiempo, veladamente también, con que los norteamericanos, en caso de necesidad, ocuparían la Florida. La respuesta de Someruelos fué terminante. El asunto, declaró, era muy grave, y dado el carácter del mismo sólo podía ser tratado por personas especialmente designadas al efecto por el gobierno español. Advertido del peligro el gobernador de Cuba, solicitó ayuda del virrey de México para defender la amenazada Florida, autoridad que, impuesta como Someruelos y Folch de los planes norteamericanos, no vaciló en prestarla. Wilkinson hizo algo más. En la Habana, durante los días que permaneció en la ciudad, se entrevistó secretamente con diversas personas y trató con ellas de una posible anexión de Cuba a los Estados Unidos. Jefferson, poco después de regresar Wilkinson a la Luisiana, aseguraba a Madison, a quien acababa de entregar la presidencia, que la Florida y Cuba se ofrecerían ellas mismas a los norteamericanos. La información, sin duda, procedía de Wilkinson.

Los manejos del general en la capital de Cuba fueron conocidos inmediatamente por los vigilantes gobiernos de la Gran Bretaña y Francia. El general Turreau, ministro francés en Washington, pidió, en 15 de abril (1809) explicaciones al presidente Madison y al secretario de Estado Monroe sobre el rumor corriente de un proyecto patrocinado por el gobierno norteamericano de revolucionar la América del Sur. Acusó, además, al gobierno de Washington, de incitar reuniones secretas en la Florida, semejantes a las que Miranda había organizado en Ca-

NO CIRCULANTE



racas, y de alentar movimientos similares en Cuba, por mediación de Wilkinson y de otros agentes. En despacho al gobierno francés, siete días más tarde, Turreau daba cuenta de que la indiscreción de un empleado de la secretaría de Estado le había permitido saber que los Estados Unidos habían enviado agentes revolucionarios a México, las Floridas y Cuba.

Canning, a cargo del ministerio de Relaciones Exteriores de la Gran Bretaña, tuvo noticias similares, que le fueron transmitidas directamente desde la Habana. Con tal motivo, Francis James Jackson, ministro inglés en Washington, hizo, en cumplimiento de instrucciones de Canning, fuertes representaciones ante el presidente Madison. La Gran Bretaña por una razón y por otra Francia, al expresar su alarma, dejaron constancia de que se opondrían decididamente a todo intento norteamericano de ocupar a Cuba. Las dos naciones recibieron seguridades satisfactorias de Washington. El presidente Madison afirmó que Wilkinson sólo había sido encargado de una misión de cortesía, y que en ningún caso había sido investido de la menor autoridad para hacer o recibir ofertas de anexión.

La agitación y el malestar, mientras tanto, continuaban en Cuba. La paralización del comercio exterior había dado motivo a nuevos antagonismos entre criollos y peninsulares, semejantes a los producidos por el intento de crear la Junta. Tratóse, en el Ayuntamiento y en el Consulado, de la necesidad de reanudar y activar el tráfico, pero a pesar de la conveniencia general de la medida, hubo una fuerte oposición de parte de algunos comerciantes españoles. Someruelos, después que Arango rebatió los especiosos argumentos de los opositores (informe de 29 de noviembre de 1808), asumió de nuevo la responsabilidad de autorizar el comercio extranjero. El hecho real era que persistía una oculta tirantez entre los elementos peninsulares dirigidos por el comandante de la Marina, y el Ayuntamiento habanero, que seguía las inspiraciones de Arango.

El Ayuntamiento, en julio de 1808, se había pronunciado con alguna precipitación a favor de la Junta de Sevilla, la cual no era, en realidad, más que una junta provincial como otra cualquiera. Después del incidente provocado por el plan de crear la junta habanera, Arango y sus amigos paralizaron toda gestión sobre asuntos políticos, pero en octubre, al recibirse la noticia de haberse constituido la Junta Central de España, el Cabildo, a moción de Arango, salió de su pasividad y aun antes de recibir la notificación oficial se apresuró a reconocerla. El Ayuntamiento ofreció a la representación del gobierno supremo un testimonio de lealtad de los cubanos al trono y a la madre patria,

pero además dejó establecido en su acuerdo que la Isla se consideraba asistida de un derecho igual al de las demás provincias españolas, el cual esperaba que le sería reconocido. La moción aprobada, escrita por Arango, hacía historia de la cuestión de la junta desde sus comienzos; mencionaba los rozamientos con el comandante de la Marina, y explicaba la falta de justificación de dicha autoridad para oponerse a la creación de la junta cubana e inducir a otros funcionarios del gobierno a adoptar igual impropia actitud. El acuerdo del Ayuntamiento fijaba con claridad el ideal político de Arango y de la parte de la opinión que seguía sus inspiraciones. Cuba, tal era el principio en que se inspiraban, no era una colonia, sino una provincia de la monarquía, colocada en el mismo plano que las de la península, y en posesión de iguales derechos; el español de Cuba debía disfrutar de absoluta igualdad con el español peninsular. "Sería ofender la justicia y la alta penetración de tan ilustre asamblea", decía la moción en sus párrafos finales, el detenernos ahora en esforzar los derechos que juzgamos nos asisten en el presente caso. Somos españoles, no de las perversas clases de que las demás naciones forman sus factorías mercantiles, que es a lo que redujeron y reducen sus establecimientos de América, sino de la parte sana de la honradísima España. Y esa ilustre sangre que corre por nuestras venas en nada ha desmerecido, porque, a costa de tantas vidas, privaciones y fatigas, haya logrado conquistar, establecer y fomentar tantas Españas nuevas, tantos reinos opulentos. Nuestros amados monarcas, siguiendo los mejores ejemplos de la sabia antigüedad y las reglas de la justicia e interés bien entendido, dieron a estas poblaciones, desde su nacimiento, la misma Constitución, el mismo orden de Gobierno y los mismos goces que tienen en general las demás de la Península. Y podremos creer nosotros, que de ellos nos rebajarán los gloriosos sustitutos del rey que todos adoramos? Tan firmes en nuestra confianza como en nuestra imperturbable y rancia fidelidad, todo lo abandonamos a su sabia discreción, de la cual todos queremos y todos esperamos recibir el lugar que nos tocara en la representación nacional." La reclamación de derechos políticos y de representación del Ayuntamiento iba acompañada de otra no menos importante. El Cabildo declaraba, igualmente, que esperaba la justa y anunciada reforma del sistema mercantil de la Isla.

Dominada por los mercantilistas enemigos de la libertad colonial tanto económica como política, la Junta Central prestó oídos sordos a las dos peticiones habaneras. Por su parte, la Junta de Autoridades de Cuba, bajo la presidencia de Someruelos, tomó acuerdos sobre el arreglo provisional del arancel que debían pagar las mercaderías al en-

trar en la Isla (1809) altamente perjudiciales para los intereses de los productores. Estos consideraron dichos acuerdos como un claro indicio de las instrucciones que las autoridades recibían de España. Arango redactó un informe contra el arreglo. Lo censuraba con acritud y, por primera vez, se expresó en un tono acremente sarcástico.

La cuestión política no tardó en plantearse en términos de igual o mayor disparidad aun que la económica. En 14 de febrero de 1810, el Consejo de Regencia de España e Indias, sustituto de la Junta Central, dictó un real decreto en el que se dispuso la concurrencia de diputados de los dominios españoles de América y Asia a las Cortes extraordinarias próximas a celebrarse. Dichos diputados, según ordenaba el decreto, debían elegirse a razón de uno por cada capital cabeza de partido de las provincias coloniales, que se reducían a veintiocho en total. La elección quedaba confiada al Ayuntamiento de cada capital, obligado a designar primeramente tres personas, entre las cuales se escogería después, a la suerte, la que asumiría la diputación.

El real decreto de 14 de febrero de 1810 establecía una diferencia fundamental, de hecho, entre la diputación de España y las de las Indias, en perjuicio de éstas. Los diputados peninsulares se elegían por sufragio directo, a razón de uno por cada cincuenta mil habitantes. Con menor número de habitantes españoles que todas las Indias, al territorio peninsular le quedaba asegurada una representación mucho más numerosa, con diputados revestidos de mayor autoridad, a virtud de que sus poderes dimanaban directamente de los electores. Los extremos del decreto relativos al número de diputados de las provincias ultramarinas y a la forma de elección, produjeron profundo disgusto a Arango y a los que como él pensaban o lo reconocían tácitamente por jefe. No obstante, resolvieron acatarlo, a reserva de establecer una reclamación contra el mismo. La elección preliminar de los tres candidatos, efectuada por el Ayuntamiento en 6 de agosto de 1810, dió a Arango los catorce votos de los regidores presentes; a Andrés de Jáuregui, once, y a Pedro Regalado Pedroso, nueve. Jáuregui, favorecido por el sorteo, quedó electo, en definitiva.

En las sesiones sucesivas del Cabildo, al abrirse discusión sobre las instrucciones que debían trasmitirse al diputado, se planteó el problema político creado por la diversa forma de representación fijada por el decreto. Designada una comisión para estudiar el asunto e informar sobre el mismo, ésta sometió al Cabildo un escrito, en 4 de septiembre, redactado por Arango, en el cual se hacían constar varias dudas que habían asaltado a los comisionados y les habían impedido cumplir su prometido. En Consejo de Regencia había establecido diferencias en-

tre España y las Indias; a La Habana, decía Arango por boca de la comisión, se le presentaba el problema de lo que debía hacerse frente a tal contingencia. Los poderes de los diputados peninsulares debían ser, según la instrucción dictada para elegirlos, "ilimitados para acordar y resolver cuanto se proponga en las Cortes, así en razón de los puntos indicados en la real convocatoria, como en otros cualesquiera". A la elección de dichos diputados había concurrido todo el vecindario. Era evidente, en tal caso, que las facultades de aquéllos resultaban tan ilimitadas como lo eran las de sus poderdantes en las circunstancias de la elección, afirmaba Arango, dando por supuesto el principio de la soberanía popular. Podrían los Ayuntamientos de América dar a los diputados que eligiesen poderes de igual amplitud? No, a juicio de Arango, porque los Ayuntamientos no eran, aun cuando no lo decía explícitamente, corporaciones verdaderamente representativas del vecindario. Pero aun en el supuesto que pudieran otorgar tales poderes, establecida la igualdad de derechos entre los españoles de Europa y de América, no sólo por la Junta Central y el Consejo de Regencia, sino por las anteriores leyes de la monarquía, y debiendo llevar las leyes, según la proclama de la Suprema Junta Central, de 28 de octubre de 1809, "como lo deben llevar las verdaderas leyes, el gran carácter del consentimiento público", podía suponerse tal consentimiento de parte de las Américas, por el voto, aunque fuera unánime, de los diputados que ahora se enviaban, es decir, por el voto de veintiocho individuos que sólo llevaban el de sus respectivos ayuntamientos?

El Cabildo habanero, decía la comisión, al reclamar en 21 de octubre de 1808 ante la Suprema Junta Central igualdad de derechos para todos los españoles de ambos mundos, había clamado por los del vecindario de la Isla a la representación nacional. Ahora que el gran principio de dicha igualdad era desconocido, juntamente con el de los vecinos a elegir directamente sus diputados, ¿qué debía hacer el Ayuntamiento para llenar todos sus deberes, "para combinar los de su oficio de defensor de este pueblo, con los de obediencia al Cuerpo Soberano que le había honrado con la facultad de elegir; para no exponerse tampoco a los reparos que en la materia puedan hacer los representantes legítimos de la Península, ni desatender, por fin, ninguna de las consideraciones a que obliga y ha obligado la salud de la patria y urgencia de las circunstancias?". El Ayuntamiento, ante el cual Arango planteaba en estos términos el problema del derecho de los vecinos al sufragio, y el de la América a la igualdad de representación con España, después de dejar establecido, al propio tiempo, el principio de que las leyes, sin el consentimiento público, no eran tales leyes, deliberó am-

pliamente sobre el asunto y adoptó una actitud transigente. Acordóse declarar que las diferencias establecidas por el Real Decreto del Consejo de Regencia no debían considerarse sino como transitorias; debidas, quizás, sólo a dificultades accidentales del momento, y resolvió, asimismo, que los poderes de su diputado debían estimarse tan amplios, plenos y bastantes, cuanto podría y debía conferírseles. Agregábase a estos acuerdos la declaración de que el Ayuntamiento esperaba que las Cortes pondrían en vigor "no el nuevo sino el siempre existente y siempre útil principio de igualdad de derechos y prerrogativas entre los españoles de ambos mundos, medio el más adecuado para excitar y fomentar la cordialidad de los vínculos de la esparcida familia". La corporación acordó recordar, a ese efecto, la petición de igualdad de derechos presentada dos años antes, e insistir en que fuese resuelta sin demora la solicitud pendiente de que se concediesen franquicias al comercio ultramarino y, en particular, en la de que se autorizara el comercio extranjero.

Los productores cubanos tuvieron muy pronto otro serio motivo de disgusto con la Junta Central de España. Después de las extensas discusiones mantenidas en el Consulado y en el Ayuntamiento entre los hacendados partidarios del tráfico extranjero y los comerciantes españoles opuestos al mismo, las cuales se produjeron en los meses de agosto, septiembre y octubre de 1808, el Consulado había acordado, en 8 de diciembre, imprimir el informe de Arango presentado nueve días antes, tanto para hacerlo circular en la Isla como para enviarlo a la citada Junta Central. El Ayuntamiento, por su parte, designó apoderado o agente suyo, para que se trasladase a España a gestionar el asunto, a Claudio Martínez de Pinillos, secundado por Esteban Fernández León. Durante el año de 1809, las vicisitudes por las cuales pasó la Junta Central le impidieron resolver nada sobre la petición cubana; al disolverse dicha Junta, la solicitud de Cuba aun se hallaba pendiente.

El Consejo de Regencia, junta de gobierno que sustituyó a la Junta Central en 31 de enero del citado año, adoptó la decisión, la peor que podía ponerse en práctica en vista de las aspiraciones a la libertad de comercio de las colonias, de poner el manejo de la Hacienda española en manos de una junta nombrada por el Ayuntamiento de Cádiz, enteramente dominado por los monopolistas del comercio ultramarino. Ocurrió, además, que en la práctica el Ayuntamiento de Cádiz, con el apoyo incondicional del vecindario y el manejo de los fondos nacionales a cargo de su comisión, resultaba un poder más fuerte que el débil Consejo de Regencia, alojado dentro de los muros de Cádiz y a merced de los monopolistas. Ninguna esperanza podían alentar, en tales circuns-

tancias, Cuba y las colonias de América de obtener concesiones en la cuestión, para todas fundamental, de la libertad de comercio. Con gran sorpresa de todos en Cádiz, no obstante, una real orden expedida por el Consejo en 17 de mayo de 1810 autorizó el comercio directo de todos los puertos de Indias con las colonias extranjeras y con las naciones de Europa. Sobrecogido e indignado, el comercio gaditano protestó, violentamente, contra la Real Orden, inexplicable para los monopolistas.

Reunido precipitadamente el Consejo, declaró no haber autorizado la publicación de la Real Orden; dispuso el arresto del ministro de Hacienda, marqués de las Hormazas, y abrió una investigación sobre el asunto. El marqués, díjose como resultado de la misma, había sido sorprendido por algunos jefes superiores del ministerio. Estos le habían puesto a la firma, en lugar de un permiso especial para introducir harinas en la Habana, concedido por el Consejo, la Real Orden sobre libre comercio. Todo lo ocurrido atribuyóse en el fondo a gestiones de Martínez de Pinillos cerca de los funcionarios del ministerio. La Real Orden, que hubiera podido retardar quizás la sublevación y la independencia de las colonias, quedó anulada, pero las consecuencias del incidente fueron incalculables. La Gran Bretaña, interesada en el comercio de la América, quedó convencida de que el gobierno español, dominado por los monopolistas, no accedería a admitir el comercio extranjero; para la City y los ministros ingleses, no hubo ya más solución que apoyar la segregación de las colonias. En cuanto a éstas, Cuba inclusive, tuvieron la certidumbre de que el Consejo de Regencia, supeditado al comercio de Cádiz, no habría de hacer concesiones mercantiles a las Américas. La alternativa, entonces, no fué otra que escoger entre la miseria y la independencia.

El espíritu conservador y conciliador de Arango, unido a su lealtad a la madre patria, le indujeron a tomar otro camino. Los obstáculos con que había tropezado hasta entonces para suprimir el monopolio tabacalero, obtener la libertad de comercio, corregir los peores abusos de la burocracia y vencer la oposición del comercio español insular apoyado por los jefes de la Marina, la Factoría y la Intendencia de Hacienda, males agravados por la distancia enorme de la metrópoli, la inestabilidad de los gobiernos españoles y las guerras y conmociones que asolaban a España, le convencieron de la necesidad de asegurarle a la Isla un gobierno insular o "provincial" representativo, fuerte y autónómico, con autoridad bastante para regir la comunidad y velar por los intereses de la misma, sin dejar de pertenecer a la gran familia española. En el Real Consulado, donde su influencia era decisiva e in-

discutible, preparó, en tal virtud, un memorial para las Cortes, con un plan completo de autonomía colonial. La representación en las Cortes no podía bastar, decía la memoria, para asegurar la felicidad y el bienestar de Cuba. Existía la urgente necesidad de que los representantes de la soberanía en la Isla estuviesen asistidos por un Consejo Provincial, vocero de los intereses del vecindario, que debería actuar bajo la presidencia del capitán general y ejercer autoridad sobre todos los ramos de la Administración. Los miembros del Consejo serían veinte, diez por la jurisdicción de la Habana y diez por el resto de la Isla. La elección de los mismos debía correr a cargo de los Cabildos, en la forma establecida para elegir los diputados a las Cortes. Como atribuciones especiales del Consejo, Arango proponía que se le asignase el deber de asumir la dirección de la Superintendencia de Hacienda, para reformar radicalmente los abusos de la misma; el de regular el comercio exterior y doméstico, y el de correr con todas las cuestiones de policía general. Las funciones del Consejo debían ser las de una corporación puramente administrativa y civil. Las cuestiones militares no estarían comprendidas dentro de su jurisdicción. La administración de justicia debía ser también completamente independiente. El plan del Consejo, en la concepción de Arango, no se impondría como la forma definitiva de gobierno de la Isla. Constituída la corporación, ésta, de acuerdo con el capitán general, nombraría una comisión formada por un cierto número de personas, de no menos de cuarenta y cinco años de edad cada una, la cual quedaría encargada de redactar una Constitución más amplia y completa para la Isla de Cuba. Una vez terminado el proyecto constitucional, se sometería a la aprobación de las corporaciones insulares, para elevarse, después de obtenida la conformidad de las mismas, al Supremo Gobierno. Aprobado en último término por éste, entraría a regir como la Constitución definitiva de Cuba.

Las Cortes, sin adoptar resolución alguna sobre el memorial del Real Consulado, que posteriormente le valió acusaciones de separatistas a Arango y a la corporación, no tardaron en crear nuevos motivos de desconfianza y de profundo malestar entre los productores de Cuba. En la sesión de 26 de marzo de 1811, un diputado de México, el cura Miguel Guridi y Alcocer, presentó una moción, en la cual, después de hacer declaraciones generales contra la esclavitud, propuso la supresión del tráfico negro, acordado ya por la Gran Bretaña y otros países desde 1806. Andrés de Jáuregui, el diputado elegido por la Habana, se opuso a la medida, que estimó amenazadora y ruinosa para Cuba. De primera intención logró, con el argumento del peligroso efecto que la

moción de Guridi y Alcocer podía producir en las colonias con numerosos esclavos, que se acordase discutirla en sesión secreta, pero siete días más tarde, el 2 de abril, las Cortes volvieron sobre sus pasos y abrieron la moción contra el tráfico esclavista a debate público. Apoyada por Argüelles y otros influyentes diputados peninsulares, se debatió ampliamente, no sin la oposición y la protesta de Jáuregui. Al recibirse en Cuba la noticia de estos hechos, se produjo un estado de consternación, seguido de otro de viva irritación entre los productores. Entendieron éstos que las Cortes, sin autoridad legal ni moral para ello, porque Cuba sólo tenía en las mismas una representación incompleta, atacaban derechos fundamentales de los cubanos, adquiridos al amparo de las leyes de la monarquía; cegaban la principal fuente de riqueza de la Isla y con una imprevisión imperdonable suscitaban cuestiones que habrían de excitar y de soliviantar la población negra, y de acrecentar el peligro de una rebelión de los esclavos, expuesta a acarrear las mismas funestas consecuencias que la insurrección de Haití. El Ayuntamiento, el Consulado y la Sociedad Patriótica se unieron en la protesta contra la moción de Guridi y Alcocer, protesta que hicieron extensiva igualmente contra la resolución de las Cortes de someterla a debate público. Las corporaciones insulares reclamaron, en tono enérgico, que se suspendiese el debate y que la consideración del asunto se aplazara hasta la aprobación de la Constitución y el reconocimiento a la América de la igualdad de derechos y de representación solicitados por el Ayuntamiento de la Habana desde 1808.

En el extenso escrito de protesta redactado por Arango se insistió en las reclamaciones económicas y políticas pendientes, y se mantuvo la doctrina de que las Cortes, mientras no se hubiese reconocido a la América igualdad de representación y se hubiese puesto término a "la esclavitud política de las provincias de Ultramar", no podrían considerarse facultadas para resolver cuestiones fundamentales de las colonias. "El pueblo soberano de las provincias americanas"—decía el escrito—no había hecho en las Cortes "el sagrado depósito de su autoridad suprema de modo completo y legítimo con que debía ejecutarlo". Las Cortes, antes de pensar "en la esclavitud civil", debían pensar "en la esclavitud política"; en crear los medios "de dar vigor a la inerte policía, a la muerta y corrompida administración en todos los ramos"; en deslindar la esencia y las atribuciones del gobierno nacional y el provincial; en reformar los viciados y defectuosos órganos del antiguo gobierno, y en dar a la industria de los países de América la dirección y salida que fuese más provechosa. La previsión de Arango le llevaba

a tratar también por primera vez, clara y abiertamente, del peligro de la absorción norteamericana. "Vemos crecer un coloso que se ha hecho de todas castas y lenguas y que amenaza tragarse, si no nuestra América entera, al menos la parte del norte; y en vez de tratar de darle las fuerzas morales y físicas (a Cuba) y la voluntad que son precisas para resistir tal combate; en vez de adoptar el único medio que tenemos de escapar, que es el de crecer a la par de ese gigante tomando su mismo alimento, seguimos con la idolatría de los errados principios que causan nuestra languidez, y creemos conjurar la terrible tempestad, quitando los ojos de ella, queriendo que todos los quiten, y llegando a esta parte hasta el extremo de oír, si no con indignación, al menos con desabrimiento, a los buenos españoles que, interesados cordialmente en la gloria de su origen y en el bien de su nación, han sabido algunas veces hablar con tímidas frases de nuestra ceguedad imperdonable, de nuestro riesgo inmediato y de su único remedio." "La posteridad —decía el informe— no creará la exterior indefensión y el abandono interior de esta Isla en tan crítico momento." Tantos errores nacían, agregaba Arango, dolido siempre de la oposición a la creación de la Junta de 1808, y de la falta de atención presentada al memorial del Real Consulado, "de no haber tenido un gobierno provincial, combinado por la prudencia conforme a las circunstancias", extremo sobre el cual en el escrito de protesta se discurría en extenso. "El asunto de los negros no debía tratarse —decíase en resumen— hasta que la Constitución hubiera sentado sus bases, que eran, en concepto de los reclamantes, completa organización de la representación nacional, límites de la autoridad de ésta, límites de la que el Poder Ejecutivo necesitaba para balancear aquélla, de modo de hacer las leyes con la detención necesaria, leyes y facultades que debían reservarse al gobierno provincial, forma de este gobierno, y nuevos derechos y ventajas del ciudadano español, especialmente en las cuestiones de comercio extranjero."

La representación del Ayuntamiento, expresión de las ideas, de las aspiraciones políticas y del malestar de la clase criolla acomodada y productora, no abarcaba todas las tendencias políticas y sociales del momento. Además del autonomismo de Arango, compartido por la mayoría, existía un pensamiento anexionista, apreciado por Wilkinson, en 1809, entre los productores que reconocían la importancia del comercio con los Estados Unidos, y comenzaba a desarrollarse, asimismo, una tendencia puramente separatista entre ciertos elementos de la clase media, profesionales, militares y sacerdotes criollos, a los cuales seducían los ideales de democracia, libertad, independencia y republicanismos de que eran ejemplo vivo e inmediato los Estados Unidos.

La Junta de Sevilla, primero, la Junta Central después, y el Consejo de Regencia más tarde, pese a insubstanciales declaraciones de igualdad y a vagas promesas de reconocer en toda su plenitud los derechos a los españoles del Nuevo Mundo, habían adoptado reiteradamente resoluciones que negaban de plano las reivindicaciones fundamentales de las colonias. La distinta forma establecida para elegir los diputados de las Cortes, irritó las provincias ultramarinas. El propósito de España de seguir dominando la América, a título de metrópoli con superior autoridad, se hizo evidente, pese a todas las declaraciones verbales igualitarias. En la otra aspiración básica de las provincias coloniales, la libertad de comerciar con el extranjero, la actitud hostil de las distintas Juntas que gobernaron a España y el Consejo de Regencia, no fué menos clara ni definitiva, después del incidente de la Real Orden de 17 de mayo de 1811, prontamente revocada. No sólo en Cuba, en toda América, hubo de comprenderse, con profunda decepción, que el interés del comercio peninsular, opuesto a desprenderse de sus antiguos privilegios, pesaba más en las decisiones del gobierno que las quejas de todas las provincias de Ultramar. Y la libertad comercial, puesto que ni la agricultura ni la industria de España podían suplir las necesidades de los españoles del Nuevo Mundo, ni tampoco el mercado peninsular podía absorber los productos de las Américas, ni la marina mercante de la metrópoli, reducida a unos pocos barcos, podía prestar los servicios de transporte; era una cuestión de vida o muerte, de bienestar o de miseria, para la América española. En tales condiciones no era extraño que los partidarios de la independencia, como los de la anexión, encontraran razones y estímulos para reafirmarse en sus ideales y para pensar en realizarlos. El carácter francamente contrario a la continuación de la dominación española en ambas aspiraciones, anexionismo y separatismo, colocó a los que las sustentaban en el plano de la sedición y de la rebeldía desde el primer momento. Sus actividades, en tal virtud, tuvieron que ser secretas necesariamente, por lo cual existen pocas evidencias de las mismas. Las pruebas auténticas que se conocen de los primeros brotes del anexionismo y del separatismo, aunque escasas, no permiten dudas respecto de la existencia de ambas tendencias. Un agente privado norteamericano, William Shaler, ha dejado noticias bastante amplias de un intento anexionista en los años 1810 a 1812.

Las perspectivas del anexionismo, según Shaler, no eran prometedoras en 1810, cuando arribó a Cuba, porque en la Isla había aun muy pocas personas interesadas a favor de la separación de España. Shaler, no obstante, pudo apreciar que existía una profunda y arraigada hos-

tilidad entre la clase gobernante española y los ricos hacendados criollos, agravada en el año citado por la desastrosa situación comercial. Los altos funcionarios coloniales y los mercaderes peninsulares estaban interesados en mantener tarifas arancelarias altas y obtener monopolios. Los hacendados, en aranceles bajos y en la libre competencia comercial

Algunos hacendados criollos hicieron conocimiento con el agente confidencial. De manera discreta, éste les sugirió la conveniencia de independizar la Isla, plan que podría realizarse con la simpatía y hasta con la ayuda de los Estados Unidos. Los criollos, que contaban con muchos esclavos que podían intentar hacerse libres también, abrigaban dudas respecto de la habilidad de la población para gozar de la independencia ordenadamente. Por otra parte, España, en lucha contra Napoleón, establecía en aquellos momentos un régimen liberal; era posible que el nuevo gobierno corrigiese los abusos de los tiempos pasados. En junio de 1811 las esperanzas de los criollos estaban defraudadas y Shaler cobró alientos. Los liberales españoles, además de haberse negado a conceder las franquicias comerciales, parecían dispuestos a suprimir la esclavitud, de acuerdo con la moción de Guridi y Alcocer. Shaler apreció que la última medida era más de lo que los criollos podían tolerar. El sistema económico de la Isla estaba expuesto a quedar destruído por su base; Cuba podía llegar a convertirse en otro Haití, gobernado por los esclavos. La idea de la independencia surgió en el ánimo de muchos como un medio de defensa; otros menos decididos acudieron a Shaler en demanda de consejo. Un representante de los productores criollos que se acercó a Shaler declaró a éste que el único camino abierto a Cuba era solicitar la unión con los Estados Unidos y convertirse en un estado federal. El agente, después de contestar en términos generales que los Estados Unidos estaban prontos a promover las más íntimas relaciones de amistad con Cuba, puso en manos del comisionado criollo copias de la Constitución de los Estados Unidos y de las de algunos estados de la Unión. Someruelos, siempre vigilante, se había apresurado a comunicar a las Cortes el terrible efecto que la discusión pública sobre la esclavitud había producido en la Isla y el temor de que pudiera perderse. Muy al tanto de las corrientes de opinión entre sus gobernados, tuvo noticia de los secretos tratos de Shaler, ordenó su arresto y lo hizo salir de la Isla. Antes de partir, en diciembre de 1811, Shaler y los anexionistas criollos llegaron a un acuerdo. Si la Gran Bretaña amenazaba a Cuba, se proclamaría la independencia y se solicitaría la inmediata ayuda de los Estados Unidos. Mientras tanto, Shaler recibiría frecuente información de la marcha de los aconteci-

mientos, a fin de que presentara el caso al gobierno de los Estados Unidos si surgía la necesidad de hacerlo. La conspiración de Aponte en 1812, fué un rudo golpe para los planes de independencia, a causa de que avivó entre los criollos el temor de que cualquiera fuerte conmoción en la Isla provocara una rebelión general de los esclavos.

Los movimientos netamente separatistas de 1809 a 1812 parecen haberse reducido a intentos quizás de poca importancia. Se ha mencionado una conspiración masónica separatista en 1809 y otra en 1810. Las personas que tomaron parte en las mismas fueron estrechamente vigiladas y perseguidas por Someruelos, sin que llegasen a poder organizar ningún movimiento de carácter serio. El doctor Joaquín Infante, conspirador y autor de una Constitución para la república de Cuba, escapó a Venezuela; José Alvarez de Toledo, habanero, diputado interino por Santo Domingo a las Cortes de Cádiz, trató de promover agitaciones separatistas en la Habana; Román de la Luz y Luis F. Basabe fueron encausados y condenados a prisión por conspiradores. Otro supuesto cubano, cuya identidad es dudosa, Pedro José de Caro, colaboró con Miranda. Es posible que a estos nombres haya que añadir algunos más, cuando la historia de las primeras conspiraciones del período sea mejor conocida.

Hubo, además, movimientos de reivindicación de otro carácter, los cuales no tardaron en hacerse evidentes con actos de rebeldía. La esclavitud había tomado un vuelo enorme en Cuba a partir de 1789. La vida del esclavo, por otra parte, se había hecho más dura y miserable en los ingenios. Estos habían dejado de ser pequeñas fincas operadas con un corto número de esclavos, sin gran exigencia en el trabajo, para convertirse en explotaciones industriales cada vez mayores, en las cuales se exigía al esclavo el máximo de trabajo para bajar el costo de producción en los períodos desfavorables, y un esfuerzo aún más considerable en los años buenos para asegurar mayores ganancias al hacendado. El libre comercio de negros empeoró terriblemente la condición del siervo. El hacendado dispuso de facilidades para reponer los esclavos que morían aplastados por el trabajo, las enfermedades, la mala y escasa alimentación y el maltrato de los mayores. Durante los tiempos en que el comercio de esclavos había estado restringido, y la escasez de capital había sido grande, la dificultad para sustituir los esclavos fué mucha siempre. El esclavo era una prenda valiosa, merecedora del cuidado; el recargo de trabajo y el maltrato no se llevaban más allá del límite que podía conducir a la pérdida del siervo. Pero cuando los puertos estuvieron libres y hubo capital en abundancia, cuando los

comerciantes de la Habana y los negreros ofrecieron africanos sin limitación a cambio de azúcar, mieles y aguardiente, al esclavo trató de extraérsele, como al indio encomendado en los primeros tiempos de la colonización, el máximo de rendimiento posible, en el menor tiempo y con el menor gasto. El esclavo que moría aniquilado por la carga de sufrimiento y de trabajo, era sustituido con la misma indiferencia con que se reemplazaba una pieza de la maquinaria destruida por el uso. Y el movimiento de los trapiches seguía adelante. El esclavo de Cuba tuvo, antes de 1879, según quedó dicho en otro lugar, una posición privilegiada sobre el de las colonias de las demás naciones europeas en las Antillas, pero la libertad de especular con la venta de africanos y de importarlos, colocó rápidamente al siervo cubano en la horrible posición de sus hermanos de raza de las Antillas Menores, Haití y Jamaica. Esta transformación de la extensión y del régimen de la esclavitud se producía, para hacer más intolerable el cambio, en los años en que un movimiento casi general a favor de la supresión del tráfico negrero, y aun de la misma esclavitud, se abría paso en el mundo. Por un terrible juego del destino, Cuba se transformaba en una inmensa y horrible ergástula, en los años en que una esperanza de redención parecía próxima a convertirse en realidad para los esclavos. El beneficio de las franquicias comerciales tuvo este lado oscuro, al alcanzarse en una comunidad donde la producción de la riqueza se basaba principalmente en la explotación del hombre por el hombre, realizada en la forma primitiva y cruel de los primeros tiempos. Nada importaba que a la vista de las costas cubanas los esclavos de Haití, en una explosión desesperada de sufrimiento, se hubiesen hecho libres, ni que Inglaterra, una de las grandes naciones dedicadas al tráfico de esclavos, hubiese renunciado al mismo, y tratara, con su habitual determinación, de inducir o de forzar a las demás naciones a seguir su ejemplo. En Cuba, hasta entonces, se habían producido actos aislados de rebeldía, provocados por la mayor dureza de la vida en algunos ingenios; pero ahora que los esclavos y los libertos eran igualmente numerosos, existían condiciones propicias para iniciar extensos y coordinados movimientos de sublevación. La población negra se hallaba unida, en lo profundo, por una solidaridad racial y de reivindicaciones colectivas, frente al cepo, al grillete y al látigo del blanco, y a las leyes y costumbres de éste, que sometían al negro libre a una situación inferior, económica, jurídica y social, y a una vejación constante. La proposición de Guridi y Alcocer fué ampliamente conocida. Muchos blancos, entre ellos algún sacerdote a quien Arango reprochaba el haber ido por las calles anun-

ciándoles a los negros su pronta libertad, difundieron la noticia entre éstos. Cuando la posibilidad de la abolición desapareció prontamente, porque las Cortes archivaron el asunto, los negros, burlados en su esperanza, trataron de organizar un movimiento de rebeldía para conquistar por la fuerza una libertad que por otro medio parecía que no había de llegarles nunca. La conspiración, dirigida por el negro libre José Antonio Aponte, asociado con algunos hombres de su raza de igual condición civil y quizás con el concurso de algunos haitianos, llegó a extenderse entre la población de color esclava de muchos lugares de la Isla, pero fué prontamente descubierta.

CAPÍTULO III

INCOMPATIBILIDAD DEL REGIMEN COLONIAL CON LAS ASPIRACIONES CUBANAS

Las diversas tendencias a una igualdad de derechos con España y a un gobierno provincial, al anexionismo, al separatismo y a la conquista de la libertad civil de los esclavos, tenían de común, en el fondo, el traducir una inconformidad o una incompatibilidad con el régimen existente, o sea, con el sistema de gobierno colonial. Dichos movimientos, por débiles o poco acentuados que fueran algunos de ellos, debían provocar y provocaron, naturalmente, una reacción en los peninsulares, de mero sentimiento en unos, de sentimiento y de interés en otros, que veían en peligro los privilegios de que gozaban dentro del sistema mercantil establecido en el ejercicio de cargos públicos utilizados para enriquecerse.

La clase acomodada de los criollos estaba formada por propietarios de ingenios, de cafetales y de hatos de ganado. Dependía de los comerciantes peninsulares para la venta de los frutos del país, la compra de los efectos de importación, la adquisición de esclavos y el anticipo del capital necesario para cubrir los gastos generales de la producción. Los intereses de productores y comerciantes, dado el carácter monopolista del comercio español y la dominación financiera que ejercía sobre la agricultura, eran contradictorios. Desde 1791, la usura de los comerciantes fué uno de los grandes obstáculos con que tropezaron los productores; posteriormente, aumentó más aun. En 1798 se calculaba que los mercaderes le ocasionaban a los ingenios una pérdida de un 30 a un 40 por ciento. El comerciante habanero mantenía estrechos vínculos con el de Cádiz, que, fuertemente atrincherado en el sistema proteccionista del comercio y la marina española, veía en la concesión del derecho de comercio libre la pérdida de sus privilegios, razón por la cual influía con todo su poder sobre el comerciante de la Habana para que éste secundase la oposición a la libertad comercial. A medida que la oposición entre el mercader y el productor tendió a acentuarse, como el primero era peninsular y el segundo criollo, tomó un cariz político.

La Hacienda, la Marina, la Factoría de Tabacos y demás dependencias burocráticas disfrutaban de privilegios y de facultades excepcionales. Los jefes y demás funcionarios de dichos departamentos se hallaban, como el comercio, interesados en mantener el *statu quo*, circunstancia que los convertía en incondicionales defensores del régimen colonial de los siglos XVII y XVIII. En cuanto al restó de los peninsulares, la diferencia de hábitos, instintos, aspiraciones y manera de ser entre ellos y los criollos, los llevaba a unirse con sus coterráneos del comercio y de la burocracia y a constituir un partido netamente español.

Al ser España atacada en América cuando comenzaron las luchas por la independencia, el partido peninsular justificó la defensa de sus intereses con la de los derechos de la madre patria. Para dicho partido, los únicos españoles puros y leales eran los nacidos en la península. Colocadas las cosas en ese plano, las primeras conspiraciones separatistas contribuyeron a proporcionar armas al partido peninsular contra los criollos. Todo criollo que aspiraba a libertades económicas o políticas quedaba tachado invariablemente de sospechoso. Arango, los partidarios de crear la Junta de 1808, el Real Consulado, la Sociedad Patriótica y hasta el Ayuntamiento, corporaciones en las cuales la influencia de los criollos era grande, no tardaron en ser blanco de la acusación de deslealtad y hasta de separatismo. En 27 de abril de 1811, el *Diario de la Habana* publicó un artículo en el cual señalaba la conveniencia de que los productores se combinaran y reunieran todo el azúcar y el café para venderlo bajo una sola dirección a fin de obtener un precio mejor en plaza, e inmediatamente la idea fué denunciada como un plan para imponer la voluntad del criollo productor sobre el peninsular comerciante.

La rivalidad latente entre peninsulares y criollos no había tenido, sin embargo, oportunidad de expresarse de una manera abierta, pero vino a brindársela, en forma relativamente amplia para la época, el decreto de las Cortes, de 11 de noviembre de 1810, por el cual estableció la libertad de la prensa, aunque con ciertas limitaciones, en todos los dominios españoles. Someruelos, al ponerla en vigor, creó una junta local de censura, en 18 de febrero de 1811, medida que a pesar de su carácter restrictivo no impidió la inmediata aparición y el amplio vuelo del periodismo político. En la Habana llegaron a contarse hasta veinte periódicos; Santiago de Cuba y Camagüey también tuvieron su primera prensa local en el mismo año. Los enemigos de Arango y, en general, los peninsulares hostiles a los criollos, aprovecharon la oportunidad que les ofrecía la libertad de la prensa para atacarlo duramente.

Gómez Rumbau, el Superintendente de Tabacos, director de la Factoría, publicó artículos muy acres contra Arango, acusándolo de enemigo del Fisco y de los intereses de la metrópoli, por haber propuesto la supresión del estanco. El escritor más hiriente fué, sin embargo, el cura Gutiérrez de Piñeres, enemigo de Arango y de los criollos en general. Piñeres, como Rumbau, acusó a Arango de "independiente", tanto por haber apoyado la idea de constituir la junta proyectada por Someruelos como por el proyecto de gobierno provincial aprobado por el Consulado y enviado a las Cortes. Piñeres se significó tan marcadamente como jefe del grupo peninsular mal dispuesto hacia los criollos, que dicho grupo comenzó a ser llamado "piñerista". Uno de los familiares de Arango, José de Arango y del Castillo, y otros escritores criollos rebatieron con energía a Rumbau y a Piñeres. Hubo un momento en que el mismo Arango se creyó obligado a defenderse personalmente en diversos escritos contra Rumbau, pero finalmente, disgustado por la política del Consejo de Regencia y de las Cortes y por los desconsiderados ataques periodísticos que se le dirigían, decidió retraerse de toda actividad pública, a cuyo efecto se recluyó en su ingenio "La Ninfa", situado en la jurisdicción de Güines.

La política de Someruelos ante la creciente división de peninsulares y criollos fué prudente, contemporizadora y enérgica a la vez. Satisfecho del concurso y del apoyo de los productores criollos, los apoyó en sus aspiraciones económicas, se las satisfizo en cuanto estuvo a su alcance, y los defendió de la acusación de antiespañolismo; pero Someruelos, preocupado por los barruntos de rebelión en las demás colonias y los peligros exteriores, contaba, en último extremo, con la fidelidad de los peninsulares. En tal virtud, no vaciló en crear organizaciones militares de voluntarios, como un refuerzo para la tropa regular en caso de necesidad, las cuales se formaron con españoles del comercio principalmente. Contra los conspiradores separatistas procedió silenciosa pero efectivamente, según quedó dicho más arriba. Les impidió organizarse, atajó sus propagandas y castigó a los que cayeron en sus manos con la prisión y el destierro.

Juan Ruiz de Apodaca, sucesor de Someruelos en la Capitanía General de Cuba, tropezó con serios problemas al asumir el mando, en 14 de abril de 1812. La mayor parte de las colonias del continente sublevadas contra la metrópoli, proseguía la lucha con tenacidad, disgustada contra la Regencia y las Cortes por causas similares a las que provocaban también fuerte desagrado en Cuba. El espíritu de rebelión se hacía contagioso en todas partes, fomentado por el sentimiento de solidaridad americana de que se ha hecho mención en otro lugar, y

por la propaganda de agentes ingleses y norteamericanos. Además, una serie de aventureros de diversas nacionalidades empezaba a obtener patentes de corso de las colonias rebeldes y a atacar el comercio español en los mares americanos, estimulados por el botín fácilmente conquistado. Los únicos barcos que se hallaban a salvo de los ataques de estos primeros corsarios eran los norteamericanos, razón por la cual a cargo de los mismos quedó casi exclusivamente el limitado comercio de la Isla.

La guerra que estalló entre los Estados Unidos y la Gran Bretaña en el mismo año de 1812, contribuyó más aun a paralizar el tráfico marítimo y empeorar la situación. Por otra parte, el presidente Madison persistía en su empeño de tomar las Floridas, acentuaba su hostilidad a España y no abandonaba las miras de Jefferson de ocupar a Cuba. Alvarez de Toledo, teniente de navío habanero que había sido designado para representar interinamente a Santo Domingo en las Cortes generales y extraordinarias de 1810, acusado de estimular propósitos de rebeldía en dicha isla y en Cuba, huyó de España a los Estados Unidos, protegido por Meade, cónsul norteamericano en Cádiz. Desde Filadelfia, a donde arribó en septiembre de 1811, en carta a Monroe, Secretario de Estado del Presidente Madison, le informó que tenía importantes asuntos que comunicarle. Monroe facilitó algún dinero al ex diputado, que se trasladó a Washington a fines de diciembre. Toledo manifestó a Monroe que los ingleses se proponían obtener a Cuba, Santo Domingo y Puerto Rico y que las Cortes se hallaban inclinadas a acceder. Declaró también que parte de la población de dichas islas, inconforme de pasar a poder de la Gran Bretaña, se disponía a solicitar la ayuda de los Estados Unidos. Con la aprobación de Madison, Monroe resolvió utilizar a Toledo para extender la propaganda revolucionaria. A este efecto, le facilitó fondos para trasladarse a Cuba, y cartas de introducción para William Shaler, el agente norteamericano en la Habana. El ex diputado, no obstante, con disgusto de Monroe y de Madison, permaneció en Filadelfia, con la excusa de que se hallaba estrechamente vigilado por los españoles. Añadió más tarde, en febrero de 1812, que había recibido cartas de la Habana y de Santo Domingo en las cuales se le expresaba que el momento no era oportuno para una revolución. A pesar de ello, Toledo propuso a Monroe que se le enviase a Cuba secretamente en un buque de guerra despachado en la apariencia para Nueva Orleáns. El plan hacía demasiado evidente la complicidad de Monroe y no fué aceptado. Monroe, por otra parte, había perdido la fe en Toledo y no prestó más atención al mismo. El inquieto ex diputado entró entonces en relaciones con los revolucionarios de México. Unido a aventureros norteamericanos, colaboró en la

preparación de expediciones contra Texas, al frente de una de las cuales sufrió una severa derrota. Más tarde, Toledo volvió al servicio de España y ocupó altos cargos diplomáticos.

Mientras fracasaba en su inicio el plan de Monroe de fomentar agitaciones revolucionarias en la Isla, la guerra entre norteamericanos e ingleses, aunque perjudicial para el comercio de Cuba, produjo el doble efecto de ocupar a los corsarios en ataques contra el comercio inglés y de paralizar las maniobras antiespañolas del gobierno de Washington, obligado a concentrar todos sus esfuerzos en la lucha contra la Gran Bretaña y en el empeño urgente de tomar las Floridas. En un ambiente un tanto más tranquilo, Apodaca pudo dedicar su atención, libre de los más graves peligros internos y externos, a poner en vigor la Constitución de 1812, recibida en Cuba el 13 de julio de dicho año. La nueva ley fundamental del Estado confería el derecho electoral a todos los españoles y descendientes de españoles que hubiesen cumplido los veinticinco años de edad; mantenía la libertad de imprenta; introducía importantes cambios en la administración de justicia, con el fin de constituirla en poder aparte e independizarla de las autoridades gubernativas; variaba el régimen administrativo político de los municipios, en los cuales suprimía los regidores ex-oficio, los de carácter hereditario y los de nombramiento real; y creaba un centro administrativo y político nuevo, la diputación provincial, en cada uno de los tres departamentos en que quedó dividida la Isla, con facultad para imponer y distribuir las contribuciones y demás cargas generales en el territorio respectivo, vigilar el cumplimiento de los servicios públicos, e informar y representar al gobierno sobre el estado y las necesidades del departamento, aparte de otras atribuciones de menor importancia. Sin llegar a la igualdad de representación reclamada por las Américas, la Constitución reconocía a las provincias ultramarinas el derecho de enviar diputados a las Cortes y ampliaba algo el número de los mismos.

Acogida con aplauso por los criollos, en general, y con disgusto por el elemento español partidario del statu quo, la Constitución ofrecía grandes dificultades materiales para ser aplicada en la Isla. En ésta se carecía de un censo de población y de registros electorales; las comunicaciones entre los pueblos entre sí y con las zonas rurales eran muy lentas y difíciles; en el estado de penuria en que se hallaba el país a causa de la interrupción del comercio, y el Fisco por la reducción y suspensión de los "situados" de México, no había dinero para sufragar los gastos electorales ni los de instalación de los nuevos organismos judiciales y administrativos.

Por todas estas razones, y a virtud de una aceptación más o menos tácita de las personas de mayor influencia en el vecindario, para el cual los nuevos derechos electorales eran una inesperada novedad, Apodaca y las demás autoridades procedieron, sin efectuar elecciones propiamente dichas, a llevar adelante los cambios exigidos por la Constitución. En forma tan regular como les fué posible, pronto quedaron organizados e instalados los nuevos ayuntamientos constitucionales y las diputaciones provinciales, elegidos los diputados a las Cortes, y en el ejercicio de sus funciones las autoridades judiciales. La impaciencia y el disgusto continuaron, en parte, entre los partidarios de la completa igualdad política de las provincias peninsulares y ultramarinas, pero se esperaba que las nuevas Cortes abordarían la cuestión y la resolverían satisfactoriamente. Arango y Parreño, uno de los diputados electos, no se hacía, sin embargo, muchas ilusiones ni abrigaba grandes esperanzas. En un escrito a la Diputación Provincial de la Habana, en el cual pedía instrucciones para mejor llenar su cometido, declaraba que, por el momento, sólo debía atenderse a lo que era más esencial y urgente. En primer lugar, asegurar la tranquilidad interior; en segundo, establecer, como firme apoyo de la libertad política, un plan completo de instrucción popular. Arango aconsejó, asimismo, que se huyese de emprender mucho y sin plan. Finalmente, en un manifiesto dirigido a los cubanos en 8 de julio de 1813, recomendó calma, paciencia e indulgencia, y previno a la opinión contra el peligro de confiar demasiado en obtener grandes mejoras en breve tiempo.

Las condiciones de la Isla, muy desfavorables en el momento, justificaban las reservas de Arango. La suspensión del "situado" de México, a causa de los trastornos que se producían en el virreinato, había obligado a las autoridades a paralizar las obras del arsenal y a despedir a muchos trabajadores que hallaban empleo en las mismas. Las tropas, mal vestidas, mal alimentadas, a mitad de paga los soldados y a un tercio los jefes y oficiales, se hallaban casi en cuadro, al extremo de que el servicio de los soldados regulares tenía que ser prestado en parte por las milicias y por las quince compañías de voluntarios de Fernando VII creadas por Someruelos. Para cubrir todos los gastos del gobierno, se contaba sólo con seis o siete mil pesos mensuales recaudados por el Consulado, y con la renta de Aduanas, reducida en la época. La vigilancia y defensa de las costas, extremos de mucha importancia, se hallaban a cargo de un corto número de embarcaciones armadas y sostenidas por el Consulado. No obstante, era urgente cooperar a la defensa de la Florida Oriental, amenazada por los norteamericanos, y auxiliar a los pobladores de Santo Domingo, antigua colonia que el valor de Juan

Sánchez Ramírez había puesto nuevamente bajo la soberanía de España. Cuba correspondió a la demanda de las autoridades, sin la menor vacilación, en tan críticas circunstancias. A la Florida se enviaron trescientos soldados negros, escogidos entre las compañías de "Morenos de la Habana"; para la defensa de Santo Domingo, a la muerte de Ramírez, fué designado el brigadier habanero Carlos de Urrutia, quien reclutó en la ciudad jefes, oficiales y centenares de soldados para su expedición; los gastos de la cual, así como el sostén de la tropa, se cubrieron con donativos del comercio y de las personas acaudaladas. Como un arbitrio extraordinario para levantar fondos, el intendente de Hacienda, Aguilar, creó la renta de Lotería en 21 de abril de 1812.

En España, en Europa y en la América se producían, mientras tanto, grandes cambios, cuya influencia iba a hacerse sentir inmediatamente sobre el estado político, económico y social de Cuba. Napoleón, a pesar de su genio militar, acabó por sucumbir a las grandes fuerzas que se habían unido en contra suya. La paz se restablecía en Europa; Fernando VII recuperaba el trono, cruzaba la frontera francesa por Cataluña y entraba en territorio español en 22 de marzo de 1814. En su lento viaje a Madrid, recibido y saludado con gran júbilo por el pueblo español, Fernando el "Deseado" se creyó en condiciones de recabar el poder absoluto ejercido por sus antepasados, sin hacer un misterio de su antipatía y repulsión al régimen constitucional. En previsión de que el rey continuara haciendo uso de las facultades absolutas que empezaba a asumir, las Cortes, en defensa de sus prerrogativas y de la Constitución, votaron un decreto que declaraba nulas todas las disposiciones que dictase el monarca antes de jurar la ley fundamental del Estado. Fernando contestó, a su vez, con el real decreto de 4 de mayo de 1814, en el cual, lanzando abierto reto a la representación nacional, declaró nulos y sin valor todos los actos de las Cortes, inclusive la aprobación e implantación de la ley constitucional. Las primeras noticias recibidas en Cuba de estos hechos fueron de carácter particular. Para prevenir la excitación de los ánimos y posibles desórdenes, Apodaca estableció inmediatamente la censura en los periódicos y adoptó otras medidas de precaución. La supresión del régimen constitucional no produjo, sin embargo, la menor protesta. Las Cortes, con su política de dominación colonial, su sumisión a los monopolios de Cádiz, su falta de atención al plan de gobierno provincial del Consulado, el debate sobre la esclavitud, su parcialidad a favor de los peninsulares y su antiamericanismo, se había enajenado la simpatía y el apoyo de la alta clase criolla, a la cual habían sido abiertamente hostiles. La misma libertad de la prensa, utilizada por Piñeres, Gómez Rumbau y otros

peninsulares para atacar a los criollos, había producido mayor disgusto que satisfacción a hombres como Arango y sus amigos y colaboradores, habituados a una labor silenciosa en el seno de las corporaciones, en el palacio del capitán general y en los ministerios.

El régimen, por otra parte, no había respondido a las esperanzas fundadas en el mismo, ni había tenido tiempo de arraigar y hacer sentir sus efectos en el orden político y administrativo. El partido peninsular, en el fondo, tampoco lo veía con gusto, porque un secreto instinto le hacía comprender que, a la larga, la concesión de libertades a la Isla redundaría en beneficio de los criollos. Al recibir las comunicaciones oficiales en las cuales se le notificaba el cambio de régimen, Apodaca pudo cumplir, por consiguiente, sin la menor dificultad, la orden de poner término al sistema constitucional en Cuba. El 25 de julio (1814) publicó la Gaceta el decreto de Fernando VII. Los funcionarios constitucionales resignaron sus cargos e inmediatamente quedó restablecida la situación anterior a 1812. La guerra de los Estados Unidos e Inglaterra cesó también en el mismo año de 1814, pero la rebelión de las colonias españolas había tomado tales vuelos que prácticamente podían considerarse perdidas para España. El cambio de régimen produjo, en el primer momento, el temor de que la libertad comercial de que transitoriamente disfrutaba la Isla se suprimiese por completo, porque el Consejo de Indias, restablecido por Fernando VII, dictó una disposición en septiembre por la cual se ponía en vigor la prohibición de admitir barcos extranjeros en los puertos cubanos, pero Apodaca, de acuerdo con el intendente de Hacienda y con el Consulado, decidió aplazar el cumplimiento de la orden con la justificación de que el mar, plagado de corsarios norteamericanos abanderados en las colonias rebeldes, sólo era seguro para el comercio en buques de los Estados Unidos e Inglaterra. Dos hechos más, dignos de mención, se produjeron en 1815, antes de que terminara el gobierno de Apodaca: Uno, la designación de un nuevo intendente de Hacienda, Alejandro Ramírez; otro, la publicación de una Real Orden por la cual se dejó sin efecto la expulsión de los jesuitas y se autorizó el regreso de éstos a los dominios españoles.

La paz general que se produjo en Europa en 1815, después de la llamada Guerra de los Cien Días, y el cese de la guerra angloamericana de 1812 a 1814, plantearon en Cuba, en forma muy aguda, los dos grandes problemas de los productores: primero, el tráfico de esclavos; segundo, la libertad de comercio con el extranjero. En medio de un estado general de cosas profundamente perturbador y adverso para Es-

pañía, un conjunto de circunstancias creaba, por contraste, condiciones favorables, como en 1790, para satisfacer en parte las aspiraciones del productor criollo. El nuevo rey, durante su destierro y forzada permanencia en Francia, había recibido las más extremadas muestras de adhesión y de lealtad a su causa de la población de la Isla, traducidas en apoyo material de hombres y dinero, cuando el resto de la América se insurreccionaba. Fernando VII era incapaz de agradecimiento, pero comprendía el provechoso partido que podía sacar a la buena disposición de ánimo de los criollos. De acuerdo con sus ministros, se proponía establecer un nuevo sistema de defensa de la Florida, pendiente siempre de la amenaza de los Estados Unidos, y en centro de auxilios para la expedición que, al mando de Morillo, se dirigiría a Costa Firme, con el propósito de reducir a Venezuela y a la Nueva Granada. Para el desarrollo de estos planes, era indispensable contar con la buena voluntad de los criollos y unirlos estrechamente a la metrópoli, halagándolos y atendiendo a las necesidades y aspiraciones de los mismos, en la mayor extensión posible. Fernando VII puede haber sido tan obcecado y de tan estrechas miras políticas como le han imputado siempre los historiadores ingleses, pero en la elección de las personas y de los medios que puso en práctica para realizar sus planes en Cuba procedió con indudable acierto. El nuevo capitán general que designó para Cuba, José Cienfuegos Jovellanos, sobrino del economista Gaspar Melchor de Jovellanos, célebre, entre otras obras, por su famoso "Informe sobre la ley agraria", el catecismo económico de Arango y Parreño y todos los cubanos de la época, asumía el mando en 1816, muy compenetrado, aunque era principalmente un militar, con las ideas de su ilustre tío. El intendente de Hacienda, Alejandro Ramírez, era de la misma escuela de Gálvez y Jovellanos, y fué escogido después de haber desplegado sus talentos y adquirido una gran experiencia en Puerto Rico, isla para la cual había sido designado por gestiones del diputado a las Cortes de dicha colonia, el notable político liberal Ramón Power. Otro acierto no menos importante fué el de designar consejero perpetuo de Indias a Arango y Parreño, quien al ser elevado a dicho cargo se halló en condiciones de abogar en la Corte a favor de los intereses de Cuba, en la misma forma, pero con mayor autoridad, que cuando actuaba como apoderado del Ayuntamiento de la Habana. Arango iba a contar, además, con la ventaja de disponer en dicho Consejo del eficaz apoyo del antiguo intendente de Hacienda de la época de Las Casas, José Pablo Valiente, miembro del mismo. Aparte de los tres nombramientos mencionados, Martínez de Pinillos fué designado auxiliar de Ramírez en la

Superintendencia de Hacienda, y el rey cuidó de que el nuevo capitán general fuese portador de multitud de testimonios del real aprecio a los criollos, en la forma de concesión de títulos nobiliarios, condecoraciones, nombramientos y mercedes diversas. Finalmente, para que todas las condiciones fuesen similares a las de veinticinco años atrás, la paz general de que comenzaron a disfrutar Europa y los Estados Unidos, al abrir las puertas al comercio mundial después de años de restricción, provocó una gran demanda de géneros tropicales, con la consiguiente alza violenta del precio del azúcar y sus productos derivados, del café, la cera y otros artículos. La exportación de azúcar, según las declaraciones de la aduana, a las cuales debe agregarse no menos de un veinticinco por ciento más, embarcada de contrabando, se elevó a algo más de 3,580,504 arrobas en los registros aduaneros. El precio, al propio tiempo, se elevó a más de 20 y 16 reales, desde el bajo nivel de 7 y 3 reales a que había caído en 1807. El aumento de la exportación y del precio del café fué más notable aun. De 529,990 arrobas en 1814, la exportación saltó a 918,263 arrobas, mientras que el precio se elevó a \$ 15.00 el quintal, comparado con el de \$ 3.00 el quintal en 1808. A la exportación de 918,263 quintales, registrada en las aduanas, debe agregarse un tercio más, salido de contrabando, según los cálculos del barón de Humboldt. En 1791, con una exportación de azúcar de 1,360,224 arrobas y otra de café de sólo 7,411 arrobas, Cuba pudo ejercer suficiente presión en la Corte para obtener franquicias comerciales; en 1815, con recursos inmensamente más vastos, dicha presión estaba llamada a ser mayor y a alcanzar resultados igualmente efectivos.

El primer esfuerzo de los productores, secundado en este punto por el de los mercaderes de la Isla, se dirigió a defender el libre comercio de esclavos, amenazado por la Gran Bretaña. Bajo la tenaz y creciente presión de los abolicionistas acaudillados por Wilberforce, el Parlamento inglés había abolido el tráfico negrero en las colonias británicas en 1807. Lord Castlereagh, ministro de Relaciones Extranjeras de Inglaterra, jefe de la delegación británica al Congreso de Viena (1814), recibió instrucciones del Gabinete, de acuerdo con los deseos del Parlamento, de obtener la supresión universal del tráfico en el citado Congreso. Los productores criollos, en el momento en que se reponían de años de depresión, vieron en peligro la fuente de abastecimiento de brazos, a la par que los sobrecogió el temor de ver mermadas sus ganancias con el alza en el precio de los esclavos. Secundados esta vez por los comerciantes, a quienes interesaba igualmente el asunto, gestionaron activamente de Fernando VII que España se opusiese a la supresión del comercio de esclavos. Este fué su primer triunfo con el rey, pues obtu-

vieron que Labrador, jefe de la misión española al citado Congreso de Viena, recibiese instrucciones terminantes en el sentido indicado.

Unido al conde de Palamella, representante de Portugal, Labrador se opuso con tal tenacidad a las pretensiones inglesas, que Lord Castle-reagh, a pesar de todos sus esfuerzos, sólo pudo lograr que el Congreso aprobase una declaración general de principios contraria al tráfico, resignándose a aplazar para más adelante el empeño de obligar a España a aceptar la supresión del mismo. La presión de los millones invertidos en azúcar, café y esclavos en Cuba, alcanzó, por mediación de Fernando VII, un gran triunfo en uno de los más grandes congresos del mundo, contra la potencia que acababa de vencer a Napoleón, a pesar de que la causa se hallaba muy lejos de ser justa, y resultaba contraria a los principios de humanidad. Los productores criollos, no obstante, eran demasiado inteligentes, se hallaban muy bien dirigidos y conocían demasiado bien a fondo los términos en que estaba planteado el problema, para no comprender que el triunfo de Viena no podría ser duradero, porque Fernando VII, al fin y al cabo, no podría resistir la presión inglesa. En tal virtud, se dispusieron meses más tarde a una transacción, expresada en un voto particular redactado por Arango y suscrito por él y varios miembros del Consejo de Indias, en 15 de febrero de 1816, al discutirse las proposiciones dirigidas por la Gran Bretaña a Fernando VII para negociar un tratado encaminado a suprimir el tráfico. En dicho voto particular se fijaban claramente las condiciones en que podía accederse a la demanda británica. Eran las siguientes: primera, en las costas de Africa situadas al norte del Ecuador, se suprimía el tráfico inmediatamente; segunda, en las situadas al sur de dicha línea, se suprimiría desde el 22 de abril de 1821 en lo adelante; tercera, la Gran Bretaña indemnizaría a los dueños de las expediciones españolas apresadas por cruceros ingleses, a cuyo efecto se nombraría una comisión mixta que hiciera la correspondiente liquidación, de común acuerdo con el Consulado de la Habana y el intendente de Puerto Rico; cuarta, dentro del plazo estipulado, los cruceros ingleses no podrían apresar ni detener a los buques españoles que comprasen esclavos en las costas africanas al sur del Ecuador; quinta, en consideración de los grandes perjuicios que sufrirían los hacendados, el rey dictaría las providencias oportunas para aumentar la población blanca de Cuba; y sexta, en tanto que no se resolviese en definitiva la cuestión del libre comercio con los extranjeros, continuaría en vigor la concesión para ejercerlo de que la Isla se hallaba haciendo uso. El voto particular de Arango alcanzó un éxito completo. Aceptado por el rey, sirvió de

pauta para el tratado de supresión del tráfico firmado con Inglaterra el 23 de septiembre de 1817.

La supresión del comercio de esclavos era una medida trascendental. Al hacerse efectiva, parecía llamada a crear condiciones enteramente nuevas en la Isla. La economía cubana, desde que la producción, el comercio y la riqueza en general tomaron impulso a partir de 1791, había estado basada, por una parte, en el trabajo esclavo; por otra en el desarrollo de explotaciones agrícolas considerables, ingenios y cafetales, empresas de puro tipo capitalista y colonial, cuyo fin era meramente económico. Las bases económicas y sociales de la comunidad sufrirían, pues, una alteración profunda, porque con la supresión del tráfico se preveía, a la larga, la disminución de los esclavos hasta su extinción total. El trabajo esclavo debía ser sustituido por el trabajo libre. Dentro de este concepto básico de una sociedad de tipo distinto, se imponía la necesidad de realizar una obra completa de renovación y reconstrucción. Bien que desde el primer momento la bosquejaran y la trazaran en todas sus partes, como un cuadro de conjunto, o bien que de una manera gradual se fuera comprendiendo la necesidad de efectuarla, hecho es, históricamente, que a ese fin se encaminaron los esfuerzos de un grupo numeroso de hombres influyentes y distinguidos de la época, agrupados en torno del intendente de Hacienda, Alejandro Ramírez, que unido a Arango y a Pinillos, fué inspirador y ejecutor de las más importantes medidas dictadas con tal propósito. El secreto del sistema de Ramírez, tal como lo calificó más tarde José Antonio Saco, consistió en soltar las trabas de las antiguas leyes de Indias que obstruían la agricultura y el comercio en la América española, y sembrar las semillas de la instrucción pública, la economía política y las ciencias naturales en las colonias. En Cuba dicho sistema, aplicado con gran éxito por Ramírez en Puerto Rico, pudo desarrollarse en forma más amplia y con más vastas miras, gracias al apoyo del general Cienfuegos, muy compenetrado con el Intendente y a la cooperación decidida de los productores.

Como paso previo de la obra reformadora, Ramírez comenzó por ordenar que se tomara un censo, el de 1817, con toda la exactitud posible. El empadronamiento, después de rectificado, arrojó un total de 630,980 habitantes, de los cuales 291,021, o sea el 45.96%, eran blancos; 115,691 de color libres, 18.32%; y 224,268 esclavos, el 33.55%. En veintiséis años, la población había aumentado en un 132% sobre la de 1791, pero la composición había cambiado notablemente. La población blanca, que había pasado a ser una minoría, representaba un 10.42% menos de la población total que en 1791; la de color libre,

también había disminuído su proporción en 1.52%; en cambio, la esclava constituía un 11.83% más de la población total que en 1791. La Isla había pagado el aumento de la riqueza ennegreciendo su población y dando mayor desarrollo a la esclavitud. El hecho, comprobado por el censo, tuvo consecuencias inmediatas importantes. La necesidad de fomentar la población blanca, urgente ya en consideración a la prevista supresión del tráfico negrero, se hizo también indispensable para la seguridad interior de la Isla. El plan de reconstrucción debía iniciarse en ese rumbo, a cuyo efecto se estimó urgente la necesidad de consolidar la propiedad rural, de multiplicarla, y de variar, diversificar y hacer más útil y productiva la agricultura, medios encaminados todos a contar con una proporción más alta de familias blancas arraigadas en los pueblos y los campos. El cultivo del tabaco era adecuado para el fomento de la población blanca. Tradicionalmente, había ocupado a labradores canarios y servido de sostén a miles de familias campesinas, hasta que los abusos de la Factoría y el incentivo de otras ocupaciones más lucrativas redujeron el número de los vegueros, condenados a la miseria. La supresión del estanco, indispensable para la libertad de cultivar y vender tabaco, se consideró más urgente que nunca, en la certidumbre de que ayudaría a crear una nueva fuente de riqueza, y a multiplicar la población en extensas zonas rurales. Apoyadas estas ideas, junto con otras consideraciones de carácter político, en la demostración hecha por Arango en 1806 de que el Estanco era perjudicial a los intereses del Fisco, los funcionarios de la Factoría perdieron, al fin y al cabo, la batalla que desde hacía varios años libraban por sostener el monopolio tabacalero. En consecuencia, un real decreto de 23 de julio de 1817, meses antes de la firma del tratado con la Gran Bretaña, puso término al estanco y dejó libres la producción y venta del tabaco. A esta importante medida no tardaron en seguir otras dirigidas a alcanzar los mismos fines de manera todavía más directa. Fué la primera, el decreto llamado de colonización blanca, de 21 de octubre del mismo año, encaminado a fomentar la inmigración de españoles y extranjeros en la Isla. Cada emigrante, según los términos del decreto, recibiría pasaje gratis, una pensión alimenticia durante los seis primeros meses de su estancia en Cuba, y una caballería de tierra en propiedad, si bien esta última concesión se limitaba a los mayores de dieciocho años. Se eximía, además, el pago de diezmos durante quince años a toda finca nueva que roturasen los emigrantes, con reducción del pago a la cuarta parte en los otros quince años siguientes. Toda tierra inculta que se vendiese a los nuevos colonos con destino al cultivo, quedaba exenta del pago de la alcabala. A los inmigrantes extranjeros y a los hijos de los

mismos se les concedían los derechos y privilegios de la naturalización, aunque imponiéndoles la condición de obligarse a vivir perpetuamente en la Isla. La fundación de Cienfuegos, en 1819, con colonos franceses de la Luisiana, bajo la dirección de Luis de Clouet, fué un importante resultado inmediato de estas disposiciones.

No era posible, evidentemente, que los planes de colonización blanca pudieran llegar a producir resultados satisfactorios, si no se aseguraba al propio tiempo, de manera definitiva, la libertad de comercio, obtenida en precario, con breves interrupciones, desde 1793. Así hubieron de comprenderlo, en último término, el rey y sus ministros, gracias a las persistentes gestiones de Arango y Alejandro Ramírez, apoyadas por el general Cienfuegos y las corporaciones de la Isla. Obtúvose, en tal virtud, la publicación del real decreto de 10 de febrero de 1818, por el cual se estableció en firme, permanentemente, el derecho de libre comercio con los extranjeros. La concesión tuvo, necesariamente, un valor limitado, a virtud de las hondas raíces del mercantilismo de la metrópoli. El decreto dejó en vigor un arancel anticuado y disposiciones destinadas exclusivamente a favorecer el Fisco, la producción, el comercio y la marina peninsulares, medidas todas ellas restrictivas del tráfico con los demás países; pero a pesar de todo, se registró, con la mayor demanda, un alza considerable en el precio de los artículos del país. El del azúcar pasó de 20 y 16 reales a 28 y 24 reales, con un aumento similar en la exportación y el precio del café.

A las medidas mencionadas se añadió otra, tanto o más importante, representada por la Real Cédula de 16 de julio de 1819, y el decreto orgánico de 19 del mismo mes sobre realengos y baldíos. Ambas disposiciones venían a satisfacer dos necesidades fundamentales de la propiedad rústica o agraria: la primera, darle estabilidad, brindarle garantías y facilitar la compra-venta y las operaciones de crédito sobre las mismas; la segunda, promover la división de las grandes haciendas con miras a la multiplicación del número de fincas rústicas y al fomento de la agricultura.

El artículo primero de los diez que comprendía el importantísimo decreto, dispuso que se respetara como legítimo título de dominio toda concesión o merced de tierras conferida por cualquier ayuntamiento de la Isla hasta el año de 1729, con autorización al propietario de enajenarla o destinarla a los usos que mejor pudieran convenirle. El artículo segundo ordenaba que cuando faltare el título de la concesión o merced, debía admitirse y reconocerse como tal la posesión continuada durante cuarenta años. El tercero, equiparaba los títulos de propiedad obtenidos a favor de lo dispuesto en el artículo segundo, con los reco-

nocidos en el artículo primero. Finalmente los restantes artículos, hasta el décimo, fijaban reglas para determinar y descubrir los terrenos baldíos y realengos que resultaren después de cumplidas las disposiciones de los tres primeros artículos; prohibían la medida circular de los agrimensores antiguos, para lo sucesivo; declaraban de oficio las costas que se promoviesen para efectuar los deslindes de unos y otros fundos; y ordenaban que se distribuyesen entre los colindantes los huecos y segmentos existentes en virtud de la antigua medida circular. Un "voto consultivo" de la Audiencia de Puerto Príncipe contribuyó a los fines del decreto, con la simplificación del procedimiento judicial para la división de las haciendas comuneras y los deslindes y para acreditar la posesión.

La aplicación de la Real Cédula de 16 de julio, concesión a la clase terrateniente acomodada, planteó un problema de mucha importancia. Al amparo de la disposición de las ordenanzas municipales de Alonso de Cáceres que reconocía a los pequeños agricultores el derecho de fomentar las estancias de "mantenimientos" dentro de las grandes mercedes ganaderas, los sitios de labor, destinados a la subsistencia de una familia, se habían multiplicado sin limitación. Cuando el cultivo del tabaco comenzó a desarrollarse, "las vegas", siempre de corta extensión y a cargo de cultivadores blancos, se fomentaron también dentro de las grandes mercedes, generalmente junto a las corrientes de agua utilizadas para el regadío. Al convertirse la concesión de las grandes mercedes en propiedad firme del primer concesionario o de la persona que acreditó la posesión durante cuarenta años, los "sitios o estancias" y las "vegas" se encontraron ubicados en tierras de propiedad particular, a las cuales los primeros concesionarios o sus herederos alegaban un derecho de prelación absoluto. Una política agraria encaminada a favorecer el pequeño cultivador, con el propósito económico-social de multiplicar la pequeña propiedad, hubiera podido conducir a la interpretación del real decreto de 16 de julio, en el sentido de que los sitios o estancias y las vegas debían segregarse de los grandes fundos, mermaados en esa parte, y pasar a ser propiedad firme de las familias de agricultores que los ocupaban. Pero una interpretación de ese género estaba en contra del interés de los grandes terratenientes, cuya influencia dominaba en la Intendencia de Hacienda, el Consulado y los ayuntamientos. El pequeño cultivador ignorante, aislado sin medios de hacerse oír ni de defenderse, no se hallaba en condiciones de hacer prevalecer su aspiración a la propiedad de su pequeño lote de siembra contra el gran terrateniente, interesado en obligar al cultivador al pago de un censo, de una renta o de la entrega de la mitad o el tercio de la cose-

cha. Las quejas de los estancieros y vegueros fueron numerosas, pero produjeron poco efecto. La resolución definitiva de la cuestión legal se aplazó para más adelante, pero, de hecho, el gran terrateniente hizo valer su condición de legítimo propietario y obligó al sitiero y al veguero al pago de censo de renta o a la aparcería. No menos de diez mil familias de agricultores perdieron la oportunidad de convertirse en propietarios de tierras que, en muchos casos, habían trabajado durante varias generaciones.

Las disposiciones de carácter económico-social referentes a la supresión del comercio de esclavos, la colonización blanca, la supresión del estanco del tabaco, la libertad de comercio y la consolidación de la propiedad rústica fueron complementadas con otras encaminadas a mejorar y difundir la enseñanza en todos sus grados, particularmente la enseñanza primaria, la de las ciencias naturales con aplicaciones a la industria, la agricultura y la medicina, la de las ramas del saber directamente relacionadas con los problemas económicos y sociales de la Isla, y finalmente, la de las bellas artes, natural coronamiento de la civilización y la cultura. En lo que a la instrucción primaria toca, el primer paso consistió en gestionar la publicación de la Real Orden de 22 de agosto de 1816, por la cual se dispuso que los ayuntamientos dedicaran a dicho ramo el tres por ciento de todas las rentas municipales. Obtenida esta concesión, Ramírez, que había sido elegido director de la Sociedad Económica, a cargo de la cual corrían los asuntos relativos a la enseñanza, logró que la corporación creara el mismo día 22 de agosto una sección especial llamada "de Educación", exclusivamente dedicada a promover el adelanto y la multiplicación de las escuelas, con los fondos previstos por la Real Orden de 22 de agosto, la aplicación de los cuales se puso en manos de la Sociedad Económica. La sección no tardó en crear comisiones que inspeccionaron las escuelas, formaron una estadística de las mismas y trataron de mejorar los métodos de enseñanza y las condiciones de preparación de los maestros.

Al principio, la Sección sólo atendió a las escuelas de intramuros de La Habana, pero más tarde Ramírez solicitó y obtuvo que extendiera sus esfuerzos a las de todo el territorio de la jurisdicción habanera. Durante el mismo año, con el concurso del general Cienfuegos, que dirigió una circular a las autoridades de toda la Isla, se formó la primera estadística escolar completa; arrojó un total de 192 escuelas con 6,957 alumnos, inclusive 316 alumnos de color.

El plan de mejorar el cultivo de la caña, del café, del tabaco y demás artículos de la agricultura, unido al propósito de perfeccionar los

métodos de fabricación del azúcar, extremos en los cuales se hallaban muy interesados los productores, requería la difusión de los conocimientos científicos directamente relacionados con tales actividades, particularmente los de la botánica y la química. A ese efecto, el intendente promovió la fundación de un jardín botánico en La Habana, el terreno para el cual fué donado por el Estado. El sostén del nuevo establecimiento quedó asegurado al mismo tiempo con el impuesto o arbitrio de la *linterna*, que pagaban los buques extranjeros. Después de inaugurado en 1817, se adscribió al jardín una cátedra de botánica, cuya enseñanza quedó a cargo del profesor Ramón de la Sagra, contratado en España. La enseñanza de la química con aplicaciones a la industria y a la agricultura había comenzado a promoverse ya desde 1815. Bajo la dirección de Ramírez, preparóse un laboratorio en tres departamentos del hospital de San Ambrosio, con aparatos e instrumentos adquiridos por la Sociedad Económica en el extranjero. A fin de que la instrucción de la nueva ciencia, de la cual esperaban los productores grandes beneficios, alcanzase un alto nivel, se contrató un profesor francés, llamado de París especialmente. Víctima de la fiebre amarilla apenas llegó a Cuba, se obtuvieron los servicios de un químico español, que corrió la misma suerte. No obstante esta serie de dificultades, la cátedra logró inaugurarse en 1819. El obispo Espada, que cooperaba con Ramírez y los productores en estos empeños, introdujo también la enseñanza de la química y la física en el Seminario de San Carlos, a cargo de profesores competentes.

Encaminada a los mismos fines, pero de mayor trascendencia aun para difundir ideas que ayudaran a realizar la obra de renovación económica y social que se emprendía, hubo de crearse también la enseñanza de la economía política. Escogióse para establecerla el Seminario de San Carlos y San Ambrosio, institución que gozaba de mucho prestigio y autoridad en la época. Brindadas por el obispo Espada todas las facilidades, la dirección de la cátedra quedó a cargo del licenciado Justo Vélez, acreditado como profesor de jurisprudencia o derecho patrio en el Seminario. El costo anual de la cátedra cubríase por mitad con una donación permanente, ofrecida mediante escritura pública, por varias personas acomodadas. El profesor Vélez, desde el primer momento, inspiró su enseñanza en las obras del economista francés de la escuela de los fisiócratas, Juan Bautista Say, y en las de Gaspar Melchor de Jovellanos, cuya "Ley Agraria", con notas de Vélez referentes a los problemas económicos de Cuba, imprimió y publicó la Sociedad Económica con el apoyo de Ramírez. Vélez se consagró a inculcar prin-



EL OBISPO ESPADA

EL OBISPO ESPADA. Varón de deseos y de vasta ilustración, Juan José Díaz de Espada y Fernández de Landa fué un dignísimo prelado —nacido en Arróyave, Alava, el 20 de abril de 1756— que ocupó, con aplauso general, durante más de treinta años (1802-1832), la diócesis de La Habana. El obispo Espada abolió, entre nosotros, la viciosa práctica de enterrar en las iglesias, contribuyendo con una fuerte suma y numerosos metros de terreno a la edificación del primitivo cementerio de esta ciudad. Fué, además, protector constante de nuestros establecimientos benéficos y de nuestra educación popular; fundó escuelas, reformó asilos, dirigió la Sociedad Económica de Amigos del País, y le imprimió vigor y renovado impulso; reorganizó el Seminario de San Carlos; alentó y dispensó su protección al famosísimo P. Varela, reformador de los estudios filosóficos, y al Dr. Tomás Romay, introductor y propagador de la vacuna; orientó el gusto artístico... Su muerte, ocurrida el 13 de agosto de 1832, produjo sentidas y generales manifestaciones de duelo entre todas las clases sociales de un pueblo que le respetaba y le quería.

Retrato al óleo que se conserva en la Catedral de La Habana, atribuido al artista italiano José Perovani, que dió en esta ciudad las primeras lecciones de pintura.

cipios favorables a la absoluta libertad económica, a la limitación de la intervención gubernamental en los negocios, a la abolición de las trabas y los impuestos que impedían el libre desarrollo de la agricultura y el comercio de la Isla, a la diversificación agrícola, como medio de fomentar la población blanca, y a la división y extinción de los latifundios y las manos muertas, con el fin de aumentar la pequeña propiedad y el número de familias blancas independientes. Establecida por el profesor la práctica de celebrar concursos entre los alumnos más aventajados, en uno cuyo significativo tema fué: "Si en esta Isla convendría fomentar los cultivos menores, que requieren pequeños capitales, sea con prohibiciones indirectas, con premios o con otros medios adecuados; con la mira principal del establecimiento de nuevos colonos y del aumento de la población en nuestros campos", fueron premiados dos jóvenes estudiantes, Felipe Poey, notable naturalista años más tarde, y Anastasio Carrillo O'Farrill. Poey, de acuerdo con las enseñanzas de Vélez y las ideas de Ramírez y Arango, abogó en su disertación a favor de la libertad de producir y traficar, y de la limitación de la intervención del Estado en la vida económica del país. Carrillo O'Farrill, por su parte, atacó rudamente los mayorazgos, las manos muertas, el latifundismo y la alcabala, que impedía la división y libre circulación de la tierra y del capital. En otro orden de estudios, pero con el mismo fin de promover el adelanto de la cultura, el obispo Espada creó en el Seminario una cátedra de Filosofía, desde la cual comenzó a realizar una labor de vasto alcance social y político el presbítero habanero Félix Varela. A las medidas anteriores deben agregarse la publicación mensual de la Memorias de la Sociedad Económica, destinadas al mismo fin práctico de propagar ideas útiles sobre agricultura, economía y enseñanza, y la impresión de diversas obras sobre educación, ciencias y otros ramos útiles. El esfuerzo renovador se extendió, igualmente, a las cuestiones fiscales. Una amplia reorganización de la Hacienda aumentó los ingresos, mejoró el sistema de impuestos, suprimió en unos casos y redujo en otros la alcabala sobre el traspaso de tierra y permitió brindar facilidades para la introducción de maquinaria de vapor para los ingenios. Con la amenaza de la supresión del tráfico de esclavos por delante, los hacendados se apresuraron a seguir la pauta que les trazaba la revolución industrial inglesa. La máquina de vapor—indispensable para la industria en grande escala, la obtención de un mayor rendimiento y la creciente reducción del número de brazos—hizo su aparición triunfal y definitiva en los bateyes, no sin aumentar las cargas financieras de los productores. La navegación a vapor inicióse con-

juntamente. El primer buque de esta clase fué importado por Juan O'Farrill, en 1819, para efectuar viajes entre la Habana y sus ingenios de Matanzas. En el mismo año, el hacendado Pedro Diego realizó la primera zafra completa con molinos o "trapiches" movidos al vapor.

Sustituído el mismo año el general Cienfuegos, a petición propia, por el general Juan Manuel de Cajigal, el cambio de la primera autoridad de la colonia no introdujo alteración en los planes reconstructivos. Anciano y achacoso, Cajigal, como Cienfuegos, dejó manos libres a Ramírez, verdadera primera autoridad de la Isla de 1815 a 1830.

CAPÍTULO IV

RESTABLECIMIENTO DE LA CONSTITUCION DE 1812. RESTAURACION DEL ABSOLUTISMO

DE nuevo, no obstante, las conmociones políticas de España iban a repercutir en la Isla y a imprimir rumbos muy distintos a los acontecimientos. Los llamados elementos liberales de la metrópoli, constitucionalistas de 1812 en su mayoría, no se resignaban a la pérdida del poder ni al duro despotismo absolutista establecido por Fernando VII. Las conspiraciones y las tentativas revolucionarias encaminadas a restablecer la Constitución, aunque infructuosas, habían sido frecuentes, sin llegar a desanimarlos. A fines de 1819, reuníanse en Cádiz y sus cercanías numerosas tropas. El rey las destinaba a una fuerte expedición contra las colonias rebeldes de América a principios de 1820; pero los enemigos del absolutismo convencieron a una gran parte de los jefes y oficiales de que era más meritorio emplearse en restituir la libertad política de la propia patria, que contribuir a arrebatársela a los descendientes de españoles que batallaban por conquistarla en América. Rafael de Riego, uno de los jefes comprometidos en la conspiración, inició el 1º de año el movimiento de rebeldía. Extendido a parte de las tropas y secundado en otros lugares de España, acabó por imponer a Fernando VII la jura de la Constitución el 7 de enero. La noticia de estos hechos, recibida en La Habana por conducto de un buque procedente de España el 14 de abril, produjo mucha agitación entre las tropas y el vecindario, diversos elementos del cual deseaban vivamente, aunque por distintas razones, la vuelta al poder de los constitucionalistas. Decidido a proceder sin precipitar los acontecimientos, el gobernador Cajigal, en proclama del 15, hizo pública su resolución de no introducir cambio alguno en el gobierno hasta que no se recibiesen noticias e instrucciones oficiales de España. En el mismo sentido se despacharon órdenes a las autoridades del interior de la Isla.

El pronunciamiento de Riego tuvo muy pronto, sin embargo, imitadores en la Habana. En la mañana del 16, un batallón de tropa regular formado en la plaza de Armas, se declaró a favor de la implan-

tación inmediata de la Constitución. Secundado por otro, establecido en el cuartel de la Fuerza, oficiales y soldados, unidos a un gran número de paisanos, invadieron el palacio y obligaron a Cajigal a proclamar en el acto la Constitución desde los balcones de la Capitanía General, y a ordenar que se jurase y estableciese en toda la Isla por las autoridades civiles y militares y por los ayuntamientos.

El restablecimiento de la Constitución y de la libertad de imprenta, decretada también en España el 11 de marzo, pusieron en primer plano, automáticamente, las cuestiones políticas, al revivir en forma muy aguda todas las tendencias de la opinión manifestadas en los años de 1808 a 1814. Reprimidas pero no borradas, dichas tendencias habían ganado en fuerza, extensión y profundidad. De los peninsulares, la gran mayoría se manifestó decididamente a favor del constitucionalismo, entre el comercio y los elementos hostiles a los criollos, a los cuales acusaban de poseer una influencia decisiva en la Corte, tanto cerca de Fernando VII como de los ministros, y por ende, de los capitanes generales. Los cubanos, por su parte, si no de una manera ostensible, porque no lo permitían las leyes, en el fondo estaban divididos en las tres tendencias ya conocidas, de adictos a España, partidarios de la independencia y anexionista. En el primer grupo, muchos más numeroso e influyente, figuraban, como en el período constitucional precedente, los miembros de la clase patricia o acomodada, hacendados, cafetaleros, representantes de la gran propiedad rústica y urbana, profesionales ricos, miembros del clero, jefes y oficiales de las fuerzas armadas, y miembros de las principales corporaciones, a los cuales se unían todas aquellas personas que habían recibido títulos de nobleza y otras distinciones de Carlos III, Carlos IV y Fernando VII. La alta clase cubana adicta a la metrópoli, salvo un corto número de sus componentes que se identificaban con los peninsulares absolutistas, se hallaba en una situación singular. La gran mayoría de la misma, o por lo menos sus principales voceros, eran, como Arango, hombres de ideas liberales, particularmente en materias económicas, partidarios de un gobierno capaz de mantener el orden y la paz en la Isla, a base de garantizar el respeto a la propiedad, conservar la esclavitud, asegurar el libre comercio, brindar participación a "los hijos del país" en el manejo de los asuntos de Cuba mediante la creación de un gobierno provincial representativo con amplios poderes, y dejar a salvo el principio de la igualdad de derechos y de representación entre los súbditos españoles de ambos hemisferios. Las aspiraciones de estos criollos acaudalados no se vinculaban, sin embargo, al constitucionalismo. Las Cortes, tanto las extraordinarias de Cádiz como las celebradas bajo el régimen constitucional, ha-

bían desatendido todas las demandas criollas, dominadas por los mercantilistas, y cegadas por la desconfianza y el recelo, mientras que bajo el régimen absolutista, fuese cual fuese la situación peninsular, Cuba había sido atendida y oída en sus peticiones fundamentales. El restablecimiento de la Constitución, sin la garantía de un gobierno autónomo, no entusiasmaba a los productores. Podía, a la inversa, constituir un grave peligro.

Los partidarios de la independencia, ideal que en el fondo era grato al sentimiento criollo, pero que los ricos no aceptaban por la previsión de que expondría la Isla a grandes conmociones políticas y sociales, se reclutaban entre la gente joven, algunos profesionales y otros elementos de la clase media, sin grandes intereses que defender ni esclavos que conservar. Entre cierto número de campesinos, vejados y maltratados frecuentemente por los capitanes y los tenientes pedáneos, después de negárseles la propiedad de la tierra, se difundía también la aspiración a la independencia.

Los anexionistas, partidarios como los separatistas, de romper con España, participaban de la convicción corriente entre los criollos inclinados a la fórmula del gobierno provincial, de que Cuba no contaba con medios para independizarse ni para mantener la independencia.

El primer efecto del cambio de régimen se advirtió en la reaparición de la prensa política. La multitud de periódicos que empezó a circular, reforzada por un número no ménos grande de folletos y pasquines publicados cada día, renovó, con mayor intensidad, la agitación del anterior período constitucional. En medio de la misma, procedióse a restablecer los ayuntamientos y las diputaciones provinciales de los tres departamentos, centros administrativos y políticos que entraron en gran actividad. La jurisdicción propia de los tribunales eclesiásticos, la Hacienda y la Marina, continuó sin variación. La de lo civil y criminal, pasó de los gobernadores, tenientes gobernadores y alcaldes, a jueces letrados independientes, cambio que encontró fuerte resistencia, particularmente de parte de los ayuntamientos. Los jueces legos disfrutaban de gajes y beneficios. Además, el ejercicio de la autoridad judicial daba a los alcaldes autoridad y prestigio, de modo que cuando éstos vieron que sus antiguos auditores y asesores pasaron a ser jueces con absoluta independencia, se resentieron del cambio, trataron de retardarlo y le crearon dificultades en diversas formas. Otro cambio muy importante por sus consecuencias políticas fué la creación de la milicia llamada "nacional", en sustitución de la antigua milicia urbana y rural de la Isla. Creada en España la citada "milicia nacional" por

los elementos liberales y constitucionalistas para armar la parte del pueblo dispuesta a defender la Constitución, en la Habana se organizaron veinticinco compañías y diez y seis en el resto de la Isla, en todas las cuales el elemento peninsular se inscribió en gran mayoría, no sólo por la afición al uso de las armas y del uniforme, con todos los privilegios que éste proporcionaba, sino porque el dominar en la milicia era un medio de elevarse en la comunidad y de sentirse más fuerte frente a los criollos. La antigua milicia urbana había estado compuesta de peninsulares y criollos; la milicia nacional, en marcado contraste, resultó integrada por peninsulares en su inmensa mayoría.

El cambio más trascendental, sin embargo, producido por el restablecimiento de la Constitución, fué de carácter político, y consistió en hacer desaparecer casi totalmente la preponderante influencia que Ramírez y el grupo de hacendados y criollos de la clase rica, acaudillados por Arango, habían ejercido en el gobierno y en la opinión pública durante varios años. En realidad, desde el gobierno de Las Casas, los hacendados, cafetaleros y demás elementos de la clase cubana rica y semiaristocrática, habían ejercido una grande y casi decisiva preponderancia en el gobierno, no sólo en Cuba sino en la misma Corte de Madrid, respecto de los asuntos tocantes a la Isla, en lucha tenaz contra el comercio gaditano y demás monopolistas de España y de Veracruz, contra los elementos peninsulares vinculados con dichos monopolios en Cuba, contra los mercaderes interesados en mantener la supremacía del comerciante, sobre el hacendado, el cafetalero y el ganadero, a fin de explotarlos, contra ciertos altos jefes de la Marina que ejercían jurisdicción sobre los montes, y contra la Factoría y otros centros administrativos.

El pronunciamiento militar, apoyado por grupos de paisanos, que obligó a Cajigal a restablecer la Constitución, era, en el fondo, un movimiento hostil contra la influencia de los productores en el gobierno. Los comerciantes peninsulares de la calle de la Muralla, principales promotores de los sucesos del 16 de marzo, celebraron durante tres días el acontecimiento, con un júbilo que excedió al de todos los demás elementos de la población. Dicho regocijo no se debió al amor, de que hacían alarde, a las libertades constitucionales, de las que, en el fondo, la inmensa mayoría del comercio era enemigo. La causa real de la satisfacción era que el cambio de gobierno en la metrópoli les brindaba la oportunidad de tratar de derribar a Ramírez, a Arango y a su grupo, y de quebrantar la autoridad del capitán general que los sostenía. Esta tendencia de los peninsulares se hizo evidente desde el primer momento. Entre los grupos de paisanos peninsulares, del comercio principal-

mente, que exigieron junto con las tropas el restablecimiento de la Constitución el día 16, se pidió a gritos la inmediata destitución de Ramírez, la cabeza de éste, la separación del asesor del intendente y la de otros funcionarios importantes. Las manifestaciones hostiles contra Ramírez se reprodujeron al siguiente día en el palacio del gobierno, donde fué vejado y amenazado, hasta el punto de tener que refugiarse en las habitaciones privadas de la familia del capitán general. Los enemigos del intendente no pasaron a mayores, porque fueron contenidos por las arengas que el argentino José Antonio Miralla, Diego Tanco y otras personas del elemento verdaderamente liberal criollo dirigieron al público, exhortándolo a mantener el orden y guardar respeto a las autoridades.

Los ataques del elemento peninsular contra Ramírez se debían no sólo a la compenetración de éste con los hacendados que lo hacía antipático al comercio, al carácter de las reformas del Intendente y al fin que con las mismas perseguía, favorable a los productores, sino a motivos de orden más directo y personal. Desde que la riqueza de la Isla había comenzado a tomar vuelo, el contrabando y los fraudes del comercio en las aduanas habían llegado a tomar proporciones escandalosas. Humboldt calculó que el azúcar pasado de contrabando por las aduanas se elevaba a una cuarta parte de la que figuraba en los registros. El fraude del café, aun mayor, Humboldt lo estimaba en un tercio. Estos contrabandos aduaneros, perjudiciales para el Fisco, beneficiaban exclusivamente a los comerciantes, porque se efectuaban cuando ya el azúcar y el café habían salido de manos de los productores. Aparte de esta considerable defraudación, los comerciantes en diversas ocasiones habían logrado, con la justificación de la falta de numerario a causa de las frecuentes guerras, que se les permitiera importar y exportar efectos de comercio, sin la exigencia del pago inmediato en efectivo, el cual se aplazaba para más adelante. Los asientos de tales adeudos frecuentemente no llegaban a hacerse en los libros de la Hacienda, porque el comercio practicaba el cohecho en grande escala con los empleados de la misma. De manera que aparte de contrabandos de entrada y salida, y de aforos mal hechos en beneficio del mercader, éste, además, eludía el pago de la parte correspondiente al Fisco que resultaba indispensable declarar. Estos desórdenes administrativos mermaban las rentas públicas en una porción muy considerable, pero resultaban muy difíciles de corregir desde España, donde la Administración era tan corrompida como en Cuba. En la Habana se habían tolerado tradicionalmente, no sólo por el lucro que proporcionaban a muchos funcionarios de alta y baja categoría, sino porque el "situado" que se recibía de

México había permitido, en los tres primeros lustros del siglo, cubrir el déficit de las cajas de la colonia. Cuando Ramírez ocupó la Intendencia, los abusos no pudieron continuar en la misma escala. La probidad personal del Intendente, el celo de éste a favor de los intereses del Fisco, y su deseo de disponer de fondos para llevar adelante las reformas económicas y educativas, junto con la supresión del situado mexicano a causa de la rebeldía del virreinato, le indujeron a cortar los fraudes y desórdenes mencionados. Había otra razón adicional que impulsaba al Intendente a velar por la Hacienda y tratar de aumentar los ingresos. Desde que Valiente, Arango, Ramírez y los demás partidarios y defensores del libre comercio habían comenzado a abogar a favor del mismo en la Corte usaron siempre, con cabal conocimiento de la constante penuria del Tesoro real, como argumento decisivo para inducir al rey y los ministros a acceder a la concesión de las franquicias, la afirmación de que la libertad comercial aumentaría rápida y considerablemente los ingresos del Fisco. El secreto del éxito y de la influencia de Arango y Valiente primero, y de Ramírez y Arango después, se debió principalmente a que los reyes vieron confirmado el hecho. La resistencia de los monopolistas pudo vencerse gracias a la demostración de que la libertad comercial permitía ir a la caja del rey una gran parte del dinero que enriquecía, sin ventaja para el Fisco, al comerciante de Cádiz, la Habana y Veracruz. En época de Ramírez, cuando ya España no recibía las grandes remesas de los antiguos virreinos y capitanías generales de América, los apuros del exhausto Tesoro de Fernando VII eran mayores. Esta mayor penuria coincidió con el crecimiento de la riqueza cubana, a virtud de la implantación de las franquicias y de las reformas tan insistentemente pedidas. La reorganización de la Hacienda colonial emprendida por Ramírez se tradujo, de acuerdo con lo previsto, en grandes beneficios para el Fisco. La Isla, que nunca había cubierto los gastos de su gobierno desde el siglo XVI, pudo pagar íntegramente dichos gastos y disponer de un superávit. Parte de éste se invertía, de orden del gobierno metropolitano, en cubrir las erogaciones de las campañas contra los rebeldes del continente, y el resto se remitía todo a Fernando VII. La influencia de Ramírez y de Arango en la Corte se debía a estos hechos, que explican la aguda contradicción entre la política liberal seguida por Fernando VII en los asuntos de Cuba y la puramente reaccionaria que practicó en España, entre el primero y segundo período constitucional.

Pero Ramírez, para aumentar los ingresos del Fisco, tuvo necesidad de derribar el monopolio de la Factoría, vencer el mercantilismo opuesto al comercio extranjero y cortar muchos de los abusos y desórdenes

de las aduanas y demás centros administrativos. Las sumas que comenzaron a afluir a las cajas del Fisco era dinero que iba antes a las de los comerciantes; éstos no podían perdonárselo. Los *piñeristas* hostiles a los criollos, tenían además otro acerbo motivo de queja contra el Intendente. La Real Cédula sobre baldíos y realengos, al reconocer definitivamente la validez de las antiguas mercedes de los cabildos y convertir en propiedad legítima la mera posesión por cuarenta años, había beneficiado grandemente a los criollos, que constituían la inmensa mayoría de los terratenientes. Los piñeristas afirmaban que tanto el rey como los cultivadores canarios habían sido perjudicados. Las tierras, a juicio de Piñeres y sus secuaces, debían dividirse en porciones de 200 caballerías, para ser repartidas entre los vegueros canarios, sin que los criollos que las habían poseído y usufructuado durante largos años, tuviesen otro derecho que el de ser indemnizados en el costo de la primitiva merced. El regocijo con que la calle de la Muralla, llena de arcos de triunfo, luminarias y colgaduras, festejó durante tres días el restablecimiento de la Constitución, se produjo principalmente por el hecho de que significaba la caída de los hombres contra quienes el comercio y los piñeristas sentían una viva animosidad.

Los gritos contra el Intendente proferidos el ya citado 16 de marzo y repetidos al siguiente día con la exigencia de que fuese destituido inmediatamente, fueron seguidos después por una tenaz campaña en ciertos periódicos contra Ramírez y Arango, dirigida a desacreditarlos y a destruirlos. Mientras Cajigal, aunque muy mermada su autoridad como representante de un régimen caído, se mantuvo al frente de la Capitanía General, hubo cierta moderación en los ataques, pero cuando su sucesor, el general Nicolás Mahy, desembarcó el 3 de marzo (1821), vistiendo el uniforme de la milicia nacional y dando vivas a la Constitución, los enemigos del Intendente se envalentonaron. Contra Ramírez se lanzó la acusación que más podía lastimarle, imputándosele el haberse enriquecido con robos y comisiones. Respecto de Arango, se revivió la antigua acusación de "independiente", para lo cual se sacó a relucir de nuevo el proyecto de creación de la Junta en 1808 y el plan de gobierno provincial del Consulado.

Desconocedor Mahy de la situación de la Isla y deseoso de hacerse popular y ganarse las simpatías de los comerciantes y demás elementos peninsulares, no vaciló en hacer causa común con éstos. En sesión del Ayuntamiento de la Habana, presidida como era usual por el capitán general, dióse cuenta, en 26 de marzo (1821) de varias proposiciones relativas a Ramírez, en las cuales se formulaban fuertes acusaciones contra el Intendente. Después de declarar que haría ejecutar las me-

didadas que "como padres del pueblo" acordaron los regidores, Mahy informó que Ramírez acababa de comunicarle que se retiraba al campo. Agregó que el Intendente se había eliminado él mismo a tiempo y que nada mejor podía habérsele ocurrido. Las desconsideradas palabras de la primera autoridad de la Isla dieron alas a los enemigos de Ramírez y lastimaron profundamente a éste. Víctima de calumniosas acusaciones, el Intendente se sintió más dolido aún por la indiferencia o la cobardía de una comunidad cuyos intereses había servido con grandísimo celo, en la cual no se levantó más voz a defenderle que la de José de Arango y del Castillo. Agobiado por la pena y la ingratitude, fué víctima de una fiebre cerebral que le privó de la vida el 20 de mayo de 1821. Tal fué, por lo menos, la causa a que atribuyó la enfermedad la creencia general del público. A Arango y Parreño, acusado casi tan duramente como Ramírez, no le faltaron ardientes y enérgicos defensores entre sus parientes y amigos; pero al fin y al cabo, Arango, que había adoptado la actitud del silencio y del retiro como en 1810, tuvo que acudir a defenderse personalmente, en un manifiesto dirigido "al público imparcial de la Isla", en 29 de septiembre de 1821. Por primera vez reveló, con pruebas y documentos, que la idea de constituir la Junta en 1808 había partido del propio general Someruelos, y que él. Arango, no había hecho más que prestarse a secundarla.

La temprana muerte de Alejandro Ramírez; el período de intensa agitación que se mantuvo durante toda la segunda época constitucional; la gran fuerza que había adquirido la empresa capitalista en la Isla, representada por el alto comercio, los negreros o importadores de esclavos, los latifundistas y los mismos hacendados y cafetaleros, en grande; la división más aguda entre criollos y peninsulares; y finalmente los recelos que avivó en España la definitiva independencia de las colonias de América, paralizaron prontamente la obra educativa y reformadora sobre nuevas bases económicas, étnicas y políticas, comenzada por el Intendente en colaboración con Arango, el obispo Espada y Landa, y la alta clase terrateniente y productora criolla. Mucho de lo que ya se había realizado fué anulado poco después, por causas generales profundas en varios de sus aspectos fundamentales. En rigor, el empeño básico de aumentar con rapidez la población blanca con miras a la sustitución gradual del trabajo esclavo por el trabajo libre, se hizo imposible, porque partió de un supuesto que no hubo de realizarse: la supresión del tráfico de esclavos a partir de 1820, acordada en el tratado celebrado con la Gran Bretaña en 1817. Las fuerzas que actuaban contra la supresión del tráfico eran muy poderosas. Estaban representadas por los millones de pesos invertidos en ingenios y cafeta-

les, el valor de la enorme producción anual de los mismos, los millones que manipulaba el acaudalado comercio de la Habana, y las extraordinarias ganancias que comenzó a producir el tráfico ilícito de africanos después de la fecha fijada para suprimirlo. Las previsiones de los que veían un perjuicio económico y social en la continuación del tráfico, carecían de poder suficiente para vencer los obstáculos que la ambición de riquezas les oponía al paso. El mismo Fernando VII había aceptado, con sus ministros, el convenio inglés, obligado por la necesidad, al solo fin de lograr que la Gran Bretaña se comprometiese a no prestar apoyo a las colonias en rebeldía, pero el rey lo estimaba perjudicial a los intereses españoles y no se hallaba dispuesto a tratar de hacerlo cumplir de buena fe. Obligada España, muy a disgusto, a concederle a la Gran Bretaña el derecho de detención y el registro de las naves españolas en alta mar, los buques ingleses no pudieron restringir con eficacia el contrabando de esclavos, a causa de que la Gran Bretaña luchó inútilmente para que los demás poderes navales, particularmente los Estados Unidos, aceptaran sus miras respecto de la supresión del tráfico. Bajo la bandera de los Estados Unidos y de otras naciones, los buques negreros burlaban la vigilancia inglesa en las costas de Africa y en los altos mares, y al arribar a las costas de Cuba, la complicidad de las autoridades llamadas a impedirlo, les facilitaba el desembarque. Los poderosos motivos de orden económico interior y de carácter internacional que favorecían la continuación del tráfico en su forma ilícita, fueron reforzados muy pronto por otros de orden político. En 1816, cuando Arango gestionaba franquicias para la Isla, algunos hombres de gobierno de España le expresaron el temor de que al robustecerse Cuba económicamente, aumentaría la inclinación a la independencia. Arango, para rebatir el punto, señaló entre las causas poderosas que se oponían a la independencia, el equilibrio existente entre la población blanca y la negra. Las revoluciones expondrían a los blancos a ser víctimas de un desastre no menos pavoroso que el ocurrido a los franceses en Haití. Esta circunstancia, a juicio de Arango, les alejaba para siempre el peligro de las revoluciones separatistas. La fuerza de este argumento, a vista del pánico que había provocado por la conspiración de Aponte, era innegable y nadie podía desconocerlo. Los políticos y hombres de gobierno españoles estimaron, en efecto, como una garantía de seguridad para la metrópoli, la conservación del citado equilibrio, y, sin demora, los negreros pertenecientes al alto comercio justificaron su participación activa en el tráfico con su acendrado españolismo. Abogar por la supresión de la introducción de esclavos era

una actitud sospechosa de infidencia y de separatismo, imputación que los negros no vacilaban en lanzar hasta contra las personas de cuya lealtad a la metrópoli menos podía dudarse.

La diversificación de la producción agrícola, otro de los puntos del programa encaminado a fomentar la pequeña propiedad y la población blanca, tropezó con obstáculos casi invencibles, de diversa naturaleza a pesar de que comenzó a producirse un importante aumento en el número de los estancieros, vegueros y cafetaleros en pequeña escala. Dadas las condiciones del clima, el escaso desarrollo industrial, la falta de carbón, la escasez de capital, la carencia de conocimientos suficientes y el hecho de no existir un mercado interior bastante amplio que estimulase una variada producción industrial y agrícola, la Isla se veía en la necesidad de importar un gran número de mercaderías extranjeras. Estas importaciones sólo podían pagarse, como en los primeros tiempos de la colonización, con artículos de alto precio en relación al volumen, durables, es decir, de no fácil descomposición, y que fuesen de gran consumo en los centros fabriles y en los grandes núcleos de población de Europa y los Estados Unidos. Tales artículos vinieron a ser el azúcar, los productos derivados de la industria azucarera, como son las mieles y el aguardiente, el café, el tabaco, las maderas finas y la cera, en cantidades limitadas las dos últimas. Realizáronse ensayos de cosechar arroz y otros artículos, pero los resultados fueron poco alentadores. En general, se arraigó el convencimiento de que sólo la caña, el café, y en el tercer término el tabaco, producían una riqueza segura. Por consiguiente, sin dejar de reconocer la conveniencia y hasta la necesidad de una agricultura variada y de producir para la subsistencia en la más vasta escala posible, se proclamó una ley económica natural en que cada país produjera los artículos para los cuales estaba mejor dotado por la geografía, para cambiarlos, en un mundo libre de las trabas del proteccionismo, por los géneros que, las mismas condiciones favorables, se cosechasen o fabricasen en otras partes.

Lo que era cierto para la Isla en su conjunto, resultaba serlo igualmente para cada agricultor jefe de familia. Podía producir artículos de subsistencia para su mujer y sus hijos, pero tenía, necesariamente, que adquirir otros muchos efectos para cubrir las necesidades del hogar. Tales efectos, así como el importe de los censos o de la renta de la tierra, no podían pagarse sino con productos vendibles, los cuales no podían ser sino azúcar, café y tabaco, únicos artículos también que servían de base al crédito y de garantía para obtener anticipos del comerciante. La diversificación agrícola no se produjo tampoco, a causa de que los latifundistas manifestaron resistencia a vender las tierras. Pre-

ferían venderlas en lotes grandes para ingenios o repartirlas a censo, arrendarlas o hacerlas trabajar a partido, casos en los cuales siempre exigían al agricultor que se dedicase al cultivo del café o del tabaco. La diversificación agrícola y la producción para el consumo, en consecuencia, se hacían prácticamente imposibles. Por otra parte, como los ingenios y los grandes cafetales se multiplicaban, además de requerir numerosos esclavos, absorbían un número creciente de empleados y de operarios blancos, los cuales eran sustraídos generalmente a la pequeña empresa agrícola.

Si los esfuerzos de reconstrucción económica y de transformación étnica de Alejandro Ramírez y de los criollos que pensaban como Arango fracasaron en muchos aspectos, o produjeron escasos resultados en otros, a virtud de las causas antedichas, los que realizaron para mejorar el nivel de la instrucción terminaron por no ser menos infructuosos. Después de la muerte del Intendente, en medio de las agitaciones políticas de los dos años posteriores, seguidas de la reacción absolutista de 1823, no sólo no hubo quien sustituyera a Ramírez en ese orden de trabajos, sino que ni el ambiente ni las circunstancias eran propicias para labores de tal naturaleza. La creación de nuevas escuelas se paralizó; la cátedra de economía política no pudo sostenerse, porque sin los fondos para cubrir los honorarios del profesor, y mal vista por las autoridades, tuvo que cerrarse en 1824; Varela, por su parte, interrumpió su labor docente en 1822, al ser elegido diputado a Cortes y trasladarse a España.

Durante el período que siguió inmediatamente a la restauración del poder absoluto de Fernando VII en 1823, mientras se fraguaban la conspiración de los Soles y Rayos de Bolívar, los proyectos de invasión de Colombia y México y la conspiración de la Gran Legión de Aguila Negra, entre la situación política de Cuba y la de España se observó un marcado contraste, semejante al que se produjo al caer el régimen constitucional en 1814, por razones casi idénticas en el fondo. En 1815, el general Cienfuegos, Alejandro Ramírez, Arango, Pinillos y otros criollos de alta posición, obtuvieron, a base de proporcionar recursos a Fernando VII y de utilizar el concurso de personas influyentes en la Corte, grandes concesiones y ventajas para la Isla, gracias a las cuales gozó de paz y prosperidad. Al restablecer el absolutismo, a fines de 1823, ocurrió algo semejante. Vives solicitó y obtuvo del rey poderes ilimitados, con la justificación de los peligros que rodeaban la Isla; creó, asimismo, un tribunal de excepción, la Comisión Militar, para juzgar los delitos políticos, sustraídos a la jurisdicción de los tribunales civiles ordinarios,

pero usó de sus facultades discrecionales con mucha moderación. Bien compenetrado de la situación exterior e interna, y convencido de que en las difíciles circunstancias del momento necesitaba el concurso de la alta clase criolla, para mantener la paz interior y contrarrestar las amenazas exteriores, procuró gobernar de acuerdo con las necesidades, los deseos y la manera de ser del país. La clase criolla patricia, objeto de una consideración especial, de hecho, volvió a participar del poder. Fernando VII y sus ministros, que no habían olvidado los servicios prestados por Arango y Pinillos en el orden financiero, ni los auxilios recibidos de las cajas de Cuba, en el estado de bancarrota en que se hallaba el erario español, volvieron de nuevo la vista hacia ellos. Esta disposición de ánimo del rey no tardó en hacerse evidente. Por real decreto de 12 de febrero de 1824, dictado de acuerdo con Vives, Arambarri, el intendente del ejército y de la Real Hacienda, el más alto cargo del Gobierno de la Isla después del capitán general, fué relevado, sustituyéndosele por Arango y Parreño, a quien se le reservó, no obstante, la plaza de ministro togado que ocupaba en el Consejo de Indias. Retirado de toda actividad pública durante los últimos tiempos del gobierno constitucional, lo cual fué un mérito a los ojos de la nueva situación, Arango, a pesar de su mal estado de salud, tomó posesión del cargo en los primeros días de junio, y con su celo habitual se consagró al desempeño de las funciones que se le encomendaban. Su primer esfuerzo se encaminó a realizar grandes economías en diversos ramos de la administración, recargados de personal inútil; a reducir gastos superfluos enormes en la Marina, y a perseguir activamente los contrabandos del comercio, medidas con las cuales logró un rápido aumento de las rentas, muy mermadas durante el período de Arambarri, a causa de los abusos de la burocracia y del comercio peninsulares. La mayor recaudación que obtuvo le sirvió de base para oponerse ante el rey y el ministro de Hacienda, López Ballesteros, a la imposición de nuevos tributos, firme en su antigua tesis de que aliviados los productores de pesadas cargas y activado el comercio, las rentas reales rendirían considerablemente más. El contrabando sólo podía combatirse, a juicio de Arango, con aranceles bajos, los cuales producían, además, el triple beneficio de estimular la producción, aumentar el tráfico exterior y acrecentar los ingresos del Fisco. Inspirado en estos principios, Arango preparó un nuevo arancel de Aduanas, puesto inmediatamente en vigor de acuerdo con Vives, quien usó a ese fin de las facultades extraordinarias de que había sido investido. Quebrantada más su salud cada día, Arango logró, después de insistentes peticiones, que se le sustituyera, pero la Intendencia pasó entonces a manos de Martínez de Pinillos, en 3 de

noviembre de 1825, no sólo a título de funcionario de alta capacidad, sino de perseguido por los constitucionalistas y de amigo personal del rey, a quien había ayudado con una fuerte suma de dinero. De esta manera, la segunda posición de la Isla, directamente relacionada con la agricultura y el comercio, continuó en poder de un representante de los productores criollos.

La tolerancia del gobierno de Vives contrastaba, entre tanto, agudamente, con la terrible situación de España. Fernando VII, en medio de una ominosa reacción, se ensañaba en actos de implacable venganza. El duque de Angulema, que era hombre de buen sentido, sano juicio y evidente rectitud, considerábase con derecho a la atención de un rey a quien acababa de restaurar en el trono. Opuesto a una política de bárbaras represalias, el duque realizó tenaces esfuerzos por evitarla, pero el monarca, de acuerdo con su bien establecida reputación de testarudez, mostró tener "la cabeza de un mulo" para su aliado y "el corazón de un tigre" para sus súbditos, según el juicio de ciertos historiadores ingleses. Angulema ejerció presión sobre el rey respecto de dos extremos: uno, para que dictase una amnistía general; otro, para que concediese a sus súbditos instituciones representativas, semejantes a las de Francia. El iracundo Fernando no tomó en cuenta ni una ni otra indicación. Obligado por la circunstancia de hallarse todavía en poder de los constitucionalistas, en 30 de septiembre, pocas horas antes de la rendición de Cádiz, había dictado una amnistía; pero en primero de octubre, ya libre y amparado por las tropas francesas, la revocó en el acto. Nombrado ministro universal su confesor, el rey anunció públicamente su intención de ofrecer "holocaustos de piedad". Bandas irregulares de sus partidarios fueron incitadas a saquear las casas de los constitucionalistas de la clase popular y a asesinarlos a mansalva, mientras el rey empleaba sus esbirros y sus jueces en prender, condenar a muerte y hacer ejecutar a los de alta categoría. Angulema, que comprendió que su dignidad y su reputación quedarían comprometidas si permanecía en España, se apresuró a regresar a Francia, en octubre, y el rey quedó libre de un fiscal severo. Pozzo de Borgo, el ministro del czar, arribó rápidamente de París con la esperanza de inclinar al rey a una prudente política de clemencia, pero sus esfuerzos fueron tan inútiles como los de Angulema. Las matanzas de los constitucionalistas continuaron sin ser contenidas, y en 7 de noviembre fué ejecutado en Madrid el general Riego.

El derrotado campeón del constitucionalismo había experimentado todas las vicisitudes de la fortuna. Había sido, primero, un fugitivo, con algunos de sus parciales; arrestado dos veces durante el período

constitucional, otras dos había sido devuelto a sus admiradores de Madrid. No siempre había mostrado Riego prudencia; no siempre, tampoco, había dado pruebas de verdadero valor. Pero vencida la causa constitucionalista y en poder de sus enemigos, recibió la noticia de su sentencia con estoica firmeza, dispuesto a morir como un valiente. Trasladado a Madrid en un viaje durante el cual fué maltratado, herido y vejado sin piedad, cruzó ante la misma multitud que dos años antes lo había ensordecido con sus vivas y recibido con mayores homenajes que a un rey. Un sacerdote, portador de una cruz, precedía a un sucio carricoche tirado por un asno. Sentábase en el mismo la pálida víctima, con el uniforme desgarrado, cubierta a medias la cabeza con un gorro verde, adornado, por irrisión, con una corona de hojas de roble. Colgó el cuerpo durante algunos minutos de una horca de cincuenta pies de alto. Cortóla después el verdugo y al caer el ajusticiado sobre el pavimento, acercóse un miserable y abofeteó el rostro del cadáver. Dividido éste en cinco partes, se enviaron a ser expuestas al público en las cinco ciudades donde había sido más popularmente conocido el héroe del constitucionalismo. Seis días más tarde, Fernando VII entraba en Madrid y era recibido con grandes aclamaciones. Los "holocaustos de piedad" no habían hecho más que comenzar, sin embargo. Los diputados cubanos a las Cortes, Varela, Santos Suárez y Gener, fueron víctimas de las iras del rey, por haber sumado sus votos a los de los enemigos del absolutismo. Intérpretes de los deseos y de la voluntad de la opinión criolla, los tres diputados habían presentado también a las Cortes un proyecto de Constitución autonómica para la Isla. El extremo más importante del mismo era la propuesta creación de una asamblea legislativa, con facultad para suspender al capitán general en caso de usurpación de poderes. El proyecto recibió el apoyo de algunos diputados españoles, pero la vida tormentosa de las Cortes impidió que se resolviese nada sobre el asunto. Incluidos en una condena de muerte, junto con todos los diputados que habían votado contra Fernando VII, Varela, Santos Suárez y Gener lograron refugiarse en Gibraltar, desde donde pasaron a los Estados Unidos.

Las feroces persecuciones de la reacción absolutista no llegaron a extenderse a Cuba. El obispo Espada, significado por sus ideas liberales, estuvo expuesto a perder la mitra, a causa de las intrigas del obispo de Cartagena, residente en la Habana, que aspiraba a sustituirle. Pero defendido Espada por toda la sociedad criolla, sus adversarios terminaron por dejarlo en paz. La seguridad personal con la cual no podían contar en España los constitucionalistas y los liberales, existía para ellos en Cuba. Numerosos emigrados y desterrados liberales de la metrópoli

encontraron en la Isla no sólo franca hospitalidad, sino también empleos para ganarse la vida. En los lugares públicos, tanto como en el interior de los hogares, hablábase con cierta libertad sobre materias de política y de gobierno, sin el temor del espionaje o la denuncia, aun cuando la vigilancia de Vives fuese grande. Hubo, asimismo, una amplia tolerancia para la publicación y circulación de ideas y principios decididamente liberales, gracias a la cual pudieron aparecer *La Aurora de Matanzas*, la *Revista Bimestre Cubana* y otros periódicos, y circular sin cortapisas el *Mensajero Semanal* y el *Mercurio*, editados en New York, por Varela y José Antonio Saco el primero. Practicada como sistema por Vives, a manera de válvula de seguridad destinada a mantener apaciguada la Isla, dicha tolerancia llegó a adoptar formas perniciosas, al extenderse al vicio y hasta a cierta parte de la gente de mal vivir. Vives no era, sin embargo, hombre de convicciones liberales. Hábil diplomático, una política oportunista le llevó, dadas las difíciles circunstancias en que hubo de gobernar, a causa de los peligros internos y externos que amenazaban la Isla, a apoyarse en la clase productora criolla, a contemporizar con la clase media, y a dejar en cierta licenciosa libertad a los elementos del pueblo bajo. Aparte de esto, fué decidido partidario de un régimen arbitrario y dictatorial en Cuba, y contribuyó de un modo firme y tenaz a implantarlo. Desde que asumió el gobierno, en una comunicación tras otra al ministro de Ultramar y en cartas privadas a personas que podían ayudarlo en la Corte, pidió sin cesar que se le invistiera de facultades extraordinarias, único medio, a su juicio, de poder conservar la Isla. Cuba no podía gobernarse, tal era su convicción, sin otras facultades que las ordinarias, concedidas por las leyes para tiempos pacíficos y países de población blanca y uniforme. En Cuba existía el inconveniente de los esclavos y de la gente libre de color, a virtud de lo cual podía darse por seguro que si estallaba una revolución, no habría de terminarse sino con el exterminio de uno de los dos partidos, el blanco o el negro, como había sucedido en Haití. A fines de 1823, después de descubierta la conspiración de Lemus, Vives tropezó con dificultades de orden legal para acelerar la tramitación de la causa por la vía judicial ordinaria, hecho que le movió a reiterar la petición de amplias y absolutas facultades para los capitanes generales. La demanda, restablecido ya el absolutismo a fines del año, concordaba con las miras y la política de Fernando VII y de sus ministros. En 4 de marzo de 1825, libre de las trabas de la Constitución, Vives no vaciló en adelantarse a crear la "Comisión Militar Permanente", destinada a juzgar los delitos de infidencia y los crímenes cometidos en despoblado. Poco después, en 25 de mayo, del propio

año, vió satisfechos sus deseos de poderes extraordinarios. Una Real Orden de dicha fecha, dictada por Fernando VII, confirió al capitán general de Cuba "todo el lleno de las facultades que por las reales ordenanzas se concedían a los gobernadores de plazas sitiadas"; la más amplia e ilimitada autorización para separar de la Isla a las personas, empleadas o no empleadas, cualquiera que fuese su destino, rango, clase o condición, cuya permanencia en el territorio se creyese perjudicial o infundiese recelo su conducta pública o privada, reemplazándolas interinamente con servidores fieles al rey y de la confianza del gobernador general, "y de poder ilimitado para suspender la ejecución de órdenes o providencias expedidas sobre los ramos administrativos que fueran inconvenientes al real servicio", con la única limitación de que las medidas que dictase el capitán general "debían tener el carácter de provisionales, interín merecían la aprobación del gobierno supremo".

De la misma manera que la promulgación de la Real Orden de 25 de mayo y el establecimiento de la Comisión Militar Permanente no alteraron la situación al principio, porque Vives continuó el empleo de sus métodos de tolerancia, la sustitución de Arango por Pinillos no introdujo ningún cambio desfavorable en la ventajosa posición que los productores criollos ocupaban en el gobierno.

Representación genuina del absolutismo, Fernando VII se sentía muy complacido, no obstante, aunque procediesen de un régimen económico liberal basado en principios contrarios a las restricciones del viejo mercantilismo colonial, con las fuertes sumas que el erario recibía de Cuba. Manejada primero por Arango y después por Pinillos, el apoyo financiero que la Intendencia de Hacienda de Cuba prestaba a los planes de reconquista colonial del rey resultaba de un valor inapreciable para el monarca. Este no vaciló, por consiguiente, en impartir su aprobación a las medidas que Pinillos, de acuerdo con Vives, hubo de proponer, tanto para imprimir mayor impulso al desarrollo de la agricultura y del comercio de la Isla, como para aumentar los ingresos del Fisco. Por ese camino se entró, poco después de ocupar Pinillos su alta posición, en un nuevo período de reformas económicas y fiscales.

Una de las primeras medidas puestas en práctica consistió en tomar un nuevo censo y levantar un plano o mapa de la Isla, obra esta última reclamada con mucha urgencia por las autoridades militares. Los trabajos, iniciados en 1825, tardaron no menos de dos años en terminarse. El censo arrojó un total de 704,487 habitantes; de éstos, 311,051 blancos y 393,436 de color, el 44% y el 56% respectivamente. Entre la

población de color, 106,494 personas eran libres y 286,942 esclavas. El número de los esclavos y la proporción de éstos respecto de la población total resultaron más altos que nunca.

El número de explotaciones agrícolas se elevaba a 1,000 ingenios, 2,067 cafetales, 77 algodinales, 60 plantaciones de cacao, 3,098 potreros, 5,534 vegas de tabaco y 13,947 sitios de labor, o sea, 25,783 en total. Los cinco primeros tipos representan explotaciones de carácter puramente industrial, si bien entre los vegueros existía una crecida proporción de pequeños cultivadores. La toma del censo y el levantamiento del mapa sirvieron de base a la reorganización de la defensa militar y naval de la Isla, llevada a cabo por Vives y el nuevo jefe del Apostadero, brigadier Angel Laborde. Con arreglo a la misma, el territorio se dividió en tres departamentos militares: Occidental, Central y Oriental. El primero, con cabecera en la Habana, bajo el mando directo del capitán general; el segundo, en Trinidad, bajo la jefatura de un mariscal de campo; el tercero, en Santiago de Cuba, a cargo de un brigadier. En lo marítimo, Laborde dividió la Isla en cinco comandancias de Marina, cuyas cabeceras fueron Habana, Trinidad, Remedios, Nuevitas y Santiago de Cuba. En 1826, la Isla contaba con una fuerte guarnición de más de 12,000 soldados regulares, numerosas milicias urbanas y rurales, y un número suficiente de buques para mantener a raya los corsarios colombianos y mejicanos. Reforzadas posteriormente estas fuerzas, Fernando VII consideró tan segura la posesión de Cuba que estimó, en contra del parecer de Vives, que podía intentar la reconquista de Méjico.

Mientras atendía a los crecidos gastos que ocasionaba la reforma militar, sufragaba las erogaciones corrientes del ejército y la marina y enviaba importantes sumas a España, Pinillos llevaba adelante mejoras que habían de afianzar su crédito, autoridad e influencia, tanto en Cuba como en la Corte.

En primer término, simplificó la contabilidad de las aduanas, a fin de hacer más exactas las cuentas y más rápido el despacho, cambio igualmente beneficioso para el comercio y la Administración. Otorgó también plazos mayores para el cobro de los derechos, medida encaminada a favorecer a los mercaderes de menor capital. Estos eran los que realizaban menores contrabandos, aparte de que impedían el monopolio del mercado por unas cuantas casas poderosas. Los aranceles preparados por Arango, con derechos más reducidos, fueron puestos en vigor por Pinillos, con el doble propósito de proteger a los productores y de desalentar a los contrabandistas. Con el mismo fin, el Intendente

creó comisiones de vigilancia en las aduanas, compuestas por comerciantes que se turnaban en la misión de fiscalizar la entrada y salida de mercancías, y comprobar la exactitud de los aforos y las liquidaciones. Para los comerciantes de corto capital, víctimas de una competencia ruinosa, a base del contrabando y de los fraudes de las casas más poderosas, a las cuales era más fácil establecer combinaciones con los empleados del Fisco, las citadas comisiones de vigilancia fueron un medio de defenderse. Gracias a todas las medidas indicadas, la rebaja arancelaria, lejos de acarrear una merma en la renta de aduanas, produjo, tal como habían previsto Arango y Pinillos, un aumento de la recaudación.

Tan importantes o más que las anteriores disposiciones, e inspiradas en el mismo espíritu liberal, dictó Pinillos otras, encaminadas a suprimir las llamadas aduanas interiores. El tráfico mercantil entre la población de las ciudades y la del campo estaba sujeto a un impuesto del 6%, gabela que encarecía los precios y ejercía un efecto desfavorable sobre el consumo. Pinillos comenzó por reducir el impuesto a un 2%, y después lo suprimió totalmente. La medida abarató en las poblaciones el precio de los artículos del país y en el campo el de los efectos importados, con lo cual aumentó el consumo de unos y otros. La renta de aduanas, al acrecentarse las importaciones, obtuvo mayores ingresos en los puertos habilitados para el comercio exterior. Al mismo fin encamináronse también varias reformas puestas en práctica por Pinillos respecto del consumo de ganado. Sobre la industria ganadera pesaban numerosos impuestos, muy antiguos varios de ellos; alcabala, impuesto extraordinario, impuesto de piragua, de sisa, de la zanja y otros. El jefe del Fisco los hizo desaparecer todos, para sustituirlos por un solo impuesto directo de dos pesos y medio sobre cada res vacuna, y de un peso sobre cada cerdo que se consumiese o exportase. Quejáronse los criadores de que la carga resultaba todavía excesiva, pero como el consumo aumentó, hicieron mayor negocio, a la par que el erario obtuvo mayores ingresos.

Más liberales aun fueron las medidas dictadas en relación a los más importantes ramos de la producción agrícola. Los impuestos llamados de vigésima y de matrícula, pagados por los cultivadores y los fabricantes de tabacos respectivamente, fueron suprimidos, sustituyéndoseles como base de ingresos fiscales, con un impuesto sobre el tabaco exportado. Los derechos de exportación sobre el café, el azúcar y el aguardiente fueron rebajados; los de la cera, cuyos embarques decaían después de la independencia de Méjico, se suprimieron totalmente.

Las reformas de Pinillos no libraron, desde luego, al comercio ni a la producción de todas las graves cargas que sobre ambos pesaban. Tampoco pudieron poner término al proteccionismo colonial español, atrincherado en la defensa de la agricultura, la industria, el comercio y la marina de España, con la imposición de fuertes aranceles sobre el comercio extranjero, en contra de los intereses de Cuba. Debe reconocerse, no obstante, que en el momento en que España perdía todos sus mercados coloniales, con la excepción de Cuba, Puerto Rico y Filipinas, a virtud de lo cual la agricultura y la industria peninsulares veían disminuir sus exportaciones, no era materialmente posible ir más allá de donde fué Pinillos. A pesar de esa dificultad fundamental, el Intendente logró disminuir las cargas y las trabas que pesaban sobre la agricultura y el comercio, estimulados vigorosamente. El desarrollo de la riqueza pública sirvió de justificación a sus planes y le permitió triunfar sobre sus opositores, porque se tradujo, como había previsto, en un aumento considerable de los ingresos del Fisco. El rápido crecimiento económico de Cuba continuó su marcha progresiva sin interrupción, hecho al cual debe atribuirse el buen éxito alcanzado por la política preventiva de Vives durante el largo período de su gobierno, a pesar de los grandes peligros exteriores que amenazaron a Cuba de 1823 a 1830. En el último año citado, de las 468,323 caballerías de tierra en que se calculaba la extensión de la Isla, se estimaba que 38,276 se hallaban en cultivo, además de 9,734 dedicadas a pastos y montes de los ingenios y cafetales. La distribución de las tierras en cultivo se calculaba en la forma siguiente:

Dedicadas a caña	5,394 caballerías
„ „ café	5,761 „
„ „ tabaco	1,389 „
„ „ cultivos menores	20,732 „
„ „ „ „ adscritos a cafetales e ingenios	5,000 „

El valor total de la agricultura se apreciaba en \$ 508,000,000, repartido de la siguiente manera:

Tierras	\$ 94,396,000
Plantíos, bosques de ingenios y cafetales inclusive ..	„ 276,774,000
Edificios, máquinas y utensilios	„ 55,603,000
Esclavos	\$ 41,797,000
Animales	\$ 39,616,000

El capital invertido y el producto bruto de los cuatro renglones principales se hacía subir a las cifras que se indican en el siguiente cuadro:

	Capital	Producto bruto
Haciendas de crianza	\$ 26,767,000	\$ 5,051,000
Ingenios	„ 83,780,000	„ 8,862,000
Cafetales	„ 85,825,000	„ 4,325,000
Estancias y sitios	„ 111,861,000	„ 24,867,000

Las vegas de tabaco que no aparecen en el cuadro, ocupaban el quinto lugar, representaban todavía un valor reducido, relativamente, tanto en capital invertido como en rendimiento.

El número de esclavos dedicados al trabajo en los ingenios se estimaba en 50,000; en los cafetales se supone que había otros 50,000. Las haciendas de crianza empleaban muy pocos esclavos. Las estancias y sitios de labor, unos 31,000.

El predominio de la pequeña propiedad (sitios y estancias) era evidente. Los cultivos destinados al consumo, practicados por los pequeños agricultores, producían seis veces tanto como los cafetales, cinco veces tanto como las haciendas y tres veces tanto como los ingenios. El valor bruto de los pequeños cultivos representaba el doble que el de ingenios y cafetales reunidos, a pesar de que éstos empleaban un 35% más de capital, y tres veces más esclavos. Cuba, a pesar del desarrollo de la gran empresa y de la esclavitud, todavía era en 1830 un país de pequeños cultivadores, dedicados a producir para el abasto propio. La mayor cantidad de producto bruto de la agricultura se obtenía también del trabajo libre. Esta gran riqueza agrícola se hallaba casi en su totalidad en manos cubanas. La decidida inclinación del país a la paz, lo mismo que la disposición general a aceptar pacientemente el régimen absolutista, se explican porque el absolutismo, aunque muy repugnante a las ideas y los sentimientos de la mayoría, no impidió a las clases productoras velar por sus intereses económicos, gracias a las gestiones e influencia de Arango y de Pinillos, tanto cerca de Fernando VII, como de Vives. Los "holocaustos de piedad" del rey de España y las facultades omnímodas otorgadas a Vives, no le impidieron a Cuba prosperar y enriquecerse materialmente. El crecido valor de la agricultura, en peligro de ser destruída en caso de guerra; la circunstancia de hallarse en manos de los criollos y el hecho de estar ampliamente distribuída, fueron las garantías más firmes de la soberanía de la metrópoli de 1820 a 1830.

CAPÍTULO V

CRECIENTE ACTIVIDAD EN LA OPOSICION AL REGIMEN

No sólo los hacendados, cafetaleros y demás productores, los mismos profesionales jóvenes y hombres de letras de la clase patricia, educados en principios más liberales que los hombres de la generación anterior por Varela, Vélez y otros maestros de espíritu renovador, no repugnaron prestar su cooperación a la causa pública dentro de la situación absolutista. José Antonio Saco, José de la Luz y Caballero, Domingo del Monte y otros escritores, literatos y profesionales de menor renombre que comenzaban a brillar en la vida cubana, trabajaron sin interrupción en todas aquellas obras a que los llamaban sus inclinaciones o su vocación. La labor que les atraía especialmente, era la difusión de la instrucción y la cultura en sus diversas formas. La práctica de la enseñanza, el cultivo de las letras, la crítica de las costumbres y el estudio de las causas de los males sociales, fueron las actividades a que se consagraron con mayor empeño, bien individualmente, cada cual en la forma que le era posible, o bien en las filas de la Sección de Educación de la Sociedad Económica de Amigos del País. El absolutismo imperante les repugnaba profundamente, pero como las persecuciones y las venganzas del odioso régimen no se extendían a Cuba, lo toleraban sin protesta, como un mal pasajero e irremediable del momento. Pusieron la esperanza en un futuro mejor, y entendieron que era un deber, en lo que a Cuba concernía, preparar a sus co-terráneos para alcanzarlo y disfrutar del mismo por todos los medios lícitos disponibles. La creciente riqueza material de la Isla y el positivo influjo que la clase patricia ejercía en el Palacio del capitán general y en la corte del rey Fernando, les hacía llevadera la situación por otra parte.

Pero aunque Cuba se resignó al régimen y mantuvo su fidelidad a España durante la década de 1820 a 1830, la más peligrosa para la conservación de la soberanía española en la Isla, la división entre criollos y peninsulares prosiguió en pie y se ahondó más aun. Aparte de

los motivos de sentimiento y de instinto que la provocaban, cubanos y españoles se dividían alrededor de 1830 respecto de tres cuestiones fundamentales. La primera estaba representada por la tenaz aspiración de los cubanos a la absoluta igualdad política con los españoles peninsulares, el invencible empeño de no ser considerados como colonos, sino como españoles, con idénticos derechos a los demás. El peninsular avecindado en Cuba, fuese funcionario público o no, pretendía, en cambio, salvo excepciones, reivindicar derechos superiores de "la metrópoli" sobre "la colonia". Cuba, para la mayoría de los peninsulares, no era una provincia española, sino un país conquistado, una dependencia colonial. No se trataba, propiamente hablando, de una cuestión de principios, de convicciones políticas o de patriotismo, sino un asunto de interés personal importantísimo. El criollo, en posesión de la riqueza agraria, vivía en su propio ambiente, natural y social. De mayor cultura en la clase patricia y adinerada y en la clase media que el inmigrante peninsular, pobre e ignorante generalmente, se hallaba en un plano social superior a éste. El mismo funcionario colonial, excepto un reducido número de los de más elevada categoría, aun cuando fuese hombre instruído y de saber, y pocos lo eran, se hallaba en condiciones de inferioridad, en cuanto a distinción y cultura social, respecto del criollo de más alta alcurnia. El peninsular, no obstante, arribaba a Cuba imbuído de la idea de que se hallaba en una posesión española. La superioridad del criollo le resultaba intolerable, en tal virtud. Había un medio de salir de esa situación deprimente: el de la conquista de la riqueza y el posterior ingreso en la sociedad criolla mediante alianzas matrimoniales; pero este camino, sobre ser largo, no se hallaba al alcance de todos. Mientras tanto, si no era un hombre de alta posición o de cultura, permanecía en la poca satisfactoria posición de un amo que se ve forzado a mantenerse en un plano inferior. La manera más segura y efectiva de salir de esa condición consistía, para la mayoría de los peninsulares, en colocar las relaciones entre Cuba y España sobre la base en que propiamente debían estar: la de una metrópoli que manda y posee, y una colonia que es explotada y obedece. En ese caso, la autoridad superior del peninsular compensaría las otras desventajas y le aseguraría en su papel propio de señor. El criollo, por su parte, conocedor de estas pretensiones del español, no se hallaba dispuesto a aceptar la humillante condición del colono. El conflicto resultaba, pues, irremediable. Por el momento, el absolutismo había igualado a cubanos y españoles en una idéntica privación de derechos políticos, pero la ventaja seguía de parte de los criollos, a virtud de la influencia de los más altos representantes de éstos en el Palacio de los Capitanes

Generales y en la Corte. La hostilidad, por lo tanto, continuaba latente en toda su fuerza, próxima a estallar, en cualquier momento en que los peninsulares tuviesen posibilidades de triunfo.

La segunda gran cuestión que dividía a cubanos y peninsulares era la del proteccionismo español, viejo conflicto de intereses entre el comerciante y el productor, más y más agudo a medida que la riqueza de Cuba alcanzó mayor desarrollo. El productor deseaba una amplia libertad comercial que le permitiese, por una parte, vender sus frutos al mejor comprador, fuese nacional o extranjero; y por otra parte, adquirir los artículos necesarios para la vida y el sostén de la industria, de cualquier vendedor, fuese cual fuere la nacionalidad del mismo, que se los ofreciese en condiciones de mejor calidad y precio. El comerciante, aliado en este punto de los productores y mercaderes de España, continuaba con su giro establecido sobre la base del monopolio. Temía la competencia extranjera, no sólo porque podía arrebatarle su lucrativo negocio, sino porque vendría a poner término a la dominación financiera que ejercía sobre el productor, y a libertar a éste del yugo del refaccionista. La irreconciliable diversidad de intereses económicos se traducían en dos opuestas doctrinas económico-políticas. El productor sostenía que la libertad económica produciría ingresos considerables al erario español; favorecería, no sólo a Cuba sino a la agricultura, la industria y la marina españolas, y al crear grandes intereses vinculados al orden y a la paz, afianzaría firmemente la soberanía de España. Cuba, según la tesis criolla, siempre habría de consumir una parte proporcional de productos de la agricultura y de la industria de España, mayor mientras más crecida fuera la riqueza de la Isla. El comerciante afirmaba, a la inversa, que la mencionada libertad económica arruinaría el comercio y la marina de España, y que al aumentar la riqueza, la población y la independencia material de la Isla, conduciría inevitablemente a la ruptura de los vínculos políticos con la madre patria. Los sentimientos de adhesión a España del criollo no eran sinceros, a juicio del peninsular. La aspiración a la libertad económica se inspiraba en el oculto deseo de obtener más tarde la absoluta independencia política.

La tercera cuestión, más grave y punzante acaso que las dos anteriores, se refería a la importación clandestina de esclavos, o sea a la continuación del tráfico negrero, practicado en grande escala, a pesar del Tratado celebrado en 1817 con la Gran Bretaña. Los productores de espíritu más previsor, aleccionados por Arango y Parreño, se daban cuenta del peligro, dentro de las nuevas condiciones de la época, representado por el comercio de africanos. Desde un punto de vista es-

strictamente económico, las facilidades brindadas por dicho comercio, anularían todo empeño de fomentar la población blanca para organizar la industria sobre una base de mayor estabilidad, aparte de mantener la seguridad de la Isla en estado precario. Los criollos ilustrados y de espíritu liberal se hallaban convencidos, por su parte, del inmenso obstáculo que la excesiva proporción de la raza negra, la esclava particularmente, representaba para el progreso social y político de la Isla. Por una razón y por otra, en la opinión ilustrada criolla prevalecía el propósito de procurar impedir, por todos los medios legales posibles, la continuación de la trata negra. Los peninsulares pensaban de otro modo. En primer lugar, el comercio de esclavos, que hasta fines del siglo XVIII había sido generalmente un monopolio concedido por los reyes de España a mercaderes extranjeros, había pasado a manos de los más ricos comerciantes de la Habana, a los cuales producía ganancias inmensas. En segundo, la tolerancia de la introducción de africanos era una fuente inagotable de lucro para los funcionarios del gobierno colonial, desde los más altos a los más bajos, empezando por el capitán general y terminando por el más modesto capitán o teniente pedáneo. La complicidad de las autoridades en los desembarques de esclavos se compraba por los traficantes a precio de oro. El comercio y la burocracia estaban, pues, igualmente interesados en mantener esta abundante fuente de oro, empeño en el cual contaban con el apoyo de gran número de productores. Los peligros del porvenir preocupaban poco a hombres que amontonaban grandes riquezas, o que veían en la continua introducción de esclavos un medio fácil de remediar sus dificultades económicas.

España, pensaban el negrero y el burócrata, había cedido a disgusto en el asunto de la supresión del tráfico, forzada por la abusiva e interesada imposición de Inglaterra. El orgullo español se resentía tanto de este hecho como de las irritantes condiciones exigidas por la Gran Bretaña para asegurar la efectividad en el Tratado de 1817. Muchas de las medidas que los británicos ponían en práctica con dicho fin eran mortificantes también, hasta el grado de ser intolerables para la tradicional altivez española. A las razones de interés económico y de amor propio nacional, se agregaba la muy poderosa de la rivalidad con los criollos. Estos se inclinaban a la supresión del tráfico negrero. Bastaba este motivo para que muchos peninsulares se dispusieran a defenderlo, a falta de otra razón mejor.

El Tratado de 1817 fué siempre letra muerta. Se calcula que de 1821 a 1831 arribaron a Cuba más de trescientas expediciones negreras, sin que los cruceros ingleses lograsen apresar, no obstante su vigi-

lancia, ni siquiera el cuatro por ciento de las mismas. No menos de sesenta mil esclavos fueron introducidos, según estimados prudenciales, durante los años mencionados. Mahy, Kindelán y Vives, los tres capitanes generales del período, tuvieron una tolerancia ilimitada para el tráfico esclavista.

En la Habana, de conformidad con los términos del Tratado de 1817, se creó un tribunal mixto de ingleses y españoles, destinados a juzgar los casos de infracción del convenio que se presentasen. Cada vez que un crucero inglés apresaba un barco negrero, los refería al citado tribunal, el cual fallaba si se trataba de esclavos de antiguo introducidos trasladados de un lugar a otro, como alegaban generalmente los negreros, o de nuevas introducciones procedentes directamente de las costas de Africa. Los esclavos eran decomisados en este último caso y declarados libres por el Tribunal. La libertad era, en rigor, meramente nominal. Dado que resultaba imposible devolverlos al Africa o ponerlos en libertad, sin recursos de ninguna clase, en un país nuevo para ellos, al cual arribaban sin medios de trabajar y en estado de completa ignorancia, se adoptó el criterio de colocarlos por espacio de cuatro años bajo una tutela temporal. Servía de justificación a esta práctica, la idea de que durante ese período el emancipado aprendería los rudimentos de la religión y la manera de trabajar y de vivir en la tierra a que había sido conducido contra su voluntad. La persona a quien en cada caso se confería esta especie de tutela, se hallaba revestida del derecho de aprovecharse del trabajo del "emancipado", nombre que se aplicó al africano en tales condiciones, a título de compensación por la obligación asumida de vestirlo, alimentarlo, asistirlo en sus enfermedades e instruirlo en las cuestiones ya dichas. El emancipado, como el indio encomendado en los primeros tiempos de la colonia, fué peor tratado en muchas ocasiones que sus demás hermanos de raza, sometidos legalmente a la condición de esclavos. La distribución de emancipados entre las personas que debían tomarlos a su cargo, corría a cargo del capitán general. Al principio, se adjudicaron a corporaciones religiosas y civiles, viudas, jubilados o retirados pobres, y a propietarios que se comprometían a cumplir las obligaciones impuestas por los reglamentos; pero cuando los emancipados comenzaron a ser numerosos y la obligación de devolverles la libertad a los cuatro años fué letra muerta, la distribución de este nuevo tipo de siervos se convirtió en una fuente de lucro ilegítimo para los funcionarios del gobierno encargados de realizarla.

La existencia de esta nueva clase social fué un motivo más de corrupción de la administración pública, hecho que, unido a los demás

peligros de la continua introducción de esclavos, convirtió el problema del tráfico clandestino en uno de los más graves de la colonia y en el motivo de más honda división entre criollos y peninsulares. Los partidarios del tráfico, tanto aquellos que entendían de buena fe que la economía cubana no podía tener otra base que no fuese la de la esclavitud, como los que apoyaban la trata sencillamente porque se enriquecían de una manera o de otra con la introducción de bozales, tenían marcado empeño en justificar moralmente su actitud y su criterio. Convirtieron el problema, por tal razón, en un asunto de españolismo y de lealtad a la metrópoli. Todo buen español debía favorecer el tráfico negrero. Esta era la manera más eficaz, no sólo de contribuir a asegurar la riqueza, sino de protestar contra la insolencia inglesa y la abusiva ingerencia de la Gran Bretaña en los asuntos españoles. Era, al propio tiempo, el modo más seguro de velar por el principio de la "integridad nacional". La alta proporción de esclavos era la más firme garantía contra las revoluciones; tratar de reducirla era conspirar contra la soberanía de la madre patria. El español que no participara de estas ideas, debía ser tachado de un sospechoso liberalismo. El criollo que se opusiera al tráfico negrero, debía quedar, sin necesidad de otra prueba, calificado de "independiente" y de enemigo solapado de España. Esta argumentación de los negreros era refutada con energía por los adversarios del tráfico clandestino de africanos. El negrero no era más que un odioso e hipócrita traficante, que no vacilaba en cubrir con la bandera nacional un negocio abominable, condenado por la ley, la moral y los tratados, sin consideración alguna a los intereses de Cuba ni a los de la metrópoli, expuesta a perder la Perla de las Antillas en una conflagración semejante a la de Haití. En torno, pues, de estas tres grandes cuestiones, igualdad jurídica y política, restricción del mercantilismo colonial y supresión del tráfico negrero, comenzó a girar la historia de la Isla en la década de 1830.

En España, mientras tanto, se preparaban acontecimientos llamados a introducir grandes cambios en la política de Fernando VII. Viudo el rey de su tercera esposa, en diciembre de 1829 había contraído matrimonio con María Cristina de Borbón, un enlace que, en caso de tener sucesión el monarca, creaba la posibilidad de que la corona, al morir el rey, no pasara a manos de su hermano don Carlos, cuyas tendencias absolutistas eran más pronunciadas que las del mismo Fernando VII. Recibida con la antipatía y la hostilidad del fuerte partido carlista, tanto en la Corte como en la nación, la nueva reina trató de atraerse a los liberales. Estos, por su parte, perseguidos con ensañamiento, se aco-

gieron a Cristina como una tabla de salvación y una esperanza. Fernando VII, en cinta la reina, previó el posible nacimiento de una princesa, razón que le movió, en 29 de marzo de 1830, a publicar una pragmática dictada por Carlos IV en 1789, por la cual se restablecía en todo su vigor una antigua ley española, derogada por Felipe V, que permitía a una mujer ocupar el trono. Siete meses más tarde, Cristina dió a luz una heredera al trono español, la princesa Isabel. Don Carlos y sus partidarios no se resignaron a ver frustradas sus esperanzas. Gravemente enfermo el monarca, en 1832, don Carlos y sus amigos, apoyados por Calomarde, el ministro de más confianza de Fernando VII, lograron que éste, ante el temor de provocar una guerra civil con la cual fué amenazado, derogara la pragmática en definitiva. Mejorado Fernando, destituyó a Calomarde, restableció la pragmática, anuló el testamento a favor de don Carlos, declaró a Isabel legítima heredera del trono, habilitó a Cristina para actuar como reina en el despacho de los asuntos públicos y la nombró regente del reino durante la minoridad de la princesa. Un nuevo ministro, Cea Bermúdez, sucedió a Calomarde, con el plan de seguir una política encaminada a atraerse a los liberales y convertirlos en defensores de Isabel, frente al peligro absolutista representado por don Carlos. El 7 de octubre, a la semana de haberse constituido el nuevo ministerio, se abrieron las universidades, cerradas desde hacía algún tiempo, y ocho días más tarde, la reina dictó un decreto general de amnistía, el cual, con algunas excepciones, permitió el regreso a España de los emigrados liberales. En 29 de septiembre del siguiente año tuvo fin el reinado de Fernando VII con la muerte del rey, quien legó a la nación la ruina de un poderoso imperio y una desastrosa guerra civil. Al siguiente mes, de acuerdo con el testamento del monarca, las Cortes proclamaron a Isabel II y confiaron la regencia a Cristina. La guerra civil para sostener las pretensiones de don Carlos a ocupar el trono estalló en los primeros días del mismo mes de octubre. La caída de Calomarde fué acompañada de cambios en las capitanías generales y los altos puestos de la administración en España y en las colonias, pero aun antes de la salida del ministro, la dimisión de Vives, presentada por éste desde hacía larga fecha, le había sido aceptada. Para sucederle fué designado el teniente general don Mariano Ricafort, quien tomó posesión en 15 de mayo de 1837.

El gobierno de Ricafort no introdujo cambios en la marcha de los asuntos de la Isla. La política de tolerancia de Vives se continuó en los mismos términos, aunque no se extendió a los perseguidos por atentar contra el dominio español en las conspiraciones de 1823 y de los años sucesivos. El nuevo capitán general consultó el asunto con pro-

hombres influyentes de las clases acaudaladas, oyó el parecer de la Junta de Autoridades y pidió al Ministerio que la amnistía de 15 de octubre no se aplicase en toda su extensión, a fin de impedir que pudiesen regresar a Cuba Lemus y otros desterrados, cuya presencia se consideraba peligrosa para la tranquilidad pública. Aunque la exclusión comprendió a Heredia y a algunas otras personas que gozaban de general aprecio, no provocó gran desagrado, sin embargo. En el estado de paz y de bienestar de que se disfrutaba, existía poca disposición a favor de cualquier individuo tachado de revoltoso o de ser inclinado a fraguar revoluciones. Varias cuestiones de carácter económico y social comenzaban, además, a preocupar seriamente la opinión de los hacendados y los cafetaleros. En primer término, la disminución gradual de los precios; en el segundo, la reducción del comercio con los Estados Unidos y la abolición de la esclavitud africana en las colonias inglesas, aprobada por el Parlamento inglés el 7 de agosto de 1833.

La producción de café se había elevado a cifras enormes después de 1825. Los años de 1831, 1832 y 1833 fueron de gran producción, pero el precio era ya bajo el último año citado. El cultivo había tomado gran incremento en el Brasil, la América Central y otros lugares. Cuba, que no disfrutaba ya de la posición privilegiada que ocupó durante muchos años a partir de la destrucción de Haití, veía en perspectiva la decadencia y posiblemente la ruina completa de la industria dentro de un corto período de tiempo. El azúcar comenzaba a tener también fuertes rivales. En Europa, la industria remolachera, terminado su período más difícil de prueba, tomaba incremento en Francia y en otras partes. Los hacendados se daban clara cuenta de la inminencia de una ruda lucha de precios, en la cual se verían envueltos, más severa cada día. La necesidad de reducir el costo de producción se hacía por tal motivo más apremiante para todos. Para remediarla contábase con la introducción de bozales, la adquisición de mejores modelos de máquinas, el ensayo de nuevos procedimientos de elaboración y la economía en los crecidos gastos de transporte de azúcar hasta los puertos de embarque. Dichos gastos representaban una de las cargas más pesadas de la industria, pero los felices ensayos de transporte ferroviario realizados en la Gran Bretaña constituían una esperanza para los hacendados, pendientes de cuantas mejoras pudieran introducirse en un negocio que contaba con fuertes competidores extranjeros. En lo que al comercio con los Estados Unidos toca, el alto arancel proteccionista español lo hacía más difícil, desde que los precios iban a menos. Los proteccionistas, además, habían logrado en la nación vecina la aprobación de una tarifa perjudicial para las importaciones procedentes de

Cuba, la llamada "tarifa de las abominaciones" de 1827, Arango y Parreño había celebrado algunas conversaciones privadas con William Shaler, primer cónsul acreditado de los Estados Unidos en La Habana (noviembre de 1829), con el propósito de tratar de llegar a un acuerdo preliminar destinado a servir de base a un tratado de reciprocidad comercial, pero el asunto no había ido adelante. Con los diversos problemas mencionados por resolver, la aprobación por el Parlamento inglés de la abolición de la esclavitud causó gran preocupación en la Isla. Se temió que, como había ocurrido en otros casos análogos, se provocaran sublevaciones entre los numerosos esclavos de los ingenios y los cafetales. En segundo lugar, se comprendió que la Gran Bretaña no tardaría en realizar mayores esfuerzos para la supresión de la trata clandestina, y quizás exigiría también la emancipación de los esclavos.

Los dos grupos más importantes de la alta clase criolla, el de los productores y el de la juventud intelectual, cuyas figuras más salientes eran Saco, Luz Caballero, Escobedo y Del Monte, continuaron sus esfuerzos respectivos para fomentar, unos, la riqueza; otros, la instrucción y la difusión de las ideas, objetivo dentro del cual comprendían el estudio de los más urgentes y graves problemas económicos, sociales y políticos del momento. Los productores, a causa de la avanzada edad de Arango y Parreño, se hallaban cada vez más bajo la inspiración y dirección de Martínez de Pinillos, y siempre representados en el Ayuntamiento habanero, la Sociedad Patriótica o Económica y la Junta de Fomento, corporación que había sido creada en sustitución del Consulado de Agricultura, Industria y Comercio. La gradual sustitución de Arango y Parreño por Martínez de Pinillos en el papel de máximo representante de la alta clase criolla y la desaparición del Consulado, institución creada a iniciativa de Arango, en la cual se apoyó constantemente para la ejecución de sus planes, fueron dos cambios de mucha significación, censurados y lamentados por muchos. Arango, a pesar del estilo propio de un leal y devoto vasallo del rey que siempre usó en sus escritos, fué un hombre de arraigados principios liberales, tanto en economía como en política. Discípulo y admirador de Jovellanos, de Adam Smith y de los fisiócratas franceses de la escuela de Le Play, fué partidario, asimismo, de un gobierno autónomo o provincial para Cuba, con amplias facultades, porque abrigó invariablemente el convencimiento de que sólo por ese medio podría contrarrestarse el estrecho espíritu mercantilista de la alta burocracia colonial de Cuba y España. A sus méritos reconocidos e indiscutibles, Arango añadió el de no haber sido hombre ambicioso en el orden personal, ni ansioso de

poder y representación. La excepcional posición que ocupó al frente de la clase rica e ilustrada criolla, la debió a la superioridad de su talento y de su saber, a sus miras elevadas y nobles, y a la modestia con que se aseguró la cooperación de los elementos más valiosos de dicha clase, tratando de reducir su papel al de un mero intérprete, vocero y ejecutor de las aspiraciones y los deseos de sus coterráneos. Como Arango no aspiró nunca al ejercicio de ningún poder personal y como comprendía que la fuerza de las demandas de Cuba habría de depender de que estuviesen apoyadas por las personas de mayor prestigio y representación social, trató, desde la lejana fecha en que dió los primeros pasos para la fundación del Consulado en 1793, de que en éste estuviesen defendidos imparcialmente los intereses del comercio y de la agricultura de la Isla, y de que la Corporación contase con la mayor libertad e independencia posibles. Las disposiciones dictadas por el rey para la organización del Consulado se ajustaron, en gran parte, a las miras y los deseos de Arango, de manera que el Consulado fué, desde que inició sus funciones, una corporación verdaderamente representativa aun cuando dicha representación sólo correspondiese a la clase rica. Los intereses de esta clase se hallaban en la época tan estrechamente vinculados con los del resto de la población que bien puede decirse que el Consulado trabajó invariablemente en favor del bienestar colectivo. Muchas de las iniciativas y de los proyectos del Consulado no llegaron a realizarse nunca, pero la corporación, hasta la fecha de su desaparición y sustitución por la Junta de Fomento, fué un instrumento de defensa colectiva de los intereses cubanos, dotado de fuerza y relativa independencia.

Pinillos, el hombre que asumió el papel predominante entre la clase acaudalada en sustitución de Arango, fué persona de experiencia, capacidad y superior preparación, pero en noble desprendimiento, elevación de miras políticas, devoción a la causa pública y dotes de verdadero estadista y hombre de gobierno, no alcanzó la altura del coterráneo cuyo lugar ocupó poco a poco. Hábil organizador, de espíritu innovador y progresista en muchos aspectos, ambicioso de renombre y de poder, seguro de sí mismo y de la eficacia de sus métodos, Pinillos aspiró a ejercer la mayor autoridad personal posible, con la orgullosa pretensión de ser la primera figura del país y de acrecentar su reputación y su prestigio ilimitadamente. En parte a causa de las condiciones que prevalecieron después del restablecimiento del poder absoluto de Fernando VII en 1823, las cuales no permitían otra cosa; y en parte por sus miras y ambiciones, su carácter altanero y su deseo de asegurarse en la Intendencia, cargo que fué la base de su poder y que le permitió

mantenerse en un plano no inferior ni al del mismo capitán general, Pinillos no fué tan escrupuloso como Arango en la elección de los medios más adecuados para realizar sus fines. Conocedor de las miserias y las intrigas de la Corte española, del estado de penuria del erario peninsular y de la corrupción y la venalidad prevalecientes en todas las esferas de la Administración, Pinillos hizo de la intriga cortesana y de los recursos financieros usados hábilmente las palancas todopoderosas de su influencia en el palacio del rey y en el ministerio. En los casos de mayor apuro y de más urgentes necesidad, cuando los ministros y el mismo rey se hallaban a veces sin un centavo, Pinillos aportó invariablemente de las cajas cubanas fuertes sumas, cuyo valor se quintuplicaba por las circunstancias en que eran ofrecidas. Apoyado por hombres de negocios y de capital a quienes servía, obtuvo siempre que le fué necesario, usando a veces de su propio crédito personal, recursos que, en una época de bancarrota para España, lo convirtieron en lo que llegó a ser, un hombre indispensable e insustituible para Fernando VII en los últimos años de su reinado, para la reina Cristina y para los ministros, siempre en lucha con el déficit bajo el desordenado gobierno de Fernando.

El estado corrompido de la Corte, la debilidad de España, que Pinillos supo ver claramente, y la inestabilidad de la vida política española en las postrimerías del absolutismo, no ofrecían una base sólida para afirmarse y conservarse en una posición como la que Pinillos obtuvo en 1825, ni aun mediante distribuciones de dinero que forzosamente tenían un límite fijado por los recursos de la Isla y por la extensión del crédito del propio Pinillos. El prevenido Intendente procuró, en tal virtud, buscar un apoyo más estable y sólido, en el cual hacer descansar su poderío. Observador sagaz de las cosas de España y de la situación internacional de la época, se percató de la creciente influencia de la Gran Bretaña en la Corte de Madrid, a partir del matrimonio del rey con Cristina de Borbón. Bajo la amenaza de la guerra civil, creada por la cuestión de la sucesión al trono, Fernando VII y Cristina cayeron de día a día bajo la dependencia del sostén de Inglaterra, porque los Borbones en Francia, antes de su caída en 1830, eran campeones del absolutismo, cuya más alta representación en España dejó de ostentar Fernando VII para asumirla don Carlos. Villiers, más tarde lord Clarendon, el ministro inglés en Madrid, seguía las instrucciones de su gobierno, en rivalidad con el de Francia, de apoyar los liberales españoles adictos al constitucionalismo y de sostener la causa de la reina. Como representante del poder más formidable de Europa, aliado, de hecho, de Fernando y de Cristina, Villiers llegó a ser no sólo el influ-

yente consejero de ambos, sino la fuerza de mayor estabilidad detrás del trono. En esta fuerza oculta, de cuyo poder y consistencia no abrigaba la menor duda, buscó también su más firme apoyo el Intendente de Cuba. Una vez que Villiers conoció a Pinillos y apreció la capacidad, los recursos y la posición de éste, se dió cuenta del valioso concurso que el Intendente podía prestar a la causa que el ministro debía defender en España. El gobierno británico, además, tenía constantemente fija la vista en Cuba, cuya situación consideraba muy peligrosa por diversos conceptos, de manera que un acuerdo con Pinillos le aseguraba un medio muy eficaz de mantener la Isla en condiciones de seguridad, extremo de mucha importancia para la política inglesa. Puestas las cosas en ese plano, entre Pinillos y el ministro inglés se establecieron relaciones privadas estrechas. Llegaron a ser tan íntimas y frecuentes que acabaron por ser conocidas de todas las personas enteradas de las interioridades de la Corte española. En la Habana, la conexión de Pinillos y Villiers era igualmente conocida como en Madrid, porque el ministro inglés y el Intendente gozaban de tal influencia en el ánimo de los monarcas que nadie se arriesgaba a tratar el asunto públicamente. El hecho, sin embargo, llegó a trascender en tales términos, que el cónsul norteamericano, Shaler, en carta de 24 de noviembre de 1829 al Secretario de Estado Van Buren, le comunicó haber sido informado de que Pinillos se cuidaba más de obtener la aprobación del ministro inglés en Madrid para los planes hacendísticos y de fomento que desarrollaba en Cuba, que la de cualquiera otra persona en España.

Los manejos de Pinillos, fuese cual fuese la justificación de los mismos, le restaban simpatías en cierta parte de la opinión criolla, de matiz más independiente y liberal. En realidad de verdad, Pinillos usó su poder para el desarrollo de la riqueza y el fomento de los demás intereses materiales y morales de Cuba, pero los medios de que se valió para conservar su posición y aumentar su ascendiente le obligaron a un oportunismo político que a veces se extendió al sacrificio de principios y sentimientos caros a muchos de sus conterráneos y hasta el sacrificio también de conveniencias materiales de la Isla. Tocante al último extremo, los hacendados y demás productores adinerados se resignaban sin protesta a ciertas exacciones e impuestos, porque comprendían claramente la necesidad en que se hallaba Pinillos de contar con medios para mantener su posición, y porque sabían que siendo de probidad personal bien probada, Pinillos utilizaba los recursos obtenidos de la Isla para tratar de servir los intereses cubanos; pero a la generación joven, al frente de la cual brillaban Saco, Luz Caballero, Del Monte, Escobedo y los amigos y admiradores de éstos, no simpatizó individualmente con

Pinillos ni estuvo de acuerdo con sus métodos, tanto más cuanto que el Intendente aparecía a sus ojos compenetrado con el absolutismo. La supresión del Consulado, centro de la influencia de Arango, se estimó por todo lo que queda dicho, cuando fué acordada en 1830, una medida reaccionaria, perjudicial para Cuba. Se destruía, sin causa que lo justificase, una corporación en la cual subsistía aun una sombra de representación del país cubano, de manera que se interpretó como un paso más hacia el robustecimiento del régimen de las facultades omnímodas establecido en 1825. El Consulado era, decía un anónimo corresponsal criollo de Mr. Shaler, la última barrera que existía aun entre el poder y el pueblo; al suprimirse la corporación, la barrera se venía abajo. La Junta de Fomento, organismo que sustituyó al Consulado en la labor ejercida durante cuarenta años de promover el desarrollo de los intereses materiales de la Isla, constituyó, en cierto sentido, un intento de conciliación entre el comercio y la producción, representados por partes iguales en la Junta. Pinillos contó, gracias al nuevo instituto cuya presidencia hubo de confiársele, con un centro adicional de poder, en el cual se reunieron los más fuertes intereses económicos de la Isla. En las diestras manos del Intendente fué un instrumento de gran utilidad para llevar adelante la ejecución de obras y la adopción de medidas encaminadas fundamentalmente al desarrollo de la riqueza y de la cultura, mediante la difusión de la instrucción y la creación de centros, publicaciones y establecimientos científicos, porque Pinillos, superior a muchos de sus contemporáneos, fué hombre que apreciaba el importante papel que correspondía a la ciencia y al arte en el fomento de la prosperidad y del bienestar colectivos. Los adelantos de la época de Pinillos no se limitaron a las ciencias aplicadas a la agricultura y a la industria. Las numerosas obras de ornato y de embellecimiento de la Habana, de las cuales aun se conservan la llamada "Fuente de la India" y algunas otras, prueban el interés de Pinillos por la cultura cívica y el arte. Tal como quedó constituída, la Junta de Fomento se compuso de un número igual de comerciantes y de hacendados, elegidos por bienios. Contaba con recursos propios de las rentas del disuelto Consulado, y debía estar presidida, como las demás corporaciones importantes de la Isla, por el capitán general, pero al inaugurarse durante el mando de Ricafort, éste, de acuerdo con decisiones tomadas de antemano, delegó en el Superintendente de Hacienda la presidencia de la Institución. Entre las obras ejecutadas por la Junta durante la hábil y activa presidencia de Pinillos, se contaron dos de gran magnitud e importancia; la construcción del acueducto de la Habana, llamado de "Fernando VII", y la del ferrocarril de la Habana a Güines, obra de urgente

necesidad para los hacendados de las más ricas zonas azucareras de la provincia. La Junta de Fomento estuvo a punto de realizar otra obra de gran interés educativo patrocinada por Pinillos: la fundación del "Instituto Cubano" para la enseñanza de la literatura, las ciencias físico-naturales y la economía, destinado también a la formación de maestros, todo bajo un plan propuesto por José de la Luz Caballero, en 1833. Pinillos destinó al proyectado Instituto parte del edificio de la antigua Factoría de Tabacos, y aportó de las cajas de la Intendencia los fondos necesarios para sostenerlo, pero Tacón, sucesor de Ricafort en 1834, hizo fracasar el proyecto, tanto por enemistad a Pinillos como por hostilidad a todas las iniciativas criollas.

Mientras los elementos representativos de la riqueza se ocupaban en promoverla en la Junta de Fomento y demás corporaciones oficiales, los del grupo intelectual joven trabajaban con gran intensidad y brillantez en su propio campo.

La Sección de Educación y la Comisión Permanente de Literatura de la Sociedad Económica fueron sus centros principales de acción oficial, y el periódico, la revista y el folleto, los medios más importantes de difundir ideas, enseñanzas y conocimientos útiles. En Matanzas, convertida en un centro importante de cultura, se publicó uno de los periódicos más representativos de la época, *La Aurora de Matanzas*, pero la publicación de más valor e influencia fué la *Revista Bimestre*, editada por la Sección de Educación de la Sociedad Económica, bajo la dirección de José Antonio Saco. Entre los numerosos escritos y folletos del período, figuraron en primera línea varios del propio Saco, el informe de Luz Caballero sobre el Instituto Cubano, y los de Domingo Del Monte sobre la enseñanza pública, importantes aportes todos al estudio de los problemas económicos, sociales y educativos de la Isla.

La labor del grupo intelectual, obra constructiva de creación y divulgación en muchos sentidos, tuvo que ser también necesariamente crítica, no sólo de la organización económica como fué la de Arango y Parreño durante cuarenta años, sino de múltiples aspectos de la sociedad y del régimen coloniales. El escritor que con mayor energía, vigor y tenacidad comenzó a realizarla fué José Antonio Saco. Amigo devoto de Arango, a quien profesaba profunda admiración, Saco fué un fiel discípulo del mismo en la más amplia acepción de la palabra. Como Arango, fué un crítico formidable del régimen colonial en lo económico, lo social y lo político; como Arango, convertido en opositor de la trata después de 1815, el escritor bayamés fué un adversario irreductible del tráfico negrero, sin llegar a abogar nunca, a semejanza de su maestro en cuestiones económicas, políticas y sociales, por la aboli-

ción inmediata de la esclavitud; como Arango, Saco entendió que el alto porcentaje de los esclavos africanos convertía en peligro mortal para la riqueza, la seguridad y el bienestar de la población blanca cualquier revolución interna, por lo cual fué resuelto partidario del orden y la paz; como Arango, se formó la convicción pesimista de que Cuba carecía de medios para conquistar y mantener la independencia, ideal que debía aplazarse para un lejano mañana, cuando el cambio en la composición de la población asegurase una indiscutible hegemonía de los blancos en cualquiera contingencia; como Arango, comprendió las ventajas de la anexión a los Estados Unidos, pero la repudió por cuestiones de sentimiento; como Arango, estimó como única solución al problema político cubano, la permanencia dentro del Estado español, recabando para la Isla un gobierno provincial autónomo, con amplias facultades; como Arango, fué un resuelto partidario de la libertad económica, tanto en el comercio exterior como en el desarrollo de las actividades productivas internas; como Arango, creyó en la necesidad de la educación popular y el cultivo de la ciencia aplicada a los problemas de la producción y el trabajo; como Arango, tuvo fe en la propaganda de las ideas, aun dentro de las restricciones del régimen colonial y consagró su vida a una labor de divulgación infatigable; finalmente, como Arango y Luz Caballero, fué un conservador que realizó, en contra de sus propósitos, labor revolucionaria. Pero si Saco fué, en todo y por todo, un continuador de Arango en el estudio de los grandes problemas cubanos, la labor crítica del discípulo fué distinta de la del maestro, no sólo en cuanto a que abarcaba un campo más amplio, sino respecto del tono de la misma y de los móviles que la inspiraban, según repetidas declaraciones de uno y otro en sus escritos. Arango, aun en aquellos casos en que más demoledoras habían sido sus palabras del mercantilismo, de los monopolios y de las viejas instituciones coloniales, cuidó de hablar siempre como un "vasallo", cuya absoluta devoción al trono y al rey imperaban sobre todo otro interés y toda otra consideración. Dejó sentado también, invariablemente, que sus escritos se dirigían, en primer término, a velar por el patrimonio de S. M. y por las conveniencias de la madre patria. Esta, como tierna madre cuyo celo por Cuba nunca había sido menor que los cuidados paternales de los monarcas, se hallaba obligada a derramar sus bondades sobre la hija amantísima, dócil y lejana. La experiencia de Arango, durante su primera estancia en la Corte, le enseñó que el uso de ese doble método—protesta continua de acatamiento y sumisión a la voluntad del rey, sea cual fuere el sentido en que se decidiese ésta; propósito de servir, ante todo, como súbdito español, los intereses de la madre patria—era el medio más efectivo para

realizar sus fines. Los ataques que por su condición de "habanero", término que se usó al principio, y de "criollo", expresión más corriente después, recibió de los defensores del coloniaje, particularmente durante los dos períodos de libertad de imprenta de 1808-1814 y 1820-1823, le convencieron del acierto de su sistema. Su educación, su lealtad al rey, sus sentimientos, su gratitud y las ideas corrientes en la época de su mayor actividad crítica, del 1790 al 1820, le permitieron usarlo sin humillación ni desdoro. Su éxito, favorecido por todas las demás circunstancias mencionadas en cada caso, fué, en tal virtud, completo, o por lo menos privó a los adversarios del recurso más efectivo que constantemente trataron de usar contra él: el de poder acusarlo de "independiente", con visos de fundamento, para despertar en contra de su persona y de sus ideas desconfianzas y recelos entre las autoridades, y concitar, con el mismo fin, las pasiones de los peninsulares.

Saco se hallaba en una posición distinta. No era, en primer término, miembro ni representante de ninguna institución oficial, sino un escritor independiente; no se dirigía directamente, en memoriales o informes, al rey y a sus ministros, sino a la opinión pública cubana en general, el respaldo de cuya fuerza buscaba para sus escritos. Por temperamento, por educación y por la época distinta en que vivía, Saco no hablaba ni podía hablar como un vasallo sumiso. A la inversa, proclamaba constantemente su condición de hombre libre, dispuesto a no doblegarse jamás a las exigencias o a las imposiciones de los poderosos, y reivindicaba, frente a la autoridad y al poder, un fuero personal de absoluto albedrío para exponer sus ideas sin restricción alguna. Saco, además, declaraba y repetía sin ambages, que era cubano y que se debía a su patria, Cuba, en primer lugar. Sin dejar de reconocer su condición de súbdito español, sus escritos no se dirigían a promover los intereses de la monarquía ni de la metrópoli, sino los de Cuba. Del bienestar y el engrandecimiento de Cuba habrían de derivarse también beneficios para el trono y la madre patria, pero indirectos, mediatos, a virtud de que uno y otro contribuirían a hacer compatible el dominio español, fuente de ventajas para la metrópoli, con el inalienable derecho de la Isla a ser gobernada con libertad, sabiduría y justicia, correlación de intereses cuyo desconocimiento conduciría inevitablemente a provocar revoluciones, y a la ruptura violenta, en tiempo más o menos breve, de los vínculos que unían a Cuba y España. Saco postulaba, explícita e implícitamente, al expresarse en esos términos, la existencia de una patria cubana, distinta de la patria española, con derechos propios que no podían desconocerse sin peligro. Para Saco, la "nacionalidad cubana" era una realidad indudable, y una vez reconocida, la obligación de ser-

virla y engrandecerla era el más alto deber del cubano. Cubanos y españoles eran hijos de dos patrias diferentes, con obligaciones, si no opuestas, por lo menos diversas. La doctrina de Saco era, en esencia, fundamentalmente separatista, aun cuando el escritor sostuviera que el ideal de la independencia era impracticable por el momento, que habría de realizarse una larga obra de preparación antes de que fuese asequible, y que la previsión, la prudencia y la devoción patriótica a los intereses cubanos imponían la conveniencia de mantener los vínculos políticos que unían a Cuba con el estado español.

Los principios sustentados por Saco y el sentimiento patriótico —nacionalista, diríase en la actualidad— que inspiraba toda su obra, lo llevaban a colocarse frente a frente del peninsular, que afirmaba un derecho imprescriptible, de soberanía de España sobre Cuba, potestad de la metrópoli sobre la colonia que era criminal desconocer; y que, además, negaba la pretendida existencia de una nacionalidad cubana con derechos privativos y propios. La forma vigorosa, agresiva a veces, altiva siempre, y desdenosa en no pocas ocasiones, con cierta ostentación de superioridad intelectual, que campeaba en los escritos de Saco, lo convertía en el adalid de la causa cubana, ídolo admirado de sus amigos y de la juventud. Al propio tiempo, y por la misma razón, Saco hería e irritaba el sentimiento español y provocaba las enérgicas reacciones de éste. De esta manera, aunque proclamaba ser un escritor respetuoso “amigo del orden” —pseudónimo que usó a veces— y de espíritu conservador, que condenaba las revoluciones y el separatismo político, sea cual fuera la tendencia de éste, Saco resultaba ser, en la práctica y en el fondo de las cosas, un agitador temible. Exaltaba y ponía en vibración el sentimiento cubano, para colocarlo en actitud polémica y combativa frente al sentimiento español, aparte de defender intereses económicos y políticos de Cuba opuestos a las pretensiones de los peninsulares que se jactaban de representar la causa de España en la Isla.

La primera gran controversia pública de Saco, en la cual se puso de manifiesto el carácter peculiar de su obra y las implicaciones políticas de la misma, se produjo a fines de 1829 y principios de 1830, con Ramón de la Sagra. Peninsular oriundo de Galicia, Sagra había sido llamado a Cuba en 1823 para asumir la dirección del Jardín Botánico y de la Cátedra de la misma ciencia establecida en dicho jardín. Joven capaz, con un exagerado concepto de su talento y de su saber, ambicioso de renombre e indudablemente asiduo en el trabajo, Sagra no tardó en significarse por su variada labor intelectual, extendida a demasiados ramos para poder llegar a ser verdaderamente profunda. Martínez de Pinillos, una de las personas que contribuyó, a virtud de sus planes de

fomentar las ciencias aplicadas a la agricultura y a la industria, al empleo de Sagra en Cuba, le facilitó amplios medios, tanto para realizar los diversos trabajos de investigación a que Sagra hubo de consagrarse, como para comenzar la publicación de unos *Anales de ciencias, artes, agricultura y comercio* redactados por el mismo Sagra. El comerciante peninsular, resentido por la pretendida superioridad intelectual del "hijo del país", no tardó en sentirse orgulloso de su conterráneo cuya capacidad intelectual y reputación científica lo ponían a un nivel igual o superior al de los más distinguidos criollos, de manera que Sagra vino a convertirse, en este orden, en un paladín de la ciencia y el talento españoles. Unas *Observaciones meteorológicas de la Habana*, publicadas por Sagra en 1827, lastimaron ya la susceptibilidad de los criollos de la clase culta, empezando por Saco, quien estimó que Sagra desconocía maliciosamente toda la labor científica realizada en Cuba con anterioridad. Ninguna manifestación pública de desagrado se produjo en dicha ocasión, pero Saco y sus amigos quedaron mal dispuestos hacia Sagra.

El poeta Heredia, en el apogeo de su producción literaria y patriótica, se hallaba en la emigración desde 1823. Sufría las penalidades de un desterrado sin fortuna en países extraños, atormentado por la nostalgia de la tierra nativa, objeto a distancia de la admiración respetuosa de sus compatriotas. Varela, refugiado también en los Estados Unidos en 1823, víctima injusta de la persecución absolutista, amado y venerado en Cuba, publicaba con Saco el *Mensajero Semanal*, periódico que circulaba sin dificultad en la Isla y en el cual reproducían a veces algunas de las poesías de Heredia desprovistas de carácter político. Varios juicios críticos de Alberto Lista y de otros emigrados liberales españoles, residentes en Londres, favorables todos a Heredia, también fueron reproducidos en el *Mensajero Semanal*, a mediados de 1829. La circulación en la Isla de estos elogios al vate proscripto, autor de la *Oda a Emilia*, del *Himno del Desterrado* y de otras composiciones similares, mal vista por muchos peninsulares, impulsó a Sagra a escribir en los *Anales* censuras muy severas de la producción poética de Heredia. Ajeno a la labor científica de Sagra, el escrito de éste provocó un suelto en defensa de Heredia, en el número siguiente del *Mensajero Semanal*. Replicó Sagra en los *Anales* con una carta insultante para Varela y para Saco, en la cual, además de persistir en sus censuras a Heredia, hizo varias alusiones políticas que ponían al descubierto la verdadera causa de la polémica. Extendida la agresión contra Heredia a Varela, objeto de general veneración de la sociedad cubana, Saco, "con la sangre encendida", según sus propias palabras, lanzó en el *Mensajero Semanal* de 26 de agosto (1829) un duro suelto contra Sagra, que servía sólo de

anuncio de otro ataque a fondo en un número próximo. La expectación fué muy grande, porque claramente se comprendió que el oculto sentimiento hostil entre criollos y peninsulares se manifestaba en una nueva forma, y en un nuevo campo. Saco publicó su respuesta a Sagra; contestó éste en un folleto, y Saco lanzó una *Impugnación* más severa que todos sus escritos anteriores. La autoridad tomó cartas en el asunto a favor de Sagra; la circulación de los escritos de Saco fué prohibida en la Isla, y Martínez de Pinillos ordenó que fuesen detenidos en la aduana. Saco, durante toda la polémica, evitó cuidadosamente caer en un lazo que imputaba a Sagra haberle tendido con las alusiones políticas. Abstúvose, a ese fin, de hacer la más leve referencia a asuntos de dicha naturaleza, pero la cuestión política estaba latente en el fondo de toda la controversia, la cual, con el carácter de un encuentro personal entre Saco y Sagra, fué un choque entre criollos y peninsulares. La consecuencia más trascendente de este episodio de rivalidad intelectual tuvo un sentido personal muy marcado. Martínez de Pinillos, protector de Sagra y patrocinador de los trabajos a cargo de éste, se sintió lastimado por la crítica de Saco, quien negó capacidad y preparación científica a Sagra, y proclamó la inutilidad y el fracaso de toda la labor encomendada al mismo. Entre Saco y Pinillos existió, a partir del incidente, un sentimiento de hostilidad recíproca, que se manifestó más adelante de parte de cada uno en muy diversas formas.

Mientras Saco adquiría con sus escritos polémicos una gran popularidad entre los criollos en quienes era más vivo el sentimiento cubano, concitaba en contra suya la mala disposición de los peninsulares, y se creaba un temible enemigo personal en Martínez de Pinillos, otros trabajos suyos de la misma época reafirmaban su condición de vocero de las grandes aspiraciones de la opinión liberal cubana. Fueron éstos, en orden cronológico, su célebre *Memoria sobre la vagancia en la Isla de Cuba*, escrita en 1830, premiada por la Sociedad Económica en diciembre de 1831 y publicada en abril de 1832, y su *Análisis de una obra sobre el Brasil*, publicado también en 1832 en el número 7 de la *Revista Bimestre Cubana*. En la *Memoria*, Saco expresaba una opinión opuesta al optimismo oficial fundado en la creciente riqueza de la Isla, trazaba un cuadro sombrío de las viciosas costumbres de la época, imputaba al gobierno una grave responsabilidad por su indiferencia y tolerancia en la materia, y declaraba que no podía llamarse opulento ni feliz a un pueblo donde muchos de sus habitantes eran víctimas de las enfermedades morales. Acusábase a Vives privadamente, por algunas personas, de que usaba la tolerancia en el juego y de otros vicios sociales como una válvula de seguridad, con la cual distraía la atención del

público de las cuestiones políticas y apartaba a mucha gente de la idea de conspirar y de tomar parte en revoluciones. No faltaban tampoco quienes censurasen en secreto también al mismo capitán general de algo más grave aun, afirmando que empleaba la mencionada tolerancia como instrumento de una política maquiavélica, destinada a corromper la sociedad cubana, al objeto de hacer más fácil la conservación de la soberanía española en la Isla. No hay, en rigor, evidencias históricas que prueben la existencia de un propósito tan siniestro en el ánimo de Vives ni en el de Ricafort, contra quien también se ha lanzado la misma acusación. La tolerancia de ambos fué general, como se ha dicho en otra parte, extendida a los más enérgicos escritos en que se combatían los vicios reinantes, como fué la misma *Memoria* de Saco. La Sociedad Económica quiso hacerle ciertas modificaciones antes de publicarla; en cambio, Vives la autorizó sin reparo alguno. Saco mismo parece no haber participado de tal opinión contra Vives en la fecha en que compuso su trabajo; pero la *Memoria*, aun interpretándola al pie de la letra, constituía una crítica acerba del régimen colonial, puesto que dejaba al descubierto enormes faltas y responsabilidades de los gobiernos de la metrópoli y de Cuba. Mientras no se realizara una reforma moral profunda en la sociedad, en cuya obra el gobierno estaba obligado a tomar una parte activa, Cuba no podría subir al rango a que la llamaban sus destinos; tal era la tesis de Saco. Los campos se cubrirían de espigas y de flores, hermosas naves arribarían a los puertos, una sombra de gloria y de fortuna recorrería las ciudades; pero a los ojos del observador imparcial, la Isla no presentaría sino la triste imagen de un hombre que, envuelto en rico manto, oculta las profundas llagas que devoran sus entrañas. Un régimen debe juzgarse por sus resultados. Los defensores del que España mantenía en Cuba, citaban la riqueza de la Isla como una prueba de la bondad y de la sabiduría del mismo. Saco, de un solo tajo, demostraba la inconsistencia de tal argumento, poniendo al desnudo las funestas consecuencias del sistema en lo social, lo educativo y lo político. La plutocracia y la burocracia peninsulares consideraron a Saco un peligroso enemigo. El sentimiento español sintióse también lastimado y se irritó contra quien negaba los méritos de la obra de España en Cuba. La *Memoria* tuvo, como los demás trabajos de Saco, un indudable alcance político, puesto de manifiesto en los ataques que el *Diario de la Habana* dirigió a Saco algún tiempo más tarde.

De mayor trascendencia aun fué el *Análisis de una obra sobre el Brasil*, publicado casi inmediatamente después de la *Memoria sobre la vagancia*. En el curso de su estudio, Saco estableció frecuentes comparaciones entre el Brasil y Cuba, las cuales pusieron de manifiesto la

situación inferior de la Isla en cuanto a la instrucción y a otros ramos fundamentales; pero sobre todo abordó a fondo, al comentar la cuestión de la esclavitud en el Brasil, el grave problema de la introducción clandestina de esclavos en Cuba, asunto que hasta entonces nadie se había arriesgado a tratar públicamente. Su estudio de una cuestión de tanta magnitud, en el cual estaban envueltos tan enormes intereses, fué completo y decisivo. El escritor se refirió sin rebozo a las continuas introducciones de esclavos bozales que habían convertido en letra muerta el Tratado con la Gran Bretaña; dió las cifras de los millares y millares de africanos que se habían introducido, y afirmó que continuaban introduciéndose, a ciencia y paciencia de las autoridades. Estudió comparativamente la población de las Antillas, al objeto de señalar los graves peligros que representaban para la paz y la seguridad de Cuba los centenares de miles de africanos antillanos, los millares que en Cuba existían ya y los millares que continuaban introduciéndose. Al aludir al problema de los emancipados, calificó de apatía criminal la pasividad de los funcionarios responsables. El horrendo tráfico de carne humana, estampó en su escrito, proseguía a despecho de las leyes; hombres que querían usurpar el título de patriotas, cuando en realidad no eran más que parricidas, inundaban la Isla de víctimas encadenadas. Para resolver el problema de los brazos en los ingenios, asunto fundamental para los hacendados, Saco ofreció en el *Análisis* diversos ensayos de trabajo libre, en consideración al hecho de que la población blanca aumentaba sin cesar. Finalmente, el *Análisis* contenía una denuncia contra la conspiración del silencio que se hacía en torno a un asunto de tan vital importancia para la patria; por la salvación de la cual debían hacerse los mayores sacrificios.

La fuerte impresión que produjo el ataque al tráfico ilícito de esclavos no se había desvanecido todavía, cuando Saco abordó otra cuestión de extraordinaria gravedad, llamada a provocar una nueva polémica con Sagra, y a convertir en odio la enemistad de Pinillos. Después de una desastrosa epidemia de cólera morbo que azotó la Habana en los primeros meses de 1833, Saco publicó en la *Revista Bimestre Cubana* un extenso estudio sobre la terrible enfermedad. Ofreció datos estadísticos muy completos sobre los grandes estragos de la epidemia en la Habana, recomendó medidas cuarentenarias rigurosas para evitar nuevas invasiones y atribuyó la invasión del cólera al hecho de haber sido suspendida en el mes de febrero la cuarentena que había venido imponiéndose a los barcos norteamericanos. Las autoridades sanitarias, al ordenar la suspensión, habían procedido a instancias de Martínez de Pinillos, deseoso de evitar el daño que la citada cuarentena ocasionaba al

comercio. La imputación de una responsabilidad tan grave, dado que el número de los muertos se elevó a muchos millares, causó profundo disgusto a Pinillos. Sagra, en el diario semioficial *Noticioso y Lucero de la Habana*, tomó a su cargo la defensa del jefe de la Hacienda. Rebatíó la tesis de Saco sobre la importancia decisiva de las cuarentenas en una enfermedad cuya causa era desconocida y citó cifras estadísticas destinadas a probar que Saco había exagerado los daños de la epidemia. Dos días más tarde, Saco replicó con su habitual energía, desmenuzando con gran acopio de datos unas *Tablas Necrológicas* publicadas por Sagra, cuyos errores puso de manifiesto. El juicio de la opinión fué decisivo a favor de Saco; pero, según escribió pocos meses después José de la Luz Caballero, después del asunto de las cuarentenas ya no hubo perdón para el escritor.

Paralelamente a las actividades de publicista de Saco, se sucedían otros hechos encaminados también a producir una gran crisis política en la Isla. En 1829, un grupo de jóvenes literatos, miembros de la Sociedad Económica, concibió el proyecto de crear dentro de la misma una sección dedicada exclusivamente al estudio de las bellas letras. La directiva no accedió a la creación solicitada, pero autorizó la organización de una "Comisión permanente de literatura", agregada a la Sección de Educación. Instalada a principios de 1830, inició sus labores literarias, la más importante de las cuales fué la publicación de la *Revista Bimestre Cubana*, cuya dirección se confió a Saco en 1832.

La caída de Calomarde en octubre del mismo año, la muerte de Fernando VII en septiembre del siguiente y la adopción por la reina regente María Cristina de una política de cierto matiz liberal, abrieron un nuevo período en la historia de España. En Cuba, la proclamación de Isabel II, se celebró con gran entusiasmo, a pesar de que estaban recientes los estragos del cólera. En el fondo del regocijo popular podía discernirse claramente que se festejaba tanto o más que el advenimiento de Isabel el fin del absolutismo, presagio de días más halagüeños para los amantes de las ideas liberales. Los miembros de la "Comisión permanente de literatura", en el optimismo del momento, pensaron activar y extender sus trabajos con la fundación de una "Academia o instituto habanero de literatura", no sujeto al espíritu conservador de la Sociedad Económica. A ese efecto, dirigieron una exposición a la reina gobernadora con el ruego de que autorizase la creación de la Academia mencionada. Dentro del plan general de atraerse los elementos cultos de la nación, el ministro Zea Bermúdez acogió la petición con agrado y puso a la firma de la reina una resolución favorable, en 25 de diciembre de 1833. Comunicada la Real Orden a los peticionarios y a la So-

ciudad Económica, por el ministro de Fomento, aquéllos dieron por disuelta la "Comisión permanente" y se constituyeron en "Academia Cubana de Literatura" en 6 de marzo de 1834.

La mayor libertad e independencia a que aspiraban los escritores cubanos —ventajas que parecían quedarles aseguradas bajo el patronato real por la nueva Academia— alarmaron a los negreros, a la alta burocracia colonial, a los peninsulares hostiles a los criollos y a todas aquellas personas que tenían ser fustigadas por Saco y demás miembros del grupo a cuyo frente se hallaba éste. Juan Bernardo O'Gavan, director de la Sociedad Patriótica, y Antonio Zambrana, secretario de la misma, por otra parte, se sintieron mortificados en su amor propio por la constitución independiente de la Academia y se propusieron destruirla. Inmediatamente abrieron con tal propósito una serie de insidiosos ataques en el *Diario de la Habana* contra la nueva institución, a la vez que los directores de la Sociedad Económica se negaban a reconocer la validez de la Academia, con el pretexto de que el gobierno supremo debía resolver previamente varias cuestiones de forma que hubieron de plantear. Además, solicitaron del capitán general que no permitiese, mientras tanto, la labor de los académicos.

En un escrito leído en junta de la Sociedad Económica y publicado después en el *Diario de la Habana*, O'Gavan dejó traslucir algunos de los móviles que impulsaban a los enemigos de la Academia. Los académicos, decía, consideraban que él, O'Gavan, por su condición de eclesiástico, pertenecía a una corporación, la iglesia, "poco adicta a la cultura, a la propagación de las buenas letras y a las instituciones nobles que las protegen". La Sociedad Económica, agregaba, había adoptado al principio una actitud condescendiente en el asunto de la creación de la Academia "por consideraciones políticas"; después, había extendido sus reflexiones hasta "pensar y calcular la influencia que pudiera tener dicho negocio, directa o indirectamente, en el orden político". Interesado a favor de la Sociedad Económica y deseoso de imponer silencio a los jóvenes escritores, el gobernador Ricafort dictó la orden de que no se publicase nada en los periódicos sobre el asunto mientras no se recibiese la resolución del ministerio.

Con la publicación del escrito de O'Gavan en el periódico oficial y la orden de Ricafort, los académicos dieron por perdida su causa. No se resignaron, sin embargo, al silencio que se les imponía. Saco, el primer polemista del grupo, preparó un folleto, *Justa defensa de la Academia Cubana de Literatura*; lo hizo imprimir en secreto en Matanzas, con el pie de imprenta de Nueva Orleans, y lo distribuyó profusamente.

La prohibición de Ricafort se había dirigido sólo a los periódicos, de manera que Saco, legalmente, no incurría en falta ni en desobediencia de la orden del capitán general. En su vibrante escrito, Saco deshizo los argumentos que se habían esgrimido contra la Academia; fustigó fuertemente, aunque en forma respetuosa, a O'Gavan; negó el supuesto ataque a la Iglesia y recogió audazmente el guante relativo a la política. "Ni es la religión —dijo— la única arma formidable de que se han valido para asesinar a los académicos. Vibran también contra ellos el rayo de la política, pero de una política oscura a la que con énfasis malicioso se alude siempre que los perversos quieren desbaratar los planes de los buenos. Se habla de la influencia que la Academia puede tener directa o indirectamente en el orden político; y en verdad que la tiene de ambos modos, pues procediendo los males que afligen a la nación del largo reinado de la ignorancia, claro es que todas las instituciones que contribuyan a disipar las tinieblas y a esparcir la ilustración, deben ser de alta trascendencia política." Acto seguido, como la acusación de orden político que se lanzaba esbozadamente contra la Academia era la de ser "independiente" o separatista, Saco hizo constar que el verdadero iniciador de la idea de la Academia había sido el español peninsular Licenciado Blas Osés.

Vencidos en el terreno de la opinión, los adversarios buscaron amparo en las medidas de represión. El folleto de Saco se lanzó a la circulación en los primeros días de julio, 1834. Un mes antes, designado por el nuevo ministerio de Martínez de la Rosa, había tomado posesión de la Capitanía General de Cuba el teniente general Miguel Tacón. A esta autoridad acudieron los enemigos de Saco para tomar venganza contra éste. Tacón, decidido a poner en práctica una política de represión y de hostilidad a los cubanos que le había encomendado el ministerio, atendió a los acusadores y sin más trámites ni oír al acusado, dictó una orden de destierro contra Saco para la villa de Trinidad, el 17 de julio de 1834. La fecha es importante, porque fijó el término de la larga política de tolerancia de Vives y de Ricafort, e inició el largo período del imperio de las facultades omnímodas.

El juicio de los contemporáneos, envueltos en las apasionadas luchas del momento, no siempre es certero en la apreciación de los hechos que ellos mismos promueven o de los cuales son testigos. El propio Saco, al juzgar los motivos de su deportación, la atribuye a tres causas principales, todas de carácter personal. La primera, a su juicio, fué cierta credulidad respecto de las denuncias y calumnias lanzadas contra él, de parte de Tacón; la segunda, al deseo de Tacón de complacer al Intendente de Hacienda, Martínez de Pinillos, a quien Saco considera el ver-

dadero inspirador de la medida; la tercera, al propósito de Tacón de ganarse la buena voluntad de O'Gavan, cuya elección para el Estamento de Procuradores, creado por el Estatuto Real, se consideraba asegurada en aquellos momentos. Esta interpretación coloca en primer plano cuestiones personales que, aunque importantes, no fueron las decisivas. Saco se había captado, por razones puramente políticas, la enemistad de Sagra, Joaquín Gómez, O'Gavan y otras figuras salientes del grupo o partido peninsular, quienes invariablemente lo acusaban de separatista, enemigo de la soberanía española, como medio de concitar contra el escritor el odio de los peninsulares y la prevención de la autoridad. Saco trató de eludir el peligroso terreno de la política y se previno contra la acusación de independiente, pero él mismo no pudo dejar de reconocer, como lo proclamó en su *Justa defensa de la Academia*, la trascendencia política de toda su obra. Saco era el campeón y el vocero de aspiraciones profundas y generales de la parte más ilustrada y de espíritu más liberal de la sociedad criolla, grupo en el que era más vivo el sentimiento local cubano y más honda y militante la aspiración a un régimen de mayor autonomía y justicia para Cuba. Los peninsulares que se ceían amenazados por las tendencias colectivas que hallaban expresión en los escritos de Saco, podían odiar personalmente a éste, pero odiaban más aun las ideas difundidas por dichos escritos. Tacón fué sincero cuando expresó personalmente a Saco que la orden de destierro se debía al hecho de gozar el escritor de "muchu influencia sobre la juventud habanera". Esta fué la causa real de la proscripción. Más tarde o más temprano habría tenido que producirse, porque la obra de Saco era incompatible con el sistema colonial. La orden de destierro fué un episodio de la lucha entre el peninsular empeñado en imponer su autoridad de señor, y el criollo, decidido a defender los derechos de Cuba.

Los amigos de Saco trataron de inducir al escritor a que hiciese una representación al capitán general. Dominados por la idea de que se trataba de una cuestión personal, pensaban que Tacón, sin interés propio en el asunto, podría rectificar. Saco lo consideró inútil. Pudo lograrse, sin embargo, que firmase un escrito, cuya redacción se confió a José de la Luz, encargado, asimismo, de ponerlo en manos de la primera autoridad de la Isla. El alegato de Luz y Caballero, el más vehemente, quizás, que salió de su pluma, comprendió tres partes. En la primera, Luz y Caballero justificó la defensa de la Academia, causa aparente e inmediata de la deportación. En la segunda, explicó la posición política de Saco y las causas reales de la animosidad de los ene-

migos del escritor. En la tercera, la más importante, previno a Tacón de las graves consecuencias de la política de represión y arbitrariedad en que inspiraba la orden de destierro.

Saco, afirmó Luz y Caballero en la segunda parte de su escrito, "era liberal porque forzosamente tenía que serlo todo joven ilustrado de la época". El liberalismo de Saco, agregó Luz y Caballero, nunca había sido sinónimo sino de ilustración. Saco había tenido oportunidad de pronunciarse a favor de la independencia. Jamás lo había hecho. Era independiente en sus ideas y sus principios, pero no el sentido político de enemigo del dominio español, como querían presentarlo sus enemigos. Independiente porque "no había nada que lo arredrara cuando gritaba la voz de la patria", proclamó Luz y Caballero, frente a Tacón, como expresión de la firmeza con que el grupo criollo estaba dispuesto a luchar por sus ideales. La causa de la hostilidad no era la cuestión de la independencia, mero pretexto de mala ley, sino la obra crítica y constructiva de Saco, a la cual Luz y Caballero pasó rápidamente concisa revista. En esa obra, Saco estaba decidido a perseverar; de nada tenía que arrepentirse tocante a la misma. Al pasar al tercer punto de su escrito, Luz y Caballero, con gran vehemencia, puso de manifiesto la contradicción irreductible entre las aspiraciones liberales cubanas y el régimen colonial absolutista. La pena que se le impusiese a Saco, por leve que fuese, no debía ser dictada sino "en juicio contradictorio". Debía acudir a la arena de los tribunales, donde la ley regía por igual para todos. "Los trámites, los trámites" —reclamó Luz y Caballero—. "Yo invoco una y mil veces la protección augusta de las leyes; las formalidades prescritas, esas divinidades tutelares de la hacienda, la paz, el honor y la vida. Persígase, persígase; júzguese, júzguese, condénese; pero sea con arreglo a las fórmulas sacrosantas que prescriben las leyes". El castigo, advirtió Luz y Caballero, sería contraproducente para hacer desaparecer la influencia de Saco entre la juventud. Tacón dispensaba al desterrado "los honores y el prestigio de la persecución". Lejos de calmarse los ánimos, se estremecerían por una conmoción eléctrica. Los amigos de Saco se solidarizarían con el perseguido y lo sostendrían en el infortunio. La memoria del proscrito estaría presente siempre en el pensamiento de todos.

El país, sin embargo —consignó Luz y Caballero, contradiciéndose a sí mismo— no habrá de conmoverse. "Nadie era capaz de sublevar a los cubanos", amargas palabras de Luz y Caballero, en las cuales dejó al descubierto el fondo pesimista de sus ideas respecto del carácter moral del criollo y de la sociedad de su tiempo.

Con una ingenuidad de verdadero educador, Luz expuso a Tacón las causas de la pasividad en que se mantendrían los criollos. Una gran parte de la población, poderosa por sus recursos, se componía de peninsulares que contaban con el gobierno y la tropa a su disposición. Había "un sinnúmero de cubanos ricos que no se moverían por nada de este mundo". Otros, aunque menos egoístas, no se moverían, tanto por ser pocos y desunidos, como por no ser "el empeño ni la obstinación las dotes que más distinguen a estos isleños". "¿Quién no tiembla, además—explicó al capitán general—, al contemplar el enjambre de africanos de que todos nos hallamos cercados?" En la independencia, por todas las razones indicadas, no había que pensar. "Los miserables abortos de independencia" que se habían dado a luz en Cuba so merecían sino "el desprecio por su insignificancia y el lamento por sus víctimas". La opinión por la independencia se había desacreditado aún entre los más ilusos. Era "un negocio pasado enteramente en autoridad de cosa juzgada", sobre todo "a vista del lastimoso estado de oscilación y de desorden que presentaban las nuevas repúblicas continentales". La paz y el equilibrio se mantenían en Cuba por su propia virtud. "Si arrojaran en medio del pueblo cubano el mismo genio de las revoluciones, caería muerto de consunción, faltándole absolutamente en qué cebarse. Dolencias morales y civiles más bien que políticas eran las que aquejaban a Cuba."

Luz y Caballero fué candorosamente ingenuo al descubrir ante Tacón el enervante pesimismo del liberalismo criollo y revelarle la miseria moral de la impotencia cubana, tal como la apreciaban él y sus amigos, causa secreta de la política que adoptaron y siguieron durante toda su vida. Pero el moralista que había en Luz y Caballero derivó de los hechos expuestos una conclusión que lanzó al rostro del omnipotente capitán general. La política de represión y castigo no era necesaria para mantener la soberanía de España en la Isla. No eran, pues, razones políticas relacionadas con la defensa del Estado y la conservación de la soberanía española, las que determinaban la proscripción de Saco. Este era víctima "de enemigos poderosos que mangoneaban la cosa pública en la Isla". Al imponerle una pena de destierro al escritor, Tacón no era más que "un mero instrumento de la venganza y del encono". El pesimismo de Luz y Caballero respecto de sus compatriotas era muy grande, pero el sentimiento de la justicia tenía raíces en su alma más profundas aun. La justicia no podía ultrajarse sin riesgo. El capitán general debía meditar el paso definitivo que iba a dar. "Evite V. E. sobre todo—le previno Luz y Caballero—que el pueblo entero establezca una terrible comparación entre lo que pasa actualmente en la

península y lo que en tal caso pasaría entre nosotros. Allí en la actualidad se abren las puertas de par en par a todos los hijos de España, echando un denso velo sobre lo pasado, y si alguno tiene el infortunio de delinquir después de vuelto a incorporar en la gran familia nacional, entonces se le aplica la ley: he aquí el lema con que nos defiende la madre universal de los españoles. Nunca brillará más refulgente la justicia de V. E., la justicia, madre de la concordia y del poder, como cuando sus hijos de ambos mundos se convenzan por vuestros claros hechos de que son una misma las instituciones que rigen a España y a Cuba."

El 23 de julio de 1834, Luz y Caballero puso en manos de Tacón este elocuente alegato, aprobado por sus amigos y firmado por Saco. Cinco días se tomó Tacón en meditar la respuesta, al cabo de los cuales Luz y Caballero oyó estas palabras del capitán general: *que el señor Saco vaya a su destino.*

Con Saco fueron también Cuba y España durante todo el resto del siglo a un destino terriblemente trágico. Cuba quedó despojada de su condición de provincia española para ser sometida a un oprobioso vasallaje. España tuvo que imponer su ley por la violencia, entre ruinas, revoluciones y desastres. El duro golpe político lo recibía la población criolla en un momento de graves preocupaciones económicas. La industria cafetalera entraba en un período de crecientes dificultades a las cuales no habría de sobrevivir, mientras que los problemas de la esclavitud y de la reducción de los costos de producción causaban gravísimas aprehensiones a los hacendados. En Cuba se creó de 1790 a 1834 una comunidad de enorme riqueza, con una numerosa clase terrateniente, dedicada a la explotación de la agricultura. Entre los miembros de la misma se contaban hombres de positiva capacidad y dotes de gobierno, como Arango y Pinillos, y en la generación nacida a partir de 1800 brillaban jóvenes del talento de Saco, Luz y Caballero, Escobedo, Varela, Heredia y Poey. Los cimientos de la comunidad, no obstante, reposaban en bases endebles y falsas. Por un lado, la esclavitud; por otro, una industria agrícola comercializada de tipo puramente colonial. El ingenio y el cafetal, los dos pilares de la riqueza, dependían del contrabando de africanos y estaba a merced del mercado extranjero. En 1834, en Cuba no existían libertad política, ni civil, ni seguridad económica. Y, no obstante, los cubanos querían ser libres y vivir.

FUENTES

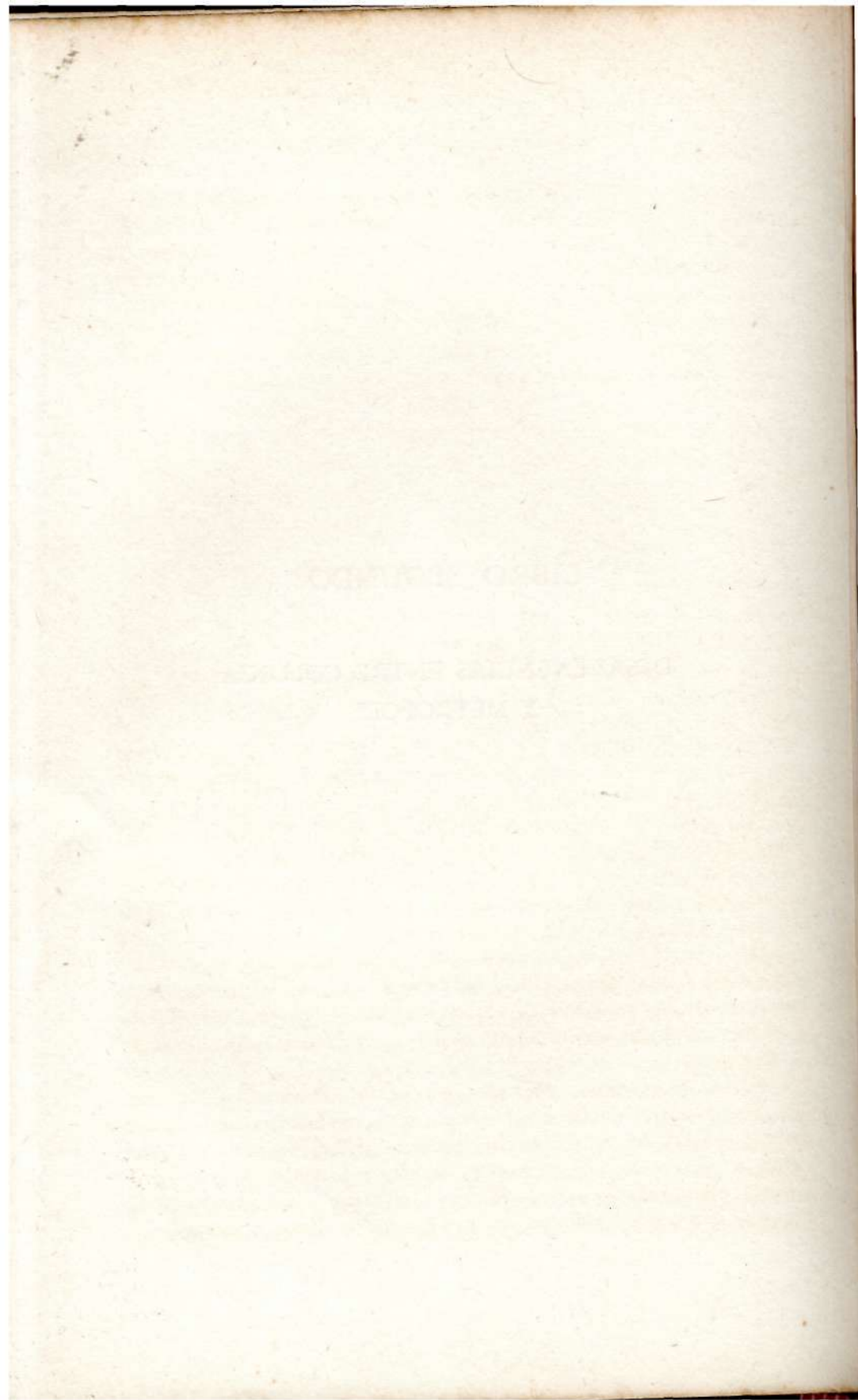
- ARANGO Y PARREÑO, FRANCISCO. *Obras*. Tomos I y II.
- CARBONELL Y RIVERO, NÉSTOR. *Los protomártires de la independencia de Cuba*. La Habana, 1926. (Academia de la Historia de Cuba.)
- DEPARTMENT OF STATE ARCHIVES. CORRESPONDENCE CONSULAR. Vol. 2. Havana, January 11, 1808 to September 12, 1812. Washington, D. C.
- GARRIGÓ ROQUE, E. *Historia documentada de la conspiración de los Soles y Rayos de Bolívar*. La Habana, 1929. (Academia de la Historia de Cuba.)
- GUERRA Y SÁNCHEZ, RAMIRO. *La expansión territorial de los Estados Unidos*.
— *Manual de Historia de Cuba* (Económica, Social y Política). La Habana, 1938, t. I.
- GUTIERAS, PEDRO J. *Historia de la Isla de Cuba*. Nueva York, 1865-1866. Tomos I y II.
- HEREDIA, JOSÉ MARÍA. *Poesías Líricas*.
- HUMBOLDT, ALEJANDRO DE. *Ensayo político sobre la Isla de Cuba*. Tomos I y II.
- LLAVERÍAS, JOAQUÍN. *Historia de la prensa periódica*.
- MORALES Y MORALES, VIDAL. *Iniciadores y primeros mártires de la revolución cubana*. La Habana, 1901.
- NICHOLS, ROY F. *William Sbalor*.
- PÉREZ, LUIS MARINO. *Ideas políticas de José Antonio Saco*.
- PEZUELA, JACOBO DE LA. *Historia de la Isla de Cuba*. Madrid, 1868, t. III.
- RODRÍGUEZ, JOSÉ IGNACIO. *Vida del presbítero don Félix Varela*.
- SACO, JOSÉ ANTONIO. *Colección de papeles póstumos*. (Para la historia de la enseñanza.)
— *Colección de papeles sobre Cuba*. Tomo I.
- SAGRA, RAMÓN DE LA. *Historia económico-política y estadística de la Isla de Cuba*. La Habana, 1831.
- TRELLES Y GOVÍN, CARLOS M. *Un precursor de la independencia de Cuba: D. José Álvarez de Toledo*. La Habana, 1926. (Academia de la Historia de Cuba.)
- VALDÉS DOMÍNGUEZ, EUSEBIO. *Los antiguos diputados cubanos y apuntes para la historia constitucional de esta isla*. La Habana, 1879.
- ZARAGOZA, JUSTO. *Las insurrecciones en Cuba*.

LIBRO SEGUNDO

DESAVENENCIAS ENTRE COLONIA
Y METROPOLI

LIBRO SEGUNDO

DESAVENENCIAS ENTRE COLONIA
Y METROPOLI



CAPÍTULO I

DISCORDIAS ENTRE ESPAÑOLES Y CRIOLLOS

LAS discordias entre cubanos y españoles, originadas en el recelo, y aun la prevención, con que los primeros observaban la conducta de autoridades más atentas al incremento de sus respectivos patrimonios que al bienestar del pueblo y a la prosperidad del país encomendados a su gobierno, datan de los inicios de la colonización de la Isla. Mas, a pesar de lo relativamente reducido de las tropas que guardaban las villas y ciudades de mayor importancia y de lo difícil que hubiera sido trasladar aquéllas, en caso de disturbios públicos, a través de extensos territorios apenas poblados y carentes casi en lo absoluto de vías de comunicación, tales desavenencias jamás llegaron a manifestarse, de modo general, en forma violenta, ni tampoco dieron ocasión a proyectos separatistas hasta el siglo XIX.

Fuera de los débiles y aislados brotes de rebeldía realizados por los indígenas contra la barbarie de los conquistadores durante la primera mitad del siglo XVI, y los justificados temores originados por las depredaciones de piratas, corsarios y bucaneros en esos y posteriores tiempos, y los incidentes motivados por la represión del contrabando en distintos lugares, y las sediciones de los vegueros en La Habana, y la inquietud frecuentemente provocada por las guerras sostenidas por España con otras naciones europeas, y el sitio y toma de la capital por los británicos, y alguno que otro conflicto de índole puramente local y escasa trascendencia, ninguna manifestación de carácter político, reflejo de las citadas discordias, vino a perturbar la tranquilidad pública en el transcurso de las tres primeras centurias de la dominación hispana en Cuba.

No era de extrañar, sin embargo, que tal sucediera, puesto que otro tanto ocurría en los demás países de América. Las conmociones derivadas del ideal independentista todavía no habían hecho su aparición en tierras del Nuevo Mundo, donde, a partir de los acontecimientos promovidos por la Revolución Norteamericana primero y la Francesa después, se iniciaron los trastornos que alteraron la normali-

dad de la existencia colectiva y culminaron en las distintas guerras que liberaban de sus opresores europeos a los estados del Hemisferio Occidental. Era, innegablemente, en los principios que inspiraron ambas revoluciones —que tan hondamente impresionaron al Mundo y de manera tan fundamental influyeron en la vida de la mayoría de las naciones— donde radicaba el génesis de los conflictos bélicos que desde el Cabo de Hornos hasta el virreinato de Nueva España promovían la independencia de los pueblos descubiertos por españoles y portugueses a fines del siglo xv y principios del xvi.

En Cuba las relaciones, ya poco cordiales, entre nativos y peninsulares se agravaron ostensiblemente a raíz de la ocupación de la ciudad de La Habana por los británicos en 1762, siendo causa del distanciamiento el desdén con que las autoridades de la Colonia miraron los esfuerzos realizados por los criollos durante la campaña que precedió a la capitulación de la capital de la Isla. "Ante el peligro del invasor —dice Ximeno—, el nativo se apresuró a la defensa con el ardor de quien ve amenazados vida, hogar, patrimonio y religión; mientras que los militares españoles se limitaron a entrar en una guerra más." Este despego aumentó conforme los hijos del país fueron dándose cuenta de que a la Metrópoli iban faltando medios para mantener a Cuba bajo su dominio. Empezaron entonces a definirse las dos grandes tendencias ideológicas que habrían de mantener dividida a la sociedad cubana durante la próxima centuria.

Cuando Francisco de Miranda, después de su estancia en Cuba, donde actuó como uno de los ayudantes del gobernador Juan Manuel Cagigal, escapó a los Estados Unidos de América, hablando cierto día en Filadelfia con el marqués de Barbé-Marbois, Encargado de Negocios de Francia en esa república, hubo de informarle que "en la América Española se efectuaría una revolución análoga a la de Nueva Inglaterra", ya bullía en su mente la idea de luchar por la independencia de las colonias hispánicas. Ignoramos si el nombre de Cuba fué o no mencionado en esa conversación, aunque si es conocido el hecho de que en la Isla el citado militar venezolano no había encontrado franca identificación entre criollos y peninsulares, "porque aquí, como en toda la América, no existía", pudiendo advertir, en cambio, la admiración y el extraordinario entusiasmo que George Wáshington y los angloamericanos habían despertado entre los cubanos.

Poco tiempo después Miranda, ya en Inglaterra, procuraba negociar una alianza con esta nación para dar cima a su proyecto de constituir un poderoso estado que abarcase en su seno "desde la desembocadura

del Misisipí hasta el Cabo de Hornos", y del cual formaría parte la isla de Cuba, "por ser el puerto de La Habana la llave del Golfo de México". Indudablemente, él tenía el convencimiento, adquirido durante su permanencia en La Habana, de que los cubanos no se opondrían a la realización del vasto proyecto por él concebido. De ahí que en una de las entrevistas —la verificada el 3 de agosto de 1791— con William Pitt, jefe del gabinete británico, entregase a éste, junto con el plan definitivo para conquistar la América española, los planos de las defensas de La Habana que obraban en su poder desde la época en que residió en ella sirviendo a las órdenes de Cagigal.

Las primeras manifestaciones de una política cubana surgieron como natural consecuencia de la obra emprendida por Francisco de Arango y Parreño, quien, a poco de recibirse de abogado en 1789 y no contando más de veinticuatro años de edad, gestionaba una serie de reformas tendientes al progreso material y moral de la Isla. Nadie como él llevó al convencimiento de sus conterráneos la seguridad de que en Cuba existían hombres suficientemente aptos para encargarse de la administración pública. Aun cuando la mayoría de los que así opinaban no se había nunca mostrado, de modo franco, inclinada a desligarse totalmente de España —cuyo poderío todavía la hacía ocupar destacado lugar entre las principales naciones del Orbe—, tampoco existía duda de que, llegado el momento, apoyaría gustosa la implantación de un gobierno autonómico.

Arango y Parreño, mediante oportunos y convincentes informes, había expuesto, después de someterlos a concienzudo estudio, los más importantes problemas económicos y sociales que afectaban a la Isla, señalando las deficiencias del régimen colonial a la par que las necesidades de la misma y sus posibles remedios. Las ventajas del comercio libre entre España y sus posesiones de Indias, autorizado en 1778 por Carlos III, habían proporcionado a Cuba una era de progreso, intensificada desde que Luis de las Casas y Aragorri se hizo cargo del supremo mando insular al comenzar la última década del siglo XVIII. La sublevación de los esclavos de Haití, que ocasionó la ruina de la riqueza agrícola de esa colonia francesa, se tradujo en extraordinarios beneficios para Cuba, que entonces pasó a ser el primer centro productor de azúcar del Mundo, motivando su desarrollo tanto el aumento de población como el de la riqueza y la cultura.

Fué durante el mando del capitán general Luis de las Casas cuando en Cuba ocurrieron las primeras perturbaciones del orden público que

intranquilizaron a las autoridades de la Colonia, no por la importancia que esos disturbios en sí entrañaban, sino más bien por las circunstancias y época en que se manifestaron. La insurrección acaudillada por Pierre Toussaint l'Ouverture en Haití, en 1791, señaló el inicio del fin de la dominación francesa en dicho lugar, motivando escenas de inaudito horror entre la población blanca que se vió precisada a abandonar cuanto poseía y a huir hacia el extranjero. Esta grave novedad fué observada con marcada atención en Cuba, adonde arribaron centenares de refugiados, que contaban, despavoridos, los dolorosos sucesos de que fueran obligados testigos y víctimas. El temor de que aquí se repitieran tan sangrientos hechos preocupó no sólo a los gobernantes, sino también a la población en general, sobre todo a los dueños de ingenios, haciendas y comercios, quienes apremiaban a aquéllos para que se diesen prisa en adoptar medidas encaminadas a refrenar cualesquiera intentos de revuelta entre los esclavos, únicos a quienes suponían capaces de acciones semejantes.

Las Casas, sagaz y manifiestamente tranquilo, procuraba que no surgiesen en el pueblo motivos de descontento. A este efecto, favoreció abiertamente cuantas disposiciones estimó que podían resultar beneficiosas tanto al adelanto del país como a la propagación de la cultura entre sus habitantes. Cooperó decisivamente a la publicación del *Papel Periódico*, primero de su clase impreso en la Isla, el que comenzó a aparecer en 1792. Inició las obras de la Casa de Beneficencia de La Habana, inaugurada el 8 de diciembre de 1794. Promovió y activó la creación de la Sociedad Patriótica de Amigos del País. Se esforzó porque sus gobernados, ricos y pobres, aunasen sus empeños en bien de la comunidad, para facilitar lo cual zanjó las dificultades financieras que se presentaron a la Colonia, mejorando las economías urbana y rural. No obstante todo esto, el temor siguió latente y nada logró evitar que se propagase y manifestara cada vez que en la capital o en cualquiera otra población del interior se producían hechos a los que la plebe, al igual que la gente acomodada, se obstinaba en atribuir cierta conexión con lo ocurrido en Haití.

Nada pintó de modo tan fiel la situación de la Isla como la carta enviada, con fecha 12 de noviembre de 1794, por Las Casas al conde de Campo Alange, ministro de la Guerra, misiva también reveladora de que hasta el propio Capitán General empezaba a sentirse hondamente preocupado por lo que venía ocurriendo en la ínsula bajo su mando. Al comienzo de dicho documento se lamentaba Las Casas de que en algunas ocasiones asuntos sin importancia solían, debido a las

particularidades que los rodeaban y por la aparente gravedad con que se presentaban, atraer sobre sí desusada atención. Tal era lo sucedido con los rumores propalados por La Habana en aquellos días referentes a "una conmoción popular, a cuya voz, por acre que sea, se presta asenso por las gentes noveleras de un pueblo grande", rumores que, hábilmente esparcidos por quienes tal vez estuviesen interesados en intimidar al Gobierno, hallaban fácil acogida en "las mujeres y sujetos débiles, atemorizados con las escenas de horror ocurridas en Francia y en la vecina colonia de la isla de Santo Domingo; con las noticias exageradas de una conjuración en el virreynato de Santa Fe, que vinieron en el último correo de aquel Reyno, y con otras semejantes que acaban de llegar del de Nueva España".

Tales novedades —agregaba Las Casas— contristaban los ánimos que, predispuestos al terror, daban fácilmente ocasión a sobresaltos. De ahí venía lo ocurrido en la capital unos días antes —el 20 de octubre—, cuando un joven esclavo, presa sin duda de un arrebato de insania, penetró en un colegio de niñas, donde, sin decir palabra, la emprendió a machetazos con cuantas se pusieron a su alcance, hiriendo a diez de ellas y, además, a un anciano que allí residía y a una hija de éste que salió en su defensa. La oportuna intervención del capitán retirado Nicolás Viamontes, que acertaba a pasar frente al plantel en esos momentos y que, al escuchar los ayes de las víctimas, entró en la casa, impidió que el agresor realizara mayores estragos, ya que de un sablazo logró desarmarlo, a tiempo que un mestizo, que también acudió al alboroto, descargó un golpe con un leño sobre la cabeza del esclavo, ocasionándole la muerte. Tres de las niñas heridas fallecieron, como asimismo el viejo. Este suceso, que, según pudo comprobarse, fué sólo obra de un hombre repentinamente enloquecido, y que no guardaba enlace alguno con "una revolución preparada, ni nadie se lo atribuía", fué bastante para que las vecinas de los alrededores prorrumpieran en enorme gritería, expresando que "se habían sublevado los negros", consternando a toda la barriada y motivando un cierre general de puertas, sin que nadie se atreviera a salir a la calle.

Pasados unos días, comparecieron ante Las Casas dos emigrados franceses, el brigadier de marina Carlos de la Rivere y un teniente de navío, denunciándole que un mulato, "esclavo muy fiel del Teniente", le había comunicado que un negro con quien estuvo hablando le dijo: "¿Te parece que nosotros no haremos lo mismo que los negros del Guárico?". Pero, por más que se procuró que el mulato señalase al autor de esas palabras, habiendo dispuesto el Capitán General que le fuera

ofrecida una gratificación, resultó imposible localizarlo. Igualmente llegó a oídos de Las Casas que una esclava, a la que se había castigado, exclamó: "¡Qué! ¿Todavía no escarmientan los blancos?". Conoció que un negro de la condesa viuda de Barreto, al sostener una riña con un compañero, amenazó "con hacer otra como la del negro del colegio". Y también supo que un individuo, supuesto contramayoral de un ingenio del marqués de Jústiz, aseguraba que en esa finca se habían presentado tres hombres manifestando a los que allí trabajaban que "para qué querían ser esclavos, que todos los hombres habían de ser libres". No obstante las pesquisas emprendidas, nadie acertó a dar con el propalador de esa frase, en aquellos momentos tan poco grata a los gobernantes. El desasosiego crecía de modo alarmante, porque, "desde el hecho atroz del negro en la Escuela de Niñas —afirmaba Las Casas—, a cuantos incidentes ocurren se les da una atribución de un levantamiento concertado".

En Cuba eran ya visibles los efectos de la propaganda revolucionaria que comenzaba a extenderse por América. Manifestábase el fermento de rebeldía no sólo en los esclavos, que eran quienes de modo más directo y doloroso sufrían las intolerancias y los abusos de sus amos, criollos y peninsulares, sino también entre otros elementos de la población, como lo mostraban los diversos casos que constantemente estaban llegando a conocimiento de las autoridades. Unas veces se trataba de falsas denuncias, inspiradas en sentimientos de venganza personal, tal como la hecha por Francisco Basave, "sugeto de buena familia, pero no de buenas costumbres", el que acusó a dos isleños de estar discutiendo en forma impertinente acerca de "la Potestad Real" y quien manifestó también haber sorprendido a un grupo de seis o siete hombres hablando de los rumores que corrían respecto de un levantamiento, a los que reconvinó por ello, siendo atacado a cintarazos.

Otras ocasiones esas noticias tenían su fundamento en sucesos a los que la opinión pública se obstinaba en dar significado que en realidad no tenían, pero que por esa misma razón eran reveladores de la inquietud y el malestar predominantes y, quizás, del deseo que muchos abrigan de que se produjesen. Bastó, por ejemplo, que entre los prisioneros franceses ocurrieran algunas disensiones leves para que inmediatamente se echara a volar la especie de que los mismos se habían amotinado contra la tropa que los custodiaba, extremo éste que se apresuró a desmentir el inspector Federico Wintenfeld, encargado de su vigilancia, asegurando se mantenían "quietos y bien ordenados", no ha-

biendo desertado ni uno de los quinientos que se trajeron a La Habana. Sin embargo, más adelante, cuando se conoció que en el Castillo del Príncipe, todavía en construcción y donde se hallaba el mayor número de aquéllos, algunas piezas de artillería habían sido dispuestas para abrir fuego, se dió pábulo a nuevas y alarmantes habladurías. Aunque el Capitán General explicó que había ordenado cargar dos cañones "con pólvora sola para que su estrépito llamase la atención a la señal de cohetes convenida para en caso de cualquier movimiento de los prisioneros", la mayoría de la gente siguió pensando que las verdaderas causas de esos preparativos eran otras muy distintas.

Nadie ignoraba que en los cafés y otros lugares de reunión de La Habana eran tópico de todas las conversaciones la marcha de los acontecimientos en Haití, los ejercicios que a diario ejecutaban las tropas de marina a bordo de sus respectivas embarcaciones —ejercicios de fusil con fuego, "que no han visto anteriormente estos habitantes"—, los alborotos ocurridos y la novedad de haberse cargado con bala varios cañones en cada navío. Llegó a tanto el sobresalto general que en la sesión celebrada por el Ayuntamiento el día 7 de noviembre de 1794, Las Casas, que la presidía, se creyó en el deber de encargar a los capitulares que se dedicasen a desvanecer los "vanos terrores del vecindario", manifestándoles que era "tan criminal en un vasallo el dejar de comunicarle cualquiera hecho o dicho sospechoso de que tuviere noticia como reprehensible el sostener conversaciones que alimentan los terrores infundados sin contribuir a remediarlos", a lo cual uno de los regidores le expuso que un vecino le había pedido que en el Cabildo se tratase de dichos rumores.

Las Casas entonces dijo al citado regidor que avisara a ese individuo para que le participase lo que supiere respecto del asunto. Aunque aquél no cumplió el encargo, el Capitán General lo llamó a su presencia, declarando dicho vecino "que los malditos franceses tenían revuelto el Mundo, y que había oído que también en esta ciudad había algunos franceses que venían en embarcaciones americanas y se quedaban con disimulo, que si el Gobernador lo supiera los arrojaría". Estrechado el denunciante para que precisara quiénes eran las personas que se encontraban en tal situación, manifestó que "no conocía ni sabía determinadamente de ninguna", habiéndose limitado a repetir lo que en todas partes se escuchaba. A estas ocurrencias, agregaba Las Casas, se unían otras de diferentes especies, las cuales en su totalidad eran interpretadas de idéntico modo, pero como indicios de que la paz pública corría riesgo de verse pronto alterada.

Podía ser o no ser cierto, como se rumoraba, que en La Habana se estuviese preparando una revuelta, ya por los esclavos, ya por otros individuos interesados en promover disturbios, con ignorados fines. Pero era innegable que el Gobierno, a pesar de la estudiada tranquilidad que en su actuación mostraba, adoptaba medidas que hacían sospechar que en el fondo de todo aquel incesante runrún algo había que lo tenía alarmado. La misma prontitud con que acudía a investigar cuantas noticias de semejante índole se daban a conocer tanto en público como en privado era señal inequívoca de su inquietud. A los componentes del batallón de Milicias, que estaba encargado del servicio de guarnición de la capital, se les pertrechó debidamente, alegándose en justificación de esa medida que el Mayor de la Plaza había observado, en reciente parada, que la mayoría de esos soldados carecían del necesario armamento. Además, durante los primeros días de noviembre de 1794 se llevó pólvora a los navíos anclados en el puerto, "cosa inusitada a causa del riesgo a que expone la frecuencia de tempestades del clima", detalles éstos que no pasaban inadvertidos, no obstante la cautela con que las autoridades procedían al implantar dichas providencias.

Una señal más de que existía el deliberado propósito de mantener viva la alarma y provocar alteraciones del orden, consistió en la aparición de aquellos escritos anónimos que solían ser fijados en los lugares públicos y que eran a modo de prólogo de casi toda asonada o motín de carácter político. De uno de tales pasquines, recogido la noche del 3 de noviembre, remitió copia Las Casas al conde Campo Alange. Redactado con tan pésima ortografía como aviesas intenciones, su texto revelaba bien a las claras las ideas que inspiraron a su desconocido autor, quizá un "despreciable botarate", al decir del Capitán General. Su contenido era el siguiente:

Si entriegan la plaza los dejamos
y si no la entriegan los matamos.
Lo ablamos con sufisiensia
porque emos de pregonar
la livertad de consiensia.
No asperen aquesta rruina
porque emos de hacer poner
en la plaza, Guillotina.
Viva la Nasión francesa.
¿Está buena aquesta pieza?

Simultáneamente con estos rumores y expresiones de la desazón que apuntaba en diversos sectores de la sociedad cubana, circuló la noticia de que tan pronto como la escuadra al mando de Gabriel de Aristizaval

abandonara el puerto se produciría en La Habana una grave conmoción. Según Las Casas, el origen de estos infundios se debía al resentimiento de ciertas personas a quienes perjudicaba la persecución que sufría "el gran número de vagos y jugadores de que abunda toda ciudad populosa". Pero cada vez él se sentía más contrariado con el sesgo que iban tomando los acontecimientos. Y no omitía diligencia ni precaución alguna para descubrir y refrenar a aquellos sujetos que "pudieran estar inficionados del espíritu reynante de inquietud". Sus pesquisas resultaban inútiles, prueba clara del sigilo con que actuaban los propagadores de tan perturbadora campaña y de las simpatías populares con ésta. Aunque el Capitán General estimaba poder aventurarse a asegurar resueltamente que no peligraba la tranquilidad pública, incontinenti rectificaba sus afirmaciones, porque, "¿quién podría en tiempos tan desastrosos atreverse a tal aseveración a la vista de los asombrosos acontecimientos que diariamente se presentan a nuestros ojos?".

Lo más prudente era, a su juicio, "seguir el sistema de velar aparentando que dormía", no desdeñar el más leve incidente, proseguir de modo silencioso y reservado las averiguaciones, no manifestar la menor sospecha "y no dar paso alguno público que indicase inquietud con el objeto de evitar dar fomento a los rumores y recelos que pudieran, acrecidos, producir inconvenientes, confiando en que tales terrores infundados se desvanecerían mejor a la vista del sosiego y la tranquilidad del Gobierno". Era así como confiaba en poder disipar la "tormenta" que amenazaba a la Isla para dar al traste con los planes de honrada administración que venía poniendo en práctica desde el momento mismo que se hiciera cargo del alto oficio que ostentaba. Esto, el tacto con que actuaba y la protección dispensada a las numerosas empresas de cultura y beneficencia realizadas en su época contribuyeron sin duda a que no cobrasen notorio incremento las ideas revolucionarias que se manifestaban ya en otros pueblos de América. El Consulado de Agricultura y Comercio, creado por gestiones de Francisco de Arango y Parreño, y la cooperación, leal y experimentada, que a su obra de gobierno hubo de prestarle José Pablo Valiente, intendente de Hacienda, coadyuvaron asimismo a que Las Casas lograra evitar que en Cuba se desarrollara aquel "espíritu de inquietud" que, conforme a sus palabras, parecía haber inficionado a algunos cubanos.

Desapasionadamente pudo afirmarse que el gobierno de Luis de las Casas se distinguió por sus tendencias eminentemente constructivas, por la probidad con que dió empleo a los recursos oficiales, dedicándolos a

obras de verdadera y necesaria utilidad pública, y por la hábil política que supo seguir respecto de sus gobernados, muy especialmente con los representativos de la clase adinerada e intelectual, de los cuales fué "el más eficaz agente de sus pretensiones" al impedir que los esclavos de Cuba imitasen lo realizado por sus hermanos en Haití. Ya en las postrimerías de su mando ocurrió un incidente que estuvo a punto de quebrantar la paz reinante, pero, descubiertos a tiempo sus promotores y detenidos, no llegó a tomar cuerpo, permitiendo que Las Casas finalizara sus días de poder en la Isla tranquilamente, aplaudido por los poderosos, no mal mirado por los plebeyos, a despecho de que no siempre fuera con ellos benévolo, y satisfecho por haber librado a Cuba de peligrosas contaminaciones revolucionarias.

El incidente a que acabamos de hacer referencia, se desarrolló en la región oriental de la Isla. En 14 de agosto de 1795 el teniente gobernador de Bayamo comunicó a Las Casas que se habían descubierto indicios de que en los partidos inmediatos a esa población se estaba tramando un movimiento sedicioso, por lo que había dispuesto poner sobre las armas a cuarenta milicianos, continuar las investigaciones y estar alerta por lo que pudiera sobrevenir. El Capitán General contestó en seguida aprobando las providencias tomadas y facultando a dicho subalterno para que dictase cuantas otras creyese oportunas, a la par que ordenaba al brigadier Juan Bautista Vaillant, gobernador de Santiago de Cuba, quien también le notificara lo acaecido en Bayamo, que dispusiera lo pertinente al caso. Cuando, el 7 de octubre de ese mismo año Las Casas informó a Eugenio Llaguno sobre lo ocurrido en la citada villa, aún persistía en atribuir el origen de esos conatos de revuelta al "vicio de la vagancia", mal que estimaba difícil de erradicar por lo muy extendido que se hallaba, decía, en los pueblos del interior "y en el seminario de los malhechores y perturbadores de la quietud pública".

En julio de 1795, unos días antes del suceso narrado, corrieron rumores referentes a una protesta hecha por los negros esclavos de la hacienda *Guatao*, pero, dada la escasa atención que se les prestó, pronto cayeron en el olvido sin ulteriores consecuencias, prueba de que aquello careció de importancia. Mas, cuando el capitán Francisco Sánchez Griñán, teniente gobernador de Bayamo, avisó lo que se tramaba en esa villa y sus cercanías, de seguida se movieron las autoridades. Todo indicaba que, en efecto, se estaba fraguando una conmoción capaz de promover graves desórdenes, ya que tendía a implantar medidas que se estimaban francamente revolucionarias. Sánchez Griñán exponía en su

denuncia la crítica situación porque atravesaba al no disponer de personal suficiente para custodiar la cárcel y los caudales del Rey y al carecer de municiones y armamentos, recelando mucho de los individuos que oculta o abiertamente maquinaban la manera de alterar el orden.

Empezó a tener conocimiento de lo que venía ocurriendo cuando un voluntario nombrado Pedro Calunga se presentó al capitán Rafael Estrada. Éste, el moreno libre Juan Tomás Blanco y el mulato José Rodríguez le informaron de las andanzas de un tal Nicolás Morales, hombre "alto de cuerpo, muy trabado, de color retinto, pintado de viruelas menuditas, el pelo lacio, muy taimado y de edad como de cincuenta y seis años", quien recorría los campos incitando a sus moradores para unírsele, formar cuadrillas, armarse y marchar sobre Bayamo a objeto de entregar una representación dirigida al Rey demandando la igualdad de los mulatos con los blancos, la supresión de las alcabalas, el reparto de tierras a los pobres, "pues todas las tenían los ricos", y la retirada de los religiosos a sus conventos. La sola enunciación de esos propósitos revelaba hasta que extremo se habían propalado en Cuba algunas de las doctrinas que en Francia originaran la gran revolución que transformaba a los pueblos de la vieja Europa y amenazaba extenderse por los del Nuevo Mundo sujetos al dominio español.

Al recibir la noticia de lo que pasaba, Vaillant se apresuró a remitir al teniente gobernador de Bayamo dos mil cartuchos y mil piedras de chispa, notificarle que carecía de numerario y expresarle que había dispuesto que las milicias y los voluntarios se encargasen de custodiar los caudales del Monarca que estaban próximos a llegar procedentes de Puerto Príncipe, no fuera a suceder que los revoltosos osaran apoderarse de ellos, obteniendo así el dinero de que probablemente estarían necesitados. Tan pronto como Sánchez Griñán recibió los pertrechos que le fueron enviados desde Santiago de Cuba armó a cuarenta vecinos y, además, a los catalanes establecidos en la villa, les dijo que había llegado a su conocimiento que estaba en camino de Bayamo un grupo de facinerosos dispuesto al robo de sus comercios. Y destinó a veinte de aquellos hombres para que guardasen la cárcel, a la que presto comenzaron a arribar los detenidos a quienes se suponía complicados en el complot fraguado.

Fuera de las indicadas medidas, Sánchez Griñán, celoso del cumplimiento de las órdenes recibidas, mandó que todos los soldados y cabos del batallón de blancos permaneciesen acuartelados durante la noche, con las guardias reforzadas, y que dos patrullas de paisanos, al mando de un alcalde de policía, recorriera la población y arrestase a cuanta

gente forastera o desconocida encontrase en las calles. En lo concerniente a la zona rural, hizo que el regidor Juan Antonio Aguilera se encaminase hacia el partido del Horno, que el capitán Alejandro Aguilera fuese al paraje denominado Los Yaguanabos, que rumbo a Jaraguá —sitio de donde habían partido los primeros informes relacionados con la revuelta— saliera Miguel Antonio Pavón, y, finalmente, que el regidor Joaquín Tamayo se llegase hasta Yara, encargando a todos los nombrados tuvieran buen cuidado en conocer cabalmente los motivos en que se basaba la proyectada conmoción. Y, mientras se iniciaba así la búsqueda de aquellos a quienes se suponía dispuestos a la rebelión, Sánchez Griñán hizo prender a casi todas las personas de relieve que habitaban la villa, no obstante lo cual, afirmaba, "Bayamo permanece tranquilo, encontrando en su vecindario la lealtad y la obediencia que correspondía, lo que le consolaba mucho".

Vaillant, entre tanto, había escrito a los alcaldes y gobernadores de los pueblos comprendidos en la jurisdicción bajo su mando, pidiéndoles que se mantuvieran alerta, puesto que tenía motivos para recelar se produjeran alteraciones del orden público. Como se trataba de un asunto en extremo delicado, les recomendaba suma cautela en las averiguaciones e inquirir, sin distinción de clases ni respeto alguno humano, quiénes eran las personas comprendidas en la conspiración que le fuera denunciada por el teniente gobernador de Bayamo, a fin de proceder enérgicamente contra las mismas. También les advertía que vigilasen muy especialmente las extensas y despobladas costas, que trataran de impedir se introdujesen individuos inclinados a ayudar a los provocadores del orden, que no perdieran de vista a los sospechosos y que investigasen en qué se ocupaban y de dónde procedían cuantas personas extrañas llegasen a sus respectivos partidos. Era evidente que las noticias suministradas por Sánchez Griñán al gobernador de Santiago de Cuba habían causado en éste honda impresión y desasosiego, lo que no era de extrañar teniendo en cuenta que los primeros informes hacían suponer que se trataba de un movimiento racista. Y, siendo esa parte de la Isla la más cercana a las playas de Haití, precisaba extremar la vigilancia en evitación de que desde las mismas se enviasen armas, y quizá hasta hombres, a los que en Cuba pretendían, al parecer, repetir lo ocurrido en la vecina ínsula.

A poco de su salida regresó Pavón a Bayamo conduciendo detenidos a Florentino José Escalona, Miguel Estanislao Rodríguez, Ramón José Escalona y Lorenzo Rodríguez Cabrera. De las declaraciones de éstos se obtuvo la confirmación de ser el citado Nicolás Morales el promotor

y jefe del movimiento. No lograba, en cambio, ponerse en claro si la conmoción estaba en sus principios o tenía ya profundas raíces en el pueblo. Posteriormente, al procederse a la prisión de otras personas, se puso también en duda la índole racista del levantamiento frustrado, pues, figurando entre aquéllas blancos, negros y mestizos, no era de imaginar que los primeros fuesen a participar en una sedición dirigida en su contra. En efecto, dos de los acusados presos, Lorenzo Rodríguez Cabrera y Gabriel José de Estrada, pertenecían a la raza blanca, aquél desertor del batallón de voluntarios blancos que guarnecía a Bayamo, y el segundo cadete del batallón de blancos de milicias disciplinadas. Y no dejaba de ser raro que dos militares se hubieran atrevido a participar en un asunto que, como el de referencia, necesariamente tenía que ser combatido por las autoridades.

Los informes de la época en que se desarrollaron tales sucesos resultaban bastante ambiguos y confusos. Por una parte, Las Casas procura restarles importancia, atribuyendo, como de costumbre, lo sucedido a "los vagos y facinerosos que hasta aquí se han ocultado de la pesquisa de los Jueces". Por otra parte, las autoridades santiagueras concedieron extraordinaria gravedad a lo que se tramaba en Bayamo, ya que los alcaldes y gobernadores de esa jurisdicción no vacilaron en prestar decidido e inmediato apoyo a las órdenes del brigadier Vaillant, ofreciéndose cada uno de ellos para reunir en sus respectivos términos cincuenta hombres y ponerlos a disposición del Gobierno, creídos, como lo estaban, de que los negros iban a alzarse en armas. Tan activa fué la persecución que, pocos días después, el 27 de agosto, fué preso Nicolás Morales en Guairabo, lugar distante dos leguas de Holguín, desde donde sin pérdida de tiempo se le remitió a Bayamo, en cuya cárcel ingresó.

Lo sucedido a continuación de este último episodio, a más de poco conocido, se prestó a suponer que al asunto en cuestión, por ocultas causas, se le procuró echar tierra. Se supo, sí, que uno de los detenidos, Ramón José Escalona, acusó al abogado Manuel José Estrada de proteger a Morales en los planes urdidos, y que el propio Sánchez Griñán, refiriéndose a lo dicho por Escalona, expresó que se trataba de una "mentira clara", lanzada sin más finalidad que la de embrollar el caso. Pudo, tal vez, obedecer la forma en que se dió remate a las actuaciones incoadas a haberse convencido las autoridades de que, en realidad, lo pretendido por Morales y sus seguidores no iba más allá de solicitar de Vaillant —como dijo Las Casas— que les fuera mostrada una Real Cédula que suponían haberse expedido y en la que se concedía la "igualdad entre mulatos y blancos", documento que jamás había existido. Lo

único que no quedó ignorado en lo relativo al final de esta conmoción fué que su principal delator, Pedro Calunga, voluntario del batallón de pardos de Bayamo, recibió como premio seis caballerías de tierra en el realengo del Monte de Manzanillo.

Resultó siempre imposible, dado los escasos datos conocidos, fijar con exactitud el positivo alcance de la sublevación de que fuera máximo cabecilla Morales, sin duda la más importante fraguada en Cuba durante la postrer década del siglo XVIII. Nacida en Bayamo, pero con ramificaciones en diversos lugares de la porción oriental de Cuba, la más próxima a Haití, era de temer, por esa y varias de las circunstancias antes expuestas, que entrañara carácter racista, extremo éste que nunca pudo ser comprobado debidamente. Las alusiones relativas a la igualdad entre blancos y mulatos, la supresión de tributos y "otras gurruminas que oprimen a los pobres", y el reparto de tierras entre éstos, condujeron a suponer que pudiera tratarse de una revolución de índole social, más en relación con la que tuvo por escena a Francia que con la que todavía ensangrentaba las tierras haitianas. Sin embargo, las declaraciones prestadas por varios de los acusados hicieron presumir que, bajo el disfraz de los ideales dichos, se ocultaban finalidades políticas de algunos de los dirigentes blancos comprometidos en la fracasada revuelta. Las Casas, temeroso de que en Cuba hallasen eco esas ideas, tuvo buen cuidado en ordenar a Vaillant que procediera con severidad a fin de impedir tan peligrosas doctrinas. De ahí lo singular que resultó que hubiese bastado el arresto de Morales y unos cuantos de sus cómplices para que se diera por extinguido este "principio sedicioso", restableciéndose inmediatamente la calma y no volviendo a ser mencionado un asunto al que, en sus comienzos, tan grave importancia le fué atribuido.

CAPÍTULO II

LA INDEPENDENCIA HISPANOAMERICANA

ESTABA a punto de finalizar el año de 1796 cuando arribó a La Habana el teniente general Juan Procopio Bassecourt, conde de Santa Clara, sustituto de Luis de las Casas en la Capitanía General de la Isla de Cuba. Durante su período de gobierno el nuevo mandatario se limitó a proseguir la política constructiva de su inmediato antecesor en el cargo, a lo que hubo de contribuir principalmente la era de relativa prosperidad que el comercio y la agricultura cubanos disfrutaron a consecuencia de la destrucción de las industrias agrarias de Haití y de la guerra que contra la Gran Bretaña sostuvieron, aliadas, España y Francia. El bloqueo impuesto por la flota británica, al cerrar las rutas trasatlánticas a la marina mercante hispana, motivó que de nuevo se permitiera la entrada de barcos norteamericanos en los puertos de Cuba, prohibida, lo mismo que la de toda otra embarcación extranjera, en 1795 al ser concertada la paz con los franceses. Esas naves llegaban ahora cargadas de víveres, tornando colmadas de azúcar de caña a sus lugares de procedencia.

Bajo la administración del conde de Santa Clara —prolongada hasta mediados de 1799— ningún acontecimiento de carácter político vino a turbar la quietud pública en Cuba, cuyos habitantes observaban, asombrados, el prodigioso auge que iba tomando la industria del azúcar. Los ingenios, establecidos en su mayor parte en la zona comprendida desde Guanajay hasta Matanzas, pasaban de cuatrocientos, número cinco veces superior al existente medio siglo antes, mientras que la producción se elevaba desde 50,000 hasta más de 600,000 quintales. En Santo Domingo las tropas de Toussaint l'Ouverture estaban a punto de ocupar totalmente dicha isla, de la que continuaban emigrando las familias blancas, la mayoría de las cuales, al fijar su residencia en Cuba, trajo consigo nuevos métodos de cultivo que favorecieron extraordinariamente la producción azucarera, al mismo tiempo que con inigualada laboriosidad fomentaba pequeñas industrias y elevaba el nivel cultural del país.

Sólo en dos ocasiones los negros esclavos dieron que hablar: la primera con motivo de la protesta llevada a cabo por la dotación del ingenio de Sebastián José Peñalver, en agosto de 1798, y la segunda cuando, en octubre del mismo año, en el ingenio propiedad de Nicolás Calvo de la Puerta se registró un hecho de análoga naturaleza. En ambos movimientos de rebeldía, ocasionados por la injusticia del régimen social vigente, no lograron hallar eco en otras fincas azucareras y fueron sofocados en su inicio, sin que pudiese saberse si algunos de ellos tuvo conexión con empresas promovidas por agitadores o agentes nativos o foráneos. Mas, en tanto que en las clases populares apenas si de vez en cuando asomaba un indicio de descontento o malestar, entre las ricas comenzaban a aparecer señales de honda división al chocar entre sí los intereses de sus más conspicuos representantes, que eran los hacendados y los comerciantes.

Los amos de las tierras, criollos en su mayoría, se mostraban cada vez más opuestos a las pretensiones de los traficantes, peninsulares en su casi totalidad. Era un distanciamiento motivado por razones puramente económicas. Subordinados los hacendados a los dueños del comercio, que eran quienes les facilitaban el dinero a cuenta de las cosechas, se quejaban de los usurarios réditos que los prestamistas les exigían por sus anticipos. Además, los mercaderes se oponían también al tráfico extranjero que venía a restarles las jugosas ganancias que obtenían al actuar como intermediarios entre el productor nativo y el comprador foráneo. Poco a poco, tal vez sin pretenderlo ninguno de los dos bandos, iba tomando cuerpo aquella discrepancia que por el momento aunque obedeciendo sólo a razones económicas, se intensificaría tan pronto como cubanos y peninsulares comenzaran a manifestar disímiles aspiraciones.

A punto de finalizar el siglo XVIII se encargó del mando de la Isla Salvador de Muro y Salazar, marqués de Someruelos, militar que gozaba de excelente reputación y que en Cuba, adonde llegaba en momentos bastante difíciles, tuvo oportunidad de mostrar, conjuntamente con dotes nada comunes de estadista, habilidad de buen político y cualidades de eficaz organizador. Una crisis azucarrera, reflejo de la que dejaba sentir sus nocivos efectos en otros países productores, amenazaba con agravar aún más la penosa situación reinante en la Isla desde que meses antes, en abril de 1799, fué derogado el permiso concedido por Carlos IV para comerciar con los neutrales. Someruelos, a quien se le había ordenado mantener a todo trance aquella prohibición, com-

prendió inmediatamente lo absurdo de la misma, y restableció dicho tráfico. Con esto el estado general del país experimentó visible alivio, especialmente a partir de la paz de Amiens que, en 1801, puso término a la contienda con la Gran Bretaña. Sin embargo, semejante mejoría no se prolongó por mucho tiempo, porque a fines de 1804 ya España se hallaba de nuevo en guerra con dicha potencia. La situación económica de Cuba volvió a ser adversa al reproducirse la depresión mercantil que con anterioridad tan serios perjuicios ocasionó.

Durante la primera década del siglo XIX en las colonias españolas del Nuevo Mundo se iniciaron los movimientos políticos que condujeron, primero, a la independencia de las mismas y, posteriormente, a la extinción del poderío hispano en la mayor parte de América. Hasta esta época las conmociones ocurridas en Cuba se habían limitado a exteriorizar las aspiraciones de determinados elementos de la población nativa o la protesta contra los atropellos de que era víctima el esclavo, sin que en ningún momento se hubiera apelado a la violencia. Si alguna persona había a quien sedujese la idea de independizar a Cuba y constituir un estado libre y soberano, buen cuidado tenía en mantener ocultas sus pretensiones, esperanzado en poder manifestarlas en no lejano futuro, cuando el horizonte europeo se aclarase y empezaran a ser conocidos los resultados de las luchas políticas que agitaban a otros pueblos de América. Por otra parte, lo sucedido en Haití era a modo de freno que contenía a muchos, temerosos de que en nuestra isla, donde la población negra aumentaba constantemente debido a la introducción de nuevos siervos, se repitiesen los terribles acontecimientos allí desarrollados.

Cubanos había, sin duda, partidarios de liberar a su país del yugo español, del mismo modo que otros simpatizaban con la idea de ver a la Isla formando parte de los Estados Unidos de América, cuyos progresos todos conocían y admiraban. Sin embargo, la mayoría de los habitantes de Cuba, sobre todo los componentes de las clases acaudaladas, prefería que ésta continuase unida a la Metrópoli, aunque respecto de dicha unión no existía unanimidad de pareceres, ya que mientras el sector peninsular se mostraba decidido partidario de que no se introdujera variación alguna en el régimen militar imperante —en extremo beneficioso a sus particulares intereses—, los nativos se inclinaban abiertamente del lado de un sistema dentro del cual se disfrutase de la indispensable autonomía para que los más capacitados hijos del país pudiesen regir los destinos del mismo, conduciéndolo por sendas de paz y progreso.

En este último grupo, no muy numeroso por cierto, había hombres que seguían con atención el curso de los acontecimientos políticos y de los adelantos de las ciencias y las artes. Su conocimiento de las verdaderas necesidades del país —al cual de veras amaban— y de la falta de escrúpulos que caracterizaba a la mayoría de los jefes y funcionarios de la Colonia contribuía a que cada día se arraigase más en ellos el firme deseo de modificar, a ser posible radicalmente, la forma en que venía siendo gobernada la tierra que los viera nacer. La sorda lucha entre ambos bandos —el peninsular y el criollo— se mantenía sin tregua, siendo imagen de la que se registraba desde hacía largo tiempo en todos los pueblos americanos sujetos al dominio de España. Los gobernantes, resueltos protectores de sus conterráneos, excluían a los nativos de las posiciones a que eran merecedores por su cultura y conocimientos, y, si alguno de éstos lograba medrar, era porque se trataba de individuos exentos de toda sospecha antiespañola y de cuya fidelidad al régimen nadie osaba dudar, por haber sido repetidamente demostrada en su actuación tanto en la vida pública como en la privada.

Bajo el mando de Someruelos se definió, clara y precisa, la ideología de los cubanos más conscientes e ilustrados, pero la situación por que atravesaba la Isla y el desenvolvimiento de los sucesos que ocurrían en el exterior los obligaban a proceder con cautela. Los Estados Unidos de América ambicionaban posesionarse de Cuba y a ese efecto encaminaban sus empeños. En 1809 llegó a La Habana el general James Wilkinson, viejo amigo de las autoridades españolas, de quienes, años antes, había recibido recursos como recompensa a ciertos ocultos manejos en la Luisiana. Lo trajo una misión de Thomas Jéfferson tendiente a que Folch y Someruelos, gobernadores de la Florida y Cuba, respectivamente, rompiesen con España. Tal intento no cristalizó debido a la terminante respuesta dada por el capitán general de la Isla al negarse a tratar acerca de las proposiciones de que era portador Wilkinson. También influyeron en el fracaso las protestas posteriormente formuladas por los gobiernos de Londres y París, a cuyos intereses no convenía que las dos citadas posesiones españolas se incorporasen a la Unión.

Entre las clases productoras de Cuba, que se daban cabal cuenta de la importancia que para la Isla representaba el intercambio comercial con la vecina república estadinense, cundió el pensamiento anexionista, anterior a la aparición de los primeros indicios de una tendencia francamente separatista entre elementos a los que atraían los ideales de democracia, libertad e independencia cuyos óptimos frutos comenzaban

a ser notorios en la nueva nación. Esos sectores de la sociedad cubana se hallaban divididos en tres grupos: uno partidario de la anexión a los Estados Unidos, otro —el menos numeroso todavía— amigo de emancipar a Cuba de toda tutela, española o extranjera, y el tercero —posiblemente el que con más crecida suma de adeptos contase— favorable al establecimiento de una relativa autonomía, que, sin desligar a Cuba de España, permitiera a los naturales de la primera intervenir directamente en la administración pública. Frente a esos grupos, poderosa e inalterablemente hostil a la más mínima innovación que afectase al régimen, la clase peninsular. Y detrás, indiferente y poco menos que imposibilitada de participar por el momento en los conflictos que pudieran promover unos y otros, la masa integrada por los esclavos —el cincuenta por ciento aproximadamente del total de la población— y un proletariado ignaro, cuyos medios de vida, en extremo miserables, nadie se había ocupado aún en mejorar.

Tal estado de cosas bastaba para explicar lo fácil que le fué a Someruelos mantener su autoridad disponiendo de una escasa tropa veterana y unos cuatro mil milicianos, diseminados en un vasto territorio desprovisto de vías de comunicación y con dos líneas de costas indefensas. Una cosa había, sin embargo, que al gobernante español le era imposible dominar, y era ésta la difusión de las noticias que llegaban del exterior, las que, si por una parte contribuían a atemorizar los ánimos, provocando el afianzamiento del régimen que creían capaz de librar al país de los horrores que afligían a otros pueblos, en cambio estimulaban a los más osados a luchar por la implantación de un distinto sistema de gobierno, del cual esperaban obtener positivas ventajas, no sólo de orden puramente material, sino también aquellas que, por derivarse de un más elevado nivel moral y de un mayor estado de cultura, dignificaban a las naciones y las hacían respetables, sin que para conseguirlo influyesen en nada el poderío de sus fuerzas militares ni la riqueza de su erario.

La invasión de España por los ejércitos franceses comenzada cuando, bajo el pretexto de pasar a Portugal, las tropas de los generales Darmagnac y Lechí ocuparon diversas plazas de la Península, dió origen a la guerra de independencia en la Metrópoli e hizo que en las capitales de sus colonias de América se instalasen las llamadas Juntas Provinciales, encargadas de gobernar en nombre de Fernando VII, el monarca español a quien Napoleón mantenía secuestrado y suplantado en el trono con su hermano José Bonaparte, el aborrecido "rey intruso". Pero en Cuba, aun cuando Someruelos mostró interés en que

se estableciera un organismo de idéntica naturaleza, quedó éste sin formarse debido al recelo de que en él predominasen, por su calidad y número, los cubanos a cuyo frente figuraba Francisco de Arango y Parreño. Luego, al constituirse en Cádiz, en 1810, las Cortes, fueron enviados los primeros diputados cubanos: Andrés de Jáuregui, por La Habana, y Juan Bernardo O'Gabán por Santiago de Cuba, y se confió a Arango y Parreño la redacción de las instrucciones que debía seguir el representante de los habaneros. En ellas se reclamó la implantación de dos libertades básicas: el sufragio universal y el libre comercio con todos los pueblos del Mundo.

En octubre de 1809 habían ocurrido dos sucesos reveladores de que el sentimiento antiespañol se recrudecía entre los hijos del país. Tales hechos dieron motivo a sendos procesos para castigar a cuantas personas aparecían complicadas en los mismos. El primero se desarrolló en La Habana, teniendo como principales actores a Román José de la Luz y Sánchez de Silvera y un grupo de amigos. Del segundo fué escenario la antigua ciudad de Puerto Príncipe, nombrándose su único protagonista Diego Antonio del Castillo Betancourt. Luz fomentó una conspiración calificada por alguno de "bufonada", en tanto que otros la consideran ramificación de la que organizó el venezolano Francisco de Miranda, "el Washington de las colonias hispanoamericanas". El pasquín atribuido a Castillo y Betancourt, primero de una larga serie aparecida en la vetusta urbe camagüeyana, además de amedrentar a los oidores de la Audiencia de ésta, provocó la indignación de Someruelos, quien consideraba que las ideas contenidas en ese anónimo incitaban al "pueblo a la insubordinación contra todas las autoridades", lo invitaban "a que tomase sangrienta represalia en todos los españoles de las supuestas injurias pasadas y presentes y por fin denigraba con los más feos horrores a toda la nación española".

Román de la Luz, propietario del ingenio *El Espíritu Santo*, fué arrestado la noche del 19 de octubre de 1809, ocasión en que también quedó detenido el procurador Judas Tadeo de Aljovin, acusado aquél como promotor de proyectos de independencia y rivalidad entre cubanos y españoles. En su residencia, Cuba esquina a Obrapia, acostumbraba reunirse con diferentes amigos, enemigos todos del secular poder de España y, a juicio de las autoridades, conspiradores contra la Metrópoli. Someruelos pensó obligarlo a salir de Cuba por estimar que su presencia en la Isla resultaba peligrosa para la paz pública. No pudo hacerlo porque previamente tenía que consultar con el Ministerio y

esperar la soberana determinación. Puesto en libertad, continuó, siempre en compañía de sus amigos, trabajando con entusiasmo hasta que un año después, el 4 de octubre de 1810, fué de nuevo preso conjuntamente con Luis Francisco Basabe, los negros libres sargentos Ramón Espinosa y Juan José González, el cabo Buenaventura Cervantes, el soldado Carlos Flores y los esclavos Juan Ignacio González y Laureano Delgado.

Esta conspiración de Luz fué denunciada por su propio iniciador, conforme aseguró Someruelos. Todo hizo presumir que dicha delación formaba parte del plan subversivo fraguado y que obedeció a un audaz pensamiento de Luz, quien de esa manera intentaba sumar a sus fuerzas las del gobierno de la Colonia para luego proclamar la independencia de Cuba y de las restantes posesiones españolas del Nuevo Mundo. A tal efecto, avisó al Capitán General que se preparaba un levantamiento de negros y que, conocedor del lugar donde se hallaban reunidos los conjurados, solicitaba recursos para ir a sorprenderlos y se brindaba para encabezar las tropas que llevarían a cabo la detención de aquéllos. Un movimiento similar en sus pormenores a éste, acaecido poco antes en Caracas y del cual fué director el teniente Vicente Ayala, motivó la suposición de que ambas agitaciones, la de Cuba y la de Venezuela, estaban relacionadas con los proyectos de Miranda. Y las autoridades, sospechosas de Luz, vigilaron sus pasos y procedieron a la detención del arrojado conspirador y de algunos de sus compañeros de aventura.

En la instrucción de la causa se comprobó la participación en el complot de otros individuos, entre ellos el escribano Manuel Ramírez y el doctor Joaquín Infante, esclarecido bayamés, francmasón como el anterior, y autor del primer proyecto de Constitución para la Isla de Cuba —publicado en Caracas en 1812—, quien sigilosamente escapó a los Estados Unidos a fines de 1810, al tener noticias de que iba a ser preso. De los restantes particulares de esta conspiración, a la que también se le atribuyó carácter semimasónico, muy poco llegó a conocerse. En una instancia que años después dirigió a Fernando VII aseguró Luz que jamás había pensado en sublevarse contra el paternal gobierno español, siendo injustamente acusado y condenado por el “horrendo crimen de infidencia”. Pero el jurado que conoció de la causa estaba convencido de lo contrario, y lo condenó por unanimidad a diez años de presidio y absoluta y perpetua prohibición de residir en América. Las penas impuestas a los demás procesados fueron éstas: a Basabe, ocho años de presidio y extrañamiento de la Isla; a los sargentos Espinosa y González, al cabo Cervantes y al soldado Flores, diez años de presidio con grillete

al pie, a ración, sin sueldo y prohibición de regresar a Cuba; a los esclavos González y Delgado, ocho años de presidio con grillete al pie y doscientos azotes cada uno, ciento cincuenta aplicados por las calles y cincuenta atados a la picota; a José María Montano, tres meses de cárcel; a Francisco Alvarez, uno; y a Gabriel Pantaleón Ercazti el pago, junto con los dos últimamente nombrados, de la tercera parte de las costas del proceso. Todos quedaron advertidos de que en caso de reincidencia serían castigados con mayor severidad.

Lo sucedido con el pasquín de Castillo Betancourt, documento calificado como "primer cartel separatista" por Ximeno, probó que también en el interior de la Isla los enemigos del régimen imperante no perdían oportunidad para excitar los ánimos, sacar a relucir las lacras de determinados funcionarios y avivar el odio contra España recordando las iniquidades de sus gobernantes. En Puerto Príncipe los hechos se desarrollaron en forma tal que las autoridades sintieron serios temores de ver turbada la tranquilidad pública y rogaron al Capitán General que se armase convenientemente a las dos Compañías Urbanas de Comercio. Aun cuando no se dudaba de la lealtad de la población, eran de recelar desórdenes, dado que "la ingratitud de los cubanos era tan grande que si no fuera por los españoles seguirían adorando los ídolos indios", lo que claramente equivalía a tildar de salvajes a los hijos del país.

En la mañana del 27 de octubre de 1809 uno de los esclavos del comandante de marina Manuel de Avellaneda encontró, en una de las ventanas de la casa donde éste tenía sus oficinas, un ancho papel escrito por ambas caras, el que puso en seguida en manos de su amo. Impresionado Avellaneda por lo que leyó, inmediatamente marchó en busca del teniente gobernador de la ciudad, Juan Benito González. El contenido del anónimo hacía mención de las injusticias que aseguraba habían cometido los ministros de la Audiencia con los herederos de Ana Hidalgo, José de Jesús Guerra y Tomás Recio y afirmaba que cierto oidor se había vendido, mediante la entrega de cuatro mil pesos, en el pleito de la carnicería. Sin embargo, lo que más vivamente impresionó a los lectores del pasquín fué la imputación hecha a los peninsulares de "ser los mismos carniceros que asesinaron a Hatuey" y estas significativas palabras: "Orror al nombre español: sí camagüellanos, orror a esos acesinos ladrones, yegó por fin el deseado día de buestra emansipación".

El execrable pasquín fué enviado a la Audiencia. Tres días después se reunieron los oidores Luis de Chávez, Tomás de Zelaya y José de

Soto, quienes acordaron, como primera providencia, que con gran secreto se reunieran los maestros de escuela Antonio y Manuel Valdés y Luis Caballero con el escribano Domingo Márquez y cotejasen aquel escrito con otros documentos que se guardaban en el archivo del citado tribunal para ver si era posible, una vez examinados los rasgos de las distintas letras, determinar quién había trazado las del anónimo. El dictamen de los peritos fué unánime al señalar como autor a Diego Antonio del Castillo Betancourt. Nadie desconocía su enemiga a todo lo español. Él y su padre, don Fructuoso, no se ocultaban para criticar acerbamente al Gobierno y a la Real Familia, teniendo ambos por costumbre, "quando corrían desgracias de la Madre Patria", formar tertulia con otro sujeto no menos intransigente y de sus mismas opiniones, el licenciado José María de Acosta, para comentar burlonamente las calamidades que agobiaban a la Península.

La indiscreción de uno de los peritos, Luis Caballero, permitió que Castillo Betancourt conociera el resultado del cotejo de las escrituras. Tan pronto como esto se supo el lenguaraz fué remitido a la cárcel y desde ese instante todo el mundo quedó enterado del texto del pasquín y de cuanto había ocurrido respecto del mismo. Con esto empezaron a llover los anónimos insultantes para la Audiencia, sus ministros y los españoles; llegó a amenazarse en uno de aquéllos con un movimiento popular que estallaría de un momento a otro. Los oidores ordenaron se colocasen cedulones en distintos lugares de la ciudad, avisando a los vecinos para que entregasen los anónimos que recibieran so pena de castigar severamente a los infractores. Los peninsulares residentes en la población apelaron al mismo procedimiento para replicar a sus adversarios, y no tardaron en aparecer pasquines hasta en las puertas de los templos y originarse escándalos y riñas que traían revuelto al vecindario.

Numerosos camagüeyanos salieron en defensa de la Audiencia por entender que sus ministros se comportaban decentemente. Personas de reconocida solvencia ofrecieron caudales y hombres para acabar con los malvados que turbaban la quietud pública. No impidió esto que los oidores pidieran a Someruelos que en La Habana fuera examinado por personas más peritas que las de la localidad el pasquín causante de toda aquella insoportable situación. En el entretanto nadie se atrevía a detener a Castillo Betancourt, persona muy de temer por su carácter atrevido y procaz, y, además, "conexionado con todo lo distinguido de Puerto Príncipe", cuyos componentes "podían juntar y convocar más

de mil esclavos propios bien armados", palabras que más sonaban a amenaza que a sana advertencia.

La osadía de Castillo Betancourt llegó a tanto que se trasladó a La Habana y se presentó ante el Capitán General. Éste, después de escuchar los descargos que tuvo a bien formular aquél, dispuso que fuese detenido y puesto a disposición del Jefe del Apostadero, debido a que el camagüeyano era Delegado de Marina en Puerto Príncipe. En la causa tocó actuar como juez al licenciado Acosta, enemigo personal del acusado. Cuando, el 13 de febrero de 1810, penetró Acosta en su despacho un nuevo anónimo lo aguardaba. Contenía sólo cuatro palabras: "O morir o irse". Apenas leídas, se apresuró a ponerlas en conocimiento de la Real Audiencia, haciendo presente que semejantes escritos no le merecían "el menor aprecio".

Considerado ya Castillo Betancourt reo de lesa majestad, el 15 de abril de dicho año Someruelos decretó que le fuesen embargados los bienes. Apenas transcurrido un mes, en 19 de mayo siguiente, el oidor José Francisco de Heredia solicitaba en su informe la libertad del procesado, aduciendo que, si bien era verídico que éste había redactado un pasquín "horrible, ni le fijó en ningún paraje público, ni le esparció entre varias personas". A juzgar por la rapidez con que se tramitó la causa y la benignidad mostrada hacia Castillo Betancourt, resultó creíble, como se dijo, que poderosas influencias habían intervenido en favor del mismo, a quien pudiera tildársele de "afrancesado", pero no de peligroso enemigo de la tranquilidad pública. Se le condenó a pagar las costas del proceso, ascendentes a una crecida cantidad. Y dos años después, en 1812, ocupó el cargo de Alcalde ordinario de la ciudad escarnario de sus intemperancias.

Mientras se desarrollaban los sucesos acabados de reseñar otros muy graves hechos ocupaban la atención de Someruelos. No disponía el Capitán General de momento de reposo observando como a las dificultades que a su obra de gobierno creaba el cada día más evidente sentimiento de mutua hostilidad expresado por cubanos y peninsulares —no desperdiciando ocasión para manifestarse en altercados, conspiraciones y otros incidentes por el estilo de los narrados— se añadían nuevas complicaciones, por lo común de suma gravedad, ocasionadas por lo que en el exterior ocurría. Una de éstas era la actuación de los emisarios de Napoleón y su hermano José, que, dirigidos por Desmorand, agente del emperador francés en Norteamérica, tenían la misión de provocar con-

flictos a España en sus colonias del Nuevo Mundo, ofreciendo la libertad a estos pueblos esclavos sin pretender más "recompensa por tan alto beneficio que la amistad de los naturales y el comercio de los puertos de ambas Américas".

Someruelos, en evitación de que en Cuba repercutiesen esas propagandas y sospechando que en distintas poblaciones de la Isla personas para él desconocidas —relacionadas probablemente con Desmorand— se ocupaban en impulsar trabajos de tendencias separatistas, en febrero de 1810 amenazó a los encubridores de tales emisarios con la confiscación de sus propiedades y diez años de prisión, y, poco después, hizo público que la Regencia lo había autorizado para aplicarles la pena de muerte sin necesidad de previa consulta al Monarca. Corto espacio de tiempo había transcurrido cuando logró apresar, a su arribo a La Habana, el 18 de julio del mismo año, a Manuel Rodríguez Alemán y Peña, que se dirigía a México con la intención arriba enunciada. Convicto del "crimen de alta traición", el detenido fué agarrotado doce días después de su captura, siendo la suya la primera ejecución de carácter político realizada en la Isla. En febrero anterior había llegado a Santiago de Cuba otro de los mencionados mensajeros, Gregorio de Anduaga, quien, al darse cuenta de la inutilidad de sus esfuerzos para promover actividades sediciosas, tuvo la buena suerte de poder escapar a Venezuela antes de que el gobernador Sebastián Kindelán supiera de su permanencia en dicha ciudad.

En las Cortes de Cádiz, representando a la isla de Santo Domingo, figuró un cubano, José Alvarez de Toledo y Dubois, teniente de navío. Este individuo, a quien unas veces se vió sirviendo a España y otras combatiendo en las filas de sus enemigos, rara mezcla de héroe y aventurero, proporcionó también numerosos quebraderos de cabeza no sólo a Someruelos, sino asimismo a su sucesor, Juan Ruíz de Apodaca, y al Consejo de Indias. Alvarez de Toledo, uno de los precursores de la independencia de Cuba, se distinguió entonces como fervoroso defensor de las libertades de los pueblos hispanoamericanos. No tardaron en chocar violentamente sus opiniones con las de los diputados españoles, en su mayoría opuestos a que se concediera a los naturales de Ultramar la igualdad con España en lo concerniente a la representación parlamentaria y contrarios a sancionar con sus votos las famosas doce proposiciones redactadas por los diputados de América contentivas de las justas demandas de los hijos de las colonias hispanas.

En una carta por él enviada al Capitán General de Santo Domingo, Juan Sánchez Ramírez, interceptada y devuelta a la Península por haber fallecido su destinatario, acusó a las Cortes de poco enérgicas y negligentes en demasía en cuanto se relacionaba con las posesiones españolas. Denunciado el contenido de la misiva a la Regencia en una representación en la que, además, se hacían cargos contra Alvarez de Toledo, entre ellos el muy grave de hallarse en tratos con los ingleses, la Regencia hizo caso omiso de la denuncia. Pero algunos ministros y diputados, resentidos unos y sintiéndose agraviados otros, tomaron por su cuenta el asunto, logrando que el Tribunal de las Cortes, prescindiendo de la legislación que garantizaba la inmunidad parlamentaria, decretase la prisión de Alvarez de Toledo, quien, avisado a tiempo, pudo fugarse a los Estados Unidos. Llegó a Filadelfia en septiembre de 1811, y allí inició una intensa campaña excitando a los pueblos hispanoamericanos a independizarse, pues era el momento que debían aprovechar todos los hijos de América para "sacudir el insoportable yugo colonial con objeto de gozar después de una libertad y felicidad completas".

En diciembre de dicho año Alvarez de Toledo publicó un folleto titulado *Manifiesto o satisfacción pundonorosa, a todos los buenos españoles europeos, y a todos los pueblos de América*, que el gobierno hispano declaró subversivo, prohibiendo su circulación en Cuba. En las páginas finales de ese escrito se encuentra la que bien puede ser llamada primera proclama separatista invitando a los cubanos a rebelarse y conquistar la libertad de su patria:

Habitantes de la Isla de Cuba, y tú Pueblo de la Havana: sois los objetos preferentes de mi amor; nací entre vosotros y mi suerte debe estar unida a la vuestra... ¿Qué pensais en esta grandiosa y terrible crisis? La España ya no existe para nosotros: aun cuando pueda sostener por más tiempo la lucha en que se halla empeñada, resistiendo a los enemigos domésticos y extranjeros que la despedazan, ella carece absolutamente de medios para atender a nuestra existencia. Su marina desapareció: y su hermoso suelo, inundado en sangre, y cubierto de lóbregas ruinas y pavesas, enternece a las almas sensibles; pero no os ofrece ninguna esperanza... ¿Y qué? ¿Seréis la presa de la ambición extranjera, o una parte de indemnización en las transacciones políticas que deben poner término a la guerra entre las dos naciones rivales?... Ah! no lo permita el Cielo... Proveed en tiempo a vuestra seguridad, y afianzad los destinos de una Isla que puede ser independiente y figurar entre los más poderosos y felices Estados de la América. Sacrificad al bien de la Patria los mezquinos intereses y las pasiones encontradas: que todo se reuna para la salvación de ese pueblo; y que no se rivalize entre vosotros sino en el amor de la gloria, y en las virtudes

y acciones generosas, en el empeño liberal, y en el desprendimiento heroico y sencillo, con que debeis contribuir a la regeneración venturosa y necesaria de vuestro país. De este modo volarán vuestros nombres a la inmortalidad; y serán regados vuestros sepulcros y cenotafios con las lágrimas de la gratitud y del amor más tierno. Aquí descansan (dirán vuestros hijos y compatriotas): aquí descansan los que han labrado la independencia y la felicidad de que gozamos. Elevemos estatuas a su memoria, y depositemos en urnas de oro sus venerables cenizas. ¿Puede haber alma que no desee merecer este elogio, y que prefiera el gemir baxo el yugo humillante y penosísimo de la esclavitud? ¡Oh dulces presentimientos de la libertad de mi Patria! si os realizais, moriré lleno de gozo, aunque sea vertiendo toda mi sangre para defender sus derechos, y aterrar a sus enemigos. Estos son los votos de mi corazón: y oxalá, que sean también los de todos mis hermanos en la Isla de Cuba, y en la vasta extensión del hemisferio Americano.

Este manifiesto apenas si fué conocido de algunos cubanos. La vigilancia impuesta por Someruelos sobre cuanto venía del extranjero, con especialidad de los Estados Unidos de América, donde habían establecido su centro de operaciones los que en esta parte del mundo conspiraban contra España, explicó lo sucedido. Sin duda, la situación que atravesaba la Península en aquellos momentos se prestaba para organizar un movimiento armado que con relativa facilidad hubiera conseguido independizar a la Isla. El grupo de cubanos que así pensaba, era, por desgracia, todavía muy reducido. La mayoría de aquellos que por sus bienes de fortuna, talento o capacidad administrativa pudieran haber respaldado una revolución de esa naturaleza se hallaba entonces muy preocupada ante la noticia de que en las Cortes de Cádiz un diputado mexicano, el sacerdote Miguel Guridi y Alcocer, había pedido la abolición de la esclavitud, a la par que otro miembro de ese cuerpo, Agustín Argüelles, solicitaba la supresión de la trata. Nadie combatió con mayores energías ambas proposiciones que Andrés de Jáuregui, representante por La Habana: manifestó que, de accederse a lo demandado por sus colegas, peligraría el orden en Cuba, y solicitó más adelante que se aumentase el número de soldados y milicianos que guardaban la Isla.

En Cuba las clases adineradas opinaban de igual modo. El Ayuntamiento habanero, el Real Consulado y la Sociedad Patrótica se apresuraron a secundar la protesta elevada por Someruelos contra el proyecto de abolición. Los esclavistas, a cuyo frente estaba Arango y Parreño, se movían activamente para impedir la desaparición de un estado de cosas que tanto beneficiaba a sus particulares intereses. En las clases bajas de la población blanca la palabra patria, que empezaban a escu-

char, no tenía más significado que el puramente telúrico. El esclavo era para ellas un compañero de trabajo al que miraban con la indiferencia característica de aquellos seres desconocedores de elevados ideales. Entre los siervos negros, donde parecía haberse apagado aquel espíritu de rebeldía que en no lejana época había impulsado a la protesta a las dotaciones de varios ingenios, y provocado la fuga a los montes de numerosos esclavos, sólo un pequeño grupo incubaba el propósito de imitar a los haitianos.

CAPÍTULO III

EXCLUSION DE LOS DIPUTADOS A CORTES

FUÉ precisamente en los días en que los "integristas" peninsulares y la aristocracia insular celebraban el triunfo alcanzado en las Cortes al lograr que no se suprimiese la trata ni se aboliera la esclavitud, permitiendo a unos y otros vivir satisfechos, cuando estalló la sublevación encabezada por José Antonio Aponte, negro libre habanero, de quien era máximo consejero "un general negro francés", recién llegado a La Habana, "que venía a conquistar la Isla y dar libertad a los negros". Era éste nada menos que Jean Francois, el almirante que sirvió a las órdenes de Henri Christophe, el rey de Haití vencedor de las tropas napoleónicas que pretendieron reconquistar para Francia la isla de Santo Domingo. Aponte, individuo cuya verdadera personalidad no fué debidamente aclarada, puesto de acuerdo con algunos haitianos, preparó una revolución cuya finalidad única fué la libertad y el predominio de los negros. Denunciada la conspiración por Esteban Sánchez, voluntario del batallón de pardos, dió lugar a levantamientos aislados en diversos sitios de Santiago de Cuba y Puerto Príncipe, en breve secundados por parte de las dotaciones de varios ingenios de la jurisdicción de La Habana, situados en Guanabacoa y Jaruco.

Dominado el movimiento después de algunos cruentos choques, a poco quedó restablecida la tranquilidad pública, atribuyéndose el fracaso de los alzados a la deficiente organización dada a la revuelta y, sobre todo, a que en La Habana, donde aquéllos tenían proyectado ocupar los cuarteles y apoderarse del armamento que serviría para pertrechar a los rebeldes e imponer la insurrección, nada pudieron éstos hacer debido a la celeridad con que actuó Someruelos al proceder, el mismo día —marzo 19 de 1812— en que le fué notificado lo que se maquinaba, a la detención de Aponte y ocho de sus principales corifeos. Con no menor rapidez fué tramitada la causa contra los presos. Fueron todos condenados, en 6 de abril siguiente, a morir en la horca. Y se ejecutó la sentencia tres días después. Contra muchos de sus secuaces se incoaron procesos. Se abarrotaron las cárceles de negros mientras el látigo

del verdugo azotaba las espaldas de numerosos infelices esclavos. Y "en lo adelante entre los blancos prevaleció la idea de que cualquier sublevación hallaría dispuestos a los negros a hacerse dueños del país". Se-mejante idea fué hábilmente explotada luego por los esclavistas para mantener atemorizadas a las clases pudientes y perpetuar en la Isla la más afrentosa de las instituciones padecidas por la humanidad.

Juan Ruiz de Apodaca, sucesor de Someruelos en la Capitanía General, asumió el mando en 14 de abril de 1812. En la Isla la situación era crítica. La lucha que sostenía la mayoría de las colonias hispano-americanas contra la Metrópoli se incrementaba y extendía al par que entre esos pueblos se consolidaba el sentimiento de solidaridad. Dos meses después estalló la guerra entre los Estados Unidos y la Gran Bretaña. Estos conflictos motivaron la disminución del tráfico marítimo. Empezaron a dejar de recibirse los situados que anualmente venían de México para ser invertidos en la compra de tabaco, construcción de naves, obras de fortificación y otros menesteres a cargo de las autoridades. En los Estados Unidos el inquieto Alvarez de Toledo, que había procurado la ayuda del gobierno de la Unión para independizar a Cuba, desistió de sus propósitos, alegando haber recibido cartas de esta isla y de la de Santo Domingo en las que se le indicaba que la ocasión no era propicia para iniciar una revolución en esos países, y, en consecuencia, buscó nuevo campo donde dar rienda suelta a su espíritu aventurero, entabló relaciones con patriotas mexicanos, participó en sus empresas y cesó por el momento de ser motivo de vigilancia e inquietud para los que gobernaban en Cuba.

Un inusitado acontecimiento ocupó la atención de los cubanos. La Constitución, acordada en las Cortes de Cádiz, fué puesta en vigor en el mes de agosto y se decretó la libertad de imprenta. Los criollos, sin excepciones, acogieron jubilosos esas y otras medidas de carácter liberal implantadas por Apodaca. El elemento español, en cambio, se sintió disgustado, estimando que la modificación introducida en el régimen habría de serle perjudicial al brindar mayores oportunidades a sus antagonistas políticos para exponer y divulgar sus ideales. Apodaca, conciliador, se esforzó, a pesar del estado de penuria que agobiaba al país y a los contados recursos de que disponía, en dar cumplimiento a las disposiciones constitucionales. Algunos periódicos aprovecharon la ocasión para hacer franca propaganda de las más exaltadas ideas políticas en tanto que otros dedicaban sus páginas a denostar a cuantos no comulgaban con sus opiniones. Esto irritó al gobernante, pero no impidió que, salvando dificultades, procediese a organizar e instalar los nuevos ayuntamientos, elegir diputados, constituir las diputaciones provin-

ciales y poner en marcha la administración judicial. Sin embargo, todo lo realizado no satisfizo a los cubanos partidarios de la completa igualdad de las provincias peninsulares y americanas. Creció el descontento. Arango y Parreño, que acababa de ser elegido diputado, estimó necesario dirigirse a sus conterráneos, y en un manifiesto publicado en 8 de julio de 1813 les recomendó "calma, paciencia e indulgencia", exponiendo lo peligroso que era confiar demasiado en obtener inmediatas mejoras.

Un año después Fernando VII restauró el absolutismo en España, decretó la derogación de la Constitución y anuló todo lo hecho por las Cortes de Cádiz. Apodaca, a quien complacía la real disposición, se mostró intransigente, como si con esta actitud quisiera reparar sus anteriores complacencias y asegurarse la incondicionalidad del elemento peninsular, a quien satisfacía lo que acababa de ocurrir. En el pueblo apenas había despertado interés alguno la vuelta al pasado. Decepcionados, algunos individuos de espíritu liberal tomaron el camino de la emigración. El teniente general José Cienfuegos y Jovellanos relevó en el Gobierno a Ruiz de Apodaca en 2 de julio de 1816. Su actuación inteligente y honesta le atrajo las simpatías de los cubanos cuyos intereses se sentían protegidos. En el transcurso de su gobernación se efectuó el tercer censo de la Isla, se suprimió el estanco del tabaco —la industria que empezaba a tomar grandes vuelos—, se establecieron los puertos libres y quedó abolida —sólo nominalmente— la trata africana por convenio entre España y la Gran Bretaña. El precario estado de salud del Capitán General permitió que el intendente Alejandro Ramírez fuese quien en realidad dirigiera la administración pública, de lo que resultaba incalculable bien para Cuba. Ramírez era un funcionario ejemplar, amante de la justicia, sabio y probo, reuniendo en sí las cualidades del verdadero estadista. Enfermo Cienfuegos, logró que se le relevase del cargo, y fué sustituido en 19 de agosto de 1819 por el teniente general Juan Manuel Cagigal, "hombre achacoso y de poca energía".

La situación económica de la Isla había mejorado en el transcurso de los últimos años y las relaciones entre peninsulares y criollos parecían ser menos tirantes, no habiendo ocurrido incidentes ni manifestación pública alguna en que se exteriorizase la inconformidad de los cubanos con el régimen político imperante. No obstante, existía la certeza de que diversos grupos de la sociedad nativa persistían en sus propósitos de desligar a Cuba de España. Inflúan sin duda en aquella evidente apatía el auge que iban tomando las actividades comerciales, que absorbían la atención general, y, quizá, más que otra cosa, el escepticismo

motivado por los fracasos recientemente sufridos por la insurrección de las colonias españolas, que parecían alejar las posibilidades de fomentar, en aquellos momentos, una revolución independentista. Pero al restablecerse por segunda vez en Cuba el sistema constitucional, en abril de 1820, hubo un renacer de esperanzas en los partidarios de la libertad.

Cagigal, quien se había negado a disponer la jura constitucional alegando no haber recibido notificación oficial que así lo ordenara, fué obligado, en la mañana del 16 de dicho mes y año, por las tropas de la guarnición de La Habana y gran número de paisanos, a proclamar inmediatamente la Constitución, lo que hizo desde los balcones de la Capitanía General, en medio de las amenazas y los dicterios que le eran dirigidos, mandando que aquélla fuese jurada y se estableciera en toda la Isla por los llamados a exigir su observancia. No fueron, sin embargo, los elementos liberales cubanos los que más empeño mostraron en dicha restauración. Los grandes comerciantes peninsulares, descontentos con los gobernantes y, de modo especial, con el intendente Ramírez, que resultaba un estorbo para el desarrollo de sus turbios negocios, eran los que con mayor ahinco habían laborado por restablecer el régimen que tan nocivo les pareciera no muchos años hacía. Menudearon las riñas y los alborotos y por momentos se marcaba más la línea divisoria entre los peninsulares —a quienes comenzó a llamarse *serviles* y *godos*— y los hijos del país —a los que aquéllos denominaban despectivamente *criollos* o *mulatos*—, considerados como inferiores.

El sector nativo continuaba, a pesar del liberalismo de la mayoría de sus componentes, desunido y formando tres grupos: a) el de los adictos a España, que seguía siendo el más numeroso e influyente; b) el de los anexionistas, partidarios de romper con la Metrópoli, pero convencidos de que, no contando Cuba con medios para hacerse libre, ni tampoco para, caso de lograrlo, mantener su independencia, era preferible se incorporase a los Estados Unidos de América; c) el de los separatistas, gente joven casi toda ella, intelectuales, profesionales y elementos de la clase media “sin grandes intereses que defender ni esclavos que conservar”. Los peninsulares intransigentes tenían por jefe al doctor Tomás Gutiérrez de Piñeres, clérigo demagogo, procaz y deslenguado, enemigo acérrimo de los criollos. Tal era la situación en Cuba cuando, en 3 de marzo de 1821, se hizo cargo de la Capitanía General el anciano Nicolás Mahí y Romo, cuyo breve período de gobierno fué una ininterrumpida borrasca política, alternando las disensiones entre piñeristas y criollos con los disturbios que repetidamente provocaban los soldados españoles que, amargados por las derrotas sufridas en México y la América del Sur, continuamente estaban arribando a La Habana.

Consumado el derrumbe del imperio hispano en América, al ser reconocida la independencia de sus colonias, primeramente por los Estados Unidos y a continuación por la Gran Bretaña, el prestigio de la Metrópoli sufrió rudo golpe. El sentimiento antiespañol de los criollos que combatían a los piñeristas se propagó a los elementos populares, hasta entonces casi indiferentes a la lucha política que venía desarrollándose desde que los intereses de los peninsulares empezaron a chocar con los de las clases rica y media cubanas. El pueblo, que a diario era testigo del deplorable espectáculo ofrecido por los refugiados civiles y militares, descontentos e indisciplinados, que, después de ser vencidos en el Continente, vagaban por las calles de la capital, no ocultaban su admiración hacia Bolívar, San Martín, Páez y demás caudillos de la independencia, sintiendo el deseo de emularlos y de ver a Cuba convertida en un país libre y soberano.

Ya el ideal separatista no era privilegio exclusivo de determinados sectores de la sociedad cubana. Sus raíces crecían en la entraña del pueblo, pero la mayor oposición a un movimiento tendiente a independizar a la Isla partía de la clase representativa de las riquezas, conservadora por naturaleza y temerosa de que cualquiera conmoción que se promoviese fuera aprovechada por los negros, que estaban en mayoría, para imponerse y convertir a Cuba en un nuevo Haití. Contra este recelo iba encaminada la propaganda de las logias masónicas y sociedades secretas que en distintos lugares de la Isla dieron abrigo a los que conspiraban contra España. En Bayamo, Puerto Príncipe, Trinidad y Sancti Spiritus se repetían los motines y alborotos por parte de los "enemigos de la Nación y del Rey", llegando en ocasiones a desarmar a los soldados, complaciéndose en desobedecer las providencias del Gobierno, hacer escarnio de sus representantes y mantener la inquietud entre las autoridades militares.

El temor a lo que pudieran hacer los negros en caso de una revuelta armada impulsaba a un grupo de cubanos—entre los que, se decía, figuraban además varios emigrados— a fraguar un plan de anexión a los Estados Unidos, enviándose proposiciones en ese sentido al presidente James Monroe en septiembre de 1822. El propósito de sus iniciadores era independizar primero a Cuba e inmediatamente pedir su incorporación a esa república. Este proyecto fué ampliamente discutido por Monroe y su gabinete, algunos de cuyos miembros simpatizaban con la idea, decidiéndose al fin comunicar al agente que había intervenido en el asunto—un "Mr. Sánchez"— que, siendo España una nación amiga, resultaba imposible acceder a lo proyectado, pero que "el gobierno de los Estados Unidos abrigaba los más amistosos sentimientos hacia los ha-

bitantes de Cuba y conocía los intereses comunes que debían conducir a una conexión más íntima entre ellos y los norteamericanos”.

En las elecciones de diputados efectuadas a mediados de diciembre de 1822 la tirantez de relaciones entre criollos y peninsulares se hizo más evidente que nunca. Los cubanos eligieron al presbítero Félix Varela, a Leonardo Santos Suárez y a Tomás Gener, derrotando decisivamente a los piñeristas. Entonces, éstos propagaron el rumor de que estaba a punto de estallar una revolución encaminada a exterminar a cuantos españoles residían en la Isla. Los milicianos peninsulares se prepararon para repeler cualquiera agresión y exigieron que se expulsara de esas fuerzas a los criollos. El choque era inminente cuando Sebastián Kindelán, sucesor de Mahí —fallecido el 21 de julio anterior—, a ruegos del Ayuntamiento, la Diputación Provincial y los jefes de la guarnición, firmó una alocución conciliadora, demandando de los amotinados que depusieran su actitud. Grupos de paisanos se hicieron fuertes en los barrios extramuros de la capital, comunicando al Gobernador que podía disponer de ellos para reducir a los sediciosos. Kindelán, temeroso de las consecuencias a que pudiera dar origen una lucha entre milicianos españoles y cubanos, optó por parlamentar con los jefes de ambos bandos, y consiguió que se restableciera la tranquilidad.

Cuando, el 2 de marzo de 1823, el teniente general Francisco Dionisio Vives dió comienzo a su gobierno en Cuba, la situación del país era asaz comprometida. El nuevo gobernante, cuya estancia en Wáshington como ministro de España le había facilitado el conocimiento de cuanto en la Isla ocurría y de las intrigas que en torno a ella se desenvolvían, inició prudentemente sus labores tratando de armonizar las opuestas tendencias de criollos y peninsulares, procediendo de acuerdo con las clases ricas, las instituciones políticas y administrativas creadas por la Constitución y los organismos de más prestigio en la sociedad cubana, y respetando además, cuidadosamente, las atribuciones de la judicatura. Su mayor preocupación por el momento fué, sin embargo, averiguar lo que se tramaba en las sociedades secretas, cuyo número había aumentado considerablemente en los últimos años, extendiéndose a través de la Isla. Los liberales criollos se habían agrupado en las logias masónicas, mientras que los peninsulares, “comuneros”, se reunían en otras organizaciones de aquella naturaleza. Unas y otras constituían motivos de incesante perturbación, pero el peligro mayor y más inminente radicaba en las primeras, por lo cual Vives procuró a toda costa, consiguiéndolo, que sus espías se afiliaran a las mismas y lo mantuvieran enterado de lo que en su seno se fraguaba por los enemigos de España.

Primer fruto de esa labor inquisitiva fué el descubrimiento de la conspiración preparada por la más importante de las asociaciones secretas entonces existentes en Cuba, la llamada Soles y Rayos de Bolívar, fundada en 1821 por José Francisco Lemus y dirigida por éste, el argentino José A. Miralla, Félix Tanco, Juan Jorge Peoli, José Teurbe Tolón y otros individuos bien conocidos por sus actividades revolucionarias. Tenía por finalidad establecer la República de Cubanacán y contaba con más de seiscientos afiliados en distintos lugares de los territorios de Pinar del Río, La Habana y Matanzas. Existían indicios de que núcleos de cubanos antiespañoles de Puerto Príncipe y Santiago de Cuba cooperaban a la consecución del indicado propósito. Un artículo reproducido por un periódico habanero, *El Revisor*, en que se decía que "la independencia era la única solución conveniente, tanto para evitar el restablecimiento del absolutismo como para impedir el pasar la Isla a manos de los ingleses", causó profunda impresión y redobló el vigor de los conspiradores.

No esperó Vives a que se complicase más el asunto y procedió a ordenar la detención de los dirigentes del movimiento en que aparecían ligados, "indistintamente, personas decentes con pardos y morenos", predominando entre los encausados "jóvenes irreflexivos" e "incautos y candorosos campesinos". Uno de estos jóvenes era el poeta José María Heredia. Figuraban asimismo en la conspiración jueces, sacerdotes, oficiales de milicias, intelectuales y pequeños propietarios, señal inequívoca de "que el espíritu revolucionario había hecho grandes progresos en Cuba". Esta conspiración dió motivo a un prolongado proceso en el que se vieron envueltas numerosas personas, y, aunque se trataba en realidad de un hecho sumamente grave, Vives estimó que lo más prudente era, en vez de imponer castigos excesivos y extremar las persecuciones, restablecer el sosiego y la paz pública y dar por terminada cuanto antes la causa. Acorde con sus deseos, el tribunal que conoció del proceso se limitó a imponer—en 24 de diciembre de 1824—pena de destierro a veinticinco personas, Lemus entre ellas, enviándolas bajo registro a España a disposición del Gobierno. En libertad quedaron los restantes detenidos, sin más sanción que el pago de una leve multa.

Mientras tocaba a su fin la tramitación de esa causa, otros importantes acontecimientos habían ocurrido en España y Cuba. En la Península, donde la restauración del régimen absolutista por Fernando VII había provocado una bárbara y sangrienta persecución contra todas aquellas personas que se habían distinguido por sus ideas liberales, imperaba el terror. En la Isla la mayoría de sus habitantes acató sin protestas el cambio de sistema, convencida sin duda de que lo ocurrido para

nada habría de influir en alivio de la situación política, más insegura cada día. Sólo en algunas logias masónicas del interior del país fué desobedecida la orden de clausura dictada contra las mismas, obligando a la fuerza pública a darle cumplimiento. En La Habana, en 1824, el alférez de dragones, Gaspar Antonio Rodríguez, encabezó una conspiración en la que participaron "criollos separatistas y españoles constitucionalistas", rara amalgama al parecer dispuesta a restablecer el régimen constitucional. Este movimiento contó también con partidarios en Pinar del Río y Matanzas, ciudad esta última donde Rodríguez se rebeló contra los que iban a reducirlo a prisión, y en compañía de varios subalternos huyó al campo. Después de vagar durante algunas semanas de un lado a otro sin hallar "media docena de aquellos hombres que tanto blasonaban de liberales" prestos a imitarlo, burlando a sus perseguidores, el Alférez escapó a México. Refiriéndose allí a lo que acababa de sucederle en Cuba, declaró que "su propósito había sido fundar una república de españoles americanos y europeos".

Grandes y fundadas eran las esperanzas de los separatistas cubanos cuando, en la primavera de 1826, se reunieron en Panamá, por iniciativa de Bolívar, los delegados de varias repúblicas americanas que iban a tratar, entre otros importantes asuntos, de la formación de una confederación de pueblos del Nuevo Mundo y de su común defensa. Bolívar, en mayo del año anterior, había prometido a José Agustín Arango —que lo visitó en Lima en representación de un grupo de revolucionarios cubanos y sudamericanos— que en dicho Congreso plantearía la cuestión de libertar a Cuba, cuya causa veía con simpatía, no sin advertir que el apoyo colectivo de las nuevas repúblicas al plan de emancipación de la Isla era asunto que sólo podía ser resuelto en la junta de Panamá convocada para 1826. En Colombia y México, países a los cuales Fernando VII se obstinaba en reincorporar a España, se habían trazado planes, ya muy adelantados en su ejecución, para invadir a Cuba y darle la libertad, obstaculizando de esa manera los propósitos del déspota hispano inspirador de feroz reacción política. Los Estados Unidos eran opuestos a semejante proyecto independentista por entender que en aquellos momentos lo que más convenía a sus intereses era que Cuba continuase en poder de España. En consecuencia, dieron instrucciones en ese sentido a sus delegados a la citada reunión —a la que solamente concurrieron los representantes de cuatro naciones de América—, fracasando, junto con la idea de formar una liga de pueblos de este continente, la proyectada liberación de Cuba. Fué así como se frustraban las esperanzas de un país al que se condenaba a permanecer esclavo en medio de la América libre.

La gravedad de los sucesos que venían desarrollándose en Cuba, amenazada de una probable invasión y constantemente intranquilizada por la labor de los grupos revolucionarios que dentro y fuera del país conspiraban tratando de provocar un levantamiento armado, dió motivo a la constitución, en 1825, de la Comisión Militar Ejecutiva y Permanente de la Isla de Cuba, facultada para juzgar a "los enemigos de los legítimos derechos del Trono", a "los que promuevan alborotos" o "escriban papeles o pasquines dirigidos a aquellos fines" y, además, a "los ladrones y malhechores". En lo adelante el Capitán General dispondría de un tribunal dócil a sus mandatos, capaz de castigar rigurosamente a cuantos osaran exponer opiniones o realizar hechos contrarios al despotismo por él representado. Y, como si no bastase con todo esto, a los pocos días fué dada a conocer una Real Orden—de fecha 28 de mayo de 1825—otorgando a la citada suprema autoridad las prerrogativas extraordinarias concedidas a los gobernadores de plazas sitiadas. "En su consecuencia—decía ese documento—da su Majestad a V. E. la más amplia e ilimitada autorización, no tan sólo para separar de esa isla a las personas empleadas o no empleadas, cualquiera que sea su destino, rango, clase o condición, cuya permanencia en ella crea perjudicial o que le infundan recelos su conducta pública o privada, reemplazándolas interinamente con servidores fieles a su Majestad y que merezcan a V. E. toda su confianza, sino también para suspender la ejecución de cualesquiera órdenes o providencias generales expedidas sobre los ramos de la administración en aquella parte en que V. E. considere conveniente al real servicio."

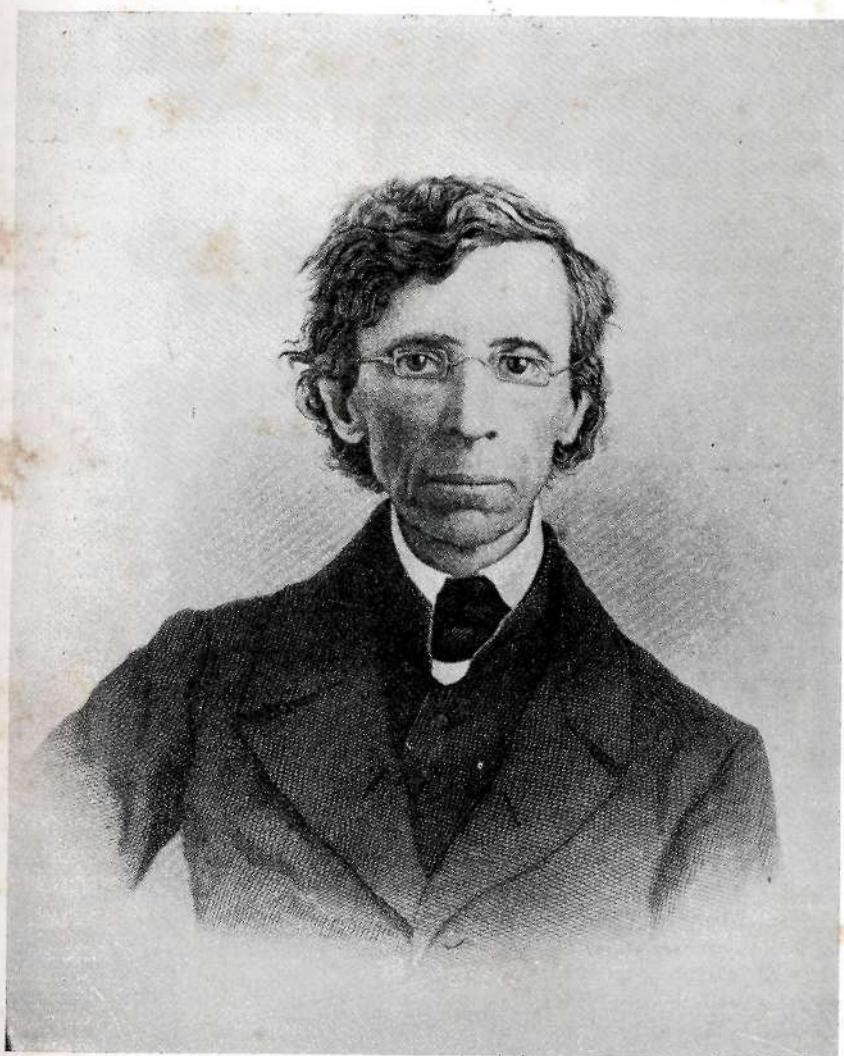
Las facultades omnímodas que dicha Real orden daba a los gobernadores de Cuba y el organismo de represión política encarnado en la Comisión Militar no fueron suficientes para reprimir las actividades separatistas de los cubanos. Dos patriotas, Francisco Agüero Velazco y Manuel Andrés Sánchez, en unión de otros, en diciembre de 1825 fletaron en Jamaica la balandra inglesa *Merylandia*, en la que al mes siguiente arribaron a Sabana la Mar, cerca de Santa Cruz del Sur, con el propósito de promover la insurrección que debía producirse tan pronto se iniciara la invasión de la Isla, o antes si encontraban favorable ambiente para un movimiento de tal naturaleza. Avisado el Gobernador de Santiago de Cuba de la presencia de esos individuos en tierras camagüeyanas, lo notificó al alcalde de Puerto Príncipe, Feliciano Carnesoltas, quien en compañía del de la Santa Hermandad y del capitán de la cuadrilla rural, partió con rumbo al ingenio *Las Cuavas*, propiedad de Francisco Zequeira, donde a las tres y media de la madrugada del

20 de febrero sorprendió a Agüero y a Sánchez, ocupándole a cada uno un par de pistolas, cartuchos embalados, cuchillos, mochilas de cuero, títulos y papeles comprometedores.

Conducidos inmediatamente a Puerto Príncipe, fueron encerrados en los calabozos del cuartel donde se alojaba el batallón de Infantería de León, iniciándose contra ellos proceso por conspiración contra el Estado. El fiscal de la causa, Anselmo de Bierna, los acusó de haberse dirigido "disfrazados, armados y municionados" al citado ingenio, desde donde se pusieron en comunicación con otros conspiradores y comenzaron su propaganda revolucionaria. Se trataba, añadía, de dos jurados enemigos de España, entusiastas simpatizadores de la libertad e independencia de Cuba, que venían a promover una insurrección en momentos en que la Isla se hallaba amenazada por una invasión organizada por elementos extranjeros hostiles al régimen español. "Por todas estas razones—decía el fiscal al terminar su acusación—, ajustándome a las disposiciones de los códigos, haciendo culpa y cargo contra ellos, de emisarios y seductores y espías convictos, los acuso grave y criminalmente, y, sin mencionar acciones civiles ni confiscación por la carencia de bienes, pido, en definitiva, que acortando términos se les aplique la pena última con el fin de que esta pena infunda temor y espanto a los traidores y especialmente a los demás espías y emisarios que con seguridad hay en la Isla."

Inútiles fueron las razones aducidas por el licenciado José María Agramonte, defensor de Agüero, y por Domingo Sterling Heredia, que lo era de Sánchez. El tribunal, sordo a las elocuentes palabras de entrambos letrados, condenó a los reos a la pena de horca, cumpliéndose la sentencia el día 16 de marzo de 1826. Era la primera vez que en Cuba se castigaba con la muerte el amor a la independencia patria. No eran, sin embargo, los separatistas cubanos quienes más "horror y espanto" sentían en aquellos tristes momentos. El rápido y radical cambio experimentado por la opinión pública al conocer la pujanza que iban adquiriendo los enemigos de España en el continente americano desconcertaba y alarmaba al elemento peninsular, contagiado a la vez por los recelos de unas autoridades a las que cada día se les hacía más difícil, a pesar de las facultades extraordinarias de que había sido investido su máximo jefe, reprimir las ansias de libertad de un pueblo que no se resignaba a quedar a la zaga de los demás países hermanos, ya libres, del Hemisferio Occidental.

Vives, el gobernante de temperamento afable, compasivo e inclinado al bien, pero de carácter reservado, de penetración aguda, activo cuando lo requerían las circunstancias, comprendió la conveniencia de abando-



PRESBITERO FÉLIX VARELA Y MORALES

PRESBITERO FÉLIX VARELA Y MORALES. Sabio y ejemplarísimo sacerdote habanero, que alentado y sostenido por el gran obispo Espada llevó a cabo, entre nosotros, la reforma de los estudios filosóficos. A instancias del propio prelado, Varela, espíritu proteico, abandona las aulas del Seminario para mostrar, en más amplia esfera —las Cortes españolas— sus grandes talentos y la honradez de sus propósitos. La caída del régimen constitucional (1823), le obliga a refugiarse en los Estados Unidos, de donde no saldrá más, y allí, patriota integérrimo, se convierte en el primer revolucionario de Cuba, por haber propugnado, antes que nadie, la necesidad de alcanzar la independencia absoluta; y, soldado firmísimo de Cristo, en denodado campeón de la fe y de la iglesia católicas. El profeta de *El Habanero* —bautizado como Martí en la Iglesia auxiliar del Santo Angel Custodio, de esta ciudad, y por las manos también de un capellán castrense—, sufre su glorioso tránsito el 25 de febrero de 1853, unas semanas después del día en que adviene a los caminos del mundo el genio extraordinario que habría de alentar y calorizar, para darle feliz cumplimiento, sus mismas ansias de redención política y social.

Grabado en acero que figura en la *Vida del presbítero don Félix Varela*, por José Ignacio Rodríguez (Nueva York, 1878).

nar el empleo de métodos duros y crueles. Estimó que el mejor sistema que pudiera poner en práctica para evitar que la Isla dejase de pertenecer a España consistía en estimular y fomentar las miserias morales de un pueblo que, entregado a la licencia y el libertinaje, no acertaría a darse cuenta del bien que habría de representarle la libertad. Fué por eso por lo que durante la última etapa de su dilatado gobierno tolerase a sabiendas, complacido tal vez, los vicios que creía absorberían la atención de sus gobernados, desviándolos de toda actividad política. La posesión de Cuba y el bienestar material le parecían estar más asegurados con este su modo de proceder, en lo que quizá no sufrió equivocación, ya que al dejar el mando, en 1832, reinaba en la Isla una a modo de tregua en las actividades contrarias a la dominación española.

No quería esto decir que la división entre peninsulares y criollos hubiera desaparecido. Al contrario, cada día era más honda. Fuera de los motivos de sentimiento y de instinto que la suscitaban, había otros fundamentales. El principal era el menosprecio con que el inmigrante español, por lo común ignaro y pobre, miraba al cubano. El primero se consideraba amo y señor, superior, por consiguiente, al segundo. España era la metrópoli de donde venían los gobernantes, los altos funcionarios. Cuba, la colonia que permitía ser explotada por aquéllos, y estaba obligada a obedecerlos. Otras de las causas del distanciamiento eran el proteccionismo español que impedía al productor nativo disponer de amplia libertad comercial para vender sus frutos a quien mejor se los pagase o adquirir lo que necesitaba de quien mayores ventajas de calidad y precio le ofreciera, y el incremento de la esclavitud. Mostrábanse los criollos de ideas liberales partidarios de su abolición, mientras que los comerciantes peninsulares, en cuyas manos estaba el pingüe negocio de la trata, se esforzaban por mantenerla, contando para ello con la complicidad de altos funcionarios y autoridades.

La propaganda revolucionaria realizada por los patriotas que se habían visto obligados a salir de Cuba era cada vez más intensa. Félix Varela, el sabio sacerdote que años antes, desde su cátedra de Filosofía del Seminario de San Carlos había "enseñado a pensar" a los cubanos, se hallaba en los Estados Unidos de América, donde se refugió al huir de España después de participar en las Cortes que el feroz encono y el deseo de venganza de Fernando VII habían disuelto. Ya su famoso periódico *El Habanero* —cuyos números hubo de calificar de "opúsculos incendiarios" una autoridad española de la época— había dejado de publicarse, y aunque, apartado de las actividades políticas, no mostraba el entusiasmo de antaño, no por eso dejaba de contribuir a mantener

vivo el espíritu revolucionario, sirviendo de guía a otros cubanos, discípulos suyos, que a su lado aprendieron a amar la libertad y a luchar por el bienestar de su patria.

El gobierno del teniente general Mariano Ricafort —15 de mayo de 1832 a 1º de junio de 1834— se limitó a seguir las huellas de su antecesor. Durante su breve período de mando sólo dos acontecimientos de carácter político lograron interesar a la opinión pública: su oposición a que en Cuba se aplicase en toda su extensión la amnistía decretada en 13 de octubre de 1832, lo que impidió el regreso a la Isla de los expatriados—Heredia entre ellos— cuya presencia en la misma se consideraba peligrosa a la tranquilidad del país, y la violenta polémica a que dió lugar el establecimiento de la *Academia Cubana de Literatura*, combatida por Juan Bernardo O'Gabán y Antonio Zambrana, presidente y secretario, respectivamente, de la *Sociedad Patriótica de Amigos del País*, y defendido enérgicamente por José Antonio Saco. Acusada, aunque de un modo velado, de ser "independiente" o separatista la novel institución, Saco desvirtuó esa comprometedora sospecha publicando un folleto, *Justa defensa de la Academia*, en el que atacó dura, pero respetuosamente a O'Gabán. Pronto la disputa se transformó en un debate político que exacerbó los ánimos, provocando la intervención del Capitán General, que precisamente en esos mismos días acababa de reemplazar en la gobernación de la Isla al incoloro Ricafort.

Dominaban entonces en España los liberales o constitucionalistas que la regente María Cristina había llevado al Poder, buscando su apoyo para anular a los conservadores—nobleza y clero—, partidarios de que el Trono fuera ocupado por el príncipe Carlos, hermano del difunto Fernando VII. Las ideas del pretendiente Carlos, ranciamente tradicionalistas, estaban más en consonancia con las que abrigaban los conservadores. Los partidarios del absolutismo en Cuba, representados por la nobleza criolla, habían apoyado al fallecido monarca, suministrándole dinero y gozando de su amistad, lo cual había sido muy mal visto por los titulados "liberales". Precisaba, pues, hacer comprender a los cubanos que las cosas habían cambiado, y para conseguirlo nada más a propósito que imponerles un gobierno despótico, a unos por separatistas y a otros por conservadores. Esa fué la causa a que obedeció el nombramiento de Miguel Tacón y Rosique, hombre de carácter autoritario, quien se hizo cargo del mando de la Isla en 1º de junio de 1834.

Disfrutaba Tacón de bien ganada fama como gobernante absolutista, arbitrario y vengativo. Había participado en la guerra contra los patriotas sudamericanos, siendo derrotado por éstos. Vuelto a España, sucesivamente fué nombrado gobernador de Málaga y de Sevilla, mos-

trándose siempre rencoroso y cruel. Su primera actuación en Cuba se dirigió contra los elementos maleantes que tenían convertida La Habana en un inmenso garito —había cincuenta casas de juego y unos diez mil tahures—, y en persecución de los malhechores que a mano armada asaltaban y robaban aun en los lugares más céntricos de la capital. Esto le granjeó de inmediato las simpatías de las personas amantes del orden, cansadas ya de soportar las inmoralidades toleradas por Vives y Ricafort. Indudablemente, Cuba contaba ahora con un gobernante capaz de garantizar la seguridad personal y la paz pública.

Los enemigos de Saco acudieron en queja ante Tacón, y éste, que venía decidido a poner en práctica la política de represión y hostilidad que le había sido recomendada o, mejor dicho, ordenada en España, aprovechó la oportunidad, prestando oídos a los acusadores. Sin más trámites, sin escuchar siquiera los descargos del acusado, decretó el destierro del mismo a la villa de Trinidad en 17 de julio, cuando todavía no habían transcurrido dos meses desde el día en que tomó posesión el irascible mandatario. El hecho narrado probaba una vez más que Tacón gobernó siempre sin otros consejeros que su rencoroso carácter. En esta ocasión obró predispuesto contra el sabio profesor en quien se le había hecho ver a un temible enemigo del régimen colonial. Saco, por su parte, atribuyó lo sucedido a motivos puramente personales, sobre todo a la inquina que en distintas ocasiones le había mostrado el Intendente de Hacienda, Claudio Martínez de Pinillos, conde de Villanueva.

A partir de entonces no desaprovechó ocasión el ensoberbecido gobernante para hostilizar a los criollos, de quienes aseguraba: "Tienen en la masa de la sangre el deseo de la independencia". Veía en todos los hijos del país, sin distinción de clases, a "hombres perniciosos", tratándolos como a odiados adversarios y traidores convictos. En adición a tamañas injusticias, implantó una rígida censura, vigiló la correspondencia de numerosas personas de significación y dispuso de un servicio de espionaje que lo mantenía informado de cuanto hacían o decían los individuos considerados como desafectos a España. Tal cúmulo de arbitrariedades intensificó el odio a la tiranía ejercida por el déspota español y provocó entre los intelectuales cubanos la campaña opositora de que fueron principales dirigentes José Antonio Saco, José de la Luz y Caballero y Domingo del Monte.

Proclamada de nuevo en España la Constitución de 1812, los "liberales" fueron sucedidos en el poder por el partido "progresista". Al ser conocida en la Isla tan grata nueva, el gobernador de Santiago de Cuba, general Manuel Lorenzo, inmediatamente puso en vigor las disposiciones ordenadas por aquella pragmática. Lo ocurrido irritó a Ta-

cón, quien, aduciendo que las noticias por él recibidas lo autorizaban a proceder en Cuba en la forma que más conveniente estimase, ordenó a Lorenzo revocar lo hecho, y dispuso preparativos militares encaminados a sofocar la rebeldía del jefe constitucionalista que se había negado a obedecer a Tacón. Próxima a verse atacada la ciudad de Santiago de Ccba por las tropas enviadas por el Capitán General, y abandonado Lorenzo por muchos de sus parciales, vióse obligado a embarcarse a bordo de la *Vestal*, corbeta inglesa de guerra, en compañía de algunos santiagueros que se habían distinguido como entusiastas liberales, zarpando todos rumbo a Cádiz.

En tanto que en la capital del Departamento Oriental de Cuba se desarrollaban los sucesos narrados, el gobierno español dictaba dos resoluciones: que no se pusiera en vigor la Constitución en Cuba, pero que se eligieran diputados a las Cortes convocadas para acordar la carta fundamental porque habría de regirse la nación española. Efectuados los comicios en 6 de noviembre de 1836, la enemiga de los cubanos hacia Tacón quedó evidenciada en forma que no dejaba dudas. Todos los diputados electos habían nacido en la Isla. Fueron éstos: José Antonio Saco, el ilustre bayamés a quien el propio Tacón consideraba como su peor enemigo; Nicolás Manuel de Escovedo, discípulo de Varela y hombre de gran influencia entre la juventud; Juan Montalvo y Castilla, que ya se había distinguido como liberal denunciando en España el régimen de terror implantado en Cuba, y Francisco de Armas, camagüeyano de quien nadie podía decir que fuese amigo del odiado gobernante.

Estos diputados, elegidos de acuerdo con el real decreto de 21 de agosto de aquel mismo año, al presentarse en Madrid —con excepción de Escovedo— a tomar posesión de sus cargos, no fueron admitidos en las Cortes. Reunido el Congreso en sesión secreta, acordó que en otra pública se declarase, como así se hizo, que, no siendo posible aplicar a las provincias ultramarinas de América y Asia la constitución que había de adoptarse para la Península e islas adyacentes, serían dichas provincias regidas y administradas por leyes especiales, análogas a sus respectivas circunstancias y propias para hacer su felicidad, y que, en consecuencia, no tomaran asiento en las Cortes los diputados por las expresadas provincias. A favor de la exclusión se contaron noventa votos y en contra sesenta y cinco, mientras que el "régimen especial" fué aprobado por ciento cincuenta y cinco votos contra sólo dos. Contra semejante atropello la delegación cubana presentó un escrito de protesta, joya de precisión y energía, redactado por Saco. De nada valió esto y lo decidido por las Cortes se llevó a cabo sin esfuerzo.

Cuba, considerada como provincia española durante más de tres siglos, quedaba convertida en "colonia sin representación ni derechos y gobernada militarmente". Al conocerse en la Isla lo sucedido a sus representantes en la Metrópoli, un sentimiento de bien justificado y vengativo despecho e indignación "se encendió entre todos los cubanos hasta contra el nombre de España", avivándose y generalizándose el deseo, hasta entonces todavía contenido en muchos, de liberar cuanto antes a su país de tan injusta y despótica dominación. En lo sucesivo sería difícil que hubiese quien confiara en que mediante procedimientos conciliadores lograra Cuba, a la que se acababa de expulsar de la familia hispana, ver libres y felices a sus hijos. Para los patriotas cubanos comenzaba otra era de sufrimientos, más penosa aún que las precedentes. Nuevas conspiraciones y levantamientos armados vendrían a mostrar al Mundo que el espíritu de sacrificio y lucha no había abandonado a un pueblo que, como el de Cuba, estaba dispuesto a conquistar su libertad.

FUENTES

CAPITULO I

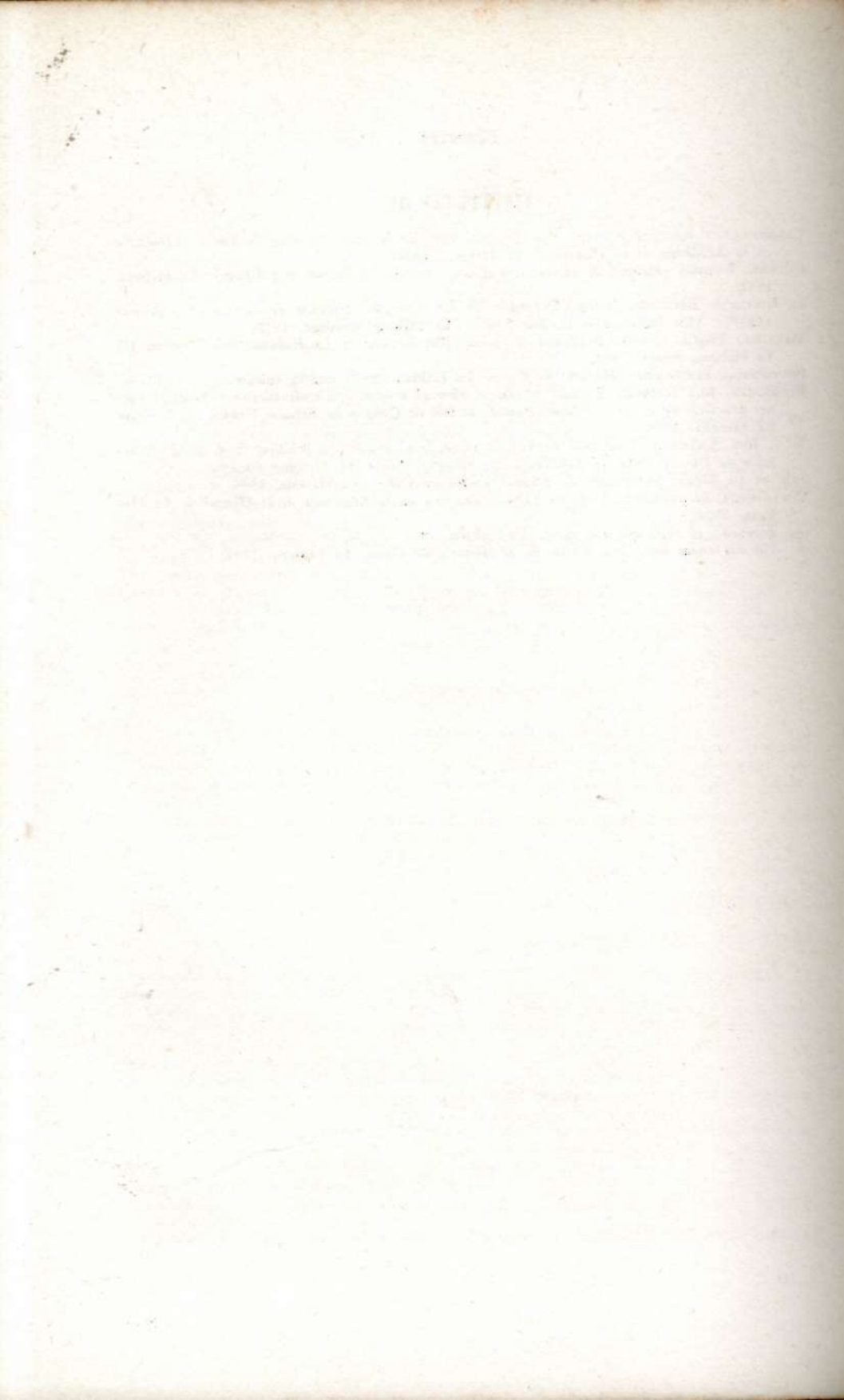
- GUERRA, RAMIRO. *Manual de Historia de Cuba (Económica, social y política.)* La Habana, 1938.
- LAS CASAS, LUIS DE. *Carta del gobernador de la Havana don Luis de las Casas al Excmo. Sr. don Eugenio Llaguno. Havana octubre 7 de 1796.* Archivo General de Indias, Sevilla, España, estante 80, caja 1, legajo 49.
- *El gobernador de la Havana instruye de los rumores esparcidos en aquella ciudad sobre recelos de conmoción. Havana, noviembre 13 de 1794.* Archivo General de Indias, Sevilla, España, Audiencia de Santo Domingo, Estado, legajo 14.
- PÉREZ CABRERA, JOSÉ MANUEL. *Don Luis de las Casas, fundador de la Sociedad Económica.* (En *Recopilación para la Historia de la Sociedad Económica Habanera*, tomo I.) La Habana.
- PORTUONDO, FERNANDO. *Historia de Cuba.* Cuarta edición. La Habana, 1950.
- SANTOVENIA, EMETERIO S. *Luis de las Casas, un gobernante creador.* La Habana, 1945.
- *Un día como hoy. 366 fechas en la Historia de Cuba.* La Habana, 1948.
- XIMENO, JOSÉ MANUEL DE. *El general Miranda y la independencia de Cuba.* (En *Indice*, año I, núm. 1.) La Habana, diciembre, 1936.

CAPITULO II

- ACADEMIA DE LA HISTORIA DE CUBA. *Joaquín Infante.* La Habana, 1930.
- ALVAREZ DE TOLEDO, JOSÉ. *Contestación a la carta del Indio Patriota con algunas reflexiones sobre el diálogo entre El Entusiasta Liberal y El Filósofo Rancio y sobre las notas anónimas con que ha salido reimpreso el Manifiesto de don José Alvarez de Toledo.* Filadelfia, 1812.
- *Manifiesto o satisfacción pundonorosa, a todos los buenos españoles europeos, y a todos los pueblos de América.* Philadelphia, 1811.
- AVISO DE LA HABANA, EL. La Habana, octubre 31, 1809.
- CARBONELL Y RIVERO, NÉSTOR. *Los protomártires de la independencia de Cuba.* (Discurso en la Academia de la Historia.) La Habana, 1926.
- GUERRA, RAMIRO. *Manual de Historia de Cuba (Económica, social y política.)* La Habana, 1938.
- GUTIÉRREZ, GUSTAVO. *Bolívar: el hombre.* (En *Revista de La Habana*, vol. I, núm. 3.) La Habana, marzo, 1930.
- MENSAJERO DE LA HABANA, EL. (Suplemento al núm. 48.) La Habana, junio 19, 1809.
- PORTUONDO, FERNANDO. *Historia de Cuba.* La Habana, 1950, cuarta edición.
- RODRÍGUEZ, JOSÉ IGNACIO. *Estudio histórico sobre el origen, desenvolvimiento y manifestaciones prácticas de la idea de la anexión de la Isla de Cuba a los Estados Unidos de América.* La Habana, 1900.
- SANTOVENIA, EMETERIO S. *Bolívar y las Antillas hispanas.* Madrid, 1935.
- *Un día como hoy. 366 fechas en la Historia de Cuba.* La Habana, 1946.
- TRELLES Y GOVÍN, CARLOS M. *Un precursor de la independencia de Cuba: Don José Alvarez de Toledo.* (Discurso en la Academia de la Historia.) La Habana, 1926.
- VALLE-HERNÁNDEZ, ANTONIO DEL. *Sucinta relación de la situación presente de esta colonia — 1800.* (En *Boletín del Archivo Nacional*, números 2-3.) La Habana, 1918.
- XIMENO, JOSÉ MANUEL DE. *Bonaparte, Someruelos y los cubanos.* (En *Indice*, año III, números 7-12.) La Habana, julio-diciembre, 1938.
- *El primer cartel separatista.* (En *Miramar Yacht Club*, año 2, núm. 3.) La Habana, marzo, 1930.
- *Román de la Luz.* (En *Indice*, año V, números 4-7.) La Habana, abril-julio, 1940.

CAPITULO III

- CARBONELL Y RIVERO, NÉSTOR. *Los protomártires de la independencia de Cuba*. (Discurso en la Academia de la Historia.) La Habana, 1926.
- GUERRA, RAMIRO. *Manual de Historia de Cuba (Económica, social y política)*. La Habana, 1938.
- LE RIVEREND BRUSONE, JULIO. *Expulsión de los diputados cubanos de las Cortes españolas* (1837). (En *Índice*, año II, núm. 10.) La Habana, octubre, 1937.
- MARTÍNEZ FRAGA, PEDRO. *Buchanan y Cuba*. (En *Revista de La Habana*, vol. I, núm. 3.) La Habana, marzo, 1930.
- PORTUONDO, FERNANDO. *Historia de Cuba*. La Habana, 1950, cuarta edición.
- RODRÍGUEZ, JOSÉ IGNACIO. *Estudio histórico sobre el origen, desenvolvimiento y manifestaciones prácticas de la idea de la anexión de la Isla de Cuba a los Estados Unidos de América*. La Habana, 1900.
- SACO, JOSÉ ANTONIO. *Colección de papeles científicos, históricos, políticos y de otros ramos sobre la Isla de Cuba ya publicados, ya inéditos*. París, 1859, tomo tercero.
- SAÍZ DE LA MORA, SANTIAGO. *El general Tacón en Cuba*. La Habana, 1944.
- SANTOVENIA, EMETERIO S. *Cuba en 1826* (Discurso en la Academia de la Historia.) La Habana, 1926.
- *Escovedo, el ciego que vió claro*. La Habana, 1937.
- *Un día como hoy. 366 fechas en la Historia de Cuba*. La Habana, 1946.



LIBRO TERCERO

HISTORIA ECONOMICA

LIBRO TERCERO

HISTORIA PRIMERA

CAPÍTULO I

LA TRANSFORMACION DE LA ESTRUCTURA AGRARIA

1. A partir de 1790 se observa una profunda transformación de la estructura de la propiedad agraria. Es un hecho visible, pudiera decirse, por la riqueza de información de que se dispone; pero, sobre todo, es un proceso cada vez más rápido que se halla íntimamente relacionado en una múltiple conexión de efectos con el súbito ascenso de los niveles de exportación de la colonia. Su profundidad lo sitúa como el fenómeno de más importancia de la historia nacional en el siglo XIX, algunas de cuyas resonancias aun pesan sobre nuestro destino.

La liquidación de las formas tradicionales de apropiación y de organización agrarias comenzó —como pudimos apreciar al recorrer los acontecimientos básicos del siglo XVIII— desde los primeros tiempos de la colonización pero no alcanza la categoría de una verdadera subversión de la estructura económica colonial hasta mediados del XVIII. Esto significa que el ritmo fué acelerándose, como si cada hecho nuevo —dentro del proceso de disolución del latifundio primitivo— no hiciera sino precipitar el surgimiento de una nueva estructura agraria, resultante del predominio de la agricultura comercial. Sin embargo, el ritmo, aun cuando fuese acelerado hacia fines del XVIII, no se manifestó con igual vigor en todas las zonas de la colonia, ni en cada uno de los grandes tipos de explotaciones agrarias tradicionales. A esta retención del proceso contribuyeron causas diversas; particularmente la acción estatal, que se mantenía vigilante y operaba aun con ideas propias del pasado, contribuyó a mantener los restos de la vieja estructura. El cambio de actitud provino de la llegada al poder estatal —administrativo y político— de grupos que por sus intereses o por su formación ideológica querían romper definitivamente con el “ancien regime” colonial. De ahí que la legislación de las dos primeras décadas del XIX bastase para consagrar y alentar la transformación.

Sería erróneo, sin embargo, concluir que la nueva estructura agraria surge después de 1790. En realidad, había comenzado a manifestarse

desde 1765. La aparición de potreros especializados en la ceba del ganado, la expansión del cultivo de la caña, sobre todo entre 1778 y 1782, la gestión más enérgica de la Factoría de tabaco en esos mismos años y la expansión de los cultivos de subsistencia para hacer frente al aumento de la población constituyen los datos básicos de la transformación que se opera antes de 1830. Lo que ocurrió a partir de 1790 fué la intensificación —la aceleración— del proceso a virtud del crecimiento de la agricultura comercial. Aumentaron entonces no solo las exportaciones de azúcar, sino que aparecieron nuevas exportaciones, como el café y, más tarde, aunque solo momentáneamente, el algodón.

Pero la ofensiva de la agricultura comercial se limita durante una buena parte del siglo XIX a la región occidental y, por precisar lo más, a la región habanera o directamente dependiente de la capital. Parte de la zona central y la oriental quedarían al margen de este gran proceso hasta después de 1868, no obstante que a ellas llegó el cultivo del cafeto que fué uno de los elementos más activos de la transformación agraria en la zona occidental. Por otra parte, la irregularidad de esta onda produjo, aun dentro de los distritos más cercanos a la capital, zonas residuales. Esta misma irregularidad explica por qué grandes fundos poseídos por personajes habaneros en la zona oriental fuesen vendidos o disueltos antes de 1810.

La expansión de los cultivos se produce en la región occidental en todas direcciones. Tanto por parte de la caña como por parte del café ello supone la necesidad de utilizar tierras progresivamente más alejadas del gran centro mercantil y de comunicaciones que era La Habana; al mismo tiempo, implica el uso de tierras pobres cercanas, por lo cual se sacrificaban los costes y la seguridad de la explotación a la proximidad del centro distribuidor. Como resultado de ello la saturación a que se había estado arribando en esta región era un hecho consumado en la segunda década del XIX, pues se estaba planteando precisamente una lucha por las tierras mejor situadas y más ricas entre los diversos cultivos.

El cultivo de la caña se expande en este período a un ritmo acelerado como lo muestran las cifras relativas al número de ingenios de la región habanera. En 1796 había unos 305 ingenios (de los cuales, al parecer unos 215 correspondían estrictamente al partido de La Habana y el resto a los partidos interiores). Diez años más tarde, y cuando parece haberse producido una crisis caracterizada por la eliminación de algunos productores, se estima que hay unos 480. Y en Matanzas, por ejemplo, mientras había solo 4 ingenios en 1778, eran algo más de 50 en 1800 y 95 en 1817. Estas cifras dan una idea de cómo la expansión

producida en torno a la capital alcanza la región vecina de Matanzas, donde se disponía de un magnífico puerto.

Las plantaciones de caña dependían entonces directamente de la fundación de los ingenios pues el estado técnico de la industria no permitía entonces una ampliación sustancial del área cultivada más que añadiendo nuevas fábricas. Y cada una de éstas, cuando se montaba con los adelantos de la época y, especialmente con el número de esclavos que se consideraban apropiados para producir no menos de 500 cajas de 16 arrobas al año, significaba la adición de unas 20 a 30 caballerías al cultivo de la caña. Número de caballerías que estaba destinado no solo a cañaverales sino también a los bateyes y viviendas y a cultivos menores, potreros y monte, esto es a las explotaciones adicionales del ingenio.

Posiblemente la marcha de la industria hacia el Este respondía a causas más complejas que la simple saturación de la región propiamente habanera. Como es sabido, la tradicional subdivisión de los grandes fundos primitivos había facilitado en ella la colonización blanca y de agricultores en pequeño, promoviendo en general el aumento de las explotaciones agrarias más diversas. El coste de la tierra era muy alto y obligaba no solo a invertir grandes sumas de dinero en su adquisición sino a librar verdaderas batallas para obtener las mejores, que a veces estaban en manos de vegueros y de colonos pequeños y medianos. Finalmente, la súbita expansión del cultivo del cafeto, con sus menores requerimientos de instalaciones, tierras, y brazos, suponía una competencia que la gran industria azucarera de la época no podía resistir. La salida más adecuada a estos obstáculos era buscar zonas libres.

El cultivo del cafeto se extiende primero por el occidente de La Habana en busca de las tierreas altas apropiadas a la planta que se encuentran en lo que es la actual provincia de Pinar del Río. Su concentración la indican las cifras relativas al número de cafetales correspondientes a 1800 y 1817, o sea 60 y 779 cafetales respectivamente. A este movimiento realmente prodigioso se deben las demoliciones de las haciendas como Candelaria del Aguacate, Santa Rosa de Lima, El Cuzco, San Blas, Cacarájicara y el Rosario, acompañada de un alza del precio de la tierra que alcanza a ocasiones la extraordinaria cifra de 5,200 pesos por caballería, según Pérez de la Riva.

El alza del precio de la tierra no ocurrió solamente en la zona occidental sino en todas las demás de acuerdo, con la profundidad de la transformación agraria. En el Caney (Santiago de Cuba) la caballería de tierra costaba 250 pesos en 1817 y se señalaba en un documento

contemporáneo que, al demarcarse el pueblo en 1703, solo costaba unos 10 pesos cada una. Sin embargo, la diferencia de precios entre las dos regiones principales, o sea la occidental-habanera y la oriental, era muy grande. Así en 1796 algunos vecinos principales de Santiago de Cuba opinaban que los emigrados franceses de Haití debían quedarse en aquella región pues la caballería de tierras valía unos 100 pesos, mientras en La Habana no bajaba de 1,000, cifras éstas que constituyen una simple apreciación, pero suficientemente ilustrativa de la diferente intensidad del proceso.

En consecuencia, la actitud de Arango Parreño, en contra de la adquisición de tierras en esta zona occidental (incluyendo Guane, Güines y Matanzas) para darla a vegueros, se explica porque los cultivos entonces básicos —caña y café— necesitaban eliminar toda competencia que contribuyera un poco más a producir estos efectos inflacionarios. Y, por la misma razón, proponía él que los fundos para "financiar" a los vegueros fuesen adquiridos en zonas alejadas de la capital, donde la tierra era barata y no habían penetrado los grandes cultivos comerciales.

La presión de esta ofensiva de la agricultura comercial sobre la estructura agraria operó de tal modo que comenzaron a desvincularse algunas propiedades. El caso del vínculo de Meyreles es elocuente. Después de una tramitación batallona, debido a los reparos que la Marina ponía, so pretexto de preservar los montes, fué autorizada la desvinculación de sus tierras (hatos San Marcos y Majana) por la Real Cédula de 24 de agosto de 1799, disposición a la que siguió una Real orden circular de 18 de abril de 1800 autorizando la demolición de los demás vínculos y mayorazgos cuando mediaran las circunstancias invocadas respecto del vínculo de Meyreles.

Los hatos mencionados, cuya demolición fué permitida por no producir las rentas que de ellos se esperaban, fueron subastados por parcelas. El total de 1,150 caballerías de esas tierras (tasadas en 82,000 pesos) produjo 636,437 pesos, valor en censos reservativos que producían unos 32,000 pesos anuales de renta. En esas haciendas se fundaron entonces algunos ingenios y los famosos cafetales de San Marcos (Artemisa).

En un caso, que sepamos, se expresa claramente que el dinero producido por la enajenación de bienes de un mayorazgo se emplearía en fundar un ingenio.

Mientras se producían estos hechos en la región occidental, el cultivo del café se introducía en las zonas central y oriental donde produ-

ciría mucho antes que la industria azucarera una transformación local de la estructura agraria. La gran hacienda Santa Catalina (Guantánamo) perteneciente al Marqués de Jústiz estaba en venta desde 1802 a razón de 20 pesos la caballería. Rápidamente se pobló de colonizadores franceses, emigrados de Haití, al parecer auspiciados por una curiosa sociedad que hacía propaganda en Francia (Pérez de la Riva). De la región de Guantánamo los cafetales fueron moviéndose por las montañas en dirección al Oeste hasta abarcar todo el conjunto de alturas que se extiende al N. y al NO. de la ciudad de Santiago de Cuba. El ritmo de ascenso de este cultivo lo indica el hecho que mientras en 1803 había solo unas 108,000 matas en la región montañosa oriental, en 1807 pasaban de 1,100,000.

En la región central, el cultivo del café tendió a concentrarse en la región de Trinidad. En las demás zonas, aun cuando con cierto retraso respecto del occidente de la colonia, la industria azucarera operó también en el mismo sentido que lo había hecho en torno a la capital a partir de 1790. Desde 1813 un propietario de ingenio de la zona de Remedios (Narciso Justa), con otros propietarios más, solicitaba la demolición de la hacienda Caibarién. El hecho que en esta petición influieran por igual el interés creciente por abrir el puerto de Caibarién al comercio y la colonización urbana indica que la presión de los elementos productores del *hinterland*, esto es, fuera de los límites de la mencionada hacienda, era un factor principal también operante.

No debe olvidarse que la expansión de la ganadería intensiva, por medio de potreros con pastos naturales o con pastos sembrados contribuyó junto con la agricultura comercial a promover el cambio de la estructura agraria. No siempre, sin embargo, el desarrollo de esta forma de explotación de la tierra corrió paralelo con las agrícolas, debido, en primer lugar, a la necesidad de asentarse en tierras apropiadas (que no lo eran siempre igualmente para el cafeto y la caña) y, en segundo lugar, a que momentáneamente, a lo menos en la región occidental, los dos cultivos básicos de la época ofrecían más atractivos que la ganadería. En este sentido, hubo movimientos relativamente bruscos de cambio de uso de la tierra a consecuencia de las alternativas que sufren los cultivos comerciales. A lo menos en la zona occidental de la jurisdicción de La Habana y en la jurisdicción de Pinar del Río, la decadencia del café —a partir de 1827— abre paso a la conversión de cafetales en potreros y, algo más tarde, en las primeras grandes vegas de tabaco de tipo capitalista, con gran acopio de esclavos.

Aun cuando todos los cultivos y la ganadería contribuyeron a la transformación agraria, durante todo el período que analizamos, esto es, hasta 1837, el crecimiento más regular corresponde a la agricultura cañera y la industria azucarera. Las cifras del número de ingenios de Matanzas ya mencionadas son ilustrativas. Los datos de la jurisdicción de Mariel, situada en la banda contraria, o sea al Oeste de La Habana, lo confirman:

	Ingenios	Cafetales	Potreros	Sitios
1820	77	117	117	341
1837	122	125	96	694

Para la última fecha señalada ya la zona inmediatamente al O. de La Habana está saturada al punto que la expansión de los cultivos se produce, sobre todo, en dirección al E. En consecuencia, partidos como Mariel o como Artemisa están perdiendo parte de su producción, disminuyendo los cafetales o los potreros o los ingenios y, a veces, dos de esas explotaciones a un tiempo. Pero más allá de Matanzas se está produciendo un nuevo empuje que hace surgir la zona azucarera de más importancia de la colonia en la jurisdicción de Lagunilla (Cárdenas) y abarcando las feraces tierras de la llanura de Colón-Banagüises, como veremos en el tomo siguiente. Esta como onda no había llegado a la región de Remedios en 1827, pues solo había allí 17 ingenios y trapiches, o sea, dos más que en 1774. Años más tarde, en 1850, se elevaban a 34. A esta expansión en dirección al Este contribuyó la protección estatal, especialmente por medio de las Reales Ordenes de 22 de febrero de 1818 y de 6 de agosto de 1819 eximiendo de la alcabala las ventas a censo reservativo o venta pura y simple de tierras distantes más de 25 leguas de La Habana siempre que fueran montuosas y se destinaran a cultivos comerciales.

2. Mientras se estaba produciendo este fenómeno y las tierras pasaban de manos rápidamente, puesto que después del primer impulso agrícola se produjeron alternativas bruscas, al compás del ritmo de las exportaciones, iban quedando como rezagadas dentro de las zonas subvertidas por la ofensiva de los cultivos básicos algunas de las formas tradicionales de apropiación y de explotación agrarias. Perduraban, por ejemplo, las vegas realengas en las márgenes de los ríos. La acción estatal, encarnada en la Factoría de Tabacos, se vió compelida a compartir con los particulares, pues parecía llegado el momento en que las vegas serían barridas del campo habanero; por esa razón se adquirieron tierras en Güines y Matanzas para asentar a los vegueros.

Con este motivo se reprodujeron los antiguos conflictos entre hacendados y vegueros. Al ritmo de las nuevas condiciones, la vega de tabaco parecía, otra vez, contrariar los intereses de la agricultura y de la ganadería comerciales. Los procedimientos para echar a los vegueros de las tierras que ocupaban fueron de variado matiz. En un lugar se les exigía el pago de los diezmos, no obstante hallarse exentos del mismo por la Real Cédula de 25 de enero de 1801 y la de 23 de enero de 1805, lo cual se hacía fácil dado que con frecuencia los hacendados de la zona eran los que obtenían la subasta de ese impuesto.

Percatándose de la gravedad de la situación, la Factoría promovió ante la Junta de Fomento un expediente sobre "aclaração del dominio que las vegas naturales", el cual se prolongó hasta después de 1830 y contiene algunos de los documentos más interesantes sobre este conflicto, como es el informe de Ramón La Sagra. Por otra parte, en este expediente tanto los terratenientes como los comerciantes se muestran decididamente partidarios de la libertad de apropiación y de uso de las tierras. No obstante esta oposición de los grupos predominantes de la economía la Factoría continuó su política de concesión de tierras a los vegueros hacia 1814-15 en la jurisdicción de Santa Cruz de los Pinos, sobre las cuales no tardaría en plantear nuevos conflictos la acción de los hacendados amparados por la declaración de libertad de montes y plantíos del año 1819.

Bien pronto, sin embargo, las vegas fueron desapareciendo de la región habanera, para quedar relegadas un poco al occidente en la jurisdicción de Pinar del Río, región en la cual, ni aun en los momentos de mayor auge, penetraría profundamente la industria azucarera. Este desplazamiento geográfico hacia el occidente tiene una significación especial para la desaparición del régimen jurídico particular de las vegas, sobre todo porque se produce después de 1819, esto es, después de haberse abolido la Factoría. Sin embargo, aunque faltó a las vegas el apoyo firme del Estado, se estimó conveniente mantener la condición realenga de las vegas y de las márgenes de los ríos más allá de 1819. Pero el abandono de las zonas tabacaleras tradicionales y, sobre todo, la aparición de las vegas no situadas en las márgenes de los ríos, fueron el punto final de este proceso de liquidación. Empero el problema está aun sujeto a discusión en 1840, pues el periódico *La Siempreviva* decía: "El veguero debe comprar el terreno que quiera sembrar al dueño de la hacienda, si este quiere vendérselo pues que la ley lo ha hecho suyo y nada, ni la ley, puede despojarlo de su derecho".

Por otra parte, perduraban igualmente en la zona central (jurisdicción de Puerto Príncipe principalmente) las haciendas comuneras. En este caso la ofensiva fué iniciada por la Junta de Población Blanca con motivo del proyecto de fundación de Nuevitas, pues las haciendas comuneras que rodeaban el puerto se oponían no solo a la urbanización del lugar sino, lo que es más importante, al desarrollo agrícola que sigue a toda colonización urbana. Se planteó, pues, el problema de estas haciendas que tenían "obstruido el trabajo, paralizada la industria y estancada la riqueza pública". Tras de evacuar una serie de consultas se dispuso por Voto Consultivo del Real Acuerdo de 1º de abril de 1819 el procedimiento para proceder al deslinde de las porciones que tuviera cada comunero.

Hasta entonces las únicas explotaciones existentes en el seno de estas haciendas eran las autorizadas por el Ayuntamiento de Puerto Príncipe y, como por otra parte, las tierras de esa región se prestaban naturalmente para la ganadería, la agricultura comercial tropezaba con gran obstáculo para su desarrollo. El progreso de la industria azucarera en esta jurisdicción está indicado por las cifras de los ingenios existentes en 1799 y 1868, o sea, 90 y 110 respectivamente; pobre aumento si se considera la expansión que había tenido la industria en ese período. Todavía en 1836 decía Anastasio Orozco en carta a Del Monte: "Eso de potreros, y división de propiedades con cercas, es cosa de judíos", refiriéndose a la afición de los camagüeyanos por la tradicional organización *comunera* de la propiedad agraria.

Las esperanzas de que esta legislación interna favoreciera la disponibilidad de tierras en la zona central se desvanecieron rápidamente. No ya en Puerto Príncipe, pero ni siquiera en la región de Remedios situada más al occidente de la isla y, por ende, más sometida al empuje de la gran agricultura comercial, se comenzaron a disolver las haciendas comuneras antes de 1830-40.

La acción pública para el fomento de la propiedad territorial que había variado de rumbo desde 1739, al prohibirse las mercedes municipales de tierras sustituyéndolas por la venta y composición de realengos, decayó notablemente a partir de 1790, época en que la acción particular por medio de operaciones de derecho común predomina en el panorama agrario de Cuba. Como resultado de este empobrecimiento de la acción del Estado se observa que la gestión de la Junta de Población Blanca, queda prácticamente anulada, no obstante que debía ser en esta nueva etapa el organismo encargado de sentar las bases de una política agraria efectiva. Sin embargo, pueden mencionarse aun en esta

época algunas mercedes de tierras como la concesión de 150 caballerías gratuitamente a José Antonio Riaño, ex-Intendente de Guanajuato, interesado en la colonización de Nuevitas (1816). Por su parte, el Ayuntamiento de Sancti-Spíritus resuelve no conceder más mercedes el año 1818, lo que indica que la legislación de 1739 no se cumplía, y el Ayuntamiento de Remedios en una fecha tan cercana como 1848 todavía concedía mercedes de tierras en los ejidos del Seborucal. Pero estos hechos no hacen sino ratificar el carácter excepcional de la política de fomento agraria por medio de mercedes o por otras formas de distribución real.

En cuanto a la investigación y la concesión de realengos conforme a lo prescrito en la Real Cédula de 24 de abril de 1752, la situación era cada vez más confusa. En primer lugar, con el auge de la agricultura comercial fué mayor la denuncia de realengos y, por consecuencia, la administración se veía cada vez más recargada de largos y farragosos pleitos sobre la materia. En segundo lugar, la confusión de los primitivos asientos y las dificultades de fijar los linderos ocasionaban muchos gastos y a ocasiones, no podía precisarse cuáles eran las tierras realengas entre varios colindantes, cada uno de los cuales, sin malicia o a propósito, había corrido su asiento para abarcar las tierras realengas cercanas o porciones de la hacienda vecina. Por último, aun cuando se comprobaba debidamente la condición realenga de las tierras situadas entre haciendas colindantes, era difícil que pudiera encontrarse quien las deseara, pues carecían de comunicaciones. Por esta razón quizás el art. 7 del Reglamento de 1819 determinó que estos realengos residuales fuesen repartidos y compuestos entre los colindantes. Una razón práctica, pero al mismo tiempo una limitación más al efecto estimulante que se suponía a la legislación sobre denuncia y composición de realengos. Los problemas planteados por la denuncia y composición de realengos se agravaron de tal modo a fines del siglo que pareció oportuno hacer una medición general de las haciendas circulares entonces existentes en toda la Isla, a lo cual se opuso en un famoso informe José Pablo Valiente (1797).

La decadencia del sistema se produjo paulatinamente a medida que se consumaba el proceso de transformación de la estructura agraria, de tal modo que mientras en 1829 el ramo de realengos producía unos 56,000 pesos a la Real Hacienda ya en 1842 no alcanzaba siquiera los 10,000. Los realengos residuales, posteriores a este período van siendo absorbidos por los propietarios vecinos o quedan debidamente delimitados como tierras públicas.

3. La transformación que se estaba operando desde fines del XVIII atrajo la atención de las autoridades centrales. Los grandes organismos autónomos y las autoridades estatales coloniales, unidos a las nuevas fuerzas económicas de la colonia, promovieron más de una vez la cuestión de la disponibilidad de las tierras. La lucha que se entabló entre los hacendados y la Marina, en torno a la reserva de los montes para los cortes de madera, constituye quizás el ejemplo más notable de esa unión entre diversas fuerzas sociales, políticas y económicas en pro de un régimen de libertad y de seguridad de la propiedad de la tierra. En el expediente promovido con ese objeto se observa la comunidad de puntos de vista entre el Consulado —hacendados y comerciantes— y dos ex-gobernadores, Espeleta y Las Casas, sobre el derecho y la necesidad de que hubiera libertad para disolver las grandes haciendas y disponer de ellas para destinarlas a cultivos. Especialmente los hacendados tenían interés no solo en disponer de las tierras apropiadas para los cultivos que hubiera en las grandes haciendas sino también de los montes o restos de montes que les proporcionaban el combustible para sus ingenios.

Desde 1798 el Real Consulado promovió nuevamente la impugnación de los privilegios de la Marina y del Astillero. El expediente se prolongó durante largos años y las actuaciones indican no solo que, a despecho de los obstáculos, la estructura agraria tradicional estaba desapareciendo, sino, sobre todo, que no había manera de volver el curso de la historia a la situación existente en 1620 fecha en la cual se había dado comienzo a la protección estatal de los bosques de la región habanera. Aun más ya ni siquiera quedaban bosques, sino solo restos de concentraciones arbustivas que ni la propia Real Marina conocía a derechas.

En consecuencia de la declaración de libertad de montes hecha por la Cortes el 14 de enero de 1812, se precipitó el desenlace de la situación planteada en el expediente, pues la Real Cédula de 30 de agosto de 1815 aplicó el mismo principio de la libertad a los montes y las tierras en cultivo en la Isla de Cuba. En cinco artículos muy concisos quedaban derogados los privilegios de la Marina y se autorizaba a los poseedores de tierras agrícolas a acotarlas, cercarlas y disponer de ellas según les conviniese.

Aun cuando el problema de fondo estaba resuelto quedaban circunstancias específicas de la colonia que podían anular completamente los efectos de una legislación tan congruente con las necesidades del país y la orientación de su progreso económico. Había un sinnúmero

de problemas jurídicos que se suscitaban respecto de la validez de los realengos, de la certitud y eficacia de los títulos y de la precisión y exactitud de los linderos entre las haciendas, los cuales precisaban una reglamentación efectiva.

La solución a estos problemas debía proceder de la propia experiencia del país. Por ello, la verdadera efectuación de la libertad de disposición de los montes y plantíos había de producirse por el Acuerdo de la Junta Superior Directiva de la Real Hacienda, de 27 de noviembre de 1816 que estableció las reglas para determinar la validez de los títulos, así como para la reclamación de los realengos, texto que fue aprobado por el gobierno metropolitano por una resolución del Ministerio de Hacienda de 19 de julio de 1819.

Desde ahora quedaban fijados no solo la nueva estructura agraria del país sino también sus bases jurídicas. Se reconocían las mercedes anteriores a 1729; en su defecto, la prescripción de 40 años, la composición o la compra. Las tierras baldías o sin dueño no serían objeto de investigación de oficio por simple denuncia, sino que el promovente debía probar su condición realenga de acuerdo con la Real Orden de 10 de mayo de 1780. Para completar estas disposiciones se prohibía la forma circular de las haciendas y las tierras situadas entre las circunferencias tangentes se repartían por partes iguales entre los propietarios colindantes.

Las consecuencias de esta legislación fueron muy vastas, como correspondía al proceso interno que se expresa en sus textos. De un lado, consagraba el proceso de apropiación iniciado en el XVI y que, en ciertas zonas, apenas había sufrido modificaciones sustanciales. Una simple fórmula legislativa venía a transformar en propietarios plenos, definitivamente liberados de toda intervención estatal sobre el dominio eminente de sus tierras, a los beneficiarios de mercedes o a los que poseían por cualquiera otra razón. El hecho quedaba constituido en derecho pleno. Pero, además, venía a dar un nuevo sesgo a los viejos conflictos agrarios inclinando la balanza definitivamente en favor de los terratenientes en contra de los pequeños propietarios o poseedores, de los censatarios y, en general, de la comunidad que hasta entonces aprovechaba ciertos productos naturales de las grandes haciendas baldías o poco explotadas.

Esta legislación desconocía las mercedes amparadas por la Ordenanza 72 de Alonso de Cáceres pues no aparece en ella resguardo alguno para las mercedes concedidas por los Ayuntamientos en el seno de las grandes haciendas. Ciertamente es que tras de un siglo de no poder

ejercer esa facultad los Ayuntamientos, quedarían muy pocos pequeños cultivadores de esta categoría, por herencia u otra causa cualquiera. En estos casos funcionaría solamente la prescripción extraordinaria que suponía un procedimiento contencioso de mucho riesgo para el agricultor. Ciertamente es que la Factoría de Tabacos se anticipó a este problema y por circular de 15 de septiembre de 1817, acompañando el Real decreto de abolición del estanco, dispuso que las autoridades debían "interponerse protectivamente" para defender a los vegueros o sus causahabientes que tenían tierras por concesión real. Al mismo tiempo pedía se vigilase convenientemente para evitar excesos por parte de los vegueros. Los numerosos expedientes sobre incidentes entre vegueros y hacendados indican que la protección era débil o ineficaz, aun cuando los vegueros tenían a su favor ciertos antecedentes jurídicos. De mucha importancia, para la defensa de vegueros, fué el párrafo 7 del Acuerdo de la Junta Superior Directiva de Real Hacienda, ya mencionado, que forzaba a todo propietario de vegas a explotarlas o arrendarlas en el término de un año, sin lo cual se considerarían baldías y serían dadas a los agricultores denunciadores.

No tenía igual defensa el pueblo de las villas y aldeas que, desde tiempo inmemorial, disfrutaba de libertad para montear ganado cimarrón u orejano o para aprovechar ciertos frutos naturales de las haciendas, como el guano, las frutas silvestres, las salinas, los juncas y las aguas fluviales.

En aquellas zonas en que la estructura agraria no estaba aun asentada sobre nuevas bases —como estaba sucediendo en la región habanera desde mediados del XVII— los derechos de uso de las comunidades se mantenían vigentes pues las mercedes de tierras seguían siendo prístinamente consideradas como un mero derecho al uso y disfrute de los pastos y las tierras para ganado o para siembras en linderos definidos; y, en tal sentido, este derecho no era mejor o preferente sobre el derecho de los demás miembros de la comunidad.

Al producirse la legislación de 1815-19 los usufructuarios de las mercedes desplazaron a los demás usufructuarios. Un hecho típico en este sentido es el que se produjo en Sancti-Spíritus hacia 1827, al cercarse el corral San Marcos, con lo cual se impedía el acceso de los demás vecinos a las salinas cercanas. Otro tanto sucedió allí con el guanial de Abarcas y el juncal de Caimeabo y hasta con pesquerías tradicionales. La protesta del pueblo y el apoyo que le dió el Ayuntamiento no fueron suficientes para volver al curso de los acontecimientos. Desde entonces puede afirmarse que las ventajas obtenidas por los elementos

no privilegiados de la colonia durante los siglos XVI y XVII fueron expropiadas y sobre este hecho que simboliza el comienzo de una nueva etapa de desarrollo económico y social se alzaría todo el progreso de Cuba durante el siglo XIX.

4. La expansión de los cultivos comerciales durante los años 1790 a 1837 se caracterizó por haber sentado las bases para una reforma agrícola técnica no menos importante que los cambios estructurales que hemos reseñado. Sin embargo, los progresos técnicos fueron mucho más lentos que los demás. Entre otras razones, porque Cuba, por sus condiciones económico-sociales y por su retraso científico, no podía asimilar fácilmente las enseñanzas de una ciencia que estaba naciendo en Europa tras de las investigaciones de Jethroe Tull (1733) y del vizconde Townsend. Con todo, algunas ideas del primero de los mencionados fueron reproducidas en el *Papel Periódico*. El hecho esencial era que la agricultura cubana se basaba en los conocimientos transmitidos de padre a hijo o de mayordomo a esclavos, en las peores condiciones técnicas y sociales que fueran dables. Realmente, los criollos más ilustrados tomaban como ejemplo de progreso la situación de otras colonias similares a Cuba, donde se conocía el regadío, el abono y hasta el arado desde fines del XVII o principios del XVIII; pero también se daban cuenta que esas tierras por lo general eran más pobres y, por ende, requerían un tratamiento que la propia naturaleza suplía en Cuba.

Los cultivos eran extensivos y salvo excepción, excluyentes de todos los demás. Con razón se diría que la explotación de las tierras era una minería más, una extracción impremeditada de frutos sin el menor esfuerzo por mejorar las cosechas. Y a esta definición corresponden adecuadamente las palabras de Arango Parreño en su *Discurso sobre la Agricultura en La Habana* sobre el atraso de los cultivos y, en especial, el de la caña. Había explotaciones agrarias mixtas, diversificadas, en las llamadas estancias; pero la tendencia era hacia el cultivo comercial. Si, por un lado, en los ingenios la simultaneidad de los cultivos venía impuesta por la necesidad de alimentar a las "dotaciones" de esclavos, por otro, la agricultura de subsistencia perdía, aunque solo fuera momentáneamente, algunos de los brazos a ella dedicados por la atracción que sobre ellos ejercían otras ocupaciones urbanas o rurales asalariadas. Lo cierto es que había un déficit constante de productos alimenticios, como el arroz, que ya era básico para el sustento de la población y se importaba de España y de Estados Unidos.

Cierto es que las tierras de Cuba constituían por sí solas una riqueza inagotable. Sin embargo, la profusión de ingenios y de cafetales

en la zona habanera obligó a ocupar tierras de todas las calidades. De ello se resintieron no solo los cafetales sino algunos de los ingenios fundados durante el gran auge de 1792-1802. Nadie abonaba las tierras, ni las regaba, como señala Ignacio Gala. Hay testimonios muy claros respecto de este último punto. Saco en 1829 indicaba que no se regaban las tierras cañeras porque solo se utilizaban las más fértiles; solo se regaba la variedad criolla en las estancias donde se sembraba "para comer no para hacer azúcar". El uso de fertilizantes parece haber sido conocido, aunque en una escala muy pequeña. A juzgar por la importancia que daba el *Papel Periódico* en 1804 al problema de los abonos es posible que la crisis de entonces contribuyera a crear la conciencia de la necesidad de afinar la técnica agrícola.

Posiblemente el hecho que a fines del XVIII se reparase por primera vez, en la necesidad de conocer cuáles eran las mejores tierras cañeras se origina igualmente en las dificultades que, a consecuencia del proceso de saturación de la región habanera, se estaban presentando. En las condiciones de comunicación y de transportes de la época, los ingenios no podían alejarse indefinidamente del gran centro mercantil y marítimo capitalino para buscar las tierras negras y compactas que la tradición consagraba como las únicas buenas para la caña. De ahí que se comenzara a divulgar la bondad de las tierras "bermejas" y grises.

Fuera de estos ligeros despuntes, no hubo más progreso técnico-agrícola de importancia. Lo que no significa que se desconocieran las nuevas técnicas o los procedimientos mejores. Por lo contrario, gracias al *Papel Periódico* y a otras publicaciones, como las *Memorias* de la Sociedad Económica estos temas se iban haciendo voz común de los criollos más cultos. Desde 1792 el colaborador llamado "Medio Filósofo" exponía en el *Papel Periódico* todo un programa de progreso técnico que muestra la agudeza con que algunos cubanos percibían la realidad colonial y planeaban el futuro de la comunidad. Pero, al parecer los hacendados, confiados en la fama de nuestras tierras —pues se afirmaba que llegaban a producir 40 cosechas de caña sin resiembra— no comprendían que el azúcar se fabricaba antes que en la "casa de máquinas", en el campo y creían que el bajo rendimiento era causado por la variedad de caña empleada (criolla) o por la deficiencia de los aparatos o también por la escasez o mal uso de los esclavos.

En este sentido se puede acreditar a esta época un progreso notable, pues se introdujo la caña Otahiti, por iniciativa de Arango Parreño en 1795 y cuyo empleo "se generaliza cada vez más", al decir de Humboldt; una versión distinta sobre la introducción de esta variedad, ca-

racterizada por su tallo más grande y su mayor contenido en guarapo, aparece en los *Papeles* de Saco. Lo cierto es que en 1798 se recibieron de la isla danesa de Santa Cruz, unos 100,000 trozos de esa caña para distribuir entre los ingenios cubanos. Más adelante, hacia 1812-13, se ensayó la caña de cinta, cuyo cultivo no comenzó realmente hasta después de 1820. Esta variedad, al parecer, era muy propia para inciar las zafras temprano debido a su rápida maduración.

Se carece de información explícita sobre la significación de esta revolución agronómica y, además, los testimonios contemporáneos son algo contradictorios. Moreau de Saint Mery, de cuya pericia no cabía duda entonces, ponderó los buenos resultados de la Otahiti, en lo que abunda el inglés Macpherson; pero el viajero Depons, generalmente bien informado, dice que los hacendados de Cuba habían abandonado la siembra de esta variedad para volver a la tradicional caña criolla por diversas razones que expresa. No sabemos que haya testimonio cubano que confirme este juicio.

Por lo general, la siembra de la caña se realizaba a *jan*, o sea, abriendo un hoyo en la tierra, donde se depositaban los trozos de caña que servían de semilla. Esta operación se hacía arbitrariamente, sin guardar distancias o alineación entre los hoyos. Para aumentar las prácticas viciosas, se acostutmbra sembrar entre los pies de caña algunas plantas de alimentación como el maíz que, por su profusión o por su densidad, perjudicaban el crecimiento de la caña. Contra este absoluto desconocimiento de la técnica agrícola se alzó por primera vez en 1823 una opinión, la del francés Dumont en su *Guía de Ingenios*, quien propuso la aplicación del cultivo o siembra estilo Luisiana, que practicarían más tarde algunos hacendados y que Reynoso consagró en su obra extraordinaria. Pero, aun en los años en que escribe el insigne agrónomo, una gran cantidad de ingenios usaban *jan*, en vez de arados y creían inconveniente la siembra en surcos o líneas bien separados.

Sin embargo, las zafras continuaron siendo provechosas. Las modificaciones técnico-industriales, que veremos en el capítulo III, bastaron a crear la ilusión de que el secreto del rendimiento en azúcar estaba exclusivamente en la "casa de máquinas", a consecuencia de lo cual se fomentó una verdadera revolución industrial que distrajo la atención de las buenas prácticas agrícolas.

Los ingenios de esta época eran de muy diferente capacidad de producción, aun cuando usasen de los mismos procedimientos. Los datos sobre esta materia abundan y quizás por ello se hace difícil reducirlos a una medida general. Independientemente de que tratemos en otro lugar lo que atañe al rendimiento y la capacidad propiamente

industriales, parece que en lo que hace a la parte agrícola los ingenios disponían hasta de 50 caballerías distribuidas en una mitad destinada a cañaverales, un cuarto para siembras de alimentos y un cuarto restante para potreros. Como es lógico estos datos corresponden a los ingenios de primera clase. Este esquema variaba. Algunos no tenían siembras de vegetales para el sustento de los esclavos sino principalmente potreros; otros reservaban celosamente sus montes, como que en ello les iba la disponibilidad constante de combustible.

Comentando a Humboldt, dice Arango Parreño que con 12 ó 14 caballerías de tierras, en años buenos, se podrían producir las 32,000 arrobas de azúcar purgado (unas 2,000 cajas) que se consideraba entonces como la marca a que llegaban los mejores ingenios. En realidad, la lectura de los testimonios de la época nos deja la impresión de que ese número de caballerías constituía una especie de estimado basado en la experiencia de muchos de los hacendados que aconsejaron al sabio alemán en su visita a Cuba. Según la mayor o menor diligencia de los propietarios o de los mayordomos esos resultados se obtenían con 200 a 300 esclavos, la mayor parte de los cuales estaban empleados en los trabajos de la "casa de máquinas" donde todas las operaciones se hacían a fuerza de brazos. Pero después de 1820 las mejoras técnico-industriales y agrícolas aquí reseñadas forzaron la ampliación de los cultivos al aumentar la capacidad de producción de los ingenios, proceso que se opone a la revolución industrial azucarera que se desencadena a partir de 1840, creando las bases para una crisis de la que no saldría la industria azucarera cubana hasta las dos últimas décadas del siglo.

De distinto carácter era el cultivo del cafeto, localizado en las tierras altas de la región occidental, en la zona de Trinidad y en las tierras montuosas del Norte y Noroeste de Santiago de Cuba. Su origen reciente y su difusión, debida a la inmigración francesa, le comunican cierta peculiaridad, uno de cuyos elementos más significativos es el cultivo a base de colonos en fundos pequeños o medianos, los cuales entregaban su producto al hacendado dueño de las tierras o al hacendado colindante, quienes disponían de las instalaciones adecuadas para la manipulación del grano y eran, con frecuencia, al mismo tiempo, refaccionistas; esto es, más que agricultores, comerciantes. Los cafetales eran, por lo general, de menor extensión que las plantaciones cañeras y, por la índole de su cosecha principal, podían contener, asimismo, otros cultivos. Contra esta práctica se alzaron los años de altos precios (1812-22), eliminando los cultivos secundarios o accesorios. Razón por la cual Serrano en su famosa Memoria abogaba por restablecerlos como un medio de producir ingresos adicionales de carácter compensatorio.

La técnica del cultivo no varió grandemente durante los años de esplendor y cuando se planteó la necesidad de reformarlo a fondo —de lo cual es expresión el concurso convocado por la Sociedad Económica en 1830— los efectos de la depresión de las exportaciones eran casi insuperables, habida cuenta, por otra parte, que el cultivo de la caña producía cada vez más ventajas. Con la crisis no dejaron de plantearse muchos de los problemas básicos del cultivo, tanto la calidad de las tierras apropiadas al mismo, como la forma de recoger y manipular el grano. A juzgar por la opinión de Pérez de la Riva, parece que algunas de las reformas propuestas, como, por ejemplo, el uso del arado, se abrieron paso en estos momentos; pero al igual que respecto de la caña, el mayor empeño se dirigió a la aplicación de procedimientos adecuados de lavado, descerezamiento y secado, esto es, a la parte digamos industrial de la explotación. Sin embargo, a diferencia de lo que ocurría con el otro ramo básico de la agricultura, el progreso en este aspecto era muy limitado. En cambio, los efectos deprimentes de la impremeditación estimulada por los altos precios eran de más entidad que las pocas mejoras industriales que pudieran introducirse. Por ejemplo, la acción limitadora de la siembra cerrada, para aprovechar al máximo el terreno, los efectos de huracanes por falta de árboles que defendieran al cafeto, la siembra de cosechas secundarias nocivas, eran causa de agravamiento de la crisis producida por la reducción de las exportaciones.

Esa crisis era más aguda por la falta de discernimiento de los "inversionistas" que ocuparon hasta las tierras menos fértiles, donde no se podía establecer cañaverales. La siembra a corta distancia y la erosión contribuyeron a empobrecerlas más. Es curioso señalar que en la Memoria de Tranquilino Sandalio de Noda se explica cómo había sido combatida la erosión en un cafetal; pero ni esta ni las demás reformas propuestas por Serrano y por Noda se implantaron. Al parecer, la crisis fué muy rápida y afectó de tal modo fundamentalmente al cultivo, que éste, a diferencia del de la caña, no pudo dar tiempo al progreso técnico.

La situación del cultivo del tabaco era diferente; se mantenía como cultivo en pequeño, con escasa participación de esclavos y, por lo general, los vegueros realizaban otras cosechas. Los métodos de cultivo eran bastante fijos y habían logrado, al cabo de un largo proceso secular, formar un grupo de principios adecuados para el tratamiento técnico-agrícola de la planta. En general, es difícil precisar los momentos en que se introducen las principales reformas. Parece que el hecho más significativo en la agricultura tabacalera de este período

es la introducción de los abonos, especialmente el guano del Perú, sobre cuyo uso inmoderado se quejarían los agrónomos cubanos de la segunda mitad del siglo XIX. Por lo general, el cultivo en las vegas siguió siendo rutinario, quizás porque los cuidados especiales que requiere la planta no son de la índole masiva o mecánica que tanto hicieron progresar a los demás cultivos comerciales.

Después de la abolición del Estanco por el Real Decreto de 23 de junio de 1817, el cultivo del tabaco fué reponiéndose lentamente de la crisis a que había llegado en los últimos años de existencia de la Factoría. La libertad de cultivo, de elaboración y más tarde de exportación de la rama, dieron nuevos bríos a este ramo básico en la agricultura, en el cual se introdujeron entonces nuevos elementos, como la aplicación de esclavos, que tendieron a transformarlo en una cosecha de plantaciones, sin, por otra parte, lograrlo realmente.

5. Después de un período de iniciación que corre entre 1790 y 1810, el cultivo del cafeto se expandió al compás de los altos precios que alcanzaba el producto en los mercados europeos. La relativa facilidad para montar un cafetal hacía más fácil el camino y, en general, los costos de toda la instalación eran más reducidos que en la industria azucarera. Los altos precios permitieron el desarrollo de cafetales en las tierras más estériles, neutralizaron las grandes mermas que por defectos de cultivo o de manipulación se producían y estimularon el aumento del cultivo.

Pero hacia 1830, al iniciarse la competencia de otros productores internacionales apareció la conciencia de la crisis. El concurso sobre los problemas del cultivo cafetalero convocado por la Sociedad Económica en 1830 prueba que ya se estaba produciendo un cambio de mentalidad sobre la política a seguir. La coincidencia de los memorialistas premiados —Serrano y Noda— respecto de las medidas a poner en práctica indica que se estaba tratando de contener la crisis, en la medida en que ello podía depender de la acción interna de los cubanos. Los dos autores mencionados proponían: la tecnificación del cultivo, de la cosecha y de la manipulación del grano, bien introduciendo reformas o aprovechando mejor los elementos conocidos; y el aprovechamiento de la tierra estableciendo simultáneamente explotaciones agrícolas o ganaderas que compensaran los bajos rendimientos.

Noda, por su parte, fué aun más lejos y propuso el abandono o la conversión de los cafetales pequeños e ineficientes y aplicar las medidas de reforma en los grandes y mejor equipados. De este modo se estaba produciendo en todo el frente de la agricultura comercial un mismo

movimiento encaminado a disminuir los costes absolutos o a aumentar el rendimiento por unidad de tierra o de esclavo empleados. Pero, en cuanto al café estos esfuerzos llegaban tarde; el proceso natural de eliminación de productores se acelera después de 1830 y hacia 1840 la decadencia es una realidad.

Como consecuencia de esta situación, una parte de las tierras cafetaleras del occidente de La Habana quedó reducida a potreros, dado su gran empobrecimiento, y otra parte se transformó en vegas de tabaco, constituyendo quizás las primeras vegas de índole capitalista por su extensión y el empleo de esclavos. Con motivo de estas transformaciones, el cultivo del cafeto queda, cada vez más circunscrito a las zonas montuosas del Occidente, del centro y del Oriente de la Isla.

6. Aun cuando la ofensiva de la agricultura comercial constituya el hecho capital de la evolución económica de Cuba a partir de 1790, el desarrollo de los demás cultivos y formas de explotación agraria fué muy importante. Sería erróneo deducir que la agricultura de subsistencia o para el consumo directo interno se resintió de la expansión violenta de los cultivos de plantaciones. Lo que ocurrió fué que, aun en medio de un aumento de los cultivos secundarios, se mantuvo no solo el déficit de abastecimiento de la colonia, sino que no se pudo realmente mantener un ritmo de producción de vegetales básicos igual que el de aumento de la población consumidora. La intensificación de la producción de azúcar y de café y, algo más tarde, de algodón, el estímulo demográfico representado por el desarrollo urbano, operaron de tal modo que el carácter de economía importadora de alimentos no pudo ser atenuado, no obstante la difusión de los cultivos menores.

El crecimiento paralelo de los cultivos básicos y de los cultivos menores es un hecho evidenciado por las cifras estadísticas de más crédito; bastaría citar las cifras relativas a la zona de Mariel reproducidas al comienzo de este capítulo. Sin embargo, el peso que cada una de estas tendencias al crecimiento representaba por sí en la economía agraria del país era, claro está, muy distinto. Mientras las plantaciones de caña tendían a ser mayores, esto es, fundamentalmente, de más capacidad, los minifundos destinados a cultivos de subsistencia eran, o seguían siendo, explotaciones en pequeño, sin posibilidades de aumentar su eficiencia. Bejucal en 1830 poseía 5 ingenios con 153 caballerías, mientras los 176 sitios de labor y de crianza (potreros) abarcaban 209 caballerías; sin embargo, en cuanto al valor de la producción, los minifundios superaban en una buena suma a los ingenios, lo que parece restablecer el equilibrio de la economía agraria. Y esto que se observa en una escala

local muy pequeña parece haber sido la normal general del país, pues los estimados del valor de la producción expuestos por La Sagra en 1831 muestran una gran diferencia de valor entre la agricultura comercial (caña, café y algodón) y la agricultura de subsistencia. Ahora bien, es posible que la situación deficitaria del abastecimiento produjera un alza de los escasos productos alimenticios, mientras los productos de exportación se encontraban sujetos a fuerte competencia en el exterior, hechos que influirían en la valoración de ambos grupos.

En definitiva, cualquier análisis de la estructura agraria de Cuba a principios del siglo XIX deberá tener en cuenta que el crecimiento de la agricultura comercial propició, indirectamente, el aumento de la agricultura de subsistencia.

Entre los cultivos de cierta importancia debe mencionarse el del algodón, a cuyo estímulo iban dirigidas una serie de medidas de exención establecidas en el último cuarto del XVIII. Tuvo un desarrollo muy lento y que se debió principalmente a la aplicación de los inmigrantes franceses a su cultivo. En realidad, las exportaciones de algodón no alcanzaron un nivel importante hasta 1829 y no duraron más allá de 1850. Durante los primeros años de su introducción como cultivo comercial estuvo limitado por el hecho de que se practicaba junto con otras cosechas, en las tierras más pobres de los ingenios, de los cafetales y de las estancias; pero hacia 1826-30 había ya unos 60 algodones especializados y concentrados en la zona de Guantánamo, precisamente en la hacienda Santa Catalina a que nos referimos en la primera sección de este capítulo. En general, no alcanzó la importancia que los demás cultivos.

De mayor volumen y valor fueron los cultivos menores, para la subsistencia, entre los cuales son de señalar como básicos, el arroz, el maíz, los plátanos, los frijoles y las "viandas" que constituían tradicionalmente, la base de la alimentación de la población. En algunos casos, estos cultivos se realizaban en los ingenios y los cafetales, bien simultáneamente, bien en parcelas independientes, como fué el caso del arroz, al cual se dedicó —por primera vez en Cuba— en una escala apreciable el propio Arango Parreño. Localmente, el cultivo del trigo tuvo cierta importancia en la jurisdicción de Santa Clara y de Puerto Príncipe, donde hacia 1807 era el producto de más fomento.

7. Desde 1825 el Capitán General Francisco Dionisio Vives dió las órdenes para que se recopilaran los datos de censo y de la geografía. Dos años duraron estas labores, que dieron por resultado el Censo de 1827, el primero que se realizó en forma durante el período colonial.

Las cifras relativas a la estructura agraria, aunque muy generales, bastan a dar una impresión del conjunto de la economía colonial. Había, a la sazón, 1,000 ingenios, 2,067 cafetales, 76 algodones, 60 cacahuales, 3,098 potreros, 5,534 vegas y 13,947 estancias y sitios de labor. El esquema resulta inadecuado, sin embargo, para la apreciación de ciertos detalles de tipo geográfico económico, pues como antaño se mantenía la concentración zonal de determinados cultivos.

Es difícil realizar una comparación útil entre los diversos padrones efectuados hasta 1827. Algunos de ellos son incompletos, como los datos publicados por Humboldt acerca de la región occidental en 1817, otros, presentan el obstáculo de la variación en la significación de las denominaciones adoptadas para los diversos grupos de explotaciones o no aclaran los cambios en los límites de las jurisdicciones. Mientras en 1774 los "sitios y estancias" comprenden al parecer, los potreros, en los padrones posteriores éstos aparecen individualizados. En 1827 aparecen, además, las "haciendas principales" que abarcan los antiguos hatos y corrales, más los realengos, nuevo elemento que no se tenía en cuenta en 1774, y las "haciendas de crianza", cuyo carácter no se puede precisar adecuadamente, puesto que parecerían —de no existir una columna para los potreros— representar las explotaciones ganaderas intensivas. Parece aceptable que se las considere como haciendas tradicionales, esto es, extensivas, en las que no concurría la condición de hato o de corral.

La comparación de los datos correspondientes a 1774 y a 1827 no da más que una medida muy general del desarrollo alcanzado hasta esta última fecha:

	1774	1827
Haciendas principales	1,591	1,140
Potreros	?	3,098
Ingenios	481	1,000
Cafetales	3	2,067
Algodonales	...	76
Cacaotales	?	60
Vegas	?	5,534
Sitios y estancias	10,140	13,947

Más preciso puede ser el análisis de la distribución geográfica del conjunto.

Se observan en 1827 las tres zonas de concentración del desarrollo económico y demográfico que caracterizan a la colonia desde el siglo XVI, esto es, desde su fundación. Pero, dentro de dos de esas zonas pueden apreciarse puntos en los cuales el desarrollo de la agricultura

comercial había adquirido mayor impulso: se trata de las jurisdicciones de La Habana y de Santiago de Cuba, donde las facilidades para la exportación habían estimulado el máximo de concentración.

	Departamento occidental	Departamento central	Departamento oriental	TOTALES
Haciendas principales	173	489	478	1,140
Haciendas o sitios de crianza	187	3,496	2,507	3,190
Ingenios y trapiches	449	246	305	1,000
Cafetales	1,207	135	725	2,067
Cacaotales	2	54	4	60
Algodonales	...	3	73	76
Potrerros de cría y ceba	1,238	1,672	188	3,098
Sitios y estancias de labor ..	8,284	3,173	2,490	13,947
Vegas	2,561	1,390	1,583	5,534

Se nota claramente que la región central había quedado como núcleo de la ganadería extensiva tradicional, mientras en las dos restantes se había producido el máximo desarrollo de la agricultura comercial, especialmente la de la caña y el café.

Pero hay que advertir igualmente que el ligero progreso realizado en cuanto al cultivo del algodón correspondía en casi su totalidad a la región oriental y, dentro de ésta, especialmente a Santiago de Cuba, que abarcaba entonces a Guantánamo. Por otra parte, la mayor proporción en el incremento del cultivo del cacao correspondía a la zona central, donde tradicionalmente Remedios constituía el principal centro productor.

La ganadería intensiva no había llegado, realmente, a la región oriental y estaba concentrada en las otras dos, lo cual se explica por la importancia del abastecimiento de La Habana.

Uno de los hechos de más significación es el escaso desarrollo de la industria azucarera en la zona central desde 1774.

INGENIOS DE LA ZONA CENTRAL

	1774	1827
Trinidad	26	56
Sancti Spiritus	34	38
Remedios	15	17
Santa Clara	50	49
Puerto Príncipe	50	85

En cambio, se observa en 1827 la presencia de un nuevo centro económico que está a punto de rivalizar con La Habana y que se halla nucleado en torno a Matanzas.

DESARROLLO GENERAL DE LA REGION
DE MATANZAS

	1774	1827
Haciendas principales	20	...
Ingenios	4	111
Cafetales	...	203
Potreros	...	132
Vegas	...	15
Estancias	270	935

Como puede observarse hacia 1827 no había en Matanzas casi rastros de las formas tradicionales de explotación. Ello se debía fundamentalmente a que todo su fomento era obra del impulso extraordinario de la economía colonial durante este período.

Pero las cifras que hemos reproducido más arriba no dan una información precisa sobre la importancia, dentro del cuadro general de la producción, de cada zona. En efecto debe observarse lo siguiente:

1º Aun cuando en la zona central, había menos ingenios que en la zona oriental, se producía el doble de azúcar, lo que da una idea de la mayor capacidad y eficiencia de los ingenios que había en aquella;

2º La zona central igualmente superaba a la oriental en la producción de alimentos, como frijoles, garbanzos, cebollas, maíz, así como cera y miel de abejas;

3º La zona oriental superaba a las demás en producción de ajos y a la central en producción de arroz;

4º En general, la región occidental constituía el principal centro de producción para la exportación y para el consumo doméstico, lo cual se explica por la enorme concentración de población.

Los datos incompletos que hay sobre el padrón económico realizado en 1837 por iniciativa de la Sociedad Económica de Amigos del País no deben tomarse en consideración. A lo menos así se deduce del análisis de las cifras correspondientes a la zona oriental, pues acusan diferencias muy notables con los datos correspondientes a 1827 en algunas de las explotaciones en que no puede constatarse una crisis que explique la disminución. Así, por ejemplo, aparece que en 1837 había solo 240 ingenios, reducción muy notable respecto de 1827 y del Censo inmediato posterior (1846) y que ninguna de las fuentes contemporáneas sugiere. En situación distinta se encontraba la visible disminución de los cafetales. Por otra parte, los datos de 1837 no comprenden los potreros. Por estas razones no los hemos recogido para compararlos con los de 1827 y los anteriores.

CAPÍTULO II

EL NUEVO IMPULSO DEMOGRAFICO

1. El proceso demográfico observado durante el siglo XVIII, especialmente a merced del desarrollo económico de los últimos veinte y cinco años, continuó durante el siglo XIX, caracterizándose por la vastedad de sus repercusiones. Aquella parsimoniosa formación de núcleos rurales se transforma, a partir de 1790 y, sobre todo entre 1810 y 1830, en una activa penetración al interior y en una fuerte colonización periférica; la precedente importación deficitaria de esclavos adquiere los caracteres de un ingreso masivo de africanos para el fomento agrícola; la lenta inmigración de canarios y peninsulares es sustituida por las inmigraciones cuantiosas, primero de franceses, después de españoles americanos. La conciencia de una política demográfica se traduce en los proyectos de "colonización blanca" que, si bien limitados, ofrecen algunas facilidades a los inmigrantes que el desarrollo económico atraía fuertemente.

El movimiento demográfico hacia la periferia, ya visible en el cuarto final del XVIII, se acentuó durante las primeras décadas de XIX, aunque bien pronto se tornó en un complejo fenómeno que siguió la dirección de las líneas ferroviarias, las cuales, a su vez, respondían a la expansión de la industria azucarera. En la segunda mitad del XIX prácticamente solo quedan por poblar algunas zonas de Puerto Príncipe y el norte de Oriente, sobre los cuales ejercerá su poder poblante la industria azucarera del siglo XX.

De esta suerte quizás el hecho de mayor importancia entre 1790 y 1837 sea la creación de centros urbanos periféricos, en algunos puertos favorecidos naturalmente, como respondiendo a la necesidad imperiosa de dar salida fácil a los productos agrícolas de las nuevas zonas puestas en explotación durante esos años.

En varios de los casos a que nos estamos refiriendo, se observa claramente cómo la aristocracia de cada zona presionaba sobre las autoridades para favorecer la apertura del puerto, no solo por una razón de

índole económica práctica sino por el afán de seguridad que la hacía apetecer la creación de centros urbanos, forma la más favorable de atraer a la población blanca, por lo general renuente a establecerse en explotaciones agrarias que no fueran propias o independientes. En el caso de Caibarién, fueron algunos hacendados de la zona de Remedios los que más se interesaron en abrir el puerto; lo mismo ocurrió con los intereses económicos de Puerto Príncipe respecto de Nuevitas, y con los productores del occidente de La Habana (Guanajay, especialmente) en relación con la apertura del Mariel. La situación se repitió respecto de Manzanillo, por su relación con la zona de Bayamo, aunque en este caso hubo un interés estatal particular. Esta presión favorable a la fundación de poblaciones en los puertos era el resultado lógico de la creación de grandes zonas productoras internas, a las cuales ya no bastaban el cabotaje hasta los puertos "mayores" o las comunicaciones terrestres.

La presión fué tan enérgica que algunos de los puertos fueron "habilitados" para el comercio aun antes de que hubiera en ellos una población efectiva. Ya conocemos el caso de Batabanó, mencionado en el tomo II. Caibarién, 1819, Mariel en 1820, Guantánamo en 1822 y Manzanillo en 1827, marcan fechas importantes en esta carrera de apertura de puertos que la época del comercio de exportación en crecimiento demandaba.

Pero no todos los casos respondían a la simple presencia de intereses económicos. En un buen número de ellos, el interés estatal personificado por la política de colonización blanca contribuyó decisivamente, o determinó por completo, la fundación de la ciudad, como serían el caso de Cienfuegos (1819) y el de Nuevitas; pero no debe establecerse una separación tajante entre unos y otros, pues el Estado reflejaba con frecuencia la mentalidad de las más poderosas fuerzas sociales y económicas que lo componían. El hecho que la Sociedad Económica y el Real Consulado fuesen los principales consejeros indica que las clases criollas económicamente prominentes tenían vías bastante efectivas para imbuir de sus ideas a las autoridades españolas y hasta el Gobierno metropolitano. De todas suertes, con frecuencia la actuación estatal se limitó a reunir información sobre las condiciones del lugar o a remover algunos obstáculos de tipo jurídico, a canalizar, en fin, la acción particular de los propietarios de la zona y de los inmigrantes.

Pero si el movimiento en la periferia del país —o hacia ella— fué de suma importancia, no tuvo menos intensidad la creación de centros rurales, que vienen a continuar la lenta conquista del *binterland* reiniciada en el XVIII. Sería muy interesante relacionar las poblaciones o

centros, cuyo origen data de este período para conocer las grandes líneas de este desarrollo. Helos aquí:

Entre 1800-1809: Candelaria, Madruga, La Salud, Nueva Paz, El Cerro (ciudad de La Habana), Guamacaro, Esperanza, Báez y Manicaragua. Grupo en el cual se observa la intensidad con que seguía produciéndose la colonización en la zona habanera y especialmente, el comienzo de la ola demográfica en la región central (actual provincia de Santa Clara).

Entre 1810-1819: Artemisa, Cabañas, Cifuentes, Alacranes, Colón, Manguito, Santo Domingo, Gibara y Guantánamo. Grupo en el cual predominan los núcleos nuevos de la zona de Matanzas y del centro, y, hasta, de un poco más al Oriente.

Entre 1820-1829: Cabezas, Pedro Betancourt, Mayajigua, San Juan de los Yeras, San José de las Lajas, Santa Cruz del Sur, San Nicolás, San Luis de los Pinos, Palma Soriano y San Luis (Oriente). Grupo en que parecen estar predominando los centros de Matanzas y del centro hasta la actual provincia de Oriente; es de notar que aparece el primer núcleo nuevo de la zona de Puerto Príncipe.

Entre 1830-1839: Corralillo, Martí, Caibarién y Rancho Veloz. Grupo en el cual, salvo una posible aportación de más datos, parece estarse manifestando la cesación de la onda poblacional que inició la gran expansión del comercio y de la agricultura en el último cuarto del XVIII. Es posible, por otra parte, que, salvo pequeñas zonas de Puerto Príncipe y de Oriente, no hubiera espacio realmente libre para la colonización desde 1837 en adelante. A partir de 1840 la creación de nuevos centros provendría, o bien de las excedencias de los núcleos ya constituidos o del efecto poblante del ferrocarril, que, a su vez, respondía a la distribución de la industria azucarera.

Aparecen, claro está, motivaciones demográficas que no se relacionan directamente con la agricultura comercial; pero se tiene la impresión de que son los casos menos numerosos. Así, por ejemplo, se dice que los orígenes de Palma Soriano radican en los cortes de maderas allí establecidos y que la causa de la fundación de Santa Cruz del Sur fué la existencia de grandes palenques de esclavos. Sin embargo, la regla general parece haber sido la colonización agrícola, especialmente la colonización a base de grandes cultivos como ocurrió en la zona de Guantánamo y en la de Cárdenas-Colón-Banagüises.

Ya tendremos ocasión de apreciar más adelante al comentar las cifras censales, que este ingente movimiento de creación de núcleos periféricos y rurales refleja fielmente el aumento absoluto de la población de la colonia y especialmente de los esclavos.

2. Conforme se estaba produciendo este auge demográfico se iba formando una política de colonización blanca. Sus líneas generales son simples, como respondiendo a un sentimiento elemental de las autoridades y de los grupos criollos predominantes: la seguridad. Pero significa, de todos modos, un rompimiento con la tradición imperial, del mismo sentido que la abolición del estanco del tabaco o de las restricciones comerciales; esto es, supone el inicio de una época en la que el Estado trata no solo de contribuir al desarrollo de la colonia sino de anticipársele, pues ya no había dudas de que la riqueza de Cuba era riqueza para España, para su industria y sus inmigrantes.

Pero el fomento de la población blanca tropezaba, como antaño, con obstáculos nacionales o sociales de importancia. En el caso de la inmigración francesa de la última década del XVIII y la primera del XIX, bien pronto surgieron los conflictos, a consecuencia de la tirante situación europea. Obstáculos mayores se presentaban a los inmigrantes norteamericanos que afluyen a medida que crece la industria azucarera y la de ferrocarriles; pero estos no formaban grupos tan numerosos como otros posibles inmigrantes europeos.

Precisamente, los hechos suscitados por las represalias del populacho contra los franceses dieron origen a una reacción de las autoridades y de grupos sociales de importancia, en favor de una política de inmigración liberal y calculada sobre la base de favorecer a los extranjeros que se avecindasen en el país. El proceso fué, como generalmente ocurría, bastante lento. Hasta la Real Cédula de 21 de octubre de 1817 no se dieron facilidades al establecimiento y naturalización de los extranjeros católicos en Cuba, Puerto Rico y Santo Domingo. A estas medidas de tipo general se añadieron facilidades para testar y disponer de sus bienes, exención de alcabalas por quince años, reducción del servicio en las milicias, sustituyéndolo por la simple presentación de las armas y la nacionalización de naves. Disposiciones que fueron inmediatamente reglamentadas por las autoridades coloniales.

La prontitud con que quedó constituida el año 1818 la Junta de Población Blanca, destinada a efectuar esta nueva política y su participación en los proyectos de fundación de Nuevitas, Cienfuegos, Manzanillo, Isla de Pinos y Guantánamo, indican que en el orden interno la política de población blanca constituía una de las consignas más estimadas por los criollos.

Inmediatamente se crearon los impuestos necesarios para hacer frente a los gastos de la nueva organización, como el gravamen de 6 pesos por cada negro varón que se importase, el cual terminó en 1820. Pero la

acción económica de la Junta de Población Blanca fué siempre limitada, descansando más en las aportaciones de los hacendados o propietarios de la zona donde se efectuaba el proyecto y en las de los inmigrantes o colonos, que en las aportaciones estatales o públicas.

La Junta de Población Blanca tuvo un período de máxima actividad, entre 1820-1830, tras el cual fué perdiendo el vigor que la caracterizó en sus inicios. En realidad, es que la política de colonización blanca había dejado de ser un tema importante de la conciencia social. El tema central sería la cesación total de la importación de esclavos, que era, una vez atenuada la colonización blanca, la otra alternativa de la crisis ocasionada por la coexistencia dispar de razas y estados sociales antagónicos. Pero ello no significa —como veremos en el período siguiente— que se abandonaran los proyectos de atraer inmigrantes blancos. Por ejemplo, el sueño de El Lugareño, de colonizar con seres "superiores", alemanes y sajones, perduró hasta después de 1850.

Como resultado de su creciente ineficacia, la Junta de Población Blanca fué liquidada por la Real orden de 13 de noviembre de 1842 y sus funciones quedaron a cargo de la Junta de Fomento. En realidad, las miras de la colonización blanca en el futuro estarían constituidas más bien por trabajadores que por colonos o cultivadores independientes, como cuadra al panorama de crecimiento industrial de la segunda mitad del siglo XIX.

3. La declaratoria de libertad de la trata en 1789, que debía surtir efectos expansionistas inmediatos, tropezó con los obstáculos resultantes de las guerras europeas que tendieron a alterar las comunicaciones normales y a modificar los mercados internacionales. La situación fué tan grave que se discutió públicamente en el *Papel Periódico* el problema del abastecimiento de esclavos con intervención de los ingleses. Sin embargo, como quiera que el alza de la agricultura comercial fué paulatinamente acelerándose durante la última década del siglo XVIII, los primeros años de aplicación de la libertad de trata no fueron particularmente apremiantes. El conflicto se presentó más bien a partir de 1796, a consecuencia de un período de activa fundación de ingenios y de inicio de la cosecha de café. Se estima que fueron un centenar los ingenios creados en estos años, lo que puede dar una impresión de los millares de esclavos que solo por este concepto se necesitarían. Si se añaden los requeridos para reponer las pérdidas naturales —tanto mayores cuanto más se intensificaba la agricultura comercial— y los que demandaba el cultivo del cafeto, se comprenderá la agudeza del pro-

blema y hasta qué punto queda explicado que los colonos no parasen en la condición de neutral, amigo o enemigo de quien los aprovisionara de brazos.

El aumento de los esclavos es visible por los datos que se conservan de este período. El padrón general de 1792 registra 84,500 y el de 1817 revela que había unos 225,000. Fenómeno que tiene su explicación en el hecho que el factor esencial de intensificación de la producción en esos años era el número total de esclavos empleados en la industria. Los cálculos de rendimiento de los ingenios a base de comparar el número de brazos que empleaban indican que una fábrica de primera categoría no podía disponer de menos de 200 esclavos.

La importación de esclavos, aunque irregular, debido a las crisis bélicas, fué cubriendo estas necesidades crecientes del desarrollo colonial. Alguna fuente contemporánea indica que entre 1789 y 1794 se importaron unos 24,000. Se observan entre 1790 y 1820, fecha en que teóricamente debió terminar este comercio, distintos periodos de alza y de baja que merecen un comentario.

Esos períodos son los siguientes: 1790-93; 1794-98 y 1799-1801, caracterizados por las dificultades de transporte marítimo; 1802-1809, caracterizado por una importación máxima (13,000 esclavos) en el primer año, a consecuencia de la Paz de Amiens y su efímero efecto normalizante, y una crisis, cuyo punto más bajo se alcanza en el último año, con una importación de solo 1,162 esclavos; 1810-1814, que aparece como un período normal; y 1815-1820, que se manifiesta como una ola de importaciones de esclavos (solo en 1817, unos 25,000) que se deben al temor de que se suspenda realmente la trata en cumplimiento de acuerdos europeos que arrancan de los Congresos de Viena. Ya en estos últimos años, Cuba está más asegurada en cuanto a su abastecimiento, porque al desaparecer los tratistas británicos, los sustituyen los norteamericanos, ya vinculados por múltiples intereses al desarrollo de Cuba.

El año 1820 señala un momento decisivo en el comercio de esclavos. Desde 1815 (declaración de 4 de febrero y artículo adicional de la Convención de 20 de noviembre) los diplomáticos europeos reunidos en Viena habían aprobado una resolución condenando el tráfico de africanos e incitando a los países a resolver sobre su prohibición. Gran Bretaña inició gestiones en tal sentido cerca del gobierno español, las cuales condujeron a la concertación del Tratado de 24 de septiembre de 1817, ratificado el 22 de noviembre del propio año, en el cual se declaraba prohibido todo comercio de esclavos al sur del Ecuador y to-

talmente abolido este tráfico a partir del 30 de mayo de 1820. Para compensar las pérdidas que sufriría España, Inglaterra se comprometía a abonarle 400,000 libras esterlinas.

La inquietud originada en Cuba por este convenio no solo se tradujo en una inmediata anticipación de las compras de esclavos, sino también en protestas por parte de los propietarios y hacendados que creyeron llegado el momento de prepararse para cesar en sus operaciones. Pero todas las dudas, todas las sospechas, se disiparon prontamente. A partir de 1820 continuó tan activo como antes el comercio de esclavos, si bien ahora, además de la infamia que por sí significaba, se transformó, por las condiciones semi-clandestinas y por la deshonesta participación de todos —productores, comerciantes, embarcadores, marineros y autoridades— en el fraude, en uno de los más repugnantes vicios de la organización colonial.

Posiblemente esta clandestinidad favoreció el incremento de las importaciones a un grado tal que comenzó a romperse el equilibrio demográfico de las razas, como se observa por el siguiente cuadro:

	Blancos	Libres de color	Esclavos
1792	49%	20%	31%
1817	43%	20%	37%
1827	44%	15%	41%

Sumadas las cifras de las columnas segunda y tercera se observará la disparidad entre los dos grupos raciales. Ya tendremos ocasión de comentar, más adelante, otros aspectos de estos datos censales. Como es lógico, la zona en que esta creciente disparidad se observaba más claramente era la de La Habana:

	Blancos	Libres de color	Esclavos
La Habana:			
1792	53%	20%	27%
1827	40%	11%	49%
Centro:			
1827	59%	15%	26%
Santiago de Cuba:			
1792	34%	33%	33%
1827	36%	27%	37%

Al parecer los esfuerzos realizados en 1827 para presentar un cuadro menos alarmante no bastaron a borrar la impresión correcta de la estructura demográfica de la colonia.

Claro está que no tardaron en presentarse las reclamaciones inglesas; desde el año 1826, según se deduce de la Real Orden de 2 de enero, se iniciaron las gestiones para el cumplimiento efectivo del Tratado de 1817. En 1832 se calificaba al gobierno de "apático" en el tratamiento de la cuestión. En 1835, a consecuencia del interés de Isabel II por ganarse el apoyo británico fué preciso acceder a las instancias del gobierno de Londres y concertar un nuevo Tratado (18 de junio) que, al reiterar el principio establecido en el texto de 1817, estrechaba la vigilancia sobre el tráfico marítimo de Cuba mediante la formación de Comisiones mixtas anglo-españolas. Por medio de tres anexos, este convenio fijaba las instrucciones para los buques ingleses y españoles destinados a vigilar las costas, el reglamento de los tribunales mixtos residentes en Africa y en las colonias españolas y el reglamento para el buen tratamiento de los emancipados.

Ya entonces la presión británica venía apoyada por el creciente sentimiento de la población económicamente predominante en contra de la trata, como principal medida para compensar la disparidad entre los dos elementos raciales de la población. Los brotes sediciosos en las congestionadas zonas azucareras de La Habana y de Matanzas comenzaban a preocupar a los hacendados, y las ideas de José A. Saco anunciaban un cambio de actitud de las clases criollas predominantes. Pero ni la intervención extranjera, ni la resistencia interna eliminaron la trata. Ya en el camino franco de la piratería más desvergonzada, la trata de esclavos fué amparada por los capitanes generales, por comerciantes y hacendados, que hicieron de ella un pingüe negocio hasta la sexta década del siglo.

4. Aun cuando el aporte étnico de más importancia para el desarrollo de Cuba durante este período fuera el de los esclavos, no faltaron grupos considerables de inmigrantes blancos, los cuales venían, principalmente, empujados por las vicisitudes políticas propias de la América colonial. Este es el hecho que impidió que la población de Cuba se desequilibrara completamente en sus componentes raciales.

El primer caso de esta categoría que merece comentarse es el de la inmigración francesa, que procedente de Haití buscó refugio en Cuba entre 1790 y 1810. Algunos testimonios contemporáneos señalan que fueron unos 30,000 los inmigrantes arribados entonces, de los cuales se avecindaron en Santiago de Cuba unos 15,000. Se establecieron, principalmente, en la región oriental, donde, como es sabido, determinaron el gran auge cafetalero y el desarrollo del cultivo del algodón. Si bien una

parte importante de estos refugiados tuvo que retirarse del país, a consecuencia de las persecuciones de que se les hizo objeto cuando España se sublevó contra Napoleón (1808), una buena proporción de ellos —algunos de los cuales hasta tradujeron o adaptaron sus apellidos al español como es el caso del industrial Prudencio Casamayor— permaneció en el país, incorporándose definitivamente a la población.

Estos inmigrantes tenían cierta calidad. Eran, por lo general, propietarios o administradores de propiedades que durante su residencia en Haití estuvieron al frente de sus negocios. Tenían, pues, una gran experiencia en el manejo de las haciendas destinadas a frutos tropicales y algunos de ellos, no solo salvaron algún capital, sino también parte de sus esclavos con los cuales llegaron a Cuba. Su participación efectiva en el proceso de transformación de la estructura agraria, a partir de 1790, no es de comentar, pues se evidencia por el hecho que fueron los principales fomentadores del cultivo del café, tanto en la región oriental como en la zona habanera, donde más que propietarios o colonos independientes, fueron administradores de las grandes propiedades. Su influencia cultural no es ponderar en este lugar, pero debe recordarse para indicar la profundidad y la generalidad de su participación en la formación nacional de Cuba.

Apenas terminado el período "francés" del movimiento migratorio comenzó el de los españoles y los españoles americanos procedentes de las colonias vecinas, a partir de 1810. Esta inmigración no fué tan uniforme como la de los franceses y no se conocen estimados sobre su cuantía, que puede haber sido más o menos equivalente de la de los franceses. La calidad de estos inmigrantes era variadísima, pues se componía de funcionarios y clase media (o tercer estado, que diríamos mejor), propietarios, militares; en general, inmigración urbana y poco conectada directamente con la producción. Por otra parte, una buena proporción de ellos eran más que inmigrantes verdaderos evacuados, a consecuencia de la derrota, de los ejércitos realistas en Nueva España y en Sudamérica y, por consecuencia, estuvieron solo de paso por Cuba. Posiblemente a ello se debe que hacia 1821 se estimen los transeúntes de La Habana en unos 20,000. Algunos pequeños núcleos de estos inmigrantes fueron asentados en Nuevitas; pero la mayoría fué estableciéndose libremente.

Un tipo especial de inmigrantes lo constituyeron los franceses evacuados de Luisiana y establecidos en Cienfuegos a partir de 1819. Eran franceses leales a España que con los cambios operados en la situación de esa colonia prefirieron acogerse a la protección española en Cuba.

Hacia 1830 puede darse por finalizada esta etapa de inmigración por causas políticas. Desde luego, ya estaba en puertas una nueva inmigración política, la de los prisioneros y desterrados de la Guerra civil que asolaba a España, algunos de los cuales fueron empleados por el capitán general Tacón en sus decantadas obras públicas. En lo sucesivo los inmigrantes españoles procederían directamente de la Metrópoli. Quizás el principal aporte estaría, en el futuro, formado por catalanes, inmigrantes comerciales e industriales, que se concentran en las dos grandes ciudades de la colonia, especialmente en Santiago de Cuba. Los demás aportes blancos fueron de norteamericanos y otros núcleos menos numerosos cuya significación se diluye bastante en el cuadro demográfico de la colonia constituido por blancos de origen español y por negros.

5. El proceso demográfico que se estaba operando desde el último tercio del XVIII produjo transformaciones importantes en la realidad social e ideológica de la colonia. Si, de un lado, los hacendados —personificadores del impulso agrícola comercial— estaban convencidos de que era preciso acrecentar el "stock" de población negra con el objeto de desarrollar la economía colonial, al máximo de sus posibilidades, de otro, comprendían que el crecimiento de la población negra tenía un límite, fijado más o menos en una relación cuantitativa que asegurase el éxito en caso de que se repitiera la experiencia terrible de Haití. Ya en el *Discurso sobre la Agricultura*, Arango Parreño muestra esta preocupación que se acentuará a partir de 1800 en documentos del Real Consulado y de otras autoridades.

Pero la esclavitud planteaba otro tipo de problemas que conducían igualmente a consideraciones de seguridad en el tratamiento de los esclavos. Era, pues, preciso sentar las bases de una nueva política respecto de este elemento que, al par que imprescindible, constituía la pesadilla de los criollos, cuya conciencia de la necesidad de fomentar una población socialmente peligrosa crecía por día y determinaba el surgimiento de fuerzas conservadoras de capital importancia en la formación nacional.

La primera actitud respecto de los esclavos era la de utilizarlos al máximo. Esta "racionalización" del empleo de los esclavos formaba, claro está, parte principal de los esfuerzos por aplicar cada vez métodos más intensivos de trabajo con el objeto de aumentar el rendimiento de los ingenios. Es característico de esta actitud el ya mencionado *Discurso* de Arango, el cual no obstante que la "religión sellaba sus labios" ex-

pone todo un plan para el aprovechamiento al máximo de los esclavos, incluyendo la producción de los alimentos que consumían por ellos mismos. La reacción contra este sistema viene expresada en el *Papel Periódico* del propio año 1791 en las recomendaciones que se hacen a los "nobilismos cosecheros de azúcar" contra la excesiva crueldad en el tratamiento de los negros. Es igualmente importante en este aspecto la popularización de la legislación colonial francesa sobre la materia (*Papel Periódico*, de 11 de mayo de 1794). Pero los límites de esa intensificación, eran difíciles de precisar, a virtud de lo cual todo exceso podía fácilmente convertirse en un desastre para el hacendado. A lo menos, hasta la segunda mitad del XIX no se difunde la práctica de descansar a los esclavos desde las 10 p.m. a las 5 a.m. Lógicamente, el período de máxima utilización de los esclavos y los riesgos de su pérdida aumentaron y con ellos el porcentaje de reposición anual.

Durante este período era práctica general que solamente los sábados dejaban de moler los ingenios y se terminaba de elaborar lo que hubiera en el tren de pailas y tachos. Ese día salían al campo los macheteros a preparar las cañas con que re reiniciarían las labores el lunes siguiente. En verdad, el único descanso que se daba a los esclavos era el domingo y unas pocas horas entre los turnos diarios. Sin embargo, autores europeos con experiencia azucarera en América, como Malouet, consideraban más liberal el régimen esclavista de las colonias españolas y portuguesas que el de las demás; sostenían que no se basaba solamente en una fuerte disciplina de trabajo sino que presentaba otros estímulos y diferente grado de protección. Humboldt que coincide con este criterio se avergüenza, en definitiva, de que los sentimientos humanitarios se conformasen con un aumento de la ración de carne o de las varas de tela que se daban a los esclavos; claro está que este planteamiento del problema no era más que una discusión sobre los diversos grados de sordidez a que llegaban los distintos colonizadores europeos. Pero debe advertirse, que, por lo menos, el lema brasileño de pan, palo y paño (pao, páo y panno) era, con mucha, la expresión de una política social más cruel que la imperante en Cuba.

Los hacendados y las corporaciones comenzaron a preocuparse por las medidas que podían estimular a los esclavos y mantenerlos no ya en las mejores condiciones de seguridad social sino, sobre todo, en las de mayor vigor y duración. Desde la Real Cédula de 31 de mayo de 1789, que venía como acompañando a la de la libertad de la trata, se establecieron medidas para la protección de los esclavos. Especialmente el artículo XIII sobre el "modo de averiguar los excesos de los dueños o

mayordomos" motivó una protesta de los colonos. No así el artículo III que prohibía la ocupación de los esclavos en oficios sedentarios y que establecía la jornada de sol a sol con dos horas intermedias para que se ocuparan en trabajar para sí, esto es, para su subsistencia o para su persona; ni tampoco provocó iguales quejas el artículo VIII que fijaba las penas aplicables a los esclavos en falta.

Sin embargo, el Rey se vió precisado a encomendar un dictamen sobre esta ley a dos ex-altos funcionarios de Cuba, los que solicitaron la suspensión de la Real Cédula, con el objeto de legislar más de acuerdo con los intereses de la colonia, según ésta los entendiera. La legislación especial no llegó más que en forma de una Escuerta Real Orden de 22 de abril de 1804 recomendando el buen tratamiento de los esclavos sin más precisión. Con esto quedaban satisfechos los amos y perfectamente desamparados los negros.

La realidad es que los propios hacendados estaban interesados en no maltratar excesivamente a los negros; pero, por otra parte, el temor que les despertaba su creciente concentración impuso cada vez más la represión de toda actividad que no fuera de las más elementales de conservación. "Sabemos que es natural el desear la libertad —decían el Prior y Cónsules del Real Consulado en 1799— y que si no se toman las debidas precauciones es casi de necesidad qua a este deseo se una la tentación de adquirirla por medios aventurados." La experiencia fué aconsejando la construcción de *barracones*, verdaderas cárceles donde se encerraban a los esclavos durante las horas de descanso, entre sus turnos de trabajo.

Las condiciones de trabajo en los ingenios empeoraron de tal modo que, como dice Humboldt, se amenazaba con el cafetal a los esclavos de servicio doméstico, a los de los cafetales se les amenazaba con enviarlos al ingenio; por modo que, como dijimos en el tomo II, el sistema represivo de la industria azucarera dió la pauta para el mantenimiento de un orden determinado en la sociedad compleja e inestable de la colonia. Y cuando no bastaron esas medidas, como sucedió a raíz de las sublevaciones de Matanzas en 1842-44, la ejecución en masa de los sospechosos de sublevación bastó para restablecer las condiciones favorables a la continuación de la industria.

Por su parte, los esclavos urbanos perdieron algo de su tradicional libertad al aparecer las grandes casas señoriales en las ciudades, pues todos los empleados en el servicio doméstico vivían junto con sus amos en el entresuelo o en la planta baja del edificio, si no vigilados, a lo menos vinculados en tal forma al amo y tan afortunados de no tener

que servir en el ingenio que no se sabe que mostraran propensión alguna a libertarse violentamente.

Entre las medidas que suponen un cambio más importante en el régimen interno de la institución debe mencionarse el aumento de la importación de esclavas. El designio de esta política era el fomentar la reproducción natural de la población servil, refinamiento "técnico" al cual —a diferencia de los Estados Unidos— no se llegó en Cuba. Pero, en Cuba, a lo menos, a nombre de la moral herida, el amo castigaba a la esclava "soltera" que daba a luz, no sin quitarle el hijo que, a despecho de melindres, representaba una adición efectiva de riqueza. Claro está que hasta 1870 se dispuso de esclavos contrabandeados, mientras por otra parte, los yucatecos y los chinos cubrían los déficit de brazos que se presentaban.

Pero los esclavos no carecieron de ciertas oportunidades. Sin duda, la que más se les franqueaba era la de apalencarse, lo cual resultaba frecuente a principios del XIX, especialmente en ciertas regiones deshabitadas o montuosas de Santa Clara, de Puerto Príncipe (Santa Cruz del Sur) y del norte de Oriente (Palenque de Moa). La intensidad de este fenómeno no ha sido estudiada hasta hoy y por ello se dificulta el juicio de conjunto en la materia; pero se tiene la impresión que la abundancia de población negra libre en el extremo oriental de la Isla se debe en buena parte a la formación de estos palenques, que por su conducta no agresiva pudieron escapar a la persecución organizada por las autoridades. Además, como tendremos ocasión de comentar en los períodos siguientes la carestía de los esclavos fué operando como un disolvente de la institución, de tal modo que ya a mediados del siglo la sustitución de los negros por yucatecos y chinos indica la crisis final del régimen. Es posible que las formas tradicionales de disolución del régimen esclavista continuaran operando pues se conocen casos de manumisión y de coartaciones, estas últimas muy ponderadas por la Condesa de Merlin que era un observador bastante desposeído de prejuicios.

6. No faltaban núcleos de población libre, disponible para el trabajo asalariado o dependiente. Sin embargo, las ocupaciones que se les franqueaban antes de 1790 no eran precisamente industriales, ni básicas para el desarrollo del país, salvo en cuanto se relacionaran con la industria azucarera. Los artesanos y sus aprendices, los dependientes de comercio, los barberos, los zapateros, eran más bien negociantes y fabricantes en pequeño que asalariados. Puede considerarse que el trabajador, el asalariado típico surgiría a consecuencia del desarrollo de la

industria tabacalera urbana, como consecuencia del cambio de orientación del consumo interno e internacional.

A fines del XVIII los internados en la Casa de Beneficencia y los presos suministraban brazos asalariados para la elaboración de tabaco. La propia Factoría empleaba algunos torcedores procedentes de las zonas de cultivo del tabaco. Pero el crecimiento de la industria a partir de 1817 estimula la aparición de núcleos de obreros a contrata que constituyen los primeros grupos de proletariado cubano. La forma en que se incorporan algunos hombres libres a estas ocupaciones es típica de los países con economía nueva como era la de Cuba en este período. A consecuencia del auge de la agricultura comercial una multitud de campesinos —vegueros, sobre todo— y de habitantes de las ciudades fueron atraídos por los altos salarios, propios de la época inflacionaria que caracteriza la primera parte del período bélico desencadenado por la Revolución Francesa. El testimonio de Pedro A. de Gamón Superintendente del ramo de Tabaco en 1807 dice a este respecto con agudeza: "Como todo era derivado simultáneamente no había gente criada para la multitud de objetos que demandan estas grandes haciendas (se refiere a los ingenios), de que nació a sus promotores la necesidad de adquirirla a expensas de subir los salarios y celebrar contratos excesivamente costosos para la tumba de montes, conducciones, fabricaciones particulares, etc.; sin contar la imprescindible tolerancia de sufrir la ineptitud o menguado valimiento de muchos de los más importantes operarios de estos establecimientos, como aun hoy se quejan varios".

Y añade en nota: "Aquí el origen de la desertión de labradores de tabaco y su tránsito a otras ocupaciones de más segura utilidad tanto como la necesidad de atraerlos a su gremio primitivo con soportamiento del sacrificio de haberles aumentado el precio del mismo tabaco hasta el punto en que hoy se ve".

La cita es larga pero luminosa, y amerita el espacio que se le concede. La incorporación de la población blanca al trabajo asalariado se produce, pues, como resultado del desarrollo agrícola comercial y marca precisamente el momento en que la estructura social tradicional que hace de todo blanco un ser privilegiado, aun cuando no posea tierras o esclavos, comienza a transformarse de tal modo que aparecen las nuevas clases o grupos correspondientes al desarrollo de la economía básica. El período de inflación característico de la época se refleja en esta incorporación en toda la colonia, pues el mismo año en que Gamón escribe su juicio, las autoridades de Sancti-Spíritus se quejan del alza de salarios de algunos oficios urbanos.

A partir de entonces y por la creciente consolidación de las grandes industrias así como por las dificultades para adquirir tierras —ahora que se cristaliza la propiedad tradicional— no faltó la provisión de brazos libres para las industrias urbanas. Sin embargo, a juzgar por los escasos datos que acerca del empleo en estas ramas de la economía, no se requería gran número de obreros. En 1836 había en La Habana unas 306 tabaquerías que utilizaban a 1,540 obreros libres, entre blancos y de color y 612 esclavos. Las cigarrerías empleaban un número muy pequeño de brazos; pero, a excepción de uno, todos los demás eran blancos libres.

Sin embargo, este fenómeno era más propio de La Habana que de otras zonas, donde la expansión de la gran industria tabaquera requirió el empleo de chinos bajo contrata cuando su desarrollo tropezó con la escasez y la carestía de los operarios libres, blancos y negros. Los salarios, por lo general, se consideraban excesivos, de ahí que mientras unos se aferraban a la esclavitud, otros, como la Condesa de Merlin, reflejando ideas de un grupo más avanzado, viesan la solución en una inmigración masiva de blancos no propietarios, de tal modo que su número fuese tan elevado que pudiese “reducírseles sus salarios e impulsarlos a dedicarse a la agricultura”.

Se disponía, además, de los emancipados, procedentes de los cargamentos de africanos sorprendidos por los barcos ingleses y apresados conforme a las estipulaciones del Tratado de 1836. Estos emancipados eran entregados a productores y particulares a cambio de una renta anual de 17 pesos (1 onza de oro), para que aprendieran un oficio como paso previo a su total liberación. Generalmente no obtenían este resultado sino tras de varios años de “aprendizaje”, pues el hecho que fuesen bozales —esto es africanos recién llegados— suponía su desconocimiento del español y dificultaba su adiestramiento. Por su parte, las autoridades, como, por ejemplo, Tacón, prorrogaron su período de “aprendizaje” por un lapso de cinco años, a cambio de una exacción que, al parecer, se destinaba a obras públicas.

Las formas puras de trabajo libre quedaban revestidas de un ropaje compulsivo muy propio de un país en que había un déficit de obreros. Los aprendices industriales eran “escriturados”, como en el caso de los tabaqueros, esto es, sujetos a contrata, que los obligaba a vivir en el taller por el término de tres años, durante los cuales estaban en condición semi-servil, hasta que se examinaban y ascendían a oficiales. A este tipo de trabajadores forzados temporalmente pertenecían los que fueron importados por contrata para los trabajos del primer ferro-

carril (1835-37). Se les pagaba nueve pesos mensuales, con manutención y servicio de hospital, deduciéndoseles tres pesos mensuales para abono de sus pasajes. Mientras no pagasen la totalidad del transporte no quedaban libres y se les podía obligar a cumplir la contrata. Cada huida representaba una multa de veinte y cuatro pesos que les alejaba aun más la oportunidad de verse libres.

El trabajo libre no propiamente asalariado —artesanal— y organizado en gremios de cortes europeos tradicionales, desapareció rápidamente ante el impacto de un desarrollo económico que había echado por tierra obstáculos al libre ejercicio de la industria mucho más arraigados que la organización gremial. Al parecer, el artículo 37 de las Ordenanzas de Comisarios de barrios de 19 de noviembre de 1769, en el sentido de que debía fomentarse la constitución de gremios de los oficios no se cumplió por lo cual la abolición de los gremios que comienza a producirse a fines del XVIII no tiene propiamente sentido en Cuba. Lógicamente al imponerse la plena libertad del comercio interior, los escasos grupos profesionales desaparecieron, pues por lo general tenían una función limitada a problemas de abastecimiento. El mismo sistema de aprendizaje con su libertad limitada quedó confirmado por la Real orden de 6 de diciembre de 1836, que declaró libre de toda restricción corporacional el ejercicio ulterior de industrias, profesiones, artes liberales y oficios; último vestigio de un tipo de organización que no había llegado a cuajar debidamente en las condiciones económico-sociales de la colonia.

7. Tras del Censo o padrón de 1774, los primeros datos de que se dispone son los del Padrón general realizado durante el mando de Las Casas en 1792. Como los demás padrones realizados durante el período colonial por los alcaldes de barrio, era deficiente y debe considerarse más bien como un estimado aceptable. Veamos las cifras que corresponden a la totalidad de población entre 1774 y 1827:

	Población	% de aumento
1774	171,620	
1792	272,301	+ 58.6%
1817	553,033	+103%
1827	704,487	+ 27.3%

El cuadro se corresponde adecuadamente con las alternativas de la "ola" demográfica, la cual parece estar disminuyendo hacia la última fecha mencionada. Claro está que el interés en ocultar el contrabando

de esclavos puede haber influido en esta impresión de disminución del crecimiento que se observa entre 1817 y 1827.

En el número 3 de este capítulo hemos señalado los cambios de posición relativa de los diversos grupos étnicos entre 1774 y 1827. A medida que crecía la agricultura comercial, y especialmente la industria azucarera, la proporción de elementos de color aumentaba, lo que significa que el equilibrio étnico existente hacia 1774 había desaparecido y constituía ya el principal problema a resolver dentro de la evolución nacional.

La disparidad étnica era más visible, si cabe, en la zona habanera —occidental, en general— debido a que constituía el principal centro agrícola e industrial de la colonia. En 1827 la relación de los diversos grupos al total de la población en esta zona era la siguiente:

Blancos	40%
Libres de color	11%
Esclavos	49%

La zona central mantenía, sin embargo, sus caracteres tradicionales, con un predominio absoluto de la población blanca sobre los demás grupos étnicos y sociales, lo cual se explica por la escasa penetración de los cultivos comerciales y el imperio de la ganadería:

Blancos	59%
Libres de color	15%
Esclavos	26%

Mientras tanto, en el departamento oriental se está produciendo la ruptura del equilibrio que parecía existir por las cifras de 1792:

	Blancos	Libres de color	Esclavos
1792	40%	33%	27%
1827	36%	27%	37%

Lo cual se explica por el desarrollo extraordinario de algunos cultivos comerciales, como el café y el algodón.

El porcentaje de aumento general por grupos y zonas entre 1817 y 1827 traduce claramente la situación cambiante de esos años:

	Blancos	Libres de color	Esclavos
Departamento occidental	23.5%	12.5%	68%
„ central	29.2%	6.2%	29.3%
„ oriental	56.6%	26.9%	24.5%

Cifras en las cuales se pueden constatar los dos hechos fundamentales de todo el periodo: el aumento de la población esclava en la zona de mayor concentración económica, o sea, la occidental, y el aumento de la población blanca en la región oriental, a donde afluyó, en definitiva, el mayor contingente de pobladores blancos.

Estas cifras relativas a 1827 deben tomarse con cierta dosis de desconfianza, pues la situación del comercio de esclavos, así como la evidencia del peligro que entrañaba el desequilibrio étnico produjeron la alteración malintencionada de las cifras generales de la población.

CAPÍTULO III

LA EXPANSION INDUSTRIAL

1. El hecho de más singular presencia en todo el proceso de transformación económica de Cuba a fines del XVIII es precisamente la gran expansión de la industria azucarera. El cultivo de la caña que, por un lado, estaba operando activamente sobre la organización tradicional agraria, por otro, representaba sólo un aspecto de esa ingente creación de riqueza, ya que la fabricación de azúcar supone un proceso de elaboración caracterizado por el empleo de medios mecánicos y humanos en abundancia. Por esa razón la influencia que el crecimiento de la industria azucarera ejerce no ya sobre los aspectos señalados —tierra y población—, sino sobre el desarrollo de las ciencias, de la técnica, de las comunicaciones y, en general, sobre la capacidad del país para el bienestar, son otros tantos aspectos de la transformación profunda que sufre la colonia.

Simultáneamente se estaban produciendo fenómenos similares en cuanto a la industria tabaquera y se abría el camino para el desarrollo de industrias abandonadas o nuevas. Durante más de medio siglo la búsqueda de recursos naturales independientes o complementarios del desarrollo actual produjo resultados también positivos. Apreciado el fenómeno en su conjunto se echa de ver que la expansión de la industria azucarera fué de mayor profundidad y resonancia más perdurable que la del cultivo del cafeto, aun cuando desde el punto de vista internacional la posición de Cuba como exportador era mucho más fuerte en cuanto al café que en relación al azúcar. Es sabido que la colonia, hasta 1830, contribuyó frecuentemente con mayor proporción de café al comercio mundial que de azúcar. Por otra parte, es fama que en algunas plazas europeas Cuba llegó a "imponer" los precios del café, fenómeno que no se produjo respecto del azúcar hasta por lo menos el último tercio del XIX.

En consecuencia, la evolución de la industria azucarera adquirió caracteres de normalidad que no tuvieron otras exportaciones y constitu-

yó la aportación más destacada al desarrollo general del país, cuya deformación se produce más bien a fines del XIX y durante el primer cuarto del XX.

2. Ese hecho característico del período que analizamos y cuya perdurable huella en la historia nacional adquiriría la categoría de hilo conductor del desarrollo, no se produce como simple resultado de la operación de fuerzas económicas en libertad. Contribuyó a su manifestación la política de desarrollo que expusimos en el tomo precedente, porque arranca de la segunda mitad del XVIII. Aun cuando no sea juicioso valorar en demasía esta política de fomento—ya que, por lo general, no abordaba los problemas básicos de la industria—, sería incompleto ofrecer un panorama del progreso de la riqueza del país entre 1790 y 1837 en que no contara este elemento.

Como es sabido, las medidas adoptadas consistieron, por lo general, en las exenciones de impuestos y cargas, así como la remoción de algunas regulaciones que afectaban la operación industrial y agrícola. Desde luego, la declaración de libertad de la trata de esclavos en 1789 constituye, dentro de este orden de cosas, la medida de más profunda significación. No fué menos importante la legislación sobre la propiedad entre 1815-19 que abriría el cauce por donde ya avanzaba trabajosamente la agricultura comercial. Entre las fechas en que se produjeron esas dos medidas básicas para el desarrollo económico, otras medidas tendieron igualmente a favorecer la expansión de la producción para el comercio internacional.

En orden cronológico, la primera medida a señalar fué el Real decreto de 22 de noviembre de 1792, consistente en eximir de "todos derechos, alcabala y diezmos", por el término de diez años, al café, el algodón y el añil, permitiéndose que fuesen transportados a Europa directamente y restituyéndose los derechos de entrada, reales y municipales, cuando el azúcar fuese exportado al extranjero. La Real orden de 23 de febrero de 1796 autorizó el establecimiento de refinerías de azúcar en Cuba, ordenaba restituir el 6% de alcabala al azúcar introducido en España y reexportado y que fuera libre de derecho el "aguardiente rom" enviado a otros puertos americanos y de Europa. El primero de estos textos que, como se ve, tendía a favorecer la exportación de esos productos agrícolas fué renovado a perpetuidad por la Real cédula de 22 de abril de 1804.

El estímulo más directo para el desarrollo azucarero fué la declaración de libertad de derechos a la importación directa desde el extranjero de utensilios y herramientas, por la Real Cédula de 4 de marzo de 1792

y por la Real orden de 14 de diciembre de 1794 se concedieron iguales franquicias a las duelas y arcos de barriles. Pero dadas las condiciones del momento, parecen haber sido más efectivos los permisos especiales para exportar azúcar, aguardiente y mieles al extranjero, procedimiento que contribuía a asegurar el mercado norteamericano. Igualmente importantes fueron las "esperas" para el abono entero de la alcabala en las ventas de ingenios que fueron, al parecer, muy frecuentes en los últimos años del siglo, precisamente por la súbita expansión de las exportaciones y la intensa inversión en la industria.

Por la misma razón que se adoptaron esas medidas hubo una tenaz resistencia a derogar el privilegio de exención de embargo de los ingenios, protección que les venía concedida desde el siglo xvi. En algunos documentos contemporáneos, los hacendados repudiaron ese privilegio, pues deprimía las oportunidades de refacción, bien por la reserva de los prestamistas, bien por alzar inmoderadamente la tasa del interés. Por su parte, los comerciantes que operaban como refaccionistas también lo consideraban nocivo. Sin embargo, no parece que todos los azucareros y, sobre todo, las autoridades coloniales, simpatizaran con la idea de derogarlo, pues si sus efectos restrictivos eran evidentes en los períodos de alza, como en 1766-98, no es menos cierto que en los períodos de baja como 1801-1810 tendía a descargar una gran parte de la depresión sobre el refaccionista, conservando la fortuna básica del hacendado y evitando las ejecuciones de bienes tan frecuentes en esas crisis.

3. Es difícil hablar en términos generales de la industria azucarera en este período, debido a que el aceleramiento del desarrollo determinó grandes diferencias entre los ingenios, tanto respecto de su instrumental como respecto de su capacidad. No obstante, puede afirmarse que aun después de las transformaciones sucedidas a partir de 1790 el estado técnico de la producción no varió sustancialmente en relación con los tiempos anteriores. Hasta la tercera década del xix no se observan aquellos nuevos elementos que habrán de servir para acrecentar la producción, sin producir un aumento proporcionado de la extensión de tierra en cultivo o de los brazos empleados en la fábrica. Y aun después de 1830 los grandes ingenios se caracterizan más bien por reunir en un solo emplazamiento dos o tres juegos de aparatos, por lo que representaban más bien la adición mecánica de dos o tres ingenios, antes que un proceso interno de aumento de la capacidad de producción por unidad. La finalidad de este sistema consistía en ahorrar algunos brazos para la atención de la fábrica, aunque por otra parte aumentaba los requerimientos de esclavos en los campos. Desde luego, la capacidad absoluta de estas

instalaciones originaba diferencias pronunciadas con los ingenios más sencillos.

No obstante que la tendencia general se singularizaba por la agregación cuantitativa de factores, más que por el aumento de su eficiencia, hubo transformaciones de gran interés, en tanto se las considere como pasos preparatorios del gran proceso de "revolución industrial" que culminará en la división de la producción entre hacendados y colonos, entre el ingenio y la plantación. Los hechos a que nos referimos tuvieron una significación limitada, pero permitieron obtener el máximo de rendimiento posible dentro del régimen esclavista y de la técnica retrasada imperante hasta 1840.

Dentro del panorama industrial azucarero lo primero que nos llama la atención es la multiplicación de los ingenios entre 1790 y 1837, la cual no se efectúa como una progresiva suma de fábricas, sino que presenta un período de recesión que puede situarse entre 1804 y 1808. Si se toman las cifras del comercio de exportación de esos años y se comparan con las del número de ingenios, se observará que el aumento de ambas cifras es paralelo, lo cual indica que todo aumento de la producción se debía fundamentalmente a la creación de nuevas fábricas. Sin embargo, la dificultad de este análisis y de todo lo que se refiera a rendimiento de los ingenios radica en que los datos de que se dispone no son muy completos, sino que, en general, deben considerarse como estimados.

La primera dificultad surge cuando se quiere establecer un cómputo del número de los ingenios. Al parecer—si hemos de creer algunas fuentes—hubo no ya una recesión, sino una verdadera eliminación de ingenios entre 1774 y 1792; pero esto es improbable. Sin embargo, a partir de la última fecha citada en que, de acuerdo con Friedlaender, había 600 ingenios, las cifras varían grandemente. Así, por ejemplo, en lo que respecta a la jurisdicción de La Habana las cifras que dan Humboldt y O'Farrill para los años 1796 y 1797 muestran una diferencia de más de ochenta ingenios. Tomando en consideración la posibilidad de un aumento paulatino del número de ingenios en estos años podría estimarse en seiscientos los ingenios entre 1792 y 1806, habida cuenta que a partir de 1804 hubo una crisis de la que resultó una eliminación como de cincuenta ingenios. Esta cifra debió mantenerse más o menos estable hasta 1810, esto es, hasta que desaparecieron los efectos producidos por la situación marítima imperante entre 1807 y 1809. Al presentarse la segunda etapa de aumento de las exportaciones continuó el movimiento de fundación de ingenios que en 1817 alcanzaban a 780 y, después de 1820 y a merced de la expansión de los mercados europeos

y norteamericano, se continuó aun más el crecimiento, elevándose la cifra en 1827 a 1,000 ingenios.

Las exportaciones, que también presentan dificultades debido a que en estos años sólo comprenden el movimiento del puerto de La Habana, fueron respondiendo en líneas generales al aumento de los ingenios. Hacia 1800-04 se alcanzaba por primera vez una exportación de 3,000,000 @. Después de 1811, al restablecerse el ritmo creciente, y en 1821 las exportaciones se elevan a 4,000,000 @. Finalmente en 1827 se observa un nuevo aumento hasta 6,000,000 @. Aun cuando sabemos que el promedio en este caso no descubre la verdadera situación de la industria, es evidente que esas exportaciones arrojan en todo el período un promedio de 5,000-6,000 @ por ingenio. Ahora bien, esta cifra a medida que se desarrolla la industria va alejándose cada vez más de lo que pudiera ser el rendimiento de un ingenio modelo. En efecto, hacia 1793 O'Farrill estima que un buen ingenio puede producir unas 10,000 @ por zafra, cifra que no se contradice con el supuesto "promedio" de 5,000 @; pero hacia 1827, los ingenios buenos, con los últimos adelantos de la técnica y con buen número de esclavos, producen hasta 32,000 @ por zafra.

La información de que se dispone respecto del rendimiento de los ingenios es bastante irregular. Hacia 1804 los ingenios buenos tienen, a veces, hasta 3 molinos y 3 juegos de aparatos, lo que les permitía producir más de 30,000 @ por zafra, o sea, exactamente 3 veces más que el ingenio modelo de que habla O'Farrill en 1793, lo cual se explica porque eran en realidad tres ingenios reunidos. Sin embargo, tanto en 1793 como en 1804 el promedio de producción por esclavo era de 100 a 130 @. En cambio, el rendimiento por caballería era de 700-1,600 @, lo cual se explica por la diferente condición de las tierras y quizás por la introducción de la variedad Otahiti. En los casos a que nos referimos y que nos sirven de guía, la cantidad de tierra sembrada de caña, no obstante la gran diferencia del total de azúcar producido en la zafra, se mantiene igual, lo que parece indicar que, no variando los demás factores, el número de esclavos empleados se reflejaba directamente sobre el monto total del azúcar elaborado. Esto es tanto más evidente, cuanto que en todos los documentos contemporáneos se pone siempre en relación la cantidad de azúcar por zafra con el número de esclavos que componían la dotación del ingenio.

Pero sabemos que hubo reformas técnicas que produjeron determinadas alzas en el rendimiento. La cuestión, sin embargo, queda sujeta a juicio debido a que se trata de informaciones incompletas. En este sentido, hay testimonio de que la sustitución de los molinos verticales

por molinos horizontales produjo un aumento del 2% en el rendimiento en guarapo, puesto que la prensada de las cañas podía realizarse en una forma más completa. Por otra parte, en estos nuevos molinos bastaba con prensar dos veces las cañas, mientras en los antiguos era preciso repetir hasta seis veces la operación, con un evidente gasto adicional de brazos y de tiempo.

Posiblemente la introducción de la variedad Otahiti arrojó resultados positivos sobre el rendimiento por esclavos y por caballería sembrada; pero no hemos encontrado datos sobre este aspecto; como no los hemos encontrado respecto de la influencia de la apertura de tierras nuevas, como las de la zona de Matanzas, sobre las cuales hay juicios elocuentes.

Lo cierto es que a fines del XVIII, de acuerdo con la información de refineries europeas (Jacob Baxa), el azúcar de Cuba presentaba una calidad muy comparable con el de Martinica y del Brasil, centros productores que se suponían más avanzados que Cuba. Desde luego, la huella del progreso técnico, desde el punto de vista de las ideas, está marcada por hechos notables como la traducción del *Compendio de Dutrone-La Couture* (1793), considerado como el mejor manual azucarero antes de 1850. En el mismo año Nicolás Calvo proponía la fundación de una Escuela de Química. Y la beca concedida a José Estévez respondió al mismo pensamiento. Sin embargo, parece válida la afirmación de Arango Parreño en su *Discurso* acerca del atraso general de la industria respecto de la de otras colonias europeas. Pero, además de las mejoras a que nos hemos referido, hubo otras a medida que se creaba y expandía esta conciencia de la nueva técnica. Según Humboldt, los primeros esfuerzos en tal sentido datan de 1796, época en que el ritmo de fundación de ingenios se acelera extraordinariamente. Además de la introducción de trapiches de hierro horizontales, se comenzó entonces a emplear mulas, en vez de bueyes, para mover el molino; se ensayaron los molinos de agua y de viento, aun cuando ni los unos ni los otros, debido a su irregularidad, fueron definitivamente adoptados. Se introdujeron los llamados "trenes" franceses, así como los "reverberos" y hornos de un solo fuego para varias calderas, dispositivo que, años más tarde, se consideraría como progreso propio de Jamaica, no de las colonias francesas. El valor de estos ensayos, algunos de los cuales se incorporaron a la industria cubana, no se puede deducir de las fuentes contemporáneas. Por otra parte, algunos de los progresos técnicos de mayor valor tardaron en poder aplicarse con éxito a la industria, como fué el caso de la máquina de vapor, la cual requería molinos de determinadas condiciones para operar al máximo de rendimiento.

Lo cierto es que hacia 1815-20 se están popularizando los éxitos que la Química obtenía en la industria del azúcar de remolacha de Europa, como, por ejemplo, el uso del carbón animal para decolorar el guarapo. Comenzó entonces a ser un lugar común la opinión sobre la necesidad de mejorar los procedimientos industriales y agrícolas. "Causa dolor —decía José Delmonte a su hermano Domingo— ver los grandes desperdicios que tenemos en ella (la industria) por la ignorancia de los maestros de azúcar." Y más adelante: "¡Que diferente perspectiva para la Isla si en lugar de los maestros de azúcar que son hombres soeces, brutos y mal criados, se pusiesen jóvenes estudiosos, físicos y, por consiguiente, bien criados".

La conciencia de las reformas industriales se encontraba muy desarrollada en la década de 1820-30. El hecho que la supresión del comercio de esclavos se reflejara sobre la carestía de los brazos empleados, al par que las pequeñas reformas introducidas disminuían otros gastos o, cuando menos, aumentaban el rendimiento, parece haber dado impulso a ese sentimiento de la necesidad de las reformas. Hacia 1828, tras de un quinquenio en que las exportaciones pasaron de 5,000,000 de @ a 7,000,000 de @, se pretendió realizar un esfuerzo oficial para impulsar la transformación de la industria. Se ideó entonces el viaje de estudio de Ramón de Arozarena y Pedro Bandhuy, a Jamaica, por cuenta del Real Consulado. El informe de estos comisionados es muy interesante porque descubrieron que todas las pretendidas mejoras y ventajas de la industria de la vecina colonia inglesa ya eran conocidas en Cuba, por ejemplo, en la zona de Trinidad y, lo que es más importante, que los ingenios jamaquinos no producían azúcar blanca sino mascabado, esto es, para refinar en Europa. Entre las mejoras que ya se conocían figuraba el llamado "tren" jamaquino, de cinco calderas y un solo horno.

Si los resultados de este viaje pueden considerarse como negativos, no ocurrió igual con el que realizó el inteligente hacendado Alejandro Olivan, que introdujo un nuevo "tren" fabricado en Francia, sobre el cual hay un informe detallado. La principal novedad de este sistema —extremo de gran importancia en el avance técnico azucarero— era que los caldos pasaban de una caldera a otra por gravedad, eliminando las complejas, arriesgadas y dispendiosas operaciones de traslado del guarapo y las mieles de una caldera a otra. Al parecer este sistema quedó incorporado a la industria cubana desde entonces y, claro está, aun más después de la introducción de los "trenes" Derosne-Cail, esto es, después de 1840.

4. La abolición del estanco del tabaco y la simultánea declaración de libertad del cultivo y elaboración el año de 1817 determinaron una inmediata expansión de la producción. Ya desde fines del XVIII la elaboración de puros y de cigarros (actualmente, cigarros y cigarrillos) había realizado progresos importantes. El cambio de orientación del consumo, que abandonó el uso del polvo o rapé inclinándose cada vez más hacia el uso de los puros y de los cigarrillos, determinó el surgimiento de una industria urbana destinada a progresar a través de todo el siglo XIX hasta constituir la primera gran industria urbana del país.

Claro está que su expansión inicial estuvo limitada por la existencia de la esclavitud, pues era difícil que pudiera emplear esclavos y la disponibilidad de obreros libres era siempre deficiente. En el capítulo precedente hemos visto cuál era la condición de los trabajadores libres, a los cuales, por lo general, era preciso contratar o forzar de alguna manera al trabajo. De ahí que, en el período que corresponde al tomo siguiente, nos referiremos a los chinos contratados para la industria tabaquera.

Por las disposiciones de 1817 se creaba el gremio de elaboradores de tabaco (artículo 6), estableciéndose un impuesto de 1 real de plata por cada libra de tabaco que fabricase el gremio. Este gremio fué derogado por Decreto de las Cortes de 28 de junio de 1821 y restablecido por Real orden de 18 de agosto de 1824, añadiéndose por la Real orden de 20 de julio de 1826 una contribución periódica a cada taller por concepto de expendio y de licencia. Los fabricantes se quejaron de estas cargas y la Superintendencia de Hacienda por orden de 25 de enero de 1827, de acuerdo con la Junta Directiva de Hacienda, derogó en sus artículos 3, 4 y 5 estos impuestos y declaró absolutamente libre, sin sujeción a regulación gremial alguna, la fabricación de tabacos.

Esta última fecha marca verdaderamente el comienzo de la gran industria tabaquera. Aun cuando los libros de registro de los talleres indican que en estos primeros años—hacia 1830—la mayor parte de los elaboradores trabajaba en forma artesanal o con un número limitadísimo de operarios—a veces sólo uno—, había desde tiempo atrás talleres como el de Cabañas, con 16 obreros, y otros aun con más. Las cigarrerías especializadas no aparecen sino más tarde, quizás después de 1835.

Puede suponerse que ya alrededor de 1830-40 se está presentando un fenómeno de eliminación de talleres pequeños, pues mientras en 1826 había unos 446 en La Habana, en 1836 existían solamente 306. La producción total no debía ser muy considerable, pues tanto el consumo doméstico como la exportación eran limitados; pero ya aparecían las "marcas" acreditadas, que es un síntoma de progreso industrial, y

se formaban ya diferentes "vitolas" o tipos de puros. Varias de las marcas más famosas en los mercados exteriores existían ya en 1837, como H. Cabañas y Carbajal, desde 1810; Partagás, al parecer desde 1827, y Por Larrañaga, desde 1834. Como es natural, tanto el crédito de las marcas como la fijación de las vitolas fué obra de la expansión de los mercados exteriores. La difusión de esta industria por la colonia fué más bien lenta, pues hasta 1845 no aparece la primera fábrica en Santiago de Cuba. La realidad es que hasta 1850, más o menos, la exportación de tabaco elaborado no tuvo una gran importancia. Aun en 1846, Sancti Spíritus, que era una zona de cultivo importante, no tenía un solo tabaquero entre sus habitantes. Y en el Censo del año citado, ciudades como Trinidad, en las que había determinado número de tabaqueros, no aparece registrado un solo taller de elaboración, lo que da idea del tipo de industria que existía.

Por su índole esta industria no era susceptible, como la azucarera, de realizar progresos de tipo técnico. No obstante y sólo a título de curiosidad histórica, es preciso recordar que desde entonces se pensaba en la posibilidad de mecanizar las operaciones del torcido. Posiblemente las reformas que se efectuaron desde el principio de la industria consistieron más bien en el empleo masivo de operarios, con una acentuada división del trabajo en el taller y un régimen de trabajo intensivo al cual contribuía el sistema casi carcelario que en ellos reinaba.

5. La vieja industria minera que había permanecido prácticamente abandonada desde principios del xvii renació en el primer tercio del xix. En realidad, las fundiciones locales de cobre y la esporádica fabricación de utensilios para los ingenios no tuvo trascendencia en comparación con el impulso que recibe la minería a partir de 1830.

Desde luego, años antes, esto es, hacia 1800, las autoridades de la isla se preocuparon por restablecer esta explotación, pero sin lograr éxito alguno, posiblemente porque se mantenían las regulaciones tradicionales que, en realidad, dificultaban la aplicación de capitales a esta industria, además de que, al parecer, España —que era el mercado básico de los productos cubanos— no ofrecía estímulo. Ni el tradicional sistema de asientos, ni las cargas fiscales existentes favorecían el interés privado en esta industria. Ni siquiera la aplicación de las Ordenanzas de Minería de Nueva España (de 22 de mayo de 1783) que se dispuso por la Real orden de 12 de agosto de 1811 produjo resultado inmediato alguno, con todo y representar un progreso jurídico de gran importancia.

Al abrirse definitivamente el comercio de Cuba, la minería del cobre atrajo el interés de Gran Bretaña, a la sazón empeñada en aumentar su

industria metalúrgica. Un emigrado francés, que ya había contribuido con esfuerzos importantes al desarrollo económico de la isla —Prudencia Casamayor— denunció una veta de cobre de Santiago del Prado en 1829, solicitando la concesión de rigor y el permiso para exportar unas toneladas a Inglaterra, donde se ensayaría para conocer su contenido metálico. Casamayor actuaba en esta ocasión como representante de una compañía inglesa llamada la Consolidada, constituida entonces por el Cónsul Juan Murphy y Joaquín de Arrieta. Al efecto, se habían emitido —según Bacardí— doce mil acciones de 40 libras esterlinas cada una. Las pruebas realizadas en los laboratorios británicos dieron resultados favorables e inmediatamente se procedió a la extracción continuada del mineral, cuya exportación alcanzaba ya en 1838 unas 10,000 toneladas.

Las gestiones de esta compañía inglesa —la primera en invertir fondos en Cuba— comenzaron con todo el apoyo oficial requerido. Se concedió exención de derechos, pagando sólo 5% a la Real Hacienda por el término de dos años, período que se consideraba bastante para que los concesionarios instalaran los hornos y demás aparatos necesarios para refinar y fundir el metal. Esta exención se prorrogó en 1832 por diez años. Tal privilegio, según indica la Real orden de 19 de mayo de 1838, se concedió a Casamayor y a Arrieta por ser “españoles” y “para auxiliarlos en sus gastos”, no siendo extensible a otras solicitudes hechas por extranjeros.

No obstante los esfuerzos realizados para conseguir que se estableciera la industria en el territorio de la isla, la compañía empresaria se resistió constantemente a hacerlo, pretextando que los costos de operación —debido a que Cuba carecía de carbón— serían muy altos.

Simultáneamente se comenzaron a explotar otras minas. Otra compañía inglesa llamada Santiago y una, posiblemente española, titulada San José operaron otros yacimientos. Según La Sagra, el yacimiento de San Fernando (en la zona de Cienfuegos) se empezó a trabajar hacia 1827; pero después de ofrecer buenos rendimientos decayó, haciéndose cargo de ella una compañía norteamericana que fracasó igualmente en la empresa.

Pero las actividades mineras no se redujeron a las que hemos reseñado. Hubo entonces un afanoso buscar de nuevos yacimientos. Entre otras es de señalar el esfuerzo de prospección realizado por el norteamericano Taylor en la región de Holguín-Gibara hacia 1836, donde, al parecer, había minas en explotación desde 1835, según Calvache. Los yacimientos de asfalto se conocían, como sabemos, desde los primeros tiempos de la colonización, pero en estos años se dedicaron estudios (con-

vocados por la Sociedad Económica de Amigos del País) a los usos y aplicaciones útiles del mismo. Es posible que se refieran a este mineral las menciones de minas de carbón que aparecen en algunos documentos contemporáneos. Los yacimientos de asfalto conocidos entonces eran de Bahía Honda, Jaruco, Madruga, Varadero, Holguín, Nipe, Gibara y Mayarí; pero el producto no se usaba más que como cubierta de los utensilios metálicos en los ingenios para preservarlos de la oxidación.

La realidad es que uno de los aspectos más interesantes de la búsqueda de riquezas mineras lo constituyen las exploraciones para descubrir minas de carbón. Desde hacía años el déficit de combustible para la industria azucarera y demás consumos era un problema grave sobre todo en la zona occidental, primero en La Habana y después en Matanzas, regiones completamente deforestadas a principios del xix. Se descubrieron, al parecer, minas de carbón en Bacuranao (1835) que no llegaron a explotarse debido a la baja calidad del mineral. Mejor suerte tuvieron tres minas de carbón de Bahía Honda que llegaron a explotarse en la segunda mitad del siglo. Pero, en todo caso, los resultados fueron más bien pobres y de corta duración. El uso del carbón vegetal y del bagazo se impusieron definitivamente.

6. Una vez iniciada la ganadería intensiva a base de potreros o haciendas de ceba en la región occidental, el desarrollo interno de la industria proseguiría al ritmo acelerado del crecimiento de mercado interno. Pero las transformaciones se producirían en cuanto a los aspectos comerciales y de distribución más que en relación a la técnica de cría y de explotación del ganado. Por otra parte, el progreso representado por los potreros se limitó casi completamente a la región occidental, especialmente en torno a La Habana, donde escaseaban las tierras desde fines del xviii a consecuencia del gran desarrollo agrícola comercial, al par que la capital requería un abastecimiento de carne fresca cada vez más cuantioso. Ya sabemos que entre los hacendados o *hateros* del interior y el consumidor habanero se interpusieron los encomenderos. Pero en las zonas del interior el abastecimiento seguía realizándose a base del ganado *sabanero*, flaco en la época de sequía y flaco después de recorrer grandes distancias hasta el mercado consumidor.

La evolución en el sentido de la formación de los potreros no hizo sino acentuarse en torno a la capital a medida que se reducía la disponibilidad de tierras libres y aumentaba el consumo de carnes frescas. Se requería cada vez más un ganado gordo, con lo cual se reducían las cifras absolutas de ganado flaco *sabanero* entrado al matadero de La Habana y se ofrecía, además, una carne sin "contrapeso" proporcional-

mente grande, esto es, sin la proporción de huesos y desechos que hasta entonces había tenido el ganado común.

Mientras se iba produciendo esta suerte de escala de especialización entre los hateros y los encomenderos, la distribución fué complicándose, pues a fines del XVIII ya los encomenderos no se entendían con el matadero y la venta del producto, sino con los casilleros que eran los expendedores al por menor. Como es lógico, la obligación de *pesar* iba desapareciendo paulatinamente, no sólo porque se produjeron aumentos en los precios, lo cual suponía una actitud radicalmente distinta de la tradicionalmente adoptada respecto de la industria, sino porque se fué introduciendo un nuevo sistema, más flexible, de provisión de las carnicerías oficiales, llamado "manifestación con posturas de tiempo fijo". Este sistema consistía en un ajuste del ganado a matar con algunos meses de anticipación a un precio variable producto de una licitación. Todavía este sistema era poco flexible, pues las diferencias de esos precios con el movimiento real del valor del producto tenía que absorberlas el productor o el consumidor según los casos. Parece que en los años finales del siglo estas "manifestaciones" se hacían ya diariamente, con lo cual las oscilaciones de precios eran más sensibles al movimiento real del mercado. Pero, además de que los precios variaron por estar ahora más sujetos a los cambios del mercado, la aparición de nuevos intermediarios tendió a encarecer el producto.

Sin embargo, la *pesa* no fué abolida explícitamente. Desde 1800 se manifestaron contra ella la mayor parte de los intereses económicos de la colonia, tanto en La Habana como en el interior. El informe de Arango Parreño (1807) forma parte de este movimiento, que no logró su objetivo hasta 1848 cuando se estableció la completa *franquicia* en el expendio de la carne. Pero, es claro que entre la *pesa* tradicional —anual o de cuatro meses anticipados, con precio rígido— y esta nueva *pesa*, flexible, de las "manifestaciones" diarias las diferencias eran básicas.

No obstante la escasa atención prestada al mejoramiento del tipo de ganado, ya durante el gobierno de Las Casas se concedió un premio a los criadores que vendiesen carne de cerdo de Galicia, que se consideraba mejor raza que el cerdo criollo "corralero". Al parecer se trataba de intensificar, por medio de ejemplares de más peso, la producción de carnes para la zona habanera.

El crecimiento de la industria se vió por un lado estimulado debido al aumento del consumo; pero el desarrollo de la agricultura comercial lo detuvo casi completamente desde 1815. La escasez de carnes y la creciente demanda operaron sobre los precios alzándolos en tal forma que desde 1821 fué preciso importar cantidades sustanciales de carnes

en conserva para alimentar la población. Sucedió entonces lo que ya se avizoraba: una creciente incapacidad de la industria para recuperar el mercado que su propia desorganización había contribuido a entregar al producto extranjero. Los cebadores, por ser generalmente de menor capacidad económica que los encomenderos, hubieron de recurrir a éstos para financiar la operación de sus potreros contrayendo compromisos de entrega del ganado a largo plazo, de modo que a partir de la segunda década del siglo XIX estos últimos se transforman en el verdadero centro especulativo de la industria.

En consecuencia, los cebadores ya no eran, como antaño, los que engordaban el ganado criado por los hateros, sino sólo unos intermediarios que compraban el ganado desechado para los trabajos de los ingenios, lo engordaban para entregarlo al encomendero que los refaccionaba. Con esta limitación, al par que las tierras destinadas a la agricultura comercial tendía a producir cada vez más renta, la explotación de los potreros fué rindiendo menos provecho y constituyendo una industria en manos de propietarios de limitados medios económicos. Por esta razón, en la propia zona occidental se produjo un movimiento inverso al que había sucedido desde 1770 y las tierras dedicadas a potreros se convirtieron en plantaciones de café y de caña; movimiento que se vió compensado después de 1830-40 por la dedicación de muchas tierras cafetaleras a potreros cuando se produjo la caída de las exportaciones de café.

Estas alternativas fueron propias, hay que repetirlo, de la zona occidental, pues en las restantes regiones se mantenía por lo general, aun después de 1830, el viejo sistema de los hatos y corrales. En el Censo de 1827 figuran sólo unos 20 potreros en la zona de Santiago de Cuba, sobre unos 3,000 que había en toda la isla.

7. Los demás elementos del desarrollo industrial de la colonia durante este período son de escasa importancia. En realidad, constituían actividades accesorias o de tipo artesanal que tradicionalmente habían existido en mayor o menor medida, como ocupaciones urbanas o rurales dependientes de alguna industria básica.

Desde luego, entre estas industrias que hemos considerado secundarias, hay que mencionar, en primer término, la de la cera y la miel de abejas. Aun cuando estos productos constituían un ramo permanente de las exportaciones, su posición había caído desde fines del siglo XVIII a medida que proporcionalmente las exportaciones agrícolas básicas aumentaban. Por otra parte, en términos absolutos, la producción de cera y de miel permanecía más o menos estable, especialmente a partir de la segunda década del siglo en que comenzaron a fallar las compras de

Nueva España. Por una razón obvia, el centro de producción de la cera y de la miel de abejas había ido desplazándose hacia zonas interiores, desde La Habana, en las cuales no había penetrado profundamente la agricultura comercial propia de este período. Concretamente, la zona central era, con gran diferencia, el primer centro apícola de la colonia, según se desprende de los siguientes datos del Censo de 1827:

		Colmenares	Número de colmenas
Departamento	Occidental	121	89,642
„	Central	1,314	189,755
„	Oriental	251	32,156

Sin embargo, en cifras relativas la producción era superior en La Habana, posiblemente por ser la zona en que se dedicaba esta industria a la exportación. Esto se observa claramente por el hecho que la producción en La Habana es ligeramente superior a las exportaciones anuales de cera.

		Cera	Miel de abejas
Departamento	Occidental	20,954 @	26,307 @
„	Central	25,932 „	30,747 „
„	Oriental	16,274 „	19,350 „

Como tendremos ocasión de ver en el tomo siguiente, esta industria sufre algunos cambios de distribución antes de 1846, caracterizados por una disminución de los colmenares en la zona central y un aumento en las otras dos, especialmente en la zona oriental.

Al parecer, las tenerías habían disminuído con relación a las existentes durante el siglo XVIII, quizás por el hecho que la economía colonial de Cuba iba cada día siendo más importadora y necesitando más la provisión de carne fresca que la de otros productos derivados de la ganadería. Desde luego, el centro de esta industria se había reducido —a diferencia de lo que ocurría a mediados del XVIII— casi completamente a la región central, que seguía siendo, como hemos visto, la zona ganadera extensiva por excelencia. Los datos del Censo de 1827 muestran que había en total 50 tenerías, de las cuales 33 estaban concentradas en la zona central.

Los alambiques habían ido en aumento desde que la exportación de aguardiente y de ron había sido estimulada, tras de medio siglo de persecución, como vimos en el tomo precedente, por la legislación metropolitana. Sin embargo, es evidente que esta industria conexas con la azucarera no adquirió el desarrollo que había tenido y conservaba en otras colonias europeas; por ejemplo, las Antillas francesas. En 1827 esta in-

dustria se encuentra, como es lógico, debido a su dependencia de la industria azucarera, bastante regularmente distribuida en el territorio de la colonia. Del total de 300 alambiques, 113 se encuentran en el Departamento Occidental, 102 en la zona central y 85 en la zona oriental. A juzgar por las cifras de producción de cada grupo, las del Departamento Central debían ser de muy poca capacidad, pues no producían siquiera la mitad de lo que elaboraban los alambiques del Departamento Occidental. En este caso, como en el de la cera, la explicación radica en el hecho que el centro de la producción para exportar era la jurisdicción de La Habana.

Una industria en pequeño bastante antigua, pero que en estos tiempos, debido al desarrollo de las construcciones rurales, parece adquirir un desarrollo apreciable es la de los tejares. Por lo general en las ciudades, pero sobre todo en los ingenios y en los cafetales, se requerían ladrillos para las edificaciones y el montaje de maquinarias. En este sentido, la industria debía estar concentrada principalmente en la región habanera. Así era, en efecto, pues en el Departamento Occidental había 455 tejares; en el Departamento Central, 145, y en el Departamento Oriental, 103, haciendo un total de 703. Una industria conexas, aunque menos difundida, era la de la fabricación de cal y yeso, distribuida muy regularmente en todo el país, formando un total de 231 establecimientos.

De mayor significación, aunque siempre dentro de esta categoría de industria secundaria, conexas con alguna de las industrias básicas o con necesidades propias de los tiempos, era la industria de la fundición que trabajaba el hierro importado. Esta industria debe ser considerada como el núcleo originario de la industria de fundición y de reparación de maquinaria y aparatos azucareros que alcanza un desarrollo tan notable a mediados del siglo, especialmente en las nuevas zonas productoras como Bemba (Jovellanos). Su dependencia de la industria azucarera producía una concentración en el Departamento Occidental, donde había unas 13 fundiciones sobre un total de 16 en toda la colonia; al igual que, como veremos en el tomo siguiente, su centro se desplaza hacia las nuevas zonas azucareras. Posiblemente, esta industria de fundición existía desde fines del XVIII, como siempre había existido la de fundición de cobre, pues es sabido que hacia esas fechas se introdujeron piezas de hierro fundido en los ingenios, las cuales eran, por su naturaleza, muy susceptibles de quebrarse. Relacionada con esta industria debió estar la de fabricación de machetes, sobre la cual no se dispone de datos, aun cuando sabemos que en 1820, a consecuencia de una rebaja de derechos a los machetes extranjeros, los propietarios de talleres protestaron



ALEJANDRO RAMÍREZ

ALEJANDRO RAMÍREZ. El intendente que valía un imperio, y murió pobre. Hijo de una familia honrada pero modesta, la protección del noble caballero don Jacobo de Villa-Urrutia le facilitó a Ramírez el camino de los empleos y de las distinciones. Su magnífica labor en Puerto Rico, donde pasó después de ilustrar su nombre en la capitania general de Guatemala, le ganó la Superintendencia general de Real Hacienda de la isla de Cuba, que ocupó desde 1816 hasta su muerte. Su talento, su probidad y las felices medidas que inspiró o que ayudó a implantar, han unido su nombre para siempre a la historia de nuestro desarrollo económico y de nuestro progreso cultural. El honradísimo Ramírez se vió atacado y calumniado, durante la segunda época constitucional, por un periodicucho de esta ciudad, y, abrumado por esa injusticia y por el excesivo trabajo que desempeñaba, una apoplejía fulminante puso fin a su vida el día 20 de mayo de 1821. Al entierro de Ramírez, el castellano viejo, ha escrito José Martí, concurrió "La Habana entera, con muestras de congoja".

El grabado que se reproduce está tomado de la *Crónica de las Antillas*, por don Jacobo de la Pezuela (Madrid, 1871).

ante el Intendente Ramírez, el cual ordenó una averiguación del número de los mismos, sin que sepamos que se llegara a precisar cuántos eran.

Los esfuerzos por crear industrias para surtir el mercado doméstico en una serie de artículos que se importaban en grandes cantidades se repiten desde 1820 y durante todo el siglo en una forma elocuente, pues indica que había realmente una lucha interna por crear ciertas condiciones que favorecieran la producción para el consumo. Entre las industrias que durante este período se intentan establecer se encuentra la de papel de estraza. La primera solicitud, que sepamos, data de 1828 y se concedió privilegio a los que proyectaban el establecimiento. Pero como quiera que en 1831 se presentó nueva solicitud, especificándose en ella que no había fábrica de papel en la colonia, es de presumir que aquella primera no llegó a realizarse. Al parecer tampoco esta segunda pudo iniciar sus operaciones.

Algunas industrias para la alimentación, como una fábrica de fideos y pastas, estaba funcionando el año 1812, con harina importada de Estados Unidos. Se le concedió protección arancelaria frente a los fideos y pastas importados, facilitándose la importación de la materia prima. Al parecer, esta fábrica estaba muy bien instalada y funcionó regularmente.

No parece haber tenido igual suerte la industria de la molinería del trigo. Tampoco pudo realizarse ninguno de los varios proyectos de instalar descascaradoras de arroz, de los cuales el primero data de 1812. El dictamen sobre las condiciones de este molino para descascarar fué desfavorable y la descripción de su capacidad de producción y el número de hombres que lo atendían—sólo tres—indica que se trataba más bien de una instalación que debía aprovechar la producción limitada de una zona (Calabazar, en La Habana).

CAPÍTULO IV

EL COMERCIO

L El comercio de Cuba se caracterizó durante este período de auge por las grandes alternativas de organización que se extienden hasta 1820 aproximadamente, iniciándose entonces el período de estabilidad reglamentaria que caracteriza al período de esplendor económico colonial. Esas alternativas en el régimen jurídico comercial, que se venían produciendo desde la sexta década del siglo XVIII, marcan el momento crítico de la transición, pues representan la lucha final entre los intereses comerciales metropolitanos tradicionales y los nuevos intereses económicos coloniales ligados a un comercio de exportación cada vez más amplio y firme.

Desde el punto de vista de la organización comercial se pueden distinguir dos períodos, el primero de los cuales se extiende en la última década del XVIII y se caracteriza por el llamado "comercio con neutrales". La denominación indica claramente el origen político de esta modalidad, pues se debió a la situación bélica europea agitada por las continuas guerras de la Revolución y del Imperio franceses que repercutieron directamente sobre la economía y las relaciones internacionales de Cuba. En lo sucesivo las antiguas prohibiciones del comercio con extranjeros adoptarían modalidades resultantes de la alineación de las potencias en las coaliciones europeas, en relación con la actitud que adoptaba España en esos conflictos. La distinción entre enemigos, neutrales y aliados adquiere entonces una especial significación económica.

Pero, también por circunstancias históricas evidentes, el sentido de la palabra neutral se limita a un determinado grupo de naciones. En verdad, los neutrales europeos eran escasos y de poca significación dentro del comercio de Cuba, por lo cual deben considerarse excluidos de esta clasificación. En cambio, los únicos que tuvieron vínculos continuos y real importancia para el comercio de Cuba fueron los norteamericanos, razón por la cual el nombre de neutrales se les aplica casi exclusivamente. Esta posición neutral constituyó una de las claves de la política de la nueva república, que se benefició extraordinariamente de

las guerras europeas, transformándose en el cargador principal del comercio atlántico, por lo menos hasta 1807-1808 y, algo después, con un intervalo resultante de la Guerra con Gran Bretaña en 1812.

Por parte de Cuba, la necesidad de los intermediarios neutrales era tanto más apremiante cuanto que la flota mercante y de guerra de la metrópoli quedó reducida al mínimo, por lo cual se corría el peligro de estancar todas las exportaciones. La utilidad de los intermediarios norteamericanos era más patente cuanto que tras de la ruina de Haití constituyeron los principales compradores de azúcar y mieles, al par que los primeros abastecedores de harina de trigo y, algo más tarde, de esclavos.

La relativa libertad para comerciar con los norteamericanos no fué, sin embargo, cosa del momento. Tiempo atrás, con ocasión de la Guerra de Independencia de las Trece Colonias, La Habana había sido abierta a los barcos de esa procedencia hasta 1783, siendo este uno de los factores más importantes de la transformación económica de Cuba, pues abrió desde entonces un nuevo mercado al azúcar en competencia con el de las colonias francesas. No es extraño que al producirse la situación bélica europea desde 1790 se autorizara nuevamente el comercio con los norteamericanos, esta vez no en condición de aliados sino de neutrales. Por la Real orden de 21 de enero de ese año se permitió el comercio con los norteamericanos en una serie de productos, sobre todo esclavos, que difícilmente podía suministrar la metrópoli; permiso que fué ampliado a los víveres por la Real orden de 25 de junio de 1793. Esta última concesión quedó derogada por la Real orden de 14 de marzo de 1794, y la autorización en general fué retirada por la de 21 de enero de 1796, cesando momentáneamente toda relación con los vecinos del Norte.

Pero ante la preocupación de las autoridades y las quejas de los vecinos fué preciso renovar el permiso por la Real orden de 23 de julio de 1797, ampliada nuevamente por la de 18 de noviembre del mismo año y otra vez derogada por la de 20 de abril de 1799. Como puede observarse, las autoridades centrales imponían el criterio restrictivo tradicional cada vez que las condiciones marítimas parecían mejorar, pero las circunstancias imponían la reapertura de los puertos de la colonia al comercio de los neutrales. Las autoridades, tras de la prohibición de 1799, decidieron actuar por su cuenta, debido a la presión de los intereses exportadores de la colonia; no cumplieron la orden y habilitaron la entrada de todo tipo de productos conducidos por los norteamericanos, tanto los víveres como los tejidos, actuación que, no sólo fué aprobada, sino que originó la Real orden de 8 de enero de 1801 que auto-

rizaba el comercio de los neutrales siempre que el Gobernador y el Intendente lo considerasen necesario, regla que estaba destinada a constituir un efímero ensayo de autonomía, pues fué derogada el 4 de diciembre del mismo año.

Siguiendo la política independiente establecida en La Habana de actuar conforme a los intereses coloniales, las autoridades locales resolvían igualmente autorizar el comercio con los neutrales. Ya en Santiago de Cuba lo habían aprobado "por su solo acuerdo"; y en Puerto Príncipe lo había hecho la Real Audiencia que, por ello, fué desautorizada en la Real orden de 24 de febrero de 1802.

Constantemente La Habana se veía agitada por la cuestión del comercio con neutrales, que fué otra vez prohibido en los términos más absolutos por la Real orden de 23 de enero de 1804, sólo para restablecerlo poco después, cuando se agravó nuevamente el conflicto entre España, aliada de Napoleón, e Inglaterra. Por un lado, es evidente —conforme a las manifestaciones reiteradas de los hacendados azucareros en el seno del Real Consulado— que había un interés por mantener la puerta abierta a las exportaciones del país, a cambio, como es lógico, de mantener las puertas abiertas a las importaciones procedentes de los países compradores de productos cubanos. Contra este criterio, que era el de los hacendados, se manifestaban los comerciantes vinculados al comercio español, los cuales tendían a mantener el tradicional sistema restrictivo. En general, aun cuando —como hemos visto, fueron derogadas numerosas veces las autorizaciones de comerciar con los neutrales— el punto de vista y los intereses de los hacendados predominaban ante las autoridades de la colonia, directamente influidas por el Real Consulado y la Sociedad Económica de Amigos del País, no menos que ante las autoridades centrales, con las cuales había contactos estrechos que hacían valer no sólo los nexos personales y de negocios, sino también la conveniencia para el Estado de que Cuba produjese crecientes riquezas.

El caso de la política comercial seguida en Cuba fué de mucha importancia en el proceso general que precede a las luchas por la independencia y figuraba en lugar preferente en la obra titulada *Reflexiones sobre el comercio de España con sus colonias de América en tiempos de guerra*, por Un Español (Philadelphia, Imprenta de Jaime Carey, 1799), quizás la primera que plantea este problema desde el punto de vista de los intereses norteamericanos.

Mientras se estaba produciendo la serie de alternativas que hemos reseñado, se abría paso otro sistema, también encaminado a facilitar las relaciones más libres de Cuba con el extranjero. Se trata de las conce-

siones de permisos de importación y de exportación a particulares, por cantidades de productos fijas, en condiciones especiales y, a veces, monopolísticas respecto de los demás comerciantes o productores. Posiblemente la más famosa de estas concesiones fué la que se dió al Conde de Jaruco para importar harina norteamericana el año 1797, al cual se había otorgado el privilegio de exportar sus azúcares en barcos de guerra y para enviar 9,000 pipas de ron a Estados Unidos directamente. Esta última autorización constituyó el inicio de una serie de permisos para exportar directamente a puertos americanos los productos de la zafra de 1798 (hasta 30,000 cajas de azúcar y 6,000 bocoyes de miel).

En realidad, a medida que se complicaba la situación europea, la isla tenía más dificultades de mantener el ritmo normal de su comercio con España. No tardarían en presentarse parecidas dificultades respecto del servicio de intermediación que realizaban los norteamericanos, pues la acción de las potencias europeas en contra del transporte marítimo de la República fué muy violenta, al extremo que el gobierno se vió compelido a decretar un embargo general el 3 de diciembre de 1807 que marcó una crisis agudísima en Cuba, aun cuando España e Inglaterra se aliaron contra Napoleón. La razón reside en que la ayuda de la marina mercante inglesa era limitada, pues Inglaterra disponía de una abundante provisión de azúcar de sus colonias. Cuba no logró liquidar convenientemente sus zafas de 1808 y 1809. Por su parte, los Estados Unidos, que tampoco habían logrado el éxito pretendido con el embargo, decidieron derogar esta medida y volver a sus actividades normales, desde 1º de marzo de 1809. En 1811 eran ellos nuevamente los que tenían una mayor participación en el comercio y el transporte marítimo de los productos cubanos y salvo durante el año 1812 en que sus actividades se redujeron, no dejarían de tener un papel importante en las relaciones económicas internacionales de la colonia.

En lo sucesivo, desaparecería completamente la calificación de neutrales, aliados, etc., pues el sistema tradicional quedó abolido desde el Real decreto de 10 de febrero de 1818 que declaró libre el comercio de Cuba con los extranjeros, aunque, como veremos más adelante, tal libertad quedó grandemente limitada por el establecimiento del arancel diferencial de bandera que, en ciertos casos, era prohibitivo para los productos extranjeros.

2. Las condiciones especiales de la economía cubana desde fines del XVIII trazaban un camino que difería radicalmente del que seguían las grandes colonias, particularmente el Virreinato de Nueva España. Los productos de esta rica colonia tenían desde el siglo XVI un mercado

regular en España de que carecían las producciones, digamos recientes, de Cuba, las cuales no alcanzaban a colocarse en la metrópoli o que si fueran a depender de ese mercado hubieran tenido que quedar reducidas en una proporción notable. Por otra parte, la intervención de los Estados Unidos en el comercio de Cuba, como hemos visto, abrió perspectivas a la exportación, de tal modo que fué preciso modificar paulatinamente el sistema comercial vigente. El propio Real Consulado de La Habana, no obstante los vínculos de los comerciantes habaneros con el comercio español, en más de una ocasión se manifestó contrario al sistema restrictivo y monopolista tradicional, pues también —y principalmente— los comerciantes se beneficiaban con las altas exportaciones azucareras, pues ellos eran por lo general los refaccionistas de las zafras. En Nueva España la situación era diferente, pues carecía de productos que interesasen a los Estados Unidos en igual medida que el azúcar y, además, poseía un desarrollo interno que era preciso y conveniente defender ante el alud de productos extranjeros. En realidad, el papel de las exportaciones en el virreinato era mucho menos importante que en Cuba. Esta tesis fué expuesta agudamente por José Donato de Austria, del Consulado de Veracruz, el año 1801. Por consecuencia, la política económica tendía a desplazarse del desarrollo de la agricultura comercial (para la exportación) hacia el desarrollo interno; precisamente a la inversa de Cuba.

Por consiguiente, mientras los intereses cubanos luchaban por abrir sus mercados al comercio, los intereses básicos de Nueva España se oponían a toda liberalidad y, si acaso, aspiraban a que se les reservara una zona imperial donde competir con, o complementar la producción metropolitana y desalojar a los extranjeros. En este caso específico se hallaba la harina de trigo, cuya importación a Cuba disminuía a medida que se comerciaba más con los norteamericanos.

Desde el siglo xvi las operaciones de reexportación habían sido una de las posibilidades económicas de La Habana. Ahora se presentaba de nuevo la oportunidad de desarrollarlas debido a que se dificultaba progresivamente el transporte interimperial y La Habana era uno de los puntos extremos por los cuales se extendía la red de intermediación norteamericana. De ahí que, dentro de su orientación favorable al comercio libre, los habaneros trataran de aprovechar la coyuntura para establecer en su ciudad un centro de reexportación al Virreinato de Nueva España, principalmente.

A partir del 28 de julio de 1798, al amparo del permiso para comerciar con neutrales (Real orden de 18 de octubre de 1797), el Real Consulado de La Habana sugería al Virrey una interpretación liberal del

permiso que tendía a estimular esas reexportaciones. Tal interpretación se basaba en un dictamen de Arango Parreño que, al decir del Fiscal de Real Hacienda de México, contenía "proposiciones escandalosas". Ya había intereses españoles directamente vinculados a estos proyectos, pues el año anterior, 1797, Joaquín Quintana, Comisionado por la Compañía de Seguros Marítimos y Terrestres de Madrid, había solicitado exportar de La Habana a Veracruz un cargamento de productos extranjeros. Pero "abrir el puerto de Veracruz sería, en concepto del Fiscal, lo mismo que cerrar enteramente los de España de modo que todos los intentos se estrellaron contra la oposición de Nueva España.

A medida que se tropezaba con más dificultades para el abastecimiento era forzoso autorizar la reexportación desde La Habana. Esta se limitaba, primero, a los artículos españoles, conforme lo permitían varias disposiciones, entre otras la Real orden de 10 de agosto de 1804. Esta medida quedó ampliada por las Reales órdenes de 16 de junio de 1806 y de 10 de mayo de 1807 a los productos sobrantes o invendibles, tanto extranjeros como españoles, que condujesen a La Habana los barcos españoles. La única limitación es que los artículos extranjeros debían proceder de España; pero ello era fácil de burlar y, por otra parte, la medida, de todos modos, tendía a transformar a la capital de la colonia en el depósito de las mercaderías para el abastecimiento de Nueva España. No obstante la protesta del Consulado de México en 26 de abril y 23 de agosto de 1809, no fué derogada. Aun más, por la Real orden de 13 de octubre de 1810, se reguló el abono de derechos de reexportación desde La Habana de acuerdo con el arreglo provisional de los aranceles realizado por las autoridades de La Habana el 9 de mayo de 1809.

Las estadísticas parecen reflejar la expansión que sufrió el comercio de reexportación desde La Habana:

	Veracruz	Campeche
1803	401,102	263,630
1804	474,490	278,893
1805	327,434	123,816
1806	428,423	249,134
1807	557,801	143,622
1808	898,208	258,737
1810	1,055,374	

Ya en 1809 la reexportación de productos extranjeros y nacionales a la América Española representaba el 14.2% del total de las exportaciones de La Habana y las reexportaciones de productos americanos a

España era del 13.1%, o sea que el total de las reexportaciones de la colonia representaba casi un tercio del total de las exportaciones. En el año 1811 la situación era la siguiente: 19.3% del total de las exportaciones estaba constituido por las reexportaciones de productos americanos, y las reexportaciones a los puertos americanos era un 10.6% del total; o sea, que representaban un volumen general de 29.9%.

En la última fecha citada, La Habana era un gran centro marítimo en el cual tremolaban todas las banderas mercantes, salvo la española y la china. No obstante el rápido aumento de este comercio de intermediación, los acontecimientos europeos, unidos a la situación de guerra civil de las colonias, ejercieron una influencia nociva sobre el intercambio de Cuba y las demás colonias que, finalmente, quedó paralizado a partir de 1821.

La explicación de este aumento súbito de la importancia de La Habana como centro mercantil hispano-americano radica en el hecho que los productos extranjeros eran más baratos que los españoles o que los venidos a través de puertos españoles, por lo cual era provechoso comprarlos aquí, especialmente desde aquellas colonias, que eran las más, en que no se había concedido libertad de comerciar con extranjeros. La situación está descrita muy claramente por un funcionario del Consulado de Veracruz en 1819: "Si mientras se hace un negocio de Cádiz, se hacen dos o tres de La Habana ¿no han de preferir todos este giro? Y ¿por qué los pobres han de tener en La Habana a 1½ reales la vara de listado librete, a 1½ reales la de mahon, etc., y aquí (Veracruz) la han de pagar triple?". Sin embargo, en esta fecha, ya estaban a punto de romperse los nexos entre las dos colonias, y La Habana perdería su gran mercado.

Hasta 1832 no reaparece en las balanzas mercantiles de Cuba el comercio con las antiguas colonias españolas del continente.

3. A medida que se producían los acontecimientos que hemos reseñado anteriormente, comenzaban a producirse cambios en los principios básicos del régimen comercial. Los aranceles aduaneros fueron modificados, de tal modo que mucho antes de ser declarado el libre comercio (1818) regían en Cuba unas disposiciones que echaban por tierra todo el sistema restrictivo tradicional.

Desde 1778, año en que se promulgó el reglamento de comercio libre, y de 1789, año en que se introdujo una modificación arancelaria sustancial, regían en la colonia los principios de la protección de los productos españoles frente a la competencia de los artículos extranjeros, siempre dentro de las líneas generales de la política tradicional, esto es,

del régimen basado en la reserva de los mercados coloniales a la producción metropolitana.

Esta situación, como vimos en el tomo II, se agravó debido al desarrollo de la colonia, cuyas necesidades no podía satisfacer cumplidamente la metrópoli. La crisis general del comercio que venía desarrollándose desde 1807 determinó una corriente de opinión en favor de aranceles más liberales, que estimularan las importaciones y, sobre todo, que pusieran al comercio extranjero en condiciones de abastecer a la colonia, a la sazón completamente abandonada por el comercio español que sufría los efectos de la lucha contra Napoleón. Después de un estudio que ocupó algunos meses del año 1808, las dos autoridades máximas de la Isla, el Intendente y el Gobernador Capitán General aprobaron un "arreglo" de los aranceles el 9 de mayo de 1809. Esta modificación se entendía que regiría provisionalmente.

Esta modificación fué de escaso alcance, de ahí las quejas de Arango Parreño en el expediente sobre este "arreglo" de derechos. Se limitó a favorecer la importación de harinas, reduciéndoles los derechos tanto a la nacional (metropolitana o colonial) como a la extranjera; declaró libres de derechos los frutos y efectos nacionales importados en buques españoles en los cuatro puertos habilitados entonces y gravando con 10%, más los derechos municipales, los artículos extranjeros. Se consagró la libertad de derechos a los negros bozales, el oro y la plata, los utensilios de agricultura y para ingenios y cafetales que se introdujesen en buques españoles. Igualmente se consagró la total exención de derechos a los arcos de hierro y de madera, las duelas, los flejes, las tablas y demás artículos destinados al envase de los productos cubanos de exportación.

No se mencionaron los puertos menores, esto es, los que así se llamaban en el reglamento de 1778, para diferenciarlos de los puertos mayores, o sea, los puertos habilitados con anterioridad a la política de "comercio libre" de mediados del XVIII.

Este "arreglo" quedó vigente hasta 1812. La reforma que se le introdujo el 9 de abril del mencionado año consistió en fijar en el 6% el avalúo del azúcar exportado al extranjero y en el 3% el del que se exportase a España. Los demás derechos quedaron sin modificación. Hasta 1818 no se produjo modificación de sustancia. A consecuencia de la declaración del comercio libre, el 10 de febrero de 1818 se elaboraron los aranceles de 1819 que se caracterizaban por fijar derechos de importación entre un 26¼% y un 43½%, según fuese la procedencia de las mercancías. Esta reforma, que no venía sino a empeorar las condiciones del comercio cubano, pretendía, sin embargo, realizar un adelanto con-

sistente en la refundición de todos los derechos cobrados por la importación y la exportación en un solo derecho. Puestos en vigor desde el 9 de octubre de 1819, estas regulaciones no duraron mucho, debido al cambio de situación política en España.

Las Cortes de 1820 decretaron una reforma general de los aranceles españoles y americanos. Las protestas de los criollos por el fuerte carácter proteccionista de estos aranceles —protesta que ya habían hecho los diputados cubanos a Cortes y que secundó el Capitán General Mahy, aplazando la aplicación de los nuevos derechos— obligaron al Gobierno central a revocar la orden en 3 de julio de 1821. Para solucionar el conflicto que la cesación de estos aranceles planteaba, se dispuso por Decreto de 4 de febrero de 1822 que, según la práctica de la colonia, el Intendente de La Habana y el Gobernador formaran una tarifa provisional, señalándoseles los derechos mínimos y máximos a determinar (del 20 al 37½% en los productos extranjeros y ⅓ menos en los mismos artículos nacionales).

De acuerdo con esta modificación quedaron establecidos en sus líneas generales los derechos aduaneros que habrían de regir en Cuba hasta mediados del siglo. Se establecieron las cuatro columnas, o sea, cuatro tarifas para gravar la importación de productos nacionales en buques nacionales, productos extranjeros en buques nacionales, productos extranjeros en buques nacionales y desde puerto español y productos extranjeros en buques extranjeros, con tipos de derechos ad valorem mucho más reducidos que los que habían regido hasta entonces (desde 10¾% hasta 27¼%). Los artículos de exportación quedaban tratados casuísticamente, pues mientras a unos se les aplicaban derechos ad valorem (café y cacao, 6¼%) a otros se le aplicaban específicos (aguardiente de caña, 4 rls. pipa).

La Real orden de 25 de marzo de 1825 consagró la vigencia de estos aranceles, que fueron modificados, aunque no sustancialmente, en 1828. Las harinas, que habían sido siempre una cuestión grave dentro del régimen arancelario y comercial de Cuba, tuvieron un arancel especial a partir del 30 de junio de 1834, caracterizado por la exageración del criterio proteccionista; en verdad, lo que se hacía recargando extremadamente el producto extranjero, era estimular la reexportación de harinas norteamericanas desde España.

Aun cuando no hay testimonios en contra de estos aranceles como los hubo en contra de los anteriores y de toda situación que limitara el comercio colonial, se tiene la impresión que estas tarifas no fueron sino una pobre transacción entre el interés exportador de Cuba y los inte-

reses exportadores de España, que no podían resistir la competencia de los productos ingleses y norteamericanos. El elemento local, esto es, el interés limitado de los criollos al comercio con Estados Unidos, se manifestó en la primera versión de estos aranceles, por medio de una tarifa intermedia que se aplicaría a los productos norteamericanos, tarifa que hubo que derogar por las protestas de Inglaterra (Real orden de 10 de diciembre de 1824).

4. Aun cuando no se disponga de muchos datos acerca del movimiento de los precios en esta época, es uno de los elementos característicos que deben tenerse en consideración, pues la época presenta una verdadera revolución en este aspecto. El fenómeno, claro está, no era local, sino propio de todo el comercio en el hemisferio occidental, vinculado económica y financieramente, o sea Europa y América. Ciertamente es que algunos de los aspectos son propios de las condiciones locales; pero no hicieron sino reforzar las tendencias generales. Tal sería el caso de la caída de la producción azucarera de Haití en sus efectos sobre el alza de los precios del azúcar de Cuba, en medio de un período general de alza a consecuencia de las guerras europeas.

Sin embargo, no todo el período está caracterizado por el alza, ni ésta —como es lógico— se produjo igualmente en todos los productos. Desde luego, el hecho capital en la evolución de los precios es el alza de los del azúcar a partir de 1790 y, particularmente, desde 1793, año en el cual ya comienzan a sentirse los efectos de la elevación en los precios de los artículos importados. En ese año, el azúcar de Cuba se cotizaba a 19 rls. @ del blanco y a 15 rls. @ del quebrado; dos o tres años después (1795-96) la cotización alcanzaba sus puntos máximos, o sea, 28 rls. el blanco y 24 rls. el quebrado, pero los precios, aunque en bajada, resultaron altos hasta el año 1806, por lo menos, si se tienen en cuenta los datos suministrados en 1807 por los Corredores de La Habana. Si se tiene en cuenta que durante los años 1797 y 1798 sitúa Humboldt el período de grandes inversiones en ingenios, se comprenderá que los precios vigentes (18 rls. @ de blanco y 14 rls. @ de quebrado) debían ser extraordinariamente remunerativos, no obstante su visible disparidad con los que habían regido dos años antes.

Desde 1806 hasta 1809-10, a consecuencia de la crisis acentuada por las dificultades de transporte marítimo, el azúcar baja de precio extraordinariamente. Es posible que hubiera causas locales que acentuaran esta tendencia —posiblemente la presencia de grandes excedentes vendidos—, pues tanto en 1802, como en 1804, 1807 y 1808, en las esta-

dísticas de Nueva España, aparecen partidas de azúcar exportadas a precios muy superiores de los que alcanzaba entonces el producto cubano. En 1809 el azúcar de Nueva España no había bajado sino hasta 16 rls. la @. Los demás precios de exportación no parecen haber sufrido iguales alternativas, como era el caso de la cera. En cuanto al café, prácticamente sólo llegó a los mercados internacionales en los momentos de mayor depresión (1801-1807), por lo cual sus precios eran naturalmente bajos (3 pesos por quintal), sin que pueda establecerse comparación alguna con tiempos anteriores. Todavía en 1812 sólo alcanzaba a 4 pesos por quintal.

En consecuencia de las "vacas gordas", del fomento agrícola, del aumento de la población y del alza de precios de los artículos importados, los precios internos subieron extraordinariamente. La carne es uno de los artículos que tendió inmediatamente a subir de precio. Pero, a medida que los precios de exportación se restablecían a los niveles bajos, los precios interiores no respondían igualmente. Hubo una cierta presión especulativa hacia el mantenimiento de altos precios para artículos de consumo doméstico como el casabe. En 1807, Diego José de Sedano calculaba que los costes de producción habían subido desde 1790 en un 50%, en términos absolutos; pero como él hacía los estimados a base del precio corriente del azúcar, resultaba que en ciertos artículos importados el alza llegaba a un 111%. Uno de los *artículos* básicos, los esclavos, había aumentado un 38% en 1803-05 y un 122% en 1807. Y así, en proporciones diversas, aumentaron la harina procedente de Nueva España, la manteca de puerco, el jabón y otros artículos importados.

El nivel de precios alcanzado en 1807 y 1809 no se mantuvo durante mucho tiempo, pues se produjo una reacción a partir de 1810. A partir de este año y hasta 1815 el azúcar recupera sus posiciones, alcanzando precios que oscilan alrededor de 16 rls. y 20 rls. la @. Según Humboldt, continuó ascendiendo y en 1818 los precios eran de 28 rls. la @ blanco y 24 rls. la @ quebrado. En este momento, al auge azucarero se suma la mayor valorización del café, cuyos precios entre 1815 y 1819 alcanzan hasta 13 y 17 pesos el quintal, constituyendo el inicio de una racha que alcanzaría su punto máximo en 1822 (22 pesos el quintal).

Lógicamente los precios de importación subieron nuevamente; pero debido a la regularización de las comunicaciones, a la paz, a la aplicación de aranceles más moderados, se tiene la impresión que no se equipararon con los que regían durante el período de 1790 a 1807. Por otra parte, la competencia entre norteamericanos y demás extranjeros y españoles debió producir ciertos efectos deprimentes en los precios. A

lo menos, no se hallan fuentes que indiquen que hubiera entonces una relación de precios tan desfavorable a la producción cubana como la que hubo veinte años antes.

Este nuevo período de alza cesa primero en cuanto al azúcar. Parece que esto debe relacionarse con la regularización del abastecimiento de azúcar en Europa desde la India y Java, que también exportó a Estados Unidos en estos años, así como al desarrollo de la industria remolachera. Ya en 1826 los precios eran 13 rls. la @ del blanco y 9 rls. la @ del quebrado, cifras que representaban la vuelta a los niveles de 1806-1810. Desde entonces, se mantendrían bajos los precios del azúcar de Cuba, salvo en ocasiones especiales como las del año 1830-31, en que la mala cosecha favoreció un alza momentánea.

5. El comercio interior evoluciona lentamente durante este período, debido a la supervivencia de regulaciones tradicionales. Desde todos los puntos de vista, sin embargo, va adquiriendo una fisonomía propia, caracterizada por la creciente especialización, por la influencia de la capacidad económica relativa de los comerciantes y por la libertad para sus operaciones. Debido a la estructura de la economía, el gran comercio de importación reviste progresivamente una mayor categoría y significación, que en determinadas zonas del interior se basa en las funciones financieras más que en las propias y simplemente comerciales. Esto explica la influencia político-administrativa de este grupo económico durante todo el siglo y especialmente en los días de lucha por la independencia.

El gran comercio de importación se organiza desde fines del XVIII en torno a grandes "casas", individuales o colectivas, vinculadas al comercio español, aunque no faltaron las que tuvieron, asimismo, estrechas relaciones con los comerciantes norteamericanos, como la de Pedro Juan de Erice. Como tendremos ocasión de ver en otro capítulo, estas grandes firmas comerciales tenían un papel muy importante como refaccionistas de los ingenios y de los cafetales; pero, sobre todo, de los primeros. Esto hace que el gran comercio de Cuba desde este período y durante la mayor parte del siglo se encuentre en las mismas manos que, por un lado refaccionan los ingenios, por otro importan los esclavos—mediante los cuales, vendiéndolos a plazos, ejercen su función financiera— y, además, importan los principales artículos de consumo y de equipo de los habitantes y de las industrias.

Se tiene la impresión que el proceso que conduce esta concentración altamente significativa del comercio fué relativamente rápido, pues a mediados del XVIII los comerciantes son de mucha menor capacidad eco-

nómica e importancia. La cuantía del capital con que operaban casas como la mencionada de Pedro Juan de Erice, la de Bernabé Martínez de Pinillos y la de la Viuda de Poey y Hernández no se concibe más que como una manifestación adicional de la época de auge, de inflación y de crecimiento súbito del movimiento económico que caracteriza la última década del siglo.

Lógicamente este gran comercio fué, como indica agudamente Friedlaender, el sector donde se nutrió desde principios del siglo la clase de los hacendados azucareros. Por lo general, estos comerciantes del primer auge, por medio de sus operaciones financieras o por fomento directo, se hicieron de ingenios y se constituyeron en hacendados, como ocurrió en el caso de los Aldama, los Poey y otros. Asimismo, parece que una cierta especialización, si cabe, fué desarrollándose a medida que la importación de brazos era más urgente. Después de la prohibición de la trata, esos comerciantes continuaron operando, como fué el caso de Julián de Zulueta, o se dedicaron a nuevos tipos de comercio de hombres como el caso de la casa de Goicuría. Especialización que se explica por la índole de las operaciones a que se dedicaban, las cuales requerían un respaldo económico mucho mayor que el comercio de importación de víveres o de tejidos.

El comercio en pequeño, sobre el cual pesaba antaño la mayor parte de las reglas restrictivas, se desarrolla extraordinariamente bajo el nuevo impulso demográfico y sufre modificaciones importantes a consecuencia de la progresiva liberalización de las actividades profesionales. En este sentido, quizás la evolución de más entidad la constituye la entrada en vigencia del Código de Comercio de 1829, cuya definición del comerciante elimina todos los vestigios de la política intervencionista tradicional.

Las pulperías, cuya composición y autorización, así como sus operaciones, fueron reguladas minuciosamente durante el XVIII, fueron declaradas de libre creación, aunque sujetas al pago de una composición por la Ordenanza de Intendentes de 1803, tras la cual se formó la instrucción de 3 de mayo de 1803 regulando el número de pulperías de ordenanza (en total, unas 15 en todo el país), así como el derecho de composición que correspondía según la localidad, la definición de pulpería, la definición de los demás tipos de tiendas (droguería, buhonería y mercería), así como la regulación de establecimientos o tiendas temporales que podían competir con las pulperías permanentes.

A medida que discurre este período, las pulperías van aumentando de número como cuadra a la expansión que tenían los centros urbanos. Excluyendo las principales ciudades, o sea, La Habana, Santiago de

Cuba, Santa Clara, Sancti Spíritus, Remedios y Puerto Príncipe, desde 1804 a 1828 las pulperías de las ciudades y villas pasan de 271 a 572. Y el total, en la última fecha citada, pasaría de mil. En Matanzas, durante los 24 años mencionados, aumentaron de 35 a 180, lo que da una idea de cómo estos establecimientos dependían del crecimiento demográfico urbano.

El derecho de composición fué abolido por las Cortes de 1812 y nuevamente por las de 1820, tras lo cual fué restablecido por acuerdo de la Junta Superior Directiva de Real Hacienda de 29 de enero de 1824; pero este derecho, desde la instrucción de 1803, se cobraba sobre todo tipo de tienda cualquiera que fuese el artículo que vendiera.

El desarrollo del comercio urbano originó la práctica de los comerciantes mayoristas de vender a los particulares, lo cual originó las protestas de los pulperos, recayendo una decisión sobre la materia el año 1842, fecha en la cual también se dispuso que en lo sucesivo no se usara la palabra pulpería, que no se empleaba en La Habana —sino más bien *bodega*—, sustituyéndola por denominaciones más amplias como tiendas por menor o de mercería.

La creciente libertad del comercio urbano no significa que las trabas municipales quedasen completamente eliminadas. Por ejemplo, en Santiago de Cuba las prescripciones contra la regatonería fueron reiteradas en 1800, 1801, 1806 y 1824, y en Sancti Spíritus lo fueron en 1828, casos en los que la intervención de grupos de intereses trataban de desterrar del comercio urbano a los competidores ocasionales y ambulantes.

Como antaño, este comercio en pequeño encarecía los precios de los artículos. Abundan los testimonios sobre este hecho; pero es evidente que la libertad comercial suponía el abandono de toda tasa y que ya no podía lograrse el ideal de la relación directa entre productor y consumidor. Las variaciones de precios entre las tiendas de La Habana se estimaba en un 50% y hasta un 100%, según la ubicación. Por otra parte, este comercio seguía la práctica de obligar a comprar productos inútiles o desacreditados o desconocidos si se quería obtener el despacho de artículo escasos, lo cual era práctica impuesta a los comerciantes en pequeño por los mayoristas.

Desde fines del XVIII se está produciendo en la colonia un fenómeno paralelo al de la especialización en el comercio de importación y el de la liberalización del comercio en pequeño. Este proceso simultáneo consistió en la difusión y descentralización del comercio de importación, a consecuencia del desarrollo de las relaciones directas de otros puertos con el extranjero y con la Metrópoli. Hasta 1820, aproximadamente, casi no había puertos por los cuales se produjera una exportación sustancial

de productos cubanos, por lo cual necesitaban abastecerse de gran parte de los artículos importados en La Habana. Precisamente los permisos para comerciar con neutrales concedidos por algunas autoridades locales durante los años de más escasez de la primera década del siglo se basaban en que esta situación representaba un privilegio para la capital en detrimento de los intereses de las demás poblaciones.

En 1809 este tráfico interior —realizado principalmente por medio del cabotaje— es de cierta consideración. Las “exportaciones” de La Habana a los demás puertos sumaban unos 250,000 pesos, de los cuales 138,000, o sea un 54%, eran productos extranjeros. Del total del movimiento de cabotaje, las “importaciones” de La Habana representaban sólo un 22%; esto es, la mayor proporción de este intercambio era hacia el interior. En este comercio de cabotaje se incluyen sólo los embarques con destino a puertos donde había aduanas y oficinas capaces de registrar el movimiento; no se conocen datos sobre los demás puertos o embarcaderos, que debieron ser muy abundantes, pues hacia 1800 se estima que tanto al Este como al Oeste de La Habana había no menos de 13 surgideros que enviaban a la capital unas cincuenta y seis mil cajas de azúcar y posiblemente recibían víveres y otros artículos por la misma vía marítima.

Aun cuando esta posición excepcional de La Habana respecto de la distribución interna de las importaciones fué reduciéndose, todavía en 1830 enviaba “por mar y tierra” a Puerto Príncipe mercancías por valor de 150,000 pesos y recibía de allí (en ganado principalmente) por valor de 140,000. En 1827 Sancti Spíritus “importaba” de La Habana unos 122,000 pesos, a pesar de que lógicamente —como ocurrió en 1828— debía de proveerse en Remedios y Trinidad. Y, en general, puede afirmarse que la capital mantuvo cierta influencia decisiva sobre el comercio de importación en el Occidente y el centro de la isla, pues ya a mediados del siglo el comercio de importación de Santiago de Cuba parece estar organizado sobre bases similares a las de La Habana y, por tanto, se encuentra en un grado mucho mayor de independencia.

6. No se dispone de todos los datos estadísticos que permitirían un análisis completo de la estructura y los cambios del comercio colonial durante el período que estamos reseñando. En primer lugar, la serie de cifras sobre el volumen del intercambio es incompleta. Por otra parte, esta serie abarca sólo La Habana hasta 1826. Finalmente el agrupamiento de las cifras parciales cambia constantemente, de modo que es difícil comparar los datos que hay sobre la distribución geográfica de ese comercio o sobre sus divisiones de tipo cualitativo.

Sin embargo, pueden apreciarse algunos de los fenómenos más interesantes de la época a través de los datos actualmente a mano. Desde 1790 a 1837 el comercio de Cuba sufre dos cambios importantes: el primero consistió en el aumento progresivo de su volumen y de su valor, y el otro fué la aparición de una distribución geográfica del intercambio cada vez más diversificada y en la que jugarían desde el principio un papel muy importante los Estados Unidos.

Las cifras del volumen total del comercio se conservan desde 1790 hasta 1795, desde 1803 hasta 1815 y desde 1826 en adelante. El primer grupo tiene un alto interés, pues constituye igualmente el primero y único en que la balanza del intercambio resultó con un margen amplísimo favorable a la colonia. El fenómeno da una medida de lo que fué esa época, pues además de los ingresos que la Isla percibía por concepto de situados, además de la inmigración de capitales producida por los refugiados franceses, la balanza comercial, posiblemente a merced del alza de precios, fué favorable en 1790-95 por un margen de más de 23 millones de pesos. Es la gran época de creación de la agricultura comercial, que terminaría hacia 1804-05 y no se renovarí a hasta 1815.

Los datos del segundo grupo, esto es, los que comprenden 1803-15, abarcan años de depresión, de falta de transportes y de caída momentánea del comercio norteamericano, con dos momentos particularmente deprimidos: 1807-1808 y 1812. Es, asimismo, un momento en que se mantuvieron muy altas las importaciones, debido al aumento del consumo, a la necesidad de continuar importando grandes cantidades de esclavos, mientras las exportaciones caían de precio y se reducían en términos absolutos, a consecuencia de la política azucarera surgida en Europa y del empobrecimiento de España por causa de la Guerra de liberación contra Bonaparte.

Finalmente el período de 1826-1837 marca ya una situación distinta. Tanto la paz existente—que eliminó los cambios bruscos observados entre 1790 y 1815—como el aumento del consumo del azúcar y del café caracterizan el movimiento del intercambio comercial de la colonia. Entre las dos fechas extremas del período hay una progresión casi anual de las importaciones y las exportaciones. El cambio más fuerte se observa el año 1830-1831, a consecuencia de la baja de las exportaciones. Desde luego, el saldo fué siempre desfavorable a Cuba, y parece que sólo hay una excepción en la primera mitad del siglo: el año 1840.

Este saldo contante era propio del comercio de Cuba desde los primeros tiempos de la colonización. Se suplía mediante las "inversiones" de fondos públicos, bien para construir fortalezas, bien para pagar guar-

niciones y otras atenciones públicas. Desde 1806, por haberse terminado el sistema de los situados, la isla tenía que recibir el mismo suplemento por otros medios, posiblemente en forma de créditos para compras de esclavos o de capitales introducidos por inmigrantes, bien franceses de Haití, españoles del continente o de otra procedencia.

La participación de los norteamericanos en el comercio de Cuba durante este período fué muy importante. Dentro de este aspecto de la transformación que sufre la estructura del comercio colonial debe advertirse que, con frecuencia, los datos no indican realmente el tipo de participación del comercio norteamericano, pues las cifras no precisan en qué medida se trata de comercio con productos norteamericanos y en cuál de comercio con productos extranjeros. Se tiene la impresión de que el comercio norteamericano en Cuba era, en gran medida, de intermediación con Europa.

Las cifras del por ciento que el comercio norteamericano representa en el movimiento general del intercambio son interesantes. Las podemos establecer desde 1811:

	Importación	Exportación
1811	36.8%	46%
1812	29.5%	33.4%
1813	15.5%	19.1%
1814	8.3%	15.2%

Debe tenerse en cuenta que la caída, en ambas columnas, fué particularmente aguda debido al trastorno que produce en el comercio norteamericano la Guerra de 1812. Este fenómeno de disminución de la posición relativa del comercio norteamericano se puede apreciar nuevamente a partir de 1826 hasta 1837 y aun más adelante. La razón de ello parece residir en la aplicación de medidas cada vez más proteccionistas del comercio metropolitano y del transporte marítimo nacional, política que fué, al parecer, la causa visible de las represalias aplicadas por el Gobierno de los Estados Unidos el año 1834. Hay que tener en cuenta, asimismo, la creciente participación de Inglaterra y de otros países europeos, a medida que se industrializan y triunfan en ellos las tendencias librecambistas. La participación de los Estados Unidos viene dada por las siguientes cifras:

1826	37%	28.2%
1827	41.2%	28.8%
1828	33.7%	24.2%
1829	30.6%	22.8%
1830	29.6%	26.8%
1833-37 (promedio) .	26%	30.5%

Claro está que la participación de los Estados Unidos, en cifras absolutas, no dejó de aumentar al compás del aumento general del intercambio de la colonia. Es más, aun con una participación relativa más baja, como la del período 1833-37, era, con España, el país que ocupaba el primer lugar entre los mercados de la colonia.

La participación de Inglaterra tiende a disminuir en su posición relativa entre 1826 y 1837; pero después de 1840 aumenta continuamente. Pero en este caso la balanza de comercio, desde 1832, a excepción de 1833, es favorable a Cuba, situación que no existía respecto de España y de Estados Unidos. Fué favorable, asimismo, con los Países Bajos, Dinamarca, Rusia e Italia, así como con las llamadas "Ciudades anseáticas" que años más tarde aparecerían bajo la denominación de Alemania. Durante este período el intercambio con Francia tendió a disminuir constantemente en cifras absolutas y relativas, debido a la política azucarera proteccionista.

Como era natural que sucediera, al establecerse los aranceles proteccionistas, la participación de España tendió a aumentar desde 1826 en adelante.

Las importaciones de Cuba eran, por estos tiempos, fundamentalmente artículos de consumo directo. Por ejemplo, de los Estados Unidos las principales importaciones eran: manteca de puerco, velas de sebo, jamón y tocino, mantequilla, harina, velas de esperma, bacalao, carne de vaca y arroz. De España, que complementaba este abastecimiento, se recibían los vinos, el aceite, harina, arroz, legumbres y tejidos. La distribución de los tipos de artículos importados entre 1833-37 fué la siguiente:

Viveres	41%
Manufacturas	28%
Maderas	4%
Metales	10%
Varios	17%

Los dos grupos de más interés para la agricultura comercial eran las maderas—envase para azúcar—y los metales. Las manufacturas comprendían especialmente los tejidos.

Las exportaciones comprendían una gama menos variada de productos, si se excluyen las reexportaciones, pues éstas variaban frecuentemente. Durante el período de 1809 a 1814, que hemos tratado en el comienzo del presente capítulo, las exportaciones alcanzaron a veces el 30% y otras veces sólo el 5%. En el período de 1833-37 represen-

taban el 13% del valor total de las exportaciones. Los productos cubanos exportados durante estos mismos cinco años eran los siguientes:

Azúcar	48%
Café	12.25%
Metales preciosos	6.25%
Miel de purga	6%
Tabaco torcido	6%
„ en rama	2.30%
Cera	1%
Aguardiente	0.50%
Miel de abejas	0.30%
Otros productos	4%

Claro está que en el período siguiente se produjeron cambios de importancia, consistentes esencialmente en la desaparición paulatina de las exportaciones de café y el aumento relativo de las exportaciones de tabaco; pero en lo general, el cuadro de las exportaciones de Cuba se mantiene en las mismas condiciones durante el siglo XIX.

CAPÍTULO V

LA NUEVA ERA EN LAS COMUNICACIONES

I. Además del desarrollo reseñado en los capítulos precedentes, habría un hecho de gran significación en la historia económica de este período que merece análisis especial. Se trata de la aparición de una nueva política de comunicaciones que respondiera a las crecientes necesidades resultantes del auge de la agricultura comercial. Lógicamente, el proceso de creación de nuevos centros económicos, desde 1790, fué, en tanto en cuanto suponía una verdadera colonización, un proceso de creación simultánea de comunicaciones, pues los ingenios, los cafetales, los simples caseríos agrícolas necesitaban de ellas para extraer sus frutos y recibir artículos de consumo. Sin embargo, esta directa influencia de la nueva economía agrícola-comercial no es un progreso dentro de las circunstancias imperantes entonces.

En efecto, la simple adición de caminos de tierra a los ya existentes desde el siglo xvi, aunque resultado natural de la ampliación de la zona habitada, no representaba un cambio en la política seguida hasta entonces sobre esta materia. Digamos mejor, en la falta de política y de intervención y trabajo estatal sobre las comunicaciones internas. Todo progreso debía residir no en la relación forzosa inmanente, digamos, de los núcleos económicos y demográficos internos y sin comunicaciones, sino en la forma o medio empleado para comunicarse unos con otros. En una fecha tan cercana a nuestros días como 1865, Esteban Pichardo en su obra sobre los *Caminos de la Isla de Cuba*, constata que la colonia era uno de los países con más comunicaciones internas, pero, al mismo tiempo, con las peores comunicaciones que fueran dables y que los caminos "artificiales" faltaban casi por completo.

Al parecer, la índole rural de las explotaciones básicas de Cuba dificultó la construcción de esos caminos "artificiales" o carreteras. Por dos razones: de un lado, la dispersión hacía prácticamente imposible el tratar de dar a cada centro productor el tipo de comunicaciones que ellos requerían; en segundo término, esa misma dispersión y el alto costo de los trabajos reducían al mínimo la posibilidad de dar el má-

ximo de facilidades de comunicación a todos los centros de producción internos. Salvo los ingenios más ineficientes y los trapiches que producían raspadura, esto es, que miraban sobre todo al mercado interno, los demás ingenios necesitaban de alguna manera comunicarse fácilmente con La Habana o con Santiago de Cuba o con algún puerto por donde exportar o enviar en cabotaje hasta los puertos habilitados. Si todo ello se une a la dificultad práctica de obtener todos los elementos materiales y humanos en la cuantía requerida para un programa de construcción de caminos que modificara rápidamente esta situación y a la falta de medios financieros estatales para emprender tamaña empresa, se comprenderá que a los ojos de algunos contemporáneos la mejoría de las comunicaciones interiores pudiera parecer imposible.

Tantos factores reunidos en contra de toda aspiración teórica a mejorar las comunicaciones provocaron ese fenómeno extraordinario que supone la construcción de un ferrocarril en fecha tan temprana como 1837, aun antes de que lo hubiera en la Metrópoli. Y, a su vez, explica, en cuanto al período posterior a la fecha indicada, que la construcción de caminos "artificiales" continuara siendo una obra lenta.

Sin embargo, la dispersión rural a que nos hemos referido, unida a la necesidad de internar los nuevos centros productores, planteaba cada vez más agudamente la mejoría de las comunicaciones. Los antiguos caminos de tierra resultaban inservibles durante la época de las lluvias, o sea, en la época en que al azúcar se extraía de los ingenios debido a que la zafra —propriadamente dicha— ocupaba la época de la seca. Para transportar las cajas de azúcar que eran de 16 arrobas, se requerían grandes carretas tiradas por bueyes o por mulas, cuyo tránsito no hacía sino empeorar el camino transformándolo en una serie de surcos intrincados que detenían la marcha —de por sí lenta— de las carretas. Este medio de transporte, el más adecuado al tipo de caminos, por su lentitud, por el número de animales que era preciso mantener y por la limitación del peso —pues eran más propensos a hundirse en el fango mientras más pesaban— resultaba costoso en extremo.

No menos molestos eran los caminos de entonces para el tránsito de pasajeros. El diario de Miguel de Arrayán y Arada muestra, en su laconismo, las dificultades de los viajeros; entre Puerto Príncipe y La Habana era preciso emplear unos 16 días a marchas de 10 horas por día.

La situación fué agudizándose a medida que la agricultura cañera y cafetalera se internaban más. Al momento de fundarse el Real Consulado, aunque solo comenzaba el gran auge, se creyó oportuno encomendarle entre los asuntos de más urgencia, este de las comunicaciones

interiores, sobre lo cual ya se había planeado la construcción del canal de Güines a La Habana. Se esperaba con esta vía mejorar las comunicaciones desde esa zona principal en dos sentidos: reduciendo el tiempo y abaratando los costos. Y la presión de los intereses productores de Güines siguió ejerciéndose hasta el punto de que el primer ferrocarril unió ese punto con La Habana. Lo que significa que, lejos de disminuir, la presión de los productores para la exportación tendió a aumentar a medida que pasaban los años.

La ausencia de buenas comunicaciones interiores acentuó la tendencia tradicional a situar las explotaciones cerca de las costas o en torno a los puertos. El desarrollo de las zonas de Matanzas, del Mariel, de Cárdenas y de Cienfuegos, que se produce durante este período, responde no solo a la saturación de las tierras cercanas a la capital, sino también a la necesidad de disponer de fáciles salidas al exterior. Pero como quiera que el ritmo de desarrollo produjo prontamente la misma concentración en estas zonas portuarias, la extensión de la agricultura hacia el centro y el sur de la isla no hizo sino causar más preocupación por el estado de las comunicaciones.

Una vez construída la primera línea de ferrocarril, y vistos los resultados positivos del ensayo, los demás productores de otras zonas impulsaron la construcción de nuevas líneas que, todas casi sin excepción ponían en contacto los centros interiores con los puertos de embarque.

2. La ausencia de comunicaciones interiores y la concentración de las explotaciones sobre las costas y puertos, dió gran importancia al comercio de cabotaje. El simple análisis de las cifras, que hemos visto en el capítulo IV, no da la medida de la importancia que tenía este tipo de comunicación marítima que venía a suplementar las comunicaciones terrestres.

De acuerdo con los datos que sobre el volumen del cabotaje conocemos, aunque solo para el período 1809-14, se observa que fué aumentando rápidamente. La proporción con que este comercio contribuía a la exportación de productos cubanos de La Habana está expresada en las cifras siguientes:

1809		0.5 %
1810		0.6 %
1811		0.5 %
1812		1.5 %
1913		1.8 %
1814		3.2 %

Señala La Sagra esta progresión y la atribuye "a los progresos del cultivo sobre las costas", lo cual es evidente por la imposibilidad de usar comunicaciones interiores. La necesidad de apelar a este medio explica en gran medida la premura por crear poblaciones en algunos puertos hasta entonces desocupados como el propio Mariel, Nuevitás y Cienfuegos. Pero es posible que el cabotaje fuera disminuyendo a medida que se abrían los puertos a la libertad de comercio; pero como quiera que hubo numerosos embarcaderos no habilitados, especialmente al E. y al O. de La Habana siguió teniendo una especial significación como medio de comunicación y de transporte de azúcar.

Desde la segunda década del siglo, este comercio por la función que realizaba fué objeto de la atención de las autoridades y del espíritu de iniciativa de los criollos. En efecto, el año 1818 Juan O'Farrill solicitaba el privilegio para establecer servicios de navegación a vapor, lo que le fué otorgado por el Intendente Ramírez en el mes de octubre, siendo aprobado por la Real orden de 24 de mayo de 1819. Al parecer, simultáneamente, Juan Montalvo y Castillo establecía el primer servicio de barcos de vapor entre Matanzas y La Habana, con el titulado *Neptuno*, sobre cuya operación no disponemos de datos más completos. Pezuela atribuye los dos extremos a O'Farrill; lo cual es más verosímil. Aunque no se dispone de noticias sobre el éxito de este barco de construcción norteamericana se sabe que el 18 de junio de 1819 inició sus viajes, saliendo los miércoles de La Habana y los domingos de Matanzas. De todas suertes es posible que, dadas las condiciones en que se efectuaba la navegación a vapor este ensayo no tuviera la resonancia práctica, comercial, que se esperaba del mismo.

Aun cuando no fuera a vapor, la navegación de cabotaje suplía ventajosamente las comunicaciones terrestre. El propio Arrayán y Arada, mencionado en el número precedente, volvió en 1836 a Puerto Príncipe por goleta, empleando solo nueve días, incluyendo el tramo recorrido entre el lugar de desembarco y aquella ciudad. A todos los efectos prácticos, el tiempo de viaje había quedado reducido a la mitad.

Como manifestación de la necesidad de aprovechar al máximo la comunicación por medio del cabotaje se encuentra también la disposición de permitir este tráfico a los barcos extranjeros, lo cual fué definitivamente derogado por la Real orden de 6 de diciembre de 1830 exigiéndose en lo sucesivo que se abriera un expediente para otorgar tal permiso. Esta medida, en los momentos en que se comenzaba a estudiar la construcción del ferrocarril, no hizo sino limitar este tráfico.

3. Cuba dependía, por lo general, del transporte marítimo y especialmente de los barcos extranjeros. Tal fué su situación durante el largo y agitado período que corre hasta 1820 y aun más adelante. A medida que se desarrollaba su comercio y que la marina mercante española disminuía, la propia flota mercante insular disminuía su importancia. Por lo menos, se tiene la impresión de que su tonelaje era relativamente menor que a principios y a mediados del XVIII. Con todo, Cuba seguía siendo una de las zonas mejor comunicadas dentro del Imperio español, a lo menos en lo que hace a La Habana, punto ineludible casi en la navegación transatlántica.

Las ventajas que la posición geográfica le producían a Cuba, fueron aun más efectivas cuando comenzó a liberalizarse el sistema mercantil imperial a partir de 1790, tanto más cuanto que se estaba desarrollando al Norte una nueva potencia marítima. Pero las luchas por la supremacía europea, como había sucedido en el XVIII, fueron igualmente luchas por el dominio naval en el Mar Caribe y la situación de Cuba fué, a ocasiones, bastante difícil desde el punto de vista de las comunicaciones marítimas.

A consecuencia de ello, la colonia se encontró con una creciente producción para la exportación y con un déficit de transporte rayano por momentos en una ausencia de barcos. La primera crisis de este tipo se produjo en 1795 al reagruparse las potencias después de la Paz de Basilea. España se alió entonces a Francia y, si bien pudieron eliminarse los corsarios franceses que habían estado operando cerca de las costas de la isla hasta entonces, comenzaron a sentirse los ataques de las fuerzas navales británicas. El año 1797, durante el cual hubo una gran ofensiva naval inglesa, las costas de Cuba estuvieron prácticamente bloqueadas. En Santiago de Cuba, "la celosa corsanía anglicana apenas ha dejado de nuestra marina mercantil las canoas pescadoras", decían los vecinos de la ciudad en documento contemporáneo. Como conclusión, requerían permiso para aceptar en puerto a los barcos norteamericanos.

Se redujo entonces en un tercio el número de buques disponibles para el abastecimiento y la exportación. Las estadísticas indican que la situación, desde el punto de vista del movimiento físico de los barcos, mejoró hacia 1800; pero sabemos por Buenaventura Pascual Ferrer que ello se debió a que se pagaba una contribución al Almirante inglés apostado en Providencia (Bahamas) por los permisos para navegar que concedía en el Golfo de México, lo cual indica hasta qué punto eran precarias las condiciones del momento para el tráfico marítimo insular.

Entre 1801 y 1803 se extendería un corto período de paz, en el cual por haberse prohibido el tráfico con neutrales, no se produjo mejoría alguna de las comunicaciones; pero mucho más dura sería la prueba que iba a sufrir el comercio de la isla cuando se abrieron nuevamente las hostilidades. Al parecer, ya en 1804 se sintió la gran reducción del transporte en La Habana. Sin embargo, a medida que fueron complicándose las operaciones militares y navales, Cuba sintió mucho más la escasez del transporte marítimo. El punto máximo en esta crisis lo marca el Embargo de 1807 decretado por el Gobierno de los Estados Unidos, cuyo resultado fué sustraer a Cuba la mayor parte del tonelaje de que disponía para exportar sus productos, pues la alianza con Inglaterra, a raíz de la invasión napoleónica a España, no fué suficiente para garantizar el movimiento adecuado del comercio colonial, debido al escaso interés de los ingleses por los productos cubanos. Aun cuando teóricamente los barcos norteamericanos volvieron a operar normalmente a mediados de 1809, hasta el siguiente año (1810) no puede considerarse arreglada la situación de las comunicaciones marítimas.

Empezarían entonces nuevas trabas. Los corsarios europeos no habían dejado de operar en alguna manera durante todo el período que corre entre 1790 y 1810. Ahora estos mismos corsarios y otros más, tendrían una nueva expresión, al amparo de los movimientos independentistas latino-americanos. Este aspecto de las comunicaciones en precario lo reseña cumplidamente el historiador Pezuela. Sin embargo, se tiene la impresión de que el efecto sobre el movimiento general del comercio no fué de gran intensidad. Hacia 1820 la cifra total de buques de tránsito en La Habana sobrepasa los 1,300. Entre 1821 y 1830 el promedio es de 1,067. Esto es, seguía siendo cierto, como lo había sido a principios del siglo, que el comercio de la colonia requería un millar de barcos; todavía en estos años es posible considerar el movimiento de buques de La Habana como un índice bastante aproximado de las necesidades de transporte del comercio general de la isla.

En los dos años que siguen a 1830 se observa un descenso en el número de buques entrados y salidos de La Habana; sin embargo, el movimiento general se mantiene al nivel de los años anteriores debido a que los restantes puertos de la isla, especialmente Santiago de Cuba y Matanzas absorben parte de la disminución que se observa en la capital.

Hacia 1830-40 las comunicaciones marítimas de La Habana y, en general, del resto de la isla, se encuentran normalizadas. Por una parte, hay la participación regular de las grandes compañías navieras de los Estados Unidos y de Inglaterra, las cuales aseguraban un servicio regu-

lar mensual, o dos veces al mes, según los casos, entre La Habana y New York y Filadelfia y entre La Habana y Liverpool. Por otra parte, la política proteccionista de los intereses navieros españoles determinó un aumento de las comunicaciones con los puertos metropolitanos, especialmente los del Norte y, entre ellos, Santander, en primer lugar.

4. Las dificultades en las comunicaciones marítimas no impidieron que el servicio de correos se desarrollara con cierta regularidad y, aun más, que mejorara, respecto de la situación en que había estado durante el siglo XVIII. Desde 1765, como sabemos, este servicio corría de cuenta de la administración real y, en primer término, de la Marina de Guerra, con lo cual se pretendía asegurar el transporte de la correspondencia. Sin dejar de encargarlo a la Marina, la Real orden de 14 de abril de 1802 reglamentó nuevamente el correo, con el fin de aumentar sus viajes y regularizarlos, pues al Estado y a los particulares interesaban cada día más las buenas comunicaciones. Esto explica que, en medio de la situación internacional pugnaz, el servicio de correos entre Cuba y España mejorara. Claro está que la administración real del servicio de correos marítimos no resultaba demasiado gravosa porque desde el XVIII se había permitido a los barcos de "aviso", destinados al transporte de correspondencia, el cargar mercancías.

Al normalizarse la navegación en el Atlántico —tras del período agitado de las guerras contra Bonaparte— y, particularmente, al separarse la mayor parte de los territorios españoles de América, el Estado se vió ante la necesidad de prestar un servicio que resultaba demasiado costoso a la ya exhausta Marina de Guerra española. Entonces se consideró conveniente conceder el servicio a una empresa privada. En efecto, se formó una compañía de correos marítimos, cuyos estatutos fueron aprobados por Real Orden de 28 de septiembre de 1827. La compañía disfrutaba de grandes privilegios, a cambio del transporte de la correspondencia. Entre las ventajas que se concedieron a sus barcos se encontraba la exención de derechos de tonelada, anclaje, puerto, faro, etc., el declarar libre de derechos el rancho de su tripulación, y otras más. El transporte de la correspondencia del gobierno era, desde luego, gratuito. La compañía, que se suponía había de operar solamente mientras la Marina de Guerra no estuviese en condiciones de ocuparse del servicio, continuó prestándolo hasta mediados del siglo.

5. El sistema de comunicaciones terrestres, donde se habrán de producir los cambios de más trascendencia, estaba constituido por dos tipos de caminos principales: el primero de ellos, formaba un conjunto

llamado *camino real de la isla de Cuba*, que conectaba a todas las grandes ciudades, desde Baracoa hasta La Habana y existía en el mismo estado que tenía durante los siglos anteriores. Debido al tráfico que hasta fines del siglo XVIII se había realizado principalmente por esta vía podría considerarlo como una "cabaña" mesteña, un camino ganadero, más que un camino carretero. Pasaba por Baracoa, Santa Catalina (Guantánamo), Santiago de Cuba, Bayamo, Tunas, Puerto Príncipe, Sancti-Spíritus, Villaclara, Matanzas hasta La Habana.

Con motivo de la colonización de Pinar del Río este camino real se extendió hacia el Oeste hasta aquella ciudad, Guane y Mantua. Como quiera que en la región occidental, o sea de Matanzas a Pinar del Río este camino tenía una gran importancia económica se encontraba más cuidado que hacia el centro y el este de la isla, donde era con harta frecuencia intransitable.

Pero había un segundo tipo de caminos. Por ejemplo, en La Habana había caminos paralelos al camino real, sobre la costa norte, que unía a los puertos de Bahía Honda, Cabañas y Mariel, prolongándose al interior hasta Mantua. Había caminos entre la capital y Güines hasta Batabanó. Había finalmente, el camino a Matanzas por la costa norte que ya a fines del período se prolongaba hasta Cárdenas. Estos caminos eran de menor categoría que el camino real, aunque de igual calidad.

Finalmente existían los caminos "transversales" que tendían a unir las costas norte y sur o el interior con los puertos. De este tipo eran los caminos de Matanzas-Cienfuegos; de Sagua-Villaclara-Cienfuegos; de Remedios-Trinidad; de Morón-Sancti-Spíritus-Zaza; de Nuevitás-Puerto Príncipe-Santa Cruz; de Gibara-Holguín-Bayamo y Manzanillo, de importancia creciente a medida, que, como hemos indicado, se expandía la producción por el interior del territorio. Los demás caminos eran verdaderas sendas vecinales y simples serventías, o servidumbres de paso entre las haciendas, con una importancia absolutamente local.

Las condiciones generales de estos caminos, aun en aquellas zonas donde la naturaleza del terreno favorecía su resistencia a las aguas, encarecían el transporte y, por ende, los productos del interior. Precisamente entre La Habana y Güines, zona esta que por su gran producción de todo tipo planteó durante más de medio siglo la necesidad de mejorar las comunicaciones, el costo del transporte de un quintal de azúcar se elevaba a 1 peso fuerte. Dado el caso, no muy frecuente, de que la arroba valiese 20 reales, ese flete equivalía a un recargo de un 10%,

proporción que, sin duda, aumentaba en la época de depreciación. Otro tanto sucedía en el camino de Nuevitas a Puerto Príncipe, en el cual ocho arrobas de carga sufrían un flete de 2 ó de 4 pesos, lo que quiere decir que la caja normal de azúcar (16 arrobas) pagaba de 4 a 8 pesos, según los casos, o sea, un recargo que oscilaba entre 10% y 20%. Esto, por lo que hace al precio del flete; pero a esta circunstancia bastante gravosa era preciso añadir los inconvenientes de las demoras, cuando la estación de las lluvias dificultaba el tránsito o el deterioro de las mercancías o la merma por haber sido depositada durante el tránsito.

Sobre las dificultades de este transporte, explicaba José DelMonte a su hermano Domingo lo siguiente: "la falta de cumplimiento de los capitanes de partido a las repetidas órdenes del gobierno han detenido las remisiones de los azúcares de este ingenio por estar los caminos intransitables, y como los vecinos se oponen terriblemente a que la arria pase por sus terrenos ya de potrero ya de cafetales, me tiene Usted como se imposibilita el tránsito o comunicación de estas fincas con el depósito de los frutos. Especialmente nuestro vecino D. Antonio Jiménez que tiene un potrero lindando con el de este ingenio y el lado que mira al camino real está tan malo que los mulos se atascan y mojan todo el azúcar, sin tener otro arbitrio. Este hombre inconsiderado se opone que entre el arria por dentro de su potrero que está excelente... En el partido que llaman el Coliseo hay unos parajes o malos pasos tan malos que el lodo les llega a los aparejos de los caballos... Esto amigo mío da horror el decirlo. Un país rico y culto como la isla de Cuba es vergüenza ver los caminos, por la fatla de policía...".

Estos datos muestran hasta que punto la forzosa penetración al interior del desarrollo económico se encontraba vedada por las condiciones de los caminos. Ya hemos señalado que el problema era de tal naturaleza que en la propia Cédula de 4 de abril de 1794, al crearse el Real Consulado se le encomendó "la facilidad en la circulación interior", "construir buenos caminos" y "abrir canales de navegación", formando esas obras un plan completo de comunicaciones interiores.

Hasta 1831, fecha en que el Real Consulado quedó reducido a Tribunal de comercio y sus funciones de fomento pasaron a la Junta de Fomento, esta corporación se ocupó de las comunicaciones interiores con poco éxito. En cuanto quedó constituido, surgieron los proyectos de financiamiento que eran, sin duda, el aspecto básico de toda la cuestión, pues los ingresos asignados al Consulado al fundarse, esto es, el 1/2% de avería y las penas y multas impuestas por la corporación en funciones de Tribunal de Comercio eran insuficientes para las ex-

traordinarias necesidades del país. Lógicamente, desde ese momento, la opinión prevaleciente era que los beneficiarios, principalmente los hacendados azucareros, costearan por medio de contribuciones especiales las obras. Se destacan también entre las primeras ideas emitidas sobre el asunto el proyecto de hacer contribuir a los propietarios de haciendas que se demoliesen para distribuir las por venta, arrendamiento o a censo. Al parecer los arbitrios sugeridos por el Consulado desde sus primeras reuniones no fueron establecidos.

Desde 1796 el Consulado emprendió las obras empleando durante ese mismo año unos 40,000 pesos en ellas, la mayor parte en el camino del Puente de Chávez a la esquina de Tejas (o sea, en lo que es actualmente parte de La Habana). Después de esta primera experiencia, surgió un obstáculo para el desarrollo de los planes. En 1797 al darse la Comisión al Conde de Mopox y de Jaruco para los estudios de geografía y colonización, se le encomendó igualmente todo lo concerniente al plan de caminos, a consecuencia de lo cual se produjo la natural fricción entre las dos autoridades sin que ello condujera a resultado positivo alguno. Desde luego, el Consulado conservó la facultad de dirigir estas obras públicas.

La falta de fondos, la impericia y la extraordinaria cantidad de caminos que era preciso construir fueron causa suficiente para que los resultados de la gestión de la corporación en esta materia resulten mezquinos. Hacia 1816, al revisarse todo lo actuado en materia de comunicaciones interiores, solo se había construido una pequeña parte de los caminos que salían de La Habana; la mayor parte de los fondos se habían gastado en obras de conservación de algunos caminos antiguos, de alcantarillas y de puentes. Entonces se dió preferencia a la construcción de dos vías importantísimas de La Habana: los caminos de Jaruco-Matanzas y de La Habana-Guanajay.

Sin embargo, durante los 20 años transcurridos desde la fundación del Consulado se había realizado cierto progreso, cuando por la Instrucción de 14 de febrero de 1800 se dictaron reglas para la apertura de nuevos caminos. Se disponía el establecimiento de juntas de partido, formadas por el Capitán pedáneo y cuatro hombres buenos del lugar, encargados de ocuparse de las comunicaciones; se imponía a los propietarios de haciendas demolidas la obligación de señalar los caminos que habían de servir a los adquirentes de parcelas o fundos; se prohibía arrastrar maderas por los caminos y se regulaban las serventías. Al parecer, esta legislación —que era un indudable paso de avance— no tuvo efecto práctico alguno.

Por la Real orden de 17 de enero de 1818 se estableció una capitación sobre los esclavos con el objeto de engrosar los fondos destinados a la construcción de los caminos. Las recaudaciones por concepto de avería aumentaron igualmente, de modo que pudo disponerse de más medios para las obras. Pero en 1831, al crearse la Junta de Fomento, solo se había construido 2 leguas del camino de La Habana-Guanajay. Claro está que hubo más obras pero todas incompletas. La inversión durante este período de 16 años había sido de más de 1,900,000 pesos.

La preocupación general por los caminos se refleja en la convocatoria a los concursos de la Sociedad Económica de Amigos del País el año 1829. Es sabido que la Memoria sobre los caminos que ganó el premio era obra de José A. Saco. El eminente bayamés dió mucha importancia al financiamiento del plan de caminos, tanto como le había dado al aspecto técnico de la construcción y la conservación. Su opinión se mostró contraria a los arbitrios ideados hasta entonces (derramas entre los hacendados, o capitación, etc.) inclinándose al financiamiento por contrata de particulares o sociedades mercantiles, las cuales podían establecer portazgos y peajes, o por medio de empréstitos públicos. Al parecer, la opinión de Saco pesó extraordinariamente en el establecimiento de portazgos y de peajes para recaudar fondos con destino a los caminos. Este sistema de recaudación fué bastante empleado por la Junta de Fomento, sobre cuya labor en este aspecto trataremos en el próximo tomo. Entre otras razones porque su obra más importante fué el ferrocarril de La Habana a Güines del cual vamos a ocuparnos inmediatamente.

6. Una producción creciente de azúcar, que se envasaba en unidades de gran peso, imponía la solución del problema de las comunicaciones en una forma total. La cuestión no residía solamente en la falta de caminos sino, asimismo, en la insuficiencia de los medios de transporte que podían emplearse en los caminos. Finalmente, aun cuando los medios de transporte hubieran sido prácticos, quedaba el problema del tiempo invertido en los viajes. Cuba necesitaba abaratar y acelerar sus comunicaciones interiores; de ahí que la solución viniera de parte de la aplicación de una técnica novísima que resolvía todos los problemas a un tiempo. Los hacendados azucareros comprendieron la importancia del ferrocarril, por esa razón fueron los que apoyaron con más decisión la iniciativa de construirlo, precisamente para cubrir el recorrido que se había planeado para el Canal, esto es, cubriendo la zona más rica de la región habanera.

Desde 1830 se comenzó a agitar la cuestión de los "caminos de hierro" en el seno de la Sociedad Económica de Amigos del País, encargándose a dos de sus miembros, el Marqués de la Cañada de Tirry y José A. Ferrety la redacción de una memoria sobre la materia. Los autores se mostraron partidarios de ensayarlos para resolver los problemas que confrontaban los productores del interior. Se inició expediente y se dió traslado de los primeros resultados al Real Consulado y al Ayuntamiento, los cuales se mostraron igualmente partidarios de la idea. Inmediatamente después se formó una junta especial con participación del Capitán General y del Intendente, la Sociedad Económica, el Ayuntamiento de La Habana y el Consulado.

No fué fácil, por cierto, vencer todos los argumentos en contra del proyecto, pues como ocurre en todas las ocasiones en que se trata de implantar un progreso súbito las opiniones eran contradictorias. Por ejemplo, el ingeniero Lemaury, a quien se habían encomendado los trabajos para el Canal de Güines, fué consultado sobre la conveniencia de establecer un ferrocarril y dictaminó favorablemente pero con la reserva que debía ser un ferrocarril con carriles de madera y tirado por bestias, pretextando que había poca mercancía que transportar y que los ingresos del servicio no compensarían los gastos hechos para montarlo al estilo inglés.

Una vez creada la Junta de Fomento a la cual pasaron los aspectos de obras públicas encomendados al Consulado —que quedó limitado a sus funciones de tribunal— el proyecto entró en una fase decisiva por el hecho que el Intendente de Hacienda, Conde de Villanueva, era Presidente de la Junta y tomó a empeño el resolver satisfactoriamente la construcción del primer ferrocarril. Como es sabido, el Conde era emprendedor, práctico, con firme apoyo en la Corte y, al parecer, vinculado debidamente al grupo político probritánico de la Metrópoli.

Como uno de los pasos previos se procedió a elaborar el plan de financiamiento de las obras, en vista de la dificultad de obtener el préstamo interior —en Cuba o en España— que permitiese realizarlas. Por otra parte, se contrató al ingeniero norteamericano A. Kruger, notorio en su país por el éxito que había tenido en la construcción de ferrocarriles.

En agosto de 1833 se solicitaba autorización real para concertar un empréstito en Londres para financiar las obras. La garantía que se ofrecía era el 1% de las recaudaciones de la aduana de La Habana y el $\frac{3}{4}\%$ de los ingresos por concepto de importaciones de los demás puertos y, además, los ingresos producidos por el propio ferrocarril.

Mientras llegaba el permiso requerido se designó representante de Cuba en Londres al intendente Uriarte el cual negoció la operación. Por la Real orden de 12 de octubre de 1834 se autorizó la concertación del empréstito. Según la misma, la obra del ferrocarril tenía por objeto "aumentar la riqueza pública, abaratar los precios de las conducciones, proporcionar salida con menos coste a los frutos sobrantes y evitar o disminuir la competencia extranjera". Tan avanzadas estaban las negociaciones del representante de Cuba que el día 18 de octubre siguiente se efectuó el empréstito con la casa Robertson por una suma nominal de dos millones de pesos.

Las condiciones no pudieron ser más onerosas. Además del 5% pagado a la casa Robertson por concepto de comisión, del 10% por concepto de cambio, los bonos se colocaron a un 80% de su valor nominal. En total, quedaron netos más un millón trescientos mil pesos. Los bonos devengaron un 6% anual pagadero en dos mitades, una el 5 de marzo y otra el 5 de septiembre. Hasta 1839 no comenzó la amortización del capital. Anualmente se destinaban 40,000 pesos para el pago de la amortización de bonos.

Las obras de nivelación y de colocación de la vía fueron muy rápidas. Hay que tener en cuenta que muchos de los aspectos de la construcción ocupaban tiempo, como fué el caso de la situación de la estación terminal y sus edificios, que el Ejército se oponía a que estuvieran muy cerca de la ciudad por razones de defensa. En definitiva, el ferrocarril quedó establecido con una terminal al sur de la ciudad, de donde salía pasando al pie de la loma del Príncipe, siguiendo por Ciénaga, atravesando el río Almendares por Puentes Grandes, pasando por el Rincón finalizando en Bejucal, donde terminó la primera sección, inaugurada el 19 de noviembre de 1837, con un total de 27 kilómetros.

Para continuar los trabajos fué preciso concertar un empréstito adicional en las mismas condiciones que el principal. La Casa Robertson lo negoció el 16 de octubre de 1837, por un valor de quinientos mil pesos, que se redujeron a unos 350,000. La segunda sección, que terminaba en Güines, fué construída inmediatamente y se inauguró en diciembre de 1838. Aun antes de que terminaran las obras ya se habían prodigado los nuevos proyectos y se estaban estudiando los ramales que pudieran tenderse desde esta primera línea a otras zonas principales de la región habanera.

Inmediatamente se trazaron los planes para la extensión de la vía desde San Felipe hasta Batabanó, desde Rincón a Guanajay y desde Güines al este hasta la Unión y Matanzas. El entusiasmo por estos fe-

rrrocarriles se puede apreciar por la importancia que adquiere el tema en la correspondencia de Domingo DelMonte, por ejemplo, durante los años inmediatamente posteriores a 1839. Era evidente, como expresaba la comisión directiva del ferrocarril Habana-Güines en su informe de 15 de abril de 1839, que estas vías de comunicaciones aparte de las ventajas que representaban para la producción producían por sí una recaudación de más de 1,000 pesos diarios. Era claro que con una inversión relativamente pequeña se había puesto en comunicación rápida y barata lugares situados a muchos kilómetros de distancia de la capital, mientras con el mismo capital solo se hubiera podido construir un camino o carretera de algunas leguas.

La moraleja del documento en cuestión no podía dejar de consignarse. El esfuerzo de las autoridades coloniales en la construcción del primer ferrocarril era suficiente para que los particulares pudieran comprender las ventajas de esta nueva industria y dedicarse a ella sin temor al fracaso. Posiblemente ya en esta temprana fecha se estaba agitando la idea de enajenar a particulares este primer ferrocarril. Mientras se gestaba esta operación, la administración corrió de cuenta de una comisión directiva de tipo público.

Los ingresos del ferrocarril durante los primeros años fueron altos. Durante los dos primeros años de servicio las recaudaciones por concepto de pasaje fueron superiores que las de carga, debido en parte, a la limitación de su recorrido; pero en cuanto se normalizó el servicio desde Güines la carga, especialmente la que aparece con el nombre de carga "de vuelta", o sea de Güines a La Habana, pasó a constituir un ramo principal de los ingresos de la empresa.

	Pasajeros	Carga	
		de ida	de vuelta
1838	83,904.1 ps.	11,123.0 ps.	11,765.5 ps.
1839	171,825.3 „	44,913.1½ „	91,140.0½ „
1840	172,570.5 „	48,492.3½ „	124,370.3 „
1841	168,070.7 „	54,527.4½ „	126,802.7 „

La enajenación del ferrocarril no fué un hecho simple. Vino precedida de uno de los tantos episodios en que se agrupaban frente a frente los comerciantes y otros elementos afines y los hacendados. Hubo una larga contienda entre dos compañías, llamadas A y B, la una con predominio de los primeros y la otra formada principalmente por los segundos, por llevar a cabo la operación. El grupo de la compañía B estaba formado por hacendados y hombres de empresa como Aldama y

algunos de sus parientes y Juan Poey, al lado de los cuales formaron fila algunos de los cubanos más distinguidos de la época. A fines de 1841 se decidió la contienda a favor de este grupo, también llamado de los *pocos*. Y el 11 de enero de 1842 se procedía a firmar la escritura de venta.

Los términos de la operación fueron los siguientes: La compañía adquirente se comprometía a pagar un precio total de 3,669,127 pesos, 6 reales, incluidos los 169,127 pesos y 6 reales del valor de los terrenos del Jardín Botánico donde se había establecido la terminal y almacenes de La Habana. Dentro de ese total del precio se comprendían los 2,615,382 pesos que se debían aun a los prestamistas ingleses. Debía abonarse a la Junta de Fomento por los gastos incurridos en la obra la cantidad de 864,618 pesos y la más arriba mencionada a la Hacienda por el valor de los terrenos aludidos, en forma escalonada, anual. La nueva compañía se comprometía a rebajar los pasajes de 1ª y 2ª clase un 17%, los de 3ª clase un 34%, los de la tropa, un 50%, además de otras rebajas a los fletes por carga. Se comprometía igualmente a construir los ramales de Batabanó en los dos primeros años, el de San Antonio, en la vía a Guanajay, en los dos siguientes y el de Palos, en la vía a Unión, en los dos subsiguientes. Pero la compañía obtenía, por ejemplo, una prórroga hasta 1844 de la exención de derechos aduanales de todos los materiales y útiles importados para la conservación del ferrocarril o para la construcción de los ramales; se le concedía gratuitamente el derecho a ocupar realengos para el camino y sus ramales y se le concedía el derecho de expropiación para todas las obras que emprendieran.

Inmediatamente el ferrocarril planteó nuevos problemas de orden público. Los conflictos jurídicos por accidentes dieron lugar a las primeras regulaciones que ya aparecen en el Bando de Gobierno del General Valdés el año 1843.

CAPÍTULO VI

ASPECTOS FINANCIEROS DE LA TRANSFORMACION

1. El período de 1790 a 1837 se caracteriza por la enorme formación de capitales amasados en el comercio y en la industria. Al pequeño grupo de magnates que existía en 1780 se unirán en estos años nuevos hombres de negocios para formar el núcleo básico de la aristocracia mercantil e industrial cuya liquidación no se producirá propiamente hasta el último tercio del XIX. Aun cuando se observa una aceleración del proceso de desarrollo financiero del país durante el período que estudiamos, el hecho básico sigue siendo la preponderancia del capital comercial y, a la postre, la formación de un interés común entre los dos grupos principales —comerciantes y hacendados— que servirá de norte para la actuación político-económica. Quizás el hecho que permite comprender mejor esta especie de división en las esferas de influencia es la solución que se da al grave problema de los aranceles de aduanas, mediante los cuales, al par que se garantizan los intereses del comercio de importación, se ofrecen seguridades a los intereses exportadores.

Toda apreciación de la profundidad con que se manifiesta el proceso de formación de capitales tiene que basarse en cifras elaboradas en la época, y, en este sentido, hay que advertir que son estimados hechos sin datos fundamentales muy precisos. Tal es el cálculo de la riqueza colonial, realizado por La Sagra en su obra de 1830. La formación de capitales viene expresada en este período por la extraordinaria creación de ingenios azucareros y de cafetales. En las cifras expuestas por Sagra se observa que el valor atribuido a la industria azucarera es de 73,000,000 de pesos, o sea, un 14.5% del total del país, con un producto en azúcar —esto es, descontando mieles y aguardiente— de más de 8,000,000 de pesos, lo que equivale al 11% del capital estimado. La agricultura cafetalera quedaba situada en estos cálculos por encima de la industria azucarera. Entre esas dos ramas de la producción representaban un 30.5% del valor total estimado; pero el producto de la agricultura cafetalera era solo del 5.4% del capital invertido en ella.

Lo interesante es que no menos del 50% del capital azucarero era de nueva creación, esto es, producto del auge ocurrido desde 1790, y el 100% del capital invertido en café era resultado del desarrollo de este período. De este modo, pudiera decirse que el capital creado desde 1790 equivalía al 23% de la riqueza estimada.

El cuadro presentado por Sagra arroja, en definitiva, un resultado sorprendente: la proporción representada por la agricultura no comercial es mayor que la de las dos ramas principales de exportación. Conviene advertir al respecto que en la agricultura no comercial resultaba mucho más difícil y aventurado hacer evaluaciones y estimados, por la gran dispersión de sus componentes.

Debe notarse que la inversión total de 118,000,000 de pesos en un período de 37 años representa, aun teniendo en cuenta que se produce irregularmente, un desarrollo extraordinario que justifica los elogios de Humboldt a la riqueza de Cuba, explica la resistencia de España a perder una colonia tan próspera y la fama que tuvo el país desde la tercera década del XIX.

El financiamiento de este desarrollo no se produjo, claro está, sin la participación extranjera; pero la mayor parte era producto de las condiciones internas creadas por el auge azucarero entre 1790 y 1800 y por el auge cafetalero a partir de 1810. Una parte de ese financiamiento se debe a la inmigración blanca —franceses, primero, y después, españoles y americanos— que se incorporaron al país definitivamente. A partir de 1806 se terminaron los situados, los cuales habían representado proporcionalmente un aporte mayor a la economía de Cuba entre 1789 y 1806 que entre 1766 y 1788, alcanzando muy cerca de 3,000,000 de pesos anuales. Lo importante es que tales situados se producían en los momentos en que por primera vez, aunque momentáneamente, Cuba disponía de una balanza comercial muy favorable debido a la triplicación del precio del azúcar desde 1793.

Es evidente que el ritmo de desarrollo financiero fué muy irregular. El ciclo de auge se extiende propiamente de 1793 a 1800, se detiene entonces y decae entre 1800 y 1810, se acelera nuevamente entre 1811 y 1825 y, a partir de la última fecha, hasta 1832 parece descender ligeramente debido a la diferente posición que están ocupando en los mercados internacionales los dos productos básicos de la isla. Sin embargo, las cifras estadísticas de 1827 a 1837 y 1842 indican que continuó el crecimiento de la industria azucarera y que este progreso se realiza en medio de circunstancias que exigen una mayor inversión

inicial para la fundación de ingenios, lo que significa que la inversión se había intensificado.

La contribución de los capitales extranjeros no se verifica durante el periodo solo por medios indirectos, como sería, por ejemplo, la distribución de esclavos a crédito, sino también directamente. En este sentido, el periodo de 1790 a 1837 se caracteriza por encuadrar las primeras inversiones directas de capital extranjero, con fines de explotación de la riqueza de Cuba. El caso de la compañía minera La Consolidada británica y de la efímera explotación de la mina San Fernando por una compañía norteamericana constituyen los ejemplos más patentes. Precisa señalar, igualmente, el préstamo de la Casa Robertson y Cia., de Londres, para la construcción del primer ferrocarril; pero en este caso, la formación de una compañía cubana para adquirirlo muestra que las posibilidades del capital propio eran suficientes para determinados fines. Y así sucedió en gran parte de las mayores empresas iniciadas a fines del periodo.

Como veremos más adelante, este periodo es también aquel en que las circunstancias plantean, por primera vez, de modo enérgico la necesidad de dar flexibilidad al movimiento de capitales. De ahí los proyectos de instituciones de crédito o "cajas" o bancos, que a la postre, fracasan.

2. El agente principal para el financiamiento económico era entonces la refacción agrícola. Lógicamente, esta se realizaba, sobre todo, en el ramo del azúcar y del café que constituían lo más atractivo para el interés particular y, además, los únicos que producían rendimientos capaces de sobrellevar los altos intereses del dinero. Ello no quiere decir que en otras ramas de la economía no hubiera manifestaciones de fomento, aunque no eran típicamente financieras.

Conviene hacer una distinción respecto de la refacción en la industria azucarera y en la agricultura cafetalera. Aun cuando no se dispone de datos sobre la materia, las fuentes contemporáneas dejan la impresión de que las operaciones de financiamiento en la primera era de mayor volumen y más activas que en la segunda. En esta, al parecer, el auto-financiamiento tuvo una gran importancia y la participación de cierto número de colonos en la creación de los cafetales significa que dió una mayor extensión a los pequeños capitales, mientras en la industria azucarera el movimiento parece haber ocurrido a la inversa, esto es, parece haber dependido cada vez más del financiamiento exterior o de un solo gran capital privado.

Sobre este aspecto cabe igualmente distinguir entre las diversas zonas geográficas. La gran industria azucarera de la época se encontraba localizada en la región habanera y occidental y era allí donde se requería el mayor volumen de capital para refacción. La situación en las zonas central y oriental era distinta, pues allí abundaban los trapiches productores de raspadura, atendidos por un cortísimo número de esclavos, o quizás solo por blancos, cuyas necesidades de refacción eran, pues, muy limitadas o ninguna.

En la agricultura cafetalera sucedía algo similar. Los grandes cafetales se concentraban en La Habana, mientras los cafetales subdivididos entre colonos predominaban en Oriente. Con frecuencia, el hacendado principal, que poseía las instalaciones para el beneficio o tratamiento industrial del grano, era, al par, el refaccionista de los colonos.

La refacción, sobre todo en la industria azucarera, procedía del grupo de los comerciantes. La adquisición de esclavos y el mantenimiento de éstos durante el largo período de zafra de entonces era la principal necesidad que los hacendados tenían que cubrir por medio de la refacción. Comparativamente, antes de 1830 los demás elementos de capital, como equipos y aparatos, no requerían igual intensidad de refacción o de financiamiento.

Los comerciantes importadores de La Habana dominaban en el campo de la refacción azucarera. Eran ellos los que suministraban el tasajo, el arroz, las telas de algodón y otros artículos para el mantenimiento y equipo de las "dotaciones" de esclavos. También suministraban clavos, madera para envases y barriles. En suma, aquellos suministradores que permitían emplear al máximo a los esclavos durante la zafra.

Hay datos, por demás interesantes, sobre aspectos de la refacción azucarera en ciertos momentos. Un expediente del Real Consulado (1807) contiene la consulta realizada a cuatro comerciantes principales de La Habana, sobre esta materia respecto de los años 1799-1801. Salvo uno, todos ofrecieron datos que ameritan un comentario. Entre 1798 y 1801, P. J. Erice, que ya hemos mencionado, dedicó más de 2,000,000 de pesos a negocios de refacción, de los cuales 1,740,000 pesos se hallaban colocados por contratos de un año, o sea, contratos de zafra. El resto, o sea, 660,000 pesos estaba distribuido en contratos de cinco a seis años o sea, que posiblemente estaban invertidos en préstamos para fundación o compra o reparación de ingenios. Otro de los comunicantes tuvo invertidos en iguales operaciones más de 1,700,000 pesos durante esos años. El último, aunque con menor volumen de operaciones

(unos 600,000 pesos), señala elocuentemente que la mitad de esa cantidad fué prestada de una sola vez al hacendado Nicolás Calvo en 1799. Solo tres de los comerciantes —posiblemente, claro está, los principales— dedicados a refacción tenían invertidos unos 5,000,000 de pesos en sus negocios.

Un caso de inversión especializada, digamos, era el de la venta de esclavos a crédito. Entre los que informaron sobre esta actividad, en el mencionado expediente, aparece el mismo Erice. Los contratos estipulaban en estos casos el pago al contado o, más generalmente, una parte al contado y el resto en 6 ó 9 meses, en cuanto a los esclavos, y en 15 meses en cuanto a las esclavas.

Debe advertirse que los informes a que nos hemos referido corresponden a un momento de gran auge, que Humboldt comenta especialmente en su *Ensayo*; pero esto mismo nos debe servir para apreciar impresionistamente los caracteres de la época, la cual, por otra parte, constituye casi una experiencia histórica común en Cuba, por la sujeción en que ha estado a los grandes períodos de alza y de baja económicas.

Uno de los informantes del expediente dice que había en los años referidos unos 15,000,000 de pesos en circulación, cifra que coincide con la que aporta Arango Parreño en el mismo expediente. Las condiciones para el movimiento de este capital eran realmente usurarias. Humboldt habla de intereses del 12 al 16%. El pago se interesaba generalmente en productos y se pactaba que el café habría de evaluarse a 2 pesos menos del precio corriente y el azúcar a 2 reales de plata menos la arroba. Este tipo de contratación en años de precios inflados representaba una pérdida de 12.5% para el hacendado. Evaluación evidentemente baja, pues Humboldt eleva esas pérdidas al 30% ó al 40%.

La única defensa que tenían los hacendados entonces era el privilegio de exención de embargo por deudas vigentes desde el siglo xvi. Los defendía siempre que los créditos no fueran por el total del valor del ingenio en tasación. Pero esta reserva que favorecía a los prestamistas, se burlaba fácilmente, aun en los años en que el alza de costos y, por ende, los mayores requerimientos de refacción, amenazaban con préstamos que superasen el valor total de la fábrica, sobrevalorando esta a los precios corrientes. También se podía burlar, aunque con más dificultad, tomando préstamos que no igualaran el valor total. Los intereses contemporáneos se mostraron muy distanciados en cuanto a la necesidad de eliminar este privilegio. Mientras en el Real Consulado, el grupo pequeño de grandes comerciantes y hacendados —aquellos que, en definitiva, marcharon unidos en cuanto a la política económica co-

lonial— propugnaban por la desaparición de una garantía que dificultaba las operaciones de préstamos y contribuía ligeramente a elevar la tasa del interés, en otras instituciones coloniales como el Ayuntamiento de La Habana y la Sociedad Económica se agitaba la bandera de su perduración, en defensa de los hacendados de menor capacidad económica.

Las condiciones de la refacción agrícola e industrial durante el período no se modificaron sustancialmente. El interés se mantuvo siempre muy alto y el capital disponible se compartía con otras actividades de mera especulación, como la trata de esclavos, que siempre eran atractivos para los comerciantes, sustrayendo gran parte de los fondos que tenían los comerciantes y los hacendados. Sin embargo, es posible que las condiciones fuesen variando a medida que se entraba en el período de estabilización posterior a 1825, debido a la aparición de los grandes capitales azucareros que provenían del comercio y que, como en el caso de Aldama y de su familia, se autofinanciaban y, aun más, se transformaban en verdaderos *integradores* individuales de la economía colonial. Esta tendencia se evidenció claramente en la participación que tuvieron los hacendados en las empresas de ferrocarriles.

3. La situación descrita en el número anterior explica que se agitaran durante esta época los proyectos de “cajas” o de bancos destinados a financiar la agricultura comercial. En 1797 y en 1807 se propusieron organizaciones de ese tipo. El segundo de los proyectos mencionados tenía por finalidad rebajar la tasa del interés al 4%. Nuevamente en 1811 se lanzó la idea de una institución, que Pérez de la Riva denomina “vendedor único”, y que se asemeja mucho a las “cajas” anteriormente proyectadas. Quizás fué la misma que se publicó en La Habana, 1813. Otro proyecto data de 1816. En este, como en alguno de los anteriores, se proponía la constitución de un fondo formado por las aportaciones de los hacendados azucareros y cafetaleros “porque son los que más han menester aquel apoyo”. Este “banco” presentaba la idea nueva, al parecer, de ser autorizado para emitir papel moneda.

Una idea de lo que era el interés de los préstamos se tiene al apreciar que, como una gran conquista, se fijaba en 10% el de los préstamos, con crédito por un año, que había de hacer la institución. El capital total sería de 3,000,000 de pesos y no se prestarían cantidades mayores de 10,000 pesos y, en todo caso, siempre que el bien dado en garantía valiese por lo menos tres veces lo que la cantidad prestada. Las condiciones “liberales” en que había de operar el banco muestran cuales pudieran ser las del mercado de capital no institucional.

A medida que la industria azucarera entraba más en la fase de su gran desarrollo técnico, la cuestión fué más apremiante. En realidad, solo los grandes hacendados, como los que hemos mencionado en el número precedente, aquellos que procedían del comercio y lo practicaban simultáneamente, pudieron emprender, sin ayuda exterior, la fundación de ingenios de primera magnitud. Simplemente, el costo de los esclavos que se requerían para una fábrica de primera categoría absorbía entonces más del 50% del capital de fundación y el equipo mejorado por la técnica representaba igualmente unas inversiones que estaban cada día menos al alcance del capitalista individual. Sin embargo, el primer banco establecido en Cuba no surgiría con los elementos necesarios para contribuir a la solución de los problemas más financieros del país.

El Banco de San Fernando, también llamado de Fernando VII, fué el trasunto en Cuba de la institución creada en España el 9 de julio de 1829 para sustituir al Banco de San Carlos que había quedado en quiebra. Por una transacción entre los accionistas de este Banco y el Estado, se pudo formar el de San Fernando con un capital limitado de 40,000,000 de reales, autorizándosele a emitir moneda, pero con un reglamento muy conservador en cuanto a las demás funciones de tipo financiero.

En Cuba, al menos según los documentos publicados en el *Diario de la Habana* (1832) aparece con el nombre de Banco de Fernando VII. Al parecer por error, alguno de los documentos mencionados llevan fechas de 1827, año que suponemos fuera 1829, a partir del cual quedaron designados los directores del Banco en La Habana, a saber, el Conde de Santovenia y Joaquín Gómez. Pero hasta el 14 de octubre de 1832 no se dió aviso, firmado por Joaquín de Arrieta, en su calidad de Contador, del inicio de las operaciones. Con un capital de 1,000,000 de pesos prestado por la administración pública, a iniciativa del Conde de Villanueva, el Banco tendría que operar solo a base de préstamos muy pequeños a un interés del 10%. Las garantías excesivas, la limitación del monto de los créditos y del capital fueron escollos demasiado fuertes para la institución.

Aun cuando el interés normal en el mercado particular de capitales era del 16% y del 18%, el Banco no realizó grandes operaciones con particulares; más bien se dedicó a operaciones financieras que interesaban al Estado. Los hacendados tuvieron que apelar a los refaccionistas tradicionales. Pero hubo, a lo menos, quienes tomaron préstamos del Banco para reinvertirlos al interés corriente, ganando la diferencia.

Progresivamente, las operaciones de descuento de letras libradas por la administración metropolitana fué disminuyendo el capital y reduciendo el Banco a una mera expresión teórica. Al tomar posesión el Superintendente Larrua —sucesor de Villanueva— el Banco solo disponía de 77,000 pesos. Se extinguió en 1842.

Los contemporáneos no desconocían que el Banco de San Fernando era una institución deficiente. De esta época data el interés por los bancos, que estudia el comerciante español establecido en Matanzas, Jaime Badía. Con el objeto de obtener la creación de una institución adecuada los criollos hicieron gestiones en el extranjero, como la de Andrés de Arango cerca de Chauviteau y Cía., de París, comerciantes-banqueros muy relacionados con la aristocracia cubana de la época, especialmente con el grupo familiar Aldama-Alfonso. La visita de Chauviteau a La Habana en 1836 no dió resultado.

La Caja de Ahorros creada en 1840 aunque tenía por objeto el financiamiento de la agricultura comercial, era esencialmente una institución de depósito y descuento, que prestaba solo con garantía de propiedades urbanas y con ciertas limitaciones.

4. La complejidad de la economía cubana desde 1790 produce transformaciones institucionales de importancia. El desarrollo fundado en la exportación y en la producción industrial crea ciertas necesidades que el tradicional propietario individual, o digamos con licencia, el "capitalista", no podía satisfacer adecuadamente. La escasez de capitales y el alto tipo de interés, la rigidez de las garantías para el préstamo y la contingencia de los períodos de alza y de baja propiciaron el surgimiento y la difusión de las sociedades por acciones o anónimas. Hasta entonces, existían, en la propia isla, compañías de tipo colectivo en que la responsabilidad no estaba limitada. Eran las clásicas sociedades comerciales con dos o tres participantes o gerentes.

Las primeras sociedades por acciones surgieron de ciertas necesidades del desarrollo súbito alcanzado a fines del XVIII que los capitalistas individuales no podían resolver, ni la propia Metrópoli financiar. Es el caso de la Compañía mercantil formada en 1792 por hacendados y comerciantes. Pero de mayor interés que esta, por la novedad de su giro y por la duración de sus operaciones, es la Compañía de Seguros Marítimos fundada en 1795 con un capital de 800,000 pesos, que cesó en sus operaciones hacia 1800 debido a que los riesgos del transporte por mar aumentaron enormemente y, al decir de un documento de la época, "ni el premio de 50% del Seno Mexicano a este puerto (La Habana), ni el de 20% desde Matanzas o Bahía Honda sufragaban sus quebran-

tos". Y esto sucedía en los momentos en que, según Buenaventura Pascual Ferrer, mejoraban las comunicaciones marítimas en el Golfo de México. Tras de la Paz de Amiens (1802) se formó otra compañía de seguros marítimos con más capital.

Al parecer, la experiencia —de antaño consagrada en el caso de la Real Compañía de La Habana, aun existente y con pleitos de liquidación hasta 1780— determinaba una cierta resistencia contra toda clase de compañía por acciones, como se desprende del prospecto de una Compañía Africana de La Habana presentado al Real Consulado en 1802. Esta compañía dedicada al comercio de esclavos debía emitir acciones de 500 pesos, de los cuales podía abonarse el 20% de inmediato, un 10% al suscribirlas y otro 10% dentro de los cuatro meses después de firmada la escritura de constitución. El resto se pagaría a plazos no especificados; pero, en todo caso, solo responderían las acciones por la parte pagada. Los cálculos que se prometían los iniciadores fijaban las ganancias en un 95% de la inversión. Aun cuando el proyecto fué acogido con entusiasmo por el Consulado no se llevó a efecto.

Desde el punto de vista de la creación de estas sociedades, el período que se extiende entre 1810 y 1830 parece no haber sido propicio. Sin embargo, el Código de Comercio de 1829 marca una etapa de progreso, al incluir las compañías anónimas y regularlas. Parece que la relativa estabilización económica permitió un desenvolvimiento más normal de la empresas individuales. Una compañía por acciones se formó para atender al servicio de correos el año 1827.

El surgimiento de una nueva perspectiva industrial, en el ramo de ferrocarriles, animó a los inversionistas. De todas suertes, fué preciso que la administración pública tomara a su cargo la construcción y el manejo de la empresa hasta demostrar que era provechosa y autosuficiente, para que los capitalistas se determinaran a formar una compañía por acciones para ocuparse de esta explotación. Y, como veremos en el tomo siguiente, este hecho señala el inicio de una época de multiplicación de las sociedades anónimas que culminará en el período de especulación de 1856-57. Simultáneamente, se creaba en La Habana la tercera compañía de Seguros Marítimos, que ahora también se entendía en descuentos (1838) establecida por seis años, con un capital de 500,000 pesos y presidida por el Conde de Fernandina.

Sin embargo, puede afirmarse que el comercio y la industria de Cuba permanecieron durante todo el siglo XIX en manos de empresarios individuales o de compañías regulares colectivas o en comandita, aun cuando no faltaron las compañías anónimas propietarias de ingenios.

5. La situación monetaria de la colonia durante este período es uno de los aspectos de más interés. Desde luego, en lo fundamental, Cuba siguió siendo un país carente de buena moneda, de estabilidad en los cambios y de circulación adecuada a sus necesidades. En este sentido, la época que estamos reseñando constituye una prolongación y, sin duda, una agudización del estado precedente, que hemos estudiado en el t. II.

Cuba siguió dependiendo del exterior para su provisión de moneda y continuó necesitando esa moneda para entregarla en pago de las operaciones de importación que no podían pagarse en frutos del país. En general, el hecho de que la balanza comercial fuera desfavorable supone que había una exportación de moneda imposible de detener y que se reflejaba constantemente sobre la escasez interna.

El principal ramo de exportación de moneda era el comercio de esclavos, cuyo aumento progresivo en este período, incluso después de 1820, explica, en parte, la crisis al respecto. Desde luego, el hecho que este comercio fuera uno de los básicos del país, determinó que, contra toda la tradición, se autorizara la extracción de moneda en pago de los esclavos importados, así como en pago del equipo y aparatos y demás utensilios empleados en el fomento de la agricultura. Lógicamente, los norteamericanos y los ingleses aprovechaban esta ventaja para seguir aprovisionándose de plata en Cuba, como lo hacían antaño y hogaño en el propio territorio de México.

A esa exportación contribuyó en no pequeña medida, el hecho que en 1792, al establecerse el régimen monetario norteamericano sobre base bimetalista, se sobrevalorara la plata y que, en Cuba, simultáneamente, se sobrevalorara el oro a consecuencia de que la plata provincial que circulaba desde la década de 1780-90 era una moneda desvalorizada. Lógicamente, los negociantes norteamericanos hallaban la manera de obtener una ganancia de $6\frac{1}{4}\%$ al traer a Cuba sus piezas de oro de a onza y cambiarlas por pesos fuertes de plata. En consecuencia, los períodos en que el comercio norteamericano era más activo, se caracterizaban por la escasez de moneda de plata, aun cuando llegaran los situados de México en moneda de ese metal. La circulación del oro se dificultaba en las transacciones corrientes; de ahí las quejas constantes de los comerciantes y del público en general.

Las medidas adoptadas para terminar con esta situación fueron ineficaces. Ni la vigilancia más estricta de los barcos extranjeros, ni la pretendida restricción de las importaciones, ni menos la prohibición del comercio con extranjeros lograban rectificar un hecho que tenía sus

raíces en la estructura general de la economía cubana de entonces y que hubiera requerido no una reforma monetaria interna, sino más bien internacional y, sobre todo, metropolitana. La falta de una moneda uniformemente desvalorizada, como había sido la *macuquina*, ponía a la colonia a merced de cuantas alteraciones se producían en los países con los cuales mantenía más estrechas relaciones de comercio.

Posiblemente la falta de los situados de México contribuyó a acentuar la situación monetaria difícil, desde la primera década de siglo. Entre otras razones, porque habiendo aumentado extraordinariamente el comercio de esclavos, hubo años en que solo por este concepto tenían que exportarse —o podían, cuando menos, exportarse— hasta 3 millones de pesos. Precisamente, la Compañía Africana de la Habana, que hemos mencionado en el número precedente, tenía por objeto resolver la dificultad que planteaba a la colonia esta exportación, reduciendo en parte la necesidad que planteaba a la colonia esta exportación, reduciendo en parte la necesidad de pagos en dinero a los extranjeros.

Al realizarse una investigación sobre la situación económica en 1807 se analizó este problema, como parte del cuadro general de la depresión. Se convino entonces que una de las causas principales de la escasez de moneda de plata era la extracción que hacían los norteamericanos; como resultado de ello se habían introducido en Cuba entre 1805 y 1807 unos 676,000 pesos en onzas de oro. En consecuencia, la prima sobre el oro, por tratarse de un metal que se atesoraba, siguió aumentando hasta un 12%. También la había sobre los cuartos de reales españoles, debido a que faltaba totalmente la moneda fraccionaria para transacciones pequeñas del comercio diario. Como consecuencia, no faltó el proyecto de "emitir" moneda de cartón, con olvido e ignorancia de lo que había sucedido veinte años antes. Se estimaba que con 1,000,000 de pesos en cartones de 1 real, 2 reales y 8 reales (o un peso) bastaría para dar al comercio interior los medios para operar sin dificultades. Mas dentro de la realidad esencial de la economía cubana, Arango y Parreño opinó que no debía apelarse a un arbitrio insuficiente, sino más bien a liberalizar totalmente el comercio con los extranjeros, de modo que éstos se sintieran más favorecidos al extraer los productos del país. De ahí que el arreglo de aranceles de 1809 disminuyera o suspendiera momentáneamente los derechos de exportación de ciertos productos coloniales.

La posterior intervención de Inglaterra en el comercio de Cuba no hizo sino agravar el problema, pues también sus comerciantes venían a Cuba a buscar divisas con que financiar las guerras contra Napoleón y su comercio con el Asia. La Junta Consular dictó algunas medidas

el 30 de enero de 1808 encaminadas a cuidar que el producto de las importaciones fuera extraído en frutos del país; pero su resultado fué pobre. De La Habana salía para el interior una fuerte cantidad de dinero con destino a los puertos menores, los cuales, a virtud de sus escasas exportaciones tenían positivamente una balanza muy desfavorable con el extranjero. El hecho que La Habana remitiera al interior cantidades mayores que el valor total de los productos que recibía indica que el contrabando de moneda era muy activo en el resto de la colonia.

La falta de la plata de México a partir de 1811 originó una alteración momentánea de la situación, pues comenzó a darse un premio de 6% sobre esta moneda, lo cual eliminaba prácticamente la extracción que hacían los norteamericanos. No parece que esta situación perduró, pues en todo el período se siguió dando 17 pesos fuertes por una onza de oro. Otra causa contribuiría momentáneamente a restablecer la relación entre los metales que había en España y en Estados Unidos (1:16): la afluencia de oro con los refugiados que huían de México. Pero la propia Intendencia decidió aceptar el oro al precio tradicional por resolución de la Junta Directiva de Real Hacienda de 26 de mayo de 1814, contra lo cual se dictó la Real Orden de 9 de septiembre de 1815 exigiendo que se admitiese por el valor de 16 pesos, disposición que no fué cumplida, ni por la institución ni por los particulares. Sin embargo, en el interior de la colonia, debido a las diferentes condiciones económicas el valor de la onza de oro era menor, oscilando alrededor de 16½ pesos.

Pero la depreciación del oro operó su efecto sobre la existencia de moneda de plata, determinando que los propios refugiados que lo traían de México, se esforzaron por cambiarlo, al momento de salir para España. De este modo, la poca plata columnaria que había en la colonia fué extraída, quedando la situación monetaria como había estado hasta entonces. Fué entonces que comenzó la "importación" de plata sevillana en pesetas que sustituyeron, a consecuencia de su menor valor, a las pesetas columnarias o fuertes.

La peseta sevillana se evaluaba a cinco por peso fuerte en España. En Cuba se recibió a la par de la peseta columnaria, que se evaluaba a 4 por peso. Como resultado de ello, la prima que tenía esa plata respecto de la moneda —digamos cubana— de igual denominación era un 25%, estímulo más que suficiente para que los comerciantes españoles la cambiaran en Cuba por pesos fuertes, de plata columnaria, pues el peso sencillo, correspondiente a las 4 pesetas sevillanas no existía más que como moneda de cuenta.

El panorama se complicó un tanto más cuando, a consecuencia de la Real Orden de 28 de marzo de 1825, se autorizó la aceptación de la moneda mexicana de oro por el valor intrínseco que tuviera, con lo cual se abrió la puerta a su aceptación en circulación por un valor legal de 16 pesos.

La administración, como había sucedido con la cotización de la onza de oro española, aceptó estos tipos de cambio en el caso de onza de oro mexicana y en el caso de las pesetas sevillanas, contribuyendo a enraizarlos en el mercado de especulación de La Habana, si bien las autoridades se percataron de que, a la larga, la Real Hacienda tendría que absorber la diferencia que estaba pagando de más por esas monedas. En consecuencia, se resolvió el 10 de mayo de 1827 prohibir terminantemente la importación de pesetas sevillanas, sin que por otra parte, las penas anunciadas detuvieran ese lucrativo negocio.

La predominante circulación de la peseta sevillana, además de desplazar la plata columnaria, tuvo por efecto llevar la depreciación del oro aun más lejos de lo que había llegado antes de 1820. En efecto, la onza de oro que legalmente equivalía a 80 pesetas sevillanas (5 por peso), al cambiarse en Cuba por 17 pesos en pesetas sevillanas, venía a valer exactamente 68 pesetas sevillanas. Esto suponía una depreciación real de 15% del oro. De este modo se establecía una nueva relación coexistente con las anteriormente mencionadas; en este segundo caso, se producía una diferencia muy pronunciada en contra del oro. Y aun cuando no se dispone de bastante información sobre este punto, se tiene la impresión de que coexistieron tres relaciones según los cambios fuesen de oro español, de oro mexicano o de pesetas sevillanas. En realidad, como es lógico, desaparecieron el oro y la plata fuerte o columnaria, quedando en circulación la plata sevillana, reforzada por una pequeña emisión de plata isabelina, que tenía paridad con ella. Otra vez se encontraba Cuba con una moneda grandemente depreciada; pero en esta ocasión a diferencia de lo ocurrido en el siglo XVIII, la diferencia de valor con relación al curso legal en España y, sobre todo, en Estados Unidos, perjudicaba grandemente a los intereses del comercio de la colonia. Perjuicio tanto mayor cuanto que desde 1834 se alteró la relación legal entre los metales en Estados Unidos acercándose a la que tenían en España y debían tener en Cuba (1:16).

La situación interna se agudizó debido a que la moneda sevillana no podía circular en el comercio menor sino depreciada. De este modo fué preciso disponer de fracciones que sirvieran a los fines del comercio urbano diario. Los comerciantes "emitían" monedas de hojalata o de madera por valor de $\frac{1}{4}$ de real o sea un medio real de vellón. Aun

cuando esta moneda tenía una limitada función, los problemas creados por su circulación contribuyeron a aumentar el disgusto general por el caos monetario.

Se comprendió, por fin, la necesidad de poner término a la situación. El expediente que venía instruyéndose desde años atrás fué ampliado. Se comenzó por retirar las pesetas isabelinas, que eran muchas menos que las sevillanas, por Bando de 24 de febrero de 1840. Y por Bando de 20 de septiembre de 1841 se retiraron las sevillanas aceptándose por la Real Hacienda a su valor convencional de 4 por peso. Hubo que indemnizar por valor de 4,423,694 de pesos en pesetas sevillanas, los que unidos al valor de las pesetas isabelinas sumaron alrededor de 5,000,000 de pesos, lo cual, sirve, como indica Vázquez Queipo, para apreciar el total de moneda circulante en el país. Al determinarse que las pesetas sevillanas no se cambiarían más que por 5 en peso se reducía su valor al verdadero, al que tenía en España, o sea 2 reales de vellón por peseta, lo cual significaba que valía medio real de vellón menos que la plata columnaria. De este modo se propició la exportación de la peseta sevillana.

6. El régimen fiscal se mantiene en sus líneas generales sobre las bases que había tenido en la segunda mitad del siglo XVIII, al producirse las grandes reformas institucionales y económicas. Esto significa que entre 1790 y 1837 no se produjo modificación sustancial alguna en cuanto a la organización y al sistema de contribuciones. Sin embargo, se produjeron cambios que deben apreciarse porque representan pasos de avance.

El primer hecho que debe señalarse en este aspecto es el aumento absoluto de las rentas públicas de la colonia desde 1790 hasta 1837. Prácticamente desde los inicios de este período, la isla dejó de tener la ayuda de los situados procedentes de México y, sin embargo, no solo atendió a sus propios gastos sino que comenzó a contribuir con sumas importantes a los gastos de la Metrópoli, especialmente en los últimos años del período revolucionario iniciado en 1810, o sea, entre 1818 y 1825. Las atenciones militares y de contraespionaje que se cubrían con los fondos de las cajas de Cuba durante la administración del Intendente Ramírez eran de gran importancia, como se puede apreciar por la obra de José Luciano Franco.

De las rentas públicas de la colonia, la más importante era la de aduanas que paulatinamente fué aumentando en proporción hasta que en 1829 representaba casi un 80% del total de las recaudaciones y en 1837, un 77%. Era, por otra parte, bastante fija en términos absolu-

tos, a diferencia de la renta terrestre más importante —la alcabala— en la cual el sistema oficial de esperas y plazos hacía oscilar grandemente las recaudaciones y aun propiciaba la evasión.

La Hacienda Pública mantenía algunos ramos estancados, como el de la lotería y los gallos, aunque ya casi no se seguía el sistema, ni menos el de arrendamiento. También la Hacienda practicaba como lo había hecho en el siglo XVIII, el sistema de apelar a los préstamos para resolver sus urgencias, lo cual fué muy frecuente en los años en que no habiéndose organizado debidamente aun tuvo que hacer frente a libramientos del Gobierno metropolitano para atenciones militares y navales relacionadas con la independencia del continente. En 1822, el propio Martínez de Pinillos decía: "casi la mitad del producto de las rentas públicas se invierte en unos gastos que no tienen relación directa con la administración interior de la Isla".

Esta situación, impuesta por el Gobierno metropolitano, fué la que determinó las reformas, más bien de tipo moral que de tipo institucional, establecidas por Ramírez, primero, y por Martínez de Pinillos, después. Se hacía necesario cada vez más un régimen de vigilancia estricta y de cobranza regular para tener las Cajas debidamente provistas y alcanzar el nivel de recaudaciones que la economía permitía debido a su desarrollo reciente.

Antes de que esos Intendentes reformadores se hicieran cargo de la administración fiscal de Cuba, se habían producido algunas reformas. La más importante, sin duda, fué la separación de las rentas en dos Administraciones generales, una de Rentas marítimas y otra de Rentas terrestres, por resolución interna de 1802. Esta reforma fué abolida por Real Orden de 23 de marzo de 1812 hasta que a iniciativa del Conde de Villanueva fueron definitivamente separadas el 1º de enero de 1829, fijándose por Instrucción de 20 de diciembre de 1828 las funciones de la administración de rentas terrestres, que era la que tenía a su cargo la mayor diversidad de contribuciones e ingresos. También quedaron definitivamente exentos de toda labor recaudatoria y de control la Tesorería y la Contaduría de la Real Hacienda.

La Administración de las Rentas se mantuvo sobre el mismo plan de distribución geográfica que a fines del XVIII. Sin embargo, se estableció una cierta jerarquía entre las administraciones locales. En 1812, las de Santiago de Cuba y Puerto Príncipe fueron declaradas administraciones subalternas y con jurisdicción sobre las restantes del interior, mientras la de La Habana tenía jurisdicción sobre la de Matanzas y 24 administraciones subalternas más, situadas al occidente. Con el desarrollo demográfico-económico de nuevas zonas, como Jagua o Cien-

fuegos, Manzanillo, Gibara y Nuevitas se crearon en esos lugares administraciones subalternas dependientes de las de Santiago de Cuba y Puerto Príncipe.

Los apuros de la Hacienda no cesaron, aun cuando a iniciativa de Arango Parreño, se creó una Junta de Auxilios destinada a resolver el déficit existente. Esta Junta que se constituyó bajo la administración de Martínez de Pinillos en 1825 no llegó a resultado positivo alguno, después de proponer un empréstito, una derrama entre la población y otros medios para liberar las cajas de una deuda total de 1,000,000 de pesos que arrastraba a consecuencia de los gastos excesivos que se le habían encomendado. Pero el Conde de Villanueva, mediante una dedicación laboriosa a la organización de las oficinas recaudatorias logró salvar este déficit y, aun más, acrecentar las rentas a medida que se expansionaba el comercio.

Cierto es que una parte de la política de este Intendente consistió en favorecer todo aumento de las contribuciones; pero, al parecer, el desarrollo industrial y agrícola permitía gravar aun más la producción.

Como ilustración de la complejidad que alcanzaba la Hacienda colonial hacia 1838 puede señalarse el hecho que existían no menos de 40 ramos de rentas terrestres, aunque solo la alcabala, en sus tres modalidades: ventas de fincas, ventas de esclavos y ventas en almoneda, el consumo de ganado y el papel sellado tenían gran importancia y fijeza. Entre los ramos que perduraban desde los primeros tiempos de la colonia y producían cantidades de cierta consideración se contaban la sisa de la zanja y la sisa de la piragua. Un comentarista de la época dividía las rentas públicas de la siguiente manera: 1º *Rentas marítimas*: aranceles, toneladas y arbitrios consulares o municipales; 2º *Impuestos interiores*: alcabalas, derecho de consumo de ganado, composición de pulperías, ventas de bulas, papel sellado, gallos y lotería; 3º *Deducciones sobre rentas eclesiásticas*: novenos reales y de consolidación, amortización, media annata, anualidades y mesadas eclesiásticas; 4º *Deducciones personales*: lanzas, medias annatas seculares, inválidos y montes píos; 5º *Diversas entradas*: ventas de tierras realengas, réditos de censos, alquileres de fincas, bienes vacantes y mostrencos, vacantes eclesiásticas y espolios, oficios vendibles, hospitalidades y penas de cámara; 6º *Entradas casuales*: depósitos, comisos, donativos, cobranzas de años atrasados, etc.

En esta relación, a excepción de las cargas sobre sueldos, como eran las medias annatas y de la alcabala, todos los impuestos eran indirectos.

CAPÍTULO VII

LAS INSTITUCIONES ECONOMICAS

1. El período de 1790 a 1837 había de presenciar, como consecuencia lógica del extraordinario desarrollo económico, el surgimiento de instituciones en las cuales el tratamiento de los problemas relativos a la producción y al comercio tendrían atención exclusiva, o cuando menos, una particular atención. Si cupiera el vocablo, pudiera decirse que fué entonces que aparecieron los primeros organismos técnico-económicos del país. Ciertamente es que en 1790 ya existía la Intendencia; pero en Cuba había estado concretada a la administración de la hacienda, sin tener la significación que había tenido en otras colonias, donde fué un organismo de investigación y de fomento.

Lo más interesante de las instituciones surgidas en este período reside en la participación de los ciudadanos como particulares en su creación y en su sostenimiento. En todo caso, es de notar su hibridez característica con relación a las instituciones similares que ya existían en el Imperio español. No eran instituciones nuevas, sino renovadas de acuerdo con las necesidades del país. Posiblemente el hecho que el desarrollo económico-social de Cuba data de fines del siglo XVIII impidió la existencia de instituciones tradicionales demasiado enraizadas para ser flexibles y útiles de acuerdo con las necesidades de los tiempos. Al surgir precisamente por el estímulo del progreso sucedido entre 1780 y 1795 pudieron nacer bajo el nuevo signo y adaptarse desde sus inicios al mismo. Por otra parte, en su fundación tuvieron parte principalísima representantes de los nuevos grupos sociales, más que los representantes de la aristocracia tradicional de la colonia; de ahí que las instituciones significaran, además, un instrumento para el progreso de la administración, de la política y de las ideas.

Las dos instituciones básicas de esta época, desde el punto de vista económico, fueron la Real Sociedad Económica, o Sociedad Económica de Amigos del País y el Real Consulado de Agricultura y Comercio de la Habana. Pero, al mismo tiempo, surgieron otros instrumentos no tan unívocos, pero que también contribuyeron eficazmente al desarrollo

de la economía. Me refiero especialmente al *Papel Periódico de la Habana* y, más tarde ya, a la primera Cátedra de Economía. Hay mucho más en el orden de las publicaciones; pero por el momento nos limitamos a señalar la primera en el tiempo.

2. Las Sociedades Económicas surgieron en España, precisamente en las Provincias Vascongadas, estimuladas por la pequeña nobleza y por la burguesía como una manifestación espontánea de la penetración de la ilustración en el país. Se extendieron por la Metrópoli y fueron introducidas en América, igualmente impulsadas por el movimiento representado por el despotismo ilustrado de los Virreyes y los Capitanes Generales de la segunda mitad del siglo XVIII.

La gestión de las Sociedades Económicas españolas y la autoridad que ganaron, como organismos consultivos y de propaganda de nuevas ideas y de planes de fomento, las destacó a los ojos de los criollos que asimilaron inmediatamente el sentido que podían tener en sus respectivos "países" americanos. En Cuba, la iniciativa partió de Santiago de Cuba donde la primera Sociedad Económica quedó establecida desde el 13 de septiembre de 1787, con la cooperación del Gobernador Arredondo y de los hacendados Francisco Mozo de la Torre y Pedro Valiente. Esta sociedad aunque de menos influencia y perduración que la de La Habana, fué, sin embargo, muy útil a aquella ciudad.

La Sociedad Económica de La Habana no tardaría en fundarse, después de la publicación de un artículo sobre el asunto en el *Papel Periódico* de 4 de septiembre de 1791. Poco después se presentaba una solicitud en tal sentido al Gobernador Las Casas, firmada por el Conde de Casa Montalvo, Juan Manuel O'Farrill, Francisco Basave y Luis de Peñalver. Acogida por Las Casas con decidida atención, la iniciativa logró ser aprobada por Real Orden de 27 de abril de 1792. Además de los mencionados, participaron de su fundación el Conde de Casa Bayona, el de Jibacoa, los marqueses de San Felipe y Santiago, de Casa Calvo, de Arcos y de Jutziz, Tomás Romay, Tomás Agustín Cervantes, José Ricardo y Rafael O'Farrill, Nicolás Calvo y otros criollos notorios. Arango Parreño se unió a la Sociedad algo más tarde, al volver de su viaje a Europa.

Hasta el día 9 de enero de 1793 no comenzaron las labores de la corporación. Sus primeros años fueron difíciles. Al parecer, no disponía de los fondos precisos para muchas de las atenciones a que venía obligada por su reglamento y por las circunstancias del momento, pues además del fomento de los intereses materiales, siempre dentro de la

línea de pensamiento de Campomanes (industria popular, progreso técnico, etc.) se le encomendaron funciones educativas. Sin embargo, ya en junio de 1793 inauguraba su biblioteca pública, que es hoy la más rica en publicaciones sobre temas cubanos.

No obstante sus limitaciones, también en materias económicas comenzó inmediatamente a laborar. Y sus tres primeras iniciativas son elocuentes, sin necesidad de comentario: traducción de la obra de Dutrone *La Couture* sobre azúcar; estudio sobre los métodos de cultivo de la caña y de elaboración de azúcar en distintas colonias y creación de una Escuela de Química. La mano inteligente de José Ricardo O'Farrill y Nicolás Calvo aparece en estos primeros pasos de la centenaria institución. Faltábale, claro está, aquel poder ejecutivo que le podían dar los Gobernadores si se conformaban a sus juicios y que más de uno de ellos, en efecto, le dió.

Se publicaron las primeras Memorias de la Sociedad, los años 1793, 1794 y 1795 (que se editó en 1804), después de los cuales cesaron, reanudándose hasta 1818 en que se publicó el primer tomo de la llamada "segunda serie". Hasta 1849 en que se transformó en *Anales de la Junta de Fomento*, sin dejar de ser órgano oficial de la Sociedad, esta publicación mantuvo todo el interés de sus primeros días contribuyendo notablemente a la difusión de nuevas ideas sobre las reformas industriales y agrícolas.

La sociedad actuó en el campo de la economía colonial en otra forma más positiva o directa costeando los gastos del becario José Estévez y sostuvo el Jardín Botánico, con la cátedra adscripta, de forma que la juventud habanera pudiera encaminarse por la senda científica que favorecía la reforma de la agricultura y de la industria básicas. Participó en todos los organismos de carácter semi-público como la Junta de Población Blanca y sus socios que formaban parte de comisiones y juntas especiales llevaban su voz y su adhesión a las iniciativas de fomento. Casi no hubo asunto de trascendencia, fuera cuestión de aranceles, de fomento de nuevas poblaciones, de desestanco del tabaco, de exención de impuestos a nuevas industrias, en que la Sociedad no tomara acuerdo y no informase de su criterio a las autoridades. Era, en realidad, un cuerpo asesor de los Gobernadores y hasta la administración del Intendente Ramírez recibió una corta subvención que le fué devuelta en 1827, por orden del Gobernador Vives.

Si no bastara su labor publicitaria, por medio de las Memorias, la Sociedad convocó a concursos para premiar los mejores trabajos sobre temas de su instituto. Quizás el grupo de más interés sea el de los con-

cursos convocados en 1829 sobre un largo cuestionario que abarcaba todas las materias de interés para el desarrollo económico y educacional del país. De esta iniciativa datan las Memorias de Francisco de Paula Serrano y de Tranquilino Sandalio de Noda sobre el café, la de Alejandro Oliván sobre el chapapote, la de José A. Saco sobre los caminos y otra del mismo Oliván sobre las medidas que habían de tomarse para contrarrestar las ventajas que llevaban los productores de azúcar y de café extranjeros sobre el productor cubano, por razón de sus costos más bajos.

Finalmente, la Sociedad Económica fué la iniciadora de la construcción del primer ferrocarril y formó parte de la Junta especial creada a este objeto.

Este no es, en modo alguno, un recuento exhaustivo de la participación de la Sociedad Económica en los problemas de cada momento. Fué un gran *clearing house* de ideas reformistas económicas y científicas y su labor, por el hecho de basarse en instrumentos de divulgación, se diluye un poco entre las sombras del pasado; pero no hay duda de que siendo constituída desde sus inicios por el grupo de criollos y españoles más vinculados a los intereses básicos del país, tenía que responder a éstos y que ser el principal vocero de los nuevos grupos sociales dirigentes. Y, en tal carácter, fué, a ocasiones, mientras el Gobierno escuchaba a esos grupos, un vocero oficioso de las autoridades. Su condición orgánica y su prestigio le permitieron ser, al mismo tiempo, el único instrumento de que disponían los criollos progresistas para expresar sus ideas y colaborar aunque solo fuera esporádicamente en el gobierno del país. Forzosamente, la profunda división que se produce en el seno de los grupos económicos principales, a partir de 1837 por motivos de orden económico —principalmente por divergencias sobre el papel de la esclavitud— y por motivos políticos conexos, se reflejaría sobre la Sociedad Económica progresivamente. Por otra parte, la formación de una administración superior, directamente vinculada a la Capitanía General, que intervino, cada vez más, en los negocios económicos, tendría que contribuir a limitar más la influencia de la Sociedad que, sin embargo, siguió favoreciendo el progreso material y educacional del país.

3. Pocos años después de creada la Sociedad Económica surgió el Real Consulado de Agricultura y Comercio que respondía a iguales motivos que la sociedad mencionada, pero cuya naturaleza fué cambiada por disposición del Rey, sin duda, a inspiración de otro grupo económico de suma importancia en la colonia.

Con motivo del viaje de estudio de Arango Parreño y el Conde de Casa Montalvo (1794), se elevó al Rey un proyecto relativo al mismo en cuyo párrafo 10 se propone la creación de una Real Junta Protectora de Agricultura, a la vuelta de los comisionados de su viaje. Visto el proyecto por el Consejo de Estado, donde ya se estaba tramitando la creación de un Consulado de Comercio, al estilo de los que había en México, Veracruz, Lima y Buenos Aires, se estimó conveniente reunir los dos cuerpos en uno solo. A la verdad, la idea de Arango y de Casa Montalvo consistía en la formación de un organismo en el cual tuvieran voz y voto exclusivamente los hacendados, para que les sirviera de vehículo de realización de la política que convenía a sus intereses. Al fundirse con el Consulado se estaba dando ocasión a que los intereses comerciales intervinieran en materias del interés de los hacendados, con los cuales tenían intereses encontrados en muchos de los aspectos básicos de la política económica colonial. Al decidirse la formación de este Cuerpo mixto, se decía que "S.M. quiere se atienda mucho a que no prevalezca el partido de los hacendados ni el de los comerciantes", por lo cual se daba participación paritaria en la composición del organismo a los dos grupos.

Sobre el incidente que produjo en el Consejo de Estado la resistencia de ciertos intereses a que se formara una institución destinada exclusivamente a la Agricultura, se conservan las objeciones presentadas al proyecto de Arango así como las respuestas de éste. De los argumentos opuestos a la Junta de Agricultura se desprende que no había preocupación alguna por mejorar los cultivos, ni la producción.

En consecuencia, se expidió la Real Cédula de 4 de abril de 1794 que comprendía en sus 54 artículos o párrafos toda la regulación del Real Consulado. Se compondría de un Prior, dos Cónsules, nueve Consiliarios y un Síndico, todos con sus respectivos tenientes, un Secretario, un Contador y un Tesorero. Sus funciones venían precisadas de la siguiente manera: "la más breve y fácil administración de justicia en los pleitos mercantiles y la protección y fomento de la agricultura y el comercio en todos sus ramos".

Pero al definirse más las funciones y las atribuciones se especificaba que la Junta económica "puesta a la frente de los hacendados y comerciantes de la Isla" tendría por objeto la propagación de las luces económicas entre ellos, promover con igualdad y sin predilección el bien de unos y otros, a cuyos fines procuraría el adelantamiento de la agricultura y el comercio, la mejora en el cultivo y beneficio de los frutos, la facilidad en la circulación interior. Entre todas estas funciones y

atribuciones, se encargaba especialmente a la Junta el "construir buenos caminos, fomentar la población de los campos y aldeas, evitar la emigración a las ciudades, abrir canales de navegación y de riego, limpiar y mejorar los Puertos".

El programa era completo. Se observa que la hibridez de la institución no tenía mucho sentido, como no fuera el deseo de impedir que preponderase el *partido* de los hacendados, puesto que los comerciantes tendrían en el Consulado, de tipo tradicional, el órgano de expresión de sus preocupaciones e intereses. Esto se puede constatar igualmente al limitarse la participación de los hacendados en las Juntas Generales a solo aquellos cuya hacienda tuviera un valor de más de 10,000 pesos, mientras no se limitaba igualmente a los comerciantes, cargadores por mar y capitanes y maestros de naos.

El 10 de abril de 1795 se inauguraron las labores de la institución en una sesión en la que hablaron el Capitán General, Luis de las Casas y Arango Parreño, el cual, con esa peculiar manera suya de distinguir entre el comportamiento de la clase a que pertenecía y el de los grupos tradicionales o tradicionalistas, dijo entre otras cosas: "Lo que solicito es que los Havaneros vean, y sepan los demás cubanos, que empiezan con nuestra vida nuestras útiles tareas y que la multitud de ceremonias y de vanos cumplimientos que regularmente acompañan la instalación de los cuerpos hemos sustituido nosotros una discusión importante". Y puso en manos de los miembros del Consulado el que él llamaba "libro de nuestras obligaciones", o sea el *Discurso sobre la Agricultura en La Habana y medios de fomentarla*. Y en septiembre del propio año ya recibía el Consulado un informe detallado sobre Santa María del Rosario por el Conde de Casa Bayona que muestra, en sus líneas generales, el tipo de asuntos que interesaban a los hacendados de la época.

A medida que se fueron activando los trabajos, la oposición de intereses entre hacendados y comerciantes fué manifestándose cada vez con más violencia. Generalmente, se suscitaron grandes discusiones en torno a la política comercial a seguir, en particular con relación al permiso para comerciar con neutrales y aliados. Los comerciantes, empeñados en detener la competencia que les hacían los negociantes extranjeros, denunciaban el comercio con neutrales como causa básica de todas las desgracias del momento: la escasez de moneda, el alto costo de los artículos, etc. En cambio, el grupo de los hacendados, con Arango Parreño a la cabeza, exponía un criterio contrario, basándose en que las limitaciones a favor del comercio metropolitano no tenían razón en tanto en cuanto España no podía abastecer debidamente a la colonia,

ni consumir todos los frutos que ella era capaz de lanzar a la exportación. Afortunadamente, los intereses agrícolas de la colonia hallaron suficiente eco en los gobernadores que pasaron por la Isla desde 1790 hasta 1825 y por ello lograron realizar una serie de medidas que los puso en condiciones de asegurarse los mercados exteriores, principalmente el de los Estados Unidos y de asegurarle a éstos una parte del mercado cubano.

Claro está que no dejó por eso de ocuparse activamente de todos los problemas del momento. Bastaría repasar el Catálogo de los fondos de Real Consulado y Junta de Fomento editado por el Archivo Nacional para percatarse de la actividad que desplegó en el estudio de la situación y de los remedios aplicables. Desde luego, a través de la lectura de los expedientes, donde constan las opiniones de cada uno de los grupos integrantes sobre cada asunto, se observa que los hacendados poseían indiscutiblemente muy buenos instrumentos de expresión, en primer lugar, Arango Parreño, muy superior en talento, conocimientos y laboriosidad a sus contemporáneos, y Antonio del Valle Hernández, secretario de la institución, apadrinado por Arango y cuya experiencia cuenta por mucho en el buen funcionamiento del Consulado.

Sin embargo, en materias ejecutivas, como el fomento de la población blanca y la construcción de caminos, el Real Consulado no obtuvo los éxitos que correspondían a las necesidades imperiosas del país. En parte, la limitación de sus fondos y en parte su dependencia de las autoridades superiores para la efectuación de la política adecuada en cada caso, contribuyeron a estos resultados hasta cierto punto negativos.

Con el transcurso del tiempo, al aclararse el régimen económico de la colonia, después de la legislación liberal que se extiende entre 1816 y 1818, el Real Consulado requirió una reforma. Por otra parte, el Estado tendía cada vez más a centralizar una serie de funciones, que ya los organismos mixtos —como el Consulado— no podían realizar cumplidamente debido, entre otras razones, a la creciente disensión política que separaba a la población cubana. Problemas como el de la trata y su abolición ya se salían de la esfera puramente económica o social.

Pero había otra razón más. El Código de Comercio de 1829 establecía como requerimiento ineludible, la separación de las funciones judiciales del Real Consulado, de todas las demás funciones que, como Junta de Agricultura, se le habían asignado desde 1794. En consecuencia, al ponerse en vigor el mencionado Código (Real cédula de 1º de febrero de 1832) se determinó que subsistieran por separado las llamadas juntas de comercio y fomento.

El Conde de Villanueva, a quien placía esta división, puso en práctica lo determinado por la Real orden citada y en julio de 1832, quedó formada la Junta de Fomento, cuya gestión estaría marcada por algunos éxitos de primer orden. Sin duda ninguna, debe señalarse en primer término, la decisión, la energía y la habilidad que mostró la Junta, bajo la dirección del Conde, en proyectar, financiar y realizar el primer ferrocarril de Cuba.

4. Aun cuando no se trate de una institución propiamente económica, el *Papel Periódico de la Havana*, fundado en 1790 y cuyo primer número circuló el día 24 de octubre, merece una mención especial en todo lo que atañe a la difusión de las ideas económicas. En verdad fué un vocero de la Sociedad Económica en este aspecto, pues a cargo de ella estuvo la publicación durante su primera etapa. Y, por consecuencia, fué la manera que se franqueó a los criollos más interesados en la administración de la colonia, de divulgar sus ideas y de influir sobre los restantes elementos de la población blanca.

No se dedicó exclusivamente a tratar materias económicas; pero una revisión de la serie, por lo menos hasta que se empieza a titular *El Aviso* (1805) y, aun más tarde, hasta 1809, revela que los asuntos económicos tenían una atención preferente, lo cual se explica porque eran el principal campo en que se estaban produciendo transformaciones sustanciales. Realmente, el *Papel Periódico* representó por su contenido la universalidad de la transformación que estaba sufriendo el estado general de la colonia; pero, en materia económica, que ocupó un lugar prominente en sus columnas, se distinguió por servir de palestra —como lo estaba siendo el Consulado— a las discusiones sobre problemas básicos de la economía en surgimiento.

No puede tampoco afirmarse que el *Papel Periódico* reflejara unilateralmente el criterio de la clase o grupo de los hacendados. Sin embargo, la realización tendía a ese resultado. Artículos fundamentales como los del "Medio Filósofo", daban una cabida muy precisa a las ideas del grupo exportador. Y los artículos menores, sobre mejoras de cultivos, sobre fabricación de azúcar, sobre mejora del régimen de tratamiento de los esclavos, sobre abonos y muchos más, indican que el pensamiento de los hacendados y demás agricultores estaban muy presentes en el ánimo de los redactores y de los comunicantes espontáneos. Por otra parte, se publicaron artículos en los cuales se atacaba directamente a los comerciantes como el "Diálogo entre un abogado, un hacendado y un comerciante" (9 de noviembre de 1794). Incluso en las consi-

deraciones favorables al comercio se dice: "Cuando venga de proa el viento, tengan paciencia que no todo ha de ser apología" (23 de mayo de 1799).

La actitud del periódico acerca de los problemas de la agricultura y del comercio fué tan notoria desde sus comienzos que ya en 27 de junio de 1791, una "Carta dirigida al Impresor", decía: "pero acuértese VM., que no todos sus suscriptores son hacendados o comerciantes, hay artesanos, hay militares, hay eclesiásticos, hay profesores de medicina, de cirugía, de leyes...". Criterio, a despecho del cual se publicaron artículos sobre materias económicas que, a veces, ocupaban parte de tres números sucesivos.

Su función en este aspecto debe ser destacada, sobre todo porque al cesar la publicación de las Memorias de la Sociedad Económica en 1795, no hubo entonces más vehículo de difusión de las ideas y de intercambio de experiencias que el periódico. Función en la cual tenía que ceder el paso a otras publicaciones durante la segunda década del siglo. Especialmente, cuando se transformó en *Diario del Gobierno*, pues las materias de oficio y de información administrativa ocuparon todo el espacio disponible.

La prensa de la segunda década del siglo XIX, aun cuando sometida al imperativo de los tiempos y, por ende, empeñada en prolongadas polémicas sobre política, dedicó algún espacio a las cuestiones económicas, como fué el caso de *El Patriota Americano* (1811-12). Contemporáneos son otros en cuyo título parece indicado que tenían por objeto el tratar cuestiones económicas, como la *Gaceta Diaria y Mensajero Político, Económico, Literario* (1811) y *El Mensajero Político, Económico, literario de la Habana* (1809-1811), descritos por Bachiller en sus famosos *Apuntes para la Historia de las Letras*. Otro de los periódicos que ofrecía dedicarse a estas materias fué *El Lince* (1811).

Especial mención merece el *Observador Habanero* (1820-21), donde el segundo titular de la Cátedra de Economía, Govantes, colaboró activamente sobre varios temas económicos, especialmente con un trabajo sobre la obra fundamental de Jovellanos, extremo que resulta muy significativo, por la coincidencia del tema en aquellos momentos, como puede apreciarse por lo que decimos del periódico que mencionaremos a continuación.

Otro de los periódicos de las épocas constitucionales que dedicaron alguna atención a los problemas económicos fué *El Revisor Político y Literario* (1823) entre cuyos artículos especializados se observa una tendencia hacia el programa de la "Cuba pequeña", que acerta-

damente Friedlaender atribuye al Intendente Ramírez, lo cual representa, indudablemente, el desarrollo de ideas que no están de acuerdo con el predominio de la agricultura comercial, de plantaciones, a que aspiraban los hacendados.

Un acontecimiento digno de especial mención es la publicación del *Correo Político, Literario y Mercantil de Trinidad* (1820), cuya larga vida y ubicación lo distinguen entre todos los iniciados en esta época.

Finalmente, la revista de La Sagra titulada *Anales de Ciencias, Agricultura, Comercio y Artes*, iniciada en 1827, trató de problemas varios conexos con el desarrollo de la agricultura, la industria y la población. Al revisar su colección se aprecia que el juicio negativo de José A. Saco, fué un producto del calor de la polémica, sin que, por otra parte, los *Anales* fueran un dechado de ciencia y de buen juicio. A juzgar por la impresión que los artículos publicados en esta revista causaron en José DelMonte, hermano de Domingo, puede colegirse que ella tendría cierta influencia progresista sobre aquellos sectores de la población blanca que no estaban debidamente preparados, al igual que Saco y otros, para apreciar la insuficiencia de los conocimientos botánicos de Sagra. Por otra parte, Sagra sí tenía conocimientos de economía y, en este sentido, su labor debe ser considerada como positiva.

De cierto interés, al final de este período, fueron la *Cartera Cubana* (1838-40) y el *Diario de la Habana*.

Esta época, pues, fué muy rica en publicaciones que divulgaron los conocimientos y las ideas sobre economía. A la penetración de las corrientes del pensamiento económico europeo, se añadieron estos elementos más reales, más prácticos, por deducirse de la experiencia colonial, que contribuyeron grandemente a facilitar el mejoramiento de la producción.

5. No menos interesante, aunque de una vigencia más limitada que la de gran parte de las instituciones mencionadas hasta ahora, fué la primera cátedra de Economía Política creada en Cuba. Se debió a la Sociedad Económica de Amigos del País que tomó un acuerdo en tal sentido el 12 de diciembre de 1816, disponiendo de un fondo de 1,200 pesos para el efecto.

El primer titular de la cátedra fué el Presbítero Juan Justo Vélez, sobre el cual no abundan por cierto las noticias y que en algunas ocasiones es confundido con Juan Justo Reyes. Vélez había realizado sus estudios en La Habana. En 1817 compuso una Memoria sobre la industria de la cera. La cátedra inició sus actividades el 14 de octubre

de 1819. En su plan docente figuraba el dar la preferencia al texto de Juan Bautista Say, por no haber obra española que ameritase usarse en su lugar. Vélez, que usó, además, una variedad de obras de consulta, se caracterizó en lo poco que se conoce de él, como afirma Felipe Pazos, por un criterio práctico, de análisis de los problemas cubanos a luz de la teoría económica, que corresponde exactamente con el espíritu investigador de la época, volcada completamente sobre la tierra y su presente.

Sustituyó a Vélez en la cátedra, José Agustín Govantes, quien desempeñó el cargo de 1822 a 1824.

Es difícil apreciar la resonancia que tuvo esta cátedra en el progreso de la economía colonial. Los alumnos conocidos no se distinguieron posteriormente en este campo, aun cuando, salvo excepción, demostraron ser hombres de primera fila como Felipe Poey. Quizás el que más laboró en el campo de la ciencia económica fué Francisco Ruiz, colaborador asiduo en la *Revista Bimestre Cubana* sobre temas y comentarios económicos; pero su labor en este aspecto no se destaca sobre el nivel medio de los conocimientos de la época. Vélez, al menos, parece haber sido el hombre señalado por las circunstancias para dar una consistencia teórica a las ideas que desde la época de Arango Parreño —entendiendo por tal época, el período que se extiende entre 1790 y 1810— se discutían y divulgaban constantemente, constituyendo en forma parcelada la ideología económica liberal-esclavista propia de los criollos ilustrados del momento.

6. Este cuadro de las instituciones económicas o que tenían relación con los problemas económicos no quedaría completo si no se hiciesen algunas observaciones sobre el papel desempeñado por algunas autoridades en el desarrollo de los planes de fomento y en la política económica más general de la colonia. Con toda intención hemos dejado para el final del capítulo este aspecto, pues, en alguno de los casos que hemos de comentar, las atribuciones institucionales relacionadas con la economía no representan sino una forma del uso del poder que estaba conferido a ciertas autoridades. Y la medida en que se usó de ese poder dependió, sobremanera, del que disponía de él.

En primer lugar, los Gobernadores Capitanes Generales tenían atribuciones ejecutivas relacionadas, forzosamente, con los problemas económicos. Del uso que ellos hicieran de la facultad de cumplir y hacer cumplir las disposiciones emanadas del Gobierno en la Metrópoli dependía, muchas veces, la aplicación o inaplicación de resoluciones que

variaban la política y la organización económicas. Casos como el de Someruelos, propiciando el comercio con neutrales, no obstante las órdenes superiores que lo prohibían, o el de Mahy que tomó sobre sí la responsabilidad por el incumplimiento de los aranceles de 1819, muestran hasta qué punto la autoridad primera de la colonia podía orientar o definir la solución de problemas básicos para el desarrollo del país. En este sentido, los Capitanes Generales podían representar un papel de suma importancia como presidentes del Real Consulado y en las Junta de Autoridades que se celebraron con frecuencia durante los años de dificultades motivadas por las guerras europeas entre 1790 y 1815. Y afortunadamente, para los intereses del progreso económico de la isla, se sucedieron entonces algunos de los más aptos gobernadores y de los que se interesaron más en proteger los intereses de la exportación y de la producción básicas cubanas.

Como participante de las juntas de autoridades, el Intendente de Hacienda tenía facultades mucho más amplias que las que le conferían sus propias funciones como jefe de la hacienda pública. El alcance que las reformas de tipo fiscal y de las medidas fiscales encaminadas a fomentar la producción se complementaba con la posibilidad de legislar en todo tipo de asunto o problema económico general. Las iniciativas del Intendente Ramírez, el plan de auxilios ideado por Arango, las realizaciones de Villanueva, son casos muy patentes para que no se tengan en cuenta como uno de los factores de más profunda influencia en el desarrollo económico de la colonia durante este período. Debe advertirse que, fuera del Gobernador, que era al mismo tiempo, Capitán General, no había otra autoridad de más fuerza, de más peso y de más recursos que el Intendente.

Uno de los instrumentos de que disponía el Intendente para "legislar" era precisamente la Junta Superior Directiva de Real Hacienda, cuya facultad de reglamentar ciertas disposiciones del gobierno central constituía un medio eficaz para resolver los problemas específicamente coloniales. A una de estas Juntas se deben las disposiciones por las cuales se definieron el valor y la eficacia de los títulos de propiedad o de posesión de las tierras, cuando se declaró la libre disposición de montes y plantíos según vimos en el capítulo I.

Debido a la organización compleja del aparato estatal en las colonias, las Audiencias tuvieron, desde los primeros tiempos de la colonización, ciertas atribuciones de carácter gubernativo, aun cuando no fueran propiamente ejecutivas, sino de asesoría o consultivas. Esta función, tan diferente de la judicial a que venían llamadas por su esencia las Au-

diencias, tiene su origen en la necesidad de obligar a los Virreyes a compartir algunas de sus tareas, especialmente cuando tenían que decidir sobre graves asuntos, con otra autoridad que compensara su poder absoluto. La misma finalidad compensatoria tuvo esa combinación de funciones en la Audiencia de Puerto Príncipe y, más tarde, en la Audiencia Pretorial de La Habana. Cuando la Audiencia se reunía para estas funciones de asesoría en materias gubernativas tomaba el nombre de Real Acuerdo, y sus decisiones el de *votos consultivos* donde "con copia de razones", como expresa Zamora Coronado, indicaban las soluciones o recomendaban reglamentos para solucionar problemas de orden local o regional. Bastaría señalar, en este sentido, el Voto consultivo sobre los deslindes y la demolición de las haciendas comuneras del año 1819, que hemos comentado en el capítulo I, para comprender el carácter de esta función de las Audiencias.

Pero este período, aun cuando no se caracteriza por una decisiva creación de nuevos organismos, pues durante los años que comprende se observa más bien una yuxtaposición de instituciones y de normas, tiene un aspecto que no debe ser descuidado, especialmente en relación con las cuestiones de tipo económico. Concretamente, durante este período, se observa ya una franca decadencia de los Ayuntamientos y, por ende, de sus funciones rectoras en materia económica. A este tipo de transformación pertenecen, sin duda, la cesación de las prerrogativas de la Marina Real sobre los montes y, asimismo, la desaparición de la Superintendencia del Ramo de Tabacos —al abolirse el estanco— que ya había perdido bastante influencia al quedar sometida a los Capitanes Generales. Es evidente que la aparición de nuevas instituciones, así como las reformas legislativas, produjeron cambios de cierta importancia y favorecieron la creación de organismos menores, bien consultivos o bien ejecutivos, que tendían a la mejor administración en materias económicas.

Los Ayuntamientos no perdieron totalmente sus facultades; pero después del primer período constitucional —digamos de 1808 a 1814— fueron quedando reducidos a organismos de un carácter estrictamente local. Ciertamente es que este proceso venía operándose desde principios del XVIII; pero aun conservaban, con el poder social de sus componentes, cierta influencia en la política económica. A principios del XIX, el propio Ayuntamiento de La Habana no se atrevía decidir sobre la reforma —o la abolición de la pesa— y solo concebía el presentarse como suplante ante el Tribunal del Gobierno de la colonia solicitando un aumento del precio de la carne. Arango Parreño, a quien el Cabildo con-

sultó sobre la materia, llamó la atención sobre esta autolimitación, que no es sino un reflejo del lugar secundario que tenía respecto de otras autoridades. En resumen, después de muchas consideraciones sobre las facultades propias del Ayuntamiento, el propio Arango propone que se consulte con la Capitanía General y que se tenga en cuenta el parecer de otras autoridades. Cabe indicar, desde luego, que la *pesa* tenía relación con el abastecimiento del ejército y que, por consecuencia, suponía la necesidad, o la posibilidad, de un choque con éste. Aun cuando los Ayuntamientos fueron perdiendo algunas de sus atribuciones y funciones de más importancia, no dejaron de participar en las grandes iniciativas económicas. En lo que respecta a La Habana, recuérdese que el Ayuntamiento participó de la construcción del primer ferrocarril. Desde luego, en el interior de la Isla, los Ayuntamientos conservaron una mayor esfera de acción hasta mediados de XIX.

Como consecuencia de estos cambios generales producidos durante el periodo de 1790 a 1837 surgieron algunos organismos secundarios, no por su menor importancia, sino por la limitación originaria de sus funciones. Tal sería el caso de la Junta de Población Blanca, cuya resonancia en el desarrollo económico de la isla no correspondió a los auspicios bajo los cuales se fundó.

CAPÍTULO VIII

IDEAS ECONOMICAS Y GRUPOS SOCIALES

I. El panorama de la transformación de Cuba durante los años que transcurren entre 1790 y 1837 no quedaría completo si no se intentara relacionar el progreso material con el pensamiento sobre la economía y con la posición de los distintos grupos sociales respecto de los problemas y las actividades económicas capitales. No se trata de descubrir la filiación —digamos de escuela— de las ideas económicas predominantes en la época, extremo que ha tratado con acierto Friedlaender en su *Historia Económica de Cuba*, ni menos de resumir la posible "teoría económica" del pensamiento cubano del momento. Ambos temas pueden ser objeto de investigaciones muy provechosas y reveladoras de aspectos hasta hoy desconocidos u olvidados de la cultura colonial. En fin de cuenta, el período, como podrá apreciarse por los diversos capítulos de este tomo, en sus aspectos político, institucional, cultural, constituye una gran creación de nueva vida y de ingente esfuerzo por dar a la comunidad una perspectiva de desarrollo ilimitado. Todas las manifestaciones de la vida social tomaron nuevo viso o se transformaron radicalmente o, incluso —en el caso de algunas—, surgieron por primera vez en la historia colonial y, en tal sentido, cualquier aspecto que se estudie y analice arrojaría resultados muy interesantes; pero en relación con el desarrollo económico, a nuestro entender, es de suma importancia fijar las conexiones entre el hecho material de producir, de cambiar productos o de consumirlos y el pensamiento contemporáneo sobre esos hechos materiales.

La coincidencia de ideas sobre los problemas económicos del momento no se debió a un azar o a una moda, sino a causas más profundas, sobre las cuales operaban reactivamente el azar y la moda; pero, en definitiva, se tiene la impresión de que el accidente histórico de la ruina de Haití no hizo más que consagrar el hecho que venía produciéndose desde mediados del siglo XVIII, esto es, la capacidad de Cuba para la producción de exportación. Lógicamente, el pensamiento económico de un Arango Parreño, que ya estaba madurando antes de producirse la

coyuntura favorable a Cuba, encontró entonces un cauce por donde correr, sin más limitaciones que las que le oponían otros intereses, los del comercio, por ejemplo.

Por otra parte, a la experiencia social que produce el progreso material súbito se une la aparición de clases o grupos sociales que por su posición, dentro del progreso realizado, o por su número, representan nuevos factores influyentes en los modos de pensamiento sobre la realidad colonial. El hecho que pueda hablarse ya de un "tercer estado", esto es de una clase, digamos media, blanca, en este período, significa que el desarrollo económico está produciendo nuevas posibilidades de vida que no están directa e inmediatamente conectadas con él, a diferencia del pasado en que todas las clases o grupos sociales de la colonia descansan sobre una determinada forma de actividad económica.

2. En el campo de las ideas económicas de este período lo primero que cabe destacar es su naturaleza, su expresión e implicaciones liberales. En este sentido, el liberalismo económico —por lo menos en sus manifestaciones expresas y perdurables— es anterior a la llamada reforma filosófica y, desde luego, al liberalismo político, sin que al decir esto, estemos concediendo una particular o decisiva importancia a la sucesión cronológica de esas manifestaciones. Pero el hecho debe ser tenido en cuenta. Se tiene la impresión de que en Cuba el liberalismo político es una suerte de derivado del liberalismo económico que surge en el momento en que existe una producción para la exportación que se siente presa por las restricciones mercantiles tradicionales. El pensamiento económico de Arango Parreño —el más definido o, cuando menos, el más explícito— aparece en 1789.

A partir de esa fecha, los hechos mostrarían una gran insistencia en tal sentido. La difusión de la traducción al español de la obra de Adam Smith (1794) y la relativa popularidad de la obra de Genovesi, mercantilista ecléctico y reformador, en cuya obra las notas de Victorian de Villava descuellan por su espíritu avanzado, representan, dentro del cuadro de acontecimientos, pasos de cierta importancia dentro de esa vía del liberalismo, que se imponía enérgicamente debido a la estructura económica de la colonia.

En lo esencial, Cuba se estaba transformando súbitamente en un país exportador. Siempre había sido importador, desde el xvi; pero nunca como ahora se dependía de las exportaciones. Lógicamente, se requería conquistar mercados, cualesquiera que fuesen —bien en la Metrópoli, bien en Europa, bien en América— para dar estabilidad a esas exportaciones. El hecho que el mercado que se ofrece en aquel mo-

mento sean los Estados Unidos de América, clientes importantes de Haití y país ya en crecimiento, no vino sino a reforzar la necesidad de consolidar y estabilizar las exportaciones. Todo país exportador, aun tratándose de la Inglaterra industrial de principios del xix, tiene que oponerse al restriccionismo mercantilista, tiene que cifrar su conservación y aumento en el comercio libre o, digamos, para adecuar más la explicación al caso de Cuba, en una liberalización del comercio. No parece aventurado decir que lo fundamental del pensamiento económico liberal de Arango, reponiendo a esa realidad exportadora, es la libertad de exportar y la libertad de importar. Con mucha razón cuando le objetaron su proyecto de Junta de Agricultura él respondió que había hablado del fomento y la defensa de la agricultura cubana en el interior y en el exterior, aclarando que esta última no podía ser sino la defensa del comercio de exportación. Un criollo vinculado a la producción agrícola tenía forzosamente que percatarse de esta relación íntima entre los dos aspectos, a diferencia del español objetante que veía el comercio como una actividad independiente, como lo había sido hasta el momento por tratarse fundamentalmente de un comercio de importación.

A nuestro entender esa es la raíz que produce la principal diferencia entre el liberalismo colonial y el liberalismo europeo. Porque la necesidad de exportar o, de producir para exportar, no podría satisfacerse más que empleando esclavos. Como entre el problema de la libertad de comercio y el de la libertad de trabajo no existía una indivisibilidad, sino que, efectivamente, podían resolverse por separado, la utilización de brazos esclavos para producir azúcar suponía una ruptura con el liberalismo tópico de tipo europeo.

Arango lo comprendió correctamente desde sus primeros pasos en la vida pública y no vaciló en proclamarse liberal, en materia económica, hasta el límite en que comenzaba la esclavitud, a partir del cual era tan esclavista como podía serlo un hacendado del xvi o del xvii. De este modo queda fijada la ideología o el pensamiento económico liberal-esclavista que caracteriza a Cuba desde fines del xviii hasta por lo menos 1840.

Sin duda, en el orden histórico, el primer lugar en el desarrollo del pensamiento económico cubano lo tiene la discusión sobre el comercio libre, no precisamente el comercio libre a la manera como lo concebían los reglamentos de 1765 y 1778 —esto es, libre dentro del imperio español— sino más libre aun, con una participación asegurada de los extranjeros. No es preciso ahondar mucho en los hechos durante el período de 1790 a 1818, para percatarse de que era el problema más apa-

sionante y el que los contemporáneos consideraban merecedor de todos sus esfuerzos, dialécticos o políticos. Por otra parte, bien pronto hubo quien comprendiera que el régimen de comercio para Cuba era distinto —por la naturaleza de su estructura económica— al de otras colonias, más desarrolladas o menos desarrolladas, pues en ambos casos las fuerzas productivas del país podían desarrollarse mejor en un régimen de restricciones que en un régimen de comercio libre. Los casos de Nueva España, dominio más desarrollado, y de Venezuela, menos desarrollado, son patentes en aquel momento. Y, si se observa con cierto detenimiento el panorama del imperio español, se comprenderá que efectivamente el papel de la producción para la exportación en Cuba es mucho mayor, dentro de las condiciones de tiempo, que en las demás colonias. Ni el cacao de Venezuela, ni las carnes y los cueros de Río de la Plata, tenían respectivamente pareja importancia; y, en cuanto a los metales preciosos procedentes de los grandes Virreynatos constituían, precisamente, el elemento que los vinculaba estrechamente a la Metrópoli desde hacía dos siglos. En unos casos, las exportaciones no tenían la significación suficiente para determinar un fuerte movimiento social a favor del comercio libre o, también, tenían un mercado asegurado en la propia España y, por ende, la consigna del comercio libre estaba relativamente satisfecha dentro de las regulaciones implantadas en 1765 y 1778. En otros casos, las producciones de la colonia eran escasas y, sobre todo, estaban destinadas al consumo interno, razón por la cual necesitaban la protección que el restriccionismo metropolitano les ofrecía.

Cuba necesitaba exportar todo lo que producía y exportarlo donde pudiera, aun cuando fuese al extranjero, pues de la oportunidad de disponer de un mercado, dependía la oportunidad de continuar manteniendo el ritmo de desarrollo que la ruina de Haití propició. Esta situación, lejos de simplificarse, con el transcurso de los años se complicó por el surgimiento del cultivo del café y la exportación masiva de este producto, pues entonces la dependencia del desarrollo del país de sus exportaciones fué aun más grande.

3. La base de las exportaciones era la producción agrícola. O, mejor, la producción industrial con materia prima agrícola. También este hecho, que venía impuesto a los contemporáneos por dos siglos de colonización, representó un elemento básico en el pensamiento económico de este período. Al par que la discusión sobre el régimen mercantil, se desarrolla toda una serie de ideas sobre la agricultura y los problemas que conlleva. En los documentos de la época el sentimiento, digamos filo-agrícola, que resalta a través de la lectura es un hecho capital.

Respecto de la cuestión debe aclararse que la posible influencia fisiocrática no añadió grado alguno a esta importancia que los criollos de la época dieron a la agricultura. Es más, no podía dársele por tratarse de un pensamiento económico surgido de realidades sociales muy distintas de las de Cuba. Aun cuando los fisiócratas hablaban de la agricultura en grande, la realidad social daba un sentido muy distinto a esa calificación. La gran agricultura de Cuba suponía el latifundio, el trabajo de los esclavos, la explotación extensiva de las tierras y la exportación, a diferencia de la gran agricultura francesa, dividida en tierras de mucha menor extensión, basada en el trabajo de obreros y campesinos libres y en el consumo doméstico. El hecho que la perspectiva histórica nacional nos impida considerar como latifundio las plantaciones de caña de fines del siglo XVIII no invalida que lo fueran, en efecto, si se les comparaba con las explotaciones que tenían en mente los fisiócratas.

De modo que la agricultura cubana de la época y que el pensamiento económico contemporáneo contemplaban un tipo de explotación comercial de las tierras, la clásica agricultura de plantaciones propia de las colonias exportadoras de alimentos o de materias primas. Las implicaciones de esta agricultura comercial o de plantaciones las conocían los criollos cubanos porque conocían las obras de Labat, de Bryan Edwards y, algo más tarde, de Barre de Saint Venant, de Moreau de Saint Mery y otros; conocían esas implicaciones, sobre todo, por la urgencia con que la industria les planteaba la necesidad de importar cada vez más esclavos. No interesaba a esos cubanos vinculados a la realidad económica del momento un tipo de agricultura basado en propiedades pequeñas y para producir artículos de consumo doméstico. La actitud de Arango respecto de los cultivos menores es muy significativa. Declara paladinamente que carecen, por lo menos hasta su momento, de importancia, que no rinden lo que es capaz de rendir el cultivo de la caña y la fabricación de azúcar. Y se opone a que la Factoría de Tabacos compre tierras en La Habana para establecer vegueros.

Que la agricultura contemplada por la ideología económica común de la época fuera de tipo comercial lo demuestra el contenido de varios artículos publicados en el *Papel Periódico de la Havana*, comenzando por aquellos firmados por el "Medio Filósofo". La aparición de ideas que no corresponden con esta agricultura en gran escala resulta siempre producto de una intrusión de colaboraciones europeas. En torno a la agricultura comercial o de plantación había una serie de intereses coincidentes, los de ciertos comerciantes, los del fisco, etc., mientras respecto de la agricultura en pequeño, —digamos de tipo europeo— había solo

cierta tradición, en la cual pesaban los intereses fiscales grandemente (tabaco), y los intereses de grupos sociales dispersos y que no tenían expresión propia. Es más, muchas de las manifestaciones en favor de la agricultura mixta proceden de los propios hacendados, de los que se interesaban fundamentalmente en la agricultura de plantaciones. Arango consideraba conveniente realizar otros cultivos junto con el de la caña, para alimentar a los esclavos y reducir de esa manera, los costes del ingenio y las importaciones.

Pero la influencia del pensamiento europeo y español no tardaría en penetrar. No es un azar, sin embargo, que el momento en que parece despuntar, por primera vez, el ideal cubano de una agricultura en pequeño sea igualmente aquel en que surge —por un lado— un proyecto fracasado de abolición general de la esclavitud en el imperio español y, —por otro— se anuncia la supresión de la trata a consecuencia de los acuerdos internacionales. Fué, precisamente, en esta época (1815-20), en que la llegada del Intendente Ramírez, influido grandemente por Jovellanos y por su experiencia en una colonia menos desarrollada que Cuba (Puerto Rico), favoreció la manifestación de ideas sobre la agricultura en pequeño, o diversificada. Es el programa, que Friedlaender denomina de la "Cuba pequeña" acertadamente. Posiblemente ciertas colaboraciones del *Observador Habanero* y de *El Revisor Político-Literario*, especialmente aquella en que se trata del privilegio de los ingenios, tuvieran una vinculación directa con el surgimiento de este "programa" que no responde a la estructura de la agricultura cubana de la época, sino más bien la contradice. La contradicción, sin embargo, no es completa, pues la agricultura en pequeño, por medio de gran número de propietarios pequeños, también tenía, en algunos casos, por finalidad la exportación masiva de productos,

Esta ideología quedó insertada en el pensamiento cubano definitivamente. Más tarde la reconsiderarían algunos de los cubanos más distinguidos como el Conde de Pozos Dulces. Pero tendría, en cierto sentido, una función supletoria: se volvería la vista hacia el ideal de la propiedad pequeña en los momentos de crisis o como para escapar de la arrolladora expansión y consolidación de la agricultura de plantaciones. Hasta el propio Arango, en la década de 1820-30, cuando pone las notas al *Ensayo* de Humboldt, se muestra dubitativo respecto del sistema de producción de caña y de azúcar por medio de esclavos y se pregunta si no sería más conveniente hacerlo por medio de pequeños propietarios libres. Se tiene la impresión que esta línea de pensamiento está íntimamente ligada con el temor al régimen esclavista y con la quiebra del mismo.

Sin embargo, predominaría siempre, a lo menos en aquellas zonas de la opinión y del pensamiento más influyentes, la decidida afición a la agricultura de plantaciones. Al plantearse la crisis del cultivo del café, la opinión de Tranquilino Sandalio de Noda sobre la necesidad de suprimir los pequeños cafetales ineficientes y de concentrar la producción en grandes unidades representa precisamente una conclusión lógica de la tendencia que llevaba la economía cubana desde fines del XVIII.

4. La esclavitud, desde el punto de vista económico, estaba íntimamente vinculada con el desarrollo de las ideas sobre la agricultura de plantaciones. Esto se constata, especialmente, en las obras de Arango Parreño. Para éste, aun cuando la religión "sellaba sus labios", el problema era aprovechar la máximo, estrujar hasta el límite, el trabajo esclavo y, por ende, importar cuantos esclavos fueran necesarios para mantener el ritmo intensivo de la agricultura de plantaciones. Y esta actitud ni siquiera se trataba de explicar, menos de justificar: era un hecho, simplemente.

Desde luego, dentro de este esclavismo indiscutido había matices. Algunos teóricos propugnaban por la mejor administración de los brazos, por el aumento del rendimiento de los mismos, mediante la aplicación de un régimen de trabajo adecuado y de medios accesorios, como los abonos, los nuevos aparatos, etc. Pero lo esencial del proceso que estaba produciéndose en la realidad —esto es, el hecho que la única manera efectiva e inmediata de aumentar en términos absolutos la producción de azúcar era el empleo masivo y creciente de esclavos— era determinante para todos los grupos vinculados a la agricultura comercial o de plantaciones.

Era tan determinante que aun cuando no escapó a los mismos criollos la suma de peligros que implicaba la esclavitud y su crecimiento súbito, todos consideraron que bastaría a contenerlos la aplicación de medidas complementarias de seguridad. En este sentido, pudiera afirmarse que el pensamiento económico de Cuba, nacido con la contradicción entre sus elementos liberales y sus elementos esclavistas, presenta otra zona de crisis constituida por la conciencia de la necesidad de los esclavos y por la conciencia de los peligros que ellos implicaban. En un documento de 1799 se expresa el criterio de que la ambición natural de los esclavos era la libertad y que ello representaba una amenaza permanente de convulsión en el país. En consecuencia, el aumento de la población blanca, el asentamiento de inmigrantes blancos en zonas rurales adecuadas destinados a servir de guarnición civil, la restricción cada vez más rigurosa del movimiento de los esclavos y la vigilancia

más estricta sobre los negros libres y los mestizos se proponían como medios para reducir aquel peligro.

Al mismo tiempo, se pretendía evitar la afluencia de blancos y de negros a las ciudades. Este fenómeno que se debía a la falta de explotaciones rurales seguía manifestándose en medio del crecimiento de la agricultura. Con la difusión de las grandes riquezas familiares y el aumento de la vida urbana, la población esclava en las ciudades aumentó rápidamente. Por ello, una de las funciones que se atribuye al Real Consulado es "evitar la emigración a las ciudades", que desgarnecía de blancos a las zonas rurales y sustraía esclavos a las explotaciones comerciales.

Pero la esclavitud no solo presentaría estas implicaciones, en cuanto al pensamiento económico. Por tratarse de una institución de la cual dependían, además de la agricultura en grande, un ramo del comercio colonial muy importante, arrastró tras de sí a otros sectores o grupos sociales, no directamente vinculados a la producción para la exportación. Y el interés que los elementos comerciales mostrarían en la esclavitud tendría más fuerza aun que el propio interés de los hacendados, pues éstos, cuando menos, tenían el freno representado por los obstáculos que la esclavitud presentaba al progreso agrícola e industrial del país. El especulador mercantil no sentía más que la necesidad de obtener los jugosos beneficios que producían los cargamentos de esclavos, sobre todo después de 1820.

La esclavitud envileció el trabajo; pero, al mismo tiempo, creó las condiciones de riqueza que permitirían el desarrollo del "tercer estado" y del proletariado urbano. El desarrollo producido por la agricultura de plantaciones esclavista atrajo a la población rural pobre hacia oficios urbanos y dió una base de sustento a la que pudiéramos llamar clase media; pequeños comerciantes urbanos, administradores, abogados, médicos, etc. El impacto negativo de la institución sobre la sociedad y la economía fué cumplidamente analizado por Saco en su famosa *Memoria sobre la vagancia* (1830); pero, al mismo tiempo, se pretendía reducir esos efectos por medio de sermones y consejos, cuando la realidad económica no ofrecía al blanco pobre perspectivas agradables. El alza de salarios después de 1790 había asestado un golpe mucho más rudo al prejuicio contra el trabajo artesanal que todos los consejos y buenos deseos de los teóricos del momento, en quienes el problema de la vagancia —en lo que ella podía ser producto del envilecimiento del trabajo resultante de la esclavitud— era una fuente de contradicciones y de confusión. En el propio planteamiento del problema de la vagancia

residía la contradicción: la vagancia era una suerte de desocupación compulsiva de la población blanca o su ocupación en actividades no productivas, aunque lucrativas. Era una situación compulsiva dado que la base del trabajo era el esclavo y no había manera de que los hacendados pensasen en otro tipo de trabajador. Tan cierto era esta situación que en los momentos de alza súbita de la actividad económica obrera o artesanal, se producen quejas acerca de la escasez de personal. Había un déficit de trabajadores libres, debido a la importación creciente de trabajadores esclavos y al abandono de todo plan para fomentar la inmigración de hombres libres.

A medida que el progreso azucarero fué produciéndose, la actitud de los hacendados varió. Las ideas de Saco, por ejemplo, reflejan la mayor importancia que comenzó a darse desde 1830 a los aspectos negativos de la esclavitud. Y este cambio se produce cuando comienzan las grandes transformaciones técnicas: es el momento en que el esclavo, por su aumento numérico y de precio, impide el desarrollo ulterior de la industria y es preciso reducir los costes aplicando medios accesorios nuevos que tienden a disminuir al número de esclavos y a encarecerlos comparativamente, pues constituían una partida muy fija en los gastos del ingenio. O sea, que el proceso industrial tendía a reducir el papel de la esclavitud y a mostrarla en sus aspectos negativos. Un hacendado no podía cifrar más el progreso de sus intereses en el aumento de la "dotación" de sus ingenios sino en el empleo de máquinas y aparatos. De ahí, la opinión cada vez más fuerte a favor de la abolición efectiva de la trata africana, a la que se suman no pocos hacendados notorios de la época. Pero ahora la trata dependía de la fuerza social y política de los especuladores, de los funcionarios cómplices en el contrabando y del temor a que se sufrieran los mismos efectos depresivos que la abolición de la institución había tenido en las colonias inglesas.

El hecho que existiera una vinculación estrecha entre el pensamiento sobre la esclavitud y el desarrollo económico, no excluye las ideas disonantes, digamos, por proceder de grupos o de individualidades sin relaciones de intereses con la producción y el comercio. De este aspecto trataremos sucintamente en el último párrafo del presente capítulo, al comentar los caracteres del que hemos denominado "tercer estado".

5. La distinta posición de los grupos sociales respecto de la evolución económica pone en primer plano, durante este período, la oposición entre los dos grupos de mayor importancia: los hacendados y los comerciantes. Puede afirmarse que hasta el arreglo definitivo de los

aranceles en 1824 esta oposición constituye el aspecto de mayor interés para la investigación histórico-social y, en realidad, la clave de muchos de los acontecimientos de la época.

La raíz de la oposición entre los hacendados y los comerciantes reside en la aparición de una fuerte economía de producción para exportar. Su peso, súbitamente, es de tanta fuerza en el desarrollo del país que tiende a reconstituir toda la colonia en torno al comercio de exportación, haciéndola depender del mismo en una medida cada vez mayor. Lógicamente el poder social tendía a desplazarse o a dividirse. Y, por ende, la posibilidad de determinar, influir o acomodar la legislación (en sentido lato, la política) colonial ya no estaba en manos de un grupo sino que podía estarlo en dos o más, dependiendo todo ello de la influencia que determinadas actividades tuvieran en la suerte del país.

Es evidente que los intereses comerciales ya tenían establecidas las bases jurídicas para su defensa, puesto que tradicionalmente el régimen colonial había tendido a garantizar las esferas de influencia de los intereses comerciales metropolitanos y coloniales. Cuba, por otra parte, había creado su propio comercio al amparo de su escaso desarrollo interno y de la subvención de fondos desde México para cubrir su balanza mercantil inclinada especialmente a las importaciones. Los intereses ganaderos no tenían sentido alguno respecto de la política económica. Pero al aparecer —o mejor, al fortalecerse el grupo de los hacendados, se aprecia una nueva fuerza interior cuyos intereses no coinciden con los del comercio, según ya explicamos en el número 1 de este capítulo. La oposición se manifiesta no solo al fundarse el Real Consulado sino en casi todos los documentos emanados de esa organización.

Hay, además, otro factor. No se han hecho estudios detallados sobre la composición de los distintos grupos relacionados con la economía; pero de la lectura de los documentos contemporáneos parece desprenderse que el grueso del comercio estaba constituido, particularmente a fines del siglo XVIII y en las dos primeras décadas del XIX, por elementos peninsulares o muy vinculados al crédito que concedían las grandes casas comerciales metropolitanas. Había una razón de orden práctico para que así fuera: la relativa facilidad con que se podía amasar una fortuna con el comercio, a diferencia de la dificultad que había para obtener tierras, cuando aun no se había salido de la etapa de inmovilidad de propiedad territorial. Los latifundistas por herencia podían transformarse fácilmente en agricultores cañeros o cafetaleros; los inmigrantes podían fácilmente enriquecerse con el comercio. El caso de Tomás Gener enriquecido con una "pulpería" en Matanzas, en el corto

espacio de unos años, parece muy elocuente; otro tanto, el de Domingo Aldama, que a través del comercio y del matrimonio, se enriquece y, una vez enriquecido, se hace hacendado.

Esta diferencia en la composición, digamos nacional, de los dos grupos sociales se agrava por la intervención de sentimientos político-patrióticos de los funcionarios. La polémica de Arango sobre la Factoría de Tabacos es un ejemplo de cómo la diferente actitud del funcionario español pesa en las luchas sobre los problemas económicos del momento. Arango, con énfasis, se adelanta a decir que le van a imputar el ser "hacendados y habanero"; interesante acusación que mezcla debidamente los dos elementos básicos de uno de los grupos sociales en pugna. Afortunadamente, los hacendados logran interesar en sus empresas a algunos de los más connotados personajes de la administración colonial. Las Casas que, por su origen, sus aficiones, su propensión liberal y, finalmente, por estar interesado en un ingenio azucarero, se une a los hacendados, en general a los criollos, favoreciendo su política y desarrollo, es el arquetipo del funcionario español que gobierna de acuerdo con los datos reales de la colonia. Los elementos, fueran funcionarios o comerciantes o simple pueblo, con sentimientos no identificados con los hacendados y con los propietarios de tierras criollos, figuraban con frecuencia agrupados en alguna forma que se diferencia mucho de lo que fué la actuación de Las Casas o de Someruelos o de algunos otros funcionarios.

Precisamente, las conmociones políticas de la época permiten observar que los elementos españoles se muestran antiaristocráticos por una oposición material y espiritual a los criollos predominantes. No es un azar, a nuestro entender, que los ataques del demagogo Piñeres se dirigieran, a un tiempo contra los criollos más connotados de la época y contra funcionarios como el Intendente Ramírez que hizo todos los esfuerzos posibles por llevar a una realidad las medidas de protección de los intereses de los productores cubanos. Ni es un azar que los liberales, incluso los nativos, que más participaron en los esfuerzos por implantar en Cuba el mismo régimen que existía en España, fueran, al mismo tiempo, portavoces de ideas que no representaban el ideario de los hacendados. Tales los casos del historiador Valdés y del Padre Varela. En definitiva, estos hechos deberán ser sustanciados algún día por investigaciones más a fondo. Queden como un intento de descubrir la mecánica social y económica de la comunidad colonial.

Sin embargo, queda siempre en pie el hecho de la oposición entre hacendados y comerciantes. Esta oposición, ya lo hemos dicho, no se

mantiene vigente durante todo el período. En definitiva, es evidente que una parte del comercio se beneficiaba extraordinariamente con el desarrollo de las exportaciones. Este fué el elemento que, en definitiva, tendería a unir los dos grupos o, por lo menos, a reducir sus diferencias. Posiblemente, el acercamiento entre ambos comienza a producirse durante la crisis de 1809-1811, cuando los documentos del Real Consulado muestran la unanimidad con que todos sus componentes demandaban la mayor libertad de comerciar con los norteamericanos y, en general, con los extranjeros. Todavía durante las gestiones para el "arreglo" de los derechos de aduanas en 1809 se observa que los intereses del comercio, concebido a la manera tradicional, tratan de defenderse con tipos de aranceles altos o restriccionistas, mientras Arango se mantiene como un firme partidario de la mayor libertad de importación y de exportación.

Los aranceles de 1819 fueron repelidos casi unánimemente, porque ya había desaparecido la oposición cerrada a la libertad de comercio tal como la concebían los hacendados, el grupo de Arango. Estos últimos, a su vez, habían obtenido lo esencial para garantizar un nivel adecuado de exportaciones: la autorización para comerciar con todas las banderas, la rebaja al máximo posible de los derechos de exportación y la mayor protección posible a la introducción de esclavos de utensilios y de aparatos para la industria. Esta especie de paz que se produce por la evolución económica, se traduce, asimismo, en una paz política a la que contribuyen ambos grupos, dentro de la medida en que la situación colonial les permitía seguir desenvolviendo sus actividades. Con razón en un momento de franqueza pesimista diría Varela: "En la Isla de Cuba no hay amor a España, ni a Colombia, ni a México, ni a nadie más que a las cajas de azúcar y a los sacos de café". Y *El Revisor Político Literario*, a su vez, decía elocuentemente:

"Acaba de imprimirse en Francia una obra de un charlatán viajero que estuvo en esta ciudad unos cuantos días en el año 1817, y que habla impertinentemente de todas nuestras cosas. Este y otros de su clase, nos increpan nuestra ignorancia. Quisieran hallar aquí astrónomos, químicos, botánicos, matemáticos, filósofos, económico-políticos, sabios, en fin, de todas clases como en Londres y París, y no recuerdan que los sabios nacen donde son necesarios; que aquí estimamos más un buen maestro de azúcar que a un ideólogo. Cuando nuestros bolsillos estén llenos, cuando nuestra riqueza raye con la de los estados que tienen de fecha mil años, entonces (no lo dudo) seremos sabios, porque necesitaremos serlo... Tenemos precisión de los que venden industria y no de los que venden luces."

No hemos transcrito este párrafo solo por su franqueza, su brusca sinceridad, sino porque da la medida de sentimientos que coinciden con los que señala Varela un año después de publicadas estas líneas en *El Revisor*. En este periódico colaboraban entonces los que habrían de ser años después dirigentes de la cultura cubana: DelMonte, Saco, Bermúdez y otros. Es que el lema del liberalismo a la española consistía en dos palabras: prosperidad y sosiego.

6. Mientras los hacendados y los comerciantes debaten sobre sus intereses, mientras los esclavos afluyen cada vez más a las costas de Cuba, mientras las exportaciones crecen por año y se diversifican, se está produciendo otro fenómeno social de importancia. Aparece el que hemos denominado "tercer estado", una suerte de clase media o de población socialmente intermedia, cuyos extremos tocan la esclavitud y la aristocracia respectivamente. Es difícil caracterizar el grupo y, sobre todo, establecer sus relaciones con el hecho económico que se estaba produciendo día a día.

Debido a la posición que ocupa, se compone de subgrupos o de sectores relativamente matizados, lo cual impide considerarlo como una entidad precisa. Es más bien, todo lo que no constituye aristocracia agraria o comercial, ni esclavitud. Se le define, pues, por exclusión. En primer lugar, comprende a los funcionarios, cada vez más numerosos por la proliferación de instituciones y por la ampliación de los cuadros administrativos tradicionales. Ocasionalmente, estos funcionarios podían enriquecerse o aliarse a familias aristocráticas. Con ellos figuraban los oficiales de ejército y de marina, que comúnmente no permanecían en el país, ni se casaban en él. Quizás el subgrupo de más importancia, por su relación más directa con el mundo de los negocios eran los abogados. Siempre hubo exceso de ellos y con el aumento de la riqueza y la multiplicación de empresas su papel fué cada vez más importante. De menos interés económico eran otros tipos de profesionales, como los médicos. Finalmente, los subgrupos de artesanos y dependientes, en los cuales la estratificación —en la medida en que existía— se basaba en el color de la piel.

Desde luego, la alta clase media, esto es, la formada por profesionales y funcionarios tenía una importancia urbana creciente. Su clientela eran precisamente los comerciantes y los hacendados y a medida que fué desarrollándose la economía, la vinculación de estos grupos a los negocios fué cada vez más estrecha. Pero ello no significa que se identificaran completamente con los grupos predominantes. Con razón

se ha dicho ello de Tomás Romay, por ejemplo, que queda incorporado al grupo aristocrático, por la alta significación reformista de su vida; pero esta era una de las tantas posibilidades de evolución del tercer estado. Había otras.

En efecto, el historiador Valdés, por ejemplo, que es un tipo propio de este grupo intermedio y cuya vida se caracteriza porque descuella a través de ocupaciones o quehaceres sociales —como el periodismo y la docencia— que no tenían una vinculación directa con la tierra, con el comercio o con el Estado, no se identifica con la clase superior sino que tiende, más bien, a representar al populismo germinativo propio de la época. Sus comentarios antiaristocráticos, su defensa de los pobres, sus sentimientos contrarios a los privilegios, le hacen disonar en aquel cuadro. Y sus contactos con hombres como Domingo Mendoza y José Agustín Caballero lo vinculan más bien a la alta clase media, lo muestran en condiciones de saber qué era lo que defendía.

Varela presenta nuevas modalidades dentro de aquella clase intermedia. No se sabe que tuviera relaciones estrechas con el mundo de los negocios, ni que su posición económica personal fuera sobresaliente. Tan desasido estaba de todos los intereses actuantes en la realidad económica que se atreve a idear un plan de abolición de la esclavitud. Es como si no le llegaran a alcanzar las grandes necesidades del momento, y si le llegaban no las entendía. Su periódico *El Habanero* se caracteriza por una gran capacidad para juzgar los hechos y las posibilidades políticas sin atención a intereses y prejuicios. En este sentido, su objetividad le permitía sostener que era mejor la revolución “hecha por los de casa”, pues los “desórdenes... que haya, serán contenidos y remediados con mucha más facilidad y empeño, por personas a quienes perjudiquen dichos desórdenes aun más que a los individuos contra quienes se dirijan”. Era una invitación a la política para los que solo pensaban en sus cajas de azúcar y en sus sacos de café.

La influencia del liberalismo en personajes de este grupo es un dato curioso. De un lado, los vemos seguir a Jovellanos, que tiene una visión de los problemas económicos discordante con los intereses propios de la agricultura comercial colonial; o de otro, los vemos traduciendo a Rousseau o jugando al jacobinismo, en abierta contradicción con la mesura y la cautela que Arango y los suyos recomendaban para no turbar el ritmo de expansión de la producción. Con razón diría Arango sobre los peligros de invasión en 1825: “Contemos, no obstante, en todos casos y estados, con los grandes propietarios, con esos buenos vasallos y malísimos soldados. Y ¿los demás? Los jóvenes, los aventureros, los

descamisados la gente de color los esclavos. . . ¡Cuántos enemigos, si un ejército de revolucionarios enarbola en nuestras playas su bandera de recluta!". Evidentemente, los "jóvenes" y los "descamisados" eran esta clase intermedia que no tenía las mismas razones que Don Francisco para temer a la subversión.

Pero esta misma, y supuesta, indiferencia ante los peligros que una revolución implicaba para la prosperidad de la colonia, no era común en los subgrupos que nos hemos referido, ni fué siempre inalterable. Con el transcurso de los años, al normalizarse la situación económica y disminuir la tensión política, los "jóvenes" estaban dispersados. Del Monte era un consejero jurídico en el grupo Aldama-Alfonso. Saco libraba batallas —al par que Arango Parreño— por la abolición definitiva de la trata. Varela se ocupaba de sus feligreses en Estados Unidos. Heredia se deshacía en medio de las amargas experiencias de la turbulenta República mexicana. Los artesanos, los dependientes de comercio, los "descamisados" de antaño no habían dejado huella que permita saber cual fué su destino y su pasión final. Pero cualquiera que fuese su papel, cualquiera que hubiera sido su éxito o su fracaso, o su importancia para la creación de riquezas o de cultura, ellos también habían contribuido, sin la pequeña ventaja de perdurar en el futuro —como los otros—, al progreso del país y la formación de esa entidad nacional que tan gallardamente peleó por la libertad y trabajó por su bienestar.

FUENTES

CAPITULO I

- ACTA DE LAS JUNTAS GENERALES QUE CELEBRÓ LA REAL SOCIEDAD ECONÓMICA DE AMIGOS DEL PAÍS DE LA HABANA. La Habana, 1830.
- ARCHIVO NACIONAL. *Junta de Fomento*. Leg. 94, exped. 3954.
- ARANGO PARREÑO, FRANCISCO DE. *Obras del Excmo. Señor*. La Habana, 1888.
- CELORIO, BENITO. *Haciendas Comueneras*. La Habana, 1914.
- GALA, IGNACIO. *Memorias de la colonia francesa de Santo Domingo con algunas reflexiones relativas a la Isla de Cuba*. Madrid, 1787.
- GUERRA, RAMIRO. *Azúcar y Población en las Antillas*. La Habana, 1935, seg. edic.
- LA SAGRA, RAMÓN. *Historia Económico-Política y Estadística de la Isla de Cuba*. La Habana, 1831.
- *Informe suscrito por D. Ramón de La Sagra sobre los medios de fomentar el cultivo del tabaco*. Boletín del Archivo Nacional, XXV, 1926.
- MARTÍNEZ FORTÚN Y FOYO, JOSÉ A. *Anales y Efemérides de San Juan de los Remedios y su jurisdicción*. La Habana, 1930, 32 y 34; ts. I, VII y VIII.
- ORTIZ, FERNANDO. *Contrapunteo cubano del tabaco y el azúcar*. La Habana, 1940.
- PAPEL PERIÓDICO DE LA HAVANA. 1791, 1792, 1794 y 1804.
- PÉREZ DE LA RIVA, FRANCISCO. *El Café. Historia de su cultivo y explotación en Cuba*. La Habana, 1944.
- PÉREZ Y LUNA, RAFAEL. *Historia de Sancti-Spiritus*. Sancti-Spiritus, 1888.
- REYNOSO, ALVARO. *Ensayo sobre el cultivo de la caña de azúcar*. Habana, 1862.
- SACO, JOSÉ A. *Colección de Papeles*. Ts. I, II y III. París, 1858-59.
- ZAMORA CORONADO, JOSÉ MARÍA. *Legislación Ultramarina*. 7 ts. La Habana, 1844-49.

CAPITULO II

- ARANO PARREÑO, FRANCISCO DE. Op. cit., espec. t. II.
- ARCHIVO NACIONAL. *Junta de Fomento*. Leg. 93, exped. 3953, 185, núm. 8355.
- BACARDÍ MOREAU, EMILIO. *Crónicas de Santiago de Cuba*. Santiago de Cuba, 1925, ts. I y II.
- BOLETÍN DEL ARCHIVO NACIONAL. *Expediente sobre la población de Nuevitas, jurisdicción de Puerto Príncipe*. XXX, 1931.
- *El Prior y Cónsules de la Havana elevan un plan que propone la Junta Económica para asegurar la tranquilidad y obediencia de los siervos de esta colonia*. (1799), XXXIII, 1934.
- CUADRO ESTADÍSTICO DE LA SIEMPRE FIEL ISLA DE CUBA. Habana, 1829.
- HUMBOLDT, ALEJANDRO DE. *Ensayo Político de la Isla de Cuba*. T. I. La Habana, 1930.
- LA SAGRA, RAMÓN DE. Op. cit.
- MALOUET, V. P. *Collection de Memoires et correspondances officielles sur Padministration des colonies*. 5 ts., espec. t. IV. París, año X (1799).
- MERLIN, LA COMTESSE. *La Havane*. 3 ts., espec. t. II. París, 1844.
- PEZUELA, JACOBO DE LA. *Historia de la Isla de Cuba*. Madrid, 1878, ts. III y IV.
- *Diccionario Geográfico, Estadístico, Histórico de la Isla de Cuba*. Madrid, 1865.
- ZAMORA CORONADO, JOSÉ MARÍA. Op. cit.

CAPITULO III

- ARCHIVO NACIONAL. *Junta de Fomento*. Leg. 93, exped. 3953; 101 núm. 4282, 4283, 4287 y 4292; 204 núm. 9034.
- ARANGO Y PARREÑO, FRANCISCO. Op. cit.
- BACARDÍ MOREAU, EMILIO. Op. cit., espec. t. II.

- CALVACHE, ANTONIO. *Historia y desarrollo de la minería en Cuba*. La Habana, 1944.
- DELMONTE, DOMINGO. *Centon Epistolario de*. T. I. La Habana.
- ESCALADA Y GIL, MIGUEL. *Memoria sobre el comercio y consumo de ganados en el rastro y carnicerías de la Habana. Anales de las Reales Junta de Fomento y Sociedad Económica de La Habana*. T. III, núm. 5 y 6, 1850.
- FRIEDLAENDER, H. E. *Historia Económica de Cuba*. La Habana, 1944.
- GONZÁLEZ DEL VALLE, ANGEL. *Memorandum a la Comisión Nacional de Propaganda y defensa del tabaco habano*. La Habana, 1929.
- GUERRA, RAMIRO. *Azúcar y población en las Antillas*. La Habana, 1931, seg. edic.
- *Manual de Historia de Cuba*. La Habana, 1938.
- MARTÍNEZ DE CAMPOS, JULIÁN FRANCISCO. *Memoria sobre el mejor modo de fabricar el azúcar*, (1797). *Memorias de la Sociedad Patriótica de La Habana*, t. XVI, 1842, 280-288.
- MEMORIAS DE SOCIEDAD PATRIÓTICA DE LA HABANA. (1793.)
- PÉREZ DE LA RIVA, FRANCISCO. Op. cit.
- RIJO, SEVERO (JOSÉ RIVERO MUÑIZ). *Origen y primeros tiempos de la industria tabaquera cubana. Tabaco*, La Habana, diciembre, 1945.
- ZAMORA Y CORONADO, JOSÉ MARÍA. Op. cit.

CAPITULO IV

- ARCHIVO GENERAL DE LA NACIÓN DE MÉXICO. *Real Consulado*. V. Julio Le Riverend.
- *Historia*. Ts. 45, 46, 161, 166, 182, 294, 331.
- ARCHIVO HISTÓRICO DE HACIENDA, MÉXICO. *La libertad de comercio en la Nueva España en la segunda década del siglo XIX*. México, 1943.
- ARCHIVO NACIONAL. *Junta de Fomento*. Leg. 72, núm. 2774; 2784; 71, núm. 2755; 88, núm. 3695; 88, núm. 3705; 72, núm. 2792; 74, núm. 2828; 73, núm. 2815; 88, número 3715; 89, núm. 3741; 93, núm. 3953.
- BACARDÍ MOREAU, EMILIO. Op. cit., t. I.
- CUADRO GENERAL DEL COMERCIO, NAVEGACIÓN Y RENTAS DE LA ISLA DE CUBA DESDE 1826 A 1848. (*Anales de las Reales Junta de Fomento y Sociedad Económica de la Habana*, t. II, núm. 5, 1950.)
- FRANCO, JOSÉ L. *Política Continental Americana de España en Cuba*. La Habana, 1947.
- HUMBOLDT, ALEJANDRO DE. Op. cit., t. II.
- LA SAGRA, RAMÓN DE. Op. cit.
- LE RIVEREND, JULIO. *Documentos cubanos y relativos a Cuba de la colección Real Consulado del Archivo General de la Nación de México. Boletín del Archivo Nacional*, XLII y XLIII (1945 y 1946).
- PEZUELA, JACOBO DE LA. *Diccionario*, cit.
- ZAMORA Y CORONADO, JOSÉ MARÍA. Op. cit.

CAPITULO V

- ARCHIVO NACIONAL. *Junta de Fomento*. 204, núm. 9006.
- DELMONTE, DOMINGO. *Centon Epistolario de*. T. I.
- HEKEDIA, ALVARO DE. *Hace cien años. Cuba Contemporánea*, t. XXXVIII, núm. 151, julio 1925.
- LA SAGRA, RAMÓN DE. Op. cit.
- ORTIZ, FERNANDO. *Las perspectivas económico-sociales del primer ferrocarril de Cuba*. (*Revista Bimestre Cubana*, vol. XL, núm. 2, noviembre-diciembre 1937.)
- PEZUELA, JACOBO DE LA. *Historia cit.*, t. IV.
- *Diccionario* cit.
- PICHARDO, ESTEBAN. *Caminos de la Isla de Cuba*. 3 ts. Habana, 1865.
- SACO, ANTONIO. *Sobre canales y caminos de hierro en 1834. Revista Bimestre Cubana*, cit.
- *Colección de Papeles*. T. I.
- VALDÉS DOMÍNGUEZ, EUSEBIO. *Primeros caminos de hierro en la Isla de Cuba*. (*Revista Económica*, II, 31, 1878.)
- ZAMORA Y CORONADO, JOSÉ MARÍA. Op. cit.

CAPITULO VI

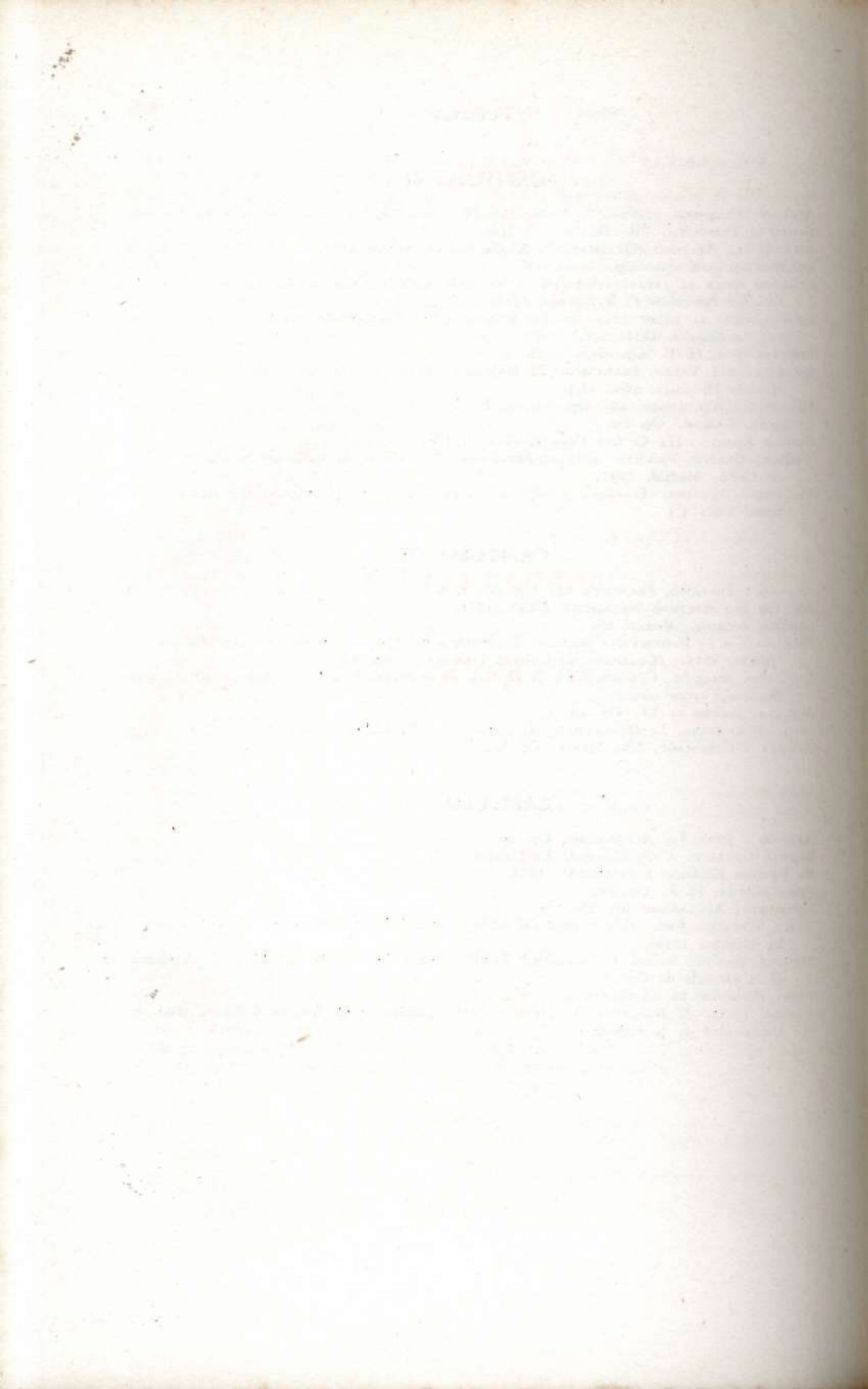
- ARCHIVO NACIONAL. *Junta de Fomento*. Leg. 72, exp. 2776; 93, núm. 3953; 204, núm. 9002.
- BANCO DE FERNANDO VII. *Diario de la Habana*, 1832.
- BOLETÍN DEL ARCHIVO NACIONAL. T. XLIX, enero-diciembre 1950.
- DELMONTE, DOMINGO. Op. cit., t. IV.
- DISCURSO SOBRE EL ESTABLECIMIENTO DE UN BANCO EN LA ISLA DE CUBA. *Memorias de la Sociedad Patriótica de la Havana*, 1818.
- ENSAYO SOBRE EL VALOR LEGAL DE LAS MONEDAS ASÍ EXTRANJERAS COMO NACIONALES. (*La Cartera Cubana*, 1838, t. I.)
- FRIEDLAENDER, H. E. Op. cit.
- GONZÁLEZ DEL VALLE, FRANCISCO. *La Habana en 1841*. La Habana, 1948. (Cuadernos de Historia Habanera, núm. 38.)
- HUMBOLDT, ALEJANDRO DE. Op. cit., t. I.
- LA SAGRA, RAMÓN. Op. cit.
- RENTAS REALES. (*La Cartera Cubana*, 1838, t. I.)
- VÁZQUEZ QUEIPO, VICENTE. *Informe Fiscal sobre fomento de la población blanca en la Isla de Cuba*. Madrid, 1845.
- VILLANOVA, MANUEL. *Economía y Civismo*. La Habana, 1945. (Cuadernos de Cultura. Serie Sexta, núm. 6.)

CAPITULO VII

- ARANGO Y PARREÑO, FRANCISCO DE. Op. cit., t. I.
- BOLETÍN DEL ARCHIVO NACIONAL. XXIX, 1931.
- GUERRA, RAMIRO. *Manual*, cit.
- HOMENAJE A LA BENEMÉRITA SOCIEDAD ECONÓMICA DE AMIGOS DEL PAÍS DE LA HABANA. La Habana, 1936. (Cuadernos de Cultura Habanera, núm. 4.)
- LLAVERÍAS, JOAQUÍN. *Contribución a la Historia de la Prensa Periódica*. (Boletín del Archivo Nacional, varios años.)
- PEZUELA, JACOBO DE LA. Op. cit.
- ORTIZ, FERNANDO. *La Hija cubana del iluminismo*. La Habana, 1943.
- ZAMORA Y CORONADO, JOSÉ MARÍA. Op. cit.

CAPITULO VIII

- ARANGO Y PARREÑO, ALEJANDRO. Op. cit.
- BROWN, GERARDO. *Cuba Colonial*. La Habana, 1952.
- EL REVISOR POLÍTICO Y LITERARIO. 1821.
- FRIEDLAENDER, H. E. Op. cit.
- HUMBOLDT, ALEJANDRO DE. Op. cit.
- LÓPEZ SÁNCHEZ, JOSÉ. *Vida y obra del sabio médico habanero Dr. Tomás Romay Chacón*. La Habana, 1950.
- MÉNDEZ, MANUEL ISIDRO. *El Intendente Ramírez*. La Habana, 1944. (Publ. de la Academia de la Historia de Cuba.)
- PAPEL PERIÓDICO DE LA HAVANA.
- VARELA, FÉLIX. *El Habanero*. La Habana, 1945. (Biblioteca de Autores Cubanos, núm. 4. Universidad de la Habana.)



LIBRO CUARTO

PROCESO SOCIAL

LIBRO CUARTO

PROCESO SOCIAL

CAPÍTULO I

LA ESCLAVITUD DE LOS NEGROS

LA libertad de la trata, proclamada en 1789, permite y estimula un crecimiento tan rápido de la esclavitud que en unos pocos años tiene lugar un cambio notable en la composición étnica de la población cubana: el número de habitantes blancos queda reducido a una sensible y peligrosa minoría, como se ve en los cuadros y cálculos estadísticos de la época. Asociada además la libre introducción al desarrollo alcanzado en brevísimo lapso también por la industria azucarera y por la cafetalera, transfórmase la isla en una "colonia de plantaciones", muy semejante en sus características esenciales a las otras colonias europeas de las Antillas.

El libre comercio de negros africanos y el flamante desarrollo industrial que hemos apuntado contribuyen sin duda a empeorar la triste suerte de los esclavos. Los pequeños ingenios de antaño, atendidos por un corto número de trabajadores serviles, van a convertirse en "explotaciones industriales cada vez mayores, en las cuales se exigía al esclavo el máximo de trabajo para bajar el costo de producción en los períodos desfavorables, y un esfuerzo aun más considerable en los años buenos para asegurar mayores ganancias al hacendado". Los bienes y los males, productos del incremento del capitalismo, apunta Ramiro Guerra, "iban a comenzar a producirse conjuntamente".

Es pues esta ocasión —el período histórico que corre desde 1790 hasta 1837, época de extraordinario auge esclavista—, la oportunidad propicia para examinar algunos aspectos sociales de la esclavitud que complementen, para una mejor apreciación de conjunto, el detenido estudio de sus implicaciones políticoeconómicas realizado en otras páginas de este mismo tomo.

La trata de esclavos en los dominios de España fué abolida por el tratado de 23 de septiembre de 1817, arrancado a Fernando VII por la apremiante solicitud de los ingleses, y a virtud del cual, a partir del día 30 de mayo de 1820, no sería lícito a ningún súbdito de la corona es-

pañola el comprar esclavos o continuar el tráfico de los mismos en parte alguna de la costa de Africa, bajo ningún pretexto ni de ninguna manera que se intentase. Pero el referido convenio resultó en seguida letra muerta, ineficaz para los ávidos traficantes. La *trata legal* fué sustituida por la *trata clandestina* y la dura condición de los *bozales* se hizo más terrible y aleatoria, pues los capitanes de barcos negreros, para escapar a la estrecha persecución de los marinos ingleses, no vacilaron en arrojar a las aguas sus cargamentos de esclavos, y dió lugar asimismo a que se agruparan, en ilícita asociación, hacendados, autoridades y negreros, deseosos unos y otros de continuar, a pesar de las promesas solemnes de 1817, reiteradas en 1835, el horrendo pero jugoso tráfico.

La persecución implacable de los cruceros británicos obligó a reducir al *mínimum*, a bordo de los buques negreros, el acopio de víveres y de agua y desde luego el espacio reservado a los *bozales* —se sacrificaron todas las medidas de protección de los esclavos a la rapidez y al cuidado de evitar encuentros peligrosos—, y la mortalidad durante las travesías, que antes de la prohibición alcanzó un poco más del 10 por ciento, subió entonces a un 21.40 por ciento, según cálculos conservadores hechos para las expediciones llevadas a cabo entre 1819 y 1830.

Desde las playas occidentales de Africa, manantial de hombres, según la gráfica expresión de Arango y Parreño, venían los barcos negreros a depositar su triste cargamento en las costas de Cuba. En época de la *trata legal*, el buque hacía su entrada libremente, de día o de noche, en los puertos cubanos habilitados para ese fin; bajo la *trata clandestina*, vióse obligado a alijar su doliente carga en lugares desiertos o poco frecuentados de nuestras costas, o en las isletas y en los cayos vecinos, con la complicidad o desafiando las órdenes y los bandos de las autoridades españolas. Domingo del Monte, en una de sus respuestas al famoso interrogatorio de Mr. Richard R. Madden, Juez, por Inglaterra, del Tribunal Mixto creado en La Habana por el nuevo convenio de 1835, afirmó, en 1839, que el capitán general de la isla recibía 8 pesos 4 reales por cada negro que era introducido de contrabando.

A veces, el buque negrero se detenía en Puerto Rico para procurarse, mediante costoso soborno, un documento oficial que amparase su cargamento, declarándolo con palmaria falsedad procedente de la vecina isla antillana. En alguna ocasión, perseguido y capturado un barco por los cruceros ingleses y conducido más tarde a la bahía de La Habana, se hizo desembarcar a los esclavos durante la noche, defraudando de ese modo la celosa actividad de los oficiales británicos. Cirilo Villaverde, en las páginas imperecederas de *Cecilia Valdés*, nos ha referido las argu-

cias y los expedientes a que acudían los traficantes para vestir y poder presentar como antiguos esclavos a los negros africanos de un buque recién apresado.

Una vez en tierra cubana, el negro bozal era entregado en las propiedades rurales de la persona a la que venía consignado o, en su defecto, era conducido a los mercados de esclavos establecidos en rústicos y anti-higiénicos barracones. En esta ciudad de La Habana, y en los días de la trata lícita, se acostumbraba anunciar en las publicaciones periódicas o en hojitas volantes, el día y la hora en que se abriría feria de negros bozales en los barracones del vecino pueblo de Regla, o en los que se alzaban aledaños a la alameda de extramuros, el paseo más frecuentado de la población. Vendido o entregado el esclavo, el amo, durante el apogeo de esta época nefasta, lo hacía *herrar* o *calimbar* en seguida, a manera de señal inequívoca de identificación y de dominio, y le ponía un nombre cristiano, que a menudo el bozal llevaba grabado en un objeto que se le colgaba al cuello y que además se estampaba en sus ropas.

Según Fernando Ortiz, cuyo magnífico estudio sobre *Los negros esclavos* es pauta y referencia indispensables de este trabajo, los esclavos se dividían en *bozales*, *ladinos* y *criollos*.

Se daba el nombre de *bozal* al negro africano que aun no había aprendido nuestro idioma, denominación que se le cambiaba por la de *ladino* tan pronto como pudiera expresarse en castellano. *Criollo* era el esclavo nacido en Cuba; pero al hijo de éste se le aplicaba otro término, *rellollo*.

Había varias clases de *bozales*, según sus diferentes edades: *muleques*, de 6 a 14 años; *mulecones*, de 14 a 18; y *piezas de ébano* o simplemente *piezas*, de 18 a 35. Al bozal muy torpe se le solía llamar *bozalón*.

A los negros africanos, bozales o ladinos, se les nombraba también *negros de nación*, para distinguirlos de los criollos y de los rellollos. Y no solamente se vendían los negros de nación y los nacidos en Cuba, sino que también eran objeto de este odioso tráfico, como observa Ortiz, los *mulatos*, hijos de blanco y de negra, o viceversa, y los *chinos*, provenientes de mulato y de negra, o viceversa también.

El valor del esclavo dependía de su condición (bozal, ladino o criollo), de su edad, de sus aptitudes, de su estado de salud, de su carácter. Por 1792, un bozal se vendía en 200 pesos; un negro ladino, en 300; uno criollo, en 400. En 1821, en los comienzos de la prohibición, un negro bozal llegó a valer de 500 a 600 pesos; pero las numerosas intro-

ducciones clandestinas hicieron descender muy pronto su precio (a 300 pesos, en 1827; de 200 a 250, en 1831).

Ortiz señala, y con razón, como un testimonio de lo que era y significaba aquel comercio infame, los anuncios que aparecían en los periódicos de entonces ofreciendo esclavos y esclavas en venta, con o sin sus crías, y facilitando su permuta por bestias o determinados objetos.

Para Alejandro de Humboldt, el gran viajero y sapientísimo escritor alemán, "la esclavitud es, sin duda, el mayor de todos los males que han afligido a la humanidad, ya se considere al esclavo arrancado de su familia en el país natal y metido en los depósitos de un buque negrero, ya se le considere como que es parte de un rebaño de hombres negros apriscados en el territorio de las Antillas"; pero, añade el ilustre autor del *Ensayo político sobre la isla de Cuba*, existen "grados en los sufrimientos y en las privaciones" de los esclavos. ¡Qué distancia, anota el propio escritor, entre el esclavo que presta sus servicios en una casa acomodada de La Habana o de Kingston, o que trabaja por su cuenta, dando únicamente a su amo una retribución diaria, y el esclavo infeliz que forma parte de la dotación de un ingenio! Humboldt cree que las amenazas con que se trata de corregir el comportamiento de un esclavo recalcitrante nos sirven para conocer esa triste escala o gradación de las privaciones y de los sufrimientos humanos. Al negro calesero que vive en casa de sus amos en la ciudad, se le amenaza con enviarlo al cafetal; al que trabaja en el cafetal se le habla de mandarlo al ingenio. Y aun dentro de la dotación del ingenio, ¡qué diferencia entre el negro que habita con su familia una casa separada, por pobre y destartada que ésta sea, y el esclavo que se halla como perdido entre la multitud de seres infelices que pueblan el barracón!

La sagaz observación del famoso viajero europeo nos permite establecer dos grandes agrupaciones o clases entre los esclavos: los que se encontraban dedicados a los servicios urbanos y domésticos y los que, más desdichados, trabajaban en las plantaciones del amo (vegas de tabaco, cafetales, ingenios).

El esclavo que era capaz de desempeñar los quehaceres ordinarios de la casa o de ganarse la simpatía y la buena voluntad de sus amos, quedaba incorporado muy pronto al servicio doméstico. Allí, en la vivienda de la familia, aliviado del rudo trabajo de los campos y de las miserias y sevicias del barracón, el esclavo negro conocía de las satisfacciones de una vida mejor y más independiente; gozaba a menudo del afecto y de la generosidad, más o menos interesada, de sus amos; y podía reunir alguna cantidad que le permitiera más tarde coartarse y hasta comprar

acaso su libertad definitiva, aspiración suprema de su existencia. Las hembras podían proporcionarse también algún dinero y aun conseguir su ambicionada emancipación, haciendo de concubina o manceba de algún hombre blanco, lo que, afirma Ortiz, era considerado como una distinción por la mujer esclava.

Los esclavos urbanos —sirvientes u obreros, que también los había— gustaban de vestirse como las personas blancas, cuyas ropas viejas o desechadas a veces se ponían. En alguna que otra ocasión les era permitido a los esclavos urbanos frecuentar el trato de sus amigos y de sus *cara-belas* (los bozales que habían llegado a Cuba a bordo de un mismo barco negrero), o concurrir a los *cabildos* y *bailes de cuna*, sus diversiones favoritas.

A los esclavos urbanos y rurales era posible cederlos en arrendamiento a un tercero que pagaba por sus servicios una renta, cuya cuantía estaba estrechamente ligada a las aptitudes y habilidades del propio siervo. Esta modalidad de la esclavitud, apenas conocida en las plantaciones, era con frecuencia practicada en las ciudades, donde algunas personas de modesta posición solían invertir sus ahorros en la compra de negros esclavos que luego daban en alquiler como un medio de asegurarse una pequeña entrada. El esclavo arrendado gozaba casi siempre de una mayor libertad de movimientos que el esclavo doméstico, sometido a la constante vigilancia de sus amos, y podía cumplir oficios y menesteres que le permitirían reunir algunas sumas, más o menos lícitamente ganadas. Al esclavo urbano le estaba franqueado también el arrendarse a sí mismo y trabajar por su cuenta, pagando a su amo, a manera de censo o de canon, una determinada cantidad cada cierto tiempo. Pero aun entre los propios negros esclavos se estimó como inferior la condición del siervo arrendado, ya que el mero hecho del arrendamiento denunciaba que no se pertenecía a casa rica y de brillante posición social, sino, como hace notar Ortiz, a modestos propietarios que buscaban en el trabajo alquilado de sus esclavos una ayuda para cubrir sus necesidades. ¡Que también entre los más humildes y menesterosos suelen darse estas absurdas e incomprensibles vanidades!

En suma: que la esclavitud urbana, con sus variantes y modalidades, ofrecía situaciones más favorables —menos adversas— que las que se veían obligados a soportar los trabajadores de las plantaciones.

En la escala de las privaciones y de los sufrimientos humanos a que aludió el famosísimo barón Alejandro de Humboldt, los negros esclavos pertenecientes a las dotaciones de los ingenios ocupaban, por consensus general, el último y sin duda el más miserable peldaño.

Antes de 1789, la situación del esclavo rural en las modestas fábricas de azúcar de entonces, había sido bastante tolerable y sin duda alguna superior a la de sus infelices hermanos de las otras colonias europeas; pero la abundancia de brazos serviles que produjo la libre introducción, permitió a los hacendados someter a sus negradas, como antaño se hiciera con los indios de las encomiendas, a trabajos excesivos y agotadores, ya que el esclavo que caía víctima de aquella terrible explotación era fácilmente sustituido por otro, "con la misma indiferencia con que se reemplazaba una pieza de la maquinaria destruida por el uso". La impía sed de oro, móvil de tantas acciones inicuas, perturbó y nubló muchas conciencias; pero "el gemido hondo y desgarrador, salido del pecho conturbado de la piedad cubana", movió la pluma de nuestros escritores de costumbres, llevando a sus páginas palpitantes y coloristas, como ha dicho Juan J. Remos, todo el proceso de la esclavitud, con "sus infamias, sus maldades, su inspiración inmoral y sus prácticas inhumanas". Y en las obras de Cirilo Villaverde y de Anselmo Suárez y Romero, para no mencionar sino a los dos más ilustres y destacados entre los cultivadores del género, encuentran hoy día el historiador y el sociólogo magníficas descripciones y jugosos y perspicaces comentarios que son fuente caudalosa de nuestros estudios e investigaciones sobre el tema. *Cecilia Valdés*, de Villaverde, y *Francisco* y la admirable *Colección de artículos*, de Suárez y Romero, nos brindan, sin mengua del arte, capítulos aprovechables y aprovechados en el curso de este trabajo.

¿Dónde y cómo vivían los esclavos de la *dotación* de un ingenio? La *negrada*, que así se llamaba también a la dotación, vivía reclusa por lo común en el *barracón*, aunque algunos esclavos, menos infortunados, habitaban con sus familias en bohíos miserables que se levantaban aquí y allá, sin orden ni concierto, dentro del perímetro del ingenio, y a cuyo conjunto se daba asimismo el nombre de *barracones*.

El barracón, asiento de todo género de sevicias y de privaciones, solía ser una vasta construcción rectangular de mampostería y tejas, edificada alrededor de un patio interior cuyo centro ocupaba un modesto colgadizo que servía para proteger del sol y de la lluvia el pozo y la cocina comunes. La única puerta de entrada al barracón presentaba un curioso artefacto en forma de torniquete, que servía para contar a los negros y también para impedir el paso de las bestias al interior del pequeño zaguán que se abría sobre el patio. A uno y otro lado del zaguán estaban las habitaciones reservadas al negro contramayoral y a su familia y la habitación donde se armaba el cepo. Una fuerte reja

de gruesos barrotes y pesados cerrojos daba acceso al patio interior que se hallaba rodeado de un vasto colgadizo, a manera de soportales. Los varios departamentos del barracón —había espacios reservados a los hombres, a las mujeres y a las doncellas; más tarde los habría también para los colonos asiáticos y para sus cuadrilleros— daban al patio central y recibían la luz y la brisa del exterior por medio de reducidas y bien resguardadas ventanas. Un inmundo y repugnante cuartucho al fondo del edificio servía para satisfacer las más excusadas necesidades. Un hombre armado y feroces mastines vigilaban de noche la puerta de acceso al patio central.

El barracón, anota Ortiz, se edificaba cerca de la casa del trapiche, pero un poco alejado de la casa de vivienda, a sotavento de la misma, para impedir que los malos olores y los peligros de un posible incendio (los negros mantenían viva durante toda la noche la llama de una hoguera) pudiesen perturbar o poner en riesgo la vida de los amos.

Coronando el barracón o en sus cercanías se levantaba la campana, cuyos broncos y repetidos sones regulaban los varios turnos de la áspera faena de los esclavos.

El vestido del esclavo corría parejas con la pobreza de su vivienda y la parquedad de sus alimentos. La *esquifación*, que así se llama a su vestuario, debía consistir, según prudentes previsiones reglamentarias, en dos mudas al año, entregadas los meses de diciembre y de mayo, compuesta cada una de camisa y calzón de coleta o rusia, un gorro o sombrero y un pañuelo —en la esquifación de invierno debía añadirse una chaqueta de bayeta o una frazada, en forma alternativa—; pero en la práctica el vestido del esclavo quedó muchas veces reducido a las dos burdas mudas de cañamazo, que al poco tiempo mostrábanse convertidas en sucios harapos, a través de cuyos numerosos agujeros y descosidos se veían “las carnes negras y sin lustre”, ha escrito Villaverde. Un par de rústicos zapatos, contruidos por los propios esclavos, era considerado y exhibido como un artículo de lujo. Por lo general, todos, hombres y mujeres, andaban descalzos.

La alimentación del esclavo rural pecaba de sobria, a pesar del rudo y prolongado trabajo a que vivía sometido. Media libra de carne o de bacalao, cuatro onzas de arroz y alguna otra menestra o harina, seis u ocho plátanos o su equivalencia en boniatos, ñames, yucas y otras raíces alimenticias, distribuidos en dos o tres comidas al día, eran suficientes, a juicio de los redactores del Reglamento de 1842 —nuestro *código negro*—, para mantener y reponer de sus fatigas a los esclavos. Apresurémonos a hacer constar, como lo hiciera Saco, que una porción de la

harina de maíz que recibían como parte de su alimentación la reservaban los infelices siervos para sus crías de cochinos, allí donde la bondad o la previsión de sus amos les permitían mantener esa pequeña ayuda.

La vida, y la muerte, de los esclavos rurales dependía de la figura siniestra y repugnante del *mayoral*. Hombre cruel y sin escrúpulos, azote y terror de los esclavos a quienes se complacía en flagelar y en someter a los más recios tormentos y a las más duras privaciones como castigo de sus más pequeñas faltas; descontento de todo y a todos inspirando recelos y desconfianzas, el áspero personaje ha quedado en las páginas de nuestras novelas de costumbres y en la imaginación popular como cifra y compendio de todas las iniquidades y de todos los desafueros, capaz de realizar las mayores torpezas y los más horrendos crímenes. Pero el mayoral, que sólo cede ante las órdenes del amo, tiene a su lado una triste réplica, más temible y más temida aún: el *contramayoral*, un negro esclavo como los otros, y acaso por esa circunstancia duro e implacable con sus infelices compañeros, a quienes en ocasiones hace objeto de terribles y feroces venganzas.

El mayoral, responsable en definitiva ante el propietario del ingenio de los trabajos de la dotación, es el que distribuye, por medio de sus auxiliares, la tarea que deben cumplir los esclavos. Tres veces durante la jornada, al alba o Ave María, al mediodía y a la Oración, se forman los esclavos en semicírculo —las hembras separadas de los varones— frente a la vivienda del mayoral. Este, de pie en el centro de la negrada, verifica las ausencias por enfermedades o por fuga y cuida de apuntar al contramayoral, que es todo oídos, cómo debe repartir los trabajadores en las diversas y urgentes atenciones de la zafra. A punto de marchar para la faena, se provee a cada esclavo de sus instrumentos de labor, herramientas que se guardan en una pieza segura del ingenio, cuya llave no se debía confiar jamás —lo ordenaba el Reglamento— a manos serviles.

En los campos de caña, en la casa de calderas, en el trapiche o en los secaderos trabajaban los esclavos en fatigosas tareas de dieciséis horas de duración, interrumpidas tan sólo por los breves descansos concedidos para reponer las fuerzas y tomar algún alimento, siempre bajo el áspero látigo y el rudo vocerío del contramayoral.

Con las primeras sombras de la noche, los negros macheteros (cortadores de caña) volvían, sudorosos y cansados, hacia las construcciones del batey, donde ya se habían encendido las primeras luces; pero antes de dar por terminada su ruda faena aun debían emplearse en pequeños pero engorrosos menesteres que prolongaban y acentuaban su fatiga.

Al toque de oración, formados de nuevo en semicírculo los esclavos, el mayoral designaba los que habrían de servir el *cuarto de prima* (desde la Oración hasta las doce) y el *cuarto de madrugada* (desde la medianoche hasta el Ave María), cuidando de reservar los negros más robustos y más ágiles —los menos desgastados— para las labores al aire libre de la madrugada, fresco y húmedo, en los cortes de caña y en la conducción de las carretas.

En la casa del trapiche, la actividad y la animación duraban todo el día, sin soluciones de continuidad, y el calor espantoso de las fornallas, constantemente alimentadas y crepitantes, requería fortaleza y maña singulares en los trabajadores de aquella dependencia, y era capaz de quebrantar y de aniquilar, por su extraordinaria rudeza, el organismo más férreo del más fornido y resistente esclavo.

Los esclavos que por su avanzada edad o por sus enfermedades no se hallaban en aptitud de soportar los rudos trabajos de las plantaciones (los *negros matungos*), solían desempeñar el cargo de *guardiero* o guardián de las *tanqueras* de la finca, de los potreros o de la puerta de los barracones, o eran empleados, como anota Ortiz, en cualquiera otra ocupación apacible propia de su estado infeliz y de sus escasas fuerzas. Anselmo Suárez y Romero, poeta de la naturaleza cubana y observador perspicaz de nuestras costumbres, nos ha dejado en las páginas de su *Colección de artículos* y de su novela *Francisco*, vívidas e inolvidables descripciones de ese solitario guardián, invalidado más por los achaques que por los años, que se guarecía en un misérrimo bohío o rancho de yaguas, y que conllevaba su triste aislamiento rodeado de un perro sato, su fiel e inseparable compañero, y de unas cuantas gallinas, que constituían su sola distracción y su único tesoro.

Las negras esclavas compartían con sus hermanos de cautiverio y de infortunio los rudos y fatigosos trabajos de la molienda. Criterios absurdos e injustificados, no humanas y generosas consideraciones, las habían mantenido casi apartadas largos años —siglos enteros— de las dotaciones de los ingenios; pero cuando la prohibición y la represión de la trata hicieron cada día más difíciles nuevas y cuantiosas introducciones, se las vió figurar, en número cada vez mayor, en todas las plantaciones. Para las mujeres esclavas —para las mujeres de los esclavos, valdría mejor decir— no había domingos ni días de fiesta de ambos preceptos. Puestas en pie con las primeras claridades del alba, consumían la mayor parte de su tiempo en los cañaverales, al resistir del sol, para luego cumplir, en el modestísimo hogar —si hogar podía llamarse a su mísero bohío— los trajines menudos de la casa y de la familia: lavar y zurcir la ropa, preparar la comida, cuidar de los hijos...

para más tarde echarse a dormir, durante los agobiadores meses de la zafra, no más de cinco horas al día. Y sin embargo, como observó Anselmo Suárez y Romero, andaban siempre alegres, el rostro placentero, sin aquella gravedad que mostraban de ordinario los negros, y muy raras veces se las vió, desesperadas, quitarse la vida ahorcándose. Por eso solían decir los mayores que las negras eran de más resistencia y de más constancia para el trabajo que los mismos hombres.

Las negras viejas tomaban parte en las labores de la cocina y sabían preparar los platos típicos de sus regiones africanas de origen, muy gustados por los esclavos. Hasta los niños y las niñas, y desde edad muy temprana, veíanse obligados a prestar el concurso de sus brazos en las faenas de la plantación.

Con los primeros aguaceros fuertes —en el mes de mayo o a principios de junio— hacíaese imposible el tránsito de las carretas por las guardarrayas anegadas o cubiertas de lodo y cesaban, al fin, los trabajos y fatigas de la zafra. Venía el *tiempo muerto*, pero para el infortunado negro esclavo las nuevas labores que se veía constreñido a realizar eran asimismo ásperas y fatigosas, si bien, justo es declararlo, se le apremiaba y exigía un poco menos entonces.

La principal diversión —la única casi— de los esclavos rurales era el *baile*. Los días de festividad religiosa (días colendos o *de tabla*), y a veces también los sábados a medianoche, una vez concluido el cuarto de prima, momento en que se solía interrumpir por lo regular la molienda, les estaba permitido a los esclavos *bailar tambor*, pero sin poder salir de la finca ni mucho menos juntarse con los de las otras plantaciones cercanas, y siempre en espacios abiertos y a la vista de sus amos, mayores o capataces.

Una vez calentados los parches —“la candela es la clavija de esos instrumentos”, anota Suárez y Romero—, la negrada apretábase alrededor de los tocadores y dos diestros danzantes, un negro y una negra, bailaban en medio del ruedo, mientras los otros concurrentes los animaban palmoteando y repetían incansables el estribillo de las canciones que los corifeos —dos negros viejos— entonaban y sostenían. —¿Y qué figuras hacían los bailadores? —pregunta el celebrado autor de la *Colección de artículos*. “Siempre ajustados los movimientos a los varios compases del tambor, ora trazando círculos, la cabeza a un lado, meneando los brazos, la mujer tras del hombre, el hombre tras de la mujer; ora bailando uno enfrente del otro, ya acercándose, ya huyéndose; ora se ponían a virar, es decir, a dar una vuelta rápidamente sobre un pie,

y luego, al volverse de cara, abrían los brazos, y los extendían, y saltaban sacando el vientre. Algunos, luego que tomaban calor, alzaban un pie en el aire, seguían sus piruetas con el otro, y cogían tierra con las manos inclinándose hacia el suelo que parecía que iban a caerse. . .”

Los bailes de los sábados solían concluir con las primeras claridades del nuevo día, cuando los infelices esclavos, rendidos de fatiga, emprendían el triste regreso a sus miserables bohíos o al aspérrimo barracón.

El Reglamento de Esclavos, promulgado en 1842, reconocía al señor la facultad de castigar a sus siervos con prisión, grillete, cadena, maza o cepo, o con azotes, cuyo número máximo cuidó de fijar en veinticinco; pero en la época que examinamos, antes de la vigencia de ese código esclavista, tan sólo la voluntad o la imaginación de los amos y de sus mayores regulaban la forma y la frecuencia de los castigos, aunque sin embargo, como observa Ortiz, los excesos de los señores podían ser a su vez castigados.

La pena de *prisión* se sufría en los infectos calabozos del propio barracón, después de cumplir los trabajos ordinarios de la jornada. El *grillete* consistía en sendas argollas de hierro que se ajustaban por medio de remaches a una o a las dos piernas del esclavo. En el caso del grillete doble, una gruesa y pesada *cadena* unía los dos aros y el pobre esclavo, para caminar, necesitaba sostenerla con la mano izquierda o recogerla con mil fatigas a la cintura. La pena de grillete no eximía tampoco de los trabajos habituales de la plantación. La *maza* era una variante del grillete. Un pesado tronco de madera sujeto a una cadena unida al grillete que se ha soldado alrededor de uno de los tobillos del esclavo, daba nombre a este duro castigo. El negro, para andar, tenía que colocarse la maza encima de la cabeza, y como esta pena imposibilitaba a la persona castigada para desempeñar las faenas del ingenio, fué muy poco usada. El *cepo* era un largo y pesado tablón en el cual se introducían los pies, las manos y hasta la cabeza del negro esclavo. El cepo se armaba—ya lo dijimos—en uno de los cuartos del barracón inmediatos al zaguán o pasillo de entrada.

La pena de *azotes* era el castigo más común y se daba por lo general en el *tumbadero*, sitio o espacio donde los castigados debían tumbarse o virarse—de ahí su nombre de *boca-abajo*—para recibir sobre sus espaldas desnudas los latigazos. Dos o más esclavos sujetaban fuertemente a la víctima contra el suelo, mientras otro siervo, lo más a menudo un contramayoral, administraba implacable los azotes con un látigo de corto mango y finas y flexibles tiras de cuero que desgarraban las car-

nes y hacían correr profusamente la sangre. En el argot de los ingenios, el triste acto de azotar a un esclavo era conocido por *menear el guarapo*.

La pena de azotes tenía sus variantes y sus refinamientos, que Fernando Ortiz enumera y describe: el *novenario*, nueve azotes diarios durante nueve días consecutivos; el *boca-abajo llevando cuenta*, cuando el negro azotado debía decir en alta voz y sin equivocarse el número de los latigazos que iba recibiendo —una equivocación significaba el comienzo de nuevo de la pena, que podía hacerse entonces interminable—; la *escalera*, suplicio que consistía en sufrir los azotes atados a ese artefacto; la *bayona*, o cepo de campaña a la usanza castrense; *a dos manos*, o *boca-abajo doble*, propinado a la par por dos contramayorales, en forma alternativa.

Ni aun las pobres negras encinta quedaron excluidas de este bárbaro castigo. Para ellas, la maldad refinada de los mayores hizo excavar en el tumbadero una cavidad lo bastante honda para que pudiera albergar sus vientres grávidos, a fin de proteger —para el amo— el triste engendro de sus entrañas.

En las poblaciones los castigos fueron siempre más suaves —menos duros— que en las fábricas de azúcar y en los cafetales. Pero en la propia ciudad de La Habana, “religiosa y pacífica”, como reza la inscripción que aun se lee en el tímpano del frontón del Templete, en la maestranza de artillería y en los terrenos de la familia Frías en el Vedado, se distribuían “azotes a cambio de trabajo del esclavo castigado por cuenta y riesgo del amo”, según refiere Cirilo Villaverde en sendas notas al capítulo VI de la segunda parte de su conocidísima novela de costumbres cubanas *Cecilia Valdés*. Ahora bien, ni en las ciudades ni aun siquiera en las plantaciones de Cuba los castigos infligidos a los esclavos llegaron nunca a los extremos de crueldad que se observaron y han sido denunciados en las otras antillas europeas.

En los cafetales y en las vegas de tabaco la vida del esclavo no era tan áspera ni tan recargada de trabajos como en los ingenios. Es verdad que los mayores de esas plantaciones no fueron mucho menos duros que los de las fábricas de azúcar, pero la índole de las labores que debían cumplir los esclavos era sin duda menos apremiante y menos agobiadora también que las faenas de la recolección y beneficio de la caña. De noche, no existían los duros cuartos de prima y de madrugada —la negrada se recogía temprano—, y a veces para que no permanecieran inactivos los negros se les hacía chapear y limpiar las guardarrayas, recortar las hojas de los árboles y desempeñar otros oficios menudos en

los bellísimos jardines que rodeaban la casa de vivienda, trabajos, unos y otros, menos fatigosos y abrumadores que las tareas ordinarias del ingenio.

Los negros esclavos, para poner término a su dura vida y a los ásperos castigos que soportaban, acudían con frecuencia al *suicidio*, repitiendo, en plena época colonial, el trágico festín de la muerte de los indígenas cubanos; pero en otras ocasiones, más audaces o menos acobardados, recurrían a la fuga y se transformaban en negros *cimarrones*, cuando andaban errantes por las enmarañadas maniguas y tupidos montes de la región, o en simples negros *huidos*, si permanecían ocultos en lugares habitados (poblaciones).

A veces, un grupo de negros fugitivos lograba establecerse en lugares aspérrimos y de difícil acceso, roturando el suelo y recogiendo breves y fáciles cosechas. Cuando su número alcanzaba a siete se les daba el nombre de *apalencados*, y a sus modestas rancherías, *palenques*.

Para perseguir y aprehender a los cimarrones hubo, desde los primeros tiempos de la colonia—los negros esclavos son contemporáneos de la conquista—partidas de *ranchadores*, *rancheadores* o *arranchadores*, que con la ayuda de sus feroces perros amaestrados recorrían y batían los lugares más ocultos. En ocasiones, el rancheador, personaje siniestro, émulo del feroz mayoral, vióse obligado a dar muerte al fugitivo, y entonces, como testimonio de su "actividad", y para reclamar la paga, cortaba y exhibía las orejas de su víctima. La fuerza pública y hasta los propios alcaldes y cuadrilleros de la Santa Hermandad, como apunta Ortiz, gustaron de emplearse en esas batidas, codiciosos de las posibles utilidades—las recompensas ofrecidas—y recurriendo, para aumentar las ganancias, a la detención arbitraria de los pacíficos esclavos rurales, para luego reclamar su apresamiento como si fueran temibles negros fugitivos, ante la viva protesta de los dueños de las dotaciones.

Cirilo Villaverde, en *Cecilia Valdés*, nos informa de las actividades de la partida de don Francisco Estévez, que acababa de formarse por disposiciones de la Real Junta de Fomento, y cuyo objeto era perseguir a los negros cimarrones desde el Mariel o Muelle de Tabla, Cayajabos, Quiebra Hacha, etc., hasta los límites occidentales de Bahía Honda. D. Lucas Villaverde, padre del ilustre novelista, y D. Máximo Arozarena, dueño de ingenio, tenían a su cargo la inspección de la partida.

En poder del autor de este estudio hállase un manuscrito original, inédito, de Cirilo Villaverde, que Deo volente será dado muy pronto a la estampa, donde el gran escritor cubano recoge algunas apuntes—las primeras—del *Diario oficial del rancheador de negros cimarrones*

Francisco Estévez durante el quinquenio de 1837 a 1842. Cafetal "Ultimo Esfuerzo", Lomas de San Blas, jurisdicción de San Diego de Núñez, precedidas de una curiosa advertencia explicativa debida a la pluma del propio Villaverde. El diario del capitán Estévez, "guajiro semicivilizado, con familia, dueño de esclavos, que poseía un sitio de café entre las ásperas lomas de San Blas", que era además "valiente, activo y práctico en los montes de la jurisdicción, y, sobre todo, que se hallaba en el número de los agraviados, no ya sólo por la fuga de dos o tres de sus negros, a quienes se decía daba cruel trato, sino también por los robos de plátanos y de cerdos, que, junto con casi todos sus vecinos, venía sufriendo a manos de las numerosas cuadrillas de cimarrones", es un documento interesantísimo que ilustra con la elocuencia de sus menudas anotaciones la vida accidentada de los cimarrones y de sus feroces perseguidores, fijados para la posteridad por el pincel de Víctor Patricio Landaluze, notable pintor de cuadros y escenas de costumbres cubanas, en sendas y bien logradas estampas.

El primer reglamento de cimarrones fué aprobado por S. M. en real orden de 20 de diciembre de 1796, y reformado por real cédula de 7 de febrero de 1820 y real orden de 22 de abril de 1822. La junta de gobierno del Real Consulado de Agricultura, Industria y Comercio, de esta ciudad de La Habana, acordó, de conformidad con el dictamen del Sr. Teniente de Síndico, proceder a la impresión de un número suficiente de ejemplares del *Reglamento y arancel que debe gobernar en la captura de esclavos prófugos o cimarrones*, para que el Sr. Gobernador y Capitán General tuviese a bien hacerlos circular a las justicias de los pueblos de la isla (sesión de 26 de mayo de 1824). Este reglamento, que figura en el *Apéndice al bando de gobernación y policía de la isla de Cuba* (La Habana, 1843), fué debido a la docta pluma de don Francisco de Arango y Parreño y mereció los aplausos del ilustre Alejandro de Humboldt.

Los esclavos cubanos, ¿podían alcanzar y alcanzaban con frecuencia su libertad?

El propio barón de Humboldt, testimonio irrecusable, en el examen detenido que hiciera de la población cubana, se apresuró a consignar que "en ninguna parte del mundo donde hay esclavos es tan frecuente la manumisión como en la isla de Cuba, porque la legislación española, contraria enteramente a las legislaciones francesa e inglesa, favorece extraordinariamente la libertad, no poniéndole trabas ni haciéndola onerosa". Para el gran viajero alemán, una serie de concausas permite que, en las ciudades de Cuba, adquieran numerosos negros su libertad, pa-

sando de la odiosa servidumbre a la codiciada condición de libres de color: a) el derecho que tiene todo esclavo de buscar amo, o comprar su libertad si puede pagar la suma que costó; b) el sentimiento religioso que mueve a muchos amos a conceder, en su testamento, para descargo de su conciencia, la libertad a un número determinado de siervos; c) los afectos que sin duda alguna nacen de la familiaridad que establece el servicio doméstico; y d) la facilidad que tienen los esclavos hábiles en determinado oficio de ponerse a trabajar por su cuenta pagando cierta cantidad diaria a sus amos.

J. S. Thrasher, en una nota a la edición inglesa del *Ensayo* de Humboldt, cuidó de señalar que además de las facilidades apuntadas el esclavo en Cuba gozaba del privilegio de pagar a su amo pequeñas sumas de dinero a cuenta, que le iban convirtiendo, poco a poco, en dueño de sí mismo. De ese modo, aclara el escritor norteamericano, "si su valor es de \$ 600, al pagar a su amo \$ 25, es dueño de sí mismo en $\frac{1}{24}$ parte; cuando le ha pagado \$ 50, se posee $\frac{1}{12}$ parte, y así sucesivamente; y cuando se alquila, sólo está obligado a entregar a su amo el tanto proporcional a la suma que le debe".

La ley colocaba al amo en la obligación de aceptar estos pagos parciales, y en el caso de que quisiera con malicia aumentar el precio de venta de su siervo, éste podía recurrir ante el Síndico Procurador General que se designaba todos los años para la protección y defensa de los esclavos.

Al esclavo que se ha manumitido de manera parcial se le da el nombre de *coartado*, y el Reglamento de 1842 (artículos 34, 35 y 36) reguló con prudente criterio jurídico la *coartación*, antesala de la libertad definitiva.

Thrasher señala otra forma curiosa de manumisión. "Muchos, dice, se redimen por la suma de \$ 50 ó \$ 100; y sobre esta cantidad pagan a sus amos una renta por el resto de sus días", y un estudio cuidadoso de las razones que llevaban a los negros a procurarse esta forma de emancipación parcial, pudiendo lograrla definitiva, condujo al sagaz comentarista de Humboldt a pensar que acaso se encuentre la explicación en los lazos de afección establecidos, en el humano interés y, en algunos casos, en el deseo intuitivo del esclavo negro de mantener por encima de sí mismo un superior inmediato y tangible, cuya opinión reciba y considere con respeto y de quien pueda reclamar también protección y ayuda en momentos difíciles.

El Reglamento de 1842 franqueaba otra vía más para conseguir la emancipación: "Ganará la libertad y además un premio de quinientos

pesos el esclavo que descubra cualquier conspiración tramada por otro de su clase o por personas libres para trastornar el orden público" (artículo 38).

Humboldt aludió también a otras maneras de alcanzar la libertad por los esclavos, en las cuales no se detuvo a insistir porque "la demasiada confianza en estos medios riesgosos" (el juego de lotería y otras empresas de azar) tuvieron "frecuentemente las consecuencias más funestas".

La situación de los hombres libres de color en La Habana—en Cuba—, observa también el generoso sabio, era más feliz que en ninguna otra de las naciones que se lisonjeaban desde hacía muchos siglos de hallarse muy adelantadas en el camino de la civilización y de la humanidad. En Cuba no se conocieron las leyes bárbaras —que todavía gustaban de invocarse en los días de Humboldt— por las cuales se inhabilitaba a los libertos para recibir donaciones de los blancos y hasta era posible que pudieran ser privados de libertad y reducidos de nuevo a servidumbre, si fueren declarados convictos de haber dado asilo a negros fugitivos o cimarrones.

El problema de los *falsos emancipados* —los esclavos sorprendidos en poder de los traficantes y sacados de su cautiverio por las autoridades a virtud de lo dispuesto en los tratados— va referido, por sus notables derivaciones políticas, en el capítulo pertinente de este mismo tomo.

Una cuestión más todavía. La odiosa institución de la esclavitud, ¿qué influencia ejerció en las costumbres y en la moralidad de los habitantes del país, criollos y peninsulares?

Los crímenes de la esclavitud —"los horrores del mundo moral" a que aludiera Heredia— minaban y corroían los fundamentos más sólidos de nuestra organización social, creando y fomentando un ambiente de violencia y crueldad, de sórdido egoísmo y constante temor. La administración pública era un escándalo: la corrupción, el fraude y el tráfico clandestino eran prácticas consentidas y propiciadas y por ende muy difíciles de combatir y desarraigar. Numerosos vagos, ladrones, tahures y asesinos asalariados se movían impunemente en las poblaciones y en los campos. Saco, en su famosísima *Memoria sobre la vagancia en la isla de Cuba*, escrita en 1830, pudo afirmar, sin que nadie se atreviese a desmentirlo, que no había ciudad, pueblo ni rincón del país, hasta donde no se hubiese propagado el cáncer devorador del juego. Los garitos, escribió, eran guarida de los hombres ociosos, escuela de corrupción de la juventud, sepulcro de la fortuna de las familias, origen



JOSÉ MARÍA HEREDIA Y HEREDIA

JOSÉ MARÍA HEREDIA Y HEREDIA. El gran poeta nacional, en cuyos versos patrióticos tres generaciones de conterráneos calentaron y ensancharon su ardiente amor a Cuba y a su independencia. Complicado en la conspiración de 1823, el joven bardo —Heredia había nacido el 31 de diciembre de 1803, en Santiago de Cuba— pudo huir a los Estados Unidos y pasar más tarde a México, donde creó un hogar y unió su suerte a las vicisitudes de la hermana república. "El torbellino revolucionario, dijo en 1832, me ha hecho recorrer en poco tiempo una vasta carrera, y con más o menos fortuna he sido abogado, soldado, viajero, profesor de lenguas, diplomático, periodista, magistrado, historiador y poeta a los veinte y cinco años." Murió en la ciudad de México, en 1839. La estrella de nuestra bandera y la palma que adorna nuestro escudo tuvieron en él su primero y más alto cantor.

La miniatura que se reproduce —el primer retrato de Heredia que se conoce— fué hecha en 1823, en esta ciudad o acaso en Matanzas, y se conserva hoy día en la Biblioteca Nacional.

funesto de la mayor parte de los delitos que infestaban la sociedad. El foro de La Habana —de toda Cuba— era el gran patrocinador de los vicios y el defensor sin conciencia de los más horrendos crímenes. Por su culpa, los pleitos se hacían interminables, muchos padres de familia se arruinaban y numerosos inocentes vegetaban sumidos en los calabozos de las prisiones, en medio del más infecundo ocio y de la más triste desesperación. Y el padre Varela —el santo y sabio padre Varela, modelo de virtudes privadas y cívicas— dolíase asimismo en las páginas admonitorias de *El Habanero*, de que en la isla de Cuba no hubiese opinión política, porque no había otra opinión que interesara más que la mercantil; que no hubiera amor a España, ni a Colombia, ni a México, ni a nadie más que a las cajas de azúcar y a los sacos de café.

CAPÍTULO II

FORMACION DE LA CLASE TERRATENIENTE Y DEL AGRO CUBANOS. LA VIDA EN LA HABANA Y EN OTRAS POBLACIONES

LA creación de los grandes latifundios ganaderos que, en forma de enormes círculos de miles de caballerías de tierra cada uno, ocuparon casi la totalidad del territorio cubano durante la segunda mitad del siglo xvi, todo el siglo xvii y parte del xviii, lejos de acarrear la destrucción de la pequeña propiedad, que no existía sino muy escasa aún en Cuba, constituyó el primer paso de un largo proceso de apropiación y división de la tierra cubana. Estos latifundios, concedidos a vecinos arraigados en la isla, estimularon el fomento de la población en varias zonas desiertas, y como se otorgaban sin perjuicio de los ejidos de los pueblos, y dentro de los hatos podían mercedarse tierras para "estancias" y "sitios de labor", en ningún sentido fueron, por el momento, un obstáculo para la multiplicación de la propiedad rústica. Representaron, no el acaparamiento de la tierra por la empresa capitalista, sino la división de aquélla entre los ocupantes que podían considerarse con mejor derecho a poseerla, y en disposición de hacerla producir más prontamente, sin perjuicio de tercero.

El latifundio ganadero fué en su origen una concesión individual, pero muy pronto casi todos se transformaron en propiedades colectivas, constituyendo las llamadas "haciendas comuneras", que en la historia de nuestro agro representan un paso previo hacia una subdivisión de la propiedad rústica. La transformación del latifundio individual en hacienda comunera, o poseída en común por varias personas, se produjo fácilmente por dos vías: bien en virtud de enajenaciones parciales del primer concesionario o único poseedor, o bien por la transmisión hereditaria a varios descendientes, ya que en Cuba, por la condición modesta y llana de los pobladores, los mayorazgos y las vinculaciones fueron excepciones muy contadas. A veces, el propietario único de una hacienda, sin capital para hacerla producir o sin estímulo para ello por el aislamiento mercantil de Cuba, vendía una parte de su enorme feudo

o, al morir, dejaba éste para ser distribuído entre dos o más herederos. En uno u otro caso, como las haciendas no estaban acotadas, a causa de su inmensa extensión, o tenían una sola salida o una sola aguada para el ganado, era muy difícil—en ocasiones, prácticamente imposible—dividirlas en dos o más porciones iguales o equivalentes o en partes proporcionales sin incurrir en largos y costosos trabajos de deslinde, medida, tasación y partición, tanto más cuanto que los agrimensores eran pocos, cuando los había, y las tierras no alcanzaban un precio bastante alto que justificase el desembolso de las sumas relativamente crecidas que exigían las operaciones judiciales de partición. En tal virtud, los que por un motivo o por otro habían llegado a tener derechos de posesión sobre partes de un mismo feudo, se ponían de acuerdo—y esta costumbre se hizo ley de la tierra—para disfrutar en común del hato o corral, continuándose la crianza de ganado suelto en toda la extensión de la hacienda. Cada “comunero” marcaba su ganado con un hierro o con una señal particular en las orejas, distribuyéndose las reses salvajes que pudieran “montearse” o los cueros de éstas, en partes proporcionales. Como el número de comuneros con derecho sobre cada feudo se aumentaba paulatinamente por enajenaciones sucesivas y por derecho de herencia, la división del feudo en lotes proporcionales a la participación de cada uno se fué haciendo más y más difícil, ideándose entonces el procedimiento, mucho más sencillo y expedito, de tasar la hacienda y representar la acción de las distintas personas interesadas, no con una cantidad de terreno, sino con una parte de la suma en que había sido valuada. Si la hacienda se tasaba en cuatro mil pesos y los comuneros eran dos, asistidos de iguales derechos, cada uno tenía una acción de dos mil pesos. Estos pesos comenzaron a llamarse *pesos de posesión*. Generalizada esta práctica, podían venderse, heredarse o transmitirse en cualquier forma tantos o más cuantos *pesos de posesión*.

La transformación del latifundio ganadero individual en hacienda comunera, o sea en una gran propiedad colectiva, indica que el proceso social e histórico de subdivisión y apropiación de la tierra, es decir, de multiplicación de la propiedad, se continuaba sin interrupción en Cuba, porque si cada latifundio continuó siendo, a veces durante más de un siglo, una gran unidad agraria, en lo interno se hallaba práctica y legalmente dividido y subdividido en porciones cada vez más pequeñas. La gran extensión de los hatos y corrales, en los cuales el ganado nunca llegaba a ser bastante numeroso, mientras los criadores eran pocos, para que el de un comunero estorbase a los demás, junto con la dificultad ya mencionada del alto costo de las particiones judiciales, fué causa de

que la posesión colectiva se continuase mucho tiempo. Por otra parte, en lo que toca a la disolución de la comunidad, los intereses solían ser contradictorios: los comuneros que tenían muchos pesos de posesión podían desearla, pero los que tenían pocos preferían que subsistiese indefinidamente. No obstante, quizás antes de cerrarse el siglo XVI, algunas haciendas se dividieron cuando la partición se hallaba facilitada por diversas causas, iniciándose así el paso de individuación final de la propiedad.

La industria azucarera, que nació en Cuba en la década de 1590 a 1600, durante más de siglo y medio contribuyó a acelerar el proceso de división de los latifundios ganaderos y de multiplicación de una clase de propietarios rurales cubanos. En primer lugar, dicha industria no surgió impulsada desde afuera por mercaderes, como fué el caso de los holandeses en Barbados, interesados en ofrecer implementos para ingenios y esclavos africanos a cambio de azúcar, obteniendo una doble ganancia con el trueque, sino promovida desde adentro, por gente del país, que vivía en la mayor pobreza y buscaba ansiosamente nuevas fuentes de bienestar y de prosperidad. El primer capital, no obstante, vino del exterior, de México, en forma de préstamo de la Corona, concedido por Felipe II a los cultivadores, a instancia del cabildo habanero, secundado y apoyado por el gobernador de la isla, teniendo desde el primer momento los ingenios el privilegio importantísimo de que no se les pudiese ejecutar por deudas, medida de protección que se consideró indispensable para ayudar al desarrollo del nuevo negocio. El propio Cabildo de La Habana concedió tierras para la siembra de la caña dentro del radio de ocho leguas reservado por las Ordenanzas municipales de Cáceres para la producción de mantenimientos, levantándose muy próximos al caserío de la ciudad los primeros ingenios, pertenecientes todos a personas de las más acomodadas e influyentes.

La nueva industria, a pesar del préstamo de la Corona y de los grandes privilegios que le fueron concedidos, no creció, sin embargo, sino muy lentamente, porque tropezó con dos obstáculos infranqueables: la falta de mercados y la dificultad para importar implementos de fabricación y esclavos. Las leyes de Indias cerraban el paso de una manera absoluta al comercio extranjero, y reducían el tráfico con España sólo al puerto de Sevilla, para el cual partía del Nuevo Mundo una sola expedición anual, que tocaba de tránsito en La Habana, con reducido tonelaje disponible y fletes elevadísimos. El mercado de España, nación que ya estaba en acentuada decadencia desde principios del siglo XVII, ofrecía, además, escasísimas oportunidades al azúcar de las Indias, por-

que el consumo era muy reducido y porque en varias zonas del antiguo reino de Granada se sembraba caña y se fabricaba azúcar desde tiempos de la dominación árabe. Los cobres para cocer el jugo de la caña o guarapo en los ingenios, y las hormas para purgar el azúcar no podían importarse directamente de Portugal o de otros países donde se fabricaban, sino dando un largo y costoso rodeo por Sevilla, mediante el cual, pasando por manos de muchos intermediarios, se encarecían enormemente. Agréguese que la introducción de esclavos en las Indias constituyó siempre un monopolio concedido por los Reyes de España, con numerosas restricciones, a Compañías particulares, mediante el pago de fuertes derechos, y se comprenderá que sin tener a quien vender un azúcar fabricado a un alto costo, el negocio no podía prosperar. Su crecimiento fué tan lento, que en el cuatrienio que terminó en 1763, cuando ya la industria llevaba ciento cincuenta años de establecida, la exportación anual, según datos computados por don Francisco de Arango y Parreño, no llegaba a 21,000 arrobas. Durante largos años muchos escritores han señalado este aislamiento mercantil impuesto a Cuba por las leyes de Indias como un abominable engendro del egoísmo del Fisco y de los traficantes de Sevilla. Realmente, tal fué su causa determinante, pero el hecho es que, impidiendo el brusco aumento de la industria azucarera durante dos siglos, representó un valladar para el desarrollo de la esclavitud y del latifundio azucarero, y le aseguró a Cuba un lento crecimiento interior a base de población blanca nativa, firmemente arraigada en el suelo patrio, poseído y trabajado por ella. La historia suele reservarnos esas extrañas sorpresas.

El siglo xvii vió en Cuba el nacimiento de un nuevo cultivo con fines mercantiles: el del tabaco. Generalizado el uso de este producto en Europa, Cuba probó ser una tierra privilegiada para producirlo de superior calidad, y, a pesar de las trabas y de los monopolios, las vegas crecieron y se multiplicaron. Lo relativamente poco duro del trabajo que exigía el cultivo de la planta y la manipulación de la hoja, y el reducido capital que demandaba el negocio, fueron factores que contribuyeron a extenderlo. El veguerío creció dentro y a expensas de las haciendas comuneras, sumándose a los demás factores que favorecían la disolución de los latifundios ganaderos. A mediados del siglo xviii era numeroso, representando con el ganado y el azúcar uno de los pilares de la economía cubana.

Pero este lento y oscuro crecimiento interior de Cuba, en el olvido y en el aislamiento del mundo, tocaba a su término. Las dos grandes revoluciones del siglo xviii, la revolución industrial inglesa, fijada en la

década del 1750 al 1760, y la Revolución francesa de 1789, iban a imprimir un ritmo más acelerado a la vida universal, creando en Cuba, al parecer totalmente fuera del teatro de aquellos trascendentales acontecimientos, nuevas condiciones de vida y de trabajo, que completarían, en un corto período, la formación de nuestra nacionalidad.

La toma y ocupación de La Habana durante varios meses por los ingleses en 1762, en los albores de la revolución industrial que habría de producirse por la aplicación de la máquina de vapor a todas las industrias; la supresión durante el reinado de Carlos III de parte de las restricciones mercantiles impuestas a Cuba por España, y el aumento de las comunicaciones con ésta, una vez que fué suprimido el servicio anual de flotas; la creación de un gran mercado libre próximo a Cuba al independizarse los Estados Unidos en 1776, y la destrucción de la riqueza azucarera y cafetalera de Haití en la década de 1790, como una de las consecuencias de la Revolución francesa en las Antillas, fueron, en su conjunto, las causas fundamentales que, sacando a Cuba del aislamiento en que la habían mantenido las leyes de Indias, la mezclaron de lleno al torbellino de la vida universal, sustituyendo su lento crecimiento secular, casi exclusivamente a base de multiplicación de sus primeros pobladores blancos, por un rápido desarrollo de todas sus fuentes de riqueza y un aumento del número de sus habitantes con millares de esclavos africanos. Abrir nuestras puertas al progreso fué, por una de esas extrañas contradicciones de la historia, colocarnos en camino de ser una colonia de plantaciones más en el desdichado archipiélago antillano. Sin embargo, causas poderosas, ajenas y superiores a la voluntad humana, debían alejarnos, por más de un siglo, de tan triste desventura, colocándonos en la posibilidad de ser un país de libertad y de civilización en el Caribe, como prueba de que el oscuro destino de estas islas es obra del nefasto egoísmo del hombre, no de un ineluctable determinismo geográfico.

Los ingleses, durante los meses que ocuparon La Habana y gran parte de su jurisdicción, abrieron el puerto al comercio con Inglaterra y sus colonias, y nos inundaron de esclavos africanos. Hubo compradores para nuestro azúcar y hubo esclavos a un precio mucho más bajo—sobre 10,000 africanos se cree que se introdujeron en Cuba entonces—, iniciándose, con tales incentivos, un período de crecimiento de la industria. Vuelta la isla a poder de España, el movimiento continuó, aunque más lento, porque nos volvimos a reducir al mercado español, por la falta de capitales, por el encarecimiento de los esclavos y por varias causas más que don Francisco de Arango y Parreño hubo de exponer

en su admirable *Discurso sobre la agricultura de la Habana y medios de fomentarla*, en 1792. Cuba llegaba al último cuarto del siglo XVIII con una población de 96,440 blancos, 31,847 personas de color libres y 44,333 esclavos. Con 44,000 millas cuadradas de territorio, la isla tenía 44,333 esclavos. Barbados, con sólo 166 millas, contaba entonces 62,115 africanos. Haití, la riquísima colonia francesa, con 11,000 millas de territorio, tenía 38,000 pobladores blancos y 452,000 esclavos. Barbados y Haití eran dos horribles ergástulas. Cuba, el núcleo de una comunidad llamada a más altos destinos en el centro de las costas occidentales del Atlántico. La propiedad rústica había continuado multiplicándose, y el censo arrojaba 339 hatos o grandes haciendas de crianza; 7,814 propiedades pequeñas, entre potreros, haciendas de labor, "vegas" y "estancias", y 478 ingenios de azúcar, más del doble de los que existían algunos años antes de la toma de La Habana por los ingleses.

Pero el impulso decisivo de la agricultura cubana lo dió la destrucción de la riqueza de Haití por los esclavos sublevados en 1789. El latifundio azucarero creó en Haití una constitución social tan endeble y acumuló una masa tal de sufrimiento sobre la población esclava, que tan pronto como faltó momentáneamente la poderosa fuerza coercitiva de la metrópoli, envuelta ésta en las luchas de la revolución, se provocó una pavorosa catástrofe, que arruinó en pocos meses aquella Antilla de riqueza y de dolor, abastecedora de azúcar y de café de la mayor parte de Europa. Los precios de ambos artículos saltaron bruscamente, abriéndose en 1790 un período de *vacas gordas*, acaso el más famoso en nuestra historia, que debía durar cerca de diez años. Arango y Parreño, que recibió la noticia en Madrid, vió la oportunidad excepcional que se ofrecía a Cuba para enriquecerse, y, obrando en representación del ayuntamiento habanero, obtuvo la libre introducción de esclavos, varios importantes beneficios para los cultivadores y la supresión de muchas trabas comerciales, quedando casi expedito el campo para un desarrollo estupendo de nuestra producción, porque el mercado norteamericano, creado ya al independizarse los Estados Unidos, absorbía gran parte de nuestros frutos, y el aislamiento en que las guerras navales de la Revolución francesa colocaban a España, la obligaba, muy a pesar suyo, a permitir el comercio de Cuba con los países neutrales. Cuba tomó el cetro que Haití acababa de perder, y una gran masa de nuestros bosques comenzó a caer rápidamente bajo los golpes del hacha y por el fuego, para ser sustituida por cañaverales, cafetales y vegueríos, mientras un frecuente ir y venir de buques de La Habana a las costas de

Guinea sextuplicaba en poco más de treinta años el número de esclavos y reducía a una minoría, el 44 por ciento, la población blanca.

El brusco crecimiento de la riqueza cubana no contribuyó, sin embargo, al desarrollo del latifundismo. Antes bien, precipitó la disolución de los latifundios ganaderos y multiplicó la pequeña y la media propiedad rústica. En primer lugar, no hubo tendencia al monocultivo azucarero, porque el alto precio del café atrajo muchos cultivadores, así como el tabaco, que, con la supresión del estanco, recibió importantes beneficios. Y como los ingenios necesitaban entonces grandes boyadas y dedicar mucha atención a la producción de artículos de primera necesidad para alimentar las dotaciones, la ganadería y los frutos menores no pudieron ser descuidados en ningún momento. La demanda de tierras, tanto para el cultivo como para el fomento de nuevos pueblos, fué enorme, imponiéndose la disolución de las haciendas comuneras y la división de los latifundios ganaderos unipersonales. Un ingenio de tipo grande necesitaba, a lo sumo, cuarenta caballerías de tierra; un cafetal, mucho menos, y las vegas y las estancias, menos aún. De modo que lo que se impuso fué la división de los latifundios ganaderos. Estos recibieron algunos ataques, a pesar de que resistieron, porque, según escribió Arango y Parreño, "el amo de la hacienda de ganado que debe destinarse a la labor tiene el día más alegre de su vida, porque de 16 ó 20,000 pesos que valía todo su terreno destinado para cría, y medido por leguas, va a sacar 300,000 ó 400,000 pesos, vendiéndolo por caballerías, para ingenios, sitios de casabe o potrero".

Mientras el interés individual tendía enérgicamente a la disolución de las haciendas comuneras y a la división de la gran propiedad rústica, el Estado español no se mantuvo, por su parte, al margen de este intenso movimiento; lejos de ello, lo estimuló y favoreció con todas sus fuerzas de varios modos. En primer lugar, las Cortes generales y extraordinarias de 1813, por Decreto de 4 de enero de dicho año, ordenaron reducir a propiedad particular todos los terrenos baldíos y realengos, repartiendo una parte entre los servidores de la nación como premio patriótico, otra entre los vecinos que no tuviesen tierra propia y la pidiesen, y destinando el resto a la venta en plazos cómodos, para el pago de la deuda nacional. En segundo término, se dictaron disposiciones para garantizar a los propietarios el libre dominio de sus tierras a perpetuidad, resolviendo todas las cuestiones dudosas relativas a la titulación en sentido favorable al poseedor de buena fe, y, finalmente, se aprobó el voto consultivo de la Audiencia de Puerto Príncipe, de 1º de abril de 1819, estableciendo un procedimiento fácil, rápido y económico para la división de las haciendas sujetas a trabas de comunidad. De ma-

nera que, promovidas por el interés particular y favorecidas e impulsadas vigorosamente por el gobierno colonial, las dos primeras décadas del siglo XIX presenciaron la disolución de numerosas haciendas comuneras y la partición de numerosos latifundios, creándose en Cuba, en los años en que todo el Continente se sublevaba contra España, la más numerosa, fuerte, acomodada y emprendedora clase de propietarios rurales que hemos tenido hasta el presente. El censo de 1827, tomado en tiempos de Vives, reveló que en la isla había 1,000 ingenios, 2,067 cafetales, 76 algodonales, 60 cacaotales, 3,090 potreros, 5,534 vegas de tabaco y 13,947 sitios de labor y estancias. El dato desfavorable estaba en la población, que, elevada a 704,487 habitantes, contaba con 311,051 blancos y 286,942 esclavos, siendo el resto personas libres de color. Pero, como se ve, si el desarrollo material había traído el aumento de la población de color, principalmente de la esclava, a cifras elevadísimas, no había producido la concentración de la propiedad, sino acentuado el proceso secular de división y multiplicación de ésta. El agro cubano quedaba fuertemente constituido, y Cuba contaba con miles de familias sólidamente organizadas, arraigadas en tierra propia, el cultivo y explotación de la cual dirigían personalmente; gente bien acomodada al medio, anhelosa de progreso, de autonomía política y de desempeñar en su país el papel preponderante a que le daban derecho su ilustración, su arraigo y su valer individual y colectivo. De esta clase de propietarios rurales surgieron los Aguilera, los Céspedes, los Maceo Osorio, los Figueredo, los Cisneros Betancourt, los Aldama, los Morales Lemus, los Frías, los Mazorra, los Alfonso, los Agramonte, los Echeverría, los Iz-naga, toda esa larga serie de patricios ilustres que son los creadores de Cuba en lo económico, lo social y lo político, gente que trabajó, que viajó, que emprendió, que envió a sus hijos a estudiar con Luz y Caballero, o en excelentes colegios de Francia y de Inglaterra, y que en la Sociedad Económica, el Consulado de Agricultura, Industria y Comercio, la Junta de Fomento, la Junta de Información, la Revolución de Yara y el Partido Autonomista, realizó estupendos esfuerzos para asegurarle a Cuba las instituciones sociales y de gobierno y las libertades públicas que son el coronamiento de toda obra colectiva de progreso y de civilización.

Y en las ciudades —en la capital y en otras poblaciones de importancia—, ¿cómo se vivía?

En las últimas décadas del siglo XVIII, el auge extraordinario logrado por la producción y el comercio insulares, hizo crecer de manera notable también, en la ciudad de La Habana, lonja y almacén principalísi-

mos de la colonia, la "opulencia pública", que el sesudo Antonio del Valle Hernández cuidó de advertir que vulgarmente se confundía con el lujo.

Las familias patricias, enriquecidas en los negocios y por el aumento natural del valor de los bienes territoriales, gozaron de sólidas y considerables fortunas —un miembro destacado de una de ellas, don Mateo de Pedroso, dejó al morir más de dos millones de pesos en bienes raíces—, y conocieron y gustaron asimismo de la esplendidez en el menaje de sus viviendas, en el servicio de la mesa y en el atuendo y atavío de sus personas, afición esta última cuyos imprudentes excesos ya había puesto de manifiesto y censurado, por 1761, el ilustre regidor habanero don José Martín Félix de Arrate. El carruaje —volante, calesa o quitrín— era signo de distinción y de fortuna. Las mujeres principales no salían a pie, sino para asistir a la Iglesia, e iban entonces vestidas de basquiña y mantilla, como en España; los hombres de posición y de respeto, cuyo traje ordinario consistía en pantalón, chaleco y chupa de lienzo, con finas botonaduras de oro, andaban casi siempre en carruajes cubiertos con tapacetes. La gente que de común transitaba por las calles, observaba Buenaventura Pascual Ferrer, "no son más que negros y mulatos". Más de 2,500 vehículos, género de comodidad y de buen tono desconocido en Kingston y en Cabo Francés, rodaban, en 1800, por las calles de esta ciudad, sin duda, como apunta el propio Valle Hernández, porque en aquellas colonias extranjeras vecinas no había ni la tercera parte de los habitantes blancos que en La Habana. En las casas ricas, docenas de esclavos eran utilizados en el servicio doméstico, "reprensible exceso" que sustraía a las dotaciones de las haciendas un crecido número de brazos útiles, anota contrariado un sagaz y docto economista de la época.

Pero la extraordinaria prosperidad que hizo posible la opulencia produjo también el encarecimiento de la vida. "En ninguna parte del mundo es la vida tan cara como aquí", clamaban con angustia los habaneros. Los alquileres de las casas, siempre crecidos, alcanzaron sumas insospechadas, estimulados por el rápido aumento de la población, que ya no cabía "en el casco de la plaza". Los víveres, en muy pocos años, habían casi duplicado su precio, y como un testimonio de la subida vertiginosa de los salarios, citábase el caso de que un negro bozal, recién llegado de las costas de Africa, ganase, como simple peón, 4 y 5 reales diarios.

Los precios elevados hacían difícil la vida de la gente pobre y de mediana clase, falta de preparación, la una, para el cultivo de las artes mecánicas y liberales, abandonadas casi exclusivamente en manos de los

hombres de color; y reducida a una actividad muy limitada, la otra, por respeto a absurdas pero valederas preocupaciones sociales. Las mujeres de la clase media que no podían vestir la indispensable basquiña o tomar una modesta calesa de alquiler, iban a misa de madrugada, movidas por el deseo de evitarse bochornosos encuentros con sus amigos o conocidos de mejor posición económica.

Los paseos públicos de La Habana —ciudad que, en 1827, rebasó los 112,000 habitantes— reducíanse a una alameda exterior o Nuevo Prado y a otro paseo más antiguo, edificado junto a la muralla del mar, del lado de la bahía, la Alameda de Paula. (El Paseo Militar o de Tacón no se abrió al tránsito de carruajes y de peatones hasta el año de 1836.)

El Nuevo Prado extendíase desde la concurrida calzada del Monte hasta los arrecifes de la Punta y constaba de tres calles de árboles; una al centro, la más ancha, por donde podían correr hasta cuatro carruajes apareados, y dos calles laterales, con escasos y rústicos asientos de piedra, que servían para distracción y recreo de la gente de a pie. A la hora del paseo estaba prohibido transitar y hasta cruzar siquiera el Nuevo Prado en vehículos de alquiler, “y si algún extranjero lo hacía por ignorancia de la regla o consentimiento del sargento del piquete de dragones que daba allí la guardia, llamaba la atención y excitaba la risa general del público”, anota Cirilo Villaverde.

La Alameda de Paula, construída por el diligente marqués de la Torre, había perdido mucho de su antigua importancia. Sin árboles que brindaran a los transeúntes el amable refugio de su sombra; destrozada y casi carcomida la antaño vistosa balaustrada de madera, el público la fué abandonando poco a poco, a pesar de la amena y pintoresca vista que se disfrutaba desde ella y de la grata frescura de la brisa marina.

En las primeras horas de la noche, muchos habaneros tenían por costumbre dar un grato paseo —la *vueltecita*, como se le solía llamar—, que allá por 1810 y 1811 verificábase desde la plaza de Armas hasta la calle de Cuba entre las de Luz y Acosta. El objeto ostensible de este agradable entretenimiento era tomar, en la fonda o nevería de Juan Antonio Monte, un helado o sorbete, novedad recién llegada de los Estados Unidos y que en los primeros tiempos vendíase a peso la copa. Bien es verdad que el hielo, que el vulgo llamaba nieve, y que fué introducido en 1806, vendíase a cincuenta centavos y hasta a peso la libra.

La retreta, nueva y agradable distracción, tuvo sus comienzos en los primeros años del siglo XIX, ofreciéndose una vez a la semana —los miércoles— en las puertas de los cuarteles y fortalezas de la ciudad. Bajo el gobierno del general Tacón se hizo costumbre brindarla todos los días en la reducida pero hermosa Plaza de Armas, bien iluminada a

la sazón por diez potentes reverberos colocados de manera que diesen suficiente claridad a todo el ámbito del recinto, decorado con cuatro pedestales cubiertos por jarrones de fina arquitectura, marmolillos y cadenas, y circundado de hermosos canapés de piedra con respaldos de hierro para descanso de los transeúntes.

Las corridas de toros tenían numerosos y entusiastas aficionados. En la platea del Coliseo y en el patio del matadero municipal hubo, durante algún tiempo, movidas capeas y ruidosas novilladas, hasta que, por fin, se edificó una plaza o redondel ad hoc en los terrenos del Campo de Marte. Por fortuna para los toreros, que solían ser muy poco diestros, el ganado, lejos de ser bravo y acometedor, llegaba rendido del largo viaje y como domesticado. La plaza, que era muy extensa, casi tan grande como la de Madrid, apunta Buenaventura Pascual Ferrer, mostraba en medio del ruedo una excavación —un refugio— donde pudieran protegerse los escurridizos lidiadores.

Los habaneros que gustaban de las representaciones escénicas pudieron disfrutar de ese agradable esparcimiento, en los primeros años de esta época, en el *Coliseo* o *Teatro Principal*, concluido en 1776 gracias a la prudente intervención y al celo eficacísimo del marqués de la Torre.

Edificio de "arquitectura majestuosa", pintado con gusto y provisto de buenas decoraciones; "el más hermoso y bello teatro de la monarquía", según la conocida expresión de don José María de la Torre, vino a sustituir, para comodidad y recreo del numeroso concurso de espectadores, la casa privada donde provisionalmente se venían representando las comedias. En un principio, el flamante coliseo concitó la atención y la concurrencia del público, pero a poco decayó el entusiasmo y en 1787 cerraba sus puertas. Cinco años más tarde, se le ordenaron algunas reformas indispensables y durante el largo gobierno del marqués de Someruelos, el Ayuntamiento de La Habana tomó a su cargo la casi total reconstrucción del edificio, según curiosas y eruditas noticias de José Juan Arrom.

El nuevo Coliseo, muy parecido a "un buque con la quilla al cielo", según la justa apreciación de Bachiller y Morales, fué considerado por el viajero francés Etienne Michel Masse, como superior a todos los teatros de los Estados Unidos, por su construcción y por la calidad de los actores y de la música que brindaba.

En 1800, en los terrenos del Campo de Marte, fuera de los muros de la población, se levantó un modestísimo teatro o circo, donde el aplaudido actor cómico Francisco Covarrubias iniciara su carrera dramática.

Bajo el prudentísimo gobierno de Vives, dos nuevos teatros abrieron sus puertas: uno (1827), en la calle de Cienfuegos, en el arrabal de Jesús María; otro (1830), en el edificio que el pintor Juan Bautista Vermay había construido para diorama. Por último, ya a fines del período histórico, el general Tacón, de ingrata memoria, lograba inducir al popular contratista Francisco Marty y Torrens para que emprendiera la construcción de un lujoso coliseo (el Teatro Tacón), que habría de ser gala y orgullo legítimo de la ciudad y del continente americano.

Las peleas de gallos eran, sin duda, una de las grandes aficiones de los habaneros. La *valla* principal —la más concurrida— hallábase junto al convento de Santa Teresa, en la población de intramuros. Buena-ventura Pascual Ferrer, crítico severo, nos la describe como levantada en “un patio indecente y debajo de un mal tejado... plano circular con más de veinte varas de circunferencia, cercado con tablas de una vara de alto, en cuya área se ejecutan las peleas. Por fuera y en lo alto hay muchos asientos para la gente, la cual paga medio real por persona a la entrada”.

Había dos tipos de riñas o peleas: la lidia *a pico*, que duraba mucho tiempo y solía quedar a menudo indecisa (tablas), y la lidia *a navaja*, a cuyo efecto recortaban al gallo el espolón izquierdo y en su lugar situaban una navaja de más de una pulgada de largo, aguda y con buena punta. Las peleas a navaja se concluían pronto, y el gallo que moría o que emprendía primero la fuga era declarado perdedor.

La afición a las lidias era tanta, añade Ferrer, que hay muchos sujetos que poseen gran copia de gallos y tienen servidores dedicados a criarlos y prepararlos con grandes cuidados y esmero.

Otra de las grandes diversiones de los vecinos de esta ciudad, rayana casi en la locura, era el baile. Se bailaba todos los días y con cualquier pretexto, y la juventud —“los mozos de pocas obligaciones”— solían pasarse la noche danzando. En los barrios populares no se requería ser convidado, ni siquiera conocer a los dueños de la casa, para pasar y tomar parte en el baile; bastaba presentarse y conducirse con discreción y con buenas maneras. Una o dos guitarras o tiples y un calabazo hueco con unas hendiduras eran suficientes para cantar y bailar unas alegres y bulliciosas tonadas, a menudo creadas o inventadas en el momento por los propios tocadores. Pero a las casas de las familias distinguidas acudían buenas orquestas y se danzaba según la elegante escuela francesa. En la plaza mayor, hubo durante algunos años una casa especialmente habilitada para bailes *por suscripción*, donde asistían numerosas familias y era posible tomar algún refresco y arriesgar también algunos pesos en el juego.

... El vicio del juego, plaga social dañosísima, y en Cuba endémica, constituía la gran pasión de los vecinos de la ciudad y de toda la isla. El juego de naipes, y dentro de él la variedad conocida por "el monte", era el juego de azar que contaba con más aficionados. Hasta los infelices negros esclavos gustaban de tentar la suerte, exponiendo a los caprichos de la veleidosa fortuna el fruto de sus fatigas y de sus privaciones, acaso, como señaló Humboldt, en busca de un camino para lograr su más fácil y rápida emancipación.

El gobierno colonial aprovechó y alentó esa peligrosa disposición de los cubanos, estableciendo, en 1812, la lotería de La Habana, cuya instalación había solicitado, nueve años antes, el ilustre habanero Buena-ventura Pascual Ferrer, varias veces citado en el curso de estas páginas.

Después de la Semana Santa —época de recogimiento y de austeras devociones—, muchas familias gustaban de marcharse al campo para librarse de los recios calores que se avecinaban. En parajes no muy distantes de la población, a menudo faltos de comodidad y de amplitud, reuníanse numerosos temporadistas, los que, con el pretexto de tomar los baños —donde había ríos o manantiales que lo permitiesen— se entregaban sin freno a sus distracciones favoritas: bailes, juegos de azar, mascaradas, comedias, capeas, novilladas... A veces, una orquesta pagada a escote entonaba una "música perpetua" en una glorieta, más o menos rústica, que se levantaba de intento, y que, apunta un curioso espectador, era también "la palestra donde se ejecutaban todas las diversiones".

De las magníficas veladas de la Sociedad Filarmónica, "teatro de la elegancia habanera", Cirilo Villaverde nos ha dejado en las páginas de *Cecilia Valdés* una animada y bellísima descripción, inspirada en una "crónica" de la época que vió la luz en *La Moda o Recreo Semanal del Bello Sexo*, el año 1830.

Un grave inconveniente, origen de numerosos peligros, ofrecía La Habana de entonces: el agua de la Zanja, buena para regadío y útil para los trabajos del Arsenal, pero gruesa y de mal gusto y en ocasiones súa y repugnante, que muy pocas personas eran capaces de beber. De ahí que, en casi todas las casas, grandes cisternas o aljibes recogiesen el agua llovediza, que, aseguraba un escritor contemporáneo, "tiene un excelente gusto y es muy sana". La necesidad de resolver esa crítica situación, cada vez más agudizada por el notable incremento de la población, movió al general Vives y al habanero conde de Villanueva, Superintendente general de Hacienda, a dotar a la ciudad de un nuevo acueducto, que se llamó de Fernando VII (1831-1835). Pero como la flamante e indispensable construcción no proporcionó todo el caudal

que se necesitaba, fué preciso seguir utilizando, para los trajines menudos, el agua de la vieja zanja, de los aljibes y de los numerosos pozos que se habían excavado.

El barón Alejandro de Humboldt, que visitó La Habana y frecuentó el trato de las familias más distinguidas de la ciudad, tuvo a gala consignar que la gran sociedad habanera se parecía por sus maneras corteses y su pulida educación a la más granada y exigente de Cádiz y de las otras grandes ciudades comerciales de Europa; pero, observador perspicaz, cuidó de añadir que lejos de la capital y de las plantaciones inmediatas, donde solían residir una buena parte del año sus ricos propietarios, se notaba en seguida el contraste entre esa civilización parcial y local y la sencillez de hábitos y de costumbres que se advertía en las haciendas aisladas y en los pueblos pequeños.

Los habaneros —lo dice Humboldt— fueron los primeros entre los ricos moradores de las colonias españolas que viajaron por España, Francia e Italia, y en ninguna parte, como en La Habana, se siguió tan de cerca y con tanta inteligente comprensión la política europea y el arte de sostener y de derribar un ministerio. En los años que transcurrieron desde la paz de Versalles hasta la rebelión de los esclavos haitianos, La Habana dió la impresión de hallarse diez veces más cercana a su metrópoli que México, Caracas o Santa Fe de Bogotá.

La hospitalidad habanera —cubana, valdría mejor decir— gozó asimismo de justa y merecida reputación. Príncipes ilustres y sabios viajeros conocieron, por esos años, de la cortesía ejemplar y de la finura de espíritu de nuestras más distinguidas familias. La gran dama criolla doña Leonor Contreras, condesa de Jibacoa, albergó y obsequió con esplendidez y regia generosidad a Luis Felipe de Orleans, futuro rey de Francia, y a sus hermanos menores el duque de Montpensier y el conde de Beaujolais; y Humboldt y Bonpland fueron huéspedes halagadísimos de los condes de O'Reilly y de Jaruco y del marqués del Real Socorro.

La vida en otras poblaciones cubanas brinda también costumbres y tradiciones curiosas y dignas de mención. En San Juan de los Remedios, la villa que fundara Vasco Porcallo de Figueroa, una piadosa costumbre que se remontaba a los primeros años del siglo XIX—, las misas de aguinaldo, misas de madrugada que duraban desde el 16 de diciembre hasta la Nochebuena—, dió origen a las célebres *parrandas*, que aun perduran renovadas y estilizadas, y en las que un grupo de jóvenes bullangueros armados con los más inverosímiles artefactos, recorría las calles de la pacífica población anunciando —desde las dos de la madrugada— el comienzo de la cristiana ceremonia. Más tarde, cada barriada

de la ciudad organizó y tuvo su propio grupo de "parrandistas"; los escandalosos artefactos primitivos fueron reemplazados por instrumentos musicales de cuerda y de viento; surgieron los pintorescos farolillos de colores, y las parrandas se transformaron en verdaderas procesiones cívicas, donde, como ha escrito Carlos A. Martínez-Fortún, "se hace derroche de alegría, belleza y buen humor; completadas a su vez con los "trabajos de plaza" y los fuegos artificiales, en los que nuestros artesanos rivalizan en buen deseo y magnífico gusto artístico".

En la villa de Santa Clara, y por esta misma época, las relaciones cada día más estrechas y frecuentes con otras poblaciones de la isla, iban cambiando, anota Manuel Dionisio González, la faz de aquella sociedad. Las modas femeninas—las primeras—sufrieron graves y costosas innovaciones: el *túnico*, vestido sumamente angosto y de talle tan alto que a veces se veía colocado por debajo de los brazos, reemplazó a las sayas y enaguas, y la muselina, la prusiana y otras telas de hilo y de algodón, que se vendían a precios no muy bajos, vinieron a sustituir al picote, el tisú y otros géneros de uso muy antiguo.

Algo semejante aconteció con los bailes y el menaje de las viviendas. Además del *zapateo*, el *Juan garandé*, la *muchitanga*, la *culebra*, el *sonsorito* y la *mora*, otras danzas—el *minué*, el *jardinero* y el *paspié*—gustaron y atrajeron a la juventud, y en las casas acomodadas, donde aun se veían los taburetes de cuero y las poltronas de antaño, el afán de imitación introdujo las *cornucopias* o pantallas, que fueron objeto de *mucho lujo* y servían para iluminar y decorar las amplias salas. Hubo casa, anota don Manuel Dionisio, que llegó a lucir hasta seis de esas curiosas novedades.

Gaspar Betancourt Cisneros, en una de sus admirables *Escenas cotidianas*, aseguró, y con razón, que fuera de La Habana "ningún otro pueblo de la Isla ostentaría más opulencia y lujo en un concurso público", que el bravo y animoso pueblo de Puerto Príncipe.

Durante las tradicionales fiestas de San Juan, anota *El Lugareño*, el acostumbrado paseo por las calles engalanadas de la ciudad, ofrecía "una línea no interrumpida de magníficos carruajes en los cuales se ve todo el imperio que ejerce la mujer cuando a la hermosura natural agrega las gracias del arte, el refinamiento del gusto y la cultura de la educación". Los jóvenes pretendientes o devotos amigos de las beldades camagüeyanas solían ocupar, en esa oportunidad, como una muestra de fina cortesía y de alta consideración, los puestos de pajes y caleseros, hasta que la moda del pantalón ajustado y de trabilla, que aprisionó las piernas de los hábiles jinetes, privó a la juventud de un honor "que antes teníamos a no menos gloria que placer el disputarlo". En los qui-

cios y pretiles de las casas, a lo largo de las calles, situábanse apretadas hileras de asientos, desde donde las familias principenas y sus invitados presenciaban el vistoso desfile.

Pero no siempre las cosas habían ocurrido de este modo. Hasta 1816, vióse reducida la popularísima diversión a dar voces y carreras a caballo y a pujar gracias insulsas y proferir palabras soeces; pero, a partir de ese año, un escandaloso suceso dió lugar a la sustitución del "San Juan a caballo", jacarandoso y perturbador, por el paseo a pie o en carruaje, solos o en comparsas los paseantes, como en el animado carnaval de La Habana.

El *Lugareño* aludió, en otra de sus *Escenas*, a los antiguos bailes populares y populacheros del Camagüey: el *cuero*, el *gavilán* y el *sarandico*, "prole adulterina y baja del zapateo"; el *del reinado*, que se daba "con motivo de una ceremonia pantomímica que tienen las diversas naciones africanas de elegir un rey todos los años, y celebrar la elección en ciertas casas que poseen en los suburbios de la ciudad, destinadas al efecto"; y los de *velorito*, *changüles* o *rebumbios*, bailes "criollos legítimos que presentan algunos caracteres del progreso, más variedad, más innovación, más gusto"; y cuidó asimismo de mencionar los bailes nobles o de la gente distinguida, que las muchachas solían llamar *bailes de seda* (los de etiqueta o de los días solemnes) y *bailes de muselina* (los familiares o de *ponina*).

José Ramón Betancourt, en su celebrada novela *Una feria de la Caridad en 183...*, nos ha transmitido una admirable pintura de las costumbres peculiares del Camagüey de principios del segundo tercio del siglo XIX, con sus ferias, sus bailes, sus gratas residencias campestres; pero también, reverso oscuro aunque real, con sus sórdidos garitos y sus temibles bandoleros.

Santiago de Cuba daba muestras todavía, por 1800, de aquella sencillez de hábitos y de costumbres que Humboldt pudo advertir y señalar que privaba en Cuba fuera del ambiente reducido de La Habana y de las plantaciones inmediatas.

Como no se conocía la moda —escribe un antiguo cronista de la ciudad—, el lujo estaba proscrito de las viviendas y de las reuniones, y en los bailes no se reparaba en que una joven acudiese con el mismo traje que había lucido en la fiesta anterior. El vestido "serio" de las mujeres se componía de unas enaguas de seda y de una fina camisa de batista; los caballeros, en días de gala, gastaban chupa y chaleco bordados de seda y calzones cortos con grandes hebillas. Las procesiones, muy frecuentes y vistosas; el santo de las personas conocidas, un matrimonio, un bautizo, la elección de los alcaldes, un *judío* —monigote re-

lleno de paja que se colgaba el sábado de gloria—; “todo concluía con bailes y refrescos en los que se servía *agualoja* y *sangría*”. Los quinqués y las lámparas colgantes, las sillas de caoba y los *balancines*, eran cosas desconocidas. De noche, todo el mundo encendía un sencillo farol dentro de la casa y colocaba otro en la puerta de la calle. Después de la comida, que se tomaba a las doce del día o a la una de la tarde—se almorzaba a las ocho de la mañana y se servía la cena a las nueve de la noche—, se acostumbraba a dormir una siesta hasta las tres. El luto se observaba con mucho rigor y puntualidad; “las viudas no volvían a vestirse más que de color blanco o morado”. Las festividades de San Juan, San Pedro, Santiago y Santa Ana “eran días de máscaras” o de carnaval. El día de Reyes, las bandas de *tamboras* de los cuerpos de ejército y de las milicias se dirigían formadas a pedir el aguinaldo a sus jefes y oficiales. Los viernes de Cuaresma y el Jueves y Viernes Santos, grupos de penitentes o disciplinantes recorrían las calles de la ciudad, seguidos por una multitud de asombrados chiquillos. En junio, la procesión del Corpus Christi revestía solemnidad y fervor excepcionales.

La inmigración de los colonos franceses de Haití cambió de manera notable este estado de cosas. Las artes manuales, los conocimientos científicos y literarios, el trato social, se vieron renovados y beneficiados. Señoras francesas, cultas y distinguidas, abrieron escuelas de dibujo, de bordado, de música, de baile, de idioma natal, y en los cafetales de los emigrados, modelos de plantaciones, lo más granado y escogido de la sociedad santiaguera fué invitado a pasar los fines de semana, recibido y agasajado con la proverbial distinción y elegancia francesas, en el grato ambiente de aquellas haciendas donde nada faltaba: bibliotecas, capillas, escuelas, cuadras, cenadores, estanques, jardines, terrazas...

La inmigración posterior de los colonos dominicanos contribuyó también, aunque en menor escala, al adelanto y progreso del país. En la ciudad de San Carlos y San Severino de Matanzas, trabajadores de Santo Domingo desarrollaron, y casi crearon, las industrias de la caza y de la pesca, según nos refiere, en sus valiosas *Memorias*, el ilustrado escritor Pedro Antonio Alfonso, de feliz recordación.

El baile fué también la diversión predilecta, mejor aun, la “pasión embriagadora e irresistible” de los jóvenes matanceros. La danza, primero, y la contradanza, después, con sus románticos descansos y sus disputados cedazos, gozaron de la mayor popularidad y aceptación. *Romper la danza*, es decir, iniciar el baile, privilegio que correspondía a la primera de las parejas colocadas a lo largo del salón, era algo “locamente ambicionado, por lo mucho que se lucía, tanto, que con anticipación concurrían al baile [las parejas] con banquitos o banqueticas,

sentándose en el sitio señalado para este objeto y no perder así el derecho...”, ha escrito Dolores María de Ximeno, en sus amenísimos relatos de *Aquellos tiempos*. En los días de apogeo de la contradanza, el robo de un cedazo no pocas veces dió lugar a grave riña entre el joven burlado y su audaz contrincante. Pero la vida hogareña de las jóvenes matanceras seguía aun sujeta a la observancia de las más rígidas costumbres y tradiciones. Una muchacha en vísperas de matrimonio no debía asomarse ni aun siquiera a los postigos de su ventana, si podía ser vista por personas de la calle.

CAPÍTULO III

MOVIMIENTO DE POBLACION

DE 1790 a 1837, la población de la isla de Cuba experimentó un aumento y una variación considerables. Un censo de habitantes —el segundo que se tomaba— dió a conocer ya en los primeros meses de 1791, aunque sus resultados, como observa Pezuela, no se publicaron hasta los comienzos del siguiente año, los grandes progresos alcanzados desde 1775. La población total elevábase a la cifra de 272,301 habitantes, sobrepasando en más de cien mil almas la cantidad lograda por el empadronamiento del marqués de la Torre. De esa suma total, 133,559 individuos eran blancos y 138,742 de color, distribuidos estos últimos en 84,590 esclavos y 54,152 hombres libres.

Un estudio comparativo de los padrones de 1775 y 1791 nos brinda notables y significativas enseñanzas. (La Sagra, que considera como dos padrones distintos las operaciones estadísticas de 1791 y el "ligero resumen" que recogió sus resultados un año después, llama a este empadronamiento *censo de 1792*; pero Antonio del Valle Hernández, el barón de Humboldt y José Antonio Saco, que manejaron sus guarismos y estudiaron críticamente sus partidas, le dan el título más exacto de *censo de 1791*, y así lo llamaremos nosotros en lo adelante. En 1846, vió la luz en las *Memorias de la Real Sociedad Económica de la Habana*, un *Padrón general de los habitantes de la isla de Cuba*, formado en el mes de diciembre de 1792, que no es más que una reproducción, puesta al día, del censo de 1791 —no se concibe que se tomaran dos censos en sendos años consecutivos—, que quizás sea la clave de la confusión de La Sagra, que parece haber compartido también don Manuel Villanova, escrupuloso anotador del informe de Valle Hernández.)

En 1775, la población blanca era superior a la de color y duplicaba asimismo con exceso el número de esclavos entonces existente. Pero, en 1791, esa preponderancia se había perdido: la población blanca no sólo era inferior a la de color, sino que el número de esclavos se había casi duplicado y constituía ya el 31% de la población de la isla.

En otras palabras: en 1775, el 56% de la población era blanca; un 26%, esclava, y un 18%, libre de color. En 1791, la proporción de habitantes blancos había descendido a un 49%, mientras que los negros esclavos lograban un aumento de un 5 y los libres de color, de un 2.

La razón de este desarrollo extraordinario —el incremento general del número de habitantes— se ha creído encontrar en la concurrencia de estas dos circunstancias favorables: el reglamento para el libre comercio entre la Metrópoli y sus provincias ultramarinas, de 12 de octubre de 1778, que abrió el tráfico de la isla, y el de toda la América, con los principales puertos de la Península, y las facilidades para introducir esclavos africanos, concedidas, a nacionales y extranjeros, por la real cédula de 28 de febrero de 1789; franquicias, una y otra, que permitieron superar las trabas y cortapisas que habían significado para el progreso de la colonización insular, una guerra de cuatro años (1779-1783), con sus inevitables trastornos, y el regreso a la Florida de un buen número de refugiados españoles, cuando, gaje de la reciente victoria, España volvió a tomar posesión de esa provincia nortea.

Los datos estadísticos del marqués de la Torre y de don Luis de las Casas contenían numerosos errores de transcripción y de suma, que han sido señalados y corregidos en más de una ocasión; pero ofrecían también, como apuntó La Sagra, errores más graves "inseparables de este género de tareas complicadas y difíciles". El barón de Humboldt, que hizo serios reparos al censo de 1791, y discutió, por 1804, la certeza de sus resultados "juntamente con personas que tenían un gran conocimiento de las localidades" de la isla, escribe que, "escudriñando el valor de las cantidades omitidas con comparaciones parciales", llegó a reafirmarse en la creencia de que, en 1791, la población de la isla de Cuba no debía de ser inferior a 362,700 habitantes.

Para el gran viajero alemán, los datos más importantes que se poseían, por 1825, sobre la población de Cuba, eran los publicados con motivo de la famosa proposición hecha a las Cortes peninsulares el 26 de marzo de 1811 por el diputado Guridi Alcocer, propugnando no sólo la terminación del repugnante tráfico de esclavos, sino la de la propia institución de la esclavitud en todos los dominios españoles, y que figuraron como apéndice precioso a la representación que don Francisco de Arango y Parreño, "uno de los hombres de estado más ilustrados y más profundamente instruídos de la situación de su patria", hizo a las susodichas Cortes por encargo del Ayuntamiento, del Consulado y de la Sociedad Patriótica de La Habana.

En ese magnífico estudio sobre la población de la isla de Cuba, que aparece suscrito a nombre de la Junta de Instrucciones por el diligente secretario del Real Consulado, don Antonio del Valle Hernández, advertíase, con laudable honradez, que sus cálculos y apreciaciones se formaron en presencia de varios padrones parciales realizados por disposición del marqués de Someruelos, datos que fueron utilizados como puntos de comparación y de confronta a lo largo del lapso de veinte años transcurrido desde el censo de Las Casas hasta 1811.

Dos cuestiones o problemas se propuso encarar y en lo posible resolver el informe de la Junta de Instrucciones: qué proporción guardaban entre sí los elementos blancos, libres de color y esclavos, en los principales lugares de la isla; y qué proporción guardaba cada uno de dichos elementos en el desarrollo de su propio aumento o multiplicación, tratando de poner de manifiesto también el incremento de los tres en un tiempo determinado.

Para mayor claridad en sus apreciaciones, cuidó la Junta de agrupar la población del país en cuatro distritos principales: los de La Habana, las Cuatro Villas, Puerto Príncipe y Cuba u Oriente.

En relación con el primer problema planteado, el informe dió a conocer que en la ciudad de La Habana y en sus arrabales, la proporción entre los habitantes blancos y la gente de color, libres y esclavos, era como sigue: un 43% de blancos, un 27% de libres de color y un 30% de esclavos. En el censo de 1791, la relación fué de 53, 22 y 25 por ciento, pudiendo atribuirse el cambio no a una disminución del número de habitantes blancos, sino a un aumento notable de los de color, libres y esclavos.

En las villas de la jurisdicción, en sus partidos inmediatos y en aquellos que estaban ocupados por pequeñas labranzas, las dos clases de gente de color no pasaban juntas de los dos quintos del total. En cambio, en los partidos de grandes labranzas, donde había muy pocos hombre libres de color, los esclavos constituían los dos tercios de la población.

En Vuelta Abajo, donde abundaban las vegas de tabaco "de más crédito", y en los partidos ganaderos de Vuelta Arriba, era mayor el número de blancos: 62½, 23½ y 14, para la primera, y 66, 20 y 14, para los segundos.

En resumen: que el arribo de unos cien mil negros bozales, de 1791 a 1811, había mudado la proporción de blancos, libres de color y esclavos, en la jurisdicción de La Habana, a las cifras siguientes: 46, 12 y 42 por ciento, respectivamente.

En las Cuatro Villas se advertían también alteraciones importantes. En Trinidad era sensible la disminución proporcional de los blancos, porque había aumentado a su vez el número de los esclavos. En Villaclara se acusaba una prosperidad creciente en la masa de los libres de color. En Sancti-Spíritus y en San Juan de los Remedios progresaban más los blancos, por los indudables adelantos realizados en la ganadería, en la una, y por el comercio clandestino con las islas Bahamas, en la otra.

En la jurisdicción de Puerto Príncipe, zona ganadera por excelencia, se mantuvo casi estacionaria la razón proporcional de los tres elementos de la población, si bien se había registrado un desarrollo asombroso dentro de cada uno de ellos.

En la jurisdicción oriental o de Cuba notábanse grandes diferencias. En la ciudad de Santiago, que contaba con 50 ingenios y 150 cafetales, el número de esclavos alcanzó cifras elevadas: de un 27 a un 37%. Holguín, en cambio, mantenía una escasa proporción de gente de color, mientras que Bayamo brindaba una enorme cantidad de libres de esta clase, que sobrepasaba el número de blancos y el de esclavos: 30, 44 y 26. Pero el cómputo final de la jurisdicción (37, 35 y 28), se mantuvo casi igual que en los registros de 1791.

Referidos estos cálculos por distritos a la población total de la isla, había fundadas razones para creer, a juicio de la Junta, que la proporción de sus habitantes era la siguiente: 45, 20 y 35. Pero en el resumen general precisaría un poco más: 45½, 19 y 35½.

En cuanto a la segunda cuestión propuesta, la Junta se creyó obligada a hacer constar, a modo de útil reflexión previa, que la población campesina blanca se multiplicaba más que los habitantes urbanos de la misma clase; y que la gente de color libre, que requería "menos lujo y menos necesidades", se propagaba de manera asombrosa. La escasez de hembras esclavas —las expediciones nunca traían arriba de un tercio y a veces menos cantidad de mujeres— dificultaba la reproducción dentro de esta clase infelicitísima e impedía aconsejar "los medios de favorecer su multiplicación".

En la ciudad de La Habana y en sus arrabales la población blanca, de 1775 a 1791, se acrecentó en un 73%; los libres de color, en un 171, y los esclavos, en un 165. El crecimiento de las tres clases juntas alcanzó un 117%.

En la jurisdicción de Oriente el desarrollo proporcional de cada clase fué también notable. En Baracoa los blancos lograron un 165%, en Holguín un 107 y en Bayamo un 120. Los libres de color disminuyeron, en cambio, en Santiago y en Baracoa, aunque en Holguín y

en Bayamo alcanzaron la prodigiosa proporción de 353 y 128 por ciento, respectivamente. Los esclavos, especialmente en Bayamo y en Holguín, aumentaron mucho.

El informe de Valle Hernández llamaba la atención sobre las circunstancias que habían favorecido el aumento extraordinario de la gente libre de color en las poblaciones: su aplicación a las artes mecánicas, que le proporcionaba el sustento, y la benignidad de nuestro clima, que la liberaba de las múltiples miserias y calamidades que en los países fríos impiden a las clases menesterosas su propagación. Sin duda alguna esto explicaba que hasta en el distrito de Puerto Príncipe, "que no ha padecido ninguna sensible alteración favorable ni adversa, que pudiese acelerar o menguar su industria y costumbres", el aumento se hubiera verificado en esta forma: un 75% para los blancos, un 131 para los libres de color y un 61 para los esclavos. Las tres clases juntas habían logrado un acrecentamiento de un 89%.

El estudio de la población relativa de la isla, que también acometió la Junta, dió a conocer curiosas observaciones. Hasta 1700, poco más o menos, afirma el informe, la población de Cuba era "puramente pastora", y fué en el espacio de sesenta años que transcurre desde la guerra de Sucesión hasta la toma de La Habana por los ingleses, que esta población fomentó los pequeños ingenios, sitios, estancias y vegas de tabaco que los afortunados vencedores encontraron en ella. La primera división de parroquias se hizo de acuerdo con aquel estado pastoral primitivo, pero cuando vino la agricultura a posesionarse de las tierras, desplazando a la ganadería, aconteció que se poblaron grandemente las parroquias destinadas al cultivo, mientras que aquellas otras que permanecieron entregadas a la crianza, continuaron tan despobladas o casi más que antes. Consolación, Macurijes, La Hanábana y muchas otras zonas ganaderas, particularmente en la porción oriental, no contaban diez habitantes por cada legua cuadrada. En el "pañó poblado" de la jurisdicción de La Habana, desde Bahía Honda hasta Matanzas, había en cambio 750 personas por legua.

Concluye el concienzudo informe de Valle Hernández con unas juiciosas conjeturas sobre la población total de la isla. A la parte oriental (Cuba, sus pueblos y campos; Puerto Príncipe y las Cuatro Villas), correspondíale, sin duda, muy cerca de 250,000 almas; a la ciudad de La Habana, sus arrabales y campos, es decir, a la parte occidental, podía señalársele una población de 350,000 individuos; cálculos que daban un total de 600,000 habitantes para toda la isla y una población relativa de casi 89 por cada legua cuadrada.

Otros factores no mencionados por Valle Hernández habían favorecido también el aumento extraordinario de la población: el número crecido de inmigrantes franceses y españoles que vino a buscar refugio en Cuba después de los sucesos de Haití y de la cesión de Santo Domingo y de la Luisiana, y las franquicias que de hecho, si no de derecho, se habían ido disfrutando en el comercio con los extranjeros, a modo de anticipo feliz de la libertad que no fué declarada hasta 1818.

Los decretos de las Cortes españolas, de 3 de marzo y 26 de julio de 1813, y la inexcusable necesidad de conocer cual era la auténtica población de la isla con vista a la constitución de las juntas electorales de provincia, de partido y de parroquia, obligaron al gobierno, según Humboldt, a emprender en 1817, la formación de un nuevo empadronamiento.

El nuevo censo, que no estuvo "exento de equivocaciones en las partidas de detalle", redujose a presentar en un solo pliego, dos años después, un estado de la población distribuida por clases, sexos y edades, y agrupada en gobiernos, jurisdicciones, partidos y poblaciones. "La estadística referente a la agricultura, propiedad urbana y territorial y demás ramos que constituyen el conocimiento exacto de la riqueza pública y los productos del país siguió, como antes de publicarse aquel documento, entre tinieblas, cuando más se necesitaba averiguar su estado general para promover y dirigir su crecimiento", ha escrito don Jacobo de la Pezuela.

El censo de 1817, que ordenó el metódico y laborioso general Cienfuegos, obtuvo una cifra menor que la registrada en los cálculos de la Junta de Instrucciones. Tan sólo a 553,028 habitantes según las correcciones de La Sagra; a 553,033, según las sumas de Saco, alcanzaba la población absoluta de la isla. El número de habitantes blancos (239,830), representaba, en esta estadística, el 43% de la población; mientras que los libres de color (114,058) y los esclavos (199,145), significaban el 20 y el 37 por ciento, respectivamente, y sumados el 57% de la cantidad total de individuos.

Pero esa diferencia de casi 47,000 almas entre los cálculos de Valle Hernández y el censo de 1817, ¿obedecía a una disminución real de la población de Cuba? La incesante introducción de negros africanos, el fomento y desarrollo de la agricultura en casi todos los distritos y la gran importancia que iba tomando "año por año y mes por mes" el tráfico mercantil, ya en vísperas de su liberación, hacían presumir, por el contrario, un incremento notable de la población en los seis años transcurridos de 1811 a 1817; pero la ocultación que hicieron muchos

propietarios del verdadero número de sus siervos, temerosos de algún impuesto de capitación que ya se rumoraba, fué la causa única que permitió desmentir, de manera oficial, los estimados de Valle Hernández, que tenían el aval del insigne Arango y Parreño.

El barón de Humboldt, estudiando, con sentido crítico, las varias y graves omisiones advertidas en el censo de 1817 con respecto a la introducción de esclavos africanos, y teniendo asimismo presente el notable aumento de los libres de color y de los blancos, que proporcionaba el examen comparativo de las estadísticas de la Junta de Instrucciones y de Cienfuegos, en la porción oriental de la isla; llegó a pensar que, a fines de 1825, había ya probablemente en Cuba 715,000 habitantes, agrupados de esta manera: blancos, 325,000; libres de color, 130,000; esclavos, 260,000. Es decir, un 46% de blancos, un 18 de libres de color y un 36 de esclavos.

Pero Humboldt, espíritu observador, nos dejó también un estudio comparativo de la población de las Antillas entre sí y con los estados del continente (Estados Unidos y Brasil), que es una de las páginas más notables y provechosas de su magnífico *Ensayo político sobre la isla de Cuba*.

La población de Cuba era entonces con corta diferencia igual a la de todas las Antillas inglesas reunidas, y casi el doble que la población de Jamaica. En la isla de Cuba los hombres libres constituían el 64% de la población total; en las Antillas inglesas apenas alcanzaban el 19%; pero en todo el archipiélago antillano, los hombres de color, negros y mulatos, libres y esclavos, formaban una masa de 2,360,000, que equivalía al 83% de toda la población. "Si la legislación de las Antillas y el estado de las gentes de color no experimenta muy en breve alguna mudanza saludable, y si se continúa discutiendo sin obrar, la preponderancia política pasará a manos de los que tienen la fuerza del trabajo, la voluntad de sacudir el yugo y el valor de sufrir largas privaciones"; aunque, lo dirá el propio Humboldt, "la isla de Cuba puede librarse mejor que las demás Antillas del naufragio común; porque cuenta con 455,000 hombres libres, no siendo los esclavos más que 260,000 y puede preparar gradualmente la abolición de la esclavitud, valiéndose para ello de medidas humanas y prudentes". Ahora bien, añade más adelante el ilustre y generoso sabio, "para remediar el mal, para prevenir las calamidades públicas y para consolar al infeliz que pertenece a una raza maltratada y a quien se teme más que lo que se dice, es preciso sondear la llaga; porque existen en el cuerpo social, di-

rigido con inteligencia, lo mismo que en los cuerpos orgánicos, fuerzas reparativas que pueden oponerse a los males más inveterados”.

Entre los varios apéndices estadísticos que siguen a este capítulo, van los cálculos y el estudio comparativo de Humboldt.

Ese mismo año de 1825, un gobernador de Cuba, el general don Francisco Dionisio Vives, comprendiendo que “para administrar con acierto, había que saber lo que se administraba”, dispuso que varias comisiones de jefes y oficiales del ejército, distribuidas por la mayor parte del territorio de la isla, lograsen por sí mismas y a la vez los datos estadísticos, topográficos y descriptivos cuya posesión sería el fundamento de toda obra responsable que se quisiera acometer.

Vencidos los grandes y numerosos obstáculos que se presentaron, después de casi dos años de fatigas y de privaciones, fueron regresando a la capital los comisionados desde mediados de 1826, con los datos e informaciones solicitados y recogidos. “No resultaron algunos suficientes, escribe Pezuela, y discrepaban muchos entre sí en la forma y orden de los apuntes y trazados, según la variedad y tendencia de ideas de sus autores, que descuidaron antes de emprenderlos, concertar la necesaria pauta para asimilarlos. Pero unidos a datos anteriores, no tardaron en rectificarse casi todos, y con ellos al fin se pudo ir ordenando el primer cuadro estadístico de Cuba de 1827, que no se terminó hasta muy entrado el siguiente año, ni se imprimió hasta el posterior.”

“Sea como quiera, concluye el propio escritor, el censo o cuadro estadístico de 1827 fué el trabajo más completo e importante que hasta entonces se hubiese publicado sobre una isla que mal podía ser administrada con acierto antes de ser completamente conocida. No fué como los anteriores un simple resumen de población, fué la primera descripción que se conociese de la riqueza pública de Cuba clasificándola por productos, departamentos y jurisdicciones; fué, en fin, la primera demostración de una verdad tanto más cierta y lisonjera, cuanto que ningún error numérico ni ninguna especie falsa resultó de los datos con que salió a luz acompañada.”

Según esta estadística, ninguna de cuyas partidas está equivocada, ratifica La Sagra, el número de habitantes de la isla de Cuba alcanzaba la cifra de 704,487 almas. Los blancos, que constituían el 44% de la población, sumaban 311,051 individuos; los libres de color, que representaban el 15% —nunca habían significado menos— eran 106,494 almas; los esclavos —más numerosos que en ninguna otra ocasión anterior— comprendían el 41% de la población y llegaban a 286,942 habitantes.

Las diferencias pormenorizadas entre la población blanca y la de color y entre la libre y la esclava, resultaron como sigue: los varones blancos con los varones pardos libres estaban en razón de 6,01 a 1; con los morenos libres, de 7,05 a 1; con los varones pardos y morenos libres, de 3,24 a 1; con todos los varones esclavos, de 0,92 a 1; con todos los varones de color, de 0,7 a 1; toda la población blanca con la de color libre, de 2,92 a 1; con la de color esclava, de 1,08 a 1; con toda la de color, de 0,79 a 1; los varones pardos libres con los morenos libres, de 1,17 a 1; los de varones de color libres con los esclavos, de 0,22 a 1; toda la población liberta con la esclava, de 1,45 a 1.

La proporción en que habían aumentado o disminuído las varias clases de la población en los diez años transcurridos entre el censo de 1817 y el de 1827, fué expuesta en estos términos: en los varones hubo un 30% de aumento; en las hembras blancas, lo mismo; en los varones de color libres, un 11% de disminución; en las hembras de color libres, 1% de pérdida; en los varones esclavos, 47% de aumento; en las esclavas, 38% de aumento; y en toda la población reunida se advirtió un acrecentamiento de un 27%.

También José Antonio Saco, espíritu vigilante y previsor, se preocupó por ofrecernos sus cálculos sobre la población de Cuba, en el famoso *Análisis de una obra sobre el Brasil*, publicado en la *Revista Bimestre Cubana*, en 1832.

"En nuestro concepto, apunta el gran patricio bayamés, la isla de Cuba pasa hoy [1832] de 800,000 almas, y no tememos equivocarnos si aseguramos, que el número de esclavos no baja de 350,000, y el de libres de color de 140,000; es decir, que en una población donde hay poco más de 300,000 blancos, se cuentan casi 500,000 personas de color."

Con posterioridad al censo de Vives, los emigrados franceses y españoles de México y el gran número de peninsulares que una larga y agotadora guerra civil (la guerra carlista), trajeron a las playas hospitalarias de Cuba, y muy principalmente cerca de quinientos cargamentos de esclavos introducidos en forma clandestina, determinaron que, en 1841, bajo el mando del general Gerónimo Valdés, un nuevo censo de habitantes, que dirigió el brigadier don Pedro Ruiz de la Bastida, diera a conocer que la opulenta reina de las Antillas había rebasado ya la cifra de un millón de habitantes. Pero el estudio de ese empadronamiento corresponde al nuevo período histórico que se inicia en 1837.

APENDICES ESTADISTICOS

CENSO DE 1791

POBLACIÓN APROXIMADA DE LA ISLA DE CUBA,
EN 1811

CENSO DE 1817

POBLACIÓN PROBABLE DE LA ISLA DE CUBA,
A FINES DE 1825

LAS ANTILLAS COMPARADAS ENTRE SÍ Y CON
LOS ESTADOS DEL CONTINENTE (ESTADOS
UNIDOS DE AMÉRICA Y BRASIL)

CENSO DE 1827

CENSO DE 1791 (1)

	HOMBRES					MUJERES					Total GENERAL
	Blancos	LIBRES		ESCLAVOS		Blancas	LIBRES		ESCLAVAS		Total
		Mulatos	Negros	Mulatos	Negros		Mulatas	Negras	Mulatas	Negras	
Habana y arrabales	12,274	2,481	1,944	251	6,864	23,814	2,911	2,464	231	10,624	27,493
Santiago de las Vegas	1,127	57	38	27	1,061	2,310	63	43	36	1,131	2,429
San Felipe y Santiago	601	35	19	5	522	1,182	497	19	7	205	1,953
Filipinas	1,353	533	59	27	360	2,232	501	61	17	246	4,192
Isla de Pinos	50	3	1	3	17	74	—	—	—	—	82
Santa M ^a del Rosario	1,291	30	238	30	312	1,901	46	219	37	438	3,898
Guanabacoa	3,278	327	244	125	1,878	5,852	400	282	149	1,783	11,725
Jaruco	503	9	8	—	140	660	3	7	—	69	1,164
Matanzas	1,945	266	406	160	996	3,773	224	2	111	633	6,216
Partidos del campo	21,066	2,038	1,800	640	15,860	41,404	1,460	1,520	690	6,340	65,854
Total	43,488	5,779	4,757	1,268	28,010	83,302	5,651	4,617	1,278	21,469	151,130
Remedios	2,248	432	538	271	965	4,454	4,042	516	286	690	7,849
Santa Clara	4,141	767	388	352	370	6,018	666	426	380	340	4,457
Trinidad	2,612	1,143	766	309	1,440	6,270	1,262	878	425	502	5,341
Sancti-Spiritus	2,375	1,036	699	268	1,285	5,655	1,127	811	397	451	10,496
Príncipe	7,214	971	793	988	4,605	14,571	763	717	736	3,329	27,518
Total	18,590	4,349	3,184	2,180	8,665	36,968	7,860	3,348	2,224	5,312	72,403
Bayamo	3,732	2,712	179	1,680	1,634	9,937	1,287	1,547	2,213	1,701	9,867
Baracoa	490	585	16	20	69	1,180	604	109	21	56	1,186
Holguín	2,007	377	151	165	234	2,934	394	134	164	190	2,903
Cuba	3,992	2,043	1,079	456	3,043	10,613	2,245	1,145	466	2,072	10,148
Total	10,221	5,717	1,425	2,321	4,980	24,664	4,530	2,935	2,964	4,019	24,104
TOTAL GENERAL	72,299	15,845	9,366	5,769	41,655	144,934	18,041	10,900	6,366	30,800	127,367

(1) Según las correcciones de Ramón de la Sagra, *Historia física política y natural de la Isla de Cuba* (Paris, MDCCC XXXVIII), t. I, p. 149. Sobre la fecha de la formación de este censo, véase lo consignado al comienzo de este capítulo.

POBLACION APROXIMADA DE LA ISLA DE CUBA,
EN 1811 (1)

	Blancos	Libres de color	Esclavos	TOTALES
Habana y arrabales	43,000	27,000	28,000	98,000
Sus campos	118,000	15,000	119,000	252,000
Parte Occidental	161,000	42,000	147,000	350,000
RELACIÓN A 100	46	12	42	100
Cuba, puertos y campos	40,000	38,000	32,000	110,000
Puerto Príncipe	38,000	14,000	18,000	70,000
Cuatro Villas	35,000	20,000	15,000	70,000
Parte Oriental	113,000	72,000	65,000	250,000
RELACIÓN A 100	45	29	26	100

RESUMEN GENERAL

	Blancos	Libres de color	Esclavos	TOTALES
Parte Occidental	161,000	42,000	147,000	350,000
Parte Oriental	113,000	72,000	65,000	250,000
Totales de la Isla	274,000	114,000	312,000	600,000
RELACIÓN A 100	45½	19	35½	100

(1) Según el informe de Antonio del Valle Hernández, publicado en *Obras del Excmo. Señor D. Francisco de Arango y Parreño* (La Habana, 1889), t. II, p. 263.

CENSO DE 1817 (1)

	HOMBRES						MUJERES						TOTAL GENERAL
	LIBRES			ESCLAVOS			Blancas	LIBRES		ESCLAVAS		Total	
	Blancos	Mulatos		Negros	Mulatos	Negros		Mulatas	Negras				
Habana y arrabales	20,372	4,565	6,594	1,481	11,310	44,322	17,990	4,446	5,767	1,062	10,488	39,753	84,075
Santiago	2,260	113	109	13	1,113	3,608	2,043	305	331	96	536	3,311	6,919
San Felipe y Santiago	1,477	76	137	49	847	2,586	675	56	39	80	405	1,255	3,841
San Antonio	2,189	201	267	45	1,443	4,145	2,032	219	281	49	781	3,362	7,507
Filipinas, Tenencia	3,425	1,580	341	91	2,494	7,931	2,457	1,322	278	52	997	5,106	13,037
Santa M ^a del Rosario	1,408	20	96	1	806	2,331	1,129	38	151	32	442	1,792	4,123
Guanabacoa	3,954	765	212	1,430	4,502	10,903	748	404	453	138	687	2,430	13,333
Jaruco	732	37	55	4	440	1,268	408	17	3	8	199	635	1,903
Partidos a diez leguas	14,837	785	1,605	324	20,078	37,629	11,392	935	1,802	508	5,992	20,629	58,258
Partidos a más de diez leguas	9,383	504	533	81	16,130	26,631	5,847	768	707	409	6,036	13,767	40,398
Partidos de la Vuelta de Arriba	10,563	622	611	219	14,870	26,885	8,889	467	524	195	5,159	15,234	42,119
Matanzas	5,399	451	440	123	5,225	11,638	4,112	383	402	122	3,977	8,996	20,634
TOTAL	75,999	9,719	11,040	3,861	79,258	179,877	57,722	9,360	10,738	2,751	35,699	116,270	296,147
Remedios	5,397	463	636	126	1,272	7,894	4,187	447	464	85	754	5,937	13,831
Villa-Clara	9,548	1,138	574	259	1,815	13,334	8,284	1,416	643	267	1,134	11,744	25,078
Trinidad	3,494	1,102	1,098	157	3,214	9,065	3,295	1,193	1,124	341	1,408	7,361	16,426
Sancti-Spiritus	8,241	2,025	1,059	487	1,515	13,327	7,946	2,065	964	504	1,159	12,638	25,965
Príncipe	12,969	1,830	1,776	1,813	7,247	25,625	11,990	1,589	1,770	1,401	6,118	22,863	48,488
TOTAL	39,649	6,558	5,133	2,842	15,063	69,245	35,702	6,710	4,965	2,598	10,575	60,543	129,788
Bayamo	5,631	5,000	4,400	2,200	4,000	21,231	4,987	4,500	3,500	3,000	5,000	20,987	42,218
Baracoa	503	635	500	500	600	2,738	700	600	550	450	300	2,600	5,338
Holgún	1,805	1,800	1,300	1,600	1,600	8,105	1,591	1,500	1,650	1,300	1,250	7,291	15,396
Cuba	6,932	6,800	6,000	6,800	6,000	32,532	8,609	6,500	4,600	4,400	7,500	31,609	64,141
TOTAL	14,871	14,235	12,200	11,100	12,200	64,606	15,887	13,100	10,300	9,150	14,050	62,487	127,095
TOTAL GENERAL	130,519	30,512	28,375	17,803	106,521	313,728	109,311	29,170	26,003	14,499	60,322	239,300	553,028

(1) Según las correcciones de Ramón de la Sagra, *Ob. cit.*, t. I, p. 150. Saco (*Papeles*, t. II, p. 71) fija la población total en 553,033.

POBLACION PROBABLE DE LA ISLA DE CUBA,
A FINES DE 1825 (1)

LIBRES	455,000
blancos	325,000
de color	130,000
ESCLAVOS	260,000
TOTAL	715,000

Antillas comparadas entre sí mismas y con los estados del continente	Población total	Blancos	Libres de color, mulatos y negros	Esclavos	Distribución de las clases
Isla de Cuba	715,000	325,000	130,000	260,000	Blancos 0,46 Libres de color ... 0,18 Esclavos 0,36 1,00
Jamaica	402,000	25,000	35,000	342,000	Blancos 0,06 Libres de color ... 0,09 Esclavos 0,85 1,00
Todas las Antillas ..	776,500	71,350	78,350	626,800	Blancos 0,09 Libres de color ... 0,10 Esclavos 0,81 1,00
Todo el archipiélago de las Antillas (2) .	2,843,000	482,600	1,212,900	1,147,500	Blancos 0,17 Libres de color ... 0,43 Esclavos 0,40 1,00
Estados Unidos de la América del Norte.	10,525,000	8,575,000	285,000	1,665,000	Blancos 0,82 Libres de color ... 0,03 Esclavos 0,15 1,00
Brasil	4,000,000	920,000	1,020,000	2,060,000	Blancos 0,23 Libres de color ... 0,26 Esclavos 0,51 1,00

(1) Según Alejandro de Humboldt, *Ensayo político sobre la isla de Cuba* (La Habana, 1930), t. I, pp. 102-104.

(2) "Admitiendo para Haití 936,000... en lugar de 820,000, resultará en todo el archipiélago de la Antillas: 2,959,000; entre ellos 1,329,000 ó $\frac{45}{100}$ en lugar de $\frac{43}{100}$ de hombres de color libres" (Humboldt. *Ob. cit.*, t. I, n. 1 a la p. 105).

CENSO DE 1827 (1)

I

DEPARTAMENTOS	BLANCOS						PARDOS LIBRES							
	VARONES			HEMBRAS			VARONES			HEMBRAS				
	De 1 a 15 años	De 15 años arriba	Resumen	De 1 a 12 años	De 12 años arriba	Resumen	De 1 a 15 años	De 15 años arriba	Resumen	De 1 a 12 años	De 12 años arriba	Resumen		
	Total			Total			Total			Total				
Ocidental	31,294	58,232	89,526	23,117	52,415	75,532	165,058	3,110	5,121	8,231	3,340	6,596	9,936	18,167
Del Centro	21,047	32,400	53,447	17,351	27,425	44,776	98,223	3,637	4,593	8,230	3,254	3,566	6,820	15,050
Oriental	9,814	15,866	25,680	8,528	13,562	22,090	47,770	5,210	6,387	11,597	3,888	8,812	12,700	24,297
TOTAL población permanente de la Isla de Cuba	62,155	106,498	168,653	48,996	93,402	142,398	311,051	11,957	16,101	28,058	10,482	18,974	29,456	57,514

II

DEPARTAMENTOS	MORENOS LIBRES						PARDOS Y MORENOS ESCLAVOS						TOTAL GENERAL DE POBLACIÓN		
	VARONES			HEMBRAS			VARONES			HEMBRAS					
	De 1 a 15 años	De 15 años arriba	Resumen	De 1 a 12 años	De 12 años arriba	Resumen	De 1 a 15 años	De 15 años arriba	Resumen	De 1 a 12 años	De 12 años arriba	Resumen			
	Total			Total			Total			Total					
Ocidental	4,006	8,998	13,004	3,416	11,477	14,893	27,897	23,615	101,773	125,388	15,227	56,800	72,027	197,415	408,537
Del Centro	2,170	2,887	5,066	1,710	2,420	4,130	9,196	3,910	24,488	28,398	2,332	11,298	13,630	42,028	164,497
Oriental	2,217	3,617	5,834	2,283	3,770	6,053	11,887	3,360	26,144	29,504	3,407	14,588	17,995	47,499	131,453
Total población permanente de la Isla de Cuba	8,402	15,502	23,904	7,409	17,667	25,076	48,980	30,885	152,405	188,290	20,966	82,686	103,652	286,942	704,487

(1) Según el Cuadro estadístico de la siempre fiel isla de Cuba, correspondiente al año de 1827 (La Habana, 1829).

FUENTES

CAPITULO I

- AIMES, HUBERT H. S. *A History of Slavery in Cuba*. New York, 1907.
- ARANGO Y PARREÑO, FRANCISCO DE. *Obras*. La Habana, 1888, t. I.
- BACHILLER Y MORALES, ANTONIO. *Los Negros*. Barcelona, 1887.
- DEL MONTE, DOMINGO. *Escritos*. La Habana, 1929, t. I.
- ESTÉVEZ, FRANCISCO. *Diario oficial del rancheador de negros cimarrones Francisco Estévez durante el quinquenio de 1837 a 1842*. Cafetal "Ultimo Esfuerzo", Lomas de San Blas, jurisdicción de San Diego de Núñez. Advertencia preliminar de Cirilo Villaverde.
- Manuscrito inédito de puño y letra del autor de Cecilia Valdés, perteneciente al archivo histórico de José Manuel Pérez Cabrera.
- GUERRA Y SÁNCHEZ, RAMIRO. *Manual de Historia de Cuba*. La Habana, 1938.
- HUMBOLDT, ALEJANDRO DE. *Ensayo político sobre la isla de Cuba*. La Habana, 1930.
- ORTIZ, FERNANDO. *Hampa afro-cubana. Los negros esclavos*. La Habana, 1916.
- PEZUELA, JACOBO DE LA. *Diccionario geográfico, estadístico, histórico de la isla de Cuba*. Madrid, 1863, t. II.
- PICHARDO, ESTEBAN. *Diccionario provincial casi razonado de voces cubanas*. La Habana, 1852.
- Reglamento de esclavos (en Bando de gobernación y policía de la isla de Cuba expedido por el Excmo. Sr. Don Gerónimo Valdés, Presidente, Gobernador y Capitan General)*. Segunda edición. La Habana, 1843.
- Reglamento y arancel que debe gobernar en la captura de esclavos prófugos o cimarrones (en Apéndice al bando de gobernación y policía de la isla de Cuba comprensivo de diversos reglamentos, aranceles y disposiciones)*. La Habana, 1843.
- REMOS, JUAN J. *Tendencias de la narración imaginativa en Cuba*. La Habana, 1935.
- SACO, JOSÉ ANTONIO. *Colección de papeles*. París, 1858, t. I y II.
- *Historia de la esclavitud de la raza africana en el Nuevo Mundo y en especial en los países americano-hispanos*. La Habana, 1938.
- SUÁREZ Y ROMERO, ANSELMO. *Colección de artículos*. La Habana, 1859.
- *Francisco, el ingenio o las delicias del campo*. (Publicaciones del Ministerio de Educación, Cuadernos de Cultura, VIII, 1.) La Habana, 1947.
- TURNBULL, DAVID. *Travels in the West. Cuba, with notices of Porto Rico and the Slave Trade*. London, 1840.
- VARELA, F. *El Habanero. Papel político, científico y literario*. Filadelfia, 1824, t. I, n° I.
- VILLAYERDE, CIRILO. *Cecilia Valdés*. New York, 1880.

CAPITULO II

- ALFONSO, PEDRO ANTONIO. *Memorias de un matancero*. Matanzas, 1854.
- ARANGO Y PARREÑO, FRANCISCO DE. *Obras*. La Habana, 1888, t. I.
- ARROM, JOSÉ JUAN. *Historia de la literatura dramática cubana*. (Yale University Press, New Haven, 1944.)
- BACARDÍ Y MOREAU, EMILIO. *Crónicas de Santiago de Cuba*. Barcelona, 1909, t. II.
- Bacardí reproduce en este tomo (pp. 19-32), la relación del Sr. D. J. M. Pérez intitulada *Santiago de Cuba en 1800*.
- BETANCOURT CISNEROS, GASPAR. *Escenas cotidianas*. (Publicaciones del Ministerio de Educación.) La Habana, 1950.
- BETANCOURT, JOSÉ RAMÓN. *Una feria de la Caridad en 183...* La Habana, 1858.
- CALLEJAS, JOSÉ MARÍA. *Historia de Santiago de Cuba*. La Habana, 1911.

- FERRER, BUENAVENTURA PASCUAL. *Cuba en 1798*. (Revista de Cuba, t. I, La Habana, 1877.)
 — *Las Misas de madrugada*. (Revista de Cuba, t. II, La Habana, 1877.)
 GONZÁLEZ, MANUEL DIONISIO. *Memoria histórica de la villa de Santa Clara y su jurisdicción*. Villaclara, 1858.
 GUERRA Y SÁNCHEZ, RAMIRO. *Historia de Cuba*. La Habana, 1925, t. II.
 — *Azúcar y población en las Antillas*. La Habana, 1935.
 — *Manual de Historia de Cuba*. La Habana, 1938.
 HUMBOLDT, ALEJANDRO DE. *Ensayo político sobre la isla de Cuba*. La Habana, 1930.
 LA TORRE, JOSÉ MARÍA DE. *Lo que fuimos y lo que somos o la Habana antigua y moderna*. La Habana, 1857.
 MARTÍNEZ-FORTÚN Y FOYO, CARLOS A. *Las parrandas de Remedios*. La Habana, 1938.
 PEZUELA, JACOBO DE LA. *Diccionario geográfico, estadístico, histórico, de la isla de Cuba*. Madrid, 1863, t. III.
 ROIG DE LEUCHSENRING, EMILIO. *La Habana, apuntes históricos*. La Habana, 1939.
 VALLE-HERNÁNDEZ, ANTONIO DEL. *La Habana en 1800 y 1804*. (Boletín del Archivo Nacional, t. XVII, La Habana, 1918.)
 VILLAVERDE, CIRILO. *Cecilia Valdés*. New York, 1880.
 XIMENO, DOLORES MARÍA DE. *Aquellos tiempos... Memorias de Lola María*. La Habana, 1928.

CAPITULO III

- ARANGO Y PARREÑO, FRANCISCO DE. *Obras*. La Habana, 1889, t. II.
Cuadro estadístico de la siempre fiel isla de Cuba, correspondiente al año de 1827. Formado por una comision de gefes y oficiales, de orden y bajo la direccion del escelenitimo señor capitan general don Francisco Dionisio Vives; precedido de una descripcion histórica, física, geográfica, y acompañada de cuantas notas son conducentes para la ilustracion del cuadro. Habana. Oficina de las viudas de Arazoza y Soler, impresoras del Gobierno y Capitanía general por S.M., 1829.
 HUMBOLDT, ALEJANDRO DE. *Ensayo político sobre la isla de Cuba*. La Habana, 1930, t. I.
 LA SAGRA, RAMÓN DE. *Historia física política y natural de la isla de Cuba*. París, MDCCC-XXXVIII, t. I.
 PEZUELA, JACOBO DE LA. *Historia de la isla de Cuba*. Madrid, 1878, t. III y IV.
 — *Diccionario geográfico, estadístico, histórico, de la isla de Cuba*. Madrid, 1866, t. IV.
 SAGO, JOSÉ ANTONIO. *Colección de papeles científicos, históricos, políticos y de otros ramos sobre la isla de Cuba, ya publicados, ya inéditos*. París, 1858, t. II.
 SOCIEDAD ECONÓMICA DE LA HABANA, REAL. *Memorias*. La Habana, 1846, segunda serie, t. I.

LIBRO QUINTO

CULTURA Y EDUCACION

LIBRO QUINTO

CULTURA Y EDUCACION

CAPÍTULO I

DESARROLLO LITERARIO

LA figura cimera de este período, tanto en la sensibilidad artística, como en el ideal patriótico, es la del poeta José María Heredia, famoso como cantor del Niágara. En dicho período nacen los primeros síntomas de la cultura propia, que comienzan a desflorar un espíritu nacional. El órgano de la misma es la primera publicación de índole literaria, a más de informativa, que aparece en nuestras letras: el *Papel Periódico de la Havana*, fundado por el benemérito e inolvidable gobernador, Don Luis de las Casas, el 24 de octubre de 1790. Se publicaba al principio, semanalmente; después, dos veces por semana, durando su edición, hasta 1804. Su primer director fué Don Diego de la Barrera, quien cesó en el cargo en 1793, al pasar el periódico a la Sociedad Patriótica, fundada también a iniciativa del laborioso y bienintencionado gobernante. El formato era de medio pliego de papel español doblado, y contenía cuatro páginas. Imprimíase en la imprenta de Seguí. Rendía informaciones no sólo económicas, sino políticas, literarias y científicas; así como observaciones meteorológicas, que estuvieron a cargo de Robredo. Según José Antonio Saco, en 1805 varió de nombre la publicación, llamándose *Aviso*, y habiéndose designado como redactor oficial, a Tomás Agustín Cervantes (Habana, 1782-1848). En 1810 trocó este otro nombre por el de *Diario de la Habana*. Los primeros redactores fueron el Pbro. José Agustín Caballero y D. Nicolás Calvo. Con los productos de la venta y de las suscripciones, se fundó la biblioteca de la Sociedad Patriótica. Cada mes era designado un redactor responsable, cuyo nombre se hacía constar bajo el título y la fecha. Dicho redactor era miembro de la Sociedad Patriótica. El *Papel* se ponía a la disposición de todo aquél que quisiera enviar colaboración, para lo cual se colocó una caja en la redacción, en que los autores depositaban sus escritos, los cuales eran sometidos a la consideración de los miembros de la Sociedad, para su aprobación.

La colección del *Papel Periódico* constituye una fuente inapreciable para el conocimiento de las ideas dominantes, en la última década del

siglo XVIII y comienzos del XIX; el estado de las costumbres en todos sus aspectos, de la agricultura, de las condiciones del trabajo, de la situación económica, del movimiento artístico y literario, de la índole de los espectáculos; y, al propio tiempo, como órgano de los escritores más calificados del momento, para constatar los valores filológicos de aquel lapso. Don Luis de las Casas, en un discurso pronunciado en 1792 acerca de la significación del *Papel*, expresa que ha de entrar en sus fines "atacar los usos y costumbres que son perjudiciales en común y en particular; corregir los vicios, pintándolos con sus propios colores, para que mirados con horror se detesten, y retratar en contraposición el apreciable atractivo de las virtudes...". En el primer número que apareció explícense los propósitos de la publicación, que tienden a dar al público:

"... Noticia: del precio de los efectos comerciales y de los bastimentos, de las cosas que algunas personas quieran vender o comprar, de los espectáculos, de las obras nuevas de toda clase, de las embarcaciones que han entrado, o han de salir, en una palabra de todo aquello que puede contribuir a las comodidades de la vida."

"... A imitación de otros que se publican en la Europa comenzarán también nuestros papeles con algunos retazos de literatura, que procuraremos escoger con el mayor esmero. Así declaramos desde ahora que a excepción de las equivocaciones y errores, que tal vez se encontrarán en nuestra obrilla, todo lo demás es ageno, todo copiado."

"Los aficionados que quisieran adornarla con sus producciones se servirán ponerlas en la Librería de D. Franco Seguí que ofrece imprimirlas, quando para ello hubiere lugar y no se tocaren inconvenientes, conservando oculto o publicando el nombre del autor según este lo previniere."

La marcha de la publicación pasó de la mera reproducción a artículos originales, y la colaboración espontánea del público fué llevada como indicábamos a la caja colocada expresamente para ello. Insertáronse en las páginas del *Papel* muchos artículos y composiciones poéticas, con seudónimo y anónimas. La influencia del neoclasicismo español es bien notoria; y el prosaismo, con Iriarte como pontífice, se dejó sentir en los fabulistas colaboradores, que no fueron pocos. Algunos gustaron del acento horaciano, a través de Meléndez; y no faltó la poesía anacreóntica y la inclinación al bucolismo, que tanto privó a los poetas españoles del siglo XVIII; todo ello producido en una creación artificiosa y sin alas, carente de vuelos. Letrillas, sonetos, romances y odas, constituían la armazón de estos brotes anónimos en su mayoría o con seudónimos tan indescifrables como si lo fueran, en los que rara vez brilló el ingenio.

Colaborador del *Papel Periódico*, fué uno de los primeros cultivadores del tema cubano en la poesía, Manuel de Zequeira y Arango (1760-1846), militar por imposición paterna, a contrapelo con sus inclinaciones a la filosofía y a las humanidades que estudió en el Seminario de San Carlos. Su oda *A la piña* es la que le conquista señalada preeminencia, en la historia de nuestras letras. Es poema en que el motivo canta rebosante de néctares y jugos, de flores y aires embalsamados por su aroma; exaltando las dulzuras y privilegios de la fruta tropical que le sirve de tema. No fué Zequeira poeta de espontánea tensión lírica, ni de absoluta originalidad, tanto en la forma como en la elección del asunto: siguió mucho a Moratín (padre), a Meléndez, a Cienfuegos, a Quintana. En algunas odas y églogas se advierten las huellas de Meléndez y de Cienfuegos; así como en los sonetos *El valor* y *A la injusticia*. En su lira heroica (*A Daoiz y Velarde*), como en los cantos inspirados en el progreso (*A la nave de vapor*), se recuerda a Quintana, aunque sin el estro de éste; en el poema épico (*Batalla de Cortés en la laguna*) imitó a Moratín. Escribió epigramas, anacreónticas y sátiras, logrando su más alta expresión poética, en el soneto satírico *La ilusión*.

En el mismo momento de Zequeira (y aunque no fueron colaboradores del *Papel* justo es recordarlos ahora) surgieron Manuel Justo de Rubalcava (1769-1805) y Manuel María Pérez (1777-1858). El primero aunque incorrecto, es poeta de más aliento que Zequeira, de más valor subjetivo; aunque cae a menudo, como éste, en el exceso de citas mitológicas (defecto de su hora). A él se debe otro poema de tema nativista: el que integran las silvas *Ocios de Guantánamo*, en que canta a las diversas frutas cubanas. Imitó a Virgilio (*Egloga*) y al poeta español, José Iglesia de la Casa (la elegía *La Noche*) y también gustó lo épico, en el poema *La Muerte de Judas*, en octavas reales, dividido en tres cantos, y que es su composición más calificada, por su plan bien meditado, su elocución vigorosa y su fluidez. Manuel María Pérez, militar como Zequeira, fué inferior a éste y Rubalcava, y era dado a la poesía de ocasión; su poesía *El Pastor* y *el eco* halló imitadores sucesivos, en la forma ingeniosa; escribió algo para el teatro (monólogos y autos sacramentales), así como letras para canciones, a las que ponía música el oportunamente citado Esteban de Sala. Dedicado al magisterio, tuvo el honor de haber sido maestro del Padre Varela. Pérez representa la poesía popular, en este período, lo mismo que Pedro J. del Sol y los conocidos por sus seudónimos: M. Torillo del Castiz, Nazario Mirto, Ramiro Nácito, etc.; nombres que parecen anagramas.

Uno de los más significados colaboradores del *Papel* fué el Presbítero José Agustín Caballero (1762-1835), maestro de Saco, de Varela y de Luz y Caballero, en el Seminario de San Carlos, donde enseñó filosofía y del que fué director. En este plantel ensayó nuevos métodos, atacó la filosofía escolástica y expuso las teorías de Locke, Condillac y otros filósofos que por entonces prendían en Europa nuevas luces en estos estudios. Escribió en latín en 1797 su obra *Lecciones de Filosofía Electiva*, que se mantuvo inédita hasta 1944, en que fué traducida y editada por la Universidad de la Habana. Sin desprenderse por completo del aristotelismo, Caballero trató de innovar, y fué el precursor de Varela, en la introducción de las corrientes eclécticas. También su espíritu innovador lo puso de manifiesto en sus ideas políticas, pues redactó en 1811 un proyecto de autonomía para regir los destinos de Cuba, y el cual debía ser presentado ante las cortes de España, por el diputado de Cuba, Jáuregui. En dicho proyecto había un Consejo que compartiría la gobernación con el Gobernador General de la Isla, que representaría a la Corona, y el cual Consejo elegiría el Presidente y los Ministros, para el despacho de los asuntos de interés público. Aunque no llegó a presentarse el referido proyecto, no cabe duda que la idea quedó flotando en la conciencia cubana. Caballero fué también un gran orador sagrado y crítico de sagaz sentido, así como prosista elegante y fino. Otro de los oradores sagrados de aquel período, fué asimismo redactor del *Papel Periódico*: el P. Félix Fernández de Veranes, profesor de texto aristotélico de la Universidad, y poeta. Su oratoria fué brillante por sus imágenes, florida y de dulce tono, como la de otro de sus contemporáneos más ilustres: el P. Remigio Cernadas (1779-1859), fraile dominico, famoso por sus elogios del Obispo Espada y del P. Varela. El más célebre sin embargo de los oradores sagrados del período fué el P. Alvaro Montes de Oca (1768-1848) a quien por su elocuencia dieron el sobrenombre de "pico de oro"; y que como Veranes, fué también poeta, cultivando la vena satírica.

Figuró también como colaborador el estadista D. Francisco de Arango y Parreño (1765-1837), discípulo de la Universidad y del Seminario de San Carlos, centros en que estudió respectivamente leyes y humanidades, graduándose de doctor en Derecho en la Academia de Jurisprudencia de Santa Bárbara. Su fama de jurista y su labor incesante por los intereses cubanos, le llevaron a cargos de significación, como los de apoderado del Ayuntamiento de La Habana en la Corte, Oidor de la Audiencia de Santo Domingo, para que desempeñase en Cuba la Asesoría de alzas, Síndico perpetuo del Consulado de Agricultura y Comercio (fundado a instancias suyas) y más tarde Asesor



TOMÁS ROMAY Y CHACÓN

TOMÁS ROMAY Y CHACÓN. El primero, en el orden del tiempo, de nuestros grandes médicos; introductor y propagador infatigable de la vacuna; autor también de una notable memoria sobre la fiebre amarilla, premiada por la Real Academia de Medicina y Cirugía de Madrid, estudio que, ha escrito el doctor Manuel Villaverde, "representa la primera gran contribución cubana al progreso de la medicina universal". Amigo y auxiliar valiosísimo de don Luis de las Casas y del gran obispo Espada; talento enciclopédico; cofundador del *Papel Periódico* y de la *Sociedad Patriótica*, médico de la Casa de Beneficencia... Durante la segunda época constitucional, un furibundo demagogo, el presbítero doctor Tomás Gutiérrez de Piñeres, dirigió ásperos y calumniosos ataques al doctor Romay, que degeneraron a poco en tumultos callejeros y ocasionaron la muerte a la angustiada esposa del ilustre médico. La vida útil de Romay se extinguió, en esta ciudad, a los ochenta y cuatro años, el día 30 de marzo de 1849.

El grabado que se reproduce pertenece a la *Colección Figarola Caneda*, que se conserva en el Archivo de la Academia de la Historia de Cuba.

de la Factoría del tabaco, Ministro del Supremo Consejo de Indias y Diputado por La Habana a las Cortes Constituyentes de 1814. A sus empeños debieron beneficiarse normas en relación con la vida económica del país; y cooperó eficazmente a la fundación de la Sociedad Patriótica y de la Junta de Comercio y Tribunal Mercantil. Fué el gran consejero del gobernador don Luis de las Casas. Sus diversos estudios sobre métodos agrícolas e industriales, las refinerías de azúcar, el cultivo del tabaco, la supresión del tráfico de esclavos, conquistaronle la autoridad que tanto le distinguió en aquellos momentos de tanta trascendencia, en la formación de la conciencia cubana. Su *Discurso sobre la Agricultura en la Habana y medios de fomentarla*, escrito y presentado al rey de España, en 1792, es un sistemático análisis, sólidamente razonado, ilustrado con documentación copiosísima, sobre la importancia que tiene para Cuba el cuidado del agro. Aunque sin los vuelos literarios de los de Jovellanos, este discurso tiene aspiraciones análogas al *Informe sobre la Ley Agraria*, del prosista y poeta español, y hasta analogía con algunas de sus ideas. De prosa sencilla y precisa, Arango descuella por su pensamiento diáfano amasado por su propia experiencia. Muchos de sus conceptos no han perdido su vigencia.

Tomás Romay (1764-1849), aunque de los redactores del *Papel Periódico*, no fué en éste precisamente donde dió a conocer los trabajos que habrían de conservar su nombre en la posteridad, pues su profesión médica (que siguió tras haber abandonado los estudios de jurisprudencia) le propició la oportunidad de ser el introductor de la vacuna en Cuba, así como el primer investigador sobre fiebre amarilla, lo que le valió la designación de Correspondiente de la Academia Española de Medicina: actividades y estudios éstos que dan singular relieve a su figura en la historia de la medicina cubana. Paralelamente a la profesión médica estudió la de filosofía, obteniendo por oposición la cátedra de Texto Aristotélico, en la facultad de Filosofía, y otra en la de Medicina. Comenzó escribiendo sobre motivos literarios clásicos (Cicerón, orígenes de la escena griega, aspectos del teatro romano y consideraciones sobre comediógrafos ingleses y españoles); pero más adelante, y aparte de sus trabajos médicos, se preocupó mucho por problemas de interés público, como los cementerios en las ciudades, cultivo y propagación de colmenas en la Isla, espectáculos, etc.; y también discurreó sobre acontecimientos contemporáneos de la Metrópoli, como la defensa de Zaragoza contra los franceses y la actitud del ministro Godoy en relación con la monarquía española. Su estilo un tanto recargado y amanerado, pecó por el exceso de erudición clásica, que a

menudo hace premiosa la lectura. Perteneció sin duda a aquel grupo de insignes patriotas, que en su época sirvieron con eficacia y brillantez a lo que por entonces era y pedía ser la patria.

De esta stirpe de patriotas fué también José de Arango y Núñez del Castillo (1765-1851), primo de Arango y Parreño; alumno fundador del Seminario de San Carlos y que siguió las huellas de aquél en la predilección de sus estudios, fruto de los cuales fueron varios de sus artículos del *Papel*. Espíritu inquieto, sufrió persecuciones en España por haber intervenido en ciertos problemas políticos de la Metrópoli, en relación con el rey de Etruria; y años después jugó activo papel en las luchas por la independencia, frente a los franceses. Su pluma fué vibrante y su estilo se diferencia mucho del de su primo, por su vehemencia.

Pero el más literario de los prosistas del *Papel Periódico* fué el habanero Ventura Pascual Ferrer (1772-1851) escritor de costumbres, crítico, cultivador de la literatura de viajes, moralista, historiador. En España perteneció a la guardia de corp de Carlos IV, por lo que habitó en el Escorial donde, viniéndole el tiempo holgado, dedicose con ahinco a la lectura y, en ocasiones, a escribir. Por este motivo leyó la revista de Estala, *Un Viajero Universal*, en la que notó Ferrer erróneas noticias sobre Cuba, sintiéndose impulsado a subsanarlas. Así lo hizo, y escribió una serie de cartas, bajo el título de *Viaje a la Isla de Cuba*; y la primera de las cuales fué titulada *Carta de un habanero* (1798), firmada con el seudónimo Bernardo Phileletes. Fundó algunas publicaciones periódicas: en La Habana, *El Regaión* (1800), donde escribió crónicas de estilo satírico y punzante; y treinta años después, (en unión de su hijo) *El Nuevo Regaión de la Habana*; en Cartagena (Colombia), *La Gaceta de Cartagena* y la *Guía de Forasteros*. Fué un cronista delicioso, y sus crónicas son indispensables para conocer el estado social de Cuba, sus costumbres e ideas, en este período. Compuso un *Arte de Vivir en el mundo*, que linda con los manuales de urbanidad.

Además del *Papel Periódico* y sus derivados, aparecieron en Cuba, de 1790 a 1837, varias importantes publicaciones. La más notable entre todas fué la *Revista Bimestre Cubana*, fundada por Mariano Cubí Soler en 1831, en La Habana; publicada por la Sociedad Patriótica hasta 1832, y bajo la dirección de José Antonio Saco hasta 1834. Mereció grandes y justos elogios en el extranjero, y la Metrópoli la miró con sospecha por su espíritu liberal. Sabido es que, pasados los años, la Sociedad Económica de Amigos del País (nombre actual de la Sociedad Patriótica) reanudó su edición. En esta publicación de brillantísima historia colaboraron las plumas más representativas del pensamiento re-

formista, comenzando por quien fuera durante algunos años —como indicamos— su ilustre director: José Antonio Saco. Con su nombre hay que conjugar otros también ilustres, que autorizaron trabajos en la Revista Bimestre: el P. Varela, Domingo del Monte, José de la Luz y Caballero, Felipe Poey (de quien se insertaron poesías, pues el sabio naturalista cultivó también el amor a las musas), José Antonio Echeverría; todos ellos personeros del pensamiento y de nuestras letras, de los que oportunamente haremos especial mención. Hubo además otros colaboradores distinguidos, como el Pbro. Francisco Ruiz, Blas Osés (jurista) y diversos publicistas y educadores, como Joaquín Santos Suárez, Pedro Sirgado, Anastasio Carrillo, Francisco Guerra Bethencourt, J. Olivella, Juan de la Cruz Osés, y el propio fundador, M. Cubí Soler. Esta publicación causó, por su contenido, la admiración de todos los grandes centros culturales; al extremo de que el notable hispanista e historiador de la literatura española, G. Ticknor, afirmó que ninguna otra, entre las existentes, era comparable a ella en las colonias españolas; y en algunos aspectos, ni en la propia España.

Otras publicaciones de carácter literario y científico merecen ser recordadas, entre muchas que aparecieron: las citadas *El Regañón de la Habana* y *El Nuevo Regañón*, de Ventura Pascual Ferrer; *El Observador Habanero*, dirigida por José A. Govantes, Leonardo Santos Suárez y Nicolás Escovedo, y que se publicó de 1820 a 1822; *Biblioteca de Damas* (1821) editada por José María Heredia; *El Habanero* (1824 a 1826) editada en Filadelfia y New York, donde se hallaba desterrado, por el Padre Varela, quien también dirigió, en esta última ciudad citada, *El Mensajero Semanal* (1828 a 1831) en unión de José A. Saco; *La Aurora de Matanzas* (1828) y antes *El Canastillo* (1810), fundado por Manuel María Pérez y Ramírez, en Santiago de Cuba, representan lo más significativo de la prensa, por entonces, en el interior de la Isla. *La Moda o Recreo Semanal del Bello Sexo*, de Domingo del Monte, se inició en 1829; y a más de la de éste colaboraron en ella las plumas de Heredia (que allí publicó sus cartas sobre los Estados Unidos), Blas Osés, Villarino, etc. En 1834 se fundó el *Diario de la Marina*, en La Habana, el decano de la actual prensa cubana, que antes se titulara *Noticioso y Lucero de la Habana*, porque en él se refundieron *El Lucero*, de Matanzas, y *El Noticioso*. *El Puntero Literario*, *El Revisor Político y Literario* y *El Argos* (que editaron el poeta colombiano José Fernández Madrid, y el argentino José Antonio Miralla, ambos desterrados en Cuba y ardientes participantes del ideal separatista que despuntaba en aquellos años de 1818 a 1823), *Indicador Constitucional*, *El Aviso* y *El Patriota Americano*, son también órganos

de difusión de las ideas y anhelos del momento histórico, en lo político y en lo literario. En Méjico también publicó Heredia diversos periódicos, en los que insertó mucho de su buena prosa; especialmente sus estudios biográficos y críticos: *Iris* (1826), *Miscelánea* (1829).

Distintas publicaciones antológicas, de selecciones de obras de variada índole, vieron la luz en este período: *Repertorio Cubano de Ciencias, Literatura y Artes* (1834), redactada por Antonio Franchi Alfaro; *Recreo Literario* (1837), de Mariano Torrente, que es "colección escogida de novedades científicas, cuadros históricos, artículos de costumbres y misceláneas jocosas"; *Miscelánea de útil y agradable recreo* (1837), de Luis Caso y Sola, con cuentos de Cirilo Villaverde, poesías de Bachiller, de Angel Turla y de Quintín Suzarte; los importantes *Anales de Ciencias, Agricultura, Comercio y Artes* (1827), ordenados por Ramón La Sagra, el naturalista español que radicó algún tiempo en Cuba; *Aguinaldo Habanero* (1837) que imprimieron Ramón de Palma y José A. Echeverría, con poesías suyas y de otros poetas cubanos, como Heredia, Milanés, Manzano, del Monte, Turla. En 1833 apareció en La Habana la primera antología poética hispanoamericana: *Rimas Americanas*, publicada por Ignacio Herrera Dávila, teniente de caballería, de Santiago de Cuba, que fué desterrado por el general Tacón. Contiene la antología selecciones de Ventura de la Vega, Félix Tanco, José Policarpo Valdés y Domingo del Monte (este último con el seudónimo Bachiller Don Toribio Sánchez de Almodóvar).

✦ Papel primordial en la orientación de la cultura cubana, en la década iniciada en 1830, fué Domingo del Monte (1804-1853) de cuna venezolana (Maracaibo), hijo de padres dominicanos y venido a nuestra tierra cuando contaba seis años de edad, iniciando aquí su formación intelectual e identificándose con el ambiente y las aspiraciones del país. Su padre, magistrado, era hombre de vasta cultura; su biblioteca, sus gustos, su sensibilidad tuvieron mucho que ver en estos años formativos. Realizó estudios universitarios de derecho y de filosofía; viajó por Estados Unidos y Europa; conoció personalmente a grandes representantes de la idea, en su tiempo, y estuvo en contacto con el movimiento cultural que se operaba en el mundo, sirviendo de puente eficaz entre el mismo y la juventud cubana de sus días. El ideal de independencia nació en su espíritu, en plena etapa universitaria, época en que estrechó su amistad con José María Heredia y con los citados Fernández Madrid y Miralla, emigrados en nuestro suelo. Perteneció a la Sociedad Patriótica, promoviendo en la misma el primer certamen poético verificado en Cuba; fundó el hebdomadario *La Moda* y unió sus destinos a los de una dama cubana de distinguida alcurnia.

Hacia 1835 tomaron auge las tertulias que celebraba con sus amigos, y a las que concurrían jóvenes que eran por entonces una brillante promesa, a alguno de los cuales ayudó materialmente y a todos sin excepción orientó con su buen sentido crítico y su ejemplar buen gusto. Las primeras corrientes del Romanticismo llegaban a Cuba precisamente a través de los comentarios y las informaciones que aportaba en sus charlas amistosas, Domingo del Monte. Alrededor suyo reuníanse quienes representaban lo más calificado del pensamiento maduro de aquel momento, y además quienes habrían de figurar entre los más destacados cultivadores de la nueva escuela. Los nombres de Felipe Poey, el Conde de Pozos Dulces, *Plácido*, José Silvestre Jorrín, *El Lugareño*, Ramón de Palma, Anselmo Suárez y Romero, José Jacinto Milanés, José Antonio Echeverría, Cirilo Villaverde, José Victoriano Betancourt, José María de Cárdenas, el Pbro. Ruiz, José Z. González del Valle, Nicolás Escovedo, Santos Suárez, Anacleto Bermúdez, Cintra, dicen mucho, en la historia de nuestra cultura, en la ciencia, en las letras, en la filosofía, en el derecho. Estas famosas y señeras tertulias se celebraron en Matanzas, donde radicó un tiempo del Monte, y después en La Habana.

Domingo del Monte fué un prosista de estilo pulcro, de elegante giro, rico lenguaje y copiosa erudición. Un gran sentido crítico, con dotes privilegiadas para el análisis de obras y de hombres, le permitió ahondar en actitudes, en producciones y en calidades creadoras. Sus estudios sobre *Caracteres de la literatura española*, *Sobre la novela histórica*, *Primeras poesías líricas en España* y *Bosquejo intelectual de los Estados Unidos en 1840*, bastan para cimentar su personalidad en la crítica literaria. Del Monte, sin embargo, se asomó también a otros aspectos críticos, como el filosófico, en el que produjo, entre otros, su artículo *Moral Religiosa*, que provocó una apasionada polémica, teniendo en frente a Luz Caballero. Sus memorias, informes, proyectos, comentarios bibliográficos, cartas, contienen pruebas de la sabiduría y de la buena prosa de del Monte; de su amor al progreso de nuestro país y de sus más altos y constructivos ideales. También escribió en verso, siendo lo más apreciable de su producción, sus *Romances Cubanos*, inspirados en la belleza de nuestros campos, en los tipos nacionales y en el espíritu de nuestras tradiciones. Constituyen éstos, al igual que los de otro poeta contemporáneo suyo, Francisco Poveda (1796-1881) una nueva modalidad en nuestro parnaso y un paso de divorcio del neoclasicismo: son latidos de una poesía nativista, muy personal, si no con vuelo emotivo, sí con decoro artístico y significación histórica. La influencia de del Monte se extendía, pues, a la sensibilidad poética; y junto al descubridor de nuevos rumbos estéticos, venidos de otras lati-

tudes, se acentuaba el incitador hacia una poesía nacida del acervo de nuestro propio ambiente, de nuestras costumbres, de nuestra idiosincrasia. Centro de un momento de extraordinaria significación, las huellas de del Monte se grabaron bien claras en la historia de nuestra cultura.

La sombra proyectada por él envolvió las actividades de los iniciados en los empeños literarios y de los que espigaban. Del grupo poético que sigue sus huellas merecen recuerdo Ignacio Valdés Machuca (1792-1851), de vasta cultura, autor de dos colecciones de versos: *Ocios poéticos* (1819) y *Cantatas* (1829) en los que empleó su seudónimo *Desval*; el citado Poveda, llamado popularmente *El Trovador cubano*, cuyas composiciones de franco sabor vernáculo integran *El Ramillete cubano* y *Tiple campesino*, y tienen su mejor exponente en un grupo de leyendas de mucho colorido y fuerza descriptiva; el poeta esclavo, de la raza negra, Juan Francisco Manzano (1797-1857), que fué emancipado precisamente gracias a las gestiones realizadas en las tertulias de Domingo del Monte, y en cuyas poesías se revelan innegables dotes naturales; Félix M. Tanco (1797-1871), de origen colombiano, algo lánguido y dado al prosaísmo, superior en la prosa que en el verso; Francisco Iturrondo (1800-1868), gaditano, educado en Matanzas, que usó el seudónimo *Delio*, y que, compenetrado con la vida campesina cubana, la cantó en la silva *Rasgos descriptivos de la naturaleza cubana*; Francisco Muñoz del Monte (1800-1865), dominicano, radicado en Santiago de Cuba, ardiente defensor de los ideales de nuestra patria, autor de una poesía reflexiva, lograda en fácil versificación, y feliz en lo descriptivo, como en las gráciles estrofas de *El Verano en la Habana*; y por último Felipe Poey (1799-1891), de vena espontánea, cuyo amor a la naturaleza no quedó circunscrita a sus geniales indagaciones científicas, sino que en la poesía latió en églogas que denotan la profunda cultura humanística del famoso sabio cubano.

➤ La gran figura literaria del período es, sin lugar a dudas, José María Heredia y Heredia (Santiago de Cuba, 1803-Méjico, 1839) considerado como nuestro poeta nacional, y cuyo relieve en la vida política es al mismo tiempo de extraordinaria importancia. Heredia fué el faro de la juventud cubana de todo este período conspirativo; y a él volvían los ojos para mirar su conducta y leían sus versos para templar el corazón, los espíritus de la joven Cuba que hicieron de su *Himno del Desterrado* un índice de patriotismo.

Hijo de padres dominicanos, como del Monte, realizó sus estudios en los diversos lugares en que profesó su progenitor la magistratura (Pensacola, Santiago de Cuba, Caracas, Méjico y La Habana). En esta última ciudad cursó estudios de Derecho, que completó en la capital

mejicana al morir su padre, retornando a La Habana, donde se graduó de bachiller en Leyes; comenzando el ejercicio de su carrera en Matanzas y haciendo el grado de licenciado, ante la Audiencia de Puerto Príncipe. Durante sus años de estudios en Cuba, estrechó amistad con del Monte, Fernández Madrid y Miralla; y en la logia masónica Los Caballeros Racionales prestó sus servicios a la conspiración de Soles y Rayos de Bolívar, viéndose obligado al ser descubierta ésta, a emigrar a los Estados Unidos, donde se dedicó a la enseñanza del español e hizo la primera edición de sus *Poesías* (1825), en la ciudad de New York. Este mismo año pasó a Méjico, país al que se vinculó intensamente, casándose con una mejicana, desempeñando importantes cargos en la judicatura —entre ellos el de fiscal de la Audiencia de Méjico— y participando en las luchas políticas al lado del General Santa Ana, con quien se había sentido compenetrado desde la organización de la conspiración del Aguila Negra, que laboraba por la independencia de Cuba. Fué asimismo catedrático de literatura y de historia en el Instituto de Toluca, y Rector del Instituto Literario de Méjico, ciudad en que fundó las revistas ya citadas, *Iris* y *Miscelánea*. Víctima de la tuberculosis murió en la ciudad de Méjico, después de haber pasado en Cuba una brevísima temporada, realizada con el único propósito de saludar a su anciana madre. Su estancia en Cuba, autorizada por el general Tacón (a quien se dirigiera el poeta para lograr su consentimiento) fué motivo de graves censuras, por parte de los cubanos separatistas. Heredia, al dar este paso, sentía el peso de su enfermedad, de las más hondas decepciones y del presentimiento de su cercana muerte.

Formado en una seria y amplia educación humanística, Heredia leía los autores latinos en su lengua, desde muy tierna edad; y a los dieciséis años componía, en Caracas, sus *Ensayos Poéticos*, integrados por apólogos y poesías líricas amatorias. La aparición de sus *Poesías* consagró su fama de gran poeta y saludáronla con cálidos elogios, Andrés Bello, Lista, Quintana, Villemain, Amunátegui. En aquel libro, la crítica admiraba su selecto gusto, su inspiración ardiente, el dominio de la técnica, la belleza y corrección de sus giros, que expresan toda la gama del sentimiento, desde el arranque vehemente hasta las tonalidades más suaves. Horacio formó su gusto poético; y poetas españoles horacianos, como Meléndez Valdés, Cienfuegos y Quintana, le impresionaron e influyeron en el estilo. Fué clásico en la forma; pero de hondo acento liberal: encarnaba sin duda la transición prerromántica.

Lo más significativo de su obra poética, desde el punto de vista estético, se halla en sus cantos inspirados en la naturaleza; principal-

mente en sus odas tituladas *En el Teocalli de Cholula* y *El Niágara*. La primera, escrita a los diecisiete años, canta la exuberancia de la tierra mejicana, variada hasta condensar todas las vegetaciones de todos los climas. Sentado al pie de la pirámide, contempla el poeta el color y la fecundidad de las campiñas, que contrastan con las nevadas cimas de los volcanes; la noche le sorprende mientras rememora las grandezas del pasado azteca, cuyo poder había desaparecido, en tanto que las montañas continúan enhiestas. Surge entonces la duda: tal vez un día caerán también, porque "todo perece por ley universal". Es impresionante esta composición por su elevación y por su sentido poético, que hizo apreciarla a Menéndez y Pelayo como "poesía de puesta de sol". *El Niágara* (que es la más célebre de las poesías de Heredia) denota más tensión lírica, inspiración arrebatada y espontánea, entusiasmo ardiente, verbo inflamado, vigor de colorido. Fué escrita en 1824. El cantor desborda su fervor ante el espectáculo grandioso, y lo exalta, expresando cómo siente estremecida su sensibilidad. Afirma que en aquel paisaje Dios mismo se mira, y que los vapores de oro de la catarata, elevados hasta las nubes, son como ofrendas perennes de la Divinidad. Con pinceladas magistrales describe la caída de las aguas y analiza las emociones que se suceden en su espíritu, hasta evocar la patria, doliéndose de no hallar allí las palmas y lamentando su soledad de desterrado. Finaliza despidiéndose del Niágara y anhelando lo que la posteridad se ha encargado de satisfacer: que todo viajero ante la catarata, le recuerde. Son dos obras maestras de la literatura universal.

Heredia ocupa lugar primordial en la poesía patriótica, y sus cantos inspirados en los ideales de Cuba, fueron el punto de partida de esta fase de nuestra poesía, durante la primera mitad del siglo XIX. El *Himno del Desterrado*, la epístola *A Emilia*, *La Estrella de Cuba*, entrañan sus ansias por una patria de igualdad sincera, de respeto, de seguridad, de garantía para todos. Llama la atención en esta cuerda de la lira de Heredia, cómo supo expresar sus ideas de ardiente separatismo, sin perder nunca el buen gusto literario, ni caer en denostaciones chocarreras, ni declamaciones chocantes, ni ripios detestables. Su poesía patriótica dignifica el tema y enfebrecce al propio tiempo la pasión de la libertad.

Excelente fué Heredia como traductor; y no sólo en la lírica (en que hizo magníficas versiones de Byron, Millevoye, Goethe, Fóscolo, Ossian, Delavigne, etc.) sino en la dramática (Voltaire, André Chénier, Jouy, Ducis) la que también cultivó con algunas obras originales. Poseyó una prosa elegante y correcta, puesta de manifiesto en trabajos críticos, en obras históricas, como biografías y sus *Lecciones de His-*

toria Universal (siguiendo el plan del profesor inglés Tytler); en cartas literarias sencillamente deliciosas y en discursos que revelan al estadista. También hizo notables traducciones en prosa, como novelas de Walter Scott y de Thomas Moore y discursos de Daniel Webster.

El Coliseo fué reconstruído y adoptó, al fin, el nombre de Teatro Principal. Mientras duró su reconstrucción, el gusto por las representaciones se satisfacía en un pequeño teatro improvisado en la calle de Jesús María. Más tarde se inauguró otro teatro: el Circo del Campo de Marte (1827). En toda la isla se levantaban casas para espectáculos: en Santiago de Cuba, Camagüey, Matanzas, Santa Clara, Trinidad, si no teatros con todos sus requisitos, se preparan locales que se acercan todo lo posible a las exigencias de aquéllos. Se representa el teatro literario y también se interpretan óperas, por conjuntos españoles, franceses e italianos. Las compañías españolas solían tener repertorios de dramas y comedias y al propio tiempo de óperas; y en el primer caso, amenizaban los entreactos con tonadillas y bailes. En el repertorio literario predominaban los clásicos españoles del siglo de oro, y también los neoclásicos. Calderón, Rojas Zorrilla, Moreto, eran los preferidos; Moratín (hijo) y Ramón de la Cruz, con sus sainetes, constituyeron la influencia predominante del siglo XVIII. Neoclásico fué José María Heredia, en los contadísimos dramas que escribió y que adaptó; y como traductor sabido es, por la cita hecha oportunamente, que prefirió a los neoclásicos franceses y a Alfieri.

El teatro vernáculo nace con Francisco Covarrubias (1775-1850) que parece ser nuestro Ramón de la Cruz. Pertenecía a una familia distinguida de La Habana, y estudió latinidad, filosofía y medicina en la Universidad; el empresario del Circo del Campo de Marte le decidió a que hiciera de sus aficiones teatrales (puestas de manifiesto en diversas oportunidades, en reuniones familiares y en alguna que otra ocasión en público) una profesión, dando de lado a la oposición que sus padres, fieles a la tradición, hacían a la inclinación de su hijo a hacerse actor. Comenzó desempeñando papeles dramáticos, y alcanzó sus más resonantes triunfos como actor cómico. Aplaudido en caracteres trágicos de obras calderonianas, se convirtió en la atracción mayor de los asiduos espectadores, interpretando los tipos cómicos que él mismo creaba; y así recorrió la Isla, de triunfo en triunfo.

La importancia de Covarrubias, como autor, estriba en sus sainetes, en los que reflejó las costumbres cubanas de entonces, como Ramón de la Cruz lo había hecho en España. Produjo mucho, y aunque no

han llegado a nosotros sus obras teatrales, se deduce, de los títulos con que las anunciaban los periódicos, que iban bien al corazón de la vida típica: *Los Velorios de la Habana*, *Las Tertulias de la Habana*, *La Feria de Carraguan*, *El Guajiro sofocado*, *La Valla de gallos*, *El Peón de tierra adentro*, etc. La escena bufa, aguda e ingeniosa tuvo en Covarrubias su representante genuino, como creador y como intérprete; que hasta Méjico llevó su arte doble, a la manera que lo hicieran Lope de Rueda, Agustín Rojas, Moliere, etc. en sus épocas, y en la medida de sus respectivos ingenios. Sin alcanzar los éxitos de Covarrubias, asomó algún que otro autor, como el citado Manuel María Pérez y Ramírez, Francisco Filomeno, Manuel Badillo...

La primera obra histórica que aparece en el siglo XIX, es la de Antonio José Valdés (1780-1863?), que ejerció el magisterio en La Habana y también en Méjico, (donde perteneció a la Junta Revolucionaria Cubana, cuando la conspiración del Aguila Negra) y en la Argentina, donde fué redactor de *El Censor* (periódico que representaba la opinión del Cabildo de Buenos Aires). Escribió la *Historia de Cuba y en especial de la Habana*, de la que dió a la estampa, en 1813, el primer tomo; único que se conoce y que fué incluido en la colección titulada *Los tres primeros historiadores*. La más extensa, hasta su aparición, abarca el proceso histórico cubano, desde el Descubrimiento, llegando al gobierno del general Ruiz de Apodaca. Sin vuelo en el espíritu histórico y en el estilo, la obra de Valdés supera a las anteriores en riqueza de datos; algunos, fruto de sus propias pesquisas; es inferior en cambio en cuanto se refiere al valor de la cultura, a las costumbres públicas y privadas y al ambiente artístico y social; va más a la información cronológica y no ofrece, como Arrate, apreciaciones sobre la vida del espíritu, la economía, etc., que dan tan innegable relieve a la obra de aquél.

Hacia 1823 escribió una *Historia de Santiago de Cuba*, el coronel español, de cuna cubana, y que fué comandante de la plaza de aquella ciudad, José María Callejas (1782-1833). Su obra quedó inédita y no fué publicada hasta 1911, por el doctor Fernando Ortiz, quien la prologó. El texto no es, en verdad, de gran valor, ni puede competir con la obra del Obispo Morell de Santa Cruz, de la que tomó la mayor parte de los datos que contiene. Está redactada con esmero y apunta juicios a veces estimables. La citada obra *Lecciones de Historia Universal*, de José María Heredia, es la primera en que un historiador cubano abarca el panorama del mundo. Fué editada en Toluca, de 1831

a 1832. Como apuntábamos, se ajusta al concepto de Tytler, cuyos *Elementos* amplió notablemente, salvando el defecto capital de darle a la historia británica preferencia sobre la de otros países, y completando el cuadro del siglo XVIII y el primer tercio del XIX, pues la obra de aquél llega sólo al reinado de Luis XIV en Francia. Heredia sigue, como Tytler, el método programático, fijando la atención en las costumbres de las naciones, en sus leyes, la naturaleza de los gobiernos, su religión, cultura, artes y ciencias. Extiéndese hasta la independencia de la América española y portuguesa, poniendo de manifiesto el personal criterio del autor, que imprime así originalidad a su texto. Son asimismo, las *Lecciones*, la primera obra histórica escrita en Cuba, con excelente prosa; la prosa didáctica ejemplar que avalora también las biografías de Heredia (a las que ya nos hemos referido en conjunto) y en alguna de las cuales, como la de Rousseau, se adelanta de manera sorprendente a las actuales corrientes psicoanalíticas en el género. También vio la luz en 1831, en La Habana, la *Historia económica, política y estadística de la Isla de Cuba*, del escritor y naturalista gaditano, Ramón de la Sagra (1798-1871), la cual fué más tarde modificada por él mismo, en una nueva edición. Más que una historia en sentido estricto, trátase del producto de las impresiones e investigaciones del autor a través de la Isla, dándole un tono singularmente descriptivo y de valoración estadística. Es obra apreciable por sus datos, principalmente en lo referente a la evolución comercial y agrícola. La *Historia* de La Sagra fué incorporada a una obra monumental que se publicó en París, bajo su nombre, y que abarca los aspectos físico, político y natural de la Isla.

★ La gran figura que descuella en la didáctica es la del P. Félix Varela (Habana, 1787-San Agustín, Florida, 1853) de quien afirmó Luz y Caballero que fué el primero que nos enseñó a pensar. En el Seminario de San Carlos estudió y fué más tarde profesor de la cátedra de Filosofía, en la que sustituyó a su maestro, el P. José Agustín Caballero, cuyos métodos amplió y puso en práctica de manera más eficaz y valiente, adoptando las nuevas corrientes filosóficas que desplazaban en Europa el pensamiento aristotélico. Introdujo la física experimental, fundando el primer gabinete de esta materia. Al proclamarse la Constitución de 1820 en España, obtuvo por oposición en el Seminario la cátedra de Derecho Constitucional, cuando ya desempeñaba también la de Economía Política, primera que se estableció en América. Diputado a Cortes, corrió la suerte de los perseguidos por Fernando VII, trasladándose a los Estados Unidos, ejerciendo allí el sacerdocio y fundando en Filadelfia el periódico *El Habanero*, de carácter político, cien-

tífico y literario, que luego continuó en New York, haciendo del mismo un verdadero palenque separatista. El gobernador de Cuba, general O'Donnell, dictó órdenes extremas contra el P. Varela, y éste no regresó más a Cuba, alcanzando altas dignidades en la Iglesia, durante su larga estancia en New York.

Varela removió las ideas filosóficas y pedagógicas en Cuba, organizando nuevos sistemas; pero de ello se hablará con especial atención en otra parte de esta Historia. Baste decir que combatió el escolasticismo y fué partidario de la filosofía sensualista, abogando por la razón y la experiencia como base de la función pensante. En sus *Instituciones de Filosofía Ecléctica* (1814) y en las *Lecciones de Filosofía, Apuntes Filosóficos y Miscelánea Filosófica*, condénsanse sus ideas eclécticas y espiritualistas. Varela sostuvo en política amplio criterio liberal. Al principio fué partidario de un régimen autonómico; pero convencido después de la imposibilidad de entenderse con España, abogó por la independencia. Descolló en la cátedra sagrada como orador reflexivo y ordenado en su plan, más que como orador de forma brillante y grandilocuente porque iba más a la argumentación y a la solidez de las conclusiones, que a la retórica del giro.

Lo más literario que brotó de la pluma de Varela son sus *Cartas a Elpidio*; verdaderos tratados, en forma epistolar, sobre la impiedad, la superstición y el fanatismo. Publicáronse dos tomos, de los tres que debieran ser: el primero (sobre la impiedad) en 1835; el segundo (superstición) en 1838; ambos en New York. Varela, como Feijóo en España, analiza y fustiga duramente estos vicios de la conciencia, que el ilustre cubano quería arrancar de sus compatriotas. Las *Cartas a Elpidio* constituyen la demostración más elocuente del amor a Cuba, que sintió el humilde y sapiente pastor de la iglesia del Cristo, pues a pesar de ser su última obra y no obstante el considerable número de años que le separaban de su madre tierra, Varela piensa en Cuba, y para Cuba son las más dulces y magistrales epístolas, ejemplares en el género, por la profundidad del pensamiento y la limpidez del lenguaje. En ellas ataca a los impostores y a los déspotas, inculca a los hombres las virtudes evangélicas y proclama la piedad con el más precioso don cristiano, y la virtud como el sostén de la patria; y previene el espíritu contra la superstición, que aprisiona el entendimiento, atemoriza el corazón y deja al hombre reducido a un verdadero estado de locura. No ha sido identificado Elpidio, suponiéndose que bien pudiera ser don José de la Luz y Caballero, o tal vez alguno de sus discípulos, O'Gaban o José María Casal.

Varios discípulos de Varela se distinguieron, tanto en los estudios filosóficos como en el tratamiento de los problemas educativos, políticos y sociales. De algunos de ellos recogió artículos enjundiosos *El Observador Habanero*; no pocos de dichos discípulos descollaron en el foro. El más joven de ellos, Manuel González del Valle (1802-1884), perteneciente a una ilustre familia de hombres distinguidos en las ciencias y en las letras, fué el que más consagró sus actividades a la filosofía, ocupando cátedra desde temprano en la Universidad. Sus producciones más estimables, sin embargo, en este sentido, pertenecen al período siguiente. Juristas eminentes fueron otros, entre los más sobresalientes devotos del sabio profesor del Seminario de San Carlos: Juan Bernardo O'Gaban y Guerra (1782-1838) que explicó filosofía en dicho seminario; fué Provisor y Vicario General de la Diócesis de La Habana, bajo el obispado de Espada, magistrado, diputado a Cortes, director de la Sociedad Patriótica, en la que estuvo frente a Saco, oponiéndose a la fundación de la Academia de Literatura. Su razonada *Memoria* acerca de la conveniencia del establecimiento del gimnasio y del sistema educativo de Pestalozzi, fué el producto de su viaje a Europa, realizado con el propósito de estudiar la aplicación del pensamiento pedagógico del famoso educador suizo. Nicolás M. Escovedo (1795-1840) está reputado como el mejor orador cubano de su época. Sustituyó a Varela en la cátedra de Derecho Político, y a Luz y Caballero en la de Filosofía; fué elegido diputado a Cortes, y colaboró en el *Diccionario* de Vicente Salvá, en la parte correspondiente a provincialismos cubanos. A pesar de haber quedado ciego, ejerció con brillantez extraordinaria la carrera de abogado; y en los problemas cubanos mantuvo criterios muy sensatos y justos, con respecto a los intereses del país. José Agustín Govantes (1796-1844) comentó en *El Observador Habanero* (fundado por él en unión de Escovedo y Santos Suárez) con intención aguda, temas palpitantes, como la expulsión de los diputados a Cortes, su sistema de elección, el fomento de la población blanca, la significación de los gremios; asuntos, como se advierte, de índole política o social. José Antinio Saco, discípulo también de Varela, ha de ser situado mejor, por la aparición de sus más importantes publicaciones, en el período que sigue al presente.

En la literatura científica hiciéronse notar meritisimos cultivadores; algunos de los cuales dejaron obras de estimable valor. Ya hicimos referencia, en anteriores párrafos, a la importancia histórica de don Tomás Romay, como introductor de la vacuna y primer

investigador de la fiebre amarilla en Cuba. Nicolás Gutiérrez (1800-1890), catedrático de Anatomía y de Patología de la Universidad, fundador y presidente perpetuo de la Academia de Ciencias de La Habana y de la de New Orleans; Rector de la Universidad, donde fué el primero que explicó cursos de clínica quirúrgica y de partos; fundador del periódico *Repertorio Médico Habanero*, que es el primero de esta índole en nuestra historia periodística; vicepresidente del Congreso Médico de Washington; perteneciente a academias médicas de París y de Cádiz; autor de importantes monografías, entre ellas: *Importancia de la Química en la Medicina* (1821) y *Catecismo de Medicina Fisiológica* (1826); Juan Francisco Calcagno (1791-1854), de cuna italiana (nacido en Turín) habiéndose doctorado en universidades europeas (de Milán y de Montpellier) realizó en Cuba una labor eficientísima con respecto a la sanidad. Hallándose aquí cuando la famosa epidemia de cólera de 1833 (sobre la cual enfermedad ya había publicado su *Aviso sobre el cólera morbo pestilencial*, en que aconsejaba cómo preservarse del mismo) dió a la estampa su obra *Tratado sobre el cólera morbo*, fruto de estudio y de experiencia. Aunque el genio científico de Felipe Poey (1799-1891) rinde en este lapso sus primeras producciones (*Centuria de Lepidópteros de la Isla*, en 1832, y *Compendio de la Geografía de la Isla de Cuba*, en 1836) no cabe duda que la mayor significación de su bibliografía científica se halla en época posterior, al estudiar la cual se le dedicará la atención que merece. Tratados diversos de matemáticas, de geografía y otras ciencias, asoman durante los primeros treinta años del siglo XIX; asimismo, observaciones y experiencias sobre la vida de la naturaleza cubana, como el *Ensayo de la flora habanera*, de J. A. de la Ossa, y otras monografías más que fueron insertadas en las Memorias de la Sociedad Patriótica, y en algunas de las publicaciones a que aludimos en anteriores páginas.

Sobre cultivo del café y del tabaco también vieron la luz estudios diversos. Uno de ellos abría la senda de la fama a Tranquilino Sandalio de Noda (1808-1866) cuya *Memoria sobre el cultivo del café*, fué premiada por la Sociedad Económica, en 1828. Noda fué un autodidacto; se asomó a disciplinas diversas, muchas de ellas bien disímiles (filosofía, poesía, economía, ciencias naturales, matemáticas, crítica, historia) y habló varios idiomas, incluso lenguas orientales y africanas. Dícese que escribió una gramática griega y un diccionario ciboney. Humilde e infatigablemente laborioso, este hombre, verdaderamente sabio, despuntó principalmente en los estudios de la naturaleza, en los que hermanó a menudo la ciencia y la belleza, como se aprecia en sus

apuntes *Los Guajiros de Vuelta Abajo* y en los titulados *Cartas a Silvia sobre la Vuelta Abajo*, que aparecieron, con el seudónimo *Aristo*, en *Diario de la Habana*, y en los que a las descripciones del paisaje se une el panorama de las costumbres.

Aparecen en este período los tratados gramaticales, como *Elementos de la lengua castellana*, de Manuel Vázquez de la Cadena; *Gramática y ortografía de la lengua castellana*, por Antonio Vidal; *Nueva Gramática de la lengua castellana* (que fué escrita expresamente para el colegio Buenavista, en que enseñaran Saco y Villaverde) por Juan Olivella y Sala; y algunos sobre lengua latina. Pero en este aspecto de las ciencias filológicas, lo más importante de cuanto se publica es el *Diccionario Provincial de Voces Cubanas*, de Esteban Pichardo (1799-1879) que fué impreso en Matanzas en 1836. Fué su autor (de cuna dominicana) muy versado en geografía, ciencia en la que también ha dejado utilísimos exponentes, como su *Geografía de la Isla de Cuba*, *Caminos de la Isla*, *Itinerario General de la Isla*. Como novelista le hallaremos más adelante en esta historia.

CAPÍTULO II

DESARROLLO CULTURAL Y ARTISTICO

PARA consagrarla a la enseñanza del dibujo, la pintura y la escultura, fué creada la Escuela de San Alejandro el 11 de enero de 1818. La fundó la Sociedad Patriótica, y debe su nombre al testimonio que ésta quiso ofrecer al intendente Don Alejandro Ramírez, director que fué de dicha Sociedad, por debérsele su iniciativa, su establecimiento y sus progresos. Fué instalada en el convento de San Agustín, en La Habana. El primer director fué el pintor francés Juan Bautista Vermay, quien fué sustituido, a su muerte, por su discípulo Camilo Cuyás, hasta que en 1836, fué sacada a oposición la plaza, obteniéndola otro artista francés: Guillermo Cólson, a quien se debieron importantes reformas en los métodos, así como gran impulso estimulador que dió estimables resultados entre los alumnos matriculados.

La propia Sociedad Patriótica, más animada aún por el interés nobilísimo del intendente Ramírez, se inclinó a otras fundaciones, como el Jardín Botánico, y escuelas especiales de Náutica, de Contabilidad, de Agricultura práctica. Todo ello, aunque por el momento no pasó a veces de proyecto, revelaba una preocupación muy bien orientada. En algunos de estos propósitos intervino inclusive el informe de don José de la Luz y Caballero. El Jardín fué una realidad desde 1817 y la cooperación recibida de la Isla y del extranjero, para nutrirlo de especies, fué muy efectiva. El jardín se convirtió pronto en Escuela de Botánica, designándose para desempeñar su cátedra al naturalista e historiador, ya citado en esta reseña, don Ramón La Sagra. También los oficios y las artes industriales contaron con el celo de la Sociedad, y no solamente se impulsó su enseñanza, sino que se vigilaron y empadronaron los talleres de artes y oficios, para que rindieran mayores beneficios. Así se atendían los intereses del país, con el buen funcionamiento de los buenos talleres, y al propio tiempo se daba una oportunidad, a los hijos de padres sin recursos, de un aprendizaje provechoso, y se estimulaba "entre los artesanos, una juiciosa emulación".

La Universidad y los Seminarios introdujeron nuevas cátedras de ciencias, que indicaban la expansión del panorama cultural. La Física, la Química, la Historia Natural, recibían cálida atención; acaso porque en ellas se hallan los fundamentos científicos de aquellas actividades de que depende especialmente la vida económica de Cuba, que es su agricultura. Los centros de enseñanza secundaria, de índole privada, se multiplicaban, abriéndose así a la juventud cauces ventajosos para su formación espiritual. Pero la significación de todo esto corresponde en esta historia a un capítulo especial, donde hallará el lector información en este sentido. Las tertulias (como la aludida y comentada de del Monte) rinden un papel encauzador fundamental.

Bajo el gobierno de las Casas construyéronse en La Habana edificios públicos de notable importancia; tales: el Palacio de los Capitanes Generales (1792) que fué después sede del Ejecutivo de la República y lo es actualmente del Municipio de La Habana; en el mismo año, la casa de Correos (asiento sucesivamente de la Intendencia y del Segundo Cabo, en la Colonia; del Senado y del Tribunal Supremo, en la República). En 1794, la Casa de Beneficencia y Maternidad. A las residencias suntuosas a que hicimos referencia en anterior reseña, uníanse ya, en muestras de progreso del ornato público, diversas plazas, como la de Armas (frente al Palacio), la de la Catedral (llamada inicialmente Ciénaga), la de San Francisco y la Plaza Nueva.

El nuevo gusto neoclásico en la arquitectura, se abre paso exclusivamente en la capital, a excepción de Trinidad, donde algunas de sus magníficas mansiones señoriales lo adoptaron; y de Matanzas, que lo incorporó en algunos templos. El resto de la Isla mantenía el estilo del siglo XVIII, en que predominaba el barroco y en no pocos casos el churrigueresco. Ya en marcha el siglo XIX, las casas de La Habana responden, unas, al orden toscano; otras, a los diversos órdenes griegos. Comienza a acentuarse en este período la pared de piedra, en gran proporción labrada. Las casas de vivienda van haciéndose así más sólidas, con sus grandes ventanas y puertas (con *mediopuntos* ornados con vidrios de diversos colores) y sus altos puntales, a veces de más de siete metros, para propiciar la buena circulación del aire; sus anchos patios centrales y zaguanes a la entrada; techos planos, a trechos cubiertos de tejas, pero en parte por losas, formando la azotea, que paulatinamente fué sustituyendo a la teja. El hierro y la cantería desplazaban la madera de las construcciones anteriores; como el mármol a la piedra en pisos y escaleras.

Para que el lector pueda formarse idea del panorama que podía ofrecer La Habana en el lapso a que nos contraemos, es oportuno reproducir una descripción hecha por Cirilo Villaverde, en su novela *Dos Amores*, cuya acción sitúa en 1836; y en la que se aprecia cómo se alineaban y comunicaban las casas corrientes (que lógicamente eran las más) con sus cubiertas mixtas de tejas y azotea:

... la azotea, que tan solo servía de techo a los cuartos interiores de la casa, estaba rodeada de un muro bastante elevado por la parte del patio, y por la contraria y el fondo, de las altas paredes de otra casa con doble piso; de modo que, a más de protección contra un riesgo de la naturaleza, ofrecían agradable sombra.

El segundo de los pisos de la casa inmediata tenía un orden de ventanas que se abría a la azotea dicha, a la altura de un hombre poco más o menos (1).

También cabe a La Habana (por su privilegiada condición capitulina) haber sido la primera ciudad en que despuntaran las obras monumentales, como naturalmente ha sido, en la historia, la que cuenta con las más importantes y significativas. Los primeros indicios ofrécelos, sin duda, el obelisco que ya había sido levantado en 1754, para conmemorar la primera misa y, por tanto, el inicio del Cristianismo en nuestro suelo. A fines del siglo XVIII comienza la construcción de fuentes públicas. La primera es la de Neptuno, en 1797, que aunque iniciada por Las Casas, fué concluída bajo el gobierno del Conde de Santa Clara. Fué emplazada en lo que es hoy Paseo del Prado (llamado entonces Alameda de Extramuros) en la coincidencia de las actuales calles de Neptuno y San Miguel, frente al Parque Central. Era pequeña, de bronce y mármol, y recibió posteriores modificaciones, trasladándose a orillas del mar cuando se la sustituyó por otra de grandes proporciones, en mármol, mandada a hacer a Italia, en 1836, por el general Tacón; colocándosela en la Capitanía del Puerto.

En el mismo 1797, frente al edificio que ocupó la Cárcel, en la Alameda de Extramuros, se levantó la fuente de los *Tres Leones*. Este sistema de fuentes rendía una gran utilidad a la población; y algunas, se trataba que a la vez que prácticas, fueran bellas; de ahí las diversas fuentes artísticas que posteriormente siguieron construyéndose, siendo las más elegantes, hasta 1837: la de los *Genios* (1799) ubicada en la propia Alameda, esquina a la calle que aun lleva este nombre; la de la Plaza de San Francisco; y las de *Ceres* o la *Columna* y la de *Esculapio*, en la actual Avenida de Carlos III (entonces denominada Paseo de Tacón); todas en 1836; y en 1837; la de los *Sátiros* o de las *Flores* (frente a la Quinta de los Molinos) y la de los *Aldeanos* o de las *Frutas*, en el

propio Paseo de Tacón; y la más hermosa de todas las que ostentó la capital: la de la *India*, llamada también de La Habana, modelada por el escultor italiano Giuseppe Caggini, en Carrara; la cual se alzó en el centro del Campo de Marte, llamado entonces Militar y hoy Plaza de la Fraternidad.

En 1828, bajo el mando del general Vives, fué erigido el Templete, al Este de la Plaza de Armas; consagrado a reverenciar el lugar en que se dijo la primera misa el 16 de noviembre de 1519; encerrando, entre las verjas de hierro y el pórtico rematado en frontón (sostenido por seis columnas dóricas), el obelisco que con este mismo objeto había sido levantado, y al que aludimos antes. La construcción es de cantería y azotea, con pisos de mármol, siendo su figura la de un cuadrilongo. Ostenta sobre la portada de hierro el escudo de la ciudad. Su interior fué decorado por el pintor Vermay. Los planos debieron al secretario del Gobierno, Antonio M^a de la Torre; y dirigió la obra el Regidor José Francisco Rodríguez Cabrera. J

Las artes plásticas recibieron, desde los primeros lustros del siglo XIX, el impulso de una eficaz y orientadora influencia extranjera. Artistas italianos, franceses, alemanes, norteamericanos, trajeron a Cuba el gusto predominante en los grandes centros culturales; y su sensibilidad y sus conocimientos fecundaron nuestra tradición artística, naciendo de la presencia de esos mismos factores la organización, entre otras cosas, de la Escuela de Pintura y Escultura, a que hicimos referencia, y a la cual, desde entonces, está ligada la suerte de nuestra evolución pictórica y escultórica, ejerciendo su hegemonía hasta muy entrada la República.

Hacia 1805 reveló los frutos de su labor en Cuba, el pintor italiano, Giuseppe Perovani (1765-1835) nacido en Brescia y muerto en Méjico. Formado en Roma, vino a La Habana, después de su estancia en los Estados Unidos. En la Catedral ha dejado las mejores pruebas de su arte bien inspirado, como son sus cuadros *El Juicio Final*, *La Última Cena*, *La Ascención*, *Potestad de la Iglesia de San Pedro*. A él se debe un magnífico óleo del Obispo Espada; y el poeta Zequeira y Arango se hizo eco de su fama, en una oda en que ensalza sus méritos: "Influyes tanto aliento en lo que pintas, —que hasta al objeto ausente das el habla— con tus gracias distintas". Perovani estableció academia de pintura en La Habana, y su esposa (norteamericana) enseñaba lenguas extranjeras: inglés, francés, italiano.

Aunque otros extranjeros vinieron a Cuba en este período, como el francés Hipólito Garneray (hijo del notable discípulo de David, Juan

F. Garneray) que realizó interesantes grabados de vistas de La Habana; los pintores norteamericanos Eliab Metcalf y Vanderlyn, y el inglés James Cay Sawkins, ninguno ha tenido la significación y ha dejado la profunda huella de Juan Bautista Vermay (1786-1833) de cuna francesa (natural de Tournay, cerca de París). Fué discípulo del célebre David, quien le abrió paso cerca de la familia napoleónica, de una de cuyas princesas fué maestro. Obtuvo importantes premios y visitó los más ricos y representativos museos de Europa. Goya lo estimó en alto grado, y a ello se debió que viniera a La Habana, pues hallándose en Estados Unidos, el benemérito Obispo Espada le llamó por indicación del gran pintor español, para que restaurara algunos óleos de la Catedral. Llegó acompañado de algunos de sus cuadros, que gustaron al prelado y los adquirió para iglesias de su diócesis, encargándole otros. Así fué imponiéndose Vermay, estableciendo una academia de pintura en el convento de San Agustín, la cual se convirtió, al cabo, en la Academia de San Alejandro, como dijimos, consignando que Vermay la dirigió hasta su muerte. Las obras de este apreciable pintor privaron por largo tiempo en nuestra incipiente vida artística; y sus iniciativas, sus enseñanzas y su labor, marcan una época en la historia de la pintura en Cuba. Era hombre de vasta cultura y múltiples conocimientos; y aunque con menor saldo que en la pintura, prestó atención a la poesía, a la escultura y a la música.

La pintura de Vermay acusa a las claras el sello de su gran maestro. Si no tuvo el vuelo y la inspiración de éste, la técnica, en cambio, no lo desmiente. Sus óleos en el teatro El Diorama, en la Sociedad Patriótica, en el Palacio, en el Templete y en diversas iglesias de la capital, ofrecen exponentes bastantes para apreciar el pincel de este meritisimo artista que, si nació en Francia, está por completo vinculado a nuestra cultura. Aquí incrementó su hogar y tuvo descendencia, siendo su hijo habanero, humanista, profesor de griego, en El Salvador; aquí murió víctima del cólera; y sobre su tumba escribieron sus discípulos y amigos, sentido epitafio en verso, que, según el periódico habanero *La Iberia*, en artículo conmemorativo (1883), fué redactado por el "inspirado Heredia alumno y amigo del artista francés".

Imágenes pintadas por Vermay, de *San Juan Bautista* y de la *Virgen de Guadalupe* fueron destinadas al baptisterio de la iglesia de la Caridad; de *San Ignacio de Loyola*, al del templo de San Nicolás; de la *Virgen del Pez*, a un altar de la iglesia del Santo Ángel; y frescos diversos que afectó el tiempo, fueron pintados por él en el techo de la Catedral. Lo mejor conservado, de lo mucho que produjo en Cuba, son los tres lienzos del *Templete*: uno, representando la primera misa

celebrada en 1519 por el P. Las Casas, bajo la histórica ceiba, que se conservó largo tiempo (cuyo tronco se halla en el Museo de Londres) y rodeado el dulce misionero, por Diego Velázquez y otros guerreros españoles, así como un indígena convertido al cristianismo; otro, en que se produce la misa que, en 1828, fué dicha por el Obispo Espada; y el tercero, evoca el primer Ayuntamiento que hubo en La Habana. En el segundo de los lienzos citados hay una extraordinaria cantidad de retratos de coetáneos, asistentes a la misa que, en efecto, fué efectuada para conmemorar la primera; y de todos los cuales Vermay hizo croquis, habiéndole posado después, no pocos de ellos: Espada, Arango y Parreño, O'Gaban, La Sagra, el general Vives, los Condes de Fernandina, Jaruco, Cañongo, Prado Ameno, O'Reilly, etc.

A la muerte de Vermay (que dejaba varios discípulos, y entre ellos, Julio Herrera, Agustín Zárraga, Justo Preca) le substituyó en la dirección de San Alejandro (como hubimos de apuntar) su también discípulo Camilo Cuyás, que compartía las atenciones de la pintura con las exigencias profesionales de la abogacía y la predilección por la astronomía, en la que se distinguió mucho, escribiendo la importante obra *Unidad del Universo*. Cuyás sin embargo, fracasó en las oposiciones convocadas para cubrir la dirección, en definitiva, triunfando en las mismas Guillermo Colson, francés como Vermay y, como éste, discípulo de David y músico, al extremo que sus primeros pasos en La Habana fueron como profesor de piano. Era, por su escuela, hecho en las rigideces neoclásicas, como su antecesor; pero tuvo contacto con el espíritu romántico de Delacroix y otros contemporáneos, y esto contribuyó a dilatar los horizontes de su sensibilidad. Pintó paisajes cubanos, entre ellos el *Valle del Yumurí* (muy elogiado por Poe) y algunos cuadros religiosos, como *La Visión de San Francisco*. Su cometido en La Habana terminó al serle encomendada por Francia la misión de pintar en el palacio de Versalles, en París.

En las postrimerías del siglo XVIII, la música seguía teniendo su manifestación más importante en la iglesia, aunque ya comenzaba a trascender a otros círculos. Las capillas de las catedrales de Santiago de Cuba y La Habana, continuaban siendo centros principales; y si los compositores eran raros, los buenos intérpretes y ejecutantes iban en aumento. No pocos eran españoles y franceses; traídos éstos a nuestras playas, como emigrados de Santo Domingo, a virtud de los acontecimientos políticos. Hasta un alemán, J. B. Goetz, figura en nuestro medio artístico de aquellos tiempos. Los nombres de Lazo de la Vega, Rensoli, Gavira, Hierrezuelo, Pagueras, Fallótico, María Luisa O'Farrill,

Dubois, Labusier, los hermanos Tamés, M. Granados, Pastor Pérez, Pascual de Varona, Dolores Espadero, Segura, sobresalían en conjuntos orquestales y en conciertos, que comenzaban a gustar en los comienzos del siglo XIX. Clavecimistas, flautistas, organistas, violinistas, cantantes, etc., eran éstos los más caracterizados ejecutantes de aquellos años formativos de la cultura musical en Cuba. En los salones de las casas familiares solían organizarse reuniones, con la participación de algunos de estos solistas; y en el Principal actuaba la primera orquesta del teatro. Los bailes de corte francés estuvieron muy en boga, en Santiago: el *minué*, la *gavota*, el *passepied*; los cuales solían tener efecto tras un concierto de música clásica.

El primer piano de concierto que sonó en Cuba, fué el de Segura, traído de París en 1810; la primera lección la dió Rischer, en casa de Segura, a las hijas de éste, y Rischer consiguió, por esta causa, después de dieciseis años de residencia en Cuba, dar lecciones de solfeo, canto y piano a dos o tres familias de aquella época, o séase de 1810 (2).

Con las manifestaciones musicales en teatro, en tertulias y en iglesias, la afición crecía, y las escuelas para su enseñanza fueron multiplicándose. Después de la establecida por el profesor Rischer en Santiago, en 1810, se fundó en La Habana, en 1814, la academia que dirigió Carlos Antonio de Acosta; y dos años después, la Academia de Música de Santa Cecilia. Las orquestas de cámara formábanse y difundíase el repertorio clásico en las reuniones de buen tono. La ópera iba entrando en el gusto criollo. Ya la zarzuela había hecho su aparición por octubre de 1791, con una obra de José Fallótico, *El Alcalde de Mairena*, que se representó en el Coliseo. En diciembre de dicho año se estrenó la ópera del compositor francés Gretry, *Zemira y Azor* en el mismo teatro, donde, por cierto, parece haber sido representada en el año 1776, con motivo de su inauguración, la primera ópera en Cuba:

En el *Diario de la Habana* del 19 de diciembre de 1815, referente al estreno en Cuba de la *Didón*, de Piccini, se lee lo siguiente en la sección de teatros: "Hoy martes 19 del corriente, si el tiempo lo permite se ejecutará, a beneficio de la señora Mariana Galino, la nueva ópera trágica de primer mérito, en tres actos, que contiene 17 piezas de música, titulada Dido Abandonada... El argumento de esta pieza ha sido asunto del mayor interés a las mejores plumas de todas las naciones, desde edad remota. Es uno de los primeros dramas del teatro francés. En el italiano mereció singular aplauso el que compuso el célebre Metastasio, y se cantó en esta ciudad, el 12 de Octubre de 1776..."

Está claro que el 12 de octubre de 1776, conmemoración del descubrimiento de América, se cantó en La Habana una ópera, libreto de Pietro T. Metastasio, titulada *Dido Abandonada*, de compositor anónimo (3).

No faltaban en estos espectáculos y en los entreactos o finales, los *bailes grotescos*, las *seguidillas*, *tonadillas* y *tiranas*. Las compañías interpretaban indistintamente, con los mismos artistas, óperas, zarzuelas y comedias (todas en idioma castellano). En 1800 visitó La Habana, la primera compañía de ópera francesa, que vino procedente de New Orleans, y debutó con la misma obra ya conocida, de Gretry. Según la costumbre de la época, también se interpretaban dramas. Las compañías locales, por su parte, continuaban su actuación en español. La primera temporada de ópera italiana no tuvo efecto hasta 1834, en el Teatro Principal, iniciándose con *Elisa e Claudio*, de Mercadante; a la que siguieron, en sucesivas funciones, óperas de Bellini, Rossini y Donizetti. Prueba del crecimiento que se va advirtiendo en la inclinación a la música es que se redactan periódicos consagrados a este arte; y que en 1812 aparece el primero, en La Habana, fundado por Francisco Ríos, titulado *El Filarmónico Mensual*; al que sigue en 1836 uno de periodicidad hebdomadaria: *El Apolo Habanero*, dirigido por Francisco Montero Ríos.

De los ritmos populares, predominaba el *bolero* y nacían la *contradanza* y el *cocuyé* (coplas); éste originado por la música negra francesa. En 1803 se imprimía una contradanza que se hizo muy popular: *San Pascual Bailón*. La canción criolla se impone con su dulce melodía, "dos partes, primera y segunda, con ocho compases cada una, poco más o menos, y un *ritornello* o *pasacalle*, a veces improvisado, que le sirve de introducción y final" (4). Es el tipo rítmico en que se compusieron algunas que fueron muy cantadas: *La Corina*, *El Ciprés*, *La Paulina*, *La Zelmira*, *La Isabel*. "Muchas de estas canciones están escritas a tres tiempos, sobre un acompañamiento de vals, apenas disfrazado por figuras accidentales, de adorno, ajenas al baile" (5). A esta canción de fondo romántico, se oponía otra modalidad de sentido picaresco, alegre y callejero: la *guaracha*, de la que es exponente tipo: *El Sungambelo*, de 1813.

Compositores de música religiosa, sinfónica, etc., hubo algunos en el período que estudiamos, que han dejado obras que deben ser salvadas del olvido. El dominicano Victoriano Carranza compuso música para iglesia, aunque no de la calidad y número de Juan París (1759-1845) nacido en Barcelona, maestro de capilla de la catedral de Santiago de Cuba, autor de motetes, villancicos, misas, claramente influídos por Mozart. El de más vuelos fué Antonio Raffelin (1796-1882) habanero, violinista de la orquesta del Principal y fundador de la Academia Filarmónica de Cristina. En París se ejecutaron sus tres *Sinfonías* y su *Cuarteto* para cuerdas, mereciendo elogios de la crítica. Tras su re-

greso a Cuba, y entre idas y venidas a Estados Unidos, Italia y España, escribió principalmente música religiosa, y en especial, *Misas*. Su significación en la historia de la música en Cuba es de innegable importancia, siendo el más pulcro representante, en nuestro medio, de la tradicional sinfonía, según la concepción de Haydn, que tanto influyó en Raffelin.

Por el año 1833 llegó a La Habana el joven profesor italiano Pablo Veglia (1806-1835), quien estableció academia de literatura y de lengua del Dante apenas arribó. Su influencia en la juventud literaria de entonces fué considerable, contribuyendo a la difusión de las ideas románticas, y especialmente de la obra de Víctor Hugo (de quien era personalmente amigo) y de sus compatriotas Manzoni, Hugo Fóscolo y Silvio Pellico. Se compenetró mucho con los anhelos del país, y a Cuba pensó unir su destino futuro, enlazándose con una cubana, cuando le sorprendió la muerte en el mar al regreso de un viaje a Europa. Bachiller y Morales, que cita los diversos escritos que dejó y que él vió (entre los que se hallan sus *Recuerdos de la Habana* y *Retratos de la Sociedad*) dice: "Veglia, dotado de un corazón generoso, tomó parte en nuestras alegrías y en nuestros pesares; cantó con los jóvenes, la mayor parte discípulos de su academia, la renovación de España con Cristina y Martínez de la Rosa; lloró con nosotros el recuerdo de Espada... (6).

Veglia pertenece a la calidad de los Perevani, Vermay, Rischer, Goetz, Colson y otros extranjeros que dejaron tan sensible y provechosa influencia en nuestra cultura. Con el nombre de estos valores hay que evocar el del Barón Alejandro de Humboldt (1769-1857) sabio alemán que estuvo entre nosotros en 1800, y que dió el fruto de sus conocimientos de nuestros recursos naturales y de nuestra fisonomía social, en su *Ensayo Político de la Isla de Cuba*, que forma parte de una obra más amplia: *Viaje a las regiones equinocciales del Nuevo Continente*, la cual fué publicada en francés, en París, en 1807 y traducida al castellano (como lo fué a otros idiomas) y editada en aquella misma ciudad, en 1827. Es el *Ensayo*, fundamental para el conocimiento de la evolución económica, política y social de nuestro país, hasta la época del autor; y hay en ella tan buen saldo de observación y estadísticas tan importantes, que Luz y Caballero dijo, con razón, que Humboldt era "el segundo descubridor de Cuba".

CAPÍTULO III

DESARROLLO EDUCATIVO

CUANTO más se indaga en el pasado de la cultura cubana más se consolida la creencia de que si es exagerado afirmar que "la historia de Cuba empieza realmente a principios del siglo XVIII, aunque hiciera tres siglos del descubrimiento y se contaran por centenares de años algunas de sus ciudades" (1), puede decirse, en cambio, que la cultura cubana empezó a salir de su letargo en aquella centuria, en la cual, abriendo al mundo sus puertos y ciudades, nuestro pueblo abrió también sus ojos a la luz, por una serie de circunstancias y factores que la historia ha ido poniendo de relieve con serena y penetrante búsqueda y razonado análisis.

En el largo proceso que va desde el descubrimiento hasta la toma de La Habana por los ingleses Cuba permaneció como colonia olvidada, a veces hasta en lo referente a su economía, otras se le tuvo presente como colonia de explotación, en la que, andando el tiempo, habrían de fomentarse las consiguientes inquietudes, protestas y represiones.

Hasta 1793 apenas existía la instrucción primaria en nuestro país. "La primera educación que se propagó en Cuba fué la religiosa, debida a las órdenes de San Francisco y de Predicadores de Santo Domingo, quienes ejercieron gratuitamente el magisterio entre los niños pobres y mediante muy exigua cantidad en las clases pudientes" (2).

Hubo desde remotos tiempos que llegan hasta las Leyes del Cardenal Cisneros, pragmáticas casi siempre incumplidas sobre la enseñanza primaria, y no faltó el hecho sorprendente de que un Vasco Porcayo de Figueroa, señor de "horca y cuchillo", se preocupase por tener un "maestro letrado" que se dedicara a enseñar a españoles e indios, entre los cuales se hallaban sus numerosos hijos bastardos. Ni faltaron, posteriormente, otros esfuerzos generosos como el de Juan Francisco Carballo, a cuya munificencia debióse la creación efectiva del colegio de los Belemistas, en La Habana, de tan gloriosa historia en los anales de la cultura patria, ni puede olvidarse el nobilísimo ejemplo de don Francisco Paradas, quien dedicó, en Bayamo, *setenta mil pesos* para una obra

pía y una escuela gratuita, ni el gesto altruista de don Juan Conyedo, el remediano bienamado (1712), quien no sólo fundó una ermita y hospital sino que erigió una escuela en la que dió clases personalmente.

Al citar estos hechos dignos de recordación y gratitud se está confirmando, por su carácter excepcional, el abandono general en que durante muchos años estuvo la enseñanza en Cuba. Privaba entre nosotros todavía esa indiferencia por la educación y existía, como aconteció en España y otros países de Europa, una preocupación preferente por la enseñanza superior. La Universidad de La Habana, autorizada desde 1771 por Inocencio XIII y aprobada por el Consejo Real de Indias desde 1728, se organizó a semejanza de la de Santo Domingo, pautada por el modelo de las más antiguas universidades españolas. Triunfó en La Habana el siglo XVI sobre el XVIII, como se ha dicho, y "la Universidad fué durante un siglo muy insignificante elemento de cultura, útil sólo para que España se jactase de traernos su civilización, y para que los cubanos tuviesen alguna vanagloria" (3).

Casi al mismo tiempo que la Universidad se fundó el Seminario de San Basilio el Magno, en Santiago de Cuba (1722) y el Seminario de San Ambrosio, en La Habana, de los Padres Jesuitas. Expulsados éstos en 1767, y embargados sus bienes, se creó por la propia Real Orden el Seminario de San Carlos y San Ambrosio, cuyos estatutos fueron redactados por el Obispo Hechevarría con un espíritu amplio y progresivo.

Uno de los alumnos del Seminario de San Carlos fué el Pbro. Félix Varela, que allí recibió las sabias lecciones del Padre José Agustín Caballero, el precursor de la filosofía cubana, que estableció el puente entre el escolasticismo tradicional y la reforma filosófica que emprendió Varela. Este último reúne a la vez el mérito de haber sido el primer representante de las doctrinas separatistas en nuestra patria. Su devoción cristiana, su inagotable bondad, su claro talento y su vigorosa personalidad marcan un rumbo nuevo en la educación y en los destinos de Cuba. Por eso, estos años, pueden recibir la denominación de período de Varela.

Para sintetizar la obra de Varela basta recordar que, en primer lugar, destronó al latín de la enseñanza y basó la misma en la experiencia y la razón; introdujo el método explicativo; practicó y recomendó el análisis y la inducción, especialmente en la gramática; combatió la memorización, el abuso de las reglas, de las definiciones y de los libros; expuso brillantes ideas sobre la disciplina y sobre la educación de la mujer, y, por encima de todo, nos dejó un grandioso ejemplo en la enseñanza, de la que hizo un culto, y nos ofreció el primer modelo de

lo que debe ser un maestro perfecto, ilustrado, paciente, bueno, virtuoso y patriota (4).

No creo —dice Vitier— que haya en nuestra historia otro espacio de tiempo de tanta fecundidad para la educación cubana como el decenio en que el presbítero Félix Varela enseñó en el Seminario de San Carlos, Filosofía primero, y después, Derecho Político en la llamada cátedra de Constitución (5).

Si el alborear de la cultura en Cuba tuvo su origen en las primeras iglesias y conventos es indudable que sus progresos estuvieron limitados por el ambiente de la época hasta que don Luis de las Casas reunió en torno suyo a los elementos mejor inspirados y más constructivos que tuvo Cuba hasta entonces. Aquel movimiento, una vez en marcha, ya no se detuvo, y por el signo del tiempo, tocó a un prelado ilustre el papel de impulsor de la cultura patria: Juan José Díaz de Espada y Fernández de Landa, llegado a nuestras playas el 25 de febrero de 1802, para ocupar la mitra que dejó vacante la muerte del Obispo Trespalacios. Con ello, "La Habana ganaba un prelado que iba a transformar la sanidad pública, a levantar los altos estudios, a combatir la ignorancia popular, a tutelar el arte, a modificar las costumbres, a hacer, durante un tercio de siglo, del corrompido ambiente oolonial, una sociedad capaz de triunfar de sus propias miserias" (6).

El antecesor de Espada no había podido sofrenar sus pasiones o no tuvo la visión para colaborar con la Sociedad Económica en la obra educativa, pero el nuevo Obispo se convirtió pronto en un Mecenaz de la enseñanza. Así cuando propone el envío a España del Pbro. Juan Bernardo O'Gaban, a fin de estudiar el sistema de enseñanza en el Instituto Pestalozziano de Madrid. A su regreso, el informante recomendó el establecimiento en Cuba, a pesar de que ya en España había sido cerrado debido a los disturbios políticos del Reino. Propuso O'Gaban, y con él Justo Vélez, la implantación del sistema pestalozziano basado en lo que hoy se llama el autoaprendizaje, en que *el niño aprende sin que nadie le enseñe* (7), y donde el maestro, dividiendo la clase en grupos, dejaba éstos a cargo de alumnos más aventajados, para practicar así la enseñanza simultánea a todos los niños bajo la superior dirección del profesor. Esto, en aquel tiempo, suponía un remedio eficaz y económico a un grave y costoso mal. Pero la iniciativa no pudo realizarse. Espada apoyó la anterior medida como propuso la idea de premiar a los maestros distinguidos y que se les concediera el título de "amigos del país", de donde es probable que naciera el título de "amigas" que el público daba a las maestras en aquella época.

Además de cuanto se acaba de mencionar concibió Espada la primera idea de organizar en Cuba una Escuela Normal Lancasteriana. La iniciativa, que fracasó como el Instituto Pestalozziano ya citado, sirvió de antecedente, en el tiempo, al proyecto de Luz y Caballero sobre el Instituto Cubano. Pero también se afanó Espada porque se mejorasen los métodos de enseñanza y la disciplina e hizo varias donaciones para fundar escuelas.

Si no fuese bastante cuanto se ha expuesto bastaría recordar que fué el Obispo Espada el protector y alentador de Varela y que a él se debió la creación de la cátedra de Filosofía y la de Constitución en el Seminario de San Carlos, desde las cuales empezó a difundir sus enseñanzas "el primero que nos enseñó a pensar", para aplicar a Varela el más justo elogio que se le puede hacer.

Para calibrar certeramente la obra del Obispo Espada tal vez nada será mejor que repetir las siguientes palabras de José Manuel Mestre: mientras haya un corazón que se interese por Cuba, ni morirá su grata memoria (la de Espada) ni dejará de serle tributado un homenaje de profundo reconocimiento (8).

El impulso magnífico que la enseñanza cubana recibió con Varela y el Obispo Espada resultó más fecundo porque halló una institución que fué como el sistema nervioso en el conjunto orgánico de la nación: la Sociedad Económica de Amigos del País, fundada por Real Cédula de 27 de abril de 1792. Su inauguración tuvo lugar en La Habana, el 9 de enero de 1793, bajo la presidencia de don Luis de las Casas, el ilustre benefactor.

"Desde la fundación de la Sociedad Económica cambió la faz de Cuba: la colonia pobre e inculta, reducida a los fomentos y necesidades de una factoría militar, emprendió los derroteros de los pueblos que deben a la instrucción popular, al trabajo inteligente y a la elevación de los métodos su crecimiento y desarrollo" (9).

A partir de aquel evento no hubo en Cuba ningún proyecto ni empresa útil que no contase con el apoyo de la briosa sociedad, en la cual se agruparon por feliz consorcio, con el gobernante ilustre, los más valiosos elementos representativos del país.

Cuando se fundó la Sociedad Económica le fué encomendado el cuidado y vigilancia de las escuelas por lo que inició su labor comisionando a Fy. Félix González para que formase una relación del número y estado de las escuelas. Confeccionado el informe, éste demostró el estado tristísimo en que se encontraba la enseñanza. Las maestras carecían de título en el mayor número de casos, y hasta de conocimien-

tos; algunas eran personas de color, viudas o muy pobres que buscaban refugio en la enseñanza. Eran, más que maestras, "cuidadoras" de niños por dos o tres reales fuertes a la semana. Pero existieron algunas excepciones como la del negro Doroteo Barba que enseñaba las primeras letras con "general aplauso". Otros, como Lorenzo Meléndez y Mariano Moya, también de color, optaron a los premios en los concursos organizados por la Sociedad Económica (10).

Creada la Sección de Educación en 1816 y encargada ésta de todo lo relativo a las escuelas asumió las funciones que antes correspondían a las teóricas juntas provinciales de instrucción y procedió a formar una nueva estadística, que demostró el lamentable estado de la educación. La Habana, por ejemplo, tenía 9 escuelas en intramuros y 19 en extramuros, con un total, todas ellas, de 1,689 niños blancos y 112 de color. Ya en 1801 aparecían en la ciudad 71 escuelas en las que recibían instrucción unos 2,000 alumnos de ambos sexos. Pero según el informe de don Juan Sánchez y Martínez a la Sección, recién constituida ésta, las escuelas suburbanas eran 19 y contaban 454 niños blancos y 33 de color, lo que demuestra lo impreciso de las estadísticas de la época. La Comisión que visitó a las de niñas hizo elogios del Colegio de las Ursulinas y del de San Francisco de Sales, pero afirmó que la mayor parte de las demás "solo enseña a leer y rezar por un método rutinario".

La población de edad escolar que recibía instrucción en las 192 escuelas existentes era de 6,920 niños, de los cuales 5,839 eran blancos y 1,081 de color, siendo muy pocos de carácter gratuito.

En 1836, según la estadística realizada por Domingo del Monte, había en la Isla 98,846 niños de 5 a 15 años, de los cuales recibían educación 13,082 blancos y de color, de ambos sexos, encontrándonos que carecían de ella 85,764; esto es, casi el 87% de la población escolar entonces existente en Cuba, a la cual se le negaba el bendito pan de la enseñanza.

La época de 1836 a 1840 fué de ampliación y de mejoras, porque la Sección de Educación concentró todos sus esfuerzos en difundir la instrucción y en que se hiciera gratuita, si bien en este particular los resultados fueron muy pobres. Estaba al frente de la Sociedad Económica el sabio don José de la Luz y Caballero; se contó entonces con algunas sumas que facilitó el Gobierno y se comenzó a descentralizar y difundir la enseñanza, creándose escuelas en pueblos del interior como Guatao, Caraballo, Tapaste y otros.

Como la Sección acogía con beneplácito todo cuanto favoreciese a la enseñanza alentó a don Antonio Hernández Blanco que proyectó,

abrir una escuela de sordo-mudos, pero tuvo que cerrarse por falta de recursos. Con este motivo la Sección proclamó la necesidad de enseñar a tan desgraciados seres y reprodujo lo que en 1819 había expuesto el Padre Varela, al establecerse por primera vez en La Habana una escuela para niños de esa clase, bajo la protección del ilustre Ramírez.

Este era el estado de la enseñanza en Cuba en 1839. Empezaba a salir de su postración, pero comparada con las colonias inglesas —como hizo Saco en su famoso Paralelo— lo único que podemos decir que todavía Cuba se mantenía “en las tinieblas”.

El trabajo de la Sección de Educación fué muy arduo, y a veces, por rivalidades y celos como los del Obispo Trespalacios, quien se opuso a la creación de dos nuevas porque “sobraban escuelas”, vió obstaculizados sus esfuerzos. Por fortuna hubo patricios, como Arango y Parreño, Alejandro Ramírez, Saco, Luz Caballero y otros, que pusieron su corazón y su talento al servicio de la cultura. Arango no sólo se interesó de la educación citadina sino que fué el primero que luchó por la enseñanza de la población rural. A Ramírez se debió la donación del terreno en que se instaló el Jardín Botánico, y por sus esfuerzos tuvieron existencia la Escuela de Pintura de San Alejandro, la sala de Anatomía, la Escuela de Química y la cátedra de Economía Política que contribuyeron a darle un renovado espíritu científico a la Universidad.

El estado de indiferencia general, el abandono del gobierno y la consecuente escasez de escuelas oficiales dieron origen, desde bien temprano a la espontánea aparición de las primeras escuelas privadas en Cuba. Recordemos las escuelas conventuales y parroquiales ya citadas, así como las donaciones de espíritus generosos, preocupados por la educación religiosa o por los peligros de la ignorancia. De los informes redactados por la Sociedad Económica hemos visto el hecho insólito de que muchas de las escuelitas privadas de aquella época fueran dirigidas precisamente por las “amigas”, la mayor parte de las cuales pertenecían a la raza esclavizada y privada del derecho a la educación.

“La existencia de estas “amigas” hace pensar en cómo adquirieron esas “morenas libres ancianas” la enseñanza que trasmitían después” (11), y produce admiración el saber que varios maestros de la propia raza, como hemos visto, se distinguieron notablemente en el ejercicio de la enseñanza.

Arturo Montori refiere que de las 70 escuelas con 2,793 alumnos que existían en el Censo hecho en época del General Cienfuegos, la mayoría “era de pensión”, esto es particulares, y al crearse la Sección

de Educación se prohibió ejercer la enseñanza a las personas de color "en vista de las condiciones generales de ignorancia en que se hallaban los individuos de esta raza", error que no puede justificarse ni siquiera por el motivo apuntado, pues de aquellas "escuelitas" y de los conventos brotaron los primeros atisbos e inquietudes de la cultura en Cuba.

En 1816 dispuso el Gobierno de Madrid que todos los monasterios establecidos en la Monarquía abrieran escuelas primarias. Por los vaivenes políticos de aquellos años, esta disposición fué derogada en 1820, al restablecerse la Constitución de Cádiz; pero triunfante de nuevo el régimen absolutista y, con él, la influencia del clero en el Gobierno, fué ratificada aquella orden en 1823.

Respondiendo a su preocupación la Sección reglamentó los exámenes, los métodos y los castigos y "organizó y sostuvo diputaciones en Matanzas, Trinidad, Sancti-Spíritus, Puerto Príncipe, Villaclara y otros lugares". En 1830 funcionaban en La Habana nueve escuelas monásticas y según los datos de la Sociedad Patriótica, de 1836, existían en la Isla 210 escuelas de blancos y 12 de color, de cuyos alumnos había un total de 5,089 pensionistas, 1,144 gratuitos y 2,554 costeados por la Sociedad, con el 3% con que los Municipios contribuían para educación, gracias a los esfuerzos de don Alejandro Ramírez. Véase, pues, la valiosa contribución de las escuelas privadas, más noble aún si se tiene en cuenta que la población infantil de 5 a 15 años era —según el Censo de Vives, 1827— de 98,846, lo que supone un 8% de los mismos que recibían la enseñanza, habiendo regiones como la de Puerto Príncipe en la que —según Saco— sólo recibía educación uno por cada 97 habitantes (12).

En tal estado de cosas, cuando la enseñanza oficial era casi nula, es natural que las escuelas privadas florecieran por doquier, si bien que adolecieran de muchos defectos en su organización, sin que puedan ofrecerse números precisos debido a la carencia de reglamentaciones y estadísticas exactas.

Aunque se ha dicho que los españoles han sido tan fecundos en legislar, como constantes en hacer caso omiso de lo que legislaban (13), hay que reconocer que la Sociedad Económica, con el apoyo de las Casas, y de los cubanos que en su derredor se agruparon, representaron un espíritu de vificante renovación en la enseñanza, como ya se vió al crearse la benemérita Corporación. Y este inquietante y noble afán no se detuvo. En 1801, el reverendo Fy. Manuel de Quesada propuso a la Sociedad Patriótica una serie de medidas para que se examinase a los maestros "en las reglas de su arte, con inclusión de la gramática cas-

tellana", que se fijase el número de alumnos a cada uno; que se les fije el estipendio *por cada niño y enseñe gratis* cierto número; que se les señale, "*según la esfera* de su capacidad lo que debe enseñar"; que se destierre "el abuso del tiempo que hacen algunos maestros dedicándole a enseñar a leer y escribir a los esclavos", proponiendo, al propio tiempo, el nombramiento de *curadores* o inspectores para todas las escuelas.

Prosiguiendo en la senda, se designó una comisión de cuatro socios para redactor un reglamento que se aprobó el 23 de enero de 1809. Créose por él una junta de gobierno de escuelas, con un diputado de mes, y se establecieron disposiciones sobre los maestros, los exámenes y los premios (14).

En esta época fué notable el interés y la contribución que a la enseñanza dedicó el infatigable Arango y Parreño, ya con su iniciativa en favor de que se creasen escuelas primarias y que se implantase en Cuba el sistema lancasteriano, ya con su aporte económico de ocho mil pesos para fundar una escuela primaria gratuita en la villa de Güines. Digno elogio merece también el casi siempre silenciado discurso de Nicolás Ruíz, que representa "un plan de educación admirable" (14).

Pero a pesar de los intentos renovadores, todavía en 1816, al crearse la Sección de Educación en la Sociedad Patriótica, la enseñanza en nuestras escuelas "no pasaba de las operaciones de enteros en aritmética". Por ello fué que la Sección —con el apoyo del gobernador Cienfuegos— logró que se establecieran los exámenes de maestros, que se creasen las Juntas rurales de instrucción, recomendando mejores métodos y prohibiendo el abuso de los premios, estímulo de vanidades que todavía ni la República ha podido encauzar debidamente. Estas medidas continuaron hasta la época de Vives.

En 1820 la educación cubana intentó otro paso de avance con el proyecto para establecer el sistema lancasteriano, proyecto que fracasó pese a los esfuerzos de Espada, O'Gaban y Justo Vélez.

No obstante los titánicos esfuerzos de la Sección de Educación, la enseñanza atravesaba un período crítico en 1824, debido a la situación económica, por lo que el Ayuntamiento le asignó cien pesos mensuales, en calidad de préstamo, los cuales recibió hasta que, en 1833, gracias al conde de Villanueva, se le concedió una suma anual de ocho mil pesos. Con esta y otras medidas pudo la Sección crear 13 escuelas de niños y 9 de niñas, estableciendo la prohibición de ejercer sin el título de maestro y proveyendo la manera de obtener éste, lo cual, si bien pareció amenazar la existencia de algunas escuelitas sirvió para estimular el estudio en aquellos que realmente sentían la vocación de la enseñanza.

Imposible es silenciar aquí los frutos del método explicativo que Varela había practicado en su cátedra del Seminario y que ahora practicaba en la enseñanza primaria y secundaria el eximio Luz y Caballero, al propio tiempo que difundió la doctrina de aquel método en los periódicos de la época. Puede decirse, sin hipérbole, que con este movimiento se inició la primera renovación pedagógica en nuestra patria. La semilla valeriana fructificaba ubérrima con Luz y Caballero.

Quien estudia la historia de la pedagogía cubana no puede pasar por alto la noble idea que debió cristalizar en la fundación de lo que hubiera sido la primera escuela normal para maestros de Cuba. Convencido Luz y Caballero de que los males de la enseñanza primaria no radicaban solo en la tantas veces denunciada carencia de escuelas, sino en la mala calidad de la enseñanza que en ellas se les daba a los niños por la falta de preparación de que adolecían los maestros, aprovechó la coyuntura de presentar a la Junta de Fomento un informe sobre "la traslación, reforma y ampliación de la Escuela Náutica establecida en el pueblo de Regla", que generalmente se conoce con el nombre de Instituto Cubano (16).

Por este informe proponía Luz la creación de una Escuela Normal para Maestros, pero la indiferencia de unos y la insidia de otros hizo fracasar el feliz proyecto, del que sólo quedó patente la sólida capacidad y el genio pedagógico del evangélico maestro.

Apenas creada la Universidad de La Habana se comprendió por algunos espíritus de mente abierta y penetrante visión la necesidad de reformarla. El primero que levantó su voz pidiendo, desde 1761, la creación de una cátedra de física experimental, fué el reverendo rector don Juan Chacón, hijo de Cuba, cuya petición fué denegada por el gobierno, aunque tuvo mejor suerte otra solicitud suya de que se creasen dos cátedras de matemáticas, pues se obtuvo una de éstas y además la dotación de doscientos cincuenta pesos para cada cátedra universitaria utilizando para ello el fondo de las tierras realengas y con los bienes de la suprimida Orden de Jesuitas (17). Pero no fué sólo lo anterior sino que expuso al claustro la necesidad de mejorar los estatutos universitarios y una serie de medidas de espíritu progresista.

Siempre se ha visto que los hombres de espíritu superior ponen sus afanes en las causas de interés general y por encima de las consideraciones egoístas o los intereses mezquinos. La voz del Pbro. José Agustín Caballero resonó en 1795 ante la Sociedad Económica en protesta por los que seguían aferrados ciegamente a las palabras de Aristóteles y se confesaban no autorizados para alterar la enseñanza y citó los tra-

bajos e intentos reformistas del rector de la Universidad fray José de Calderón. En consecuencia, la Sociedad aprobó lo expuesto por su presidente y acordó pedir "la reforma del plan de estudios". "Que esta reforma —decía Caballero— debe comenzar por la Universidad, es otro de los puntos de nuestra solicitud", agregando entre otras cosas, que hay casos de enseñanza que "no enseñan ni un sólo conocimiento matemático, ni una lección de química, ni un ensayo de anatomía práctica; que la ilustre Universidad al cabo de cincuenta y siete años no ha querido reconocer la necesaria vicisitud de los establecimientos humanos, y ha carecido de energía para desembarazarse de antiguas preocupaciones, desterradas mucho tiempo hace de las academias de Europa de quien es y debe ser émula la América". A esto se unió el apoyo de Las Casas y la voz de Romay, que censuró el plan de estudios en vigor.

En 1820 —segunda época constitucional de Cuba— se levantó una polémica sobre la secularización de los empleados y oficiales de la Universidad, lo que dió origen a severísimas críticas a los reglamentos universitarios, cuya dirección llevó don Prudencio Hechevarría, lo que dió por resultado que en lo sucesivo se nombrasen seculares para el rectorado.

Restaurado en España el gobierno absoluto de Fernando VII y queriendo el mismo deslumbrar a la nación con su aparente deseo de mejorar "los planes de Educación y Estudios", se eligió para realizar la reforma en Cuba a don Francisco de Arango y Parreño, por su amistad en la Corte con don Claudio Martínez de Pinillos. Empezó aquel cubano su trabajo con entusiástico fervor y pidió para ello el auxilio del claustro universitario, asistiendo a veces a las juntas del mismo y pidiendo consejo a los más destacados o entusiastas de sus miembros, como el Dr. Angel J. Cowley, quien recomendó el estudio de la botánica y la química, y del griego, para los médicos, la supresión del Texto aristotélico y la coordinación de la enseñanza secundaria con la Universidad así como la perpetuidad de las cátedras y creación de profesores suplentes.

Analizado el plan de Arango, que se estableció en 1828, tiene el mérito de haber ampliado el horizonte universitario dándole un carácter más científico y práctico, creando cátedras de matemáticas, física experimental, química, náutica, y establecido nuevas carreras, no obstante lo cual fué considerado por algunos —el propio Cowley inclusive— como centralizador. Pero es indudable que el mismo marca un señalado paso de avance en los anales de la Universidad de La Habana.

NOTAS

CAPITULO II

- (1) CIRILO VILLAVERDE: *Dos Amores*. Colección de Libros Cubanos. Habana, 1930, página 18.
- (2) LAUREANO FUENTES MATONS: *Las Artes en Santiago de Cuba*. Santiago de Cuba, 1893, pág. 39.
- (3) EDWIN T. TOLÓN y JORGE A. GOZÁLEZ: *Historia del Teatro en Cuba*. (Obra inédita, cuyos originales nos han permitido gentilmente consultar sus autores.)
- (4) SERAFÍN RAMÍREZ: *La Habana Artística*. Habana, 1891, pág. 120.
- (5) ALEJO CARPENTIER: *La Música en Cuba*. Fondo de Cultura Económica. Méjico, 1946, pág. 124.
- (6) A. BACHILLER Y MORALES: *Apuntes para la Historia de las Letras y de la Instrucción Pública en la Isla de Cuba*. Colección de Libros Cubanos. Habana, 1937. Tomo III, pág. 165.

CAPITULO III

- (1) RAFAEL MONTORO: Discurso pronunciado en la Sociedad Económica de Amigos del País el 18 de noviembre de 1911, con motivo de la llegada de los restos del Padre Varela.
- (2) JUAN J. REMOS: *Historia de la Literatura Cubana*. La Habana, 1945. T. I, pág. 43.
- (3) AURELIO MITJANS: *Estudio científico y literario de Cuba*. La Habana, 1890.
- (4) DIEGO GONZÁLEZ: *El Padre Varela; su vida y su obra*. La Habana, 1927, pág. 115.
- (5) MEDARDO VITIER: Prólogo de la *Miscelánea Filosófica*, pág. XIII.
- (6) CÉSAR GARCÍA PONS: *El Obispo Espada y su influencia en la cultura cubana*, pág. 42.
- (7) EMMA PÉREZ: *Historia de la pedagogía en Cuba*.
- (8) JOSÉ A. MESTRE: *De la Filosofía en La Habana*.
- (9) RAIMUNDO CABRERA: *Cuba y sus jueces*.
- (10) BACHILLER Y MORALES: *Apuntes*, pág. 11.
- (11) EMMA PÉREZ: *Historia de la pedagogía en Cuba*, pág. 38.
- (12) JOSÉ A. SACO: *Colección Póstuma*.
- (13) ENRIQUE JOSÉ VARONA: *La Instrucción Pública en Cuba. Su pasado. Su presente*, página 6.
- (14) *Archivo de la Sección de Educación y Memorias de la Sociedad Económica de Amigos del País*.
- (15) EMMA PÉREZ: *Historia de la pedagogía en Cuba*, pág. 42.
- (16) MANUEL I. MESA RODRÍGUEZ: *Don José de la Luz y Caballero*, pág. 131.
- (17) BACHILLER Y MORALES: *Apuntes*. T. I, pág. 316.

FUENTES

CAPITULOS I y II

- ANDUEZA, JOSÉ MA. *Isla de Cuba Pintoresca*. Madrid, 1841.
- ARANGO, ANDRÉS DE. *Introducción a las Obras de Arango y Parreño*. Habana, 1888.
- ARQUITECTURA. *Revista del Colegio de Arquitectos de La Habana*.
- ARROM, JOSÉ JUAN. *Historia de la Literatura Dramática Cubana*. New Haven, Yale, 1944.
- BACARDÍ MOREAU, EMILIO. *Crónicas de Santiago de Cuba*. Santiago de Cuba, 1925.
- BACHILLER Y MORALES, ANTONIO. *Apuntes para la Historia de las Letras y de la Instrucción Pública en Cuba*. Habana, 1859.
- BAY SEVILLA, LUIS. *Arquitectura Colonial Cubana*. Anales de la Academia Nacional de Artes y Letras. Año XXIX. T. XXIV. Habana, 1943.
- *Viejas Costumbres Cubanas*. (Rev. Arquitectura. Habana, 1942.)
- BLANCHET, EMILIO. *Las Tertulias Literarias de del Monte*. (Rev. de la Facultad de Letras y Ciencias. Habana, enero, 1912.)
- BOLETÍN DEL ARCHIVO NACIONAL. *Contribución a la Historia de la Prensa periódica en Cuba*. Año XXVIII. Nos. 1 a 6. Habana, 1929.
- CABRERA, RAIMUNDO. *La Casa de Beneficencia y la Soc. Económica*. Habana, 1941.
- CALCAGNO, FRANCISCO. *Diccionario Biográfico Cubano*. New York, 1878.
- CARPENTIER, A. *La Música en Cuba*. Fondo de Cult. Económica. Méjico, 1946.
- COSCULLUELA, JOSÉ R. *Historia de la Prensa musical en Cuba*. (El periodismo en Cuba. Habana, 1945.)
- CRUZ, MANUEL DE LA. *Reseña Histórica del Movimiento literario en la Isla de Cuba*. (Obras, Tomo III, Madrid, 1924.)
- CUEVAS ZEQUEIRA, S. *Manuel de Zequeira y los albores de la literatura cubana*. (Biblioteca de las Antillas, III, Habana, 1923.)
- CHACÓN Y CALVO, JOSÉ MA. *Orígenes de la Poesía en Cuba*. Habana, 1913.
- *La Literatura de Cuba*. (Historia Universal de la Literatura, de S. Prampolini.)
- *Estudios Heredianos*. Habana, 1939.
- *Nueva Vida de Heredia*. Santander, 1930.
- *La Cubanidad del P. Varela*. (Revista Cubana. Habana, 1935.)
- FERNÁNDEZ DE CASTRO, J. A. *Esquema Histórico de las Letras Cubanas*. Habana, 1949.
- *Prólogo a los Escritos de Domingo del Monte*. (Colección de Libros Cubanos.) Habana, 1929.
- FIGUEROA, ESPERANZA. *Inicios del Periodismo en Cuba*. (Revista Bimestre Cubana, 1939.)
- FUENTES MATONS, L. *Las Artes en Santiago de Cuba*. Santiago de Cuba, 1883.
- GAY CALBÓ, ENRIQUE. *Arango y Parreño*. Habana, 1938.
- GONZÁLEZ DEL VALLE, F. *Cronología Herediana*. Habana, 1938.
- *Bibliografía de José Agustín Caballero*. (Cuadernos de Historia Habanera, Habana, 1935.) (1).
- GUITERAS, PEDRO J. *Poetas de Cuba: Heredia*. (Revista de Cuba, Habana, 1881.)
- HENRÍQUEZ UREÑA, MAX. *La Literatura Cubana*. (Rev. Archipiélago, Santiago de Cuba, 1928.)
- *Heredia*. (Rev. Cuba Contemporánea, Habana, 1924, t. XXXIV.)
- HENRÍQUEZ UREÑA, PEDRO. *Historia de la Cultura en la América Hispánica*. Fondo de Cultura Económica. Méjico, 1947.
- HERNÁNDEZ TRAVIESO, A. *El Padre Varela*. Habana, 1949.
- INSTITUTO DE ARTES PLÁSTICAS. *300 años de Arte en Cuba*. Habana, 1940.
- LABRAÑA, J. M. *La Prensa en Cuba*. (Cuba en la Mano. Habana, 1940.)

- LARRONDO, ENRIQUE. *Francisco Covarrubias*. Habana, 1928.
 — *Ensayos Poéticos de Heredia*. (Rev. *Las Antillas*. Habana, 1920.)
 LAZO, RAIMUNDO. *Reseña Cultural*. (Colección Panamericana: Cuba. Buenos Aires, 1940.)
 — Arango y Parreño. Habana, 1946.
 LIZASO, FÉLIX. *Panorama de la Cultura Cubana*. Fondo de Cultura Económica. Méjico, 1949.
 LÓPEZ PRIETO, A. *Parnaso Cubano*. Habana, 1881, t. I.
 MADARIAGA, SALVADOR. *Cuadro Histórico de las Indias*. Buenos Aires, 1945.
 MAESTRI, RAÚL. *Arango y Parreño, el Estadista sin Estado*. Habana, 1937.
 MAÑACH, JORGE. *La Pintura en Cuba*. (En *Evolución de la Cultura Cubana*, de J. M. Car-bonell. Habana, 1928, t. XVIII.)
 MENÉNDEZ Y PELAYO, M. *Historia de la Poesía Hispano-Americana*. Madrid, 1911, t. I.
 MITJANS, AURELIO. *Estudio sobre el Movimiento Científico y Literario de Cuba*. Habana, 1890.
 NOEL, M. S. *Contribución a la Historia de la Arquitectura Hispanoamericana*. Buenos Aires, 1921.
 PEZUELA, JACOBO DE LA. *Historia de la Isla de Cuba*. Madrid, 1868.
 PIÑEYRO, ENRIQUE. *José María Heredia. (Cómo acabó la Dominación Española en América*. París, 1908.
 PONTE DOMÍNGUEZ, F. *Arango y Parreño, el Estadista Colonial*. Habana, 1937.
 RAMÍREZ, SERAFÍN. *La Habana Artística*. Habana, 1891.
 REMOS, J. J. *Historia de la Literatura Cubana*. Tomo I. Habana, 1945.
 RODRÍGUEZ, JOSÉ I. *Vida de Don Félix Varela*. New York, 1878.
 ROIG, EMILIO. *Los orígenes de la prensa periódica en Cuba*. (El periodismo en Cuba, 1935.)
 SACO, JOSÉ ANTONIO. *Colección de Papeles*. París, 1858.
 SÁNCHEZ DE FUENTES, EDUARDO. *La Canción Cubana*. Habana, 1830.
 SÁNCHEZ DE FUENTES, EUGENIO. *Cuba Monumental, Estatuaria y Epigráfica*. Habana, 1916, t. I.
 SANGUILY, MANUEL. *José María Heredia*. (Discursos. Tomo I. Habana, 1918.)
 SOLÁ, M. *Historia del Arte Hispanoamericano*. Barcelona, 1935.
 TORRE, CARLOS DE LA. *Felipe Poey*. (Ateneo de La Habana: Figuras Cubanas de la Investi-gación Científica. Habana, 1942.)
 TORRE, JOSÉ M. DE LA. *Lo que fuimos y lo que somos*. Habana, 1857.
 TRELLES, CARLOS M. *Bibliografía Cubana de los siglos XVII y XVIII*. Matanzas, 1907.
 — *Bibliografía Cubana del siglo XIX*. Matanzas, 1912, t. I y II.
 — *Bibliografía Histórica Cubana*. Matanzas, 1922.
 — *Bibliografía Científica Cubana*. Matanzas, 1918.
 VALVERDE, ANTONIO. *Jurisconsultos Cubanos*. (Colección de Libros Cubanos.) Habana, 1932.
 VARONA, ENRIQUE J. *Elogio de Félix Varela*. (Discursos. Habana, 1918.)
 VILLAVEVERDE, CIRILO. *Dos Amores*. (Colección de Libros Cubanos.) Habana, 1930.
 — *Cecilia Valdés*. New York, 1882.
 VITIER, MEDARDO. *Las Ideas en Cuba*. Habana, 1938.
 — *La Filosofía en Cuba*. Fondo de Cultura Económica. Méjico, 1948.
 WEISS, JOAQUÍN. *Arquitectura Colonial Cubana*. Habana.
 ZEQUEIRA Y CARO, M. DE. *Biografía de Manuel de Zequeira y Arango*. (Poesías de M. de Zequeira. Habana, 1852.)

CAPITULO III

- ARCHIVO DE LA SECCIÓN DE EDUCACIÓN Y MEMORIAS DE LA SOCIEDAD ECONÓMICA DE AMIGOS DEL PAÍS.
 BACHILLER Y MORALES, A. *Apuñtes para la Historia de las Letras y de la Instrucción Pública en Cuba*. Habana, 1859.
 CABRERA, RAIMUNDO. *Cuba y sus jueces*.
 GARCÍA PONS, CÉSAR. *El Obispo Espada y su influencia en la cultura cubana*.
 GONZÁLEZ, DIEGO. *El Padre Varela; su vida y su obra*. La Habana, 1927.
 MESA RODRÍGUEZ, MANUEL I. *Don José de la Luz y Caballero*.
 MESTRE, JOSÉ M. *De la Filosofía en La Habana*.

- MITJANS, AURELIO. *Estudio sobre el Movimiento Científico y Literario de Cuba*. Habana, 1890.
- MONTORO, RAFAEL. *Discurso pronunciado en la Sociedad Económica de Amigos del País el 18 de noviembre de 1911, con motivo de la llegada de los restos del Padre Varela*.
- PÉREZ, EMMA. *Historia de la pedagogía en Cuba*.
- REMOS, JUAN J. *Historia de la Literatura Cubana*. La Habana, 1945.
- SACO, JOSÉ A. *Colección Póstuma*.
- VARONA, ENRIQUE JOSÉ. *La Instrucción Pública en Cuba. Su pasado. Su presente*.
- VITIER, MEDARDO. *Prólogo de la Miscelánea Filosófica*.

